
LINDA MOON
Conexion
INSOPORTABLE
DESEOS PROHIBIDOS - LIBRO 4

Conexión Insoportable

Deseos Prohibidos - Libro 4

Linda Moon



Linda Moon

A sus veintidós años, Jessie Rodríguez se ha decepcionado de la gente y ha perdido la fe en el amor. Desde su infancia, solo la persiguen el dolor, la crueldad y la traición. Y el monstruo del que una vez ella escapó.

Jessie: “Encontré un escondite, pero no tenía ni idea de que era la guarida del diablo”.

Hace diez años, Justin Morris enterró el pasado junto con su corazón. Ahora no siente dolor. Ahora es el diablo en forma humana. Cruel, desalmado y frío. Su mundo está cubierto de secretos, no hay lugar para el amor. Justin no da la bienvenida a extraños en su vida. Y a los más audaces y atrevidos les mostrará lo que es el infierno.

Justin: “Es la peor persona que he conocido. Es una mentirosa descarada. Está buscando unos buenos azotes. Y yo soy el que le va a dar una lección”.

Fue en ese momento, en un apretado abrazo, que se invadió tan inesperadamente como el viento sobre la ciudad empapada, bajo el viento de Los Ángeles, donde finalmente drenó sus lágrimas y derritió su corazón.

Dedicado a quien lloró para derretir un corazón helado.

Copyright © LINDA MOON por Linda Moon

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización escrita del editor o del autor, salvo en los casos permitidos por la legislación EU sobre derechos de autor.

Copyright © LINDA MOON by Linda Moon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

Parte I

Capítulo 1. Jessie

Capítulo 2: Jessie - Elfa

Capítulo 3. Justin

Capítulo 4. Justin

Capítulo 5. Jessie

Capítulo 6. Justin - Salvador

Capítulo 7. Jessie

Capítulo 8. Justin

Capítulo 9. Jessie

Capítulo 10. Jessie

Capítulo 11. Justin.

Capítulo 12. Justin

Capítulo 13. Jessie

Capítulo 14. Jessie

Capítulo 15. Justin

Capítulo 16. Jessie

Capítulo 17. Justin

Capítulo 18. Jessie

Capítulo 19. Jessie

Capítulo 20. Jessie

Capítulo 21. El Sr. Castidad

Capítulo 22. Justin

Capítulo 23. Jessie

Capítulo 24. Jessie

Capítulo 25. Justin

Parte II

Capítulo 1. Justin - Salvador

Capítulo 2. Jessie

Capítulo 3. Jessie

Capítulo 4. Justin

Capítulo 5. Justin

Capítulo 6. Justin

Capítulo 7. Jessie

Capítulo 8. Jessie

Capítulo 9. Jessie

Capítulo 10. Jessie

Capítulo 11. Justin

Capítulo 12. Justin

Capítulo 13. Jessie

Capítulo 14. Jessie

Capítulo 15. Justin - Cuidador de Elfas

Capítulo 16. Jessie

Capítulo 17. Justin

Capítulo 18. Justin

Capítulo 19. Justin

Capítulo 20. Jessie

Capítulo 21. Justin

Capítulo 22. Jessie

Capítulo 23. Jessie

Capítulo 24. Justin

Capítulo 25. Justin

Capítulo 26. Justin

Capítulo 27. Justin

Capítulo 28. Jessie

Capítulo 29. Jessie

Capítulo 30. Jessie

Capítulo 31. Jessie

Capítulo 32. Justin

Parte III

Capítulo 1. Jessie

Capítulo 2. Jessie

Capítulo 3. Jessie

Capítulo 4. Jessie

Capítulo 5. Dr. Justin

Capítulo 6. Justin

Capítulo 7. Justin

Capítulo 8. Jessie

Capítulo 9. Jessie

Capítulo 10. Justin

Capítulo 11. Justin

Capítulo 12. Jessie

Capítulo 13. Justin

Capítulo 14. Justin

Capítulo 15. Jessie

Capítulo 16. Justin

Capítulo 17. Jessie

Capítulo 18. Justin

Capítulo 19. Jessie

Capítulo 20. Justin

Capítulo 21. Papá Justin

Capítulo 22. Justin

Capítulo 23. Jessica Gray

Capítulo 24. Jessie

Capítulo 25. Justin

Capítulo 26. Justin

Capítulo 27. Justin

Capítulo 28. Justin

Epílogo



Parte I



Capítulo 1. Jessie

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...».

«Cierro los ojos. Una inhalación profunda. Una exhalación lenta.

«No es nada complicado, Jessie. Es solo una petición. Todo el mundo lo hace. Formas parte del equipo. Acércate y pídelo».

Me aprieto más la coleta, como si eso fuera a ayudarme a ordenar mis pensamientos, y abro los ojos. Me encontré con la mirada habitualmente irritada de Edna. La luz brillante me presionaba los ojos.

—Rodríguez, ¿ya se te han dormido en los pies? ¡Solo es tu cuarto turno esta semana! —me grita.

—¿Solo? —No me contengo, respondo.

—¡Sí! ¡Aquí la gente trabaja 20 horas al día! ¿Y a ti, te molesta? ¡Ingrata! —Su voz pareció aumentar aún más y su pelo rojo empezó a salirse de su estricto moño.

—Yo nada más...

—¡No oigo excusas! ¡Ve a servir a la mesa cinco! —Edna, sin dejarme terminar, volvió a ponerse en marcha.

—Quería...

—¿Me estás escuchando? —asintió con la cabeza, con sus mechones rojos enroscándose a su alrededor—. Te mueves como un caracol, ¿y ahora estás sorda? ¡Muy bien, Rodríguez! Estoy harta de mirarte.

—Y estoy harta de aguantarte —le susurró.

—¿Qué has dicho? —Edna gira sobre sus talones tan bruscamente que su busto casi me toca la cara. —¿Quieres repetirlo?

—He dicho que el aire de aquí está viciado desde que apareciste. ¿Has oído que Chanel número 5 pasó de moda hace mucho tiempo? —Estoy sonriendo—. ¿O te lo regaló tu abuela?

—¡Rodríguez! —Casi se le salen los ojos y se le agitan las fosas nasales. —¡Estás despedida!

—No, Edna, no. Soy yo quien abandona. ¿Y sabes qué? Métete la mesa número cinco por el... Ya sabes dónde. —Le arranco el pañuelo amarillo que nos hacen llevar y se lo meto en el bolsillo del pecho de Edna.

—Que tengas una buena estancia —le digo por encima del hombro, y me voy.

La oigo gritar detrás de mí:

—Rodríguez, ¡es viernes! ¿Adónde vas?

Ni siquiera me doy la vuelta.

—Me da igual. Es mi cumpleaños. ¡Feliz cumpleaños a mí! —Me quito la chaqueta de trabajo y la tiro al suelo.

Sigo caminando, conteniendo a duras penas la risa. Los compañeros me miran con extrañeza, pero los ignoro.

Hace diez minutos estaba fuera de este infierno, y ahora respiro. Decido llamar a mi madre. Es mi día.

—Hola, mamá —digo, agarrando con más fuerza el cuello de mi capa-gabardina cuando el viento sopla de repente con más fuerza.

—¿Jessie? —responde ella, sin ocultar su sorpresa.

—¿Cómo estás?

—No pasa nada. ¿Qué es lo que quieres? —Su voz es áspera, fría como siempre.

—Se me ocurrió llamarte —dije, intentando mantener el ánimo.

—Ojalá vinieras a ayudarme a limpiar la casa —refunfuña.

—¿Por qué yo? ¿Y Corey? —pregunté, e inmediatamente me arrepentí de haberlo hecho.

—¿Cómo te atreves? —Su voz denota indignación, y vuelve a empezar su vieja canción.

Eso es lo que pasa siempre que me meto con Corey. Nunca aprenderé a mantener la boca cerrada cuando se trata de Corey. La conversación se pasa rápidamente en otra discusión. Sus palabras escuecen más que de costumbre y me enfado conmigo misma por haber siquiera llamado.

—¡Corey tiene un trabajo importante que hacer! ¿No lo sabes? No tiene tiempo para distraerse con esas trivialidades. ¡Pero tú! ¡Tú eres la hija!

—¡La hija cuyo cumpleaños has vuelto a olvidar! —No puedo soportarlo y lo grito por toda la calle. Afortunadamente, mi voz queda bloqueada por una nueva ráfaga de viento.

«Ni siquiera me has felicitado. «¡Otra vez!», el resentimiento se asienta en mi garganta en la última palabra y la aplasta.

—¿Por qué se supone que tengo que felicitarte? —responde con indiferencia— y me doy cuenta de que, una vez más, he empezado esta pelea para nada.

La euforia de despedido me hizo pensar que esta vez sería diferente. Si allí pude hacerlo, probablemente aquí será igual.

No tan frío. No tan desesperante.

«¿Por qué pensé que esta vez sería diferente?». —mirando los carteles de neón de los cafés y las tiendas.

«Quizá lo consiga hoy», un nuevo error que ya estoy pagando con lágrimas que brotan de mis ojos.

—Estás en este planeta por mí —continúa, elevando los decibelios de su voz humeante—. ¿Para felicitarte por mantenerme despierta por las noches? ¿Por abandonar mi carrera artística? ¿Se supone que debo felicitarte por eso?

No digo nada, me congelo ante el primer escaparate que veo. Ni siquiera puedo ver las letras del cartel, están borrosas por las lágrimas de mis ojos.

—¿No hablas? —Una voz severa vibra en sincronía con mi labio tembloroso. —Eso es. Piensa antes de decir una estupidez.

Cuelga y recibo el golpe la frente contra la puerta rebotada del bar. Las primeras gotas de lluvia que saltan del cielo impiden que los transeúntes vean mis lágrimas filtradas.

"¿Qué esperaba? Siempre ha sido así, ¿verdad? Siempre ha hecho más frío en el corazón que el intenso frío de Alaska, ¿verdad? Entonces, ¿por qué esperaba el calentamiento global? ¡Mierda!"

En cuanto se abre la puerta, me golpea en la cabeza otra vez y decido retirarme.

—¡Está lloviendo, joder! ¡Qué bien! ¡Esto es increíble!

Se me saltan las lágrimas, pero no me lo permito llorar ahora.

—Señorita, ¿vas a entrar?

Me salva del tercer golpe en la puerta un caballero de vaqueros.

—Sí, voy a entrar, joder —me revuelvo el pelo alquitranado en una larga coleta y me deslizo dentro.

Echo un vistazo a la sala en la que me he metido por alguna razón y me doy cuenta de que una copa es lo que hay que hacer ahora.

Hay al menos tres razones para ello: mi despido, mi madre y mi cumpleaños.

Es viernes, así que no es de extrañar que el bar esté lleno hasta la bandera. Es un bar que nunca había visto antes. Debo de haberme desviado sin saberlo de las calles. Es un poco oscuro, apagado y demasiado marrón.

Y de madera. Madera sobre madera. Paredes de madera, mesas, sillas, mostradores e incluso los malditos techos. Es como estar en una granja en día de feria. Está claro que el dueño no tiene gusto. O es de Texas y tiene 60 años. Apostaría cincuenta dólares.

Bueno.

Por casualidad y confusión del alma, me he entrado en un pub de vaqueros. No importa. De todos modos, no importa dónde beber.

Desafío número uno: llegar hasta la barra.

Desafío número dos: deshacerme milagrosamente de la capa verde, que llevo más de tres años. Está hecha polvo, pero no puedo permitirme algo nuevo.

Tarea número tres: subirme a un taburete alto de un bar con esta molesta falda lápiz, parte del uniforme de una (gracias a los dioses) antigua camarera.

Y... Tarea número cuatro: emborracharme en mi puto día de cumpleaños.

Entrecierro los ojos a través de la multitud y trato de sacar mi capa de color verde. Consigo sacar el brazo izquierdo de la manga cuando un idiota me empuja por el costado y caigo detrás de la barra, pero la mano de alguien me retiene.

—Cuidado, nena —sonrió una mujer morena.

Es delgada con un top al menos dos cabezas más alto que yo. Y ni siquiera lleva tacones.

—¿Eres es del anuncio? ¿La nueva?

—¿Qué? —me sacudo y me aliso la falda.

—¡Ponte detrás de la barra! ¿Ves lo que está pasando? —grita por encima del ruido de la multitud.

Y yo me involucro. No sé - porque.

Mientras unas cuantas docenas de cabezas masculinas detrás de la barra empezaban a corear—: «¡Vamos! ¡Venga! Vamos».

Este día no está resultando como yo había planeado. Pero probablemente sea lo mejor.



Capítulo 2: Jessie - Elfa

¿Dónde lo dejo? —Estoy perdida, agarrando nerviosamente mi capa verde mojada entre las manos.

—¡Date prisa! ¡No tengo suficientes manos! —grita esa chica con un top ajustado, mientras agarra una botella de tequila.

Su cuerpo tenso resalta su bronceado a la perfección, y el rugido de la multitud hace casi imposible concentrarse.

—¡Whoo-hoo! ¿Quién es el más valiente, eh? —grita, levantando la botella en el aire.

—¡Yo! ¡Yo! —El estruendo de la multitud se convierte en un ruido ensordecedor, mientras sigo retorciendo nerviosamente la gabardina entre mis manos.

La mujer agarra con destreza al más ruidoso de los hombres por el cuello y, sin esfuerzo, lo tumba sobre la barra. Entre silbidos y gritos ensordecedores, le vierte tequila en la garganta. Después de unos segundos, lo pone de pie bruscamente.

—Ya has tenido suficiente, guapero —dice sonriendo, dejándolo ir.

El hombre, tambaleante, apenas logra mantenerse en pie mientras lanza doscientos dólares sobre el mostrador.

«¿Doscientos dólares? ¿Por un trago de tequila?» —me pregunto.

—¿Qué haces ahí parada? —La mujer morena se vuelve hacia mí y me señala que tire el abrigo en la estantería bajo el mostrador—. ¡Tira ahí y ayúdame, no puedo hacerlo sola!

—Pero yo...

—Cariño, ¡no es momento para presentaciones! ¡No tengo tiempo! —me interrumpe antes de que pueda terminar.

—No sé cómo... —Tiro mi gabardina en la mesilla, mirándola confundida.

—Oh, ¡vamos! Haz lo que te piden y desabróchate un par de botones de la blusa —añade de forma imperativa.

La chica no espera respuesta y se acerca para arreglarme la blusa blanca sobre la falda. Instintivamente, agarro mi camisa para evitar que me la suba.

—Eh, no seas así —dice mientras intenta alisar la tela con un poco de respeto.

Solo tararea, pero no insiste más.

—Bueno, al menos desabróchame los botones —me examina como si fuera un producto y, sin previo aviso, me desabrocha los dos primeros botones de mi blusa.

—Ya está, ahora es diferente —me da una palmada en el muslo—. Ahora ve a por ese hombre, y no olvides las tetas: ¡te darán propina!

«Oh, sus modales... Ni siquiera sé cómo se llama», pienso.

—¿Hablas en serio? —Lo único que puedo hacer es parpadear.

—Por supuesto, cariño. Y la próxima vez, ¡ponte un poco más de maquillaje!

«Ahora soy yo la que "solo viene a tomar algo. ¿Qué demonios?" —gimo mentalmente, tratando de controlarme.

Estresada, con la blusa en constante reajuste y sin una gota de alcohol en la boca, llego a las tres de la madrugada sirviendo copas a una multitud sedienta.

Gracias a mi experiencia en "*roadshows* [1]" y mis habilidades básicas para mezclar whisky con cola, ni siquiera me di cuenta de lo involucrada que estaba, ni de que era mi propio cumpleaños.

Probablemente fue lo mejor. Hacia las cuatro de la mañana, la gente empezó a dispersarse y la música se redujo a un suave jazz, que no encajaba para nada con el ambiente del bar.

Por fin pude relajarme y exhalar un poco. Con el rabillo del ojo, busqué una botella para servirme algo a mi salud. Pero me interrumpió la voz ronca de un hombre:

—Repítelo —murmuró, apoyando la cabeza en sus manos sobre el mostrador.

Su flequillo, antes bien peinado hacia atrás, le colgaba sobre la cara, y ni siquiera se molestaba en acomodarlo. Me llamaron la atención sus manos cubiertas de tatuajes, cuyas figuras se extendían más allá de los puños de su jersey gris. No levantó la cabeza, solo daba golpecitos con los dedos sobre la barra.

—¿Whisky? —le pregunté, mirándole a los ojos.

—¿No te acuerdas de mi pedido? —respondió sin levantar la cabeza.

—Hay un millón como tú, y solo uno como yo. ¿Necesito recordártelo? —Cogí su vaso, pero él interceptó mi mano de repente y, finalmente, levantó la vista y agarro mi mano.

Ojos negros como la noche. Vacíos, como este vaso. Y completamente borracho.

—Dalmore. Cincuenta gramos. Y otros tantos después —ordenó.

Su mirada penetraba en lo más profundo de mi ser, recordándome esas cafeteras vacías con café amargo que se colaba en mi alma cada día.

Me soltó la mano y volvió a ocultar su rostro entre las palmas.

—Creo que ya has bebido suficiente —le dije firmemente, recomponiéndome.

—¿Qué? —se esforzó por levantar la cabeza y me miró sorprendido.

—Ya has tenido suficiente —crucé los brazos, mostrando que no pensaba ceder.

—¿Quién demonios eres tú? —Su voz se volvió fría y su rostro se tensó.

—Soy yo, que te echará de aquí, si no paras. ¿Lo entiendes?

—¿Qué dices?

—Te repito: *Ya has tenido bastante. Realmente has tenido suficiente. Que te jodan tus demonios. Ellos mismos que te va a echar de aquí.*

Me observó fijamente, con los pómulos afilados.

—¡Sheila! ¡Sheila! —gritó, y entonces la chica morena apareció corriendo.

—¿Otra vez tú, Justin? —le preguntó ella, levantándole la cabeza y mirándole directo a los ojos.

—¿Quién es esa? —me señaló—. ¿Es nueva?

—Sí, es nueva. Despediste a Diana, ¿recuerdas? No puedo hacerlo sola.

—¿Despedí a Diana?

—Sí, despediste a Diana —dijo Sheila sonriendo.

—Me importa un bledo. Que se vaya de aquí. No necesito niñitas —me miró con desprecio—. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte?

—¡Tengo veintidós! ¡Ayer cumplí veintidós! ¿Y qué? ¡Ya soy mayor! —grité, conteniendo mis emociones a duras penas.

—Lo ha hecho bien, Justin —intervino Sheila.

—No me importa. No debe estar aquí. ¡Fuera! —dijo, desafiante.

La rabia me apretaba la garganta, pero no podía decir nada. Contuve las lágrimas mientras me ponía la capa verde y salía rápidamente.

—¡Hasta nunca, Elfa! ¡Y Feliz cumpleaños! —escuché antes de correr hacia la fría lluvia de diciembre.

Cuando las nubes empezaban a cubrir el amanecer sobre Los Ángeles, pensé que el día no podía empeorar. Y así fue, hasta que desbloqueé mi teléfono y vi el mensaje. Con manos temblorosas, lo dejé caer sobre el pavimento mojado:

«Feliz cumpleaños, princesita Jessie. Sueño con abrazarte y susurrarte deseos al oído, como antes. Hasta pronto. Besos, Corey».

---

1. **Un *road show* es una serie de presentaciones en diferentes ciudades con el objetivo de promocionar un proyecto, empresa o producto. Suele realizarse para atraer inversores o clientes, especialmente antes de una oferta pública inicial (IPO), o como parte de una estrategia de marketing.**



Capítulo 3. Justin

Llevo esperando mi whisky lo que me parece una eternidad. Sheila vuelve a poner a prueba mis nervios. Como si no tuviera bastante, con la chiquilla, con la estúpida capa verde, que la hace parecer a una Elfa, contrastada con su pelo negro y sus orejas de soplillo.

—¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí? ¿Y de dónde ha sacado tanto descaro ese cuerpecillo escuálido? —murmuro entre dientes.

—No voy a llevarte a casa —Sheila golpeó el fondo de su vaso contra la barra, sacándome de mi ensoñación—. Ni siquiera te meteré en un taxi. Tenlo en cuenta —la boca de la zorra se asienta en una roca, que es más de lo que puedo decir de su mirada.

—Como si yo te hubiera pedido que lo hicieras —apreté el vaso con la mano y di un sorbo ávido y definitivamente innecesario.

Ya he bebido bastante... ¿Pero reconozco la rectitud de una chica insolente? Que le den.

—Estás borracho otra vez.

—Y vuelves a burlarte del jefe. Vas a seguir a ese Duende —dijo, dando otro sorbo y vaciando el whisky hasta el fondo.

—Más —le empujé el vaso hacia las manos a Sheila.

—Justin... ¿Quieres parar?

—Caminas por el borde.

—Si me despides, perderás a todos tus clientes fieles. Tú lo sabes. ¿Y quién aguantaría a un jefe alcohólico?

—¿Quién es un alcohólico? —Extiendo los brazos hacia los lados, enderezándome en la silla, pero, maldita sea, me deslizo hacia la derecha y tengo que agarrarme al borde del mostrador.

—Hay un tipo guapo y guarro enfrente de mí.

—¿Coqueteando con el jefe? Te reprenderé.

—A quién le importas tú —Sheila se rio y me sirvió un poco de whisky.

—Fliparías si supieras lo solicitado que sea. —Saco del bolsillo el teléfono que vibra—. Hablando de eso... —dije, agitando la pantalla delante de la cara de Sheila, en la que parpadeaba el nombre de Pamela—. Sí, te escucho.

—Te estoy esperando. ¿Vas a venir hoy? —la voz de Pamela sonaba descontenta por el altavoz.

—Allí estaré. Bájate las bragas y abre bien las piernas.

—¡Justin!

—Pero puedes quedarte con las bragas, ya me ocuparé de ellas —miré a Sheila, que ponía los ojos en blanco, desafiante, y corté la llamada.

—No puedo creer que existan chicas así, recuerdo perfectamente esa —dijo Sheila.

—Hay otras. Confía en mí.

—¿Y por qué te necesita en un momento como este y en estas condiciones?

—Sabe de lo que soy capaz, incluso en este estado— jugué con las cejas mientras Sheila intentaba fingir un ataque de vómito.

—Asco. Es un idiota. Siempre lo he dicho y nunca me retractaré.

—Es una tonta. Es un hecho. Y una gran mamona. Eso es todo lo que necesito esta noche —le doy un sorbo al whisky agrio.

—Eres repugnante, ¿lo sabes?

—Lo sé. Y no voy a cambiar.

—En serio, Justin. ¿Y a ella le pareces bien?

Sheila deja de frotar los lados del vaso con las manos y se echa la toalla al hombro.

—No tiene más opciones. O me acepta tal como soy y me follas, o se va a buscar otro gilipollas al que montar.

—¿He mencionado que eres repugnante?

—Todos los días —sonreí, diluyendo mis palabras con alcohol.

—¿No te gustaría ir más despacio? Tontear con una chica, engañarla, ponerla en nada...

Vuelvo a dejar el vaso sobre la barra.

—No estoy haciendo trampas. Y no miento. Porque Pamela y yo no tenemos una relación. Follamos. Cuando me conviene. Y si ella no estuviera contenta, no lo soportaría. No le prometí nada. Y basta ya de tu solidaridad, de señora. No soy un monstruo. No la estoy reteniendo. Es él —señalé a mi polla—, menor Justin, con los pantalones puestos.

—Fanfarrón —sonrió Sheila y me dio una ligera palmada en la cara con la toalla.

—No te pongas celoso.

—¿De qué tengo celos?

—Aunque solo sea porque hace tiempo que no recibes una buena paliza.

—Vete al infierno, Justin —deja el segundo vaso bruscamente sobre la encimera y le echa un poco de whisky.

—Lo siento, amiga. No era mi intención.

El alcohol ha cruzado la línea. Sé que la ruptura con Diana aún está reciente en mi mente. Las heridas de Sheila ni siquiera se han curado con el tequila que se bebe a escondidas después de su turno. Esa zorra pelirroja le rompió el corazón de una forma que ni solo, el playboy engreído, pudo.

—Shay, han pasado dos meses. Creo que he conseguido un trabajo como consejero matrimonial. ¿O quizá sean los bigotes para ti?

—Han pasado diez años para ti. Pero sigues bebiendo como un demonio.

Se me aprieta el pecho de forma involuntaria, pero tan fuerte que aprieto el puto vaso bajo hasta que el cristal cruje bajo mis dedos. Involuntaria, pero tan fuerte que aprieto el puto vaso bajo hasta que el cristal cruje bajo mis dedos.

Jodidamente merecido. Aun así, duele mucho. Y escurro el vaso sin darle la vuelta.

—Lo siento, tampoco era mi intención. No tenía por qué hacerlo —susurra, sin mirarme a los ojos.

—No pasa nada.

—Y, por cierto, Jessie no es como tú crees. Te equivocas con Jessie.

—¿A quién?

—Jessie. Ya sabes, la chica a la que ahuyentaste.

—Ah... Chica - Elfa atrevida, —sonríe, recordando su alocado atuendo.

—Hoy ha hecho un gran trabajo. Tiene experiencia. Y a la gente le gusta. Pero a ti, no te gusta nadie.

—No me gusta nadie.

—No puedo más. ¿Por qué tengo que trabajar el doble?

—Lo haré. Y te aumentaré el sueldo. Aprovecha mientras estoy borracho.

—Justin, no soy un robot. Y necesito a alguien como Diana, que tú...

—... he despedido —interrumpe a Sheila.

—Por fin … Entendido —dijo Sheila dando un sorbo a su vaso—. —¿Qué le pasaba a Jessie? Me la necesita. Punto.

—Ya tengo una puta con dientes en el bar —le guiñé un ojo a Sheila—. —Dos serían demasiado para mi sistema nervioso.

—Somos tan amables —hizo Sheila un mohín y una mueca simpática—. —Justin. Devuélvemela. Insisto.

—¿Por qué? ¿Te gusta?

—Por supuesto que no.

—No quiero romances de trabajo por aquí.

—Idiota. Digo que lo está haciendo bien. Y no le da miedo una avalancha de hombres locos. Hoy la he arrastrado literalmente detrás de la barra. Cualquier otra mujer se habría quedado pasmada. Y esa, que parecía un ratón gris, no era ningún ratón.

—Desde luego que no —recordé el tono áspero de la morena.

Sus cejas negras y movedizas, cuya curvatura pesaba sobre la mirada ya enfadada de sus ojos azul oscuro. Hago memoria y vuelvo a ponerme en el enfado.

—Que se joda. No.

—Justin. Por favor.

—No. Ni siquiera si te ofreces a mí una mamada.

—Cabrón. No lo haré —resopló Sheila y puso los ojos en blanco—. —No me acuesto con alcohólicos ni con imbéciles.

—Yo discutiría sobre esto último.

—¿Cómo te aguanto? —intenta fruncir el ceño.

Aún puedo ver la débil sonrisa en su bonita cara. Diana es tonta cundo la abandonó.

—Estoy sorprendido de mí mismo. Tengo que irme.

Me bajé de la silla y me limpié los labios con el dorso de la mano.

—Necesito refrescarme la entrepierna, de Pamela, ya que me has vuelto a dejar plantada —dejé escapar un teatral suspiro de decepción—. Y recuérdame que mañana te despida por insubordinación.

—Por supuesto —dijo Sheila, siguiéndome.

—No rompemos la tradición.

—Por supuesto que sí. Espero que no se te ponga dura.

—Empezaré a prepararla en el taxi —dije, y me puse una chaqueta de cuero sobre los hombros, mirando a la zona de la bragueta.

—Es bueno que te preocupes.

Otra carcajada de Sheila y el sonido de la puerta del bar cerrándose de golpe vuelan a mi espalda. Los Ángeles, que se estaba despertando poco a poco, me recibió con un chaparrón.



Capítulo 4. Justin

Odio esta ciudad más que a mí mismo, aunque sea su personificación completa. Indiferente. Como esa ciudad, no tengo espacio para los sentimientos.

Diez años antes, la ciudad rabiaba para mí con sus colores más brillantes, yo estaba vivo. Desde ahí - un hombre muerto.

Un taxi en el que casi me duermo me lleva a la zona este de la ciudad. A Pamela, cuyo apellido ni siquiera conozco.

Probablemente, debería, porque llevo unos seis meses tirándola. Aunque... en realidad, no me importa. Salgo del coche y caigo en el charco, y ya me arrepiento de haber venido aquí. He vuelto a beber demasiado y apenas puedo mantenerme en pie. Después de unas cuantas manzanas, ni siquiera quería ver su bonita cara.

Arrastro mi cuerpo escaleras arriba e imagino la expresión de su rostro de siempre al abrir la puerta: una sonrisa que estira sus labios escarlatas, hinchados por varias inyecciones, haciendo que su nariz de cirujano se levante ligeramente, que sus ojos azules brillen de felicidad y que sus voluminosas pestañas parpadeen demasiado a menudo.

Ella se alegraría de verme incluso en este estado repugnante, y yo solo pensaría en cuanto más rápido se cerraría el contorno rojo de sus labios alrededor de mi polla.

—¡Justin! —Pamela abre la puerta al primer timbrazo, como si hubiera estado sentada ante ella como un perro. —Te estaba esperando.

—¿No has dormido? —Crucé el umbral y entré en el piso sin quitarme los zapatos.

La suciedad de la calle mojada queda impresa en el suelo marrón claro y luego en la alfombra de pelo crema, pero Pamela, como de costumbre, no dice ni una palabra.

—No —siguió detrás de mí, arreglándose los rizos rubios y fingiendo no haberse dado cuenta de mi insolencia—. Está acostumbrada. Te dije que te estaba esperando.

—Y te dije que esperaras, abriendo bien las piernas.

Me dejé caer en el sofá de cuero y exhalé aliviada por el cansancio, extendiendo los brazos sobre el respaldo.

—Eres tan impaciente —se rio, entrecerrando sus ojos azules—. —¿Pensabas en mí hoy?

—Sí —ni siquiera intenté que mi voz sonara entusiasmada—. —Así que... ¿Me esperabas, dijiste?

Me acomodé en el sofá y me llevé las manos a la hebilla del cinturón.

—Sí.

—¿Me has echado de menos?

Se baja la cremallera de los vaqueros y se acerca lentamente.

—Y mucho.

—Demuéstrame cuánto me has echado de menos.

Una mirada mía basta para que Pamela se arrodille. Sonríe y me mira de reojo, liberando mi polla de los bóxers.

—¿Qué quieres que haga? —susurra y pasa los dedos por la cabeza antes de tocarla con la lengua.

No respondo. La agarro del pelo decolorado y envuelvo alrededor de mi puño, tirando de ella más profundamente. Se me escapa un gemido. Esto es lo que me ayudará a relajarme esta noche.

Algo que interrumpa la ira. Apagará el odio hacia mí mismo. Para todos. La niña de la capa verde, estúpida, parecía como Elfa, idiota, que se atrevió a insultarme.

Pamela lo hará como a mí me gusta. Como yo quiera. Y se tragará todas mis quejas. Le presiono la mano sobre la cabeza hasta que levanta hacia mí sus ojos manchados de lágrimas. Solo entonces la suelto, dejándola respirar por la boca.

—¿Te gusta?

Ella se quita el rímel de debajo de los ojos y le pasa la lengua desde la base hasta la punta de la polla.

La agarro por los hombros y la levanto de mi regazo.

—Ahora ven aquí.

Doy la vuelta a Pamela y la empujo hacia el sofá. Apoya los codos en el respaldo de cuero y gime lánguidamente antes de que la penetre. Acepta mi áspera embestida y grita. Le tapo la boca con la palma de la mano para no oír su voz.

«Ya has tenido bastante. Realmente has tenido suficiente. Que te jodan tus demonios. Ellos mismos que te va a echar de aquí».

Cada palabra de la Elfa desafiante latía y resonaba en mi cerebro con su voz áspera como la de una niña. Me había cabreado. Me había provocado la ira. Provocó mis emociones. Y Pamela tendrá que responder por ello.

Aprieto más sus mejillas con los dedos y me muevo dentro de ella cada vez más bruscamente. Grita debajo de mí con cada embestida. Se arquea, apoya el culo en mi entrepierna y pide más con cada embestida.

Lo va a conseguir. Arqueo más su espalda y la penetro hasta el fondo. Pamela muge en mi palma y desliza los codos por la superficie del sofá. Ya tiembla y se aprieta a mi polla, pero definitivamente no voy a «terminar» esta noche, aunque me la chupe una vez más.

Maldita Elfa.

A Pamela le tiemblan las piernas, pero su orgasmo no me provoca a mí. Pero no creo que le importe. Se ha corrido y dormirá bien esta noche. Eso a mí tampoco me importa.

—Prepárame un café, —le digo, saliendo de ella.

—¿No te quedas? —ella respira confusa.

—¿Me he quedado alguna vez?

—Bueno, pensé... Es por la mañana... No tienes que estar en ningún...

—Necesito un café.

Me puse los vaqueros y ni siquiera miré a Pamela, que estaba tirada en el sofá, todavía retorciéndose y tragando aire.

—Y lo antes posible.

Conseguí a duras penas volver a ponerse las bragas y llevó la taza poco profunda directamente al cuarto de baño, donde me lavo la cara.

—Tu café.

Pamela se acerca a mí y me pasa la mano libre por el hombro, deteniéndose justo detrás de mí. Veo su sonrisa en el reflejo del espejo y vuelvo a enjuagarme la cara.

—¿Cuál es tu apellido, Pamela?

La miro fijamente a través de las gotas que caen sobre el espejo antes limpio.

—Harber.

«No me interesa nada en absoluto».

Aplastó sus pechos contra mi espalda.

—No te engañes —rompo el contacto táctil y cojo una toalla—. Vale, entonces, Harber…

—Sí.

—Pamela Harber. —¿Te suena?

Sonríe y obsérvame. Es irritante.

—Tanto el aspecto como el nombre son apropiados para una actriz porno.

—¿Porno? —la sonrisa, hasta entonces radiante, se dobla en una banda tensa. —¿Por qué tan grosero?

Ahora estoy sonriendo.

—¿Qué no es un cumplido?

—No trabajo en la industria del porno. Tengo mi propio salón de belleza.

—¿Has pensado alguna vez en cambiar de profesión? Con tus habilidades, lo harías muy bien.

—¿Por qué eres siempre tan grosero conmigo, Justin?

—Es que no sabes aceptar un cumplido, H a r b e r —separé deliberadamente cada letra de su apellido.

Di un sorbo a su café, ya frío.

—Qué asco.

—¿No podrías ser un poco más suave de vez en cuando? Soy una chica —me dice entre dientes cuando salgo del cuarto de baño.

—Pensaba que seguro que te gustaba un poco más áspero. ¿A que sí?

Me sacudo la chaqueta y deslizo los brazos por las mangas.

—Hace unos minutos, estabas confirmando mis palabras en el sofá. Y hace un par de días, en el aparcamiento de mi coche. Y si piensas en la semana pasada...

—No hablo de eso. Hablo de tu actitud hacia mí. Llevamos juntos seis meses y tú...

—¿Juntos? —Una sonora carcajada sale de mi garganta—. ¿Estoy teniendo alucinaciones alcohólicas y es hora de dejar el whisky? ¿O has perdido la cabeza?

—¿Qué quieres decir?

—Joder, Harber, ¿hablas en serio? ¿Qué coño es «juntos»? Solo follamos juntos porque, por separado, no sería tan bueno.

—Pero... yo...

—Descansa, nena.

Le toco la barbilla con el pulgar y se lo paso por el regordete labio inferior antes de que pueda articular una palabra.

—Y deja de decir tonterías, tu boca no está hecha para eso —sonríe a Pamela. Seguro que se tomó mis palabras como un elogio. —Somos adultos y vamos a colocarnos juntos, cosa que no vas a estropear hablando de ello, ¿verdad?

—Muy bien, Justin.

—Bien. Te llamaré.

Le aparté la mano de la cara, crucé el umbral del piso y cerré de un portazo sin volverme. Tras un café asquerosamente preparado y una parodia igualmente asquerosa de una conversación «sobre nosotros», se me pasó la borrachera. Compré un café con leche en el Starbucks más cercano y conduje hasta casa.

***

—Son las ocho de la mañana, Justin —dijo mi chiquillo, y yo he intentado pasar desapercibido.

En cuanto giré la llave, el cabrón pequeño me pilló in fraganti.

—Hostia puta. “Son las ocho”, —me quité los zapatos de una patada, evitando la mirada abrasadora de unos ojos marrones.

Sin duda había heredado eso del lado masculino de la familia Morris.

—He preparado el desayuno.

—No desayuno, ya lo sabes —le froté la cabeza alborotándole el pelo oscuro, y me alejé por el pasillo—. —¿Por qué no estás en cole?

—Es el día libre. No tengo que ir al colegio.

—¿Por qué estás despierto?

—Se llama régimen, Justin. No lo entenderías, como de costumbre, la expresión despreocupada del niño de nueve años me abatió. Yo, un hombre de treinta.

—Y tengo entrenamiento dentro de tres horas, ¿recuerdas?

—Las llaves del Honda están en mi bolsillo —señaló mi chaqueta, apilada en la mesilla de noche—. —¿Puedes conducir? Ten cuidado: el pequeño “Civic” es unos cinco años mayor que tú.

—Muy ingenioso, Justin. Ese chiste dejó de tener gracia el mes pasado.

—Es que no tienes sentido del humor —dije, pasando por delante del amplio salón y yendo directamente a las escaleras que llevan a mi dormitorio, en el primer piso. —Despiértame dentro de dos horas. No puedo perderme tu clase de kárate.

—Sambo.

—Es una mierda para los sábados por la mañana. A quién se le ocurrió poner estos entrenamientos a esta hora.

—Nadie tiene la culpa de que estés merodeando hasta el amanecer.

—Se nota un toque de juicio en tu voz, pequeño luchador.

Bajé el paso, me detuve en mitad de la escalera y entrecerré los ojos ante la pequeña copia de mi yo contrariado de diez años. En momentos como ese, mi severo yo de hace exactamente

veinte años se parece mucho al mío.

—¿Dónde has estado? ¿Otra vez con esa Pamela?

—Sí —apoyé el codo en la barandilla y me pasé la mano libre por el pelo, humedecido por la lluvia, intentando peinarlo, pero fue en vano, los flequillos mojados volvieron a pegarse a mi frente.

—Pero no la amas. ¿Por qué pasas tanto tiempo con ella?

—Apaga el modo empollón y no te entrometas. ¿De dónde salen todas estas preguntas de tu cabeza?

—Están madurando allí dentro, porque tengo cerebro.

—De eso no hay duda. ¿Me dejas dormir?

—De acuerdo. Dos horas.

—Ya lo sé. Y no te atrevas a tocar las llaves del Honda.

Le pinché con el dedo, poniendo cara de seriedad fingida.

Ángel se ajusta la estricta camisa de lino oscuro que siempre lleva porque le gusta mucho y desaparece entre las paredes del salón.

Este Ángel, que lleva el nombre de la ciudad donde los sueños se hacían realidad, también se le parece mucho. Igual de indiferente.

Solo que LA tiene más de 200 años [1] y él solo nueve, pero parece estar tan helado como yo y sabio como la ciudad.

---

1. Los Ángeles se fundó el 4 de septiembre de 1781. Esto significa que la ciudad cumplirá 243 años en 2024. La ciudad fue fundada originalmente como un asentamiento llamado *El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles de Porciúncula*, que significa «Ciudad de la Santísima Virgen María, Reina de *los* Ángeles de *Porciúncula*».



Capítulo 5. Jessie

Creía que estaba agotada, pero en realidad no había dormido nada en una hora. Me quedé mirando el techo amarillento y contando las grietas que lo recorrían. A la casa le vendría bien una buena revisión, pero ¿a quién le importa el maldito municipio de Compton [1]?

Por supuesto, podría buscar algo mejor y más cerca del centro, pero eso significaría añadir un tercer empleo a los dos trabajos a tiempo parcial que ya tengo. O incluso un cuarto. Así que me quedo tumbada, mirando una grieta tras otra, consolándome con el hecho de que, al menos, el barrio se parece a España, con sus edificios y calles estrechas.

A veces, incluso me llega el olor a marisco fresco, como si viniera de la costa de España.

Así debe oler en la verdadera España de Mediterráneo. Es una pena que no recuerde nada de ese lugar. También hay un río cerca de la casa, lo cual, a diferencia de lo que piensan los lugareños, para mí es una ventaja. El agua me tranquiliza. Esta noche iré a mi rincón secreto para poner en orden mis pensamientos, porque, al fin y al cabo, el desorden en mi cabeza no me deja dormir.

—Maldito cumpleaños. Puta Edna. Y ese imbécil de Justin, o comoquiera que se llame —murmuré, mirando al techo mientras agarraba las sábanas con fuerza—, ojalá se ahogue en un río de whisky. Idiota, borracho, arrogante. No pienso volver a ese bar.

La ira es intensa. Me consume por dentro y estalla, pero no es suficiente para cubrir el miedo que ha echado raíces profundas en mi alma, extendiéndose por todo mi cuerpo.

Un miedo que me atormenta desde que era niña.

Un miedo que aún me asfixia.

Un miedo que no desaparece con la mañana.

Es un miedo real. Un miedo que lleva mi apellido: Corey Rodríguez, quien antes fue mi querido hermano mayor y ahora es mi peor pesadilla, de la que sigo huyendo sin atreverme a

mirar atrás.

El mensaje de texto de Corey esa mañana fue lo que desencadenó otro ataque de insomnio. No estaba realmente molesta con el tipo tatuado del bar, aunque contribuyó a mi irritación. Pero fueron esas dos frases y la pequeña firma «Corey» las que me llenaron de ansiedad.

Mi primera reacción fue borrar el mensaje y huir. Escapar a otro país, a otro continente, a una isla desierta. Tomar un avión, un barco o hacer autostop. Cambiar de número y desaparecer como una loca.

Pero después me tranquilicé, respiraba profundamente, contaba hasta diez y me aseguraba de que esta vez estaba bien escondida. Corey ya no me busca, solo me asusta de lejos. Tiene su propia familia, un nuevo trabajo, su hijo y otras preocupaciones...

"Ya no le importas, Jessie. Eso quedó atrás." Quero oír eso.

Respira hondo —me repetí como una oración. Pero, por si acaso, desbloqueé la pantalla rota del teléfono y verifiqué que el mensaje de Corey hubiera desaparecido.

Como si el mensaje pudiera actuar como un faro y él me encontrara de inmediato. A diferencia de los recuerdos, el mensaje se borra. Exhalo y dejo el teléfono en la mesilla, pero suena antes de que pueda apartar la mano.

«No puede ser...».

El despertador marcaba las doce del mediodía y enterré la cara en la almohada. —No puede estar pasando... Nooo...

¿Por qué hice todo esto?

Me quejo, pero me obligo a levantarme. No puedo descuidar uno de mis empleos a tiempo parcial.

Yo misma me metí en este lío, dejé mi trabajo principal y ni siquiera pedí el sueldo del mes pasado. Sí, soy idiota. Pero también soy orgullosa. Aunque, ¿a quién estoy engañando?

Me dejé llevar por mis emociones, prioricé el honor sobre el sentido común y ni siquiera recogí la propina del bar. Así que aquí estoy, otra vez en la ducha, esperando sentirme un poco mejor antes de ir a mi clase de canto, donde acompañaré con la guitarra a un grupo de niños con retraso en su desarrollo.

Ni la ducha ni el café instantáneo sin azúcar me despiertan. Sigo bostezando mientras me pongo unos vaqueros grises, aun con el cuerpo húmedo, y una sudadera beige que me cubre los muslos.

Mientras me subo el cuello del jersey, algo hace clic en mi cabeza. De repente, recuerdo que dejé el coche fuera del restaurante anoche, del que salí corriendo tan rápido como me permitieron

las ruedas del viejo Ford. Eso significa que hoy tendré que tomar el autobús hasta el Centro de Desarrollo Infantil… de niños complicados.

—Vaya, Jessie. Lo estás haciendo genial. Buena chica. Hay muchos idiotas como tú por ahí.

Para salir me lleva cinco minutos. Me hago un moño con el pelo aún mojado, me olvido del maquillaje, agarro la funda de la guitarra, las llaves y la capa, y salgo corriendo por las escaleras, de dos en dos.

No llueve, pero no se puede asegurar que no vaya a llover en estos meses. Por supuesto, me olvidé por completo del paraguas. Así soy yo, una constante *«Miss Desastre»* desde el día en que nací. América nunca estará orgullosa de mí.

Llego tarde al autobús. No me entero de nada. El siguiente no llega hasta dentro de veinte minutos, lo que me hace llegar al menos diez minutos más tarde. Otra vez. Estoy segura de que pronto me van a despedir. Entonces me quedaré sin dinero. Tendré que salir de mi pequeño apartamento. Quizás a un contenedor junto al río.

O mejor aún, me uniría a los borrachos sin hogar del puerto, compartiendo un barril con el fuego siempre apagado y las ratas. Ese parece mi lugar. Pero cualquier cosa es mejor que volver a casa con mi madre y el lunático de mi hermano mayor.

Llego al centro con media hora de retraso. Ha sido por culpa del tráfico y de la maldita lluvia que ha vuelto a empezar. Corro directo al auditorio, dejando un rastro de gotas de la funda mojada por el suelo. Espero que la guitarra no se haya estropeado.

—No tan rápido, señorita Rodríguez.

Otra vez no...

—Señor Smith, buenas tardes —dije, intentando controlar mi respiración para que el viejo no pensara que acababa de llegar corriendo.

Pero me doy cuenta de lo ridículo que es intentar disimular cuando estoy frente a él, empapada y con una guitarra en la mano.

—Agradable, Jessie —me mira de arriba abajo a través de los gruesos cristales de sus gafas redondas—. Veo que llegas tarde de nuevo.

—Por el amor de Dios, lo siento. Estuve en el turno de noche, no dormí nada. Luego está el autobús... Y la lluvia... —seguí hablando mientras agitaba mi mano libre.

Puede ver que está lloviendo fuera.

—No me interesa, señorita Rodríguez —me interrumpió, tendiéndome una mano arrugada frente a mí—. Estoy harto de tus excusas y de tu constante impuntualidad. Todos los sábados, los

niños esperan a su... —hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Mentora —la palabra pareció salirle con esfuerzo—. ¿Te parece normal?

—Pero siempre doy más de lo que se espera. A los niños les encanta, ¿no es lo más importante?

Lo importante es que siempre rompes el horario.

—Creo que estás priorizando mal las cosas y esos niños no importa nada, como ellos ni lo entienda nada.

Abrí la boca para responder, pero el viejo Smith me interrumpió antes de que pudiera decir algo. Como puede ser tan cruel con esos niños pobres. Estoy segura de que la música ayuda al incorporarse a ese mundo tan difícil.

—Tengo que despedirte.

—Pero... —Sr. Smith— La guitarra se me resbaló de las manos y cayó al suelo con un golpe seco. No puede...

—Claro que puedo —su rostro no mostraba ni una pizca de emoción.

—¿Y los niños? ¿Qué pasa con mi grupo? No he terminado el curso, están muy apegados a mí. No es fácil conectar con ellos.

—No hay personas insustituibles, señorita Rodríguez. Serás reemplazada por alguna otra chica sin experiencia que busca ganar dinero con su afición. Cuanto antes lo aceptes, más fácil te será la vida. Que tengas un buen día. Ah, y ya he mandado a tu antiguo grupo a casa —dijo con una sonrisa amarga antes de girarse—. Por cierto, añadió lanzando su última frase como un dardo—, no vi ni una señal de molestia en los chicos. Señorita Rodríguez, buena suerte con tu carrera como camarera. Supongo que el canto y la música no son lo tuyo.

—Maldito viejo arrogante —siseé entre dientes mientras los pesados pasos de Smith desaparecían tras de mí, con el crujido de la madera marcando su salida.

Una vez más, en las últimas veinticuatro horas, lágrimas no deseadas me llenan los ojos. Y, por enésima vez, levanto la mano para limpiármelas. Por suerte, no me gasté el rímel en las pestañas. De repente, la guitarra parece pesar el doble y tirar de ella hacia la salida se vuelve insoportable. O quizá soy yo la que está agotada.

La fuerza que necesito para convencerme de que todo mejorará pronto se desvanece por momentos. Ya no se trata de un día ni de un mes. Me estoy rindiendo y siento cómo mis brazos caen con cada maldito minuto que pasa. Pronto no me quedarán fuerzas. Y entonces, la propia Jessie Rodríguez desaparecerá.

«¿Para qué sigo luchando? ¿Para qué, si estoy alimentando una esperanza que se desvanece? Eres inútil, Rodríguez. Eres una criatura inútil y primitiva. Mamá tenía razón. Nadie me quiere. Nadie notará si desaparezco».

Mi pensamiento se rompe como un hilo de tela de araña con el rugido de un coche que pasa demasiado cerca de mí. En lugar de avanzar o retroceder, me quedo congelada, clavada en el pavimento, girando ante el ensordecedor sonido del claxon.

«Este es mi final», pienso, mientras lo único que hago es cerrar los ojos con fuerza.

—¿Estás loca? —grita alguien a un palmo de mi cara.

—Y yo que creía que después de la muerte vendría la paz... —digo, sin atreverme a abrir los ojos.

—¿Después de qué maldita muerte?

Unas manos fuertes me agarran de los hombros y me sacuden.

—La mía —finalmente abro los ojos y me encuentro con una mirada más oscura que un campo calcinado, donde nunca volverá a crecer nada.

—Vaya, creo que me fui al infierno. Hola, Luci [2].

—Me encantaría unirme a tus fantasías eróticas, pero antes dime algo: ¿eres un friki total o solo te da por ahí de vez en cuando?

—Es algo innato —me sacudo las manos de Justin, que aún seguían aferradas a mis hombros —. ¿Qué demonios haces aquí?

—¿Qué demonios hacías tirada frente a mi coche? —me dio un tirón del brazo, señalando el brillante capó del Honda negro, donde mi cuerpo habría quedado estampado de no haberme soltado a tiempo.

—¿Arrogante o simplemente estúpido? —me seguía gritando Diablo cerca de la cara—. ¡Es un paso de peatones, imbécil! —le aparto la mano de un manotazo—: ¿Y nunca has oído hablar del espacio personal? ¡Aléjate de mí! Apestas a alcohol.

No huele mal, solo a chicle de menta y a un perfume inusual, pero ¿es esa una razón para bajar la guardia?

—¡Por favor! —Justin salta literalmente hacia el coche y abre la puerta de un tirón—. Vuelve a donde ibas. Idiota.

Mientras pronuncia la última palabra, cierra la puerta de golpe y arranca el Honda, dejándome ahí, inmóvil, intentando asimilar que estoy, milagrosamente, ilesa.

—¿Vas a moverte o te vas a quedar ahí parada como una estatua? —grita desde la ventana entreabierta—.

Tal vez la confusión del momento o el simple deseo de fastidiarlo más me empujan a subirme al asiento del copiloto y a abrir la puerta de un tirón.

—¿Qué demonios? Parece que no te he hecho daño. Entonces, ¿qué ha pasado por tu diminuto cerebro para subirte a mi coche? —gruñe Justin, y noto cómo sus ojos oscuros se vuelven aún más intensos—. ¡Fuera de aquí!

—¿Ya terminaste? —Lo miré, sin entender su enfado, y tiré la guitarra hacia atrás—. Mira, como puedes ver, no me hiciste daño. Estoy bien. Supongo. Al menos físicamente. Y, a menos que quieras que llame a los médicos, a la policía y a los de tráfico para que me lleven a casa, me vas a llevar a casa. Y, por cierto, un poco de actitud positiva tampoco estaría mal. Puedes arrancar cuando quieras.

—De ninguna manera. Baja de mi coche, manipuladora. Tus trucos no funcionan conmigo.

—Oh... Creo que se me nubla la vista —me recuesto en la silla y, de manera exagerada, me tapo los ojos con una mano mientras llevo el dorso de la otra a la frente.

—Es tu cerebro tratando de funcionar. Basta, Elfa. No me hagas perder el tiempo.

—Eres tú quien lo está perdiendo. Podríamos estar ya de camino.

Entrecerré los ojos hacia Justin, que estaba molesto, con los pómulos marcados bajo la incipiente barba y con las venas sobresaliendo en su cuello tatuado. Venga, piénsalo bien. No tengo ninguna prisa. Me han despedido de todos lados, así que tengo todo el tiempo del mundo. Podría quedarme aquí hasta que me volviera azul.

—Te voy a llevar al hospital. Tu insolencia debe haberte roto el cráneo.

Justin pisó el acelerador y eso me produjo una pequeña victoria que casi me hizo sonreír. Contuve la sonrisa justo a tiempo, aunque mis labios se crisparon un poco en las comisuras.

Frenamos bruscamente y, de inmediato, busqué el cinturón de seguridad.

—Y hace unos minutos casi te mueres —dijo Justin, sonriendo de forma lasciva.

—No fue exactamente voluntario —me abroché el cinturón y me acomodé en el asiento.

—Fuiste tú quien saltó desde la esquina.

—Y tú estabas conduciendo por encima del límite en una zona con niños.

Suspiré, intentando tomar aire, y en vez de oler a alcohol, como esperaba, un agradable aroma a madera y mentol me golpeó la nariz.

—No estás completamente sobrio —traté de apartarme disimuladamente, aunque la curiosidad me pudo—. ¿Qué es ese olor? ¿Te has bañado en colonia para ocultar tu “divertida” noche?

—¿Y eso qué me importa?

—Hueles demasiado bien para alguien tan imbécil y borracho.

—Tienes demasiada boca para una cara tan bonita. ¿Aún piensas que soy guapo? —esta vez no pude evitar sonreír.

Su sonrisa desapareció al instante, reemplazada por una expresión sarcástica.

—No te hagas ilusiones, Elfa-Duende. Eres tan guapa como cualquier estudiante de secundaria.

—¿Sigues mirando a las colegialas? Qué horror.

—Supongo que, al final, este es mi infierno, no el tuyo. Por favor, cierra la boca y cállate.

—¿«Por favor»? Anoche no fuiste tan educado.

—Pensé que funcionaría, pero no te callas. Si lo hubiera sabido, no lo habría intentado.

—Demasiado tarde, ya lo aprecié.

Justin puso los ojos en blanco y frenó en el paso de peatones.

—¿Adónde vas? No tengo poderes psíquicos.

—Compton. Quédate cerca del río, yo te guío.

—¿En serio? ¿Vives allí?

—Alquilo un apartamento.

—Yo me iría a Alaska.

—Lo siento, no todos tenemos dinero para ir a bares en el centro y para coches nuevos.

—¿Finanzas ajustadas? —preguntó con tono irónico.

—No es asunto tuyo —lo corté, tratando de no mirarlo.

—Así que sí es eso.

Me giré y me encontré con su perfil sonriente, con la mirada fija en la carretera.

—Quizás, si no hubieras hablado tanto, no te habrían despedido —continuó con indiferencia.

Eso sí, me molestó. No era como tenía que ser.

—Quizás deberías callarte esta vez y ocuparte de tus propios asuntos. No pedí una sesión de terapia.

—Ningún psicólogo podría contigo. No malgastes tu dinero.

Ya no dije nada más. Saqué los auriculares del bolsillo y me los puse, reproduciendo mi lista de canciones favoritas en el móvil. Justin no dijo ni una palabra más; lo noté por lo tensos que tenía los labios. Sí, lo estaba observando, aunque intentaba distraerme mirando por la ventana, donde la lluvia empezaba a dejar pequeños trazos en el vidrio.

Pero no podía evitar lanzar miradas furtivas al hombre sentado a mi izquierda. Hoy no era el mismo que anoche. Hace unas horas vi a un tipo desaliñado, descuidado y pasado de alcohol. Alguien grosero y sin tacto. Un insolente que no tenía filtro para hablar con nadie.

Y este patán, patán, patán, me está llevando a casa ahora mismo. Parece más ordenado, huele bien en parte y se contiene para no echarme del coche. Incluso elige con cuidado sus palabras. No dice nada. Finge no mirarme. O quizá no lo finge.

Tal vez es mi imaginación la que me juega una mala pasada y crea escenas ridículas, tan ridículas como los tatuajes que asoman bajo el cuello y las mangas de su chaqueta de cuero.

«Me pregunto qué historias contarán esos tatuajes», pienso mientras lo observo agarrar el volante con sus dedos cubiertos de tinta negra, sus muñecas, sus manos enfundadas en cuero, sus hombros, su cuello, que dejan ver partes de los tatuajes, y su barbilla, enmarcada por una barba suave que no oculta sus afilados pómulos ni la leve curva de su nariz.

«Guapísimo. Eso es lo que lo convierte en un idiota», pensé cuando nuestras miradas se cruzaron, sus ojos tan oscuros como los trazos bajo su chaqueta.

—¿Adónde vamos ahora?

—Gira a la derecha. Dos casas más adelante, vuelve a girar a la derecha y habrás completado tu misión, —murmuré, tarareando mientras guardaba de nuevo los auriculares en el bolsillo.

«Imbécil. Definitivo e irrevocablemente».

—Aquí estamos, Elfa. Baja de mi maldito coche —se volvió hacia mí y sonrió durante un segundo—. Me gustaría decir que fue un placer conocerte, pero no lo fue.

—Lo mismo digo, Justin.

Agarro el pomo, a punto de abrir la puerta, cuando veo un Toyota rojo que me resulta demasiado familiar aparcado frente a la casa, con una silueta igualmente dolorosa: una morena que reconozco demasiado bien sentada en él. Me inclino rápidamente hacia delante, escondiendo la cabeza bajo el salpicadero del Honda.

—¡Mierda! ¡Muévete! ¡Muévete, vamos de aquí!

—¿Qué demonios te pasa? —chilla Justin, pero arranca el motor—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Vamos! ¡Date prisa!

—En serio, ve a un psicólogo. O mejor aún, ve a un psiquiatra.

Justin pisa el acelerador, mientras yo me agacho aún más, cerrando los ojos con fuerza.

«No es él. No es él. No es él. No es él».

---

1. Compton Aunque el barrio ha empezado a cambiar en los últimos años, aún conserva la reputación de ser una zona disfuncional debido a los altos índices de violencia y pandillerismo. Limita con barrios como Carson, Lynwood y Watts, y se encuentra a unos 20 kilómetros del

centro de Los Ángeles. Estos esfuerzos recientes han contribuido a transformar gradualmente la ciudad, mejorando las condiciones para los residentes y brindando una nueva perspectiva sobre su futuro.

2. **En español, Lucifer se dice igual: Lucifer. Es un nombre que proviene del latín y significa "portador de luz" o "el que trae la luz" (del latín *lux*, "luz" y *ferre*, "llevar"). Aunque en contextos religiosos se asocia con el diablo o Satanás.**



Capítulo 6. Justin - Salvador

Una idiota. Una idiota arrogante, santurrona y egocéntrica que se cree el centro del universo y piensa que puede decirme lo que tengo que hacer. Te equivocas. La dejo aquí mismo, me da igual lo que pida.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —grita, y por un momento me mira con esos ojos azules llenos de miedo. Ya no hay sarcasmo ni burla, solo un terror que no entiendo.

Sus pupilas se dilatan, cubriendo el azul profundo de sus iris, y las lágrimas empiezan a caer antes de que pueda apartar la vista. No me doy cuenta de cómo acelero a fondo, ignorando los semáforos, alejándome de ese lugar. Miro la carretera, pero lo único que veo es su expresión de horror.

La misma que vi hace diez años en los ojos de otra persona completamente distinta. La misma que esperaba no volver a ver jamás. Pero ahí estaba, y algo hizo clic en mi interior. Pisé el maldito acelerador a fondo. El velocímetro subió y aceleré aún más, aunque ella no me lo había pedido. Siguió temblando, inclinada en el asiento, hasta que me detuve en otro lugar de Los Ángeles.

No sé, y probablemente nunca sabré, qué fue lo que la asustó tanto. Ni siquiera lo preguntaré. Lo único que sé es que necesito alejarla. No hablamos durante varias calles. El silencio nos acompañó hasta que llegamos a mi bar. Ella no me mira, yo no la miro, pero siento cómo su cuerpo late con fuerza, aunque intente disimularlo.

—Juré que no volvería a pisar este bar —dice apenas aparco en mi sitio.

Mi voz tiembla, pero no me esfuerzo en ocultarlo. Ella no lo necesita. Yo no la invité a entrar.

—No te invité a entrar. Lárgate, Elfa. Ya me has robado suficiente tiempo.

Me mira ahora con seguridad, completamente tranquila, como si hace unos minutos no hubiera estado temblando bajo el salpicadero. Se endereza y, antes de abrir la puerta, dice:

—Gracias, Justin.

Saca su guitarra del asiento trasero y se baja del coche. No puedo cerrar la boca del asombro, y cuando quiero reaccionar, ya no sé a dónde va. Me importa una mierda. No tengo nada mejor que hacer que seguir lidiando con idiotas como ella. Espero que siga mi consejo y busque a un psiquiatra. Sus trastornos mentales no deberían durar mucho.

—Llegas temprano —me saluda Sheila desde la barra, tomando café en el espacio vacío.

—Circunstancias imprevistas —me siento enfrente de ella y dejo caer mi chaqueta en una silla cercana—. Café. Fuerte.

—¿Has dormido algo?

—Un par de horas.

—Ya me lo imaginaba. Pareces un hippie drogado. ¿Te has mirado al espejo?

—Creía que estábamos enamorados —suspire de forma exagerada.

—Eres un idiota, Justin.

Sonrío y me paso una mano por el pelo. No me había dado cuenta de lo agotado que estaba. Y todavía quedan muchas cosas por hacer hoy. Esa Elfa me dejó seco de energía. Es como un vampiro de energía, no es una chica.

Sheila me pasa el café y espero que me dé energía. Me llevo el primer sorbo a los labios.

—¿Jessie? —grita de repente Sheila— y trago mal, haciendo que el café me raspe la garganta.

Toso y el café salpica la barra.

—¿Por qué gritas?

Pero Sheila ya no me escucha; está concentrada en alguien que acaba de entrar al bar y me mira fijamente.

—Está lloviendo —susurra la Elfa, algo indecisa—, y necesito un trago.

—Tus promesas no son tan fuertes —me enderezo en la silla, mirándola—. Recuerdo que dijiste que nunca volverías a entrar en mi bar.

—Haré como si no estuvieras aquí— responde mientras camina con paso firme hacia la barra, con su extraña gabardina verde y la guitarra mojada en la mano. Se sienta frente a mí en un taburete, deja la gabardina sobre mi chaqueta y apoya la guitarra entre los listones de la barra.

—No lo entiendo. ¿Cuándo habéis tenido tiempo para charlar? —Sheila frunció el ceño mientras yo mantenía la mirada fija en la chica de pelo negro.

¿Qué pasó con ese miedo que vi tan claramente? Lo vi. Juro que lo vi en sus ojos. Era miedo, el tipo de miedo del que alguien quiere huir. No puedo estar equivocado. Pero ahora la miro y

solo veo a la misma cretina arrogante que conocí hace menos de veinticuatro horas. La que me saca de quicio con su mirada prepotente.

—Justin, te lo estoy preguntando —Sheila me empujó por la barra, impaciente por una respuesta—. ¿Has considerado mi petición?

—¿Qué petición?

La mirada de la Elfa se centró en mí, como si yo fuera el responsable de aclarar las suposiciones ridículas de Sheila.

—He estado intentando que Justin te contrate —dijo Sheila con una sonrisa deslumbrante.

Apuesto a que ya está molestando a la Señorita Bestialidad de pelo negro.

—Oh, no, gracias, paso —chasqueó la lengua con fastidio.

—Nadie te ha ofrecido trabajo —aclaré—. Sheila no es la jefa de recursos humanos. Soy yo. Y prefiero que un diablo me salga por el culo antes que contratarte en mi bar.

De un trago vacié la taza de café y me levanté de la silla de golpe.

—Y más tiene que pagar la cuenta, esa mocosa, lo que ha consumido —me puse la chaqueta, tirando su capa al suelo sin querer—. Si no lo hace, la despediré a ti—lancé una mirada fulminante a Sheila, que tenía una expresión igualmente sombría, y salí del bar dando zancadas largas.

—Zorra —gruñí al subir al Honda, dando un golpe al volante.

No sé por qué me afecta tanto esta chica. Hacía tiempo que no sentía este tipo de rabia, la que recorre cada nervio de mi cuerpo.

¿Cómo lo hace?

¿Cómo puede alguien provocarte tanto desde el primer momento?

—Al diablo a ella —arranqué el coche y la imagen de sus ojos azules llenos de miedo volvió a mi cabeza.

¿Qué la asustaba tanto?

—¡Me da igual! —grité, mientras volvía a pisar el acelerador con fuerza.

Necesito calmarme. Tengo que recuperar el aliento. Esta noche tengo una reunión importante y no tengo todo el material listo. En vez de concentrarme en el trabajo, estoy perdiendo el tiempo y mis nervios con una chica inútil.

No volverá a pasar. No me doy cuenta de que estoy yendo otra vez demasiado rápido y, si no fuera por una llamada telefónica, habría pasado el semáforo en rojo.

—Hola, Justin.

—Sí, papá, todo bien.

—¿Cuántas veces te he dicho que la pizza no es un buen almuerzo para un niño de diez años?

—A ver si tú logras convencer a nuestro pequeño sabio.

—Sigues cayendo en sus provocaciones.

—Ese es mi viejo —reímos juntos, y yo me tranquilicé visiblemente, aflojando los dedos tensos del volante—. ¿Qué planes tienes para esta noche?

—¿No vienes?

—No, tengo mucho que hacer. Lleva a Ángel a tu casa. Esta noche puede dormir contigo.

—Justin...

—No me sermonees. Ya he tenido suficiente con ese gilipollas.

—Y deja de llamarle así.

—Contigo, lo vas a malcriar.

—Vale... Ten cuidado, hijo —no importa la edad que tenga, esa frase siempre me enfría el alma por dentro, aunque sea solo un momento—. Hasta mañana.

—Hasta mañana. Y no le des solo pizza a Ángel.

Papá se ríe con cariño y yo cuelgo la llamada mientras llego a casa sin que nadie lo note. Necesito silencio para terminar a tiempo el encargo.

Es mejor que Ángel se quede en casa de papá hasta que pueda cerrar todos los asuntos pendientes. No hay tiempo que perder. En cuanto entro, me siento frente al ordenador y trabajo hasta última hora de la tarde.

Se me pasa la cena, igual que la ducha, pero logro acabarlo todo justo a tiempo, antes de que llame Antonio. Es Garner, que odia los retrasos tanto como las judías verdes.

—Estaba esperando tu llamada —respondo con confianza.

—Si estabas esperando, ¿lo tienes todo listo?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Por eso trabajo contigo, Justin Morris. —Siempre a tiempo —dice Garner con su voz ronca y áspera, recordándome que, a sus más de setenta años, sigue fumando como si nada.

—A las diez en punto.

—Lo sé.

—No me falles.

—¿Alguna vez te he fallado?

Garner tararea satisfecho antes de colgar. Yo siempre cumplo con el horario, y él siempre cumple sin quejarse. Por eso trabajamos juntos.

Y también por la oportunidad que le dio al joven Justin, aquel chico de dieciocho años que pasó dos años solo en el otro extremo de Los Ángeles mirando al cielo a través de unos barrotes.

Han pasado diez años desde entonces, pero sigo agradecido. Si no fuera por Garner, no sé qué habría sido de mí.

A las diez en punto, el viento del océano, cerca de río, se cuela bajo mi chaqueta de cuero, intentando sacarme de este lugar abandonado y solitario. Preferiría estar en el bar, calentándome con un whisky, en lugar de estar aquí escuchar el ruido de las olas. Pero estoy atrapado en este trato.

Lástima que el cliente no sea tan puntual como yo.

—¿Señor Morris?

Me giro al escuchar mi apellido y me encuentro con un hombre alto y delgado, envuelto en un grueso abrigo negro que le llega hasta las rodillas. Su rostro está medio oculto por el cuello de la camisa y su escaso cabello está despeinado por el viento.

—Señor Rond —respondo sin moverme.

—Gracias por venir en persona —le digo con un sarcasmo que no intento disimular. Me da igual si se molesta.

Tengo algo por lo que haría cualquier cosa.

—¿No pudiste reunirte con mi representante?

—No ha sido posible. ¿Recuerdas los términos del acuerdo?

—Los recuerdo perfectamente —dice con su típica sonrisita. Por eso estoy aquí.

—Menos palabras —reconozco el estilo de Garner—. Vamos al grano.

Saqué un sobre del bolsillo de mi chaqueta y se lo entregué a Rond. Él lo miró con una ceja arqueada.

—¿Eso es todo?

—Créeme, es más de lo que esperabas.

Una sonrisa estiró sus mejillas hundidas mientras guardaba el sobre en el bolsillo de su abrigo.

—Un placer hacer negocios con Usted, Sr. Morris —dijo, dándome una tarjeta de plástico que valía varios miles de dólares.

—Hasta luego —murmuré, moviendo apenas las comisuras de los labios antes de devolverlas a su posición habitual.

Rond se dio la vuelta y se alejó, mientras el viento agitaba los bordes de su abrigo. Yo estaba desesperado por fumarme un cigarrillo. En cuanto su silueta desapareció entre los contenedores, me apoyé en uno de ellos y encendí el cigarrillo, apretándolo entre los dientes.

Estoy agotado. Cierro los ojos y aspiro profundamente, llenando mis pulmones hasta el máximo. Luego exhalo y siento una calma que llevaba horas esperando. El viento se intensifica. Probablemente va a llover. Doy otra calada, paso el filtro por mis labios y entonces escucho un sonido extraño.

Es tan raro en un lugar como este que abro los ojos de golpe. Doy una última calada, tiro la colilla al charco y empiezo a caminar hacia el origen del sonido.

—¿Estoy alucinando o qué? Me subo el cuello de la chaqueta y sigo el eco de lo que parece ser música.

Paso entre varios contenedores y atravieso un laberinto de chatarra apilada, y cada vez escucho más claramente el rasgueo de cuerdas. Y una voz. Una voz de mujer que llega hasta mí con el viento.

—Joder, Justin, estás loco. Ojalá no sea una sirena del río hipnotizando a los hombres con su canto.

Me detengo tras el último contenedor de hierro, el único que me separa de la dueña de esa voz encantadora. No estoy delirando ni volviéndome loco. Alguien canta de verdad, y voy a comprobarlo.

«No es fatiga. Y no es el alcohol, Justin. Esto es real».

Capto las últimas palabras de una canción desconocida y salgo de la esquina con confianza, manteniéndome a la sombra de los altos contenedores. La chica se sobresalta al notar mi presencia y aprieta la guitarra contra su pecho. Su estupidez solo puede compararse con...

—Esto no puede estar pasando... —susurra cuando la luz de mi linterna ilumina su rostro.

Doy un paso al frente, saliendo de las sombras.

—Eres una psicópata y maníaca —dice, mientras sus dedos sueltan la guitarra y sus hombros caen, relajándose.

—Lo dice el que está sola, en medio de la noche, sentada bajo las nubes. Sabía que estabas mal de la cabeza, pero no tanto.

—Lo dice el tipo que también está aquí, bajo la lluvia, en los contenedores junto al río. Sabía que tenías síntomas de esquizofrenia, pero no así.

¿Cómo pude olvidar lo insoportable que es esta chica? Medio minuto con ella y ya siento ganas de prender fuego a todo el lugar.

—¿Qué demonios haces aquí, Elfa?

—¿Por qué demonios me sigues, idiota? —me mira con rabia, sin quitarme los ojos de encima.

Su largo pelo negro le azota la cara, pero ni siquiera intenta apartarlo.

—Tú... Solo... ¡Joder, sí!

—No tienes palabras.

No sé cómo expresar lo que me hace sentir con esa actitud segura. Aquí, sentada sola en mitad de la noche, completamente tranquila, en un lugar donde nadie más se atrevería a estar. Rasgueando su guitarra en medio de la noche y del viento, mientras cualquier otra persona estaría en casa.

Incluso yo preferiría estar en la cama, no aquí.

«*¿Qué pasa por la cabeza de esta loca?*».

«Hoy estás más elocuente que nunca».

Deja la guitarra en un viejo sofá que no había notado antes y me mira bajo la tenue luz de una farola parpadeante.

—Admítelo, me has estado siguiendo.

—Guarda tus fantasías para otra noche —respondo, acercándome, pero quedándome de pie frente a ella—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—¿Estamos dando vueltas en círculo? —digo, extendiendo las manos, claramente sin intención de rendirse.

De acuerdo. Me siento a su lado.

—Caminaba.

—Y yo cantaba.

—Te dije que estabas loca.

—Y yo te dije que estás loco —su rostro sigue impasible, frunciendo el ceño y con esas cejas negras que parecen presionar sus ojos.

Tiene mechones de pelo en la cara, pero finge no notarlo, y yo me río. Me río de su arrogancia forzada. Y entonces ella también se ríe. Se ríe conmigo.

Me quedo paralizado, porque cuando sonríe, sus labios se extienden y revelan dos lunares en sus mejillas que no había notado antes. Sonríe, y por un momento me quedo en blanco, incapaz de apartar la vista de su rostro. Me levanto lentamente del sofá. Y mi mente ya no está aquí.

***

Justin, ¿por qué estás siempre tan serio? —me revuelve el pelo y me pone la tapa del portátil en el regazo.

—Vamos, ¿tus códigos supergenio puede esperar? Quédate con nosotros. Solo un ratito. —Por favor —sonrió, y fue suficiente para que dejara el portátil sobre la mesa.

—Eso está bien. Es aburrido sin ti aquí.

—¿Soy divertido?

—Siempre es divertido —dijo, y se sentó a mi lado. Sus largos rizos rubios me hicieron cosquillas en los codos, pero no me inmuté.

—No te inventes cosas —intervino Jonathan. —Es un pesado. No ve más allá de su ordenador.

—Solo es un genio, no estés celoso, Jonathan —me halaga el hombro y me rodea la mano con los brazos.

—Vale, vale, tienes razón, mi hermano mayor es un genio. Y yo solo soy una pobre excusa para ser un genio —se enfurruñó Jonathan desafiante, para que volviera a centrar su atención en él.

—Basta —su rostro adquirió seriedad durante un momento. —Sois completamente diferentes. Y hermanos. Cualquier chica sería feliz con cualquiera de los dos.

—¿Quieres comprobarlo? —finalmente, decido interrumpir.

Se echa a reír y apoya la frente en mi pecho, con su larga melena cayendo sobre mi regazo. Sus manos se apoyan en mis hombros y sigue riendo, como si yo hubiera dicho algo demasiado gracioso.

Así es como la recordé el resto de mi vida.

Así es como se quedó en mi mente.

Así de alegre y bella permaneció Sandra Lajas en mi memoria.



Capítulo 7. Jessie

Me río porque me doy cuenta de cómo me mira con esos ojos oscuros. Parecen aún más negros bajo la luz de la lámpara. Quise apartar la mirada, pero no pude: me atraían como un abismo del que no podía escapar.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí sentado? ¿Y qué haces aquí sola? —rompe el silencio.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí de pie?

Sé que estoy loca, pero no puedo evitarlo. Lo único que he aprendido después de tanto tiempo lidiando con los hombres es a defenderme y rechazar cualquier acercamiento. Es lo mejor para mí. Es más seguro. Así, nadie me mirará demasiado de cerca.

—De acuerdo. Que disfrutes, Elfa. Yo me mantendré lejos de ti y de los vagabundos que seguro aparecerán pronto.

Se da la vuelta y empieza a irse, y probablemente debería dejarme. ¿Debería explicarle? Claro que no. Pero quiero hacerlo.

—¡Espera un momento!

—¿Me has dicho algo? —disminuye el paso, fingiendo escucharme.

—Estoy aquí porque me resulta fácil. Aquí mi mente se aclara y los malos pensamientos desaparecen. Respiro libremente. Calmo mis nervios con mi guitarra. Este es mi lugar secreto. Y, de alguna manera, tú lo has encontrado.

Justin no se mueve, ni parece importarle el viento que le azota la cara.

—Y sí, desde fuera probablemente parezco una loca...

—Ah, claro que lo sabes —responde, girándose y volviendo al sofá donde sigo sentada—. ¿No tienes frío?

—Un poco —respondo, mirándolo fijamente.

—Vámonos de aquí.

Sin hacer más preguntas, agarra mi guitarra del sofá y empieza a caminar, dejándome atrás. No tengo más opción que seguirlo, porque lleva mi instrumento en sus manos. Justin guarda la guitarra en el asiento trasero de su coche, el mismo donde la había tirado esa mañana.

Me río sin querer, pero enseguida me encuentro con su mirada seria.

—¿Vas a subirte al coche o tengo que empujarte?

—Qué irónico. La última vez fue al revés.

—No es culpa mía que malgastes tus habilidades de descaro de noche. Tal vez olvidaste recargarlas.

—Idiota —puse los ojos en blanco y crucé los brazos sobre el pecho.

—Sube, o cambiaré de opinión.

Él se mete en el coche, y estoy tan helada que mis piernas me llevan automáticamente hacia el calor.

—Te calentarás en un minuto —presiona algunos botones del salpicadero y me mira con calma.

—¿Qué hacías ahí sentado?

—Ya te lo dije —digo, frotándome las manos frías y respirando sobre ellas.

—Sí, claro. Porque es lógico ponerte en ese estado por eso.

—Basta. Yo decido lo que hago y cuándo lo hago.

—No me sorprende en absoluto. Ojalá tuviera algo nuevo que decirte.

—Y lo tuve. A diferencia de ti —miro su perfil, que parece inclinarse levemente hacia mí.

—¿Qué hacías ahí fuera?

—Vamos, Elfa. Me estás haciendo perder el tiempo otra vez.

Por segunda vez en el día, me encuentro en el coche con este imbécil que es más irritante que el sonido de poliestireno crujiendo. Es como un arañazo en el cristal, un raspado molesto. Y lo peor es que no sé qué hago aquí, compartiendo espacio con él.

—Voy a poner música —digo, estirando la mano hacia el salpicadero, pero Justin me agarra la mano.

—Ibas a decir: “¿Puedo poner música?”

—No —vuelvo a intentar alcanzar el botón, pero me da una palmada en el dorso de la mano.

—¿Por qué eres tan controlador?

—Porque eres muy descarada.

—¿Me toca decir que estamos dando vueltas en círculo?

Él sonríe, y maldita sea, lo noto. Veo esa pequeña sonrisa y las finas líneas en las comisuras de sus ojos que no debería estar mirando. Sin su permiso, pulso "Play" y la música comienza a sonar en el coche. Música conocida. Es uno de mis grupos favoritos, cuyas canciones me sé de memoria.

—Breaking Benjamin [1] —digo sorprendido.

—¿Cómo los conoces? —pregunto, igual de sorprendida.

—Me encantan.

—Indiscutiblemente.

Nuestras miradas se cruzan por una fracción de segundo, pero Justin vuelve enseguida la vista a la carretera. Breaking Benjamin [2] sigue desgarrándome con sus letras, mientras miro por la ventana. La lluvia de diciembre golpea el cristal.

—Justin... no quiero ir a casa —digo, viendo cómo las gotas resbalan por la ventana.

—¿Pasa algo? —sorprendentemente, no se burla de mí; al contrario, noto un toque de interés en su voz. O tal vez lástima.

"No quiero pensar en eso."

—No.

—La gente siempre tiene razones para no querer volver a casa.

—No estoy buscando razones. Simplemente, no quiero ahora mismo.

—¿Solo ahora?

—Sí, ha sido un día largo. Veinticuatro horas, para ser exactos. Deberías saberlo —digo, esperando que su expresión de lástima haya desaparecido, aunque ya no lo estoy mirando.

—¿Calentada? —por alguna razón, esta vez no responde a mi sarcasmo.

Debe estar cansado. Mejor.

—Casi.

—Vale —dice, desviándose del camino que lleva a mi casa.

—¿Otra vez secuestrándome? Esta vez gritaré hasta que me degüelles.

—Justo estaba afilando el cuchillo —responde Justin, sin ninguna emoción.

—¿Psicópata?

—Y esquizofrénico. Mantente al tanto de tu diagnóstico.

—¿Adónde me llevas?

—No querías volver a casa —dice con seguridad, alejándose de Compton.

—¿Y qué? Como si te importara.

—No me importa. Te dejaré en la estación, por si te apetece ir a Nueva York.

—Idiota. Llévame de vuelta —le doy una palmada en el hombro—. ¡Ahora!

—¿Cambias de opinión tan rápido?

—¡Deja de molestarme! —lo empujo, pero él esquiva y pisa el freno de golpe.

—Aquí estamos —saca las llaves del contacto—. Vamos.

—¿A dónde? —lo miro, sorprendida.

—Jesús... eres insoportable. Sal del coche, sin preguntas.

Tarareo, pero lo sigo hasta una cafetería de carretera que nunca había visto.

—Vamos a tomar un café —declara Justin, acercándose a la puerta con el cartel rojo que dice "Red Moon."

—¿Y qué te hace pensar que quiero...?

—Cállate, Elfa —me interrumpe, rodando los ojos.

Me enfurruño, pero lo sigo hasta una mesa en un rincón oscuro. Apenas nos sentamos, un hombre calvo y gordo con delantal negro se acerca corriendo.

—¡Moon, colega, hola! —sonríe Justin, mientras yo observo todo con el ceño fruncido.

—¿Qué haces por aquí? —el hombre sonríe amigablemente y parece querer abrazar a Justin, pero al verme, solo le estrecha la mano.

—Hace tiempo que no venía. Día ajetreado, como siempre.

—Ah, claro, claro. Ya casi me olvidaba del viejo Moon.

—Tu pizza, eso sí, nunca la olvidaría —dijo Justin, y el rostro de Moon se iluminó aún más.

—¿Nos invitas a algo?

—Lo que quieras —sonrió Moon, ruborizándose levemente—. Ya sabes cómo me gusta hacer las cosas.

—Gracias, Moon —Justin le dedicó una sonrisa débil y Moon desapareció en la cocina.

—¿Qué es este lugar?

—Qué raro —Justin se quita la chaqueta, se remanga el jersey negro y se relaja en la silla—. Aquí tienen la mejor pizza de Los Ángeles. Una vez que la pruebes, no podrás dejar de pensar en ella.

—Eso es una afirmación seria —me deshago de la gabardina, quedándome con la sudadera beige que me había puesto esa mañana.

—Y el estilo tampoco cambia —dice Justin, mirándome de arriba abajo.

—Quién sabe —me siento a la mesa, mirando sus manos, cubiertas de tatuajes que continúan más allá de las mangas de su jersey ligero.

"¿Está cubierto de tatuajes?"

—¿Por qué no quieres ir a casa? —pregunta con cautela.

—¿Podemos no hablar de eso?

—Podríamos no hablar en absoluto, pero sería aburrido. Ya que estamos aquí, mejor hablemos —me mira de forma acusadora, pasando los dedos tatuados por su barba.

—Solo estoy cansada —respondo sinceramente, evitando su mirada—. Perdí dos trabajos en 24 horas, vi nuevas grietas en el techo de mi habitación, gasté mi último centavo en el autobús desde tu bar hasta el río... y hablé con mi madre —dije, tragando un nudo en la garganta.

Justin me mira. Siento su mirada penetrante, escarbando en lo profundo de mi alma. Pero no llegará al fondo. Igual que yo nunca encontraré nada bajo su piel.

—¿Buscas trabajo? —pregunta tras una pausa, rascándose la barbilla.

—Siempre estoy buscando. Pero nunca me quedo mucho tiempo en un lugar.

—Y creo que sé por qué —le lanzo una mirada envenenada.

—Hagamos una apuesta —su expresión cambia a interés—. Un mes en mi bar, sin una sola queja, y el trabajo es tuyo.

—Oh, dioses... —me quedo paralizada.

—¿Qué? —Justin me mira desconcertado.

—Debes de estar sufriendo ahora mismo...

—¿Qué quieres decir?

—Debe haber alguien dándote por detrás —intento mantenerme seria, pero no tardo en estallar en carcajadas que llenan la cafetería.

Justin intenta contener una sonrisa, pero no puede evitar reírse también. Una risa de verdad. Ya no es el tipo frío que vi en el bar. Ahora es real.

“¿O tal vez solo juega?”, me pregunto mientras el torrente de risas comienza a apagarse dentro de mí.

—Aquí está tu pizza —Moon reaparece, y me sobresalto al desviar la mirada de Justin.

—Tiene una pinta increíble —dice Justin, intentando no mirarme. ¿O tal vez me lo imagino?

—¡Y aún no la has probado! —Moon coloca una pizza enorme en la mesa.

—Que aprovechen, sobre todo tú, bella dama —me guiña un ojo y se marcha.

El aroma del beicon me hace un nudo en el estómago. No he comido en todo el día, y estoy dispuesta a devorar esta pizza. Pero soy una chica, así que cojo un trozo discretamente, mientras mi estómago ruge como una ballena.

Estoy segura de que Justin lo ha oído, pero no dice nada. Devoro el trozo en segundos y, oh, dioses, está tan buena que no puedo parar. En pocos minutos, ya me he comido más de la mitad.

—Tenías razón —digo, limpiándome los labios con una servilleta—. Es lo mejor que he probado en mi vida.

—Ya sabes... —Justin se limpia las manos y me mira—. Hay dos tipos de personas.

—¿Sí?

—Los que dejan el borde de la pizza y los que se lo comen.

—El borde es lo mejor —respondo con orgullo, mientras me como el último pedazo.

—Eres una pervertida.

—No veo bordes en tu plato —le lanzo una mirada retadora.

—Pillado —sonríe—. Entonces, trabajaremos juntos, Elfa.

—"Elfa." ¿De dónde salió eso? Aún no he dicho que sí.

—¿Ah, no? —mueve las cejas de forma juguetona—. ¿Tienes elección?

—Claro que sí. Repartir folletos en la estación de tren es mucho más glamuroso.

En lugar de responder, una sonrisa brillante se dibuja en mi cara. Me atraviesa riendo. Y se ríe. Se ríe conmigo. Ríe tan fuerte como yo solía reír, como si no hubiera un mañana.

***

—¡Corey, para, por favor! —mi risa resuena por todo el barrio—. ¡Para! ¡Deja de hacerme cosquillas! ¡Corey!

—Solo si me das un beso —responde, riendo.

—Tonto —le doy un beso en la mejilla y él cae al suelo junto a mí.

—Siempre tienes miedo de todo, princesita Jessie —me atrae hacia él y me envuelve en un abrazo—. Pero yo te protegeré de todo.

—Lo sé —me acurruco más contra mi hermano mayor y lo abrazo—. Eres mi caballero.

—¿Lo seré siempre?

—Siempre lo serás —me besa en la frente.

Y deseo que este momento no termine nunca. Pero no es así como lo recordaré para el resto de mi vida. No es el Corey que quedó en mi memoria. Corey Rodríguez, con 15 años, era mi caballero, pero unos años después cambió su armadura por la piel de una bestia.

1. **Breaking Benjamin** tiene un estilo similar a **Three Days Grace**, con potentes partes vocales y letras cargadas de emoción. Sus canciones, como **"The Diary of Jane"**, recuerdan el sonido característico de los éxitos de **TDG** (Three Days Grace). Ambas bandas se destacan en el rock alternativo y post-grunge, con una combinación de rifás pesados y temas líricos que abordan emociones profundas y personales.
2. El vocalista de **Breaking Benjamin** es **Benjamin Burnley**, quien también es el fundador y principal compositor de la banda. Su potente y emocional voz en temas como **"The Diary of Jane"**, **"Breath"** y **"I Will Not Bow"** ha definido el sonido distintivo del grupo. Burnley mezcla en su estilo elementos de rock alternativo, post-grunge y nu-metal, lo que hace que sus interpretaciones vocales sean especialmente intensas y memorables.Además de ser el vocalista, Burnley toca la guitarra y participa activamente en la producción de la música de la banda, consolidándose como una figura clave en la evolución y éxito de **Breaking Benjamin**.



Capítulo 8. Justin

Sus cambios de humor solo confirman que esta chica está completamente ida. Un segundo se estaba riendo conmigo y ahora parece a punto de echarse a llorar.

"Eso es lo último que necesito".

Tengo que decir algo. Romper este silencio incómodo que, si se alarga un segundo más, podría hacer que se le escapen las lágrimas. Y no me pagan por consolar a Elfas desquiciados.

"Vamos, Justin, piensa. ¿Por qué demonios estás congelado, mirándola fijamente? No hay nada sobrenatural en esos ojos."

—Así que... —abro la boca, intentando soltar algo coherente, pero ella me corta antes de que pueda continuar.

—No necesito tu compasión —dice, cruzando los brazos con fuerza, mientras en sus ojos, que hasta hace un momento parecían asustados, se empieza a gestar una tormenta.

—Ya te gustaría. ¿Por qué debería sentir lástima por ti? No eres una persona con discapacidad ni un perrito abandonado —le sonrío, recostándome en la silla.

—Entonces, ¿por qué me ofreces trabajo? —pregunta, frunciendo el ceño como de costumbre.

—Me molestas con tu actitud.

—Y no solo con la actitud —entrecierro los ojos, examinando a la delgada chica de pelo negro, vestida con un jersey oversize blanco.

Es demasiado seria para tener 22 años. A esa edad, uno debería reírse, coquetear, no ir por la vida con esa mirada amenazante bajo unas cejas tensas.

A los 22, las chicas suelen cubrir sus rostros con maquillaje para brillar más bajo las luces, no para eliminarlo de su rutina diaria. Las chicas de su edad resaltan cada curva, no las esconden bajo capas de ropa como si quisieran desaparecer.

Todo en ella parece estar mal. Desde su apariencia hasta su mal carácter, el tipo de actitud de la que cualquier hombre huiría. Pero esos ojos, increíblemente azules, como el océano, con sus cejas suaves arriba y los dos lunares simétricos debajo, hacen que no pueda apartar la mirada.

Y por alguna razón, cuanto más frunce el ceño, más me divierto yo.

—¿Y bien? ¿Por qué te has quedado congelado? —gruñe.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que la he estado mirando todo este tiempo.

—¿Te he dejado sin palabras? ¿O estás meditando para no explotar?

—Supongo que tendré que coger un par de lecciones, ya que parece que voy a verte todos los días en el bar —responde, desviando la mirada.

—Tranquila. No te ofrezco esto porque me des lástima. No es así. He visto cosas peores.

Lentamente vuelve a mirarme.

—Lo hago para que Sheila, que no me dé la tabarra todos los días hasta que tu cara de alquitrán aparezca detrás de la barra. Prefiero darte una oportunidad ahora y evitar el drama. Es un lujo hoy en día, ¿sabes?

—¿Un mes de prueba, entonces? —pregunta, algo insegura.

—Llamémoslo por su nombre. El periodo de prueba no afectará a tu salario. Las propinas serán tuyas.

—Suena demasiado bonito.

—Si descubro que eres grosera con los clientes o que te bebas de mis botellas como hace Sheila, lo descontaré de tu sueldo.

—Eso sí que suena a ti —responde, entre risas.

—Hablas como si me conocieras de toda la vida. Eso es peligroso, Elfa —me inclino hacia delante, apoyando los codos en la mesa, mirándola más de cerca—. Te estaré vigilando.

—Vale, Justin —imita mis movimientos, hasta que solo quedan unos centímetros entre nuestras caras.

—Y en esas noches en las que te desmayes detrás de la barra, no olvides tener las cámaras preparadas con antelación.

Sonríe con una ligera curva en los labios, como si hubiera ganado. Pero lo peor es que no sabe con quién está jugando. No tiene ni idea de a quién se atreve a mostrarle esos colmillos apenas crecidos.

—Si no me hicieras cabrear tanto, ya habría encontrado un uso digno para esa lengua afilada tuya. Y créeme, no sería para discutir.

Sus ojos azules se agrandan y brillan al encontrarse con los míos. Me alegra. No esperaba que esta chica tan dura se sintiera avergonzada por una simple frase. Ni siquiera necesité una segunda ronda cuando vi cómo sus mejillas se sonrojaban.

—No te preocupes —le susurro al oído, y noto cómo contiene la respiración—. No eres mi tipo. Ya puedes relajarte y respirar.

Retrocedo, apoyándome en el respaldo de la silla mientras me pongo la chaqueta. Me deleito viendo su confusión, pero el momento se interrumpe por el timbre de mi teléfono.

—Vámonos. Tengo mucho que hacer —digo mientras ignoro por quinta vez la llamada de Pamela, poniéndome de pie.

—¿Te llevo a casa o a otro sitio?

—A casa —responde Jessie, poniéndose su abrigo, intentando evitar mirarme.

Debo admitir que pensé que sería más difícil hacer callar a esta chica. Toda esa actitud desafiante era solo una máscara. Como todas, se derrite con unas cuantas palabras bien dichas en el momento justo.

Durante todo el trayecto, no dice ni una palabra. Ni siquiera intenta molestarme. Solo mira por la ventana, escondiendo la nariz en su extraña capa verde, mientras se enrolla el cinturón largo en los dedos.

Asombrosa resistencia, aunque igual de sorprendente es lo frecuente que la miro de reojo. Llegamos a Compton en unos quince minutos, pero no es el “Pequeña España” que suelen mostrar en los vídeos para turistas. Es una zona olvidada. Recuerdo haber pasado por aquí en mis veinte años, pero esta vez ni siquiera sé cómo llegamos. La última vez que la traje estaba tan concentrado en aguantar su compañía que no presté atención al camino.

—¿Estás segura de que vives aquí?

—¿Y tú estás seguro de que no tienes pérdida de memoria? —responde, desabrochándose el cinturón.

—Por fin —digo, encontrándome con su mirada—. Pensé que te habías tragado la lengua junto con la pizza.

—Gracias por... eso —dice arrastrando la guitarra del asiento trasero hacia sus pies—. Como siempre, ha sido un placer socializar —comento con ironía.

—Lo mismo digo, Elfa —responde, poniendo los ojos en blanco mientras sale del Honda. Pero justo antes de cerrar la puerta, se gira bruscamente.

—¿Qué demonios significa "Elfa"? —me susurra furiosa—. Me llamo Jessie. Y deja de reírte.

Intento dejar de reírme, pero no puedo evitar sonreír. Es demasiado graciosa.

—¿Te has visto en un espejo? —levanto una ceja y la miro de arriba abajo.

—No me importa que me hayas hecho el gran favor de llevarme a casa. Te voy a dar una bofetada que te dejará un buen moratón, te lo aseguro.

—Cuando alguien va a pegarte, no avisa. Recuérdalo para la próxima. Pero no te preocupes, no quise insultarte.

—¿Entonces qué querías hacer? —se enfurece más.

—Es simple —digo, captando su interés—. Tu enorme capa verde, tu pelo negro y esas orejas medio escondidas me hicieron pensar en una Elfa de cuentos.

—¿Eso es todo? —ahora es ella quien levanta las cejas.

—¿Qué esperabas?

—Algo más ridículo.

—¿No te parece gracioso?

—Al nivel de colegio, tal vez —responde, saliendo del coche y caminando hacia la calle.

—Que pases una noche en vela, Justin —dice con una sonrisa sarcástica mientras se gira.

—Y dulces pesadillas, Jessie —le respondo, alargando mi sonrisa.

Está a punto de cerrar la puerta, y finalmente respiro con alivio, pero algo la detiene. Se gira de nuevo hacia el coche y se inclina sobre el asiento del copiloto. Siento su aliento cálido en mi oreja.

—Y por cierto... —susurra mientras apoya sus manos en mi muslo—. Los tatuados alcohólicos con chistes malos tampoco son mi tipo. Así que tenías razón, trabajaremos bien juntos.

Su larga melena me roza la mejilla y, por una vez, me quedo sin palabras. Pero ella sale del coche sin esperar respuesta y cierra la puerta suavemente. Ya la había descartado, ya la había catalogado como una chica más, alguien predecible. Pero ahora no sé si estoy enfadado o si sonrío porque ha superado mis expectativas.

El timbre del teléfono me saca de mis pensamientos. Esta vez, por suerte, no es Pamela.

—Garner, hola —mi reciente sonrisa desaparece y adopto una expresión seria.

—¿Todo salió bien?

—Lo mejor que se podía hacer.

—Buen trabajo, hijo —jadea al otro lado y aclara su garganta. Espero pacientemente a que continúe—. Tenemos que vernos mañana.

—Pero... —trato de responder, me interrumpe.

—Sé que te prometí los días libres, pero es urgente. Llega un pedido importante. Necesito que te encargues.

—Me las arreglo.

—Siempre te lo digo: confía en ti y en la calidad de lo que haces; sin embargo, este pedido es diferente. Quiero que le eches un vistazo antes de que lo firme. Necesito estar seguro.

—Entendido. Estaré en tu casa mañana al mediodía.

—Cuídate, Justin.

Garner cuelga, y busco un cigarrillo en el bolsillo interior de mi chaqueta. Si no lo hago, me voy a desmayar al volante. Llevo 24 horas sin dormir y el cansancio me está ganando. Además, voy a tener que desperdiciar mi único domingo libre y, una vez más, Ángel me tachará de padre ausente en su lista mental de errores.

No tengo opción. Cada paso que doy, cada cosa nueva que hago, es por ellos: Ángel y mi padre, los dos que me han mantenido en pie y lo siguen haciendo.

Arranco el motor del Honda, pero el silencio de la cabina se interrumpe con otra llamada. Esta vez, sin siquiera mirar la pantalla, sé que es Pamela. Me recuesto en el asiento, cierro los ojos y contesto:

—Sí, Harber.

—¡Vaya! ¿Te acuerdas de mi apellido? Qué honor.

—Mi memoria está bien. La que parece que falla es la tuya.

—¿De qué hablas?

—Te lo he dicho mil veces: no me llames insistentemente. Si no respondo, es porque estoy ocupado.

—No te enfades, Justin. Solo quería hacer planes para esta noche.

—¿Planes? —resoplo.

—Bueno... digamos que pensé en algo interesante para ti —sonríe al otro lado.

—Lo dejaremos para otra ocasión.

—¿No vas a venir? —su voz denota molestia, pero no me importa.

—No. Que descanses.

Cuelgo y, con una bocanada de humo, exhalo el cansancio acumulado. Intento convencerme de que no voy a ver a Pamela porque estoy demasiado cansado. Allí me esperaría un buen rato de diversión: sexo, masaje, lo que sea... pero no quiero nada de eso.

Ni siquiera la imagen de ella entre mis piernas me provoca algo esta noche. Esa fantasía se desvanece en mi mente tan rápido como aparece, y en su lugar, un par de lunares negros bajo unos ojos azules me vienen a la cabeza.

“Los tatuados con chistes baratos tampoco son mi tipo”, sonrío para mis adentros y arranco el coche.

—Eso es lo que pensaba, Elfa. Eso es lo que pensaba.

Debería pasar por el bar y ayudar a Sheila con el cierre, pero estoy seguro de que podrá arreglárselas sin mí esta noche. No es la primera vez. Acelero con una leve sonrisa, girando el volante hacia casa.

Necesito organizar mis pensamientos y dormir un poco. Algo en la voz de Garner me inquietó. Había algo diferente, algo que no había oído en los diez años que llevamos trabajando juntos. Y no era nada bueno.

Pero no soy de los que se ponen nerviosos fácilmente, así que el día termina con mi rutina de siempre: una ducha, un vaso de whisky y un “Buenas noches, Sandra” en mi cabeza antes de cerrar los ojos en la cama fría.



Capítulo 9. Jessie

No, no voy a gritar. No voy a malgastar mi energía en este idiota arrogante.

—¡Cabrón de mierda! —grité en cuanto se cerró la puerta principal—. ¿Cómo puede ser tan arrogante?

Solté un gruñido mientras recorría el pasillo, quitándome los zapatos de una patada. Los tiré con rabia y fui al salón, pisando fuerte, pero recordé qué hora era y, con un paso más tranquilo, pero aún molesta, me senté en el sofá.

—Pero me llevó a casa —murmuré, metiendo las piernas debajo de mí—. Y me dio de comer. Y me ofreció un trabajo... ¿Qué demonios? —me reí sola—. Estoy hablando conmigo misma. Necesito parar.

De un salto, me levanté del sofá, me desnudé rápidamente y corrí hacia el baño. Quizás una ducha me calme. Pero no. Ya en la cama, seguía pensando en él, y como siempre, mis pensamientos se dirigieron al techo agrietado.

—Y ni siquiera me dijo nada, el muy cabrón. ¿Adónde voy mañana? ¿A qué hora? —me di la vuelta en la cama—. Quizás solo estaba bromeando.

"Pero su mirada era bastante seria", me respondió mi subconsciente.

—Él no haría eso.

"¿Por qué no? ¿Qué lo hace diferente de los demás?"

—Nada. Es peor —me giré boca abajo y hundí la cara en la almohada—. Si sigue jugando conmigo así, ¡le quemaré el maldito bar! —grité dentro de la almohada para no molestar a los vecinos, pero pronto me calmé y volví a tumbarme de espaldas.

—Quizás Justin solo quería ayudar.

"No, princesita Jessie. Solo sintió lástima por ti, como todos. O tal vez quería acostarse contigo", la voz de Corey resonó en mi mente, haciéndome estremecer.

—Vete al infierno —susurré, levantándome de la cama y yendo a la cocina por un vaso de agua.

"Corre, corre, princesa Jessie. No puedes correr muy lejos."

—¡Lárgate de mi cabeza, imbécil! —grité, casi tirando el vaso de mis manos temblorosas—. Me escaparé. Nunca volverás a encontrarme, maldito hijo de puta.

El vaso cayó al suelo, y yo me quedé helada, con el corazón latiendo a mil por hora.

—Vete al infierno, Corey. Ya no tienes poder sobre mí. No controlas lo que hago. No eres nadie —dije entre jadeos, apretando la camiseta contra mi pecho con fuerza.

Me tomé la pastilla que debía calmar mis nervios y me tumbé en el sofá. No sé cuánto tiempo estuve mirando el mismo punto, pero la pastilla hizo su efecto, y me quedé dormida sin ni siquiera cubrirme con una manta.

El frío que entraba por las grietas de la vieja casa y los insistentes golpes en la puerta me despertaron a la vez. Definitivamente, era de día, al menos había dormido unas horas.

—¡Ya voy! —grité, envolviéndome en una manta y bostezando de camino a la puerta—. ¿Quién diablos viene tan temprano?

—Es mediodía, Jessie —la voz de mi cuñado sonó al otro lado de la puerta, pero ni siquiera eso logró mejorar mi ánimo. Abrí la puerta con cara de pocos amigos.

—Hola, John —bostecé, cubriéndome la boca con la mano—. Y... ¿Qué coño? —fruncí el ceño mientras él, ignorándome, se deslizaba dentro del piso.

—Dormirás toda la vida si te dejan —sonrió, siempre radiante.

—Eso me decía tu abuela.

—No la conociste, no inventes.

—John, ¿qué quieres? ¿Qué haces aquí? —le pregunté, mientras lo seguía a la cocina, donde empezó a hurgar en los cajones buscando café.

—No contestabas el teléfono.

—Estaba ocupada.

—¿Con qué? ¿Samobicismo?

—¿De dónde sacas esas palabras?

Nos reímos levemente, y yo me dejé caer en la silla más cercana.

—¿Cómo está Edna? Espero que se haya vuelto loca cuando le tiré la corbata a la cara. O al menos cuando dejé caer mi chaqueta en el suelo. Siempre era tan estricta con los uniformes de los camareros.

—Estás que ardes, nena. El viernes por la noche fue una locura. Y Edna estuvo igual de desquiciada. Era un espectáculo, verla, cambiar los tacones por suelas planas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Palabra de Boy Scout —John se vuelve hacia mí, poniéndose una mano en el pecho como si hiciera un juramento.

—Nunca fuiste Boy Scout —le respondo, entornando los ojos y apretando los labios.

—Pero no estoy mintiendo —dice mientras sigue jugueteando con la cafetera.

—Ese día hicimos historia en el restaurante. Todo el mundo habla de ti, nena.

—¿Y de qué me sirve? —al principio me río, pero rápidamente me invade una tristeza repentina—. Perdí mi fuente principal de ingresos, y me echaron del centro infantil —suspiré con pesar—. Hola, me llamo Jessie, soy una chica blanca de 22 años, oficialmente desempleada, arruinada y con ascendencia española, viviendo en uno de los peores barrios de Los Ángeles.

—Hola, Jessie —sonríe John—. Y no eres blanca. Tienes sangre española, sangre caliente.

—¿De todo lo que dije, eso es lo único que te quedó? Eres un buen amigo.

—No te preocupes. Te ayudaré. Puedo intentar conseguirte un trabajo a medio tiempo en el catering. ¿Entonces no me odiarás?

—Me lo pensaré.

—También hago café.

Tomo la taza caliente de sus manos y me acurruco, subiendo las rodillas hasta la barbilla.

—Me lo pensaré —intento no sonreír, pero su sonrisa contagiosa derrumba mi intento de ser seria.

—Venga, sácame de mi rutina. ¿Cómo está Gina?

—Gina y yo rompimos —John se sienta frente a mí, rozando casi la lámpara del techo con su cabeza.

—¡Mierda! —se frota la frente—. ¿Por qué cuelgan tan bajo esas lámparas?

—Porque mides más de 1.90 metros. Deberías estar jugando al baloncesto en lugar de correr entre las mesas.

—Ya hay demasiados negros en la NBA, nena. Sería demasiado —dice con una sonrisa amplia, mostrando sus dientes blancos.

—John, cariño, eclipsarías a todos. Yo iría a todos tus partidos.

—En otra vida, nena, en otra vida.

—Entonces... ¿Qué pasó con Gina? —digo mientras le doy un sorbo al café y me quito la manta de los hombros.

Ya sé la respuesta. John Maldonado, un hombre alto, atractivo, encantador, con esos rizos y una sonrisa que derrite corazones. ¿Qué chica no querría a alguien como él? Claro, siempre la misma razón: demasiado bueno. Demasiado amable. Demasiado todo. Pero así es John, no cambia.

—Lo de siempre... —la silla le queda pequeña a John. No es por su tamaño, sino porque está encogido, como si no supiera dónde sentarse.

—¿Otra vez el "no eres tú, soy yo"? —digo, parodiando su tono, haciendo una voz más aguda —. "Eres muy dulce, pero no necesito una relación seria ahora. Estoy enfocada en mi carrera. Lo siento. Pero seguro que encontrarás a la persona adecuada", continúo, imitando aún más—. "Desafortunadamente, no soy yo. Lo siento otra vez".

—¿Estabas escuchando nuestra conversación? —John arquea una ceja.

—No hacía falta. Es tan predecible que me lo imaginé.

—A veces me gustaría ser chica para poder lanzar una bofetada cuando me salen con esas tonterías —John se ríe, pero se encoge aún más.

—Lo siento, John. Eres genial, pero a veces eres muy molesto.

—¿Esa es tu forma de animarme? —me mira haciendo un puchero juguetón, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Digo la verdad. ¿Cuántas veces te han dejado?

—Touches —hace una mueca y toma un sorbo de su café.

—¿Cuántas veces te has enamorado?

—Todas... —evita mirarme, sorbiendo aún más fuerte de su taza.

—¿Y qué conclusión sacamos de esto?

—Que aún no he encontrado a la conexión perfecta y adecuada —sonríe mostrando todos sus dientes, como si nada le afectara.

—Eres un romántico empedernido. ¿Cómo sobrevives en este mundo?

—Al menos sé para qué sobrevivo.

—Ay... —me agarro el pecho de forma teatral, pero algo en mi interior también duele—. En serio, me duele —digo, poniendo los ojos en blanco mientras mi corazón aún no se calma.

—De todos modos, veré si puedo convencer a los chicos de que te lleven al próximo banquete.

—¡Mierda! —me levanto de golpe, casi tirando la taza al suelo—. ¡Llego tarde!

—¿Tarde o no tarde? —John sigue sentado, tranquilo, tomando su café.

—Debe ser tarde. El bar ya abrió. Y probablemente debería estar allí.

—¿Qué bar? ¿Empezaste a beber esta mañana?

—Dijiste que ya era mediodía —me río.

—Eso no cambia la cuestión —me mira con ojos entrecerrados, sospechando.

—Creo que encontré un nuevo trabajo.

—¿En serio? —me mira aún más desconfiado.

—John, ¡para ya! ¿Por qué el interrogatorio? Tengo que sobrevivir de alguna manera —grité mientras corría al armario del dormitorio. John me siguió, taza en mano.

—¿Qué clase de bar? —da otro sorbo y se apoya en el marco de la puerta.

—Sal de aquí o date la vuelta —le ordeno, y él chasquea la lengua, pero se da la vuelta.

—El bar... mierda, ni siquiera recuerdo el nombre —me pongo los vaqueros negros—. La camarera es simpática, pero el dueño es un gilipollas —me pongo la camisa y me arreglo el pelo —. Pero no tengo opción. Me prometieron buen dinero, y eso es lo único que importa ahora.

—Voy contigo —dice, siguiéndome mientras me calzo las botas.

—No.

Mi abrigo verde cae sobre mis hombros y compruebo mis bolsillos en busca de mi teléfono y mi cartera, que están vacíos. Sin embargo, además de ellos, encuentro las llaves de mi coche, que siguen aparcadas en el aparcamiento del restaurante, no fuera de mi casa. Esto significa que tengo asegurado otro viaje en «clase turista» en un autobús abarrotado, si consigo cogerlo, claro.

—Sí, y no está en discusión. Necesito saber a dónde te dejo ir.

La terquedad de John no hacía más que echar leña al fuego.

—Check... —Solté las manos, frustrada, e intenté volver a centrarme en mi pegajoso amigo. —John, escucha —exhalé, intentando no estallar contra él por culpa de mi estúpida cabeza—. —Es mi primer día. Y ni siquiera sé si este trabajo es real. Así que hazme un favor y no me molestes más. Vete a casa. En cuanto las cosas se calmen, te invitaré a casa para brindar por tu éxito. ¿De acuerdo?

—Vale… —responde incrédulo, pero no tiene elección. De ninguna manera me lo llevaría conmigo. ¿Necesito que vea cómo tiembla cada parte de mi cuerpo cuando entro en ese miserable bar?

¿Necesito que mi mejor amigo sea revolcado por ambos lados con sarcasmo por el Sr. Maldad? No, lo dejaré para el final.

—Pero espera —digo justo antes de irme. —Tráeme el coche después de tu turno. Está justo fuera del restaurante —le lancé las llaves a John, y él las cogió con una mano. —Habrías sido un gran jugador de baloncesto —dije, guiñándole un ojo y saltando el umbral. —¡Cierra la puerta detrás de ti! ¡Te quiero!

La última frase se oye en algún lugar de la escalera, entre el ruido de mis zapatos al bajar. Consigo subirme al autobús correcto y llegar al bar a eso de las dos de la tarde.



Capítulo 10. Jessie

En ese momento, la bella Sheila está sentada en la barra con unos vaqueros azul oscuro ajustados y un top blanco, como si estuviéramos en pleno verano.

Mueve la pierna al ritmo de música y se ríe de la broma de un tipo que, al parecer, debía estar descargando cajas en vez de ligar descaradamente con ella, pero se quedó demasiado prendado de la esbelta chica morena y se olvidó de lo que estaba haciendo.

Sheila se vuelve al oír el portazo. Al instante, se le ilumina la cara con una sonrisa.

—¡Jessie, joder! ¡No me puedo creer lo que estoy viendo!

Sheila salta del mostrador, se echa una toalla al hombro y camina hacia mí.

—Hola, Sheila. Yo también me alegro de verte —dije, inusualmente avergonzada por su sinceridad y estirando las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Y me alegro mucho de que hayas vuelto —extendió los brazos a los lados y me envolvió en un fuerte abrazo que hizo que mis ojos adoptaran la forma de cincuenta céntimos.

«Está claro que esta chica no escatima en emociones y no tiene reparos en mostrarlas».

Me aclaré la garganta en cuando Sheila me soltó el abrazo. No estaba acostumbrado a una muestra de afecto tan abierta.

—No —me interrumpió, anticipándose a mi pregunta.

—Justin es hijo de perra, pero no está por aquí: así que puedes estar tranquila. Pero soy la única que puede llamarle así —hice una pausa y puso cara seria, pero volvió a sonreír—. Todo el mundo puede. Así que ten cuidado. ¿Quieres un café? ¿O te traigo algo de beber?

—No... En realidad estoy aquí por otra cosa.

—Interesante —se mordió el labio y entrecerró los ojos mirándome a la cara—. —Pero antes voy a prepararnos un café. Ponte cómoda, nena —Sheila me dio una palmada en el hombro, se dio la vuelta y regresó al mostrador.

—Eh, tú, ¿a qué esperas? Lárgate y corre al almacén a por el resto de las cajas.

Su voz no es áspera; la mía lo será mucho más. Además, suena autoritaria. Sin embargo, el tipo de la ropa de trabajo se marcha sin rechistar, y Sheila salta por encima de la barra y me guiña un ojo desde allí.

Juro que no he conocido a nadie más relajado que ella en toda mi vida.

—Muévete tú también —me señala con la cabeza—. —No te quedes ahí de pie. Quítate la capa y siéntate —me señaló la silla que había frente a mí.

Es como si estuviera hipnotizada para hacer lo que ella me dice, aunque todavía no esté bajo su supervisión. Pero Sheila tiene un aspecto tan beligerante que quiero hacer todo lo que me dice, igual que la primera noche que nos conocimos.

No me extraña que le guste a Justin. La pregunta es otra: ¿por qué una chica como Sheila está aquí? Es muy guapa y simpática, siempre está alegre y de buen humor, y cuando sonríe, parece como si a su alrededor floreciera la primavera temprana, mientras que Justin se siente como en el invierno de Alaska.

Sheila es exactamente lo contrario de un grosero hosco. No sé cómo se llevan.

—¿En qué estás pensando?

Sheila me tiende una taza, y el aroma del café recién hecho me llega a la nariz.

—No es nada...—Doy un sorbo e inmediatamente me estremezco.

—Uf, es muy fuerte. Lo siento. No sé dónde mirar, y ella se echa a reír.

—Eres igual que Justin. Y los nombres son parecidos: Jessica y Justin —soltó una risita. —Él también estaba siempre insatisfecho con la fuerza de su café.

—Por favor, no me compares con ese monstruo grosero. Puedes compararme con quien quieras, Judas, pero no con él.

Sheila vuelve a sonreír, deja la crema sobre la encimera y me mira fijamente a los ojos.

—No es en absoluto lo que quiere ser.

—Me cuesta creerlo.

—Simplemente, ha pasado por demasiadas penas.

En cuanto deja de hablar y abro la boca para objetar, la puerta del bar se estrella contra la pared y la pobre campanilla sale volando y golpea la jamba con un tintineo, milagrosamente sujeta por una endeble cadena.

Aparece en la puerta el mismísimo Lucifer del Infierno, por la expresión de su cara. Justin entra furioso, y hasta se me eriza el vello de los brazos cuando su mirada furiosa me encuentra.



Capítulo 11. Justin.

Otra vez me atrapó el sueño. La sonrisa de Sandra se va volviendo cada vez más borrosa hasta que apenas puedo distinguir su rostro. Y cuando me despierto de golpe, busco su foto con manos temblorosas en el cajón de la mesilla de noche. La única que conservo.

Paso la mirada por los contornos de su rostro joven y puedo recordar cada uno de sus gestos. Siempre sonreía. Era tan joven... Era feliz. La foto vuelve rápidamente al cajón, que cierro de golpe.

Aprieto la cabeza contra la almohada por cinco segundos. Solo cinco, los cuento mentalmente, para tener la fuerza suficiente de salir de la cama como Justin, el de siempre. Un sexto segundo nunca me lo permito.

Eso me lo enseñó Garner. Pienso en él y miro el reloj. Son las diez de la mañana. Estaré en su casa a las doce. La mañana es igual de rutinaria: unas cuantas flexiones, sentadillas, abdominales, una obligatoria dominada en la barra y una merecida ducha.

Me visto, llamo a mi padre para disculparme porque, de nuevo, no podré pasar el día con ellos como prometí. Otra marca en el cuaderno de Ángel.

Reprimo la culpa y el odio hacia mí mismo. Maldigo la lluvia que no para este año, cojo un café en una cafetería cercana y conduzco hacia lo que debería ser un lugar familiar. Pero esta vez, algo en mi interior está inquieto. Durante todo el trayecto, mastico el filtro del cigarrillo que llevo fumando desde que salí.

Agarré el volante con fuerza todo el camino, sin poder quitarme de la cabeza el tono de Garner en nuestra última llamada. Siento que esto va a acabar mal. A pesar de los pensamientos, paso el puesto de guardia y aparco frente a su casa de campo, esa de la que no ha salido en los últimos cinco años por razones de salud.

Pero, aunque un día no pueda levantarse de la cama, estoy seguro de que lo hará con un puro entre los dientes. Ya me acostumbré a que me registren antes de entrar. De hecho, hasta me parece gracioso.

—¿Qué tal, nena? —digo el guardaespaldas con su traje negro mientras me revisa de arriba abajo—. ¿No trabajabas en el Juana's de la Avenida?

—Nunca he estado en el Juana's —responde con voz monótona mientras me sigue palpando.

—Una pena. Si hubieras bajado un poco más, quizá me habrías emocionado. Los tobillos son mi punto débil y sensible —le suelto con una sonrisa, acariciando su mejilla antes de alejarme por el pasillo—. Espero verte pronto, George.

—Me llamo Brandon —dice detrás de mí, y sonrío ante su corrección. Un poco de humor antes de enfrentarme a lo que viene.

Pero mi buen humor se desvanece en cuanto entro al salón. Garner está ahí, rodeado de cuatro guardaespaldas, sentado en su sillón de cuero, con su clásico puro. No recuerdo haberlo visto sin uno desde la cárcel. El humo azul envuelve su rostro, difuminándolo.

—Justin —exhala el humo y después suelta una tos profunda.

Uno de los sirvientes corre hacia él, pero Garner lo detiene con un gesto de la mano.

—Deberías haber dejado de fumar hace años, viejo —le digo, sentándome frente a él.

—Mírame bien. Así sabrás en lo que te vas a convertir —me lanza una sonrisa débil.

Puedo ver que le está costando esfuerzo. Mucho esfuerzo.

—Tráenos algo de beber —le ordena a su "ejército".

—No, Garner. Tengo que ir a recoger a Ángelo.

—Dos whiskys. Mi favorito —me ignora por completo y sigue dando órdenes al tipo a su derecha.

—He dicho que no...

—Deberías tomarte una copa, hijo —me corta de golpe.

El silencio cae de inmediato. Mi corazón también se queda en suspenso, temeroso de hacer el más mínimo ruido. Algo no va bien. Solo he probado el whisky favorito de Garner una vez en mi vida.

***

¡No sé qué hacer, Garner! ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! —grito, desesperado, sintiendo cómo las palabras me atraviesan.

—Pero hay otra vida —responde, tratando de calmarme.

—¡No lo quiero sin ella! ¡No puedo perderla, Garner! ¡Apenas la encontré! —siento que estoy a punto de romperme.

—¡Justin! —el grito de Garner, el primero que me lanza desde que lo conozco, y sus manos ásperas, agarrando mis mejillas, me hacen mirarlo a los ojos, esos ojos que no se apartan de mí.

—Me lo prometiste —me dice, manteniendo su mirada fija en la mía—. El whisky. Tráenos mi favorito.

—Voy a matarlos —digo entre dientes, mientras las lágrimas se escapan y empapan sus manos, pero él sigue observándome.

Garner me mira profundamente, como si quisiera clavarse en mi alma, en mi corazón partido en dos.

—Es demasiado pronto. Tienes que ocuparte de Ángelo ahora.

—¿De quién?

—Ángelo. Un gran niño necesita un gran nombre. ¿No es lo que Sandra quería?

—Yo creía que en esta ciudad los sueños se cumplían...

—Nosotros hacemos realidad los sueños, Justin. Creamos milagros. Y ahora tienes uno entre tus manos. Puedes elegir: ser un creador o un destructor. Estamos hablando de dos vidas.

—Mi vida no gira en torno a él —respondo, temblando.

—Aún no sabes lo equivocado que estás.



Capítulo 12. Justin

Me siento en la silla frente a Garner, intentando relajarme, aunque la tensión me atraviesa.

—Suéltalo, Anthony. ¿Qué está pasando? —le pregunto, esforzándome por mantener la calma—. Ya no soy ese joven que no sabe controlar sus emociones.

—Nunca te llamé joven, y tú nunca me llamaste Anthony —dice con una sonrisa, aunque no me hace ninguna gracia.

Estoy demasiado tenso. Estoy esperando lo peor, y no es casualidad que los vasos con su whisky favorito llegaran justo a tiempo.

—¿Por qué brindamos esta vez? —pregunto, forzando una sonrisa, pero no encuentro respuesta en su rostro.

—Tómate un trago. Luego hablamos.

Giro el vaso en mis manos, sintiendo el peso del momento.

—¿Has hecho testamento? —pregunto, intentando mantener el tono ligero.

—¿Nervioso? —responde con una ligera sonrisa—. No es nada, Justin. Es solo un asunto importante.

Me llevo el whisky a los labios, el alcohol baja quemando mi garganta, como si fuera la primera vez que bebiera. Garner no se inmuta, bebe con calma.

—Te advierto que puedes negarte a esto —dice mientras hace una señal para que el sirviente retire su vaso—. Todos pueden retirarse. Cierra la puerta al salir.

La orden es obedecida al instante. Nos quedamos solos, y sé que estoy a punto de escuchar algo que me volará la cabeza. Esta vez no será el corazón, ese ya no existe.

—Estoy listo —rompo el silencio, pero Garner sigue clavando su mirada en mí.

Me estudia, como si quisiera, llegar a lo más profundo de mi ser, a ese rincón oscuro que guarda lo que queda de mí. Pero esta vez no encontrará nada. Está todo vacío.

—¿Vamos a seguir en silencio o vas a hablar del tipo que me tocó demasiado al entrar? Creo que es gay —susurro, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie más puede oír—. No tengo problema con eso. Solo lo digo por si acaso.

—Justin —Garner ni siquiera se molesta en sonreír, pero su expresión se endurece—. Me gustaría verte retorcerte, pero no tengo tiempo para eso ahora.

—Tú fuiste quien decidió jugar al silencio —respondo, suspirando.

Sé que lo estoy molestando, pero no puedo evitarlo. Los nervios me traicionan. Y Garner lo sabe mejor que nadie.

—Ha llegado un nuevo pedido.

—No me sorprende —digo, aceptando que este momento se estaba acercando.

—Justin —me interrumpe con calma, y finalmente me callo. Sé que, tarde o temprano, uno de ellos vendría a mí —continúa Garner, acariciándose la barbilla con su mano arrugada—. Pero no podía predecir quién sería el primero.

Hace una pausa, una de esas pausas que siempre hace antes de soltar algo importante.

—Nuestro objetivo es Douglas Gray. Probablemente, has oído hablar de él.

—Incluso alguien que solo ve noticias de negocios ha oído hablar de él. Un pez gordo.

—Y un pez gordo muy reservado. No se sabe casi nada sobre él. Douglas ha hecho todo lo posible para mantener sus secretos bien guardados. Y créeme, Justin, no los va a soltar por nada.

—Nunca he elegido el camino fácil.

—No te das cuenta de lo grande que es esta tarea —Garner sonrió con calma—. Te lo diré claro: los que intentaron cavar bajo los cimientos de Douglas cuando empezó a construir su imperio... nunca fueron encontrados.

—¿Has revisado bien los lagos de Nevada? Es fácil nadar lejos por allí.

—Me alegra que aún tengas humor para bromear sobre alguien como él.

—Vamos, seguro que la mitad de lo que dicen de él es ficción. Probablemente, él mismo se inventó esas historias y las dejó correr. En realidad, al Sr. Gray, como a muchos, simplemente no le gusta que escarben en su vida privada. Quizá sea un misántropo. No es raro en nuestro mundo. Pero todavía no se ha topado con Justin Morris —sonreí, viendo cómo el rostro de Garner seguía imperturbable.

—Tu confianza es admirable. Ojalá sea confianza y no estupidez. No subestimes a tu enemigo.

—No lo veo como un "enemigo", solo como un tipo mayor que paga bien.

—Paga muy bien, Justin. El cliente está dispuesto a soltar una buena cantidad —dijo Garner, esperando mi reacción.

—¿Por qué tanto? —pude oler algo sospechoso desde lejos y entrecerré los ojos.

—Porque el cliente quiere el paquete completo. Quiere todo sobre Douglas: sus negocios, las trampas en sus operaciones y... su vida personal, esa que mantiene bajo siete llaves. Tendrás que revolver toda la basura que ha acumulado.

—Rebuscar en montañas de mierda no es lo mío. Mi ordenador puede hacerlo por mí —respondí con calma, pero Garner me observaba de cerca, evaluando cada palabra.

—Repito: necesitamos toda la información de Douglas. Nombres, apellidos, exparejas, posibles herederos, inversiones falsas, cuentas bancarias, transferencias, incluso sus recetas médicas de los últimos diez años. Cualquier cosa que le sirva al cliente.

—¿Y quién es este tipo tan malo que el cliente está dispuesto a pagar tanto por exponerlo?

—Douglas ha pisado a mucha gente. A lo largo de su vida, ha aplastado a todo aquel que se cruzara en su camino hacia el poder. Incluso cuando perdió a su joven esposa, no derramó una lágrima. Siguió adelante, con más frialdad y determinación. Gray no es solo un empresario cualquiera; es una máquina imparable que te romperá en dos si te pones en su camino. Así que te lo pregunto por última vez, Justin: ¿estás listo para aceptar este encargo?

—Deja de intentar asustarme. No soy un niño. Estoy de acuerdo con el trato —respondí con firmeza, manteniendo mi mirada en Garner, quien asintió, satisfecho—. Solo nos queda un detalle: ¿quién es nuestro generoso cliente?

Los ojos de Garner, alguna vez azules, brillaron un instante, y en ese momento entendí que el verdadero misterio no era Douglas Gray, sino quién estaba detrás de todo esto. Ese era el verdadero secreto que me carcomía por dentro.

—¿Quién es el cliente, Anthony? —pregunté, notando cómo el silencio se alargaba más de lo necesario.

—Kenny White.

Cada letra de ese nombre salió de la boca de Garner como una bala, y cada una atravesó mi pecho. Kenny White. El pasado volvió de golpe, cada recuerdo que había intentado enterrar empezaba a emerger.

***

Volvamos quince años atrás, cuando Victoria, la antigua Sra. Morris, decidió dejar todo atrás y casarse con el prometedor político Kenny White. Un año después, acogió a mi hermano pequeño, Jonathan, en su nueva familia. Y, un año después, dejó atrás al inútil hijo mayor: yo.

Justin, con apenas dieciséis años, se apretaba contra la pared del comedor, escuchando cada palabra que salía de la boca de su madre, escondido, porque no debía estar allí. Su padre le había mandado a su cuarto, pero Justin había vuelto a bajar las escaleras, sin hacer ruido, para oírlo todo.

—Neil, es lo mejor. ¿No lo ves? ¿No quieres un futuro mejor para tu hijo?

—¿Te acuerdas de tu hijo ahora? ¿Después de un año? —la voz de mi padre temblaba, tratando de mantener la calma—. Victoria, tienes dos hijos. Justin y Jonathan. A los dos los dejaste por tu "nueva vida".

—¡Sí, lo hice! ¿Y me lo echas en cara? ¿Qué tenía contigo, Neil? ¿Un trabajo que me hundía? ¿Montones de platos sucios y promesas vacías de que todo mejoraría?

—Acepté todo. Incluso el divorcio. Pero no voy a renunciar a mis hijos. A ninguno. Tú los dejaste atrás, así que no intentes venir ahora a llevarte a Jonathan.

—Me llevo a Jonathan, y si no lo aceptas, te llevaré al juicio. Créeme, los abogados de Kenny te destrozarán.

Jonathan. Su nombre golpeó mi pecho, y lo único en lo que pude pensar fue en no perder a mi hermano.

—¿Jonathan? Hablas de él como si fuera un objeto, una mascota. No reclamaste la custodia en el juicio. ¿Qué cambió ahora?

—O aceptas mis condiciones, o te destrozo en los tribunales. Tú decides.

—No voy a decidir. Pregúntale a Jonathan. Si él quiere irse contigo, no me opondré.

—Bien —respondió mi madre, y escuché el repiqueteo de sus tacones sobre las baldosas.

—¿Y qué pasa con Justin?

Estaba a punto de regresar a mi habitación, pero me detuve en el primer escalón. Mi madre se detuvo también, y su respuesta fue clara.

—Es tan inútil como tú, Neil. Nunca conseguirá nada —la oí decir antes de que sus tacones resonaran por el pasillo y desapareciera tras la puerta.

Ese día, hace quince años, enterré la imagen de Victoria como una madre. Un año después, olvidé por completo lo que significaba esa palabra.

Y cuatro años después, me hice un tatuaje bajo el corazón para no olvidar quién era realmente Victoria Morris - White.

***

—Justin —la voz de Garner me saca de mi trance.

Me doy cuenta de que he estado mirando a través de él todo este tiempo, perdido en mis pensamientos.

—¿Estás listo para darme una respuesta?

—Dile a Kenny White que primero me bese el culo antes de que considere siquiera su solicitud.

Me levanto de un salto, con el pecho ardiendo de rabia, y salgo de ese lugar que, una vez más, me ha disparado en lo más profundo. Me calmaré. Lo sé. Volveré aquí. Garner también lo sabe. Pero en este instante, este Justin está dispuesto a quemarse.

A quemarse hasta no sentir nada. Y este Justin no está acostumbrado a hacerlo solo. Está acostumbrado a quemar todo a su alrededor. Hasta los cimientos.



Capítulo 13. Jessie

Justin me miró fijamente durante un segundo y luego pasó a mi lado sin soltar ni una de sus típicas pullas. Me sorprendió. Me había preparado para un enfrentamiento, pero él era impredecible.

—¿Esto pasa a menudo? —pregunté, siguiendo con la mirada, su rápida salida hacia la puerta con el cartel de "No entrar".

—Más de lo que me gustaría —dijo Sheila, sin quitar los ojos de la puerta—. Pero hoy, algo está mal. Su mirada lo decía todo.

—Es un psicópata —resoplé, tomando un sorbo de mi café, ya frío.

—Justin no es precisamente reservado, pero hoy definitivamente algo no anda bien —insistió Sheila—. No creo que sea buen momento para hablar con él.

—Me pidió que viniera. Me dijo que me pondría a prueba durante un mes.

—¿Justin? ¿Segura que no lo soñaste? —me miró con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—¿Qué crees que hago aquí entonces? —terminé mi café y me levanté de la silla—. Voy a hablar con él.

—No creo que sea buena idea. Lo conozco, y ahora mismo está de pésimo humor. No quieres acercarte a él.

—No puedo esperar. No tengo tiempo para estar en el limbo, Sheila. Un día sin trabajo para ti no significa nada, pero para mí es una tragedia. Estoy en la ruina. Necesito saber si esto vale la pena o si estoy perdiendo el tiempo.

Sheila suspiró y me pasó una botella de ron de la estantería.

—Toma. Llévale esto, tal vez lo calme.

—Gracias —le respondí, tomando la botella con manos que apenas lograban disimular el temblor.

Avancé hacia la puerta donde sabía que me esperaba algo peor que un huracán. Pero soy Jessie Rodríguez, y no soy de las que se acobardan. ¿Cuándo me ha detenido algo?

—Hola —dije en voz baja al abrir la puerta y entrar.

Justin estaba sentado en un sillón de cuero, tenso. Muy tenso. Sus dedos apretaban los reposabrazos, y su mirada estaba fija en la pared, como si ni siquiera notara que había entrado.

Llevaba solo un jersey gris oscuro, remangado hasta los codos, dejando a la vista sus brazos tatuados. Los árboles negros que adornaban sus antebrazos se mezclaban con nubes sombrías, y entre ellos, se leían las palabras "Sin vergüenza" y "Sin remordimientos".

Justo cuando estaba observando los detalles de sus tatuajes, Justin giró lentamente la cabeza hacia mí, con sus ojos oscuros fijos en los míos.

—¿Inmortal?

—Te traje ron —dije, acercándome y extendiéndole el vaso.

Él lo tomó sin decir una palabra, sus dedos tatuados rodeando el cristal. Por fin pude respirar.

—Ayer dijiste que... —comencé.

—Recuerdo lo que dije —interrumpió, tomando un largo sorbo, sin dejar de mirarme—. Y viniste.

—Aquí estoy.

—Dime, Elfa...

—Soy Jessie —lo corregí, molesta.

—Dime, Elfa —insistió, acentuando esa maldita palabra mientras se bebía el resto del ron de un solo trago—. ¿Qué se siente que te falten tanto al respeto?

—¿Qué...? —El corazón me dio un vuelco, y sin darme cuenta, di un paso hacia atrás.

—Me odias, pero, aun así, estás aquí. ¿Sigues queriendo trabajar conmigo solo porque te ofrecí más dinero? ¿Dónde está tu honor en eso? ¿Sabes lo que significa esa palabra siquiera?

Se levantó bruscamente de la silla, lanzando el vaso al suelo. Las astillas del cristal rebotaron por todo el suelo, y yo retrocedí hasta chocar contra la pared.

No podía moverme. Estaba paralizada, mirando esos ojos oscuros, como pozos sin fondo. No había escapatoria.

—¿Dónde está el amor propio, Elfa? ¿Dónde están los principios?

Se me acerca como una bestia voraz y me bloquea el cuerpo con ambas manos a ambos lados de los hombros.

—Me llamo Jessie.

—Jessie...

Tiene la cara tan cerca que puedo oler el aroma del ron que he estado bebiendo en sus labios.

—¿Qué eres, Jessie? —Sus dedos me aprietan el hombro y empiezo a temblar. —No eres nada. Solo eres patética. Eres patética, Jessie. Patética.

«Nadie te querrá nunca, Jessie», la cara de Justin es sustituida por una imagen de Corey. "Nadie te quiere. Todos quieren follarte, pero nadie quiere quererte. Pero nadie te quiere a ti. A ti. Nadie. Ni uno. Te necesitan. Porque eres patética. Eres solo una apariencia. Eres una imagen que puedo retocar fácilmente".

—¡Vete al infierno! —grité, con lágrimas, derramándose por mis ojos mientras empujaba a Justin con fuerza en el pecho y golpeaba con la palma de la mano su mejilla espinosa.

Salí furiosa de la habitación y corrí tan rápido que me olvidé de la capa verde que me había puesto. Salí volando del bar, ahogando las lágrimas y empujando la cara contra la lluvia que caía, deseando ahogarme también con ella.

«¿Por qué me lo creí? ¿Por qué cedí? Corey tiene razón. Siempre ha tenido razón. No soy nada. Soy carne. Solo soy carne para ellos. No soy nada más que eso. Soy patética. Y lo único que hacen es burlarse de mí».

El timbre del teléfono interrumpe el alma torturada y contesto a la llamada:

—Jessie, tengo tu coche. ¿Adónde lo llevo?

—¡John! Ven, por favor. Ven, —las palabras solo están separadas por sollozos.

—¿Dónde estás, Jessie?

Murmuro la dirección y me hundo en el pavimento mojado de la esquina del bar. La lluvia gotea por mis mejillas, enredándose en lágrimas saladas.



Capítulo 14. Jessie

Mi yo de doce años sonreía más que el sol de mayo. Resplandecía y miraba fijamente a los ojos marrones de Rick, el chico de la clase paralela que hoy se había ofrecido a llevarme la mochila a casa. Me sujetaba la mochila con una mano y, con la otra, me apretaba la palma, avergonzado, ocultando una dulce sonrisa mientras apartaba la mirada.

Caminamos para estar juntos el mayor tiempo posible y permanecimos en silencio. El sol me cegaba los ojos y el viento cálido jugaba con el dobladillo de mi vestido y me hacía cosquillas en los pies. Pero lo más agradable era sentir sus dedos entre los míos. Eran tan ligeros, tan cuidadosos, tan delicados, como alas de mariposa, que me daban ganas de sonreír el doble.

Rick me acompañó a casa y me retó a que le besara en la mejilla, y luego se fue corriendo. Y yo, eufórica por el primer gesto de atención, corrí a mi habitación y me desplomé en la cama, aferrando la bolsa que Rick me había apretado poco antes en la palma de la mano. Estaba radiante. Iluminaba toda la casa con mi sonrisa. Brillaba como si hubieran estallado fuegos artificiales en mi interior.

—*Corey* —alenté cuando mi hermano mayor entró en su habitación.

Era la única persona con la que podía compartir mi alegría. Dejé la bolsa a un lado y salté de la cama. Volé hacia mi hermano, pero en esta ocasión no me devolvió el abrazo.

—¿Corey, pasa algo?

—Sé por qué sonríes así, mi princesa.

Hizo clic en la cerradura de la puerta de la habitación, algo que nunca había hecho antes, y me empujó de nuevo a la cama.

—Sientes la atención masculina, ¿verdad?

—Corey...

Seguía intentando sonreír, pero vi una expresión desconocida en la mirada de mi hermano.

—Rick me acompañó a casa. Me dijo...

—Me da igual lo que haya dicho —mi hermano dio unos pasos amplios que me hicieron chocar los tobillos contra la cama y caer sobre ella.

—Corey...

—Te das cuenta de lo que quiere de ti, ¿verdad? No eres una niña estúpida que no sabe lo que la gente como él quiere de ti, ¿verdad?

—Me estaba acompañando a casa…

Mi labio inferior empezó a crisparse débilmente.

—¿Quién te enseñó a mentir a tu hermano? —sonrió, pero su sonrisa no tuvo el mismo calor que antes.

Sonrió, pero su sonrisa no tenía la misma calidez que antes.

Corey se acercó a mí y siguió mirándome desde el colchón. Le miré fijamente a la cara, pero hoy no reconocía su expresión. Hoy no me parecía hermosa ni lo más amable del mundo. Hoy era muy aterradora.

Instintivamente, me arrastré hacia el cabecero de la cama.

—No miento —susurré, y me acurruqué en la montaña de almohadas.

La sonrisa, más bien una mueca depredadora, se borró al instante del rostro de Corey, que se lanzó bruscamente hacia mí y me cogió ambas mejillas con los dedos.

Tenía la cara tan cerca que podía sentir cada feroz exhalación de su hermano contra mi piel. Su cuerpo me apretó contra el cabecero de la cama. Su otra mano me agarró con fuerza el hombro para que no me levantara bruscamente del asiento.

—¿Quieres decir…? —continuó Corey.

El dedo pasa por la mejilla rosada que ya tenía una mancha roja de su huella dactilar.

—¿No te ha tocado aquí?

La punta de su dedo se congeló en la comisura de mis labios.

—Él... Él no quería...

—Justo lo que él quería, mi princesa. Y cada uno de ellos querrá hacerlo. Querrán tocarte.

La mano de Corey se deslizó suavemente por el contorno de mi cara mientras la otra me sujetaba el hombro sin aflojar el agarre.

—Querrá besarte... Se inclinó y aspiró el aroma de mi pelo—. Querrá poseerte. Tu cuerpo inocente.

—Corey, por favor, para...

—¿Has respondido a Rick? —se apartó para mirarla a los ojos asustados—. No... A él no le dijiste nada. Le dejaste. ¿Le habrías dejado hacerlo?

La palma de la mano de Corey se apartó de su cara en un instante, deslizándose bajo su vestido.

—¡Corey! —chillé e intenté apartarme de las insistentes manos de mi hermano. —¿Qué haces? ¡No lo hagas!

—Mostrándote lo que todos quieren de ti —retiró rápidamente la mano de mi muslo y me apretó el hombro—. Has crecido, mi princesita. Y cada día estás más guapa. Cada hora... Y créeme, sé lo que esos malditos mamones quieren de ti, que apenas han conseguido su primera erección.

Agité las pestañas húmedas, desconcertada, y Corey se agachó a mi lado y me abrazó, aparentemente como hacía siempre, pero esta vez pude percibir claramente que «como hacía siempre» no iba a volver a ocurrir.

—No llores. Quiero protegerte, princesa mía, —apretó los labios contra mi cabeza, estrechando mi cuerpo tembloroso contra el suyo—. —Soy tu caballero, ¿recuerdas? Siempre lo he sido y siempre lo seré. Tú misma lo has dicho.

Volvió a pasar la palma de la mano por mis largos rizos negros y me tumbó sobre los omóplatos, cerniéndose sobre mí.

—Corey... Dijiste... Tú... —volví a sollozar, ahogándome en un nuevo torrente de lágrimas—.

—Shh —le puso la palma de la mano sobre la boca—. —No tienes por qué tenerme miedo. Soy tu hermano. Tu hermano mayor que siempre te protegerá. ¿Quién sino yo, mi princesa? ¿Quién sino yo? Se sentó encima de mí y me bloqueó las manos con las rodillas.

—Verás... Su deseo no llegará a ninguna parte. Cada año serán más y más lujuriosos. Sabes lo que es la lujuria, ¿verdad?

No respondí. Solo pude mirar ansiosamente a los ojos de mi hermano y dejar que las lágrimas cayeran por la tensa palma de su mano sobre mi cara.

—Y tengo que impedir que eso ocurra. No querrás convertirte en una puta, ¿verdad? ¿Verdad, mi princesa?

Moví la cabeza negativamente, sin romper el contacto visual.

—Entonces tendrás que tener paciencia durante un tiempo.

La hoja plateada de la navaja plegable que Corey había sacado del bolsillo trasero de sus vaqueros centelleó ante mis ojos.

Me sacudí y chillé, pero mi hermano apretó más su peso contra mí, presionó con más fuerza su palma contra mi boca y siguió apretando. Seguí resistiéndome, retorciéndome bajo él e

intentando gritar, pero era inútil.

—Por favor, princesa mía, es por tu bien —le tocó el dobladillo del vestido y tiró suavemente de él hacia arriba. —No los domaremos. Es la naturaleza de los hombres. Solo que aún no lo sabes. No importa cuántas veces digas que no, los hombres guaros oirán que sí.

La fría hoja tocó mi cuerpo desnudo. Inhalé y apreté el estómago, evitando el contacto con el metal. No sentía dolor en el cuerpo, me ha entrado tremor en mi alma.

—Es porque eres increíblemente bella, Jessie... Eres tan bella que puedes volver loco a cada uno de ellos. Y son animales. Y tengo que mantenerte a salvo. De ellos. De sus deseos. De lo que pueden hacerte. No es culpa tuya lo que la naturaleza te ha dado. No es culpa tuya lo que ven cuando te miran. Así que tenemos que hacer que dejen de ver solo la belleza.

La punta del cuchillo se clavó suave en la carne de mi muslo y bajó hasta los gritos reprimidos de una voz infantil.

—Lo siento, mi princesa... Intento protegerte.

***

—¡Jessie! ¿Te has vuelto loca? —la voz de John me saca de los dolorosos recuerdos.

Saco las manos de debajo del jersey, las mismas que habían estado acariciando las ásperas cicatrices de mi estómago todo este tiempo.

—¿Qué demonios haces? —mi amigo se quita su chaqueta y me lo pone sobre los hombros. Me levanta con firmeza—. ¿Vas a tener la gripe? —me regaña, frotándome los brazos para darme calor—. ¡Entra en el coche ya!

No digo una palabra en todo el trayecto. John no pregunta nada, solo me lanza miradas furtivas, pensando que no lo noto. Aunque estoy perdida en mis pensamientos, siento su preocupación. Me lleva hasta mi apartamento, me sienta en el sofá y me cubre con una manta de cuadros, como si viviera en una casa de cartón. Luego, se va a la cocina a preparar su famoso café.

—No quiero café, John. Tómate una copa conmigo.

—Cariño, tengo el turno de noche en el restaurante. Solo pasé un minuto para devolverte el coche.

—Mierda... he perdido la noción del tiempo... —me froté la cara con las manos y lo miré—. ¿Podrías quedarte?

—Jessie...

—Vale, lo entiendo. —solté un suspiro triste y me envolví aún más en la manta.

—Envié un mensaje a Edna mientras venía. Le dije que había pillado una infección y no quería poner en riesgo al personal. Me dijo que descansara.

—¿Me estás llamando contagiosa? —sonreí, asomando la cabeza entre los pliegues de la manta.

—Eso fue lo más suave que se me ocurrió.

Le lancé una almohada, y así pasaron las horas, entre bourbon y risas. A las once de la noche, los dos estábamos completamente borrachos, tumbados en mi cama, discutiendo sobre lo rápido que podríamos arreglar las grietas del maldito techo.

—¿Y por qué llorabas? —John dio un último trago y dejó el vaso en la mesilla, tumbado a mi lado.

—Estaba elogiando tu silencio por no preguntar... retiro lo dicho.

—Jessie, te encontré en la calle, bajo la lluvia, en la camisa.

¿No debería preocuparme?

—Siempre te preocupas demasiado.

—Y tú siempre intentas parecer más fuerte de lo que eres. Soy tu amigo, puedes contarme lo que te pasa. Te hará bien.

—¿Quieres que me convierta en una quejica como tú? —me reí y le di un codazo en el costado.

—No, solo quiero que te hables conmigo. Veo que lo estás pasando mal, y no tienes que cargar con todo sola.

—Es Justin.

—¿Justin, qué?

—Es mi principal problema. Él despierta todo lo malo, todos mis recuerdos. Es como si cada vez que lo veo, reviviera todo lo que me ha pasado.

—¿No será un poco exagerado?

—Es que no lo conoces. Nunca he conocido a alguien tan gilipollas. No tiene tacto, ni respeto, ni educación…

—Vale, vale. Ya entendí que te pone de los nervios. Más que Edna, por lo visto.

—No compares a Lucifer con payasa Edna.

—Entendido. Entonces, ¿quién es este Justin? ¿Un novio potencial?

—A veces desearía que fueras mudo.

Nos sumergimos en una nueva botella de ron, y aunque John no se queja de nada, agradezco que no saque más el tema. Mientras él se queda dormido a mi lado, roncando de lado, yo no puedo pegar ojo.

Bajo mi sudadera, mis dedos recorren las cicatrices en mi piel. Recuerdo cómo esos pequeños cortes se convirtieron en heridas profundas.

Cómo las marcas se extendieron desde mi estómago hasta mis muslos.

Cómo los vestidos dieron paso a vaqueros holgados, y las camisetas ajustadas a prendas más anchas porque me dolía cuando la tela rozaba las cicatrices frescas.

Lo recuerdo todo. Intento huir, pero solo logro escapar del tormento del presente, no de los recuerdos.



Capítulo 15. Justin

El escozor en mi mejilla por el golpe de Jessie aún persiste, y, por primera vez en mucho tiempo, siento algo más que rabia. Apenas me toco la cara cuando la puerta de mi despacho se abre de golpe, casi arrancada de sus goznes.

—¡¿Qué demonios has hecho ahora, Justin?! —grita Sheila, echando un vistazo a la oficina.

Al no verme en la silla, se gira y me encuentra apoyado contra la pared, inmóvil.

—¿Te ha dado una bofetada? ¡Perfecto! ¡Y yo también lo haría! —se acerca furiosa, pero sé que no me tocará.

Sheila es intensa, pero nunca cruza esa línea.

—Cálmate, guardiana —le digo, volviendo a mi silla favorita—. Esto hay que limpiarlo —señalo los pedazos de vidrio en el suelo—. Hazlo ya.

—¿Así es como hablas con tus empleados? —responde, cruzándose de brazos y acercándose más.

—Eres mi administradora, Sheila, no lo olvides.

—Me largo ahora mismo si sigues comportándote como un idiota completo —me mira con furia—. ¿Qué le hiciste a Jessie? La vi salir llorando del bar, ni siquiera recogió su ridículo abrigo. Salió corriendo tras verte, ¿qué hiciste esta vez?

"Hice muchas cosas... tantas...", pienso mientras la culpa me quema por dentro, pero en voz alta respondo lo contrario:

—Nada. Está loca.

—No me trago ni una palabra de eso —se sienta en el reposabrazos y me mira con desaprobación—. Ve a disculparte.

—¿Estás bromeando? —le devuelvo la mirada con incredulidad—. Llévate a tu nueva amiga y que las dos vayan al centro de salud mental.

—No sé qué pasó aquí, pero estoy segura de que fue tu culpa. Te descontrolaste otra vez. Volviste a hacer daño a una chica que vino aquí porque tú la llamaste.

—Déjate de sermones y tráeme otro whisky o ron. Ah, y llama a la limpieza para que limpie esto.

—Voy a sermonearte todo lo que quiera, Justin. Te voy a fastidiar hasta que recapacites —insiste, levantándose del sillón—. No puedes desquitarte con los demás por lo que sea que te pase.

—¿Y dónde dice eso? ¿Dónde está escrito? —le respondo sin detenerme mientras cojo mi móvil—. Tráeme el papel y lo leeré.

—Está en el código de humanidad —contesta, siguiéndome mientras salgo del bar.

—Me lo das el lunes. Ahora cierra el bar —digo sin mirarla mientras marco un número en mi teléfono.

Pamela responde al otro lado de la línea, y su tono es suficiente para hacerme apretar los dientes.

—Hola, ¿estás en casa?

—Sí, acabo de llegar.

—Perfecto. Estoy en tu piso en media hora.

—¡Qué sorpresa!

—Sí, ¿quieres devolvérmela?

—¿De qué estamos hablando?

—¿Recuerdas a tu amiga? La que mencionaste una vez. La que quería conocerme.

—¿Kayla? ¿Por qué la mencionas ahora?

—Llámala. Que venga. Creo que sería una buena adición a nuestra noche.

Pamela suelta una risita.

—¿Así que Justin decidió divertirse?—Llama antes de que cambie de opinión. Y dile que se ponga algo interesante.

Cuelgo sin esperar respuesta.

Subo al Honda, necesitaba distraerme. Si no, acabaría perdiendo el control. Si no, haría más estupideces, como las que ya he hecho.

"¿Por qué le hice daño? ¿Por qué la llamé patética?"

—No me importa... —me digo en voz alta mientras golpeo el volante con la palma de la mano —. ¿Cuándo me ha importado algo? —piso el acelerador cuando entra una llamada.

—Sí, papá.

—Hola, Justin. Ángelo se pregunta si te gustaría venir con nosotros a la pista de hielo “King Holiday [1]”. Dice que te caerás en cuanto pises el hielo.

—Apenas sabe patinar.

—Justin. Es solo un niño. Quiere tu apoyo.

—¡Hoy estáis todos conspirando, joder!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás enfadado?

—No importa. Tengo cosas que hacer. Lleva a Ángelo a la pista. Le recogeré esta noche.

—No hace falta. Déjale dormir en mi casa. Le llevaré al colegio por la mañana».

Las notas de juicio rezumaban por el altavoz y yo creía estar acostumbrada a ellas, pero, como si fuera la primera vez, una hoja de cuchillo atravesaba mi corazón.

—Llama a Ángelo al teléfono.

—¡Ángel! —¡Ángel! —grita papá, pero al cabo de unos segundos contesta en voz baja: —Ha salido corriendo... Allí... Los chicos le están esperando.

—Fuera está lloviendo... ¿No quiere hablar?

—Justin: De acuerdo. Te llamaré mañana. Ten cuidado.

La llamada termina y sigo escuchando los pitidos intermitentes, cada uno de los cuales empapa mi alma con una nueva oleada de culpabilidad. Ella nunca se separa de mí. Es mi fiel compañera. Durante diez años, cada día, cada maldita hora, la siento bajo el corazón con un dolor persistente que no se detiene ni un segundo.

¿Es eso lo que quiere que sea?

«Te ha visto peor».

Me duele el pecho y busco un paquete de cigarrillos para mitigar el dolor de alguna manera. Sandra me habría regañado un millón de veces.

«Si ella hubiera estado cerca, no habría dado motivos para reprochármelo».

—¡Mierda! ¡Para! ¡Para!

Me salto un semáforo en rojo ante la señal de los coches alarmados y salgo al aparcamiento del supermercado. Esta noche necesito nublar mi mente. Esta noche necesito olvidarme de mí mismo durante al menos 8 horas.

Demasiada culpa. Demasiados recuerdos. Demasiadas piedras del pasado que resurgieron. Deberían haber estado en el fondo. Deberían haberse hundido. Pero, maldita sea, no me advirtieron de que tendían a salir a la superficie periódicamente.

Llamo a la puerta de Pamela con un par de botellas de vino y unos cuantos whiskys, que se abre al instante delante de mí. Me saluda con una gran sonrisa y me hace pasar al salón, donde su

novia ya está sentada en el sofá.

Lleva un traje corto de cuero, de color lila, con tirantes finos y sus pechos de la talla tres están a punto de salirse de ese sexy vestido. No está nada mal.

Además, está muy mona. Pero odio el lila. Tenemos que tirarlo pronto. Me gusto verde.

—¿Kayla? —Me siento a tu lado y descorcho una botella de whisky.

—¿Y tú debes de ser Justin? —Sonrió y me deslizó una mirada coqueta y apreciativa.

Compraré uno de estos en un segundo. Se abrirá de piernas antes de que pueda terminar un cuarto de la botella.

—Encantada de conocerte —le sirvo en un vaso que acaba de llegar.

Pamela se sienta en mi regazo y me pasa la mano por el pelo de la nuca.

—Me alegro mucho de que hayas venido— se iluminó su sonrisa blanca como la nieve—. Brindo por la reunión, señoritas —alzo mi copa y sonrío a mis dos amigas mientras mi corazón sigue doliéndome.

¡Maldita sea la culpa de hoy!

«Vete al infierno, Jessie, con la capa verde», engullo el primer trago de alcohol.

«Y de nuevo, lo siento, Ángelo».

Después, un segundo. Un tercero. Un cuarto y un quinto chupito... La culpa se desvanece. Luego se cuela una octava o novena en alguna parte.

En la décima, la culpa me es finalmente drenada por Kayla, que ya está arrodillada entre mis piernas, lamiendo proactivamente toda la longitud de mi pene mientras Pamela frota sus tetas contra mi cara.

Devuelvo el resto de mi whisky y acerco a Pamela. La beso apasionadamente. Con avidez. Insaciable. Introduzco mi lengua en su boca y me entrelazo con la suya. Mi mano le aprieta el pecho, mordisqueando el pezón pellizcado, y ella gime y se aprieta aún más contra mi pecho. Los dedos de la misma mano se deslizan por su interior de su muslo hasta llegar a su húmedo coño, provocando otro sollozo de placer por parte de Pamela.

Con la otra mano, aprieto la cabeza de Kayla contra la polla.

—Justin... Pamela pone los ojos en blanco y empieza a mover las caderas al ritmo de mis dedos.

Pero no necesito estos putos largos preliminares. Empujo a Pamela sobre el sofá y la tumbo sobre sus omóplatos, con Kayla encima de mí, su jugoso culo golpeando contra mis nalgadas. La agarro por la cintura y tiro bruscamente de ella hacia mi ingle, penetrándola sin demora. Kayla grita, pero Pamela le tapa la boca con un beso, haciendo que me mueva más deprisa.

Mis manos se deslizan por sus muslos redondeados y los presionan contra las hendiduras. Pero necesito más. Vuelvo a penetrarla y le dejo una marca roja en la nalga, la misma que Jessie me dejó en la cara. ¡Joder!

Jessie, la chica fea que se atrevía a ser impertinente. Que se atrevió a pegarme. Acelero el paso y ni siquiera noto el cuerpo de Kayla bajo mí, sustituido por un gemido de Pamela.

—Jesús, Justin, más... Tú...

—¿Quién soy?

Le rodeé el cuello con la palma de la mano mientras Kayla me chupaba los labios.

—Eres único. Voy a...

Hizo una pausa y me apretó los muslos con las piernas. Puso los ojos en blanco y me apretó los muslos con las piernas.

Los movimientos se vuelven aún más bruscos. Empujo dentro de ella con más fuerza, hasta el límite, hasta que Pamela empieza a temblar debajo de mí.

Pero aún no es suficiente.

No es suficiente para olvidarme de mí mismo.

No es suficiente para liberarme. Para exhalar y dormirme por fin. Así que, con Kayla, prolongamos «mi sesión de rehabilitación» en la cama mientras Pamela se desmaya en el sofá del salón.

Está montada encima de mí y gime tan fuerte que probablemente mañana Pamela reciba una denuncia de los vecinos por alterar el orden público.

—Ya veo por qué Pamela te quiere —mueve las caderas, acercando su talla tres a mi pecho.

—Follas como un dios. Nunca me lo había pasado tan bien con nadie. ¿Y tú?

No respondo a esas tonterías. Le entré bruscamente y lo más profundamente posible.

«No me lo he pasado bien con ninguno de vosotros».

Mi ritmo se hace más frecuente. Kayla jadea, echa la cabeza hacia atrás y se corre, convirtiendo su grito en una queja colectiva de sus vecinos contra Pamela. Kayla no se duerme hasta el amanecer, obligándome a hacerlo una segunda vez, y entonces lleno mi vaso con otro trago de vodka.

«Me equivoqué» es un pensamiento que ni el sexo ni el alcohol borran.

«Sheila tiene razón. Debería disculparme. La he herido. La llamé patética, aunque yo soy el único patético aquí».

Jessie: una chica con unos ojos sin fondo tan azules como el océano, más fuerte que yo mismo.

Por eso intento destruirla. Por eso soy un bicho raro.

Por eso ahora no puedo dormir ni pensar en otra cosa.

Por eso tengo que actuar. Dejo el vaso inacabado sobre la mesa manchada, busco mis pantalones, mi chaqueta, y salgo corriendo de este piso hacia el barrio, donde espero conseguir algo de tranquilidad.

Una hora de sueño forzado en el coche no cambia mi decisión de ir a Compton. Así que paso por el bar a por su olvidada gabardina verde y a las diez de la mañana estoy en la puerta del piso 9, si el viejo de la entrada que pasea al perro por el porche no me ha mentido.

«¡Que me aspen!».

Exhalo y hago algo que nunca habría hecho antes: llamar a su puerta.

---

1. **LA Kings Holiday Ice at L.A. Live** — это ежегодный открытый каток, расположенный на площади **L.A. Live** по адресу 800 W Olympic Blvd, Лос-Анджелес. Каток работает с конца ноября до конца декабря и привлекает множество посетителей благодаря своей праздничной атмосфере. Это одно из любимых мест горожан и туристов для зимних развлечений в Лос-Анджелесе, особенно в окружении огней и декораций, которые создают ощущение праздника в центре города.



Capítulo 16. Jessie

John me despertó a las 8 en punto. Y a las 8 en punto, lo maldije con todas las palabrotas que se me ocurrieron. A él, a su maldito régimen y a todo su espíritu saludable. Sentía como si no hubiera bebido con él anoche, como si hubiera sido otro John el que debería estar tan dolorido de la cabeza como yo, y no con esas piernas inquietas, listas para su trote diario.

—Te odio —murmuré mientras daba un sorbo a mi café, que estaba lejos de ser revitalizante —. Ojalá desaparecieras y me dejaras tranquila. Por fin había logrado dormir.

—Fue la segunda botella de ron la que te ayudó a dormir —sonrió John, emitiendo una energía irritante.

Era como una nube suave, ligera, que flotaba por encima del árido desierto de Jessie Rodríguez, quien necesitaba con urgencia una ducha.

—¿Cómo podías tener más energía que yo, si habías bebido más? ¿Me estás sugiriendo que haga esto todos los días? —reí sarcásticamente.

—Para nada. Solo te recomiendo que dejes tus problemas fuera de la cama antes de dormir.

—Si fuera tan fácil, no existirían los psiquiátricos. —Suspiré, resignada—. Está bien, voy a darme una ducha. Quizá eso me despierte un poco más.

La ducha me refrescó, sí, pero no quitó el dolor de cabeza ni solucionó ninguno de mis problemas.

—¿Sigues aquí? —me deslicé por el parquet viejo, con los calcetines de lana y una camiseta que le había robado a John en Nueva York, secándome el cabello húmedo con una toalla.

—En realidad, esperaba desayunar —dijo, cambiando de canal con el mando. Pasó de un programa tonto a una película adolescente igual de tonta—. ¡Oh, mi película favorita!

—¿En serio, John? ¿"Un paseo para recordar [1]"? Y luego te preguntas por qué no consigues chicas. —Solté una carcajada mientras rodaba los ojos.

—No necesito estar con alguien como tú, busco a una persona romántica.

—¿Un romántico como tú? No me hagas reír. Si encontraras a alguien igual, todo Los Ángeles quedaría sumergido en un océano de corazones rosas.

—Vale, vale, no te metas conmigo. Cállate. Esta es la mejor parte, justo aquí...

—Dios, por favor, que caiga un meteorito y acabe con este planeta —le interrumpí, mirando de reojo la pantalla—. Todas esas "chicos malos dramáticos" y sus chicas tímidas con faldas plisadas... qué asco.

—¡No te escucho! —gritó John, estirándose en el sofá—. ¡Me atrapó el momento!

Suspiré con fastidio y me dirigí a secarme el cabello, pero un golpe en la puerta casi me hizo resbalar en el suelo liso.

—¿Quién será? —preguntó John sin girarse.

—Probablemente un vecino… —Me acerqué a la puerta y la abrí sin pensar—. A veces se pasan para pedir algo...

Pero me congelé al ver un rostro muy familiar.

Mi mandíbula cayó y mi mente se negó a aceptar lo que veía. O me había tragado la tierra y caído directo al infierno, o el mismísimo diablo había decidido venir a por mi alma. Un buen momento para recordar alguna oración.

—Hola —Justin intentó esbozar una sonrisa, y yo me perdí al instante en sus ojos oscuros.

Esta vez no me miró de arriba abajo, no analizó cada centímetro de mi figura ni evaluó mi aspecto. Simplemente, me miraba a los ojos, sin apartar la vista ni un segundo. No había ni rastro de burla ni juicio en su mirada. Por un segundo, me pareció ver un brillo de remordimiento, perdido en lo profundo de esa oscuridad.

Antes de que mi mente comenzara a inventarse cosas, cerré la puerta de golpe sin decir una palabra.

—¿En serio? —escuché su voz al otro lado de la puerta. Me quedé paralizada. —Ya me abriste...

—No sabía que estaba invitando al diablo.

—Dudo ser tan frecuente por aquí como él, pero...

"Aquí viene el auténtico cretino de Justin. Casi consigue engañarme".

—¡Lárgate! ¡Vete de aquí! —grité antes de siquiera pensarlo—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué has venido? ¡¿Cómo sabes dónde vivo?! ¡Maldito psicópata! ¡Lo sabía! Eres un loco, un imbécil y un maníaco. Tenía razón todo el tiempo —resoplé tras la puerta, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba.

—¿Ya te has calmado? —su tono tranquilo se coló en mi sistema nervioso, dejándome sin palabras—. Déjame entrar —no creí oír su respiración al otro lado.

—No —respondí con un suspiro, manteniendo la mano firmemente sobre la llave.

Hice un gesto de *"no cedas, Jessie"*. No podía permitir que sus palabras me afectaran, estaba segura de que solo era otra de sus malditas manipulaciones.

—Tengo tu abrigo verde —dijo.

"¡Mierda!", pensé.

Pero intenté mantener la calma, aunque mis dedos nerviosos ya se habían partido la piel de las uñas.

—Puedes quedártelo. ¡Un diablo con capa verde! Vete, Justin.

—¿Y dejarte andar una Elfa por ahí, sin su favorita capa, empapada? No puedo cargar con ese pecado en mi conciencia. Te resfriarías y morirías. Se consideraría homicidio intencionado... de un Duende.

—¡Al infierno contigo! —grité, frustrada—. ¡Eres insoportable!

"Idiota, idiota, engendro del diablo", continué insultándolo en mi cabeza mientras me giraba para irme al salón, pero un susurro detrás de la puerta me detuvo en seco.

—Jessie... —el sonido de mi nombre, seguido de un largo suspiro, hizo que mi corazón se congelara—. Me paso. ¡Perdón!

"¿Qué?"

El mundo pareció detenerse. No podía haber dicho eso. Estaba alucinando. Justin no se disculpaba, nunca lo haría. Los demonios no piden perdón.

—He venido a... —intentó continuar.

"¿Está tratando de disculparse en serio?"

Mi cerebro no podía procesarlo.

—¿Qué está pasando aquí?

Antes de que pudiera responder, la mano de John pasó delante de mi cara. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar antes de que abriera la puerta, donde Justin seguía de pie, sosteniendo mi capa.

—No esperaba que estuvieras... ¿Acompañada? —dijo Justin, su mirada, deslizándose lentamente por el imponente cuerpo de John, quien, a pesar de su altura, tuvo que inclinar ligeramente la cabeza para mirarlo con desconcierto.

—Supongo que tú eres el famoso Justin —dijo John, con tono desafiante.

—Vaya, soy más famoso de lo que pensaba. Lo siento, amigo, no tengo tiempo para autógrafos —contestó Justin, esbozando una sonrisa arrogante que me hizo hervir la sangre.

"Exasperante," pensé mientras las palmas de mis manos comenzaban a picarme.

Me costó contener las ganas de darle una bofetada. En ese momento, mi paciencia debía ser digna de un monje tibetano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó John, endureciendo la voz.

Siempre hacía eso cuando quería parecer intimidante. A mí me divertía, pero a cualquiera que no lo conociera, con su gran tamaño y esos anchos hombros, le habría resultado una amenaza creíble.

—Relájate, grandullón. No he venido a verte —respondió Justin sin molestarse su mirada.

—Jessie —dijo, ignorando completamente a John mientras cruzaba el umbral.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar? —John se puso delante de él, bloqueándole el paso con el cuerpo.

—Escucha, he dormido mal, no me he duchado, he ido al bar por este abrigo y he venido aquí por hablar con Jessie, no contigo. Así que ahórrate la energía y apártate. No estoy de humor para disputas estúpidas.

Por alguna razón, toda la rabia que había sentido hacia Justin comenzó a disiparse con cada palabra que decía. Mi cuerpo se relajó casi instantáneamente, y dejé de clavarme las uñas en los pulgares. Justin estaba hablando en serio. Y, para mi sorpresa, no estaba alucinando por la resaca.

"*¿Debo confiar en él?"* Me pregunté la parte de mí que aún quería creer en las personas.

"¡No seas ingenua! Está fingiendo. Solo quiere hacerte quedar como una idiota," intervino la otra voz, la que había sido entrenada por Corey durante años.

En ese momento, sentí el dolor de las cicatrices recorriéndome el estómago. No era real, lo sabía, pero el recuerdo era tan vívido que casi podía sentir el filo de la navaja abriéndome la piel otra vez.

"Aquí viene el auténtico imbécil de Justin. Casi me engaña".

—Jessie —Justin dio un paso más hacia mí, ignorando por completo a John.

—Por favor —susurró, y su voz resonó en lo más profundo de mi mente, haciendo que mis defensas empezaran a tambalearse.

"¿Segundo 'por favor' en diez minutos? Definitivamente está loco."

Justin esbozó una pequeña sonrisa, y eso fue suficiente para romper mi resistencia.

—John, creo que ya es hora de que te vayas —dije, aunque aún no había decidido nada, dejando que mi lengua tomara el control antes que mi cerebro.

—¿Qué? —John tensó la postura, claramente no dispuesto a ceder ante Justin.

—Vamos, amigo, solo quiero hablar —Justin le dio un par de palmadas en el hombro, con una sonrisa que solo irritaba más a John.

—No voy a dejarte sola con una idiota —respondió John, sin quitarle la vista de encima a Justin.

—Oye, lo estoy intentando —Justin levantó las manos en señal de rendición, pero su sonrisa seguía ahí.

—Justin, basta —le advertí—. Si no, cambiaré de opinión y te acompañaré fuera.

—Está bien, esperaré en el sofá —respondió, antes de caminar hacia el sofá y sentarse sin esperar permiso.

—¿Te has vuelto loca? —me susurró John tan pronto como Justin estuvo fuera del alcance de su voz—. Ayer no parabas de maldecirlo y ahora ¿vas a quedarte a solas con él? ¿Es la resaca lo que te está haciendo actuar así?

—No lo sé, John. Siento que necesito escucharlo.

—Estás loca. Oficialmente loca.

—John —no pude evitar reírme mientras lo abrazaba—. Confía en mí, por favor.

—Esto no me gusta nada, pero está bien. Si necesitas algo, solo llámame —me dio una mirada de advertencia antes de dirigirse a la puerta—. Pero te advierto, Jessie, si ese idiota te hace algo, vendré volando para darle su merecido.

Me reí y le despedí mientras él se marchaba, y respiré profundamente antes de acercarme a Justin, quien seguía cómodamente despatarrado en mi sofá, acariciando mi capa con sus manos tatuadas.

1. (*A Walk to Remember*) es una película clásica sobre un chico problemático que se enamora de una chica tranquila y bondadosa. Su relación transforma su forma de ver el mundo y le abre los ojos a una nueva perspectiva de la vida. Esta conmovedora historia muestra cómo el amor y la bondad pueden cambiar a una persona, superando dificultades internas y externas.



Capítulo 17. Justin

En los últimos quince minutos me he dado cuenta de tres cosas: una, que su abrigo verde es bueno para calmar los nervios y entretener las manos; dos, que el tipo alto y musculoso claramente no es su novio, y tres, que tengo una oportunidad de redimirme.

"¿Desde cuándo necesito redimirme? ¿Desde cuándo desperté... la conciencia?"

Llevaba años dormida, y ahora decidió aparecer.

"¿Por qué?" Si supiera la respuesta...

Mientras Jessie despide a su invitado, echo otro vistazo a su diminuto salón unido a la cocina. Apenas hay espacio para el sofá de dos plazas y un par de ridículos cojines decorativos que solo estorban. Incluso las sillas y la mesa parecen más pequeñas que las de una casa normal, como si hubiera elegido el apartamento específicamente por su tamaño.

Pero, debo admitirlo, todo el lugar, con su paleta en tonos claros, el leve olor a canela y esos estúpidos cojines, crea un ambiente acogedor.

"Como ella misma a veces."

—Justin, eres un cretino —me digo en silencio, avergonzado por lo que estoy pensando.

—Autocrítica, pero no podría estar más de acuerdo —me sobresalto al escuchar su voz desde la puerta.

—¡Oye! ¡Deja de tocar mi abrigo con tus manos sucias, pervertido!

—Mis manos están limpias —ni siquiera me había dado cuenta de que seguía tocando con el abrigo.

—Sí, seguro, como todo tú. He oído que no te has duchado. Te vendría bien una ducha, tienes un aspecto horrible.

—¿Es una invitación? —Levanto una ceja, mirándola directamente—. Solo si me frotas la espalda.

—Eres insoportable —pone los ojos en blanco y cruza los brazos.

—Te sorprendería, como a menudo me dicen eso.

—Me lo creo.

Por primera vez me fijo en lo que lleva puesto: una camiseta larga y holgada con un estampado desgastado y unos calcetines de lana con caritas de gato que les llegan a los tobillos.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Sonrío al recorrer con la mirada sus piernas esbeltas y el cabello negro, todavía húmedo. No lleva maquillaje, lo que hace resaltar los dos lunares oscuros en sus mejillas, pero ni siquiera esos lunares pueden competir con el brillo de sus ojos azul oscuro.

"Justin, concéntrate."

—¿Qué estás mirando? —frunce el ceño mientras entra en el salón, pero no dejo de observarla. Me gusta mirarla, incluso cuando está molesta. Sobre todo cuando está molesta.

"Justin, reacciona."

—¿Ya se fue John? —Por fin suelto la capa verde y me levanto del sofá—. Qué lástima, ya le estaba cogiendo cariño.

—Deja el sarcasmo, Justin, estoy cansada.

—Pensé que te gustaba.

—Una vez más me confirmas que pensar no es lo tuyo —dice mientras abre los armarios de la cocina, sin mirarme.

—No tenemos café, solo té. ¿Te apetece?

—El té verde es mejor que el café.

Mientras camino hacia la pequeña cocina, mis ojos se detienen en unas fotos enmarcadas. En todas, aparece una niña de pelo negro en una coleta junto a un hombre que debe ser su padre. Reconozco a Jessie por el color de sus ojos. En esas fotos, aún no es la mujer mordaz de ahora, sino una niña que sonríe con sinceridad.

—¿Es tu padre? —pregunto, levantando una de las fotos.

—¡Deja de tocar mis cosas! —se enfada, arrebatándome la foto de las manos.

—Solo estaba viendo la foto, no hace falta que te pongas así. ¿Qué te pasa?

—¡Lo que pasa es que no tienes derecho a meterte en mis cosas! —me mira furiosa antes de devolver la foto al estante.

—¿Dónde fue tomada? —pregunto, sorprendido de estar tocando un tema delicado con tanta cautela.

—En Cádiz... —responde, y noto una débil sonrisa en sus labios—. Yo tenía cinco años, y papá decidió llevarnos a conocer de dónde venían mis abuelos.

—España... Así que de ahí te viene la sangre caliente.

—De mamá, es española —sonríe un poco más.

—Vaya, una mezcla explosiva.

Nos quedamos en silencio unos segundos, observando la foto de la niña feliz en los brazos de su padre.

"¿Qué he hecho yo por Ángelo? ¿Qué le he enseñado para que sonría así, aunque sea una vez?" Si mi corazón aún funcionara, ya me habría matado con la culpa.

—Algún día volveré allí... —susurra ella, pero la oigo.

—¿Por eso vives en esta parte de Los Ángeles?

—Sí... No puedo permitirme mudarme a Europa, y tampoco a una zona mejor de la ciudad. Pero aquí, al menos, siento que estoy más cerca de mi padre.

—¿Él...? —dudo antes de preguntar, temiendo romper algo más dentro de ella.

—Murió ese mismo año. Un par de meses después del viaje. Sabía que estaba enfermo, por eso nos llevó a conocer nuestras raíces. Sabía que no le quedaba mucho tiempo.

—Lo siento... lo siento —mi mano busca su hombro, pero me detengo y cierro el puño.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo —Jessie lanza una mirada triste a la fotografía y sacude la cabeza—. Vale, el té está listo. Vamos.

—Jessie...

Es ahora. Ahora es el momento de decir lo que he venido a decir, lo que me ha tenido despierto, lo que me ha estado carcomiendo por dentro. Jessie se da la vuelta y me mira, como si ya supiera las palabras que están a punto de salir de mi boca.

—Lo siento —exploté desde lo más profundo de mi alma, esa que enterré hace unos diez años.

Resulta que todo este tiempo había estado enterrada viva.

—Lo que dije en el bar aquella noche era mentira. No pienso eso de ti. No creo que eres patética. Fea, molesta, engreída... tal vez, pero definitivamente no patética.

—¿De verdad esto es una disculpa? No parece gran cosa —sonrió con sarcasmo.

—No sé cómo disculparme.

—Eso se nota.

—De todas formas... —murmuré como un niño—. No eres patética. Y deberías saberlo. Yo solo... tú solo... estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y yo estaba demasiado enfadado.

—¿Alguien te ha dicho que tienes problemas para controlar la ira?

—Sheila me lo repite todos los días.

—Hazte un tatuaje para recordarlo, si te queda espacio en el cuerpo.

—¿Quieres comprobarlo? —No puedo evitar el desafío y me llevo las manos al borde del jersey, fingiendo que lo levantaría.

—¡Dios mío! Me arrepiento por enésima vez de haberte dejado entrar en mi casa.

—Vamos, si no me quisieras aquí, no estaría —me siento frente a ella en la mesa y le quito la taza de té de las manos.

—Una palabra más y llamo a John. Él volverá y te sacará de aquí enseguida.

—¿John? ¿El que no es tu novio?

—¿Qué te hace pensar eso? —Entrecierra los ojos y toma un sorbo de té.

—Si lo fuera, no se habría ido. No puedes dejar a *"tu"* chica sola con un tipo tan guapo como yo.

—Seguramente olió tu aliento a alcohol y huyó.

—No sé qué me confunde más: que tu NO-novio se haya ido por un par de copas o que pienses que soy guapo después de todo.

La mirada asesina que me lanza es la que estaba esperando, pero esta vez Jessie no mantiene el contacto visual por mucho tiempo. Desvía la mirada hacia su taza.

—Yo fregaré las tazas —se levanta abruptamente, y yo la sigo de un salto.

—Te ayudaré.

"Justin, ¿qué estás haciendo?"

Jessie se detiene y se da la vuelta al oír mis palabras, y yo casi choco con ella, frenándome a solo un palmo de su cara. Mi mano derecha sostiene la taza sucia, mientras que mi izquierda descansa en su cintura. Si me inclinara un poco, mis labios rozarían los suyos.

—Me estás emborrachando —murmura, manteniendo mi mirada.

—Y hueles increíblemente bien.

Su pecho está pegado al mío, y a través de la camiseta puedo sentir la dureza de sus pezones contra mi torso. Me tenso, no solo yo, también algo en mis pantalones responde cuando ella se lame el labio inferior.

¡Maldita sea!

Es un gesto que normalmente no me afecta, pero ahora, con sus labios brillando, me encuentro deseando hacer lo mismo con los míos.

—¿Me dejarás ir? —susurra sin romper el contacto visual—. Si tanto querías fregar los platos, podrías habérmelo dicho. Lo odio.

"¿No puede sentirlo?"

Mi mente vuela lejos, e inmediatamente retiro la mano de su cintura.

"Justin, despierta. ¿Qué te pasa?"

—Gracias... y eso es todo lo que puedo decir.

—Pero querías ayudarme, ¿no? —como si nada hubiera pasado.

—Mentí.

—Como siempre.

Jessie intenta alejarse, pero la detengo rodeando su hombro con mi brazo.

—No siempre —sus ojos azules vuelven a fijarse en los míos. —Te prometí un trabajo. Y siempre cumplo mi palabra.

—Eso está por verse. Me echaste del bar de 24 horas 2 veces.

—Y ya me disculpé por eso.

—¿Esperas que te crea otra vez? —Su rostro sigue siendo inescrutable.

—Ya te expliqué que me equivoqué. No me obligues a repetirlo. El puesto es tuyo.

—¿Cómo puedo estar segura de que no es otra de tus bromas?

—¡No es acoso! —espeto, mirando su rostro directamente.

—Hoy tienes turno a las ocho. Sheila te pondrá al día.

Me alejo de Jessie y me retiro un paso.

"Necesito irme."

Salgo de allí como si me estuviera quemando, cogiendo mi chaqueta del sofá. Lo que realmente me está quemando es lo que siento por dentro. Bajo las escaleras y me meto en el coche, lejos de ella, lejos de esos ojos azules, de esas clavículas afiladas, de su piel suave y esos malditos labios húmedos.

"¡Maldito sea el infierno!"

Golpeo el volante y arranco el coche.

"¿Por qué diablos reacciono así ante ella?"

Acelero y casi corto el paso a un coche. Me tocan el claxon, pero no me importa. Necesito despejarme, tranquilizarme, pensar en otra cosa que no sea ella.

"Es venenosa y problemática."

Pero mi mente sigue trayendo de vuelta la imagen de su pequeño apartamento, su aroma, su rostro serio.

"¿Dónde está la pequeña Jessie que sonreía en las fotos?"

Intento sacudir esos pensamientos, pero son demasiado persistentes. Finalmente, estaciono el coche frente a la escuela de Ángelo.

Me imagino su cara cuando me vea aquí. Nunca antes lo había recogido del colegio.

Me bajo del coche, me subo el cuello de la chaqueta y enciendo un cigarrillo.

Necesito un poco más de calma.

—¿Justin? —La voz de Ángelo me sorprende.

—Hola. ¿Cómo va la escuela LA?- a veces llamo así, pero a él no le gusto mucho, aunque esta vez acepta con sonrisa.

—¿Desde cuándo te interesa eso? —me responde ajustándose la mochila.

—No presumas. Siempre me ha interesado —apago el cigarrillo y lo aplasto con el pie.

—¿Qué haces aquí? Neil siempre me recoge.

—No *"Neil"*, es tu abuelo.

—Lo que sea —se encoge de hombros y abre la puerta del coche.

—¿Vamos a casa?

—No. Conozco un lugar donde venden la mejor pizza del estado.

Los ojos de Ángelo se iluminan al instante.

"Voy a hacer las cosas bien esta vez."

Sonrío, arranco el coche y marco un número conocido en mi teléfono.

—Estoy de acuerdo —respondo con firmeza.

—Pero será mi último caso. Después de esto, me retiro.

—Me alegra escucharlo, hijo —la voz de Garner suena por el altavoz antes de que termine la llamada.

—¿Qué significa "último caso"? —pregunta Ángelo desde el asiento del copiloto.

—Significa que pronto saldremos de aquí. Y yo siempre estaremos juntos.



Capítulo 18. Jessie

Tres cosas que he aprendido en mis dos semanas trabajando en el bar: uno, jamás podría alcanzar el nivel de Sheila detrás de la barra; dos, las propinas de los turnos nocturnos del fin de semana casi cubren el alquiler de todo un mes, y tres, Justin lleva quince días evitándome.

Y, supongo, debería alegrarme por esto último.

Debería estar saltando de alegría, porque ya hace catorce días que no le veo la cara, no desde que apareció en mi apartamento.

Debería estar feliz, si no fuera por el estúpido hormigueo que siento en el bajo vientre… Cada vez que recuerdo sus manos sobre mi cuerpo, su torso apretado contra el mío, su mirada peligrosa que me encendía por dentro.

No quiero recordarlo, no quiero pensarlo. Tampoco quiero apretar las piernas cada vez que la imagen se me viene a la mente.

Debería estar feliz, lo sé... pero en el fondo, quiero que vuelva a suceder.

Quiero que me mire de nuevo, que me abrace, que respire cerca de mí.

Quiero que me sostenga más tiempo.

Mis músculos se contraen de nuevo entre las piernas, y dejo el vaso con demasiada brusquedad sobre la barra.

"¡Eres una cobarde, Rodríguez! ¡Vuelve a la realidad de una vez!"

—Los vasos rotos se descuentan de tu sueldo, nena —dice Sheila con una sonrisa, mientras seca otro vaso con una toalla.

—Lo sé.

—Es el segundo que rompes hoy.

—Ya lo sé —respondo, haciendo una bola con la toalla y tirándola sobre la barra.

—¿Te pasa algo? —Sheila se echa la toalla al hombro y se acerca a mí.

—No, nada. Todo bien.

—¿De verdad? ¿No me estás mintiendo? —me mira entrecerrando los ojos.

—No puedo mentir, Sheila.

—Por eso te pregunto —sonríe, pero enseguida su expresión cambia a una más seria—. Jessie, si hay algo que te preocupe, puedes decírmelo.

—Lo sé, Sheila... y si pasa algo, te lo diré. ¿Vale?

Ella tararea y asiente, aunque sigue con la mirada fija en mí antes de regresar a secar los vasos.

—Hace tiempo que no veo a Lucifer —comento, intentando que no note mi interés mientras limpio la barra.

—Deja de llamarlo así —ríe, sin percatarse de mi intención.

—Justin tiene asuntos que resolver. Nunca da detalles, solo dice que estará fuera un tiempo.

—Mmm... ya veo... ¿Y no le interesa saber cómo van las cosas sin él?

—Todo va bien, y él lo sabe. Por eso se relaja y desaparece por semanas.

—Menudo jefe...

"¿Semanas? ¿Significa que su ausencia va a durar más?"

—Es que no lo conoces bien —dice Sheila mientras guarda los vasos en el estante.

Está a punto de irse, pero la detengo con una pregunta:

—¿Desde cuándo le conoces?

—Seis años. Desde que abrió este bar.

—¿Llevas seis años aquí? —pregunto, sorprendida.

—Así es —su sonrisa regresa a su rostro—. Me gusta este lugar. Me gusta mi trabajo. Y me gusta Justin.

Resoplo al oír su nombre y pongo los ojos en blanco de manera juguetona.

—Jessie, él no es lo que crees. Su vida no es nada fácil. No puedo decir más, no son mis secretos... pero es un buen amigo. Siempre está dispuesto a ayudar. No importa lo rudo, desagradable o grosero que sea, todo es una fachada. En serio, no es Lucifer. Espero que algún día te des cuenta.

—Ojalá tengas razón —suspiro, encontrándome con su mirada inquisitiva—.

Sonrío tímidamente, aunque eso no quita la mirada astuta de su rostro.

—Bueno, Sheila, me voy. Te dejo a cargo esta noche.

—Descansa y duerme también por mí, cariño —me da un abrazo rápido y un beso en la mejilla antes de que me dirija a disfrutar mi merecido día libre.

En Los Ángeles ha dejado de llover por un rato. Me quedan unas cuantas horas antes de que anochezca, y decido usar mi día libre para tranquilizar mi mente, para alejar la imagen del alcohólico tatuado de mis pensamientos, y para que mis piernas dejen de estremecerse cada vez que pienso en él.

Cojo la guitarra de casa y conduzco mi viejo Ford hasta el río, hasta mi lugar, el viejo sofá decrépito.

Está vacío y hace viento, como siempre, lo que significa que nadie me oirá cantar.

—Papá, canta un poco más —me acurruco bajo la guitarra y me acomodo en su regazo. Mis delgados brazos rodean su cuello, y eso le saca una sonrisa suave.

—¿Más? ¿Te ha gustado?

—¡Muchísimo! ¡Yo también quiero tocar y cantar como tú!

—Cuando crezcas, aprenderás, estrellita.

—¿Me enseñarás?

—Por supuesto —mi padre tose débilmente, pero solo me abraza más fuerte.

—¿Cantarás conmigo?

—Claro que sí —dije, aplaudiendo con entusiasmo, sonriendo igual que lo hice en España hace un par de semanas.

—¿Cantamos nuestra favorita?

—¡Sí, sí, sí! —exclamé, contenta.

***

Mis dedos tocan las cuerdas de la guitarra como lo hacían los de mi padre, como aprendí en su momento porque él no tuvo tiempo de enseñarme. Las lágrimas me brotan antes de llegar al estribillo. Le echo tanto de menos.

Cuando se fue... cuando la enfermedad se lo llevó, también se fue la felicidad de la familia. Me doy cuenta ahora.

No fue cuando Corey tocó mi piel por primera vez con el cuchillo.

No cuando mi madre no me creyó.

No cuando mis gritos se ahogaban en una almohada y ella fingía no escuchar.

Después de todo, un hijo predilecto no puede ser un monstruo, ¿verdad? Pero la hija, no querida, puede ser una niña fantasiosa, enferma de la cabeza, con una psique inestable. Todo comenzó mucho antes de eso. El día que papá se fue. Nadie en esta familia me había querido realmente, excepto él.

Me seco las lágrimas y detengo el sonido de la guitarra con un golpe seco en las cuerdas. Ya basta. No soy tan débil. Solo me permití un momento de tristeza, pero debo recomponerme. Guardo la guitarra en su funda, la ciudad se cubre otra vez de lluvia y viento.

Todo sigue según lo previsto. El viejo Ford me lleva de vuelta, la guitarra descansa en el asiento trasero. Pero no salgo del coche. Me congelo y quiero esconderme bajo el salpicadero, porque esta vez hay alguien junto a mi porche que me provoca escalofríos. No solo eso. Me rompe el alma con su presencia, y las cicatrices de mi cuerpo vuelven a arder.

El rostro de Corey Rodríguez es inconfundible, incluso de perfil. Su atractiva belleza, con ese cabello negro rizado, es engañosa.

Oculta al monstruo que habita dentro. Ese monstruo que solo se revela si te fijas en sus ojos vacíos. Mi respiración se detiene. Me inclino hacia delante, como lo hice aquella vez en nuestro piso, agarrando las cicatrices de mi estómago con las manos.

—No duelen, no duelen —me repito, pero no me siento mejor.

Arden tanto que parece que me queman las manos. Pero no es real. No es real. Aprieto los ojos con fuerza, presiono las cicatrices y lucho contra el ataque.

—Soy más fuerte. Soy más fuerte.

El dolor desaparece de golpe, como siempre, y en cuanto puedo enderezarme, piso el acelerador a fondo y salgo disparada de allí. No pienso, solo conduzco, ignorando los semáforos, siguiendo una ruta dictada por el instinto.

"¿Cómo me encontró? ¿Cómo pudo dar conmigo tan rápido? Solo han pasado dos años y otra vez me alcanzó."

Mis dedos, blancos de tanto apretar, tensan el volante. El coche derrapa en el asfalto mojado, mientras la lluvia golpea el parabrisas con la misma fuerza que las lágrimas recorren mis mejillas.

"Ha vuelto. Me ha encontrado."

—¡No! ¡No voy a rendirme, joder! —grito, encendiendo los limpiaparabrisas. Me limpio las lágrimas. Limpio mi rostro.

Llego a nuestro bar. Me parece sitio más seguro. Está lleno, como siempre, en los viernes por la noche. Entro, pero decido no molestar a Sheila. Me siento en la mesa más alejada y llamo al camarero.

—Grik, tráeme una botella de tequila.

—¿Día libre en solitario? —se ríe entre dientes.

—Sí, día libre. Solo tráeme el tequila, y no le digas nada a Sheila. ¿Entendido?



Capítulo 19. Jessie

Grik me trae la botella y un vaso con lima rápidamente. Me sirvo un chupito y miro los bordes salados.

"¿Cuándo empecé a buscar consuelo en el alcohol? Estoy a un paso de convertirme en un alcohólico, como Justin."

Justin... Recuerdo cómo, la última vez, aunque el Toyota rojo de Corey no era suyo, Justin me sacó de allí sin decir una palabra. Desde la primera vez que lo pedí, me metí bajo el salpicadero de su coche y él aceleró al instante.

El cuarto chupito de tequila quita el temblor de mi cuerpo. No sabía que estaba temblando. El quinto me calma un poco más, así que tomo un sexto y luego un séptimo. Derramo el octavo sobre la mesa. El noveno termina en la cara de un tipo que decidió que yo sería buena compañía para su soledad. Pero yo no estaba lista para eso. Un tipo de unos cuarenta años, con un anillo de casado en la mano, sin siquiera molestarse en ocultarlo.

Bebo el décimo chupito y ofrezco compartir el undécimo con Grik, pero él lo rechaza porque sabe que Sheila lo mataría si lo descubre bebiendo en el trabajo.

En el duodécimo, me desplomo sobre la mesa, y lo siguiente que siento son unos brazos fuertes levantándome.

—Grik... Suéltame, no he terminado mi bebida... —protesto, intentando zafarme, pero el agarre solo se aprieta más.

—¿Así que es Grik? Mañana voy a tener una seria conversación con él —dice una voz que me provoca escalofríos.

El cálido aliento de Justin cae sobre mi cabeza, deseando que fuera sobre mi cuello.

—¿Justin?

—Sí, Elfa. Ojalá pudiera decir que me alegra verte, pero no.

—Y a mí sí, me alegra... —balbuceo, mientras mis piernas flaquean. Justin me sostiene y me gira para que lo mire de frente.

—¿Por qué estás tan borracha? —sus ojos oscuros me observan. Solo siento el calor de sus manos en mi cintura.

—Estaba celebrando mi día libre.

—¿Y desde cuándo celebras así?

—¿A ti te está permitido, pero a mí no?

Mis palabras no tan claras, y las piernas ya no me sostienen, así que rodeo su cuello con una mano.

—Estoy un poco borracha, Justin.

—¿De verdad? No lo había notado.

No me suelta la mano, ni aparta la suya de mi cintura, ni su mirada de la mía.

"¿Tuve que emborracharme para volver a sentir este contacto?"

—¿Sabes qué? Tómate una copa conmigo.

—No, Elfa, ya has tenido suficiente.

—Qué gracioso. Cuando te dije que te detuvieras, me echaste del bar. ¿Recuerdas? —Sonrío y deslizo mis dedos por su cuello, sintiendo el vello de la nuca.

El cuerpo de Justin se tensa, y su agarre en mi cintura se estrecha más.

—Ya basta. Es hora de ir a casa.

—¿Nosotros, juntos?

De inmediato, Justin me suelta, y vuelvo a tambalearme. Me levanta, rodeándome con sus brazos, y lo único que tengo tiempo de hacer es inhalar el aroma de su perfume.

—Hueles demasiado bien... —mi lengua se suelta, hablando sin filtro.

Algún día me arrepentiré de esto, pero no hoy. Quizás mañana. Ahora mismo no me importa.

—Para un asqueroso y alcohólico, ¿verdad? —se ríe Justin, ajustándome mejor en sus brazos —. Agárrate a mi cuello, borracha —me ordena, y enseguida lo hago.

—No me dejes caer.

—¿Puedes callarte por un rato?

—Sí —mi rostro está ahora a la altura del suyo, a punto de rozar su nariz, y casi puedo sentir sus labios.

—Coge mi capa.

Antes de darme cuenta, me quedo inconsciente y despierto ya en el asiento trasero de su coche.

—Justin... —susurro apenas al recobrar la consciencia.

—Aquí estoy, todo está bien —me responde, y apoyo la cabeza en su hombro.

—Te llevaré a casa.

—¿A dónde?

—A casa, Elfa. Ahora vamos a casa.

—No tengo las llaves.

—¿Cómo que no?

—Están en el coche.

—¿Dónde está tu coche?

—No sé...

—¿Me estás tomando el pelo?

—No... no recuerdo dónde lo dejé. Por aquí, en algún lugar...

—¡Joder! ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

El resto de la noche transcurre entre murmullos y fragancias, con Justin asegurándose de que no me caiga. No me soltaría ni ahora ni después, porque aunque no lo quiera admitir, necesito su agarre para no derrumbarme.



Capítulo 20. Jessie

Antes de abrir los ojos, desearía estar muerta. Aunque estoy tumbada, siento como si me hubieran tirado un bloque de piedra encima, diez veces. Hago un esfuerzo por frotarme los ojos e intentar enfocarme, pero no es suficiente.

Mi vista está borrosa, y el entorno no me resulta familiar. No hay grietas en el techo, no hay viento colándose por las ventanas, y el colchón es demasiado blando para ser el mío.

Hago un esfuerzo hercúleo para girarme hacia la derecha, pero al hacerlo, un espasmo doloroso me atraviesa la cabeza. Sin embargo, el dolor valió la pena. Lo que veo a mi lado me hace sentir aún peor que la resaca: está Lucifer, ese demonio tatuado hasta la cintura, durmiendo junto a mí. Justin está acostado bocarriba, con la cabeza ligeramente girada hacia mí, pero no parece haberse dado cuenta de mis movimientos.

Mi primer pensamiento es salir corriendo. Lo más rápido posible. Pero luego la curiosidad me retiene. Miro a Justin mientras duerme. Su expresión es serena, y cada músculo de su rostro está relajado, lo que lo hace aún más atractivo. Por mucho que me moleste admitirlo, es imposible negar que es guapísimo. Mis dedos hormiguean, deseando tocar su cara, aunque sé que no debería.

Me quedo quieta, observando el contorno de su nariz, sus pómulos marcados, la sombra de su barba incipiente, y mi mirada sigue bajando. Veo el tatuaje en su pecho, un corazón envuelto en llamas rodeado de rosas. Sin darme cuenta, mi mano se mueve hacia él. Con un toque suave, casi sin rozarlo, deslizo mis dedos por el dibujo. Justin no se despierta.

Mis dedos continúan recorriendo su piel, bajando lentamente. Apenas respiro mientras exploro, como si estuviera tocando algo prohibido. Cuando mis dedos llegan a un tatuaje bajo sus costillas, leo en voz baja:

"El diablo está en los detalles".

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

"¿Habla de sí mismo?", pienso, mientras finalmente aparto la mano de golpe.

Justin suspira profundamente y todo su cuerpo se tensa, haciendo que se le marquen los músculos. Mi corazón se detiene por un segundo.

"Por favor, que no se despierte...".

Sigue dormido, así que en lugar de salir corriendo, me quedo mirándolo. Lo examino descaradamente, desde los abdominales marcados hasta las líneas que insinúan lo que hay debajo de la manta. Apreté los labios. "Dios mío". Me doy la vuelta tan rápido que casi me rompo el cuello. Afortunadamente, la manta cubre lo necesario, hasta justo encima de esos músculos oblicuos tan tentadores.

"Espero que no duerma desnudo...".

Siento mis piernas rígidas, pegadas la una a la otra, como si no pudiera soportar la idea de lo que podría haber pasado. "¿Cómo acabé en la cama con él?".

—¡Mierda! —siseo, mirando rápidamente mi cuerpo. Toda mi ropa está en su sitio, lo que me hace sentir un alivio enorme. "No pasó nada. No me folló". Aunque, con este tipo, nunca se puede estar seguro.

Miro a la cama, más grande de lo que recordaba, con un cabecero de madera.

"¿Dónde estoy?".

En lugar de aclarar las cosas y largarme, me quedo observándolo. No hago nada más que mirar a este idiota.

"Perfecto, Jessie, puntuación perfecta en decisiones lógicas".

Una ola de resaca me golpea, seguida por la vergüenza. Eso es lo que finalmente me saca de la cama y me hace caminar de puntillas fuera del dormitorio.

Deslizo mis pies por el pasillo de paredes grises, intentando no hacer ruido. Es curioso que lo único que me falte sean los calcetines.

"¿Cómo me los quitó?", me pregunto mientras me doy una palmada en la frente, sacudiendo pensamientos ridículos.

"Concéntrate en salir de aquí".

Sigo bajando unas escaleras de cristal hasta una enorme sala de estar. Es moderna, elegante, con techos altos, pero totalmente gris, como el dormitorio.

"¿Vive aquí Justin? ¿Cómo tiene tanto dinero del bar"?

Mi mandíbula casi cae al suelo, pero una voz me saca de mi asombro:

—¿Quién eres? —Me doy la vuelta y casi tiro una mesita de café.

Delante de mí hay un niño de unos diez años, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y una camisa negra perfectamente abotonada. Su mirada es impasible.

—¿Eres Pamela? —pregunta, con la misma indiferencia que me hace desear desaparecer de ahí.

—No... No soy Pamela —contesto, sin poder leer su expresión. —¿Quién es Pamela?

—No lo sé —dice encogiéndose de hombros—. Justin la visita a veces. Pensé que ahora ella venía a visitarlo a él.

"Pamela", repito mentalmente, sintiendo cómo algo dentro de mí se tuerce.

—No, no soy ella —me esfuerzo por decir algo más inteligente, pero solo logro murmurar—: Yo... ya me voy. No te preocupes.

Empiezo a alejarme rápidamente, pero él me sigue.

—¿Y si eres una ladrona?

—No soy una ladrona.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Mira —separo las manos y le muestro que no llevo nada—. ¿Ves? Nada en los bolsillos.

—¿Y los vaqueros?

Me río entre dientes, sacudiendo la cabeza mientras vacío los bolsillos de mis jeans.

—¿Convencido? ¿Puedo irme ya?

—¿A dónde vas?

—A mi casa.

—¿Por qué no te fuiste anoche?

"Buena pregunta. Me la hago desde esta mañana", pienso, mientras echo un vistazo hacia la puerta principal.

—¿Has visto una capa verde por aquí?

—Ahí está —responde señalando una puerta al fondo.

Me dirijo hacia la salida cuando la pregunta del niño me detiene en seco:

—¿Justin está dormido?

—Um... Supongo que sí. No lo sé, no he comprobado...

—¿No dormiste en su habitación?

—¿Tienes que hacer tantas preguntas? —frunzo el ceño, sorprendida por lo perspicaz que es el chico.

Cuando yo tenía diez años, aún trenzaba el pelo de mis muñecas y creía en los caballeros de verdad.

—Solo la gente sin cerebro no hace preguntas. Yo sí, las hago.

—Eso ya lo noté —respondo sonriendo un poco—. ¿Cómo te llamas?

—Ángelo.

—¿En serio? —le devuelvo la sonrisa—. Ángelo viviendo en Los Ángeles, qué apropiado.

—Justin dice que es un nombre fuerte.

—Y por una vez, estoy de acuerdo con él. Es un nombre muy fuerte y con mucha responsabilidad.

—¿Por qué responsabilidad? —Su expresión cambia un momento; parece haber un destello de interés.

—Llevas el nombre de una ciudad enorme, con una historia fascinante y cumple nuestros deseos. Un nombre así debe llevarse con orgullo y honor.

—Eso mismo me dijo Neil —su expresión vuelve a ser indiferente.

—Puede que Neil te haya contado algo más —le guiño un ojo, y veo cómo sus ojos oscuros parpadean con curiosidad—. Esta ciudad, y, por lo tanto, tu nombre, tiene un poder especial: aquí los sueños siempre se cumplen, si los deseas con fuerza y lo pides correctamente.

—¿Y se cumplieron los tuyos? —pregunta Ángelo, con una simplicidad y una sinceridad que me desarman.

—No... —respondo con una sonrisa triste.

—Quizá no los deseaste lo suficiente. O se te olvidó decir "por favor" —dice con una lógica tan infantil como aplastante.

—Puede que tengas razón —me río suavemente, mirando su joven rostro, tan parecido a Justin. Si Ángelo es su hermano pequeño, tal vez crezca igual de guapo. Esperemos que no sea tan idiota.

—Bueno, me tengo que ir.

—¿Un café antes? Neil siempre ofrece café a los que vienen.

—Me encantaría, pero tengo prisa —me pongo mi capa verde y me agacho para atarme los zapatos.

—Neil no suele ser rechazado —dijo una voz grave que resonó en el pasillo.

Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de Justin, quien ahora me hace desear que el suelo se abra y me trague.

—¿Vas a huir? —me pregunta, con su sonrisa burlona.

—Yo... —las palabras se me atascan en la garganta, solo puedo mirarlo, sin saber qué decir.

—¡Ángelo! —Justin le habla bruscamente, desviando su atención hacia él—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en la escuela?

—¿Sabes qué hora es? —Ángelo responde con calma, ajustándose los puños de su camisa negra—. Como siempre te olvidas. Hoy solo tengo sambo y clases extra, me apunte, para no molestarte, aún faltan diez minutos para que pase el autobús.

—Pues ponte la chaqueta y prepárate. No te quedes ahí perdiendo el tiempo.

—No estoy perdiendo el tiempo —Ángelo frunce el ceño—. Solo estaba hablando con ella.

—Ahora es mi turno de hablar con ella, ¿vale?

—¿Y si ahora no es el turno de nadie de hablar conmigo? —me incorporo rápido y me abrocho la capa—. Encantada de conocerte, Ángelo —le sonrío al chico, aunque no obtengo ninguna reacción a cambio—. Buenos días... Justin.

Salgo del piso tan rápido que casi tropiezo con el cordón de mis zapatos que aún no había atado. No podía mirarlo más. Estaba segura de que algo había salido mal anoche.

¿Por qué terminé en su cama?

¿Por qué me dejó quedarme en su casa sin siquiera tocarme?

Algo no encaja. Justin debió haber sentido lástima por mí. Maldito alcohol, y maldita resaca que pronto me devolverá fragmentos de recuerdos que no quiero revivir.

Salgo corriendo, pero entonces me doy cuenta de que no tengo a dónde ir. No puedo volver a casa sola. La imagen del Toyota rojo de Corey, aparcado frente a mi casa, aparece en mi mente, y vuelvo a temblar. Estoy segura de que era él. Definitivamente, lo vi, su perfil, sus brazos, esos dedos que una vez me apuñalaron. No puedo confundirlo.

Lo único que se me ocurre es ir a casa de John. Necesito su ayuda más que nunca, y sé que no me la negará, aunque llegue sin avisar. Meto la mano en el bolsillo, buscando algo de dinero, y me encuentro con mi teléfono roto y las llaves de mi piso.

"Vaya suerte, Rodríguez", sonrío, aliviada al ver que no lo había perdido todo.

Empiezo a recordar fragmentos de la noche anterior.

"¿Puedes llamar a John? ¿Me dejas que te lleve hasta él?", su voz resuena en mi cabeza.

—¡No! —grito a los coches que pasan, apretando los puños.

Parece que el bolsillo de mi abrigo verde estaba roto.

"¿De verdad Jessie? ¿Por qué siempre haces las cosas mal cuando tomas tequila? ¿Por qué te dejas arrastrar por un demonio tatuado?".

Ahora solo puedo esperar que no haya cometido un error mayor durante la noche.



Capítulo 21. El Sr. Castidad

No he dormido.

No dormía cuando ella dormía a mi lado, en mi cama, sobre mis sábanas, que hasta entonces siempre habían estado frías en el lado izquierdo de la cama.

Estaba despierto cuando ella abrió los ojos.

Estaba despierto cuando me di la vuelta.

Y estaba despierto cuando se retorció al verme. Fingí estar dormido a propósito para ver qué haría por la mañana.

¿Huirá?

Y escapó. Pero no enseguida. Eso es lo más importante. No en vano desprecié mis principios y la traje a mi casa. No me equivoqué al meter la borracha en mi cama.

De algún modo, no pude hacer otra cosa cuando se colgó de mi cuello y olisqueó en él, desprendiendo un leve tufillo a tequila. Aunque estaba enfadado, no podía soltarla de mis brazos antes de llegar a la cama. No pude evitar tumbarme a su lado cuando su mano buscó la mía y tiró de mí hacia ella.

«Justin, no te vayas», - era una frase que ella no recordaría por la mañana, ni nunca, pero yo sí.

Jessie no me soltó la mano y siguió diciendo lo bien que olía hasta que se desmayó, con la nariz contra mi pecho. Yo la rodeé con los brazos y la acerqué aún más a mí durante un rato.

Si no estuviera tan borracha.

Si su audacia en palabras y acciones no se debiera a un exceso de alcohol.

Si pudiera estar tan cerca de mí una vez más. Ya fuera en mi cama o en cualquier otro lugar. No se libraría tan fácilmente. No me habría contenido tanto. Nunca nos habríamos acostado juntos.

Y sí, Jessie también huele muy bien. Incluso después de media botella de tequila, seguía percibiendo ligeras notas de vainilla en su cuerpo o en su pelo. Nunca lo descubrí. Pero la combinación de esos olores impregnó mis fundas de almohada. Además, me enteré de otra cosa: Jessie habla dormida. Habla incluso más que cuando está despierta. Debe de ser una especie de maldición u otro de sus trastornos mentales. O quizá sea otra de sus enfermedades mentales. Pero fue bonito.

«Bonito y Justin Morris», me rasco la nuca y salgo de la cama justo cuando los tacones de Jessie centellean ante la puerta de mi habitación.

«Esto no pasaba desde el colegio».

Sonreí y me arrastré hasta el vestuario para no avergonzarla una vez más viéndome desnuda. Aunque fingía estar dormido, imaginaba los ojos con los que Jessie me miraba. Pero lo que realmente no esperaba era que se arriesgara a tocarme.

Cuando sus cálidos dedos tocaron mis pechos, casi me entrego. Y luego casi me descubrió a Justin pequeño, que se despertó al instante en calzoncillos y reclamó su atención.

«¿Por qué me sorprende? Es como todo el mundo», me tranquilicé mientras me ponía los vaqueros. Sabía, en el fondo, que toda su indiferencia era falsa.

Sabía lo que ella sentía por mí... lo mismo que yo sentía cuando estaba demasiado cerca. A dos metros de distancia, ambos nos consumimos de odio.

A la una en punto y ya quiero frotarle los labios. Y ella también. Ya lo he visto hoy. Deja que se escape. Que salte de la cama. Que me toque mientras estaba «dormido».

Bajo las escaleras y espero que Jessie siga buscando su capa, que he guardado en el vestidor del primer piso. En su lugar, oigo una conversación débil en el pasillo y, al instante, cambio mi zancada por un sprint.

«¡Ángelo! ¿Qué coño hace aquí cuando ya debería estar en la escuela?».

—Me encantaría. Y... Neil es bueno. Pero tengo prisa —Jessie había encontrado su capa y estaba en cuclillas, intentando meter los pies descalzos en las botas.

Me río inmediatamente al recordar cómo se quejaba del calor por la noche mientras dormía y cómo yo solo le había permitido quitarse los calcetines calientes.

El Sr. Castidad, no Justin Morris, en efecto.

«¿Qué tal si mañana construimos un orfanato?».

No me reconozco. No reconozco mis acciones y reacciones a su alrededor. Y ahora, mientras se abrocha apresuradamente los cordones de los zapatos, no puedo evitar la estúpida sonrisa que se me dibuja en la cara.

—Neil no suele ser rechazado —hago notar mi presencia, y una oleada de placer recorre mi cuerpo mientras Jessie cae aturdido al oír mi voz.

—¿Huyes?

Su mirada se posa en mí y una alerta de fallo del sistema empieza a parpadear literalmente en sus ojos azules.

Estaba seguro de que escaparía, pero subestimé a quien tenía delante, con una sonrisa teatral en la cara. Y yo debí de subestimar demasiado a Jessie para dejarla escapar cuando me distraje con Ángelo. El portazo me indicó que había escapado, y Ángelo me dijo que iba de camino a preparar el almuerzo.

Me quedé solo, en medio del pasillo, con la idea de que, sin saberlo, aquella chica se había entrometido en mi vida privada, en mi casa y en mi cama, e incluso había conocido a Ángelo.

Pero todo eso palidece en comparación con el hecho de que esta mañana, por primera vez, no he sacado la foto de Sandra de mi mesilla de noche para mirarla. Y ahora mismo ni siquiera tengo ganas de subir corriendo a hacer el ritual diario. Es la primera vez que lo olvido por completo.

Por primera vez, olvidada, como la persona más corriente. Pero diez años de dolor se hicieron una bola en mi estómago y subieron hasta mi pecho, hasta el lugar donde mi corazón empezó a palpitar. Y ya estoy dando un paso, ya estoy rodeando con el brazo la barandilla de la escalera, ya me doy por vencida, pero la frase de Ángelo detrás de mí me hace detenerme.

—Esta chica parece una Elfa con su capa. Es graciosa.

—¿Por qué una Elfa? —Vuelvo a bajar y me detengo a medio metro de Ángelo.

—¿No la has visto con esa ropa? Lleva una capa verde y su pelo negro asoma por encima, igual que una Elfa.

«Nunca pensé que te parecerías tanto a mí».

Me río entre dientes y le froto al chico en la cabeza, lo que le hace hacer una mueca de dolor. Inmediatamente, se alisa el flequillo hacia un lado.

—¿Va a venir más? —Ángelo no se detendrá.

—Es hora de que vayas a la escuela.

Solo suspira y va a buscar su chaqueta sin protestar ni hacer preguntas innecesarias.

—Recuerdas que Neil va a recogerte, ¿verdad? —Le llevo la bolsa y le espero junto a la puerta principal. Otra vez la primera vez. Son muchas «primeras veces» en un periodo de 24 horas.

—Me acuerdo.

—¿Y el hecho de que te quedes con él durante todas las vacaciones de Navidad?

—Te traeré tus cosas esta noche.

—Bien —Ángelo sale del vestuario con la chaqueta abrochada hasta el cuello y la capucha bien ajustada.

—Hasta luego, luchador. ¿No te mojarás?

—¿Con capucha? —le quita la bolsa de las manos y se la echa sobre los hombros.

—Nos vemos, Justin. También me gustaría ver a esa chica Elfa. Invítala a casa de Neil por Navidad.

A veces su franqueza me deja atónito, como ahora. Nunca espera una respuesta, como está haciendo ahora, y sale, cierra la puerta de un portazo y, sin darme cuenta, me deja pensando en la misma Jessica que se escabulló así hace unos minutos y ni siquiera se molestó en recoger sus calcetines.

«Tienes ojos de un perro abandonado», sonrío involuntariamente ante la frase más estúpida que he oído en toda mi vida.

«Podría enamorarme de ti, Justin».

La última ya no provoca una sonrisa. Solo un roce en algún lugar bajo el tatuaje de su pecho que sus dedos habían tocado hacía poco. Tan suave y delicadamente que ni yo misma respiré.

Solo estaba borracha, Justin. ¿Cuándo has prestado atención a cosas así? ¿Cuándo te han conmovido las palabras de amor de alguien?

Ni una sola vez en mi vida.



Capítulo 22. Justin

En diez años, ninguna confesión me ha conmovido. Probablemente, porque en toda mi vida no he oído ni una sola confesión que me haya conmovido.

El estupor se ve interrumpido por el timbre del teléfono y tengo que volver a subir al primer piso.

—Te escucho.

—Hola, Justin —resopla Garner al teléfono, y vuelvo a olvidarme por primera vez de su llamada programada.

—Hola.

Me paso una palma seca por la cara para animarme mínimamente.

—Necesito un informe provisional sobre el caso Gray.

—Necesito al menos otra semana— el silencio al otro lado del altavoz era más condenatorio que un tono amenazador. —No tengo nada.

Absolutamente nada. O está limpio o lo han limpiado. Y yo confío al 100 % en la segunda opción.

—Por desgracia, White no paga por tu confianza.

—En ese caso, White puede recuperar el depósito. No voy a trabajar bajo su férula. Puede darme las gracias por aceptar este caso en primer lugar.

—He firmado con mi nombre, en este caso, Justin. Ya sabes lo que significa mi nombre. —No estoy abandonando el caso, Anthony. Digo que voy a necesitar más tiempo. Sabes muy bien quién es Douglas Gray. Y White también. Así que no me presiones.

—Solo quiero asegurarme de que no te dejes presionar por el pasado, hijo. Tienes que recordar que este es tu trabajo. Y mantén la mente abierta.

—Soy más abierto de mente de lo que tú y el maldito White podéis imaginar. Ahora déjame hacer lo que hago mejor que ninguno.

Desconecto la llamada y aprieto el teléfono contra la mano. No sé qué me cabrea más: White, la mención del pasado o el hecho de que en todo este tiempo no hayas encontrado nada sobre el misterioso Gray. Algo no me cuadra, pero pienso que solo falta información.

Toda su parte «superficial» es cristalina, lo que significa que ahí dentro hay más suciedad que en un retrete público. Todo lo que tengo que hacer es pincharla en el lugar adecuado para que salga la mierda. Y fluirá, estoy seguro. Solo he estado hurgando en el lugar equivocado.

Empecé por el sitio equivocado.

Pasé por el negocio habitual, las cuentas y los esquemas extraterritoriales, pero no dio ningún resultado. Así que hay que abordarlo desde el otro extremo, revisar el modelo de trabajo, que había funcionado con todos los sitios anteriores.

Pero Douglas Gray está sin duda un rango por encima de todos ellos. Solo que él no sabe quién lo atrapó. Cuando tenía dieciocho años, fui un estúpido y me pillaron haciendo algo sencillo: piratear la base de datos de un banco gracias a un chivatazo. Mi padre y yo necesitábamos dinero, él estaba paro, y yo no quería recibir una educación prestigiosa, como mi querido hermano Jonathan.

Quería demostrar a mi madre que yo era tan buena como Jonathan. Quería que se diera cuenta de su error. Yo no era ningún imbécil y podía hacer cualquier cosa por mí mismo, sin su ayuda, sin su apoyo, sin su amor.

Por eso, cuando me prometieron una buena suma por un par de fraudes que podría realizar fácilmente en veinticuatro horas, me entusiasmé con la oferta. Pensé en lo rápido que podría resolver los problemas de mi padre y los míos, en cómo podría callar a mi mercenaria madre, pero no tuve en cuenta el hecho de que podrían encerrarme durante dos años.

Fue entonces cuando metí la pata.

Fue entonces cuando cometí mi primer y último error.

Fue entonces cuando aprendí cómo no hacer las cosas y conseguí un gran mentor en Garner, que vio mi potencial la primera vez que le conocí.

Y ahora tengo confianza.

Ahora no cometo errores ni meto la pata.

Ahora siempre soy prudente.

Actúo con inteligencia. Soy atento. Soy discreto. Y consigo lo que necesito. Lo encuentro. Y destripo a ese viejo Douglas como a un cadáver. Tengo que escarbar donde está más oculto: en

su vida privada.

Y, por mucho que lo odie, tengo que hacerlo, porque después de este caso, papá, Ángelo y yo podremos tener una vida normal y sin preocupaciones.

Al otro lado del país, lejos de todo este infierno. Abriré otro bar para el alma en el océano Pacífico. Le compraré un yate a mi padre. Y Ángelo tendrá todo lo que quiera. Y para dar otro paso, necesito aclarar mis ideas.

Necesito deshacerme de los pensamientos secundarios frente al mismísimo Duende que me atasca la mente desde hace más de quince días. Me desnudo y me meto en la ducha. Abro el grifo y apoyo las palmas de las manos en las frías baldosas, que, al cabo de un par de minutos, están cubiertas de la humedad del vapor caliente.

Me paro bajo el agua que cae de los chorros sobre mis hombros y no puedo borrar el tacto de sus manos de mi cuerpo. Tan suaves. Tímidas. Agradables. Deseaba que siguiera.

Para dejar que sus dedos se deslicen más abajo. Abajo.

Intercalar toques en los labios.

Su larga melena me hacía cosquillas en las costillas cuando se sentaba encima de mí y me cubría el torso de besos.

Para ponerla luego bocarriba y hacerla gemir con mis caricias.

Que abriera la boca a mi nombre cada vez que pasara mi lengua entre sus piernas. Que se arquease contra mí.

Para aceptarme.

Para desear y suplicar más.

Esos malditos pensamientos hacen que la sangre se me agolpe en la ingle y ni siquiera me doy cuenta mientras me envuelvo la polla con la mano. Cada movimiento hacia delante va acompañado de la imagen de ella debajo de mí. Cada exhalación va acompañada de su hermoso rostro, contorsionado en una mueca de placer mientras me deslizo suavemente dentro de ella.

Acelero el paso y echo la cabeza hacia atrás, imaginándola desnuda en mi cama. Ella entre mis sábanas. Ella bajo mi cuerpo. Además, ella, Jessie, pidiendo más. Que no se resiste y responde a cada una de mis embestidas.

Quién lo quiere más difícil.

Que me anhela.

Se muerde el regordete labio inferior y se recuesta con más fuerza contra mí antes de aullar de orgasmo.

Me corro tan fuerte como probablemente nunca antes lo había hecho. Con un gemido audible, me desplomo contra la pared de la ducha y cuelgo de ella con los brazos estirados.

¿Qué me está pasando?

¿Qué me está pasando?

Esta es una de las preguntas que me ronda la cabeza desde el día en que ella entró en mi vida. Me cabrea.

Entonces, ¿por qué has dormido en mi cama?

¿Y por qué sigue poniéndome la polla como una roca?

Y no estoy seguro de querer saber la respuesta a ninguna de esas preguntas.



Capítulo 23. Jessie

John tampoco pidió explicaciones esta vez. Simplemente, aceptó que me fuera a vivir con él y, además, se ofreció a ayudarme a llevar mis cosas.

—¿Así que hoy tienes que mudarte antes de que acabe el día, porque mañana la hija del casero regresa de África, donde ha estado ayudando a niños hambrientos?

—Exactamente.

—Claro, ella ayuda a los niños en África, pero dejarte en la calle, en pleno invierno, en Los Ángeles... eso está bien, ¿no? ¿Por qué su bondad no se extiende a ti? Quizá deberías hablar con el casero de nuevo. Al menos podría darte hasta fin de mes. ¡¿Quién desahucia a alguien en Navidad?! ¡Es una locura!

"Sí, una locura. Inhumano. Y, además, toda esa historia es una mentira descarada."

—John, deja de hablar y apresúrate. Si no, no nos dará tiempo de llevar todo a tu casa antes de que empiece mi turno.

—Podrías haber pedido el día libre —dijo John, mientras sellaba una caja marcada como "Frágil" y la dejaba junto a otras en la puerta—. No todos los días te echan de tu piso.

—Aún no he pasado el periodo de prueba. No quiero destacar. Y no me pongas más nerviosa, es solo una mala racha.

—Toda tu vida es una mala racha —bufó John.

—Voy a arrepentirme de haberte pedido ayuda —le lancé una mirada fulminante—. No es mi culpa que esto haya pasado así —suspiré, y tras echar un último vistazo a la foto de mi padre, la cubrí con una toalla y la metí en una caja ya llena.

—Está todo. Séllalo. El casero es un imbécil —John arrastró la última caja por el pasillo—. ¿Cómo puede hacerte esto? Debería haberte avisado con más antelación. ¿No sabía cuándo

volvía su hija? ¡Seguro que lo sabía! ¿Leyó siquiera el contrato de alquiler? ¡Está incumpliéndolo! ¡Deberías demandarlo!

—¿Para qué? ¿Para gastar lo poco que me queda en abogados? No, gracias. Siempre he soñado con derrochar mis ahorros inexistentes en demandas...

—Simplemente, no sabes luchar por lo que es justo.

"Pero sí, sé contar buenas mentiras."

—No tiene sentido perder el tiempo y la paciencia peleando con alguien que, de todas formas, va a ganar —me puse la capa sobre los hombros y le lancé su chaqueta a John—. Sobre todo porque te tengo a ti. Siempre estás ahí para mí —le dediqué mi mejor sonrisa y lo miré con ojos tiernos—. Pero prometo que no será por mucho tiempo. Mañana mismo empiezo a buscar otro lugar donde vivir.

—Oh, Jessie... ven aquí —me abrazó con su gran mano, rodeándome con un brazo—. Sabes que nunca te dejaría tirada. Quédate en mi casa el tiempo que necesites. Estamos acostumbrados a vivir juntos.

—Gracias —lo abracé con fuerza, cerrando los ojos por un momento.

—Pero déjame ir a hablar con ese casero y recuperar el dinero que pagaste este mes. Quiero que te devuelvan al menos la mitad. Y una compensación por romper el contrato.

—No, John... no tiene sentido...

“Porque todo esto es otra de mis mentiras.No hay ninguna hija volviendo de un viaje benéfico en África. Soy yo la que rompió el contrato. Utilicé los últimos ahorros para pagar el mes siguiente mientras el casero busca nuevos inquilinos. Lo siento, John, ya no puedo estar aquí. No puedo dormir aquí. Ya no me siento segura.”

—Déjame al menos darle un puñetazo en la cara —insistió John.

—No vale la pena.

Toda mi vida, empaquetada en seis cajas de cartón que caben fácilmente en el maletero del todoterreno de John. Solo soy una guitarra, seis cajas del presente y una pesada carga del pasado, que ni siquiera cabría en un contenedor de transporte. Me dejo caer en el asiento de cuero del copiloto y por fin suelto el aire.

—¿Estás cansada? —pregunta John, arrancando el motor.

—Cansada, John... muy cansada.

"Cansada de huir." Pero no lo dije en voz alta.

—Y eso que solo empaqué una caja. ¿Qué harías sin mí? —John sonrió.

Yo también lo intenté, pero salió un poco triste.

—Compraría un billete a otra ciudad —bromeé.

—¿Otra vez? —John apretó el acelerador—. Siempre huyes de los problemas, Jessie. Esta vez por favor no. Me gusta aquí, no tan frío como en otros sitios. ¡Por favor!

—Por favor, no empieces —puse los ojos en blanco, aunque sabía que no iba a detenerlo.

—Recuerda Nueva York. Te fuiste después del primer fracaso. Y me arrastraste contigo.

—Como si te hubiera costado convencerte.

—Me encantaba Nueva York. Me encantaba nuestro restaurante, el viejo Jerry, que nunca nos trató como Edna. Hasta me gustaba la pensión de Brooklyn que compartíamos con aquel yonqui "muerto" y su novia ninfómana.

—Por eso te quejabas todos los días de que ya era hora de irnos a otro sitio, ¿verdad? —me reí.

—Vale, me molestaba un poco. Pero eso no cambia el hecho de que me encantaba nuestra vida allí. Era más fácil.

—Solo éramos un poco más jóvenes. Eso es todo.

John frenó en un semáforo y se giró para mirarme.

—Jessie... nunca me entrometo en tu vida personal. No te hago preguntas incómodas. Siempre te ayudo sin pedir nada a cambio, y lo sabes. Pero no puedo quitarme la sensación de que estás huyendo de algo. Y por alguna razón, no quieres contármelo. Sabes que siempre voy a estar aquí para ti, ¿verdad?

Su pregunta me hizo apretar los dedos contra el asiento de cuero.

—Entonces, ¿por qué no puedes confiar en mí?

"John, yo..." El nudo en mi garganta no me dejaba hablar. Me sentía atrapada. Lo miré a los ojos, sin saber cómo explicarle mi silencio. Hemos pasado, por tanto, juntos. Pero nunca he podido confesarle mis heridas.

Un bocinazo desde el coche de atrás interrumpió el momento. John soltó un suspiro y giró hacia su barrio.

Esta vez, no me alejaba tanto. Solo a un par de barrios al sur de Compton, pero mi huida debería darme algo de tiempo. Mientras Corey se da cuenta de que ya no estoy allí, idearé un nuevo plan. Encontraré otro escondite. Y esta vez, me aseguraré de que dure más de dos años.



Capítulo 24. Jessie

Al final, decidí tomarme el día libre que Sheila me ofreció. De todos modos, ya llegaría tarde a mi turno, así que le prometí que mañana estaría en el bar desde primera hora para hacer todo el trabajo sucio. Esto es por la mudanza repentina, no por la incomodidad que me provoca encontrarme con Justin, que aunque no pueda evitarlo, al menos puedo retrasarlo. Él es tan raro en el bar por la mañana como yo en su cama.

—¡Mierda! —exclamé cuando el recuerdo de mí en su cama me golpeó de repente, haciendo que la taza se me resbalara de las manos mientras intentaba guardarla en el armario de la cocina de John.

Por suerte, John había salido hace veinte minutos para ir al restaurante, de lo contrario ya estaría escuchando alguno de sus chistes sobre mi falta de habilidad. ¿Cómo es posible que sea camarera?

Me agacho a recoger los pedazos de cerámica rota, y la imagen de un Justin semidesnudo, entre las sábanas de grafito, reaparece en mi mente. Guapísimo. Con un cuerpo esculpido como un dios del Olimpo, pero cubierto de tatuajes. Juro que no le sobraba ni un milímetro.

Nunca me había sentido atraída por los cuerpos tatuados, pero entonces, ¿por qué demonios lo estaba tocando?

¿Por qué lo toqué?

¿Por qué me gustó tanto?

¿Por qué quería más?

Un dolor extraño se instaló en mi bajo vientre, y con rabia, lancé los trozos de la taza rota a la basura. Era mi taza favorita. Y esos recuerdos que intento borrar no hacen más que volver a mi cabeza una y otra vez. Me sirvo una copa de vino y me acomodo en la cama que John, generosamente, me ha prestado.

Sé que esta noche se acostará a mi lado, pero no me molesta. John nunca ha cruzado ninguna línea. En la pequeña habitación de Brooklyn ya dormíamos juntos, y no teníamos una cama tan grande. Me tapo con la manta y, por fin, me siento segura. Bebo un sorbo y cierro los ojos. Otro sorbo, y los vuelvo a cerrar.

"El diablo está en los detalles", me recuerda mi mente.

Casi puedo sentir el relieve de las letras negras bajo mis dedos, la textura de sus costillas. Aprieto las piernas al sentir una molesta palpitación entre mis muslos. Dios, nunca he deseado a nadie como deseo a ese arrogante cretino.

Nunca he deseado a nadie en absoluto. ¿Cómo podría quererlo a él?

Termino la copa de vino de un trago y me giro hacia un lado, abrazando la almohada. Sería mejor que me durmiera pronto.

Cierro los ojos. Y luego los aprieto con más fuerza. Pero no sirve de nada, porque en mi mente sigo tocando su cuerpo, y cuando finalmente me quedo dormida, me veo deslizándome por debajo de sus músculos, justo bajo las sábanas de grafito.

A la mañana siguiente, los suelos del bar brillan como si los hubieran encerado. El mostrador reluce y las mesas están tan perfectamente alineadas que un perfeccionista tendría un orgasmo de satisfacción.

Dejo mi inventario en la trastienda y me dispongo a pulir los vasos. Canto al ritmo de la radio, moviéndome con los ojos entrecerrados mientras me acerco al mostrador. Pero me detengo en seco al chocar con un sólido obstáculo.

Un susurro en mi oído y unas manos grandes me rodean por detrás. Dudo en abrir los ojos, pero sé exactamente de quién son esas manos que me sujetan justo debajo del pecho y cuyo aroma a menta ya ha invadido mi nariz.

—Este huracán nos está arrasando —murmura Justin, su aliento cálido roza mi mejilla.

—Nunca había visto Elfas bailarines —sonríe, y mi cuerpo reacciona con un leve estremecimiento.

Está tan cerca que mi espalda arde con el calor de su pecho tenso. Sus manos, firmes, presionan contra mis costillas, siguiendo el ritmo entrecortado de mi respiración.

"Dios, estoy respirando demasiado rápido."

Mis párpados tiemblan cuando sus manos se deslizan hasta mi cintura, aplicando más presión. Siento la garganta seca. Trago saliva y me muerdo el labio, suplicándole mentalmente a mi corazón que se calme.

"¿Qué está haciendo? ¿Y por qué me gusta tanto?"

Mi cuerpo quiere rendirse en sus brazos, dejarse llevar, apoyarse en su cálido pecho y entregarse completamente a este poderoso demonio.

Supongo que no soy una cristiana tan devota como para resistir la tentación. Debo de ser una pecadora, porque me estoy ahogando en el placer de su tacto.

"¿Qué me va a pasar si no se detiene?"

Mis piernas se acalambran, y el calor se acumula entre mis muslos. ¡Joder! Abro los ojos de golpe y lo empujo con fuerza.

—¡Maníaco! —trato de ocultar el nerviosismo en mi voz, mirando sus ojos oscuros, que ahora parecen más profundos.

Incluso, más... ¿Amables?

Hoy está diferente. Más fresco, más despierto... y sonriente, como si fuera un tentador profesional. Si los tentadores existieran, estoy segura de que se parecerían a él.

"Cálmate, Rodríguez. Sigue siendo el mismo Justin: un cretino arrogante, un psicópata y un esquizofrénico. Mantén la calma."

—¿Cómo dormiste anoche? —pregunta Justin, ese maldito psicópata arrogante, con una sonrisa que hace que toda mi confianza se desvanezca en el aire.

Inhalo profundamente y miro hacia otro lado. Quiero que me trague la tierra. ¿Cuándo Jessie Rodríguez se volvió tan tímida?

—Espero que mi cama te haya parecido cómoda —añade, acercándose peligrosamente hasta quedarse a pocos centímetros de mí.

Otra vez ese contacto cercano que desata reacciones extrañas en mi cuerpo. Sus anchos hombros están justo sobre mi cabeza, y noto cómo se inclina hacia mi oído.

—Pero me quedó una pregunta que no te hice ayer —sus dedos me levantan la barbilla, obligándome a mirarlo directamente a los ojos. Contengo la respiración, incapaz de apartar la mirada.

—¿Qué sentiste cuando me tocaste aquí? —susurra, mientras toma mi mano y la desliza bajo su jersey.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me tenso de inmediato cuando su piel entra en contacto con la mía. Estoy olvidando respirar. ¡Voy a asfixiarme! Y él no me quita los ojos de encima, guiando mis dedos lentamente por su abdomen, subiendo por su torso. Su agarre firme me lleva hasta su pecho, donde puedo sentir los latidos acelerados de su corazón.

—¿En qué pensabas, Jessie, mientras pasabas tu dedo por aquí? —su susurro ronco quema mis labios y siento cómo me arden las mejillas... y todo mi cuerpo.

Es un fuego que no puedo apagar. Mis párpados se cierran pesadamente. Mis dedos tiemblan bajo su mano, y me convierto en una marioneta fácil de manipular. No sueltes mi mano de tu agarre caliente.

Sigo mirando esos ojos oscuros como si estuviera hipnotizada. No soy capaz de apartar la mano... o tal vez no quiero hacerlo. Me derrito como cera bajo el calor de su pecho. Los latidos de su corazón son como un sedante.

—Dime, Jessie.

Está peligrosamente cerca, y por alguna razón, lo único que quiero es acortar esa distancia. Quiero probar el sabor de su aliento a menta. No me importa lo que haga mi conciencia después. Ya no me sirven las oraciones.

—¿O solo eres valiente cuando duermo? —susurra, y la oscuridad de sus ojos parece consumirlo todo. Me odio por no poder responderle, por quedarme muda.

Justin se acerca aún más, y cuando por fin creo que va a besarme, gira bruscamente hacia mi oído, rozando apenas el lóbulo con sus labios.

—Cuando tengas una respuesta, búscame. Estaré esperando.

Me suelta la muñeca, y el calor de su cuerpo desaparece de golpe cuando se aleja. Realmente se va, dejándome petrificada en el mismo lugar. El huracán ha pasado, pero mi corazón sigue latiendo, desbocado, como si el vendaval aún estuviera dentro de mí.

Exhalo pesadamente, como si hubiera estado conteniendo el aire durante todo el tiempo. ¿Qué? Demonios. ¿Acaba de pasar? Y lo más importante, ¿por qué? ¿A qué extraño juego está jugando, y por qué siento que ya estoy perdiendo?

—Es un esquizofrénico... —murmuro mientras me froto las sienes, que comienzan a dolerme —. Jessie, ve a limpiar las malditas copas. No su torso duro. —Me obligo a concentrarme en los vasos.

Durante la siguiente hora, me dedico a pulir cristales, evitando cualquier pensamiento sobre Justin y su estúpida sonrisa. Pero es inútil. Sus palabras siguen rebotando en mi mente: Cuando tengas una respuesta... ven a verme.

Suspiro frustrada y dejo caer la toalla por segunda vez.

—¡Lo siento, seguimos cerrados! —grito desde detrás del mostrador al escuchar el tintineo de la puerta—. Hay un cartel.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Voy a encontrarte...

La voz familiar me congela la sangre. No necesito darme la vuelta para saber quién es. Corey.

El sonido de sus pesados pasos retumba en mi pecho. Camino hacia el mostrador, pero lo veo aparecer justo frente a mí. No puedo moverme. Estoy atrapada ante el hombre del que he huido durante años.

—Hola, princesa mía —su voz profunda retumba en mis oídos, y mi corazón se detiene.

Por favor, que me desmaye y no vuelva a despertar.

—No sabes cuánto te he echado de menos —Corey está tan cerca que puedo sentir su aliento.

No puedo moverme. No puedo hablar. Él camina alrededor del mostrador hasta quedar a centímetros de mi cara. Lo miro, aterrorizada, a pesar de que todo mi cuerpo quiere correr. Quiero no verlo jamás.

Deslizo la mirada desde sus jeans desgastados hasta la chaqueta vaquera, pasando por su jersey oscuro, su barbilla afilada y esos malditos ojos grises. Esos ojos que alguna vez me parecieron tormenta y que ahora solo me parecen sucios. Vacíos.

—Te he vuelto a encontrar, princesa. Esta vez, nuestro juego favorito funcionó, ¿verdad? Siempre fuiste buena para esconderte, pero yo siempre te encuentro. —Su sonrisa me quema.

—Fuera... —susurro apenas.

—No te oí, princesa —Corey se inclina peligrosamente sobre la barra.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —grito, sin controlar las lágrimas que empiezan a salir de mis ojos —. ¡Déjame en paz!

El cristal de la copa se rompe en mis manos, pero no siento el dolor. Sigo gritando.

—¿Qué diablos pasa aquí? —La voz de Justin irrumpe en el bar.

Mi cuerpo sigue temblando, pero Justin no duda. Se lanza sobre Corey, agarrándolo por el cuello de la chaqueta.

—¿Qué le has hecho? —Justin lo empuja contra la barra, furioso.

—Tranquilo, ni siquiera la toqué —Corey sonríe con descaro—. Solo quería tomar un café.

—Lárgate. Estamos cerrados.

Corey me lanza una última mirada y murmura sin que nadie más lo oiga: Hasta pronto.

Cuando se da la vuelta y se aleja, el dolor fantasma en mi vientre me dobla por la mitad. Me abrazo las cicatrices, manchando mi jersey blanco con la sangre que brota de los cortes en mi mano, cortes que ni siquiera había notado.



Capítulo 25. Justin

El idiota de cabello rizado se marcha justo a tiempo, o hubiera acabado estampando su cara contra el suelo en un segundo. Se despide susurrándole algo a Jessie, y estuve a punto de saltar de mi asiento para acelerarle la salida con una buena patada en el trasero.

—¿Qué pasa, Elfa? ¿Ese era tu ex? —intento suavizar el ambiente con una risa, pero mi sonrisa desaparece cuando noto las manchas de sangre en su jersey blanco.

—¡Estás sangrando! ¡Jessie! —en un abrir y cerrar de ojos, ya estoy al otro lado de la barra, sujetando sus manos que están apretadas contra su estómago.

—¡Jessie, joder! Tienes la palma destrozada —trato de extender su brazo, pero se resiste, apretando aún más los dedos contra su vientre y encorvándose. ¿Qué está pasando?

—¡Jessie! ¡Jessie, oye! —grito, pero parece que no me escucha. Está mirándome, pero es como si viera a través de mí.

—Jessie, ¿puedes oírme? ¿Qué te pasa? —me acerco más, intentando que se enfoque en mi cara, mientras lucho por apartar sus manos de su estómago.

—Jessie, por favor, mírame. Jessie.

Recuerdo la primera vez que la vi así, cuando fui a su piso a disculparme. Se paralizó de la misma forma, agarrándose el estómago como si le doliera profundamente.

—Jessie, por favor —la miro a los ojos, llenos de lágrimas, mientras su rostro se contorsiona de dolor y sus manos se aferran aún más a su camisa, manchándolo de sangre.

Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer. Mi mente busca una solución rápida, algo que la saque de este estado. Distracción. Algo lo suficientemente fuerte para romper el ataque. Sin pensarlo dos veces, acerco mi rostro al suyo y la beso.

Presiono mis labios contra los suyos, desesperado. Lo he soñado tantas veces desde aquella noche en su piso. Mis manos se deslizan por sus mejillas húmedas y bajan hacia sus hombros

tensos, hasta llegar a las manos que arrugan su ropa. Cubro sus dedos con los míos, sin dejar de besarla.

Al principio no responde, pero entonces siento cómo sus brazos comienzan a relajarse, soltando lentamente el agarre en su estómago. Sus dedos dejan de apretar su jersey y se entrelazan con los míos.

Jessie se derrumba contra mí, y tengo que soltar sus manos para sostener su cuerpo débil entre mis brazos. No quiero dejar de besarla. No quiero parar, aunque mis labios ya estén impregnados de lágrimas saladas.

He esperado tanto por esto. He intentado resistirlo durante demasiado tiempo. Pero ahora que ha sucedido, no quiero detenerme.

—Joder... —susurro, apartándome finalmente cuando oigo la puerta abrirse.

Sheila.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Sheila entra al bar, con una expresión incrédula. —¡Dios mío, Jessie, estás sangrando! —grita al ver su camisa manchada y corre hacia nosotros.

—¿Qué le has hecho, Justin? —me empuja con fuerza y me lanza una mirada furiosa.

Un segundo más y me habría roto la nariz.

—Sheila, cálmate —por fin Jessie rompe el silencio. —Rompí un vaso, me corté...

Levanta su mano, donde se ven varios cortes profundos.

—¡Necesitamos atender esto ya! —grita Sheila.

—Yo me encargo —digo, tomando suavemente la mano de Jessie entre las mías. Ella me mira, tranquila pero cansada. —El botiquín está en mi despacho. Vamos.

—Está bien —responde con voz suave, sin más resistencia.

Todo el camino hasta mi oficina se hace en silencio. Sheila, sorprendentemente, no dice una palabra.

Sentada en mi sillón de cuero, Jessie se deja atender mientras le limpio las heridas. Siento un nudo en la garganta y evito mirarla a los ojos.

—¿Te duele? —le pregunto, pasando suavemente la solución desinfectante por los cortes.

—No... —sus ojos, aunque ya no llenos de lágrimas, siguen reflejando miedo—. Gracias.

Pero ese miedo sigue ahí, oculto tras su mirada. Ese mismo miedo que vi aquella vez, cuando se acurrucó bajo el salpicadero de mi coche. Juro que haré lo que sea para que nunca más tenga que sentirlo.

—No soy médico, pero parece que necesitas un par de puntos. Te llevaré al hospital.

—No hace falta —me dice, agitando la mano.

—Jessie, tenemos que hacerlo. Las heridas son profundas.

—Son solo rasguños —dice, minimizando el daño mientras le pongo una venda—. Se curarán en unos días. Créeme, lo sé.

Quiero enfadarme por su obstinación, pero hay algo en su voz, una tristeza sutil que me detiene.

—Dame la mano —le pido suavemente, y ella no se resiste. —Al menos déjame vendártela.

—¿No me vas a arrastrar al hospital? ¿Qué pasó con el Justin mandón? —me sonrío débilmente.

Y algo cálido se enciende en mi pecho. ¿De dónde salió esa sonrisa?

—Te sienta bien, ¿sabes?

La miro y, por primera vez, me doy cuenta de lo hermosa que es. ¿Cómo pude haber ignorado eso antes?

—Jessie... —hago un nudo con la venda y corto el exceso—. ¿Quién era ese hombre?

—El pasado —su sonrisa desaparece de inmediato.

—¿Te hizo algo? Antes, cuando lo viste... —me agacho, sosteniendo su mano vendada entre las mías.

Jessie me mira directamente a los ojos, mordiéndose ligeramente el labio inferior. No quiere hablar de ello. Lo sé.

—Si no quieres...

—Será mejor que me beses otra vez —me interrumpe.

Por un segundo, me quedo paralizado. Luego, sin dudarlo más, rodeo su cuello con mi brazo y la acerco a mí, apoyando la otra mano en el brazo del sillón.

Dudo solo un instante, atrapando su mirada para asegurarme de que no está bromeando. Y entonces, vuelvo a besarla. Esta vez, no hay lágrimas. No hay amargura.



Parte II



Capítulo 1. Justin - Salvador

Ahora ella responde, y maldita sea, es lo que yo ansiaba. Tenía miedo de que se echara para atrás la primera vez. Temía hacer algo estúpido. Me preocupaba si esto era lo que ella quería.

No importaba cuántas pruebas hiciera ni cuántas suspendiera. Seguía teniendo mis dudas. Incluso cuando había temblado aquella mañana al tocar mi cuerpo, incluso cuando había estado seguro de que me correspondería, había tenido miedo de dar un paso.

Fui un imbécil por negarme hasta ahora el placer de besar sus labios. Apreté mi cuerpo contra ella, empujándola contra la silla, y profundicé el beso.

Mi mano apretaba más su frágil cuerpo contra el mío. Lo único que deseo es librarla de esa ancha camisa. Empujo mi rodilla entre sus muslos, presiono mi ingle entre sus piernas y recojo a Jessie entre mis brazos, depositándola sobre la mesa.

Mis labios se mueven hacia su cuello. Tengo un hambre atroz. Así que muerdo su suave piel, apartándola y succionándola en mi boca, olvidando que podría dejarle marcas. Estoy demasiado cachondo.

Jessie se aplasta contra mí con más fuerza, dejando escapar un débil gemido, y expone su cuello a mis besos. Joder, no voy a parar ahora. No puedo. Es como si me hubieran rociado con gasolina, me hubieran prendido fuego y me hubieran enviado corriendo por la pista hasta el lago más cercano.

Y arderé hasta sumergirme en ella. Le desabrocho la camisa y caigo inmediatamente sobre sus pechos. Joder, son perfectos y tan suaves. Bajo la copa de su sujetador y rozo con avidez mis labios con el pezón, ya hinchado.

Ella me desea. Ella arde tanto como yo. Y los dos corremos hacia el puto lago. Jessie se retuerce debajo de mí, adaptándose a mi brutal empuje.

Gime más fuerte, como me imaginaba, y eso me excita aún más. Sus finos dedos se mueven a lo largo de mis costillas y tiran de mi camiseta, que vuela inmediatamente a la esquina más alejada del despacho. Me detengo un segundo y vuelvo a sus deliciosos pechos, cubriéndolos con mi boca.

Es imposible no besarla.

Es imposible dejar de tocarla. Sobre todo cuando su respiración es tan intermitente. Cuando su cuerpo responde y me reclama. La adrenalina que corroe mi sangre a causa de lo ocurrido me hace desearla aún más.

Toco el botón de la cintura alta de sus vaqueros y sigo besándole la nuca, anticipando la forma en que mis labios bajarán y cómo utilizaré la lengua para hacer que Jessie gima mi nombre. Cómo abriré sus largas piernas, las echaré sobre mis hombros y presionaré con el dedo su clítoris palpitante antes de volver a introducir la lengua en su interior. Oh, cuánto deseo hacer eso. Cómo deseo saborearla. Pero me detendré brevemente para saborear sus sollozos suplicantes. Y luego la haré correrse varias veces. Pero todas las fantasías se desmoronan ante mis ojos.

Jessie intercepta mi mano en la cinturilla de sus vaqueros y, jadeando, susurra:

—No lo hagas.

Apenas puedo aguantar.

Apenas encuentro fuerzas para apartarme de sus labios.

Apenas estaba tan cerca de ella.

Lo estábamos. Y queríamos zambullirnos.

—¿Por qué? ¿He hecho algo mal? ¿Te sientes incómodo? —Respiro como si hubiera hecho todo el recorrido.

—Tengo que irme a casa…

Me empuja y salta de la mesa, recogiendo su jersey del suelo.

—¿Qué te pasa?

La confusión y Justin Morris son cosas que no tienen nada que ver, pero ahora mismo estoy bastante confuso. No entiendo en absoluto lo que está pasando.

—Lo siento, tengo que irme —se abrocha la camisa y se dispone a marcharse.

—No, no voy a dejar que te vayas —la agarré por el codo y le di la vuelta—. —Ahora no. No después de lo ocurrido.

Su mirada, confusa, recorre mi rostro y no encuentra reposo. Su cuerpo tiembla. Ahora yo también tiemblo. Su pulso se acelera. Puedo sentirlo con los dedos alrededor de su muñeca.

—¿Se trata de él? ¿Quién es? —dije, apretando los dientes, recordando las ganas que tenía de estamparle el puño en la cara al imbécil del bar. Si es el ex que le destrozó el corazón, me encantaría romperle la mandíbula.

—Es mi hermano.

Sus brazos caen.

De repente, todo lo que quería retenerla se entumece. Jessie cierra la puerta y yo me quedo semidesnudo en mi despacho, lleno de un millón de preguntas. Hermano, ¿qué tiene que hacer un hermano para que la reacción al verle se convierta en un desastre?

Apenas tengo tiempo de ponerme la camiseta y seguir a Jessie a la salida, pero el bar vacío confirma que huir es su talento oculto.

—¿Dónde está? —Se lo echo en cara a una sorprendida Sheila, que ni siquiera ha tenido tiempo de tomar un sorbo de café.

—¿La has vuelto a loco? ¿Sí, Justin?

La pequeña taza de café expreso golpea la encimera y el café se derrama por la superficie.

—Lo dejo ahora mismo ese bar. ¡Maldito tirano!

—No empieces, Sheila, ¿vale? Me limpio la cara nerviosamente con las palmas de las manos. —¿Va a dejar de correr alguna vez?

—Si dejas de gritarle, creo que lo hará.

—¡No le estaba gritando!

—Como ahora, ¿no me gritas?

—Mierda.

Me acerco a la barra y empujo una silla con el pie. Se tambalea, pero no se cae ni arrastra a las demás con ella como un laberinto de fichas de dominó.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? Es la una de la tarde y ya estás en medio de un drama. Y algo me dice que no eres el jefe-salvador.

—Te sorprenderías, pero supongo que eso es lo que soy ahora mismo.

Me siento en la silla y apoyo los codos en la encimera.

—¿Es la primera vez que no eres el antagonista?

—Por primera vez, un príncipe-salvador. Con una espada pulida y sobre un pegaso.

—Qué asco.

—¿No te ha dicho nada? —Capté una mirada de Sheila, que ya había limpiado el mostrador de las secuelas de su exceso de exuberancia.

—Ni una palabra. Intenté detenerla. Lo hice. Pero esa chica es como un huracán. No puedes retenerla si la arrastra la fuerza de los elementos.

—Eso es seguro. Rayo-Elfa.

—Entonces... tú no...

—No, Sheila, no le hice daño. Ni siquiera la toqué.

Recuerdo sus manos levantándome a Jessie y empujándome contra la superficie de la mesa. La forma en que me acerca y me clava los dedos en las costillas bajo la tela de la blusa. Cuando busco el botón de sus vaqueros y...

—Bueno, en realidad no. ¡Joder! Ponme, porfa.

—Hicimos un trato para no darte de beber hasta las dos de la tarde. Falta media hora, Justin.

—Leí —me colgué de mis propias manos y dejé la cara entre las palmas. —No, me dijiste que no lo hiciera.

—He dicho: «¡ponme!».

—¿Me vas a decir qué ha pasado? ¿O tengo que adivinarlo? ¿Qué ha pasado?

—¡No tengo nada que confesar!

—Sí... Y lo que vi cuando entré en el bar se llama, por supuesto, «no es beso».

—Acabas de olvidar cómo es un beso. O estás ciega de los dos ojos.

—Me gustaría darte un buen golpe en la cara ahora mismo. Para ponerte los sesos en su sitio —resopló Sheila, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Si me pagaran cada vez que recibo una amenaza tuya, ya encabezaría la lista de las personas más ricas.

—¿No sigues en ella? —Está entrecerrando los ojos. —Eso es un poco débil, Sr. Morris. Débil. Esfuérzate más.

—Eres perra. Y ella es la peor persona que he conocido. Además, la que ha convertido en tradición huir de mi bar.

—Y la pequeña Jessie te mantiene despierto... Sheila sonrió socarronamente y jugó con sus cejas. —¿Alguien había conseguido arrancar aquella malhadada espada del corazón de piedra de Justin Morris?

—Maldito el día en que te contraté —dije a Sheila con una sonrisa triunfadora—. —¿Dónde está mi whisky? ¿Cuánto más tengo que esperar?

—Otros veinte minutos.

—Sabes que soy tu jefe, ¿verdad?

—El alcoholismo del que intento mantenerme dentro de los límites.

—Qué camarera, qué amiga eres... Es un espectáculo —dije, levantándome de la silla.

—Justin, espera —aflojé el paso y me volví hacia Sheila con cara de disgusto.

—Ahora mismo no estoy de humor para seguir con nuestro tradicional intercambio de cumplidos.

—¿Qué ha pasado aquí? Dímelo —Sheila cogió una botella de whisky de la estantería y la puso sobre la mesa.

—No sé. No lo entendí, pero consiguió darme un susto de muerte. Volví al mostrador y me senté frente a la seria Sheila. —Un imbécil entró con aspecto de leñador y la hizo llorar. No sé qué pasó entre ellos. Yo estaba en la oficina y la oí gritar. Juro que salté de la silla como si hubiera estallado un detonador debajo de ella.

—¿Qué es «gilipollas»?

—Su hermano.

—¿Hermano? —preguntó ella, con la cara torcida por el asombro.

—Hermano. Eso es lo que dijo Jessie. Y yo le habría abierto la cabeza a ese hermano. Tendrías que haber visto el estado en que la encontré. Le tiene miedo. No solo le tenía miedo como si se tratara de un payaso feo o una araña. No, latía como si estuviera ante un asesino en serie.

—¿No estarás exagerando?

—¿He exagerado alguna vez?

—Tomaré una copa contigo, supongo, dijo mientras otro vaso bajo aterrizaba en el mostrador y una bebida de color dorado se derramaba por el fondo de cada uno.

Jessie no me lo pidió y nunca he sido muy caritativo, pero parece que tengo un encargo no programado para otro bastardo. Pero primero tengo que atrapar y retener a esta veloz Elfa durante al menos unos minutos y hablar con ella.



Capítulo 2. Jessie

Mi cerebro se parte en dos. Una mitad arde de vergüenza al pensar que, hace unos minutos, las manos y los labios de Justin hacían que mi cuerpo respondiera a estímulos que nunca había experimentado con nadie.

Lo había intentado, pero aquella primera vez no había funcionado. Era un tipo colocado, pero guapo, de un club nocturno de Nueva York. Hacía poco que había encontrado mi libertad, saliendo de casa de mis padres a toda prisa y haciendo autostop. Quería demostrarme a mí misma que podía cruzar esa línea.

Quería asegurarme de que era más fuerte que cada palabra que Corey había dicho, inmortalizada por las cicatrices de mi piel.

Quería superar mi miedo.

Quería follar con alguien en el asiento trasero de su coche mientras se colocaba.

A mí no me importaba, pero no podía. Salí corriendo. No di este paso importante y nunca quise volver a hacerlo. Hasta ahora.

Quería recordarlo todo. Cada detalle. Cada beso. Las manos de Justin. Dioses, cómo ardía bajo ellas. Creo que sigo ardiendo en esa llama del diablo. O he contraído algún virus mortal que me matará antes que la vergüenza.

La otra mitad de mi cerebro está atenazada por el terror. No puedo creer que estuviera mirando fijamente a los ojos de mi propio monstruo personal. Espero que no esté durmiendo debajo de mi cama. Debería decirle a John que traiga un bate por si acaso.

«¿Cómo me ha encontrado?».

Pensando tan rápido como puedo, solo se me ocurre una teoría. Y voy a tener que ponerla a prueba de una forma no muy agradable.

«Mamá» parpadea en la pantalla rota de mi teléfono y cuento los largos pitidos. Uno, dos, tres...

Me pregunto si hoy contestará al teléfono o si me saltará el buzón de voz como de costumbre. Tal vez hoy se me acabe el café o los cigarrillos y su amiga no pase a compartir sus cotilleos diarios de la hora de la comida, y por fin tenga un minuto para mí.

—Santa María, ¿qué ocurre esta vez? —La Sra. Linda Rodríguez es tan gentil y amable como siempre.

—Hola, mamá. También me alegro de saber de ti.

—Ve al grano, Jessie. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Por qué crees que solo llamo cuando necesito algo?

Esta conversación es tan mala como cualquiera de las anteriores.

—Porque así son las cosas. Las hijas fugitivas y desagradecidas solo llaman cuando no tienen dinero o están metidas en otro lío. Eso sí, no voy a ayudarte.

—No necesito tu ayuda —apreté los dientes e intenté no llamar la atención de los pasajeros del autobús, que llevaba media hora intentando llegar a San Pedro, donde me esperaba el pequeño y cálido apartamento de John.

—¿Realmente querías saber algo sobre mi salud? Se aclara la garganta. —Lo dudo.

—Mamá, ¿por qué haces esto? Siempre es importante para mí saber cómo te sientes... Apreté la frente contra la ventanilla empañada. —Espero que estés bien.

—Esperas que muera lo antes posible. Eso es lo que esperas, Jessie. Que me caiga muerta y te deje media casa. Eso no va a ocurrir, cariño. Una hija como tú no recibirá ni un céntimo.

He oído estos reproches infundados miles de veces, pero cada uno de ellos apuñala mi corazón y hace que se congele por un momento. Cada uno hiere una parte de mi alma. Cada uno sigue paralizándome. Porque es imposible acostumbrarse. Antes intentaba hacerla cambiar de opinión, pero entonces me di cuenta de que, cuanto mayor era el escudo de mis palabras, más grave era su ataque. Así que me callé para siempre.

¿Por qué gritar a una puerta cerrada y pedir ayuda cuando al otro lado se te presenta un impostor que impone tu creencia en un dios inexistente?

—No quiero nada de ti —mi voz era un balbuceo—.

—Dices eso ahora y, cuando me moriré, arrastrarás a Corey por los tribunales.

—¿Pasó por tu casa?

Un cambio brusco de tema la distraería de sus conclusiones y la ayudaría a averiguar lo que necesito saber.

—A diferencia de ti, Corey es un buen hijo. Y visita a su madre. Aunque esté ocupado con su nuevo trabajo. ¿Sabías que le han ascendido a ayudante del sheriff? ¡Será sheriff de la ciudad dentro de poco! Lo será. Es tan joven y tiene tantas ganas de comerse el mundo. Gina y yo estamos muy orgullosos de él.

Gina. Se trata de la novia de Corey del instituto, que se pegaba a él siempre que podía. Siempre le había caído mal porque pensaba que mi hermano estaba demasiado unido a su hermana. Estaba perdiendo un tiempo precioso que podría haber pasado con ella.

Si alguna vez le hubiera expresado su disgusto, tal vez hubiera quedado intacto un solo trozo de piel en los muslos o en el estómago. O, lo que es más probable, Corey la habría mandado al infierno, que era lo que ella temía. Por eso se había callado. Por eso se había quedado embarazada antes incluso de que él se graduara en la academia de policía de Nevada.

Si no fuera porque el pequeño heredó los ojos grises de su hermano, la boda nunca se habría celebrado. Pero mamá está segura de que Corey está loco por la maravillosa Gina, y su matrimonio perfecto es un ejemplo para las almas solitarias y perdidas como yo. Si es que cree que tengo alma.

—¿Cuánto tiempo lleva viniendo? —Gina y el bebé vinieron la semana pasada. Y Corey... —A principios de diciembre —dijo, como si no recordara, el día en que su hijo favorito la había visitado. Seguro que marca esos días en el calendario. —Llamaste aquella noche. Sí, tú llamaste. Porque Corey se emocionó mucho cuando le dije que habías llamado.

—Era mi cumpleaños, mamá —me quejé y colgué el teléfono.

—¡Mierda! —chillé, y me di la vuelta para ver las caras de los pasajeros del autobús que me miraban fijamente. Casi me salto la parada.

Mis sospechas estaban justificadas: este monstruo había conseguido mi número a través de mi madre. Me encontró en mi momento de debilidad.

Pensé que descansaría mi alma, pero, en realidad, he firmado mi propia sentencia de muerte. Demasiado para tu tranquila vida en Los Ángeles, Rodríguez.

Es hora de volver a cambiar de sitio y hacer las maletas. No tengo ni idea de qué historia le voy a contar a John esta vez.

Por primera vez en mi vida, no tengo ganas de huirme.

¿Dónde está el espíritu navideño y la alegría prenavideña que debería desbordarse? Los Ángeles está claramente decidida a acabar conmigo y a sacarme de mis confines con un empujón deprimente. Mi parada parpadea en el exterior y tengo que saltar desde debajo del techo del

autobús. En cuanto lo hago, mi teléfono emite un pitido en el bolsillo de mi macuto y me avisa de un nuevo mensaje.

La pantalla se rompe y las gotas de lluvia difuminan el texto, pero mejor que lo hagan de modo que no pueda ver nada en absoluto.

«Me entristeció nuestro encuentro. Espero que la próxima vez sea más reconfortante. Hay tantas cosas que quiero contarte... Ya te echo de menos, mi princesa. Siempre tuyo, Corey».

Mis manos lanzan el teléfono a la papelera más cercana antes de que mi cerebro pueda protestar.

«Vete al infierno, Corey». Me mordí el labio y corrí a través del aguacero hacia la casa de John. Necesitaba su abrazo ahora mismo.

¿Cuántas veces he llorado sobre su pecho? No puedo contarlas. ¿Y cuántas veces no me ha pedido una razón? Todas y cada una. Es el tipo de amigo con el que solo puedes soñar. Ha estado conmigo a través del fuego y del agua, y hasta ha llegado al otro lado del mundo. ¿Qué has hecho para merecerlo, Rodríguez? Debe de haber sido un regalo del destino.

Y, como si ese «regalo del destino» se hubiera olvidado de dejarme una llave de su piso, se fue a un restaurante hasta altas horas de la noche. Estupendo. Tendré que secarme a mí y a mi gabardina verde bajo la puerta. Esto no puede ir peor.

Definitivamente, la Nochebuena no es mi época del año. Corey me encontró, Justin me besó, yo estaba empapada hasta los huesos y ahora no podía entrar en el piso.

«Corey me ha encontrado», interviene.

«Besó a Justin», pensé, y un escalofrío me recorrió la espalda.

No es una auténtica locura, en absoluto. Tu cuerpo arde y se enfría. Hace calor y frío. Definitivamente, estoy enferma. Si me quedo sentada en esta habitación fría un poco más, moriré aquí mismo. Así que decidí ir al restaurante de John para que me diera las llaves e intentar que Edna no me viera así.

Si llego a conocerla, quiero que me paseen en tacones altos, con un precioso vestido de Dior y del brazo de un hombre guapo con un traje perfecto. Pediré ostras que nunca haya probado y lo acompañaré con un gran vino añejo. Dejaré una gran propina, le sonreiré, disfrutaré del hecho de que me haya reconocido, pero no lo parezca, y me marcharé en un coche caro a algún lugar de la feliz noche de Los Ángeles. Eso nunca va a ocurrir, pero ¿quién me impide soñar?

Misión cumplida. Llaves entregadas. Oído el sermón de John. Y advertencia para la noche que se avecinaba. Evitamos colisionar con Edna: tuve más suerte que el Titanic. Envié el impermeable mojado al baño para que se secara.

Voy demasiado abrigada, con la sudadera de John y medio vaso de vino barato que compré de camino de vuelta. Todo parece ir bien. La Nochebuena podría acabar siendo bastante buena. No puedo acurrucarme en el pecho de mi amigo, pero lo sustituye un mullido cojín. Me tumbo en el sofá y me niego a pensar en nada.

Este día ya me ha agotado. Lleno el salón con los sonidos de alguna comedia navideña para asegurarme de no volver a caer en mis propios pensamientos. Una muy antigua, como nos gustaba a papá y a mí.

No soporto todas estas películas extravagantes que no tienen ningún sentido. El vaso está vacío, me estoy emborrachando. Eso es lo que quería, olvidarme de mí misma.

«Corey no me encontrará aquí», me tranquilizo.

«Definitivamente, hoy no».

Pero lo que ocurre después de la falsa advertencia me sumerge en un aturdimiento. Alguien llama a la puerta. Me levanto de un salto y dejo caer mi vaso, que se hace añicos en el suelo. Quienquiera que esté en la puerta seguro que ha oído el ruido. No he pasado desapercibida. El pánico me sube a la garganta y me llena los ojos de lágrimas. La fiebre se apodera de mi cuerpo. Sudo.

—Jessie, soy Justin. Abre.



Capítulo 3. Jessie

«Justin». El alivio me inundó de pies a cabeza. Sin pensármelo dos veces, corrí hacia la puerta y la abrí de un tirón. Es como un maldito déjà vu, solo que en un piso diferente. Esta vez no me siento como si estuviera en el infierno. Todo lo contrario.

—No tienes ni idea de lo que me ha costado encontrarte —dijo, cruzando el umbral sin preguntar. Bueno, ¿qué esperaba? —Estás histérica. ¿Cuántas veces puedes huir de mí?

—¿En serio? ¿Vas a empezar la conversación con una queja?

Cierro la puerta de golpe y cruzo los brazos sobre el pecho, resistiendo el impulso interior de lanzarme a su cuello y sentir ese apretado abrazo. Me tiemblan las rodillas al pensarlo, pero soy dura y no voy a dejar que ninguna rodilla saque lo mejor de mí.

—¡Casi pierdo la cabeza! —Está gritando. —¿Dónde está tu teléfono?

—En el cubo de la basura.

—No eres normal. Eres la persona más loca que he conocido —dijo, con llamas en los ojos.

No puedo ni imaginar cómo me encontró aquí. ¿Cómo acabó en la puerta de John? Y por qué me siento tan segura ahora, como si el FBI estuviera vigilando toda la manzana.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —susurré, temiendo mirarle a los ojos.

—Oh. Voy a recordar este viaje a Los Ángeles durante mucho tiempo —dijo Justin, que se quitó la chaqueta y se subió las mangas, dejando al descubierto sus tatuajes—. —No quiero entrar en detalles, pero puedo encontrar a cualquiera y cualquier cosa en poco tiempo. Pero es contigo con quien lo he pasado mal, Elfa.

—Me lo tomaré como un cumplido —sonreí, observando sus torpes movimientos—. ¡Justin no encuentra dónde sentarse! Está tan sorprendido de sus actos como yo.

—¿Quieres vino?

—No diría que no a un whisky.

—Pasa. Voy a ver qué encuentro en casa de John.

Justin se quita los zapatos y me sigue hasta la cocina. Esperemos que cuando John termine su turno y vuelva al piso no le dé un infarto por culpa de un invitado inesperado.

—¿Por qué te has mudado? —Justin se coloca detrás de mí mientras rebusco en las estanterías algo más fuerte.

—Bueno... —recuerdo sobre la marcha—. —El propietario de ese piso ha rescindido el contrato porque su hija se va a vivir allí ahora. Vuelve de África. Necesita un lugar donde quedarse.

—Sí, ya veo —tarareó Justin. —Ahora dime la verdad.

Me volví hacia él con el rostro lleno de indignación. En primer lugar, ¿cómo sabía que mentía y, en segundo lugar, por qué demonios no me creía?

—Sí, Elfa, eres una mentirosa terrible. Y si el pequeño John se cree esas tonterías, deberían contarle los cromosomas. Creo que tiene uno menos.

—Deja de insultar a mi amigo. En realidad, estás en su piso.

—Ah, sí, y me gustaría mucho saber por qué —intercepta la botella de vodka que he sacado del último cajón.

Y me congela tan cerca su presencia que puedo oler el mismo chocolate mentolado en mis labios.

—Yo también quiero saber por qué estás aquí, Justin —dije en una exhalación, sin volver a respirar para evitar que mi pecho tocara su torso.

Incluso a través de su jersey y de la sudadera de John, este contacto es extremadamente peligroso: no tolera los obstáculos y me obliga a despojarme de la ropa que me sobra. Me di cuenta en el despacho de Justin.

—Es una pregunta que me ha estado atormentando todo el día. Todo el tiempo te he estado buscando —se acercó aún más.

Dios, que sea el alcohol lo que me debilita ante su acercamiento. Que sea esa maldita copa de vino la que me pone un escalofrío bajo la piel. Es él, no yo. No soy yo.

—¿Qué buscabas?

Dejó la botella de vodka a un lado y me rodeó la cintura con las palmas de las manos.

—No es que no nos hayamos puesto de acuerdo. Sus palmas presionan mi cuerpo y suben lentamente hasta mi pecho. Apenas soy capaz de mantener el contacto visual.

Estoy cubierta de escalofríos. Incluso mi pelo está electrizado, tirando del cuerpo de Justin. Sus manos se deslizan más arriba por la sudadera de John y no encuentro ninguna razón para

detenerlo.

—Jessie... Justin se inclina sobre mí y, literalmente, roza sus labios con los míos. Sus manos se clavan con más fuerza en mis costillas.

—Sí…

Bésame. Por favor, bésame.

En este segundo no deseo nada más. Solo quiero pinchar su barba incipiente y hundir mis labios en sus labios deseables. Solo que esas malditas rodillas me den por fin un respiro.

—Sentí que tenía que enterarme por ti.

Su respiración se entrecortó y sus ojos brillaron como si en ellos ardieran fuegos artificiales.

—¿Qué hizo tu hermano?

«Lo que hizo tu hermano».

Me rocían con agua hirviendo. Me escaldan y salgo rebotando.

Lejos de Justin.

Lejos de sus palabras.

Lejos de sus labios.

Lejos de sus manos. Lejos. Lejos.

—¡Jessie!

Silencio.

—¡Jessie!

Silencio profundo.

Intenta resistir y me agarra de la muñeca, pero yo me aparto.

—¡Vete!

—¡Jessie! Por favor.

Tira de mi mano con más fuerza y yo golpeo mi cara contra su pecho.

—Jessie, por favor. Por favor. Puedes confiar en mí.

«Puedo confiar. ¿Puedo?».

Sus brazos me rodean. Intento apartarme. Me sacudo y golpeo su espalda con los puños. Intento apartarme, sin saber por qué. Y cuanto más lo intento, más me aprieta contra su pecho. Su corazón late con más fuerza en su interior.

—Suéltame. —Ya me siento llorar. Pero no puedo evitarlo.

«Es el alcohol, Jessie, es el alcohol. Es todo el puto día. Y otra la puta Nochebuena. Toda tu puta vida».

—No me suelto.

Justin me levanta la barbilla y posa sus labios sobre los míos con tanta avidez que esta vez no ha sido el vino lo que me ha hecho doblar las rodillas.



Capítulo 4. Justin

La primera vez que su teléfono me envió al buzón de voz, me puse tenso. La segunda vez, estaba delante de su piso en Compton.

Fue «agradable» saber que ya no vivía allí.

A la tercera llamada sin respuesta, utilicé todas mis fuentes para averiguar dónde había desaparecido Jessie Rodríguez. Ahora sabía su apellido.

Y sabía que no tenía a nadie más en Los Ángeles aparte de John. No indagué más en los antecedentes de Rodríguez. No solo porque no tuviera tiempo, sino también... Mientras mis dedos tecleaban consultas y hacían clic en el ratón, algo en mi interior también «hacía clic» y quería oírla.

Quería que quisiera compartir conmigo cosas sobre su familia, sobre su pasado. Y, si no, que al menos me dijera qué película había visto varias veces y qué tipo de música le gustaba. Y de quién había heredado una voz tan mágica.

No basta con preguntarle por sus aficiones: ¿esculpe con arcilla o teje estúpidos ponchos multicolores? ¿O cose impermeables verdes? Eso me pone de los nervios: cuando no coge el teléfono y me hace correr por toda la ciudad en busca de conversación.

«¿Para qué lo necesitaba en primer lugar?».

La pregunta desaparece en cuanto abre la puerta delante de mí. Unos ojos enrojecidos y abiertos como platos me miran como lo hacían desde detrás de la barra hace un par de horas. Ha estado llorando. Ha vuelto a tener miedo de algo.

Estuve a un paso de abrazarla. Pero no lo hice. Vi que lo necesitaba. Pero no lo hice.

En lugar de eso, retomé la conversación, pero desde el ataque. Y maldita sea, es culpa suya por llevarme a un estado de pánico que no había sentido en muchísimos años. Estoy preocupado por ella.

Joder, sí, estoy preocupado. Sí, quiero mantenerla a salvo, así que ya he dispuesto que un par de personas cercanas a mí vigilen en secreto este piso por si ese hermano leñador del bar se atreve a aparecer.

Ni siquiera me importa la razón de su miedo. Lo que importa es que existe ese miedo. Eso significa que es necesario estar pendiente de ella. Es más seguro para ella. Es más seguro para mí. Todo está ocurriendo muy deprisa. Creía que estaba aquí para hablar, pero ¿cómo voy a mantener la compostura cuando Jessie vuelve a estar delante de mí?

¿Cómo puedo resistirme cuando ya sé lo que me falta y lo que tanto deseo? No puedo controlar mis manos. Grito que se queden abajo, pero se aferran a su cintura.

Se aferran al pecho a lo largo de la extraña sudadera con sus labios. Cómo desearía poder suprimir todas las preguntas que me hago con este deseo insano.

Pero no funciona, así que la hago llorar de nuevo. Histérica. Jessie me golpea la espalda con los puños y yo la aprieto más fuerte entre mis brazos. Ya se le pasará. Se calmará. Volverá en sí en unos segundos, pero quiero que sea en mis brazos. Quiero estar a su lado cuando se debilite.

Cuando la respiración frecuente cambia a respiración normal y puedo sentirla contra mi pecho. Pero esta Elfa no es débil. Sigue retorciéndose en mi agarre, gritando y ahuyentándome.

—¡Suéltame!

Aúlla y me arranca los terminales.

—No te soltaré.

He sido paciente. He intentado controlarme. Pero es imposible cuando tus emociones se desbocan y convierten tu cerebro en un volcán activo. Sus labios volvían a estar salados y, si no fuera por los detalles dramáticos, imaginaría que la estaba besando en el océano.

Mis puños ya no golpean mi espalda y Jessie ya no grita; ha encerrado su boca en mi insistente beso. Empujo mi lengua más profundamente, presionando su débil cuerpo contra el mueble de la cocina. Sus manos se deslizan sobre mis costillas, a lo largo de mi pecho hasta mis hombros y alrededor de mi cuello, enredando sus dedos en el pelo corto de mi nuca.

Me acerca aún más. Más cerca que nunca, y me encanta. Quiere más tanto como yo. La cojo en brazos y la siento en la encimera. Esta vez no irá a ninguna parte. Le arranco el jersey de la cabeza, lo tiro al suelo y vuelvo a atrapar sus labios.

Aplico presión con la palma de la mano en su rodilla y la aparto para poder presionar mi ingle entre sus piernas. Quiero que sienta lo excitado que estoy. Jessie gime a través del beso y siento un escalofrío recorrer su cuerpo, como si nunca antes la hubieran acariciado las manos de nadie, como si nunca antes la hubieran besado los labios de nadie.

Este pensamiento nubla mi mente y me alejo unos centímetros de Jessie. Ella sigue respirando de forma confusa, mirándome a través de la oscuridad de la cocina con los ojos muy abiertos. Enrosco los dedos en el dorso de su mano, que sigue firmemente apretada contra mi cuello, y la guío suavemente hacia abajo, sin dejar de mirar la cara de Jessie.

Deslizo su mano por mi hombro y la bajo hasta el tenso pecho donde apenas late mi corazón. Trazo el contorno de unos pectorales duros y muevo los dedos hasta su torso. Su mano tiembla debajo de mí, pero Jessie no se resiste.

Observa mis acciones, sin aliento, mientras yo no puedo apartar los ojos de sus pestañas agitadas. Así es exactamente como estaba cuando me tocó, pensando que estaba dormido. Solo que entonces su toque fue más decidido.

—¿Qué haces? —susurra Jessie mientras sus dedos siguen mi recorrido, trazan la línea de mis músculos oblicuos y se enganchan en la hebilla de mi cinturón.

—Te doy el poder a ti —suelto su mano, que permanece aferrada a mis vaqueros. Siento un miedo atroz de hacer algo mal.

Tengo miedo de que vuelva a apartarse y me eche así, con una potente erección, justo en el rellano.

Temo que mi presión vuelva a asustarla.

Diablos, si fuera cualquier otra mujer, no estaría haciendo esto. La habría puesto bocarriba, le habría apretado los pechos contra la encimera, le habría subido la puta sudadera hasta la cintura y la habría penetrado tan profundamente que sus gemidos harían temblar el cristal de esta cocina decrépita. La follaría tan fuerte que gritaría. La penetraría con tanta fuerza que los cajones de arriba apenas aguantarían el saliente.

Probablemente, ya se habría corrido, pero si yo fuera Jessie, no sería «cualquier otra». Y el caso es que ya no quiero a «ninguna otra». Quiero a la que está temblando frente a mí ahora mismo.

A la que tengo miedo de herir.

Tengo miedo de espantar.

Estoy al borde de un ataque de nervios y, en lugar de hacerle todo lo que mi retorcida fantasía ha estado pintando durante mucho tiempo, me quedo ahí de pie, intentando controlar al demonio que se enfurece en mi interior. En lugar de hacerle lo que mi retorcida fantasía ha estado pintando durante mucho tiempo, me quedo ahí, intentando controlar al demonio que se enfurece en mi interior, mientras veo cómo sus delgados dedos tocan mi cinturón. Jessie se muerde el labio para no delatar su respiración acelerada, y endereza lentamente el cinturón de su hebilla.

Me quedo inmóvil. Me desabrocha el botón de los vaqueros. Dejo de respirar. Sus dedos bajan la cremallera y la tensión en mí alcanza su punto máximo. Nunca me había excitado tanto. Solo falta un poco más para que esté enfebrecido por el deseo de poseerla. Un poco más y las riendas del poder volverán a mí y entonces su sudadera volará definitivamente hasta el rincón más apartado. En un momento más, estallaría.

—¿Por qué no me besas? —pregunta, apenas audible, mirándome directamente a los ojos.

«Oh, Elfa, te besaría en cada centímetro de tu cuerpo. Demuéstrame que realmente lo deseas. Haz un movimiento para que pueda asegurarme de que no me apartas».

Sus dedos se detienen en la tela abultada de sus bóxers y parece tan inocente, como si no supiera lo que quiere.

Sus dedos se detienen en la tela abultada de sus bóxers y parece tan inocente como si no se diera cuenta de que ahora mismo está jugando con fuego.

Un movimiento en falso y quemaré todo el lugar. Seguro que ella no puede contener las llamas. Cualquier gesto que haga solo echará leña al fuego.

Bruscamente, la agarro por las caderas y la acerco a mi entrepierna, lamiéndole los labios.

¿Tienen que preguntármelo dos veces?

¿Necesita Jessica siquiera preguntarlo?

En cuanto mi lengua penetra en su boca, siento un firme apretón en mi polla y suelto un gemido bajo.

«Joder, ¿Jessica me ha metido la mano en los calzoncillos?».

Tal vez me equivocara. A lo mejor no era tímida en absoluto y no se avergonzaba de mi presión. Quizá me lo estaba inventando todo. Mis besos se vuelven más atrevidos y descienden hasta su cuello. Mis manos arrugan la tela de la sudadera a la altura de sus caderas y quiero meterme debajo de ella.

Toco la piel lechosa de Jessie, la quemo con las huellas de mis dedos y luego lamo las quemaduras con la lengua. Jessie aprieta la cabeza con más fuerza y hace un movimiento hacia delante con la mano, firmando su propio juicio.

Pero con la misma fuerza con la que acababa de tirar de mí hacia ella, Jessie me empuja el pecho y salta de la encimera como ha hecho esta mañana en mi despacho.

«¿Qué coño le pasa? ¿Es realmente inocente después de todo?».

—¿Qué demonios? —estallé, de pie, delante de Jessie, con los vaqueros desabrochados y la erección asomando por los bóxers.

—¿Me estás apartando? ¿En serio? ¿Por segunda vez hoy? ¿Tengo pinta de gilipollas para que me empujen?

—¡No se trata de eso! —Con un chasquido de dedos, ella también se pone en marcha.

—¿Qué pasa? ¡Hace dos segundos me estabas agarrando la polla! ¡¿Y ahora me apartas?! ¡Estás como una puta cabra!

—Sí, ¡loca! ¿Y por qué coño has venido si estoy loca? —grita, agitando los brazos. ¿Por qué besas a un monstruo?

—¿Estoy… —Me abrocho la bragueta y el cinturón. Y ella me llama esquizofrénico. —¿Has olvidado cómo me rogaste que te besara?

—¿Yo qué?

Ojos de cincuenta céntimos cada uno. Las cejas negras están tan arqueadas hacia atrás que hay una arruga entre ellas.

—Suplicaste. Sí, sí, eso es. Gimiendo y pidiendo más. Tanto en mi despacho como aquí.

—¡Vete a la mierda! —recoge mi jersey del suelo, lo arruga entre sus manos y me lo tira a la cara—. ¡Fuera de aquí!

—¡Con mucho gusto! —dice poniéndome el jersey con movimientos espasmódicos—. —Psicópata.

—¡Estoy oyendo de un psicópata!

¿Por qué me molesté en buscarla? ¿Por qué dediqué el día a una maldita Elfa en vez de a un encargo importante? ¿Por qué puse todas mis energías en encontrarla? ¿Qué esperaba, siquiera? ¿Qué esperaba? ¿Que esta vez fuera normal? ¿Que se alegrara de verme?

Idiota. Casi había conseguido jugar con mi mente. Salgo corriendo de la cocina y atravieso corriendo el pasillo hasta la puerta principal. Cojo la chaqueta y estoy a punto de ponerme las botas cuando decido que no me voy a marchar de aquí así como así.

Oh, no. Ya que estoy aquí, voy a buscar algunas respuestas.

—No, no me digas. No me iré hasta que respondas a mis preguntas —volví a la cocina y me acerqué a la sorprendida Jessica.

—¿Te has vuelto loco? ¡Te he dicho que salgas de aquí! —chilla Jessie.

Deja que grite, deja que desgarre sus cuerdas. No me moveré hasta que oiga lo que su cuerpo decía hace unos minutos.

—No voy a ninguna parte.

—Llamaré a la policía.

—Adelante, haz la llamada. Solo que creo que tu teléfono está ahora mismo en el bolsillo de algún afortunado vagabundo.

Veo cómo aprieta la mandíbula de rabia. Estaba a punto de estallar. Yo estaba a punto de descojonarme, con una expresión más seria que había visto en su cara en mucho tiempo.

—¿Te parece gracioso? —Debí de sonreír involuntariamente para haber provocado una nueva oleada de indignación en Jessie Rodríguez. Eso sí que es sangre española caliente.

—Qué gracioso —volvió a sonreír, pero esta vez de forma más intencionada.

—Pues vete a reír a otra parte —siseó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es curioso cómo intentas mentirte a ti misma.

—¿Cómo?

—Puedes mentir todo lo que quieras, pero no soy estúpido. Puedo ver cuánto me deseas —me acerqué a ella y le toqué la barbilla con los dedos.

—¡Retrocede!

Ella se estremece, pero consigo agarrarla por el codo y tirar de ella contra mí.

—Es tu cuerpo el que te delata. Puedo ver cómo reacciona cuando estoy cerca de ella —la abracé y le toqué la parte expuesta del cuello con los dedos de la mano libre—. Estás temblando, ¿verdad?

—Eso es porque me cabreas muchísimo —intenta sonar segura.

Pero sé cómo suena su voz cuando miente: se vuelve un poco más grave, se agita ligeramente al final de las palabras y colorea la frase con una débil vibración.

—¿De verdad? Mis dedos acarician su cuello desde abajo hacia arriba y alcanzan la delicada línea de sus pómulos. —Entonces, ¿por qué oigo incertidumbre en su voz?

—Porque eres esquizofrénico. Ves muchas cosas, —insistió.

—¿Como el hecho de que pidieras que te besara?

—¡Qué malo eres! — Jessie intenta soltarse, pero yo solo estrecho mi agarre alrededor de sus hombros con la otra mano.

—¿Cuál?

—¡Cretino! —grita.

—¿Cuál?

—¡Psicópata! Me sisea en la cara.

—¿Más?

—Esquizofrénico —dije en voz más baja y casi a la altura de sus labios.

—¿Más? Me agacho para sentir cada palabra que dice en mi lengua.

—Lucifer —exhaló en voz baja—. El verdadero diablo...

—¿Y quieres que un hombre así te bese?

—Nunca... si lo he hecho...

La última palabra se disuelve en la dulzura de sus labios. Se desvanece en la punta de su lengua y es borrada por la mía dentro de su boca. Supongo que estoy tan enfermo como Jessie. Probablemente, cualquier otro se habría marchado. Habría cogido mi chaqueta, me la habría puesto sobre los hombros, me habría metido los pies en las botas y se habría despedido dando un sonoro portazo.

Con rabia, pisaba el acelerador de mi coche y, a toda velocidad, como en las películas dramáticas, salía volando hacia la «carretera contraria», donde chocaba contra el parachoques del primer coche con el que me cruzaba. Choque frontal. Después, luces intermitentes, médicos con batas blancas, cuidados intensivos, y nadie sobrevivía. Pero yo no soy un tipo cualquiera.

Fui yo quien sucumbió a la debilidad por culpa de la única y verdadera histérica. Cualquier otra persona no lo habría hecho. Y cualquier otra no habría conseguido su beso.

—Justin —susurra mientras mis brazos rodean su cintura, y Jessie vuelve a estremecerse.

—No lo haré. Solo quería besarte.

—¿Querías o he vuelto a suplicar? —Sonríe a lo largo de mis labios.

Definitivamente, estamos locos los dos. Ella y yo. Dos esquizofrénicos idénticos.

¿Y por qué eligió el destino reunirnos?

Aunque, cuando creía en el destino.



Capítulo 5. Justin

No recuerdo la última vez que besé a alguien con tanto placer.

Tanto que no quería soltarlo.

Tanto que mis labios estaban azules y tenía una erección con la que podrías aplastar ladrillos.

Solo que ellas tienen manos y yo tengo una polla dura como una roca que descansa contra el estómago de Jessica.

Pero a ella ni a mí nos importa en absoluto. Hola, soy Justin, tengo dieciséis años otra vez y, en vez de follar, beso hasta que el semen me golpea en el cerebro. Pero, tío, eso tiene una emoción especial. O soy un masoquista. O un pervertido. Una de las tres. O las tres cosas.

—¡Hermana! ¡Tengo grandes noticias para ti! —gritó alguien desde el fondo del pasillo, y Jessie y yo nos quedamos paralizados, aún abrazados. —He hecho un trato y mañana me acompañarás a un banquete de Navidad muy bien pagado por unos ricos esnobs. ¡Pagan mucho dinero! ¿Me plancharás la camisa blanca?

—¿Qué demonios? —susurró lo más bajo que pudo para no revelar su presencia.

Me siento como el novio de una chica estudiosa cuyos padres le prohíben salir, así que él tiene que trepar a su ventana después de apagar las luces para darle un beso en los labios.

«Sí, Justin, que te pillen en la cocina de otro con una chica en brazos es exactamente lo que soñabas en la treintena. Menos mal que esta vez tuviste tiempo de esconder la polla en los pantalones».

—¡Bro! ¿Dónde estás? Jessie-ahhhh! —bramó John desde algún lugar, al parecer el salón.

—¡Puto cobre! Jessie, ¿qué coño hacen aquí las astillas? ¡Jessie! ¡Jessie! ¿Estás bien?

—¿Vas a contestarle? —Le paso la palma de la mano por la mejilla y me pongo frenético para quitármela de encima.

—No tenemos elección.

—Quizá si nos quedamos aquí en silencio no se dé cuenta de que estamos aquí. —Sonríe tan maravillosamente que quiero volver a besarla. Justin, de dieciséis años, ha vuelto al juego.

—Me temo que...

—¿Qué cojones? —La feroz indignación de John anuncia su presencia en la cocina.

Ha sido demasiado rápido para encontrar nuestro escondite.

—¡John! Me alegro de verte —soltó Jessie de mis brazos y se acercó al desconcertado John, que estaba en la puerta.

Sus hombros apenas cabían por la abertura y su cabeza llegaba a la viga superior. Parecía un gigante del País de las Maravillas. Le di una palmada en el hombro y dibujé una sonrisa de desfile con treinta y dos dientes en mi cara.

«Justin Morris está encantado de verte».

—¿Qué haces aquí? —Se enfada.

—He venido a ver el brazo de Jessie. Se ha hecho daño en el trabajo.

—¿Qué?

No se lo cree, pero Jessie levanta la mano vendada y la agita en el aire como la reina de Gran Bretaña.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué era qué? —le pregunté.

—No ha pasado nada —responde Jessie al mismo tiempo que yo, y nos miramos. John entrecierra los ojos y se siente lo más incómodo posible. Supongo que debería salir de aquí.

—Me ha alegrado verte, John, pero, por desgracia para ti, voy a tener que marcharme.

Le doy una palmada en el hombro una vez más y, mientras él piensa en lo ocurrido, le giro de lado y me cuelo por la puerta que da al vestíbulo.

—¡Te acompaño fuera! — Jessie me sigue, dejando a John atónito por la sobreabundancia de información en la misma puerta.

Me imagino el interrogatorio que le espera en cuanto cruce el umbral. Pero es una Elfa fuerte, podrá soportarlo. Me calzo las botas y Jessie me entrega la chaqueta. Luego sale conmigo hacia las escaleras y cubre la puerta principal. Creo que John es de esas personas a las que les gusta escuchar las conversaciones de los demás y, sabiendo eso, Jessie lo sabe mejor que nadie.

—¿Irías conmigo a mi casa si te lo ofreciera ahora mismo?

—¿Lo dices en serio?

Está realmente sorprendida y yo no puedo creer que esté mirando a la misma chica que hace unos minutos me la estaba poniendo dura solo con besos.

«Y antes de eso, me apretabas la polla».

Para, para. No voy a volver solo a casa, solo voy a llevarla sobre mi hombro y ya me encargaré yo.

—Eso es lo más grave. ¿Quieres irte?

Todo es gracia. Excepto por su lengua afilada y fanfarrona. Y el carácter de una niña desesperada. Si solo tuviéramos en cuenta su aspecto, sería una auténtica obra maestra, el sueño de cualquier fotógrafo de Yves Saint Laurent o incluso de Gucci.

¿Y por qué no me di cuenta antes?

¿Por qué no me di cuenta de que estaba mirando a la mujer que debería estar paseando por las pasarelas de Milán, exhibiéndose en carteles de cuerpo entero, captando los jadeos asombrados de la multitud, y no de pie detrás de un bar por la noche?

Este lugar no es lugar para alguien como Jessie. Ni siquiera Los Ángeles es sitio para alguien como ella. Jessie Rodríguez debería estar sorbiendo vino en su España o Italia, en el centro de Madrid o junto al mar. Para sonreír con la sonrisa más deslumbrante, ocultando los ojos felices del sol bajo las gafas de sol de cristales caros, y volver locos a los hombres.

Jessie Rodríguez se merece lo mejor. Jessie se merece las cimas de las alturas. Es una pena que ella no lo sepa.

«No quiero causarle a John preguntas innecesarias...» sonríe tímidamente. Qué dulce. No es la Jessie que solía echarme.

—Y si no fuera por él, ¿te irías?

Tiro de ella para acercarla.

Es involuntario. Mis manos ya no están bajo mi control. Estas la alcanzan como si ella y Jessie fueran moléculas de la misma sustancia.

—Tengo una cama muy cómoda, como recordarás. Y tus calcetines y las llaves del coche siguen tirados por mi piso, en alguna parte.

—¿Tan difícil era al menos devolverme las llaves?

Ella frunció el ceño juguetonamente.

—Me has dejado sin medio de transporte. ¿No te da vergüenza?

—En absoluto. Porque entonces tendría que inventarme una nueva excusa para llevarte de nuevo a mi cama —entrecerré los ojos y alcé una ceja.

Pero, en lugar de responder, Jessie se echó a reír. Creo que he roto a Rodríguez. Pero es aún mejor, porque me gusta mucho cuando se ríe. Debería hacerlo más a menudo. Sin duda. Me vuelvo loco cuando se ríe a carcajadas, pero su risa...

***

«Siempre eres divertido, Justin», me golpea un flashback del pasado en la voz de Sandra. Su risa resuena en mis oídos y su larga melena dorada vuelve a hacerme cosquillas en los brazos, haciéndome sudar.

—Vale. Debería irme. No te quedes ahí parada, cogerás frío.

Jessie está claramente desconcertada por mi cambio de humor, pero no lo deja traslucir. Me pasa el brazo por los hombros y me habla en voz baja:

—Ten cuidado en la carretera...

A la primera memoria y la segunda.

—Y... Feliz Navidad, Justin.

El tercero, el mortal, me golpea en el corazón, que apenas empieza a latir. Me alejo como si estuviera en la niebla.

Subo al coche como si hubiera tomado un paquete de tranquilizantes. Es Navidad. Un día de reuniones familiares, casas decoradas, comidas deliciosas, copas que tintinean y burbujas de champán que chisporrotean.

Un día de sonrisas, felicitaciones y regalos tontos.

El día en que Sandra Lajas murió en un accidente de coche.

El día en que nació L.A., de siete meses.

Un día que maldije y taché de mi calendario para el resto de mi vida.

No sé qué dioses o ángeles han bendecido mi viaje de vuelta a casa, pero llego ileso.

Lo primero que hago es echar un poco de vodka en mi vaso antes de leer el mensaje de mi padre:

«Justin, sé que no celebras la Navidad, pero Ángel y yo estamos deseando que lleguen las fiestas. Quizá puedas venir a visitarnos después de todo. Nos encantaría que vinieras. Prepararé tus patatas asadas con pavo, que son tus favoritas. Ah, y Ángelo estaba hablando de una especie de Elfos. Trato de entender, pero todavía no sé de qué está hablando».

El impulso de estrellar el teléfono contra la pared me abruma. Incluso levanto la mano y agarro el iPhone, pero no lo dejo caer. En lugar de eso, suelto un rugido gutural y vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesita.

Maldita sea.

¡Estas fiestas!

Cuando todo el mundo debería estar feliz con su familia. Yo nunca he estado. Ni una sola vez en diez años. Ni un regalo, ni un recuerdo de Navidad en mi casa. Por eso, cada año por estas

fechas voy a casa de mi padre. Es una época que siempre paso sola.

Termino mi trago de ron y me dirijo al dormitorio con piernas débiles. Me desplomo en la cabecera de la cama y saco el cajón inferior de la mesilla. Sandra. Me mira desde esta foto, muy joven.

Me pregunto qué aspecto tendría ahora.

Seguro que sería tan hermosa como antes. Sonríe tan alegremente, como si cada día fuera un regalo del destino. Riéndose de mis bromas. Le haría más bromas a propósito. Criando a Ángelo como es debido. Haciendo lo correcto. No así.

—Lo siento, Sandra... Por no mantenerte a salvo... —Pasé el pulgar por el cristal y se me llenaron los ojos de lágrimas—. —Siento que no puedas ver crecer a tu hijo. Hoy cumple diez años, ¿puedes creerlo?

Mi corazón parecía haberse congelado hacía tiempo, pero aún aparecían gotas saladas en el marco de la foto. Me derretí como un demonio.

—Soy un mal padre, Sandra. No estarías orgullosa de mí —me sequé con los dedos la humedad de las pestañas mojadas—. —Pero lo haré mejor. Te lo prometo.



Capítulo 6. Justin

Toco su hermoso rostro con la mano una vez más y vuelvo a meterla en el cajón oscuro. Tan oscuro como todo mi pasado, que guarda recuerdos de ella.

Me doy una ducha, me acuesto en la cama y escribo una respuesta al mensaje de mi padre: «Llegaré a las cuatro».

Dejo el teléfono y cierro los ojos. Qué bonito sería tener a Jessie tumbada aquí ahora mismo. La mañana siempre borra los restos del ayer. Solo quedan las secuelas. Y tú eliges cómo te las tomas.

Decidí avanzar por el camino del cambio que había elegido y pedí dos regalos a la vez: uno para Ángelo y papá (seguro que estarán encantados) y otro para Jessica.

Será mejor que le compre cosas ridículas a Sheila, para que no se conmueva demasiado por mi repentino impulso. El nuevo Justin está celebrando ahora la Navidad y haciendo regalos.

Y probablemente pueda hacer volteretas hacia atrás, si es necesario. Pero aún no voy a intentarlo. Además, el nuevo Justin deja hoy su cazadora de cuero en el armario, la cambia por un traje azul oscuro, camisa blanca de Brioni y zapatos de Armani.

Mi padre no me deja entrar en casa con este aspecto porque no se cree que su hijo esté en la puerta. Espero que, al menos, Ángelo me reconozca. Y me reconoce, pero me mira con extrañeza, igual que mi padre, que me mira de pies a cabeza en la puerta de su casa.

«Maldita sea, ¿cuánto tiempo voy a estar congelándome aquí fuera?».

Me sacudo las gotas de agua de los hombros.

Podrías considerarlo un milagro navideño si no tuvieras en cuenta mi transformación.

Me siento como el príncipe de un cuento de Navidad, que ha experimentado un cambio global en sí mismo de la noche a la mañana. Espero despertarme mañana también feliz.

—Nos alegramos mucho de verte», me dice mi padre al dejarme entrar.

—¿Dónde está Elfa?

Ángelo no tiene mucho tacto. Es mi educación.

—Tiene cosas que hacer.

«Catering para el banquete de Navidad. Lo oí todo. John tiene una voz increíblemente alta».

—Es una pena. A Neil le habría gustado.

—¿Me gustaría? —El padre se ríe.

—¿A alguien no le pueden gustar las Elfas?

—No, Neil —explicó Ángelo—. No es una Elfa de verdad. Solo lo parece.

—¿Tiene nombre este «duende»? —Mi padre pareció ir al grano, porque entrecerró los ojos y me miró de forma un poco ambigua.

—Pamela no —dijo Ángelo con indiferencia.

—¡Ángel! —Me levanto.

Esto es lo último que necesito.

—Así que Pamela no —mi padre me dio una palmada en el hombro y me llevó al salón, donde había puesta una modesta mesa para cuatro.

Hay un ambiente navideño por todas partes: guirnaldas multicolores que destellan en las ventanas, enormes calcetines que cuelgan de la repisa de la chimenea y velas eléctricas en forma de pirámide plana. Renos de colores recorren el borde del mantel y un brillante y resplandeciente árbol de Navidad ocupa un rincón de la habitación.

—Ángelo y yo lo hicimos —explicó mi padre, darse cuenta de que tenía los ojos clavados en él.

—Sí, en casa no tenemos árbol —añadió Ángelo.

Y yo empecé a recordar por qué hacía tantos años que no celebraba la Navidad.

—Vale —me aclaré la garganta y decidí cambiar de tema—. Ambos me miraron fijamente, como si hubiera dicho algún conjuro mágico en latín. —Y no me mires así. Te gustará.

Saco un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo doy a Ángelo.

—Ábrelo, LA.

Con una mirada de incredulidad en los ojos, acepta el sobre y empieza a abrirlo con una admiración evidentemente creciente. Saca dos billetes y se me queda mirando embelesado.

—¿Big Bear Mountain Resort? —grita Ángel, y es la primera vez que le veo reaccionar así.

—¿Nos vamos mañana? ¿Es verdad?

—De verdad. Tú y Neil. Una semana en el mejor hotel de la mejor estación de Estados Unidos. —Siempre te ha gustado ver nieve por Navidad y esquiar —le sonreí y le di unas ligeras

palmaditas en la cabeza.

—No, ¡quiero ir a hacer snowboard! ¡Tengo casi diez años!

"Ya tienes diez años. Hoy", alejo los pensamientos negativos e intento sonar feliz.

—Cualquier cosa. El instructor te enseñará todo lo que le pidas.

—Gracias, Justin —me abraza papá—. —Lo estás haciendo muy bien —me susurra al oído.

—Por fin.

Mi padre me invita a la mesa, tomo asiento, Ángel se sienta a mi lado, se ajusta la camisa negra, abotonada hasta arriba, y se vuelve hacia mí.

—Siento no haberte preparado un regalo —susurra—. —No sabía que vendrías esta noche.

—Nada —dije con un nudo en la garganta.

—Eres mi regalo. Es suficiente.

—Lástima que esa chica no haya venido. Neil y yo también pusimos el plato para ella.

—Solo la has visto una vez en tu vida. ¿Por qué preguntas por ella? —Finjo que no me importa. Espero que eso sea lo bastante convincente.

—Me pareció honesta— declara.

«Oh, deberías saber cuánto miente».

—¿Eso es todo?

—Y guapa —añade Ángelo, un poco avergonzado.

—Verdadero Morris —le vuelvo a frotar la cabeza y Ángel se arregla inmediatamente el flequillo hacia atrás.

Empiezo a darme cuenta de lo que me he estado perdiendo todos estos años: una unión familiar en la que nunca había pensado demasiado.

Resulta que es importante e incluso agradable. Hasta que de repente encuentro un sobre con el nombre «White» en la mesita de mi padre, que aún no ha tenido tiempo de tirar el correo que ha estado revisando.

Arrugarlo y quemarlo en la chimenea es el primer impulso primitivo. Abrirlo y leerlo exige la curiosidad, que prevalece sobre la repugnancia que me produce el nombre que rompió nuestra familia.

¡Neil y Justin Morris! Estáis invitados a una modesta fiesta de Navidad que se celebrará...

No puedo hacer mucho más que eso. Arrugo la maldita hoja de papel cubierta de letras doradas en relieve y la envío directamente a la chimenea. El papel brillante estalla en llamas, como mis entrañas: es la rabia que empieza a abrasarme las tripas.

Para cuando mi padre vuelve con el postre, casi he vaciado la botella de whisky. El vaso cruje bajo mis dedos y los botones superiores de mi camisa están desabrochados, pero las venas de mi cuello siguen palpitando y están a punto de estallar. Preferiría que hubiera pasado y que hubiera salpicado de sangre el oropel festivo antes que lo que estaba a punto de hacer.

—Ángel volverá enseguida —dijo papá, dejando la tarta de manzana sobre la mesa limpia—. —En cuanto la huela, vendrá corriendo.

—¿Por qué no invitamos también a los Whites? Pasaremos una bonita Navidad juntos como una gran familia maravillosa, ¿verdad, papá?

Papá se detuvo ante la mesa, tomándose su tiempo para mirarme a los ojos.

—Quizá incluso nos sentemos en la misma mesa. ¡Y Kenny White trinchará aquí el puto pavo! Su tono se eleva involuntariamente y el vaso de whisky que está a medio beber golpea la pared.

—Justin, por favor, cálmate. No hay necesidad de arruinar la noche.

—¡No arruines la fiesta! —grito, volando hacia mi padre—. —¿Por qué demonios hablas con ellos? ¡¿Qué demonios, Neil?! ¡Han matado a Sandra! ¿Quieres que lleguen hasta Ángel? ¿Quieres que se deshagan de él tan fácilmente mientras imprimes su vaso con el diseño dorado?

—Justin, ¡cálmate! —grita papá por primera vez. —¡Nadie va a hacerle daño a Ángelo! Por encima de mi cadáver.

—No tendrán ningún problema. Uno más, uno menos. ¡Un Ángel más o un Ángel menos!

Cojo la botella de whisky medio borracha de la mesa y salgo de esta casa. Mi padre no me detendría. Ángel ni siquiera me frenaría.

Solo la dirección del maldito sobre, firmada con la graciosa mano de Victoria White, brilla en sus ojos. Ya no es Morris. No Morris desde hace mucho tiempo. Y hoy voy a recordarle por qué merece la pena borrar ese nombre, no solo de su pasaporte, sino también de su memoria.



Capítulo 7. Jessie

¿En serio, Jessie? ¿Justin te ha enamorado? —John se abalanza inmediatamente con indignación en cuanto cierro la puerta detrás de mí. —¿Justin, Jessie? ¿Justin, que es un cretino, un gilipollas, un demonio, un diablo fruto del placer satánico? ¿Quién es un alcohólico tatuado, un grosero y un ególatra?

—No exageres —le digo a John mientras paso despreocupadamente junto a él hacia el salón, pero un cuerpo alto me bloquea el paso.

—Por cierto, todo eso son palabras tuyas. Incluso las comillas.

—No me digas que estabas grabando.

Puse los ojos en blanco, intentando no delatar el escalofrío que aún me producía el contacto con Justin.

Mis rodillas son tan débiles que aún se doblan en cuanto su rostro aparece en mi mente.

—Rodríguez, ¡despierta! No te reconozco. ¿Estás enamorada?

Me pone las manos en los hombros y sonríe ampliamente.

—Oh, Jesús… John, déjate de tonterías. Ves demasiadas películas con tus niñas —me deshice de sus manos y finalmente me dirigí al salón para recoger los trozos de cristal.

—Por cierto, ¿dónde te cortaste la mano?

—En el bar. Estaba frotando diligentemente un vaso.

—No puede ser. ¿Y Justin es tan dramáticamente cariñoso y amable como para venir corriendo a comprobar tu lesión laboral?

—John, ¡para! —grité. —No me molestes.

—¿Es realmente él…?

—¡John!

Ahora sí que empiezo a asustarme. ¿Quién demonios es «el elegido»?

—¿Es él quien por fin entrará en tu vagina?

—¡Maldita sea, John Maldonado! La metralla vuelve a caer al suelo.

¿Qué sentido tiene que intente recogerla con un cepillo?

¿Qué sentido tiene que lo niegue?

—Oh-oh... Creo que sí. Creo que la princesa de hielo de Jessie está sudando, sonrío descaradamente y yo estoy a punto de morderle la cara de rabia. —Gotea, gotea, gotea, gotea.

—Gilipollas —me puse en pie de un salto—. —¡No tendrás camisa planchada!

Por mucho que me enfade con John, lo olvido bastante rápido. Es difícil guardarle rencor a ese chico tan mono que está al lado de la cama con dos tazas de café. Así que media hora más tarde, estoy planchando su camisa mientras él sigue empujándome.

Unos pantalones negros, una blusa blanca y un esmoquin negro entallado de manera «lady like» habían vestido mi cuerpo a las doce de la mañana.

Una coleta baja apretada para que no te estorbe el pelo y muy poco maquillaje en forma de máscara de pestañas.

—Jessie Rodríguez está lista para una salida social. Lástima que no sea como la guapísima acompañante de alguien, sino como camarera.

—¿Nos vamos?

—John se ajusta la pajarita delante del espejo.

—Deberíamos pasar por el bar. No pude localizar a Sheila.

«Porque soy tan estúpida y me dejo llevar por la emoción que tiré el teléfono».

—Jessie, ¡no tenemos tiempo!

La pajarita sigue colgando de su cuello porque John, como de costumbre, se ha indignado demasiado y ha extendido los brazos a los lados.

—Nos sobra una hora. Y está de camino, le dije a mi amigo y le ayudé con la pajarita. —Hacemos rápido. Y usaremos tu coche.

—¿Dónde está el tuyo?

«Y la mía sigue siendo una excusa para volver a su cama».

—En reparación.

—Si hubiera un concurso de perdedores en América, quedarías en segundo lugar. Porque incluso aquí perderías.

—Ya me dirás luego de dónde reírme. Me sacudo bruscamente la corbata y la aprieto demasiado. —Y no te aconsejaría intimidar a quien actualmente tiene acceso a tu garganta.

—Entendido —tosió John.

—Vamos al bar. Que sea rápido. Veremos al conquistador del corazón de hielo y ya está.

Lanzo una mirada fría a John, y su sonrisa cambia a una expresión seria en un abrir y cerrar de ojos.

Cuanto más nos acercamos al bar, más me late el corazón.

«Tranquilo, Rodríguez. No tiene por qué estar ahí».

—Espérame aquí —le pido a John y salto rápidamente del coche antes de que pueda aparcar.

Se me acelera el corazón. Mi cerebro se apaga en cuanto suena el timbre sobre mi cabeza. «No es como si no hubiera pasado nada». Pero a mi cuerpo y a mi subconsciente no les importa en absoluto la advertencia.

—Menuda Elfa —dijo Sheila sonriendo cuando aparecí en el umbral de la puerta.

—Lo siento... Me he quedado tan ridículamente agotada... Otra vez.

Tomó asiento frente a ella en la barra.

—Justin te llamaba «Elfa del rayo» —sonrió.

—¿Dónde está?

—¡Mierda! ¿Cómo ha podido salir? —Sheila entrecerró los ojos como si hubiera estado esperando mi llegada.

Sheila entrecierra los ojos como si hubiera estado esperando mi reacción.

—Justin nunca aparece por aquí en Navidad —responde, pero sigue estudiando mi reacción.

—Así que probablemente esté en casa y...

—¡Jessie, date prisa! No olvides que llegamos tarde —dijo John Maldonado, desafiando mis súplicas, y se detuvo tras dar un paso dentro del bar.

Sus ojos se abren de par en par. Evidentemente, aún conserva el aliento en su poderosa caja torácica y los hombros se le enderezan involuntariamente.

Oh, no. ¿Había encontrado John a la poseedora de su corazón y de su alma? Y los regalaría todos, como siempre. Salvo que Sheila no es quien debe hacerlo.

—Um... Jessie..., —repite esta vez en voz baja—. ¿Tomamos café aquí?

—El bar está cerrado —dijo Sheila, mirando a mi amigo de pies a cabeza.

—No te preocupes, Sheila, ya nos vamos —le sonreí.

—Solo quería decirte que hoy llegaré más tarde.

—¡Jessie!

—Sí, me doy cuenta de que me he saltado muchos turnos. Te pido disculpas. Te lo compensaré, te lo prometo. Es que John... Por cierto, me gustaría que le conocieras. Sheila, este

es John, mi mejor amigo y casero temporal. John, esta es Sheila, mi jefa inmediata y fabulosa barista.

—Um, hola —mi amigo apenas consigue pronunciar una palabra, e incluso desde la distancia puedo sentir cómo se pone rígido.

Sheila no le mira.

—De todos modos, voy a hacer un catering rápido y luego iré directamente aquí. ¿De acuerdos?

—Si no fuera por tu cara bonita, no cedería —dijo Sheila con un guiño—. Tienes que estar aquí a las diez. Aunque sea Navidad, habrá muchos corazones de hombres solitarios ahí fuera.

—¿Puedo venir también? —grita John, de pie en la puerta principal. —Mi corazón también se siente solo.

—Jessie, ¿es realmente tu amigo? Sheila soltó una risita suave, sin darse aún cuenta de que había sido alcanzada por la artillería pesada de John en forma de posibles ligues, regalos y declaraciones de amor.

Seguro que viene mañana. Me apuesto cien dólares.

—Hola, Jessie —me llama Sheila cuando estoy a un paso de la salida. Me doy la vuelta. —Ten cuidado con su corazón.

—¿De quién estás hablando?

—Ya sabes a quién me refiero.

—Claro que sé de quién se trata. Pero, ¿quién prohibió hacerse el tonto en vez de sonrojarse?».

—Ja, ja —reí nerviosamente—. —¿Tiene uno?

Me temo que cuando te enteres de esto, no será muy divertido.

—¿Quién estaba detrás de la barra? —pregunta John en cuanto subo al coche.

—Sheila... Yo te la presenté.

Ya no va a ser divertido. Necesito apartar mi mente de estos pensamientos. No significan nada.

—Ah, no. Es la futura Sra. Maldonado.

La risa rezuma de mí antes de que tenga tiempo de pensar que probablemente sería inapropiado.

«Gracias, hermano. Me has distraído como es debido».

Me río tan fuerte que el interior del coche tiembla y se oye una leve vibración a través de las ventanillas mojadas.

—Estoy enamorado —declara con entusiasmo, y yo jadeo, ahogándome en una segunda oleada de risas—. Lo digo en serio. —se indigna de inmediato—. ¿La has visto? ¿La has visto? Qué

mujer tan majestuosa... Justo el tipo de mujer que he estado buscando toda mi vida.

—Oh, no, John, dudo que Sheila viera melodramas con un hombre mayor contigo y exprimiera un paquete de palomitas de microondas para dos.

—Bueno, no hace falta que empieces con eso. La llevaré a un restaurante. La llevaré al cine. Al teatro. A la ópera. A donde ella quiera

—¡Cuidado con la carretera!

—Se la presentaré a mis padres. Les encantará. Entonces mi abuela me dará el anillo familiar y se lo pondré en el dedo a esta encantadora mujer.

Jesús...

—Me va a dar unos hijos preciosos. Dos o tres. Eso depende de Dios.

—Me temo que no, John —sonreí.

—Ella... ¿No puede tener hijos? —pensó un momento—. —No importa. Los sacaremos del orfanato. Y criaremos pequeños Maldonados tan hermosos como ella.

—Temo interferir en tu perfecta planificación, pero no va a salir bien.

—¿Por qué? —John se muestra lo más genuinamente indignado posible y pisa el pedal del freno justo antes del semáforo.

—¡Eh! ¡Quiero llegar vivo!

—Dímelo a mí. ¿No soy lo bastante bueno para ella? ¿Está saliendo con alguien? ¿Está casada?

—No, John. No y no otra vez.

—Entonces no veo cuál es el problema.

—No aprendes de tus errores en absoluto.

—No compares el futuro de la Sra. Maldonado con los errores de tu pasado.

—¿Cuál es la diferencia? —Entrecierro los ojos mirando a mi amigo.

—Oh, ¡vamos! ¡Me enamoré de Sheila a primera vista en unas minutas tan estupendas! ¿No es eso una señal del destino? —dijo John con toda seriedad.

—Bueno, si es una señal... No se puede ir contra las señales del destino, claro —sonreí—. —Adelante, hermano. No digas que no te lo advertí.

—¿Debería empezar a recordar al Sr. Diablo?

—¡Verde! Date prisa y muévete. Llegamos tarde.

«Solo le aparté de mi mente un segundo, John. Solo un segundo».

No tenía sentido esperar algo sencillo de las colinas de Hollywood. Siempre es de lujo. Nunca he estado en este barrio, y no hace falta saber que aquí se concentra toda la alta sociedad de Los Ángeles.



Capítulo 8. Jessie

Políticos, hombres de negocios, sus esposas, amantes en villas de lujo, vecinas, niños y perros con mejor pedigrí que los vagabundos del Compton. Y ahora estoy hablando de personas. Pero, aunque sepas que todo va a ser de primera clase, no puedes evitar abrir la boca ante el nivel de sofisticación al cruzar el umbral.

Eso es lo que nos delata a los simples mortales. Por eso la mandíbula inferior de Rodríguez se levanta instantáneamente del suelo y se ata a las orejas con una trenza invisible. Ahora que lo pienso, amplias salas luminosas con abundancia de preciosas lámparas de araña.

No me importa en cuántas habitaciones puedas perderte. Ni me importan los suelos pulidos en los que se puede ver mi reflejo. No me importan esas fotos de famosos en las paredes. No me importan.

Hemos pasado mil veces por todos esos pasillos con gigantescas columnas de mármol, vestíbulos, salones alargados y escaleras tortuosas con anchos pasamanos. Esta es la cara que necesitas para conocer a la señora de la casa. Ya era hora de que me desconectara y apretara la mandíbula contra los oídos.

—Victoria White —se presenta una señora con un austero traje beige y un pesado collar de perlas al cuello.

Parecía tener unos cuarenta y cinco años, quizá más, pero era evidente que cuidaba su aspecto. Tenía la figura de una mujer de mi edad. O quizá fuera el traje. Lleva el pelo corto y rubio recogido en un moño clásico en la nuca, que deja al descubierto su rostro hermosamente tenso. Ojalá yo tuviera ese aspecto cuando tenía su edad.

—Los criados se cambian al final del pasillo —me señaló una habitación lejana con una puerta cerrada—. Tenemos tres salas principales. En la primera se prepara el bufé, en la segunda se sirve la cena y en la tercera está el bar y la zona de descanso —sonrió, y John se rio tras ella,

porque eso es lo que hay que hacer cuando una de estas personas hace un chiste, y yo no me acuerdo.

—Sí, señora —la sonrisa característica del camarero se apodera del rostro de John y se instala en él, lo juro, para el resto de la velada. Es un profesional en lo suyo.

—El bufé empieza a las cuatro. La cena de gala es a las seis. Y apártate cuando mi marido haga su brindis.

¿Querrías tener ese aspecto a su edad? Sí. ¿Desearías tener esa cara malvada? No. Preferiría comer y no tener que llevar los típicos trajes beige, y ocultar a duras penas mis mejillas tras un despeinado mechón de pelo, pero ninguna ceja mostraría jamás una contorsión tan genial por culpa de unos inocentes camareros.

—Todo será perfecto, señora —John incluso hace una leve reverencia, o eso me parece a mí.

Y más vale que lo piense, porque me pica la palma de la mano de darle una palmada en la espalda por humillarle.

—Es la última vez que voy contigo a un acto como este —murmuré, quitándome la capa ya en la sala supuestamente «no oficial».

—Incluso en un restaurante, no apestaba tanto a patetismo por parte de un hombre.

—Quizá la Sra. White esté nerviosa por las visitas —añadió.

—Seguro que ha tenido miles a lo largo de su vida. Sí. Quizá la Sra. White sea una zorra rara.

—No te andes con rodeos, Jessie. Se paga bien. El bufé no es gran cosa. Luego cenamos y nos vamos. Aquí solo quedan los empleados.

—Y un camarero irá por las habitaciones...

—Anímate, bro —me da John unas palmaditas en la espalda—. —Y feliz Navidad.

—Feliz Navidad, bro —le pasé el brazo por su hombro.

El bufé pasa muy deprisa. Solo tengo tiempo de servir champán a la alta sociedad, que, evidentemente, no ha venido solo para una fiesta de Navidad, sino para una competición: ¿Quién lleva más joyas?

Todas son increíblemente bellas, pero parecen luchar por respirar. Los elegantes salones, decorados para la Navidad, se ahogan en los sonidos esquivos de las voces, las risas y el tintineo de las copas. La tenue música de los músicos invitados diluye el ambiente y fluye por los largos dobladillos de los vestidos de noche.

Si no fuera por mi trabajo a tiempo parcial, nunca me habría rodeado de gente así. Creo que ni siquiera venían a nuestro restaurante. Cenaban en Niza y desayunaban en París. Como quisieran sus corazones.

—Perdona, ¿dónde está el whisky? ¿Se lo ha acabado? Un hombre me toca suavemente en el hombro.

—No, no, ya lo traigo.

Me doy la vuelta y sonrío lo más radiante que puedo para complacer a este viejo quisquilloso, pero delante de mí no hay ningún «viejo». Me mira un hombre muy guapo vestido con un traje gris oscuro.

Lleva el pelo oscuro y rizado recogido detrás de las orejas y parece como si lo dejara caer deliberadamente en mechones descuidados sobre la frente. Está bien afeitado y parece que acaba de salir de un salón de belleza hace diez minutos.

Quiero decir: «¡Vaya!», pero no soy una colegiala que guarda las bragas bajo la almohada hasta el concierto de la estrella emergente. Así que me doy la vuelta y voy a por un puto whisky.

—No —me frena—. Será mejor que me enseñes dónde están todas las provisiones, y elegiré por mí mismo.

—Lo siento, no tengo derecho —dije, aplastando mi sonrisa por la vergüenza—. La Sra. White había dejado claras mis responsabilidades. Dime y te conseguiré todo lo que pidas.

El hombre entrecierra los ojos y me mira a la cara con interés desmedido, con sus ojos oscuros parecidos al Diablo.

«Dios mío... Eso es lo que me he perdido aquí. Vete de aquí, Justin. Ahora no».

—¿Pido algo grande? —sonríe.

—En eso consiste mi trabajo.

—Es interesante. ¿Y cómo se llama un trabajador tan concienzudo?

—Jessie —soltó avergonzada y miró a su alrededor para asegurarse de que no estaba la señora.

—Hmmm... Jessie. Qué nombre tan bonito. —La sonrisa deslumbrante no abandonó su rostro en ningún momento, y me di cuenta de que ya había infringido un centenar de normas de la señora White, una de las cuales era muy clara: nada de hablar con los invitados al banquete.

—Perdona, tengo que irme. Tengo que encontrar el whisky.

—¿Exclusivo para mí? —dice, ladeando la cabeza débilmente y escrutando mi rostro con mirada penetrante.

No me gusta. Y me siento incómoda. No sé por qué merezco tanta atención.

—Jonathan, aquí estás— la Sra. White se acerca al hombre con una sonrisa y lo coge bajo el brazo.

Estoy a punto de que me despiden.

Su esbelta figura se enfunda ahora en un vestido largo sin mangas de color granate oscuro con escote asimétrico, que deja al descubierto solo una clavícula. Unos grandes pendientes ovalados de piedras caras resaltan la línea de sus pómulos morenos y acentúan su pintalabios, que combina con el atuendo chic.

Esta mujer habría apestado a riqueza y poder, aunque llevara una camiseta que dijera: «Todo por dos dólares».

Incluso con semejantes harapos, permanecía de pie con la espalda orgullosamente erguida y la barbilla ligeramente levantada, y seguía mirando a todo el mundo como si no fueran personas, sino una manada de sucias ratas idénticas.

—La parte principal está a punto de empezar —su tono es muy suave, y hay una especie de ternura en su mirada. Me sorprende esa diferencia tangible. —Tienes que sentarte a mi lado y al de tu padre.

—De acuerdo, mamá.

¿Mamá? Oh, no. Seguro que me van a joder.

—Jessie, te espero con mi whisky —me guiña débilmente el ojo el joven y se marcha siguiendo a Victoria White, que ha tenido una fracción de segundo para tomarme la medida hasta el suelo.

Ahora me va a joder seguramente.

El aburrimiento principal tiene lugar en la sala principal, cuando todos se sientan a la enorme mesa y pasan una hora hablando sin sentido, dejándose la vida. Beben demasiado y comen muy poco, al parecer porque no tienen tiempo de cerrar la boca para masticar ni siquiera un trozo de filete chamuscado.

Pero me encantaría tener un trozo para mi barriga. Y solo Jonathan me mira de vez en cuando, cuando no está prestando atención a la chica rubia de escote «chillón» que está sentada a mi lado. Prefiere mirarme ahí, en el fondo, en vez de importunarme con su mirada, tan parecida a la de Justin, solo que más suave.

¿Dónde está ahora? ¿Con quién va a pasar las Navidades? Seguro que tiene un árbol enorme hasta el techo en su casa. Me encantaría verlo...

—Señoras y señores —se levanta de la mesa un hombre alto y delgado, con un mechón gris acerado en el pelo, impecablemente peinado—. —En esta gran fiesta, estoy muy contento de tener a toda mi familia alrededor de la mesa. Mi amada esposa, Victoria. El hombre coge la mano de la Sra. White y le sonríe afectuosamente. —Mi hermoso hijo Jonathan, el mayor de los

White, asiente en su dirección. —¡Que va a asumir el cargo de adjunto en “White-Investments” desde principios de año! Y quiero que todos...

—¡Bravo! —: tres aplausos detrás de mí, procedentes directamente del arco que conduce al gran salón. —Felicidades a Jonathan de parte de toda la despreciable familia Morris. ¿Te acuerdas de ellos, hermano?

¿Hermano? ¿Qué?

Un escalofrío recorrió mis dedos de los pies. Un escalofrío recorre mi torso, atenazándome por dentro y subiendo por mi columna vertebral. Lo único que puedo hacer es girarme y ver esa mirada familiar y furiosa en sus ojos. Y la botella de vodka casi vacía, cuyo cuello está estrangulado por los dedos tensos de Justin.



Capítulo 9. Jessie

La música se desvanece. Las conversaciones aburridas se interrumpen. El silencio empieza a resultar opresivo. El tic-tac del enorme reloj de la cabecera de la sala puede tanto hipnotizarte como volverte loco.

Sigo sin respirar durante mucho tiempo. El contenido de oxígeno en mi sangre se reduce considerablemente, lo que hace que las reacciones de mi cerebro pierdan su velocidad habitual. Es la única forma en que puedo explicar la falta de ideas que se está desarrollando ante mis ojos.

Parecía estar preparando un elegante banquete de Navidad, todo parecía ir según lo previsto, parecía estar a solo una hora de una exhalación aliviada y del agradable calor en el bolsillo de un par de grandes billetes verdes.

Pero, ¿en qué momento se puso todo patas arriba?

¿Cómo acabó Justin aquí?

¿Y por qué llamar hermano a alguien a quien la Sra. White había llamado recientemente hijo?

—¿Qué hace el tuyo aquí? —No me di cuenta de que John estaba allí y casi chillo al susurrarle al oído.

—¡No es mío!

Me callo en silencio, pero de todos modos nadie nos habría prestado atención, porque todo el mundo está entregado al nuevo invitado con una botella de whisky en la mano.

—John, ¿qué hace aquí? —Intento en vano calmar mi corazón acelerado.

—Presiente problemas.

—Vale, ¿qué te estoy preguntando? Mira qué tensos están todos.

Aparté los ojos del perfil de Justin durante un segundo y capté la conmoción en los rostros de los silenciosos invitados. Jonathan White se sintió como si lo hubiera aplastado el techo.

Se queda sentado, inmóvil, mirando a Justin con los ojos muy abiertos. Kenny White sigue de pie como si lo hubieran empalado en un palo largo, como un espantapájaros entre las mazorcas de maíz, solo que con un traje de marca.

En cuanto a la Sra. White... Está enfadada. Y toda esa rabia la está lanzando flechas invisibles a la cara de Justin. Te juro que si tuviera un cuchillo en la mano ahora mismo, se lo lanzaría directamente al corazón de Lucifer.

—¿Cuál es el problema?

La representación teatral de un solo actor está entrando en su segundo acto. Seguro que Kenny quería que brindaras por Jonathan.

Justin se tambalea ligeramente, pero sigue acercándose con confianza a la mesa y ahora no puedo verle la cara, solo sus anchos hombros, que hoy no están cubiertos por la cazadora de cuero.

—¡Vamos a tomar una copa! Espero que no te importe que me tome la mía. Agita la botella de whisky y se la pone en la garganta.

Jesús, Justin...», ¿por qué lo hace, y qué vergüenza?

—No te metas —ordenó John en un susurro amenazador, al parecer oyendo los frenéticos latidos de mi corazón—. Ni se te ocurra.

—No, en serio —continúa el juego de Justin—. ¿Por qué ponéis esas caras largas? ¡Vamos a tomar algo! ¡Es una celebración! ¡Eh, tú! ¿Te tomas una copa conmigo? —Justin pone la mano en el hombro de un hombre regordete con corbata—. ¿No? ¿Y usted, señora? ¿Quiere hacerme compañía? —se inclina sobre la siguiente dama del vestido plateado, cuyo rostro solo expresa confusión—. Vaya, estáis todos tan faltos de vida. ¿Alguien quiere acompañarme a brindar por mi hermano Jonathan?

—Justin, basta —dijo Kenny.

—¿Crees que hay demasiados brindis en su honor? —Justin se ríe—. Estoy de acuerdo. Ese gilipollas no se merecía el primero.

—¡Justin! Has entrado en mi casa. Y más te vale tener un poco de educación.

—Por cierto, he venido a tu casa porque me han invitado. Te la habría enseñado, pero siento haberla quemado en la chimenea. Pero creo que no pasa nada, pues la noble Victoria White dibujará fácilmente otro para su exmarido y su hijo abandonado, ¿verdad, Victoria?

Se estremece, pero intenta mantener la misma calma fría.

—Jonathan, llama a seguridad —dice con calma—. Este circo ya ha durado demasiado.

Se toca los labios con la punta de una servilleta blanca, la vuelve a dejar sobre la mesa y se levanta valientemente.

—Queridos invitados, os invito a la zona del bar hasta que se solucionen las «dificultades técnicas» —sonrió y se dirigió junto a Justin hacia el gran arco, golpeando tranquilamente los talones.

El resto de la élite hace rechinar sus sillas en el suelo resbaladizo y, como perros amaestrados, sigue a su ama.

«¿De verdad llamó a su hijo "dificultades técnicas"? Perra. Una auténtica zorra. Y aún voy a romperle la espalda a John por inclinarse ante ella».

Justin solo necesitaba una pequeña chispa para estallar en llamas. Era como si fuera un recipiente lleno de gas y bastara una cerilla encendida para que explotara. Me quedé allí rezando para que no hubiera fumadores en la habitación, pero en su lugar su madre había decidido montar un espectáculo de fuego.

Justin la agarró del brazo, apenas pasada su silueta, y la empujó bruscamente hacia él, quedando cara a cara con ella.

—Joven, quítame las manos de encima —intenta interceder uno de los hombres invitados, pero Justin lo aparta bruscamente.

El hombre tropieza y cae de espaldas entre la multitud. Una oleada de jadeos femeninos y susurros indignados cubre la sala, pero nadie se mueve.

—Más o menos ese es tu estilo, Justin. ¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Victoria, monótonamente, ante los jadeos de la multitud.

—¿Me demostrarás una vez más que he hecho lo correcto? ¿Me permitirás una vez más asegurarme de que no me he equivocado en ninguna de mis elecciones?

Dios... El pánico se apodera de mí.

Le está provocando. Su cuerpo se dirigió reflexivamente hacia Justin para evitar cualquier cosa de la inminente explosión.

Solo estoy a seis pasos de él. Se trata de escabullirse entre la multitud.

—¡No, Rodríguez! —me agarra por debajo del brazo, de la misma forma que Justin agarra ahora a su madre—. No es asunto tuyo. Deja que se ocupen ellos.

—John, no puedo no hacerlo. Quédate y no te acerques a mí. No te atrevas a interponerte en mi camino.

—¡Suéltame! —siseé, tratando aún de no atraer la atención de los demás.

—No. Ni lo intentes.

Justin, por favor, no hagas ninguna estupidez.

Y parecía que mis súplicas habían sido atendidas: Jonathan se interpuso entre Victoria y Justin. Cubrió el hombro de su madre y...

—Mierda —grité antes de poder taparme la boca con la palma de la mano.

El puño de Justin golpeó instantáneamente la cara de Jonathan. Al instante, el pasillo se llenó de gritos de mujer.

—¡Seguridad! —Victoria White muestra emoción por primera vez y rompe a gritar, inclinándose sobre su hijo, que se ha desplomado en el suelo, pero Justin es imparable. La empuja a un lado y vuelve a golpear a Jonathan en la cara.

—¡Kenny! ¡Seguridad! ¡Daos prisa! —grita Victoria, recogiendo con las manos el largo dobladillo de su vestido e intentando levantarse con la ayuda de los caballeros que han llegado.

—Justin, ¡para!

Pero Justin no la oye. Está furioso. Sus puños ya están rotos y empapados de sangre, pero sigue golpeando furiosamente, golpe tras golpe.

—¡Cabrón! ¿Cómo puedes defenderla? ¿Cómo puedes aguantar todo esto? ¿Cómo puedes vivir bajo el mismo techo que el asesino de Sandra? ¡Hijo de puta! —Otro puñetazo rompe el bloqueo de Jonathan y le da justo en la nariz.

—¡Eres tan culpable como ellos! —Le golpea de nuevo y la sangre de ambos hermanos salpica el suelo brillante y los vestidos claros de las mujeres gritonas, que inmediatamente se alejan.

—¡Vas a matarle! —gritó la Victoria de hierro, tapándose la boca con las palmas de las manos.

Tres temerarios se abalanzan sobre Justin, pero ni siquiera ellos pueden apartarlo. Balancea los brazos con tanta fuerza que vuela hacia los que intentan agarrarle por los hombros.

—Justin, ¡no! — sollocé, y solo entonces me di cuenta de que estaba llorando.

Me sacudí en el agarre de John y me liberé la primera vez. Fue como si un demonio hubiera entrado en mí y me hubiera empujado fuera del agarre de mi amigo. El demonio va dirigido a Satanás. Y toda fuerza humana es inútil. Fui empujando hacia delante a través de los cuerpos tensos y vestidos de fiesta, y antes de que pueda llegar, dos guardias obesos tiran de los brazos de Justin.

—¡Si vuelves a meterte en nuestras vidas, Victoria, morirás antes de lo que Dios te quiso! —grita Justin, y se defiende de uno de los hombres corpulentos con traje negro.

Está a punto de dar un puñetazo al otro, pero aparezco ante sus ojos borrosos antes de que pueda golpear.

—¡Justin! —Me precipito hacia él y le rodeo la cara con las manos.

Sí, eres imprudente.

Pero ya no me importa lo que piensen los demás. No me importa lo que parezca desde fuera: una camarera cualquiera lanzándose al cuello del canalla que profanó una fiesta sagrada.

Me da igual. Su mirada encontró la mía y sus palmas ensangrentadas se cerraron en torno a mi cintura.

—¿Qué coño haces aquí? —Respira entrecortadamente.

—Voy a llevarte de aquí. Por favor, vámonos —solo miré sus ojos negros—. Por favor... Ven conmigo.

No oigo ningún otro sonido: la respiración de Justin es demasiado rápida y ruidosa. No me fijé inmediatamente en los otros tres guardias que estaban detrás de él, porque mi mirada se centraba únicamente en su rostro furioso.

—Se va —le expliqué, separándome de Justin, pero sin dejar de cogerle la mano—. Lo sacaré de aquí. No pasa nada.

Justin sigue tenso, presiona mi palma con la yema de los dedos hasta que me crujen los huesos, pero me quejo. Ahora mismo solo necesito sacarlo de aquí. Sacarlo de aquí.

Cuando todo le tiembla por dentro y el corazón se le queda pequeño para el pecho, coge un taxi en cuestión de segundos y llega a su destino en un estado de pasión. Así nos encontramos dentro de las paredes de su piso.

Hace un par de horas, soñaba con volver a estar aquí, encontrar un árbol precioso y descubrir cómo Justin hace la Navidad. Y aquí estoy. He visto cómo celebra la Navidad Justin. Ahora ni siquiera espero encontrar un árbol. No dice ni una palabra más.

Por primera vez, tengo miedo de decir algo. No es un buen momento para hacer preguntas. No es un buen momento para decir nada en absoluto. Así que la lengua de Rodríguez permanece clavada en su paladar por hoy, y voy a asegurarme de que no se salga de los goznes.

—Justin —le digo, con la lengua y los bucles fuera durante cinco segundos.

—¿Quieres un ron? —Ni siquiera se da la vuelta.

Camina por algún lugar del amplio salón de techos altos, despojándose del abrigo y la chaqueta a medida que avanza, dejándose solo la camisa puesta. Por detrás parece perfectamente blanca, pero recuerdo el color rojo, sangre de la parte delantera.

—Sí... Sigo su ritmo y me deshago también de mi esmoquin.

Al fin y al cabo, había dejado mi preciada capa verde en la mansión de los White mientras barría rápidamente los pies de Justin para salir de allí. Salimos a la zona de la cocina.

La zona de trabajo está separada por una larga barra de troncos sin podar y toda esta belleza se refleja en la inmensa ventana panorámica, desde donde se ve el frío festivo de Los Ángeles. Justin proyecta una luz tenue en las lámparas que cuelgan sobre el mostrador y una acogedora penumbra cubre la estancia.

«Me encantaría preparar el desayuno aquí. Tal vez incluso solo en ropa interior», decía mi subconsciente, entrando y saliendo de mi mente.

«Como siempre, por cierto, Rodríguez».



Capítulo 10. Jessie

Justin saca la botella de la taquilla transparente y la pone sobre la mesa junto con dos pesadas piedras. Nos salpica por igual y me empuja hacia el vaso, permaneciendo de pie al otro lado del mostrador.

Incluso aquí nos separa un puto bar. Y, por alguna razón, eso me pone muy triste ahora mismo.

—Feliz Navidad —dijo, y bebió un gran sorbo.

Luego se lame los labios y se desabrocha un par de botones superiores de la camisa, meneando el cuello tatuado como si se hubiera quitado los grilletes.

Exhala y bebe un segundo sorbo de whisky. Está jodidamente cansado. No toco la bebida porque me fijo en lo destrozadas que tiene las manos: los nudillos rotos ni siquiera están ensangrentados, están hinchados y azules, extendiéndose por toda la mano.

—Justin, tienes que curarte las heridas... —acallé la incertidumbre de mi voz con una pequeña dosis de alcohol.

Por fin, levanta la vista hacia mí y me doy cuenta de que había abierto la boca para nada.

—¿Vienes aquí a curarme las heridas? Se levanta de la silla y rodea la barra, acercándose a mí.

—Yo solo... quiero ayudar —dejo el vaso bajo sobre la encimera y, por reflejo, me alejo un paso de Justin.

—¿Necesitas que te eche…? —agita el resto del whisky en su vaso y se lo bebe de un trago—. ¿Me ayudas? ¿A mí?

Un vaso vacío vuela a mis espaldas y aprieto los ojos.

Jessie, aguanta. Eres más fuerte que esto. Sabes que no es verdad. Este no es el verdadero Justin. Lo hace a propósito, como hizo entonces en el estudio.

Pero por mucho que me prepare, mis ojos siguen humedeciéndose y mi cuerpo empieza a temblar.

—Sí, quiero ayudar —expreso con firmeza.

Me agarra por los hombros y me empuja contra la pared.

Igual que cuando me humilló en su despacho.

Lo que sigue a continuación es menospreciarme. ¡Venga! ¡Vamos! Vuelve a llamarme patética.

Tomo aire, pero no me retracto del guion.

—¡No necesito tu ayuda! —grita—. ¡No necesito que me salves ni que me rescates, Jessie! Estoy maldito. ¡Y tú no tienes nada que hacer a mi lado! Se aparta tan bruscamente como antes, sin mirar atrás—. ¡Fuera de aquí! Sal de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Me trago las lágrimas y debo obedecer su orden. Debería correr. Pero ese mismo Rodríguez loca está corriendo en la dirección equivocada. Está corriendo hacia él.

—¡Soy igual! —grito—.¡Yo también estoy maldita! ¿Quieres hacer una competición?

—¡No sabes de lo que hablas! ¡No me conoces!

Igual que hiciste conmigo. Pero sigo aquí. Igual que tú estabas ayer en la puerta de John. Y no me iré de aquí, ni tú tampoco.

Cubro la distancia que nos separa en dos pasos y le rodeo el cuello con la palma de la mano, tirando de él hacia mí y besándolo. Muerdo sus labios y vuelvo a tomarle con avidez. Su gemido grave se desvanece en mi lengua y las manos de Justin me aprietan contra su cuerpo.

Noto la dureza de cada músculo bajo su camisa, siento el calor de su cuerpo y quiero sentirlo sobre el mío. Así que estiro los bordes manchados de sangre de mis pantalones y los separo de un tirón. Dudo que la camisa se pudiera salvar, así que, a la mierda.

El material cruje con mis sacudidas, pequeños botones se desparraman por el suelo liso y aprieto las palmas de las manos contra mi torso desnudo y tatuado. En los ojos de Justin estallan petardos. Se deshace de la tela hecha jirones y me coge en brazos. De un golpe, un vaso superviviente y una botella de whisky salen volando de la barra.

Mi trasero aterriza en la encimera con el ruido de cristales rompiéndose y el gruñido brutal de Justin. Me desabrocha los botones superiores de los pantalones y me saca la blusa. Me estremezco cuando sus manos rodean mi cintura desnuda y sus labios rozan la piel por encima de la cinturilla de mis pantalones. Mi corazón empieza a latir demasiado deprisa.

«No pasa nada, Jessie. Todo va a ir bien. No notará nada».

Me apoyo en los brazos estirados y busco a tientas el interruptor de esas malditas lámparas. Necesito oscuridad. Necesito oscuridad impenetrable para seguir adelante. Justin suelta un botón tras otro, acompañando mi desnudez con besos a lo largo de mi vientre. Sus palmas abren mi blusa y recorren mi espalda hasta el broche del sujetador.

Me quita la ropa de los hombros y hunde sus labios en mi cuello, mordiendo la piel. Mi cuerpo se arquea contra el suyo y echo la cabeza hacia atrás, dejando escapar un largo gemido en el silencio de la habitación.

«Dios, estoy loca por hacer esto».

Pero no puedo soportarlo más. No me lo perdonaría si me atreviera a renunciar a quien deseo más que a nada en el mundo. Sus manos calientes me acarician los pechos y la lengua de Justin traza un círculo húmedo alrededor del pezón que sobresale. Lo lame y lo aprieta con los labios, deslizando las palmas de las manos con avidez por mis costillas. Paso mis dedos temblorosos por su pelo y lo atraigo hacia mis labios. No quiero que deje de besarme.

Mi cara. No quiero que mi horrible cuerpo le distraiga. No quiero que cambie de opinión.

—Jessie... —respiró confuso. —No podré parar —su barba rasposa me araña las mejillas y sus fuertes manos me entrecruzan los muslos—. No dejaré que saltes como del puto bar. No, a menos que sea a mi cama.

En respuesta, busco de nuevo sus labios, pero el aliento caliente de Justin solo se derrama sobre ellos.

—Jessie, de verdad que no voy a parar. Un beso más tuyo y no habrá nada que me detenga. Me voy a volver loco.

—Así que espabila.

Fue suficiente para que Justin me levantara de la encimera y me llevara escaleras arriba sin romper el hambriento beso. Golpeamos las paredes y casi nos caemos de pie en las malditas escaleras, derribando por el camino una especie de mesita auxiliar. Se estrella contra el suelo, pero ni siquiera ese sonido ahoga nuestros gemidos colectivos.

—Te quiero en el dormitorio —gruñe Justin, arrojándome sobre la cama de la habitación oscura—. Lo deseo como lo he imaginado todos los putos días.

—Tú imaginabas a… mí… ¿Mí?

«No puede ser».

—Te he hecho cosas…

Metió la rodilla entre mis muslos y se cernió sobre mi cara.

—... en mi mente. Aunque... ¿Quién necesita palabras? Estás a punto de verlo por ti misma.

Un beso exigente se enterró en mis labios, luego viajó hasta mi cuello y descendió por mi cuerpo hasta mi ombligo. Me quedé helada y sin aliento cuando los dedos de Justin tocaron mis muslos y me bajaron los pantalones y las bragas.

—Dios, por favor —musité y me mordí el labio.

Por favor, no dejes que me aleje. Que no vea nada. Que no recuerde nada.

Aprieto sus hombros y lo tiro frenéticamente para que se ponga encima de mí. Justin me abre más las piernas, se chupa los dedos y, sin dejar de mirarme, desliza por dentro de mí.

—Justin…—gimió, clavándole los dedos en el cuello.

—Joder… Estás tan mojada —sisea entre dientes en mis labios.

Mi respiración se acelera con cada movimiento dentro de mí.

—Justin…

Mis manos no me obedecen, pero de todos modos echo mano de su cinturón, aunque no consigo enderezarme de la hebilla. Justin saca sus dedos de mí y, sin romper el contacto visual, se deshace rápidamente de sus pantalones.

Por favor.

El beso desenfrenado interrumpe mis fuertes gemidos. Justin me aparta el labio, lo chupa e introduce su lengua en mi boca con la misma asertividad con la que me empujó a la maldita cama.

—Justin —le clavé las uñas en el cuello y mis labios rozaron la incipiente barba—. He perdido la cabeza.

Su palma me aprieta el muslo y sus labios reprimen nuestro gemido compartido mientras su polla me penetra de un potente empujón. Grito de dolor o de placer. No sé qué está pasando, pero me arqueo bajo su cuerpo tenso y me inclino hacia sus impacientes empujones.

—¿Bien? —susurra desgarradoramente a lo largo de mis labios— y siento que Justin se paraliza por un momento.

—No pares —exhalé, y lance las piernas sobre sus caderas.

No quiero que se sujete a mí, aunque me duela. No puedo sentirla.

Solo deseo que conmigo no tenga que controlar a su demonio interior. Quiero que conmigo no tenga miedo de sí mismo. Justin lo entiende sin palabras.

Mi cuerpo habla por sí solo— y empieza a penetrarme con más fuerza. La presión de sus manos en mis nalgas se intensifica.

Y aunque mañana mi piel se ponga morada y me duela todo, eso será mañana. Ahora mismo, lo quiero todo para mí. Quiero su temeridad. Su lujuria. Su verdadero deseo. Quiero tomar todo su dolor interior.

Justin gime por lo bajo, hundiéndose en mí hasta el fondo, y no deja de besarme el cuello con avidez.

Una respiración intermitente me roza los labios.

«Estoy por encima de las estrellas».

Y de su boca solo salen gemidos incoherentes. Me levanta por debajo de la rodilla y me echa una pierna por encima del hombro, apoyando la otra mano en el cabecero de la cama.

Grito de dolor y luego siento placer cuando Justin me penetra más profundamente.

—Joder...

Empuja más hondo y con más fuerza, presionando el pulgar contra mi clítoris y acariciándolo. Me estremezco.

Nunca había experimentado nada igual en mi vida.

Nunca he estado tan emocionada en mi vida.

Nunca había deseado nada tanto en mi vida como sus caricias.

Un espasmo placentero se apodera de mi bajo vientre y un calambre se extiende por todo mi cuerpo.

Mi pie resbala de su hombro mojado. Justin se deja caer sobre los codos y me atrae hacia sus labios, cogiéndome la nuca. Le devuelvo el beso con avidez y me trago el último gemido.

Aprieto sus muslos con las piernas y clavo las uñas en sus costillas para mantenerme consciente en esta realidad en la que un demonio de carne y hueso me ha llevado al primer orgasmo de mi vida.

Gruñe en mi boca y me da un par de empujones finales antes de derramar su cálido semen sobre mi pubis.

Justin respira agitadamente y me da un par de besos temblorosos antes de volver a abrazarme y besarme. Estoy en la luna.

¿Es eso lo que dicen cuando estás flotando en algún lugar de las nubes rosas y no quieres volver a la tierra, cuando no sientes las piernas y tienes alas entre los omóplatos?

No sé. Nunca había entendido aquella frase, pero ahora me parecía más que apropiada, porque estaba flotando en gravedad cero. Y si no fuera por su cuerpo caliente, que me apretaba contra la cama, estaría flotando en el espacio exterior.

—Quiero follarte hasta el amanecer. —Justin se quita de encima y se acomoda a mi lado y yo exhalo en silencio—. ¿Crees que bromeo?

—Creo que necesito una ducha.

—Y pienso que estás intentando huir de mí otra vez —dijo, y se quedó callado.

—Maldita sea.

—Pero, de acuerdo. Te doy dos minutos. Si no sales antes de que pase el tiempo establecido, te llevaré allí mismo.

Sonrío y salto rápidamente de las sábanas arrugadas, cubriéndome el estómago con las manos. Gracias a Dios que no se ha dado cuenta. Enciendo el agua caliente y pongo mi cuerpo relajado bajo los agradables chorros. Qué locura...

La última vez había salido corriendo y ahora tenía muchas ganas de volver a su cama. Abrazarle. Para dormir juntos. O hacer realidad el deseo de Justin de follarme hasta el amanecer. Solo entonces tendría que correr bien las cortinas para evitar que la molesta mañana revelara mi feo secreto. No sé qué me pasará cuando vea todas estas cicatrices. Y no siento ningún dolor.

«Si me ve...», me paso las manos por los cortes ásperos entre las piernas y caigo en la cuenta de lo mucho que me arriesgo a que me rechacen hoy.

No podía soportarlo. No de Justin. Había retrasado la ducha a propósito para pillarle dormido. Tenía razón cuando dijo que volvía a huir de él.

—Lo siento —toco su rostro relajado y apuesto y deslizo los dedos suavemente por la barba incipiente que me había apuñalado las mejillas.

—Es mejor así.

Tengo tantas ganas de besarle, de tocarle la frente, la joroba de su nariz, los labios abiertos…

Pero si lo hago, no puedo irme.

Si le toco, siento la tentación de quedarme.

O hacer realidad el deseo de Justin de follarme hasta el amanecer. Solo entonces tendría que cerrar bien las cortinas para evitar que la molesta mañana revelara mi feo secreto.

Recojo mi ropa del suelo y vuelvo a salir de puntillas del dormitorio, cuyas paredes aún guardan mis frecuentes gemidos. No encontraré una explicación. Y Justin es demasiado orgulloso para exigirlo. Así que no me perdona que me haya escapado.

«Así mejor, Rodríguez. Así mejor».



Capítulo 11. Justin

Por un momento, me permití pensar que, efectivamente, me había despertado feliz esa mañana. Se había producido un milagro navideño y, de hecho, abrí los ojos felices, deseosa de encontrar a Jessie moqueando a mi izquierda. Pero la realidad me abofetea en la cara: esa parte de la cama sigue fría.

Estoy solo en mi enorme cama y la cabeza negra de la Elfa no asoma por entre los pliegues de la manta. Tampoco está debajo de la manta. No está a mi lado.

«¿No estaba soñando con ella, verdad?».

La conciencia se interrumpe por sus dulces gemidos debajo de mí y mi nombre sale volando de sus labios en el punto álgido de su orgasmo.

«No, definitivamente no es un sueño. Entonces, ¿qué he hecho mal?».

Nunca nadie huyó de mí. Las chicas, por el contrario, se volvieron demasiado molestas después de hacerlas temblar de placer.

Supongo que no todo el mundo puede hacerlo, ya que se aferran mucho a quien sí puede. Pero yo nunca me quedé. Ni una sola vez. Ni con nadie. Ni siquiera quise. Y ahora la persona con la que quería no solo follar hasta quedar exhausta, sino también acostarme, me había dejado tirada en mi propia cama.

Esa chica está definitivamente loca. No puedes entenderla, no puedes rastrear sus pensamientos y ni siquiera estoy hablando de sus acciones. Ni siquiera yo y mis psicópatas somos rivales para la Elfa veloz como el rayo.

Preferiría soñarlo todo y despertarme con una erección antes que coger los vapores de la frustración.

¿Cómo iba a hacerlo? No quería que volviera a desaparecer, joder. ¿No se lo había dejado claro?

—No me importa— me deshice bruscamente de la manta y vi una mancha roja.

—No me importa —y se dirigió a la ducha.

Estaba aquí, puedo sentirla.

Tan hermosa. Tan tímida. Tan aparentemente sincera y abierta. Deseándome.

¿Adónde ha ido todo?

¿Se ha ido por el desagüe con el gel de ducha y su conciencia?

Me duelen los nudillos destrozados por el agua, pero aprieto los dientes y froto demasiado deprisa. Aprieto la franela contra mi piel con demasiada fuerza. Para borrar sus huellas de mi cuerpo. Ahora que se ha ido, tampoco necesito ya su presencia. No necesito sus caricias. No necesito sus abrazos. Su respiración intermitente. Sus gemidos. Tampoco necesito que me nombre.

Deja que sea otro el que tome su boca. Deja que gima bajo él en vez de bajo mí. Deja que se gane su gélido corazón. No lo necesito. Tengo cosas mejores que hacer.

Como aclarar el cúmulo de llamadas perdidas y mensajes sin leer de mi padre y Pamela Harber, que habían estado zumbándome toda la noche anterior y la noche anterior. Probablemente con la esperanza de pasar las Navidades conmigo. Qué ingenua. Ni siquiera voy a devolverle la llamada.

Tal vez dentro de un par de días, cuando el olor de Jessie se hubiera ido de mi dormitorio y dejara de reproducir fragmentos de la noche anterior en mi mente. Oh, las cosas que quería hacerle. Cuántas cosas quería hacerle y ella ni siquiera me dejaba deslizar la lengua entre sus piernas. Ni siquiera me dejaba bajar. Y yo tenía tantas ganas de probarla. Tal vez por mis asuntos de mujer.

Estoy segura de que es tan dulce como sus labios. Estoy segura de que me habría encantado. Pero ella no quería. Ni siquiera quería despertarse conmigo.

—¡Basta ya! Me recompuse y tiré la toalla mojada al cubo de la ropa sucia.

—Que se joda. Que se joda la puta Elfa. Solo es sexo. Un polvo primitivo de una noche. Eso es todo lo que ella y yo necesitamos. Ella lo ha dejado muy claro.

Me pongo los vaqueros y voy a preparar café. Curiosamente, la cocina estaba ordenada cuando fui y tampoco había ningún recuerdo de mi alboroto. Tampoco hay rastro de Jessie en mi casa, salvo el tenue aroma a vainilla que desprende su sedoso cabello.

Aunque probablemente esté loca, ya estoy oliendo ese aroma, así como la reciprocidad en sus ojos.

—Vete al infierno, Elfa. Diluyo mi café con leche y decido llamar a mi padre. Según mis cálculos, mi padre y Ángelo deberían estar ya en el hotel.

—¿Qué tal el viaje?

—Vale —responde mi padre con rapidez y demasiada brusquedad, lo que solo puede significar una cosa: está furioso por lo que hice ayer.

Y yo también por su debilidad. Ángelo está literalmente chillando de emoción por el snowboard.

—Genial... Espero que te lo pases muy bien.

—Justin... —Exhala pesadamente y no quiero oír lo que está a punto de soltarme. —Solo estoy aquí porque sé lo importante que es esto para Ángelo. Si no fuera por él, hoy no estaría volando a ninguna parte.

—Vamos, encontrarás algo que te mantenga ocupado. Hay...

—¡Le has dado una paliza a Jonathan! —gruñó el padre, de forma atípica—. —¿Cómo has podido? ¡Le estaban arreglando la nariz!

—¡Joder! Aferré el iPhone con tanta fuerza que crujió en mi palma, y el dolor de mis maltrechos nudillos me recordó a una pelea.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Es tu hermano!

—¡No es nada para mí! —¡Grito!— ¡Hace diez años que no tengo un hermano!

—¡No te atrevas a decir eso!

—¡No te atrevas a llamar “mi hermano” a ese bastardo! Si eres un debilucho que no tiene agallas para cortar todos los lazos con él, ¡yo no soy como tú! ¡No soy débil!

—¡También es mi hijo, Justin! ¡Igual que tú! Y no puedo renunciar a él.

—¡El hijo que ya ni siquiera lleva tu apellido, el hijo que nos traicionó, el hijo que se eligió a su corrupta madre!

—Justin, ¡basta ya! No voy a escuchar esto.

—Y no voy a tolerarlo. Si a ti no te queda orgullo, a mí sí —dije apretando los dientes—. —Saluda a Ángelo.

Corté la llamada y dejé caer el teléfono sobre el sofá.

—¡Joder! Tendría que haberle pegado más fuerte para que al cabrón se le pusiera la mandíbula y no solo la nariz. Así tendría que llevar una escayola y chupar un tubo.

Los puños heridos empezaron a gemir y mi respiración se entrecortó al volver a golpearle una y otra vez en la cara. Sandra le creía. Y si él no hubiera sido tan cobarde, ella seguiría viva ahora mismo.

Si estás enfadado, molesto y frustrado, ponte en tu mesa y trabaja. Desconecta de la realidad y trabaja. Bloquea tus emociones, sacude tus recuerdos, canaliza tu energía y haz, joder, algo que te permita ganar mucho dinero en el futuro. Ángelo y su padre están conquistando las laderas de las montañas ahora mismo por una razón, y Elfa se ha esfumado voluntariamente del horizonte. Así que tengo tiempo de sobra para ponerme al día y presentar por fin un informe provisional sobre el caso Gray.



Capítulo 12. Justin

He conseguido desenterrar algunos artículos sensacionales del periodista Gregori Allen que publicó en su día. Siguió activamente a Douglas Gray hace unos veinte años, indagando en su vida privada, anunciando sus teorías sobre él y respaldándolo con fotos controvertidas.

Después, Gregori y sus artículos desaparecieron de la faz de la Tierra. Sí, pero he encontrado algunas publicaciones. De lo contrario, no sería yo. Nada desaparece de Internet sin dejar rastro; solo hay que saber cómo y dónde buscar.

Y no hay nadie mejor que yo para esto.

«¿Está ocultando Douglas Gray al público no solo a su mujer, sino también a su hijo?».

Reza el titular del artículo, que he releído tres veces.

En la foto en blanco y negro, un hombre bajo, vestido con un estricto traje, cubre con el hombro a una chica frágil y de pelo largo, que obviamente tiene unos quince años menos que él. Lleva un vestido ancho y suelto por debajo de la rodilla y tiene la mano colocada en la zona del vientre, como cubriéndoselo.

No mira a la cámara, ni siquiera en sentido contrario, intentando apartar la mirada de ella, mientras que el propio rostro de Gray no destila más que la ira.

«Y solo puede señalar a Garner el único hecho evidente: la joven Sra. Gray está en una posición delicada».

—Mmm —amplié la foto borrosa y eché otro vistazo al contorno de la figura de la mujer. —No veo una mierda. O Gregori era un pésimo fotógrafo o era otro miembro de la prensa sensacionalista.

Pero entonces, ¿por qué desapareció sin dejar rastro?

¿A quién le importa un periodista corrupto que solo puede publicar historias idiotas sobre personalidades famosas? Deberíamos comprobarlo. Una hora más tarde, tengo la dirección de

Gregori Allen, su exmujer y ahora viuda.

Tendré que hacer la maleta con ropa para un par de días y comprarme unas gafas. ¡Justin Morris se dirige a la soleada Nevada! Solo falta reservar la tarjeta de embarque.

Estoy satisfecho con el trabajo que he realizado. Al menos empieza a perfilarse el contorno del mosaico, lo que significa que por fin voy por buen camino. Voy a recomponer este maldito cuadro con una nota.

«Precaución. Nivel superdifícil. Douglas Gray», sin mirar ni una sola vez la imagen final.

Nunca me gustó saber lo que me esperaba al final. Me estiro en la silla y meneo el cuello petrificado: no me había dado cuenta de que llevaba ocho putas horas sentada frente al portátil.

El billete a Carson City está reservado para el 2 de enero. También me gustaría curar mi dolorida cabeza, que esta noche ha estado vibrando como mi teléfono con las llamadas de Pamela desde esta mañana.

Bajé a la planta baja, cogí mi iPhone, que había estado tirado en los pliegues del sofá todo este tiempo, y me dirigí a la cocina, al armario con mi colección de whisky. Pero, por alguna razón, nada me atrae. No me apetece salpicar ninguna de las botellas.

Pero me gustaría mucho ir al bar y tomarme un par de copas. Hablar con Sheila. Darle el estúpido regalo de Navidad que había pedido y recibido a lo largo del día. Y ver a Jessie. Al menos para mirarla a los ojos.

«¿Realmente necesito esto?».

No tengo por qué hacerlo. Pero hoy, más que nunca, las llaves de su coche no me dejan dormir. Están en mi mesilla de noche, en el cajón encima de la foto de Sandra. No necesito verlas para enfadarme cada vez que pienso en ellas.

«Dásela y déjela atrás. Échala de mi piso y de mi cabeza».

Así que a las diez de la noche ya estoy aparcando delante de mi bar y respiro hondo antes de entrar. Esta noche está sorprendentemente tranquila. Apenas hay gente, probablemente se estén recuperando de la estridente celebración y se estén tratando la cabeza en casa con refrescos o aspirinas. Sin embargo, me siento mejor; no quiero pasarme toda la vida en mi despacho.

Echo un vistazo a mi alrededor y, antes de darme cuenta de la confusión en el rostro de Sheila, diviso la silueta de una figura familiar detrás del mostrador, con un abrigo largo y caro. Pamela. Se da la vuelta y me sonríe ampliamente, pero no veo nada más que la mirada abrasadora de Jessie por encima de su hombro. Y, si no fuera por esa mirada, si no fuera por él, pasaría de largo e ignoraría la presencia de Pamela.

Si no hubiera sentido una punzada de celos en aquella mirada tan penetrante. Si tan solo ella no hubiera mirado así. Si no hubiera sentido esa tensión en el aire, electrificarte, y la pesadez con la que ella respiraba, incluso a esta distancia.

«Esto puede ser interesante».

Puse una sonrisa teatral en mi rostro y me dirigí hacia la barra.

Empieza el juego, Elfa.

—Hola, Justin —dijo Pamela alegremente, y acercó sus labios a mi mejilla. Me quedé quieto y acepté su beso, sin dejar de mirar a Jessie.

—¿Podemos hablar?

—Podemos —respondí con calma, pero, por Dios, con qué frenesí me rebotaba el corazón.

—Sheila, organiza dos ginebras. Sin hielo para mí.

Sheila entrecierra los ojos, pero acepta mi orden de mala gana.

—Tengo un regalo para ti —me susurra Pamela al oído y me pasa los dedos por la mejilla.

Me aparto, pero Jessie me observa con tanta atención, siguiendo cada gesto de Pamela.

—Espera en la oficina —le entrego las llaves a Pamela.

—Voy a por nuestras bebidas y vengo.

—Bien —sonríe y sigue la ruta conocida. Aquí fue donde conocimos a Pamela. Y me la follé en mi despacho solo veinte minutos después.

Al día siguiente también se presentó y casi rompemos mi escritorio. Así que está claro que sabe adónde ir y qué esperar de esta ruta. Es una pena que sus intenciones no fructifiquen esta noche. Pamela acecha a la vuelta de la esquina y yo le dirijo una falsa mirada interesada.

«Todo para ti, Elfa. Exclusivamente para ti. Has jugado con mis nervios. Ahora me toca a mí. Siéntate en primera fila».

Ignoro la mirada indagadora de Jessie y miro solo a Sheila, que sigue haciendo una mueca sentenciosa.

—Hecho —declara y empuja un vaso en mi dirección.

—Espero que no haya veneno.

—Si voy a matarla, será con mis propias manos —explicó Sheila con seriedad.

—Vale, ya hablaremos más tarde —cojo las bebidas y me doy la vuelta para marcharme, pero vuelvo.

—Sí, por cierto… —Dejo un vaso sobre la encimera y busco en el bolsillo las llaves del coche de Jessie—. Toma. Creo que esto es tuyo.

Dejo las llaves en la barra, delante de sus narices, y me doy la vuelta antes de que se me dibuje una expresión de estupefacción.

«Ella se lo buscó. Huyó de mí voluntariamente».

Cojo el vaso bajo el mostrador y me dirijo a mi despacho con paso seguro, sin darme la vuelta.

«A ella no le importa, ¿verdad? Y a mí tampoco. A mí tampoco...».

Miro al frente, dando pasos firmes, con los hombros cuadrados, pero la nuca me arde por un par de ojos azules. No lo sé, pero estoy segura de que está quemando un agujero ahí. Deja que lo queme. Mejor ahí que en mi corazón. Aprieto el pomo con el codo, hago palanca con la punta de la bota y abro la puerta. Entro de espaldas, la puerta se cierra de golpe y me doy la vuelta para mirar hacia la mesa donde está sentada Pamela, con las piernas abiertas, llevando solo lencería roja y botas negras de ante por encima de la rodilla.

Me puse un estúpido gorro rojo de Papá Noel en la cabeza y colgué el extremo, por un lado. Y una mierda. Eso es todo lo que necesito.

—¿Pero qué coño...? —Casi se me caen las gafas, que eran para mí, no para ella. —¿Te follaste con Papá Noel, anoche?

—Es... —alardeó, abrazándose a su figura—. —Tu regalo de Navidad —saltó de la mesa y caminó hacia mí, contoneando las caderas sobre sus tacones de aguja—. —Ayer te llamé durante todo el día.

—Soy consciente de ello. Se acerca, me quita la bebida de las manos y la deja sobre la taquilla más cercana. —Pensé que celebraríamos la Navidad a nuestra manera —volvió a acercarse a mí y me pasó los dedos por el hombro—.

Los exuberantes pechos en el sujetador de encaje rozan mi torso y los pezones endurecidos, que la tela transparente no consigue ocultar, se frotan contra mi jersey. Pamela se quita la gorra roja y me la pasa por la cabeza. Estoy en una especie de shock, me coge la mano y la coloca contra su pecho.

—¿Lo hacemos otra vez, como antes? «Te gustan los juegos», respiró lánguidamente, con la otra mano tocando la hebilla de mi cinturón. —He sido una niña tan mala, Papá Noel —me mira de reojo y hace un mohín teatral—. —Tan traviesa y tan cachonda... —me presiona la polla con la palma de la mano a través de los vaqueros—. —Castígame, Papá Noel.

Intento apartarme, pero no puedo inmediato: la puerta del despacho se abre demasiado rápido. Jessie está en la puerta con un cubo lleno de hielo y se le llenan los ojos azules de lágrimas al instante.

—Perdona... Lo siento —le temblaba la voz—. —Parece que he llegado en mal momento.

El cubo se cae al suelo. El hielo vuela en distintas direcciones y ella se levanta de su asiento y sale corriendo. Mi mano sale volando del pecho de Pamela y se cierra en un puño.

Joder. El partido fue entretenido, pero ¿por qué coño no salió como yo quería?



Capítulo 13. Jessie

Seguro que John me mata. Arruiné la gala, no me dieron ni un céntimo, olvidé mi capa y me hui con el tipo más imbécil de la fiesta arruinada. No llegué a casa hasta por la mañana.

Si yo fuera él, me marcharía por la puerta. Y viviría como quisiera. Entré en el piso en silencio, me desnudé en el salón y me puse la camiseta larga de John, contenta de que al menos me hubiera duchado en casa de Justin, así no tendría que hacer ningún movimiento innecesario a riesgo de despertar a mi amigo.

Justin... Huelo su gel de ducha. Mi espina dorsal se estremece ante su fugaz recuerdo.

«¿Ahora va a ser siempre así?».

En ese momento, daría cualquier cosa por tener el valor suficiente para volver a su cama. Para encontrar la fuerza para no avergonzarme de mi cuerpo por la mañana. Para encontrar la confianza de que podría gustarle incluso así... Desfigurada.

«No puedes», pasa por mi mente como un pensamiento, y la voz interior se colorea con el tono de Corey.

«Justin nunca volverá a mirarte después de ver las cicatrices. Jamás. Nadie. Ningún hombre te querrá jamás. Ni siquiera Justin. Especialmente Justin».

—A la mierda —siseé, apretando los dientes, y me arrastré hasta el dormitorio.

Necesito dormir un par de horas antes de aguantar todo el peso del abuso de Sheila. Probablemente, me mandará al infierno. Y me lo merezco. He dejado sola en bar en Nochebuena con multitud de gente.

El gigante cuerpo de John roncaba en el dormitorio, despatarrado sobre la cama con los pantalones cortos de pijama y la camiseta que le había regalado en Nueva York para que no se metiera en la cama de pareja en calzoncillos.

Me alegra que siga cumpliendo esa norma, incluso en su piso. Me arrastro hasta la cama y le quito un trozo de manta a John para cubrirle al menos las piernas. Me tumbo en el borde, de lado, de espaldas a mi amigo, y cierro los ojos. Debería intentar dormir. Y no pensar en Justin.

«¡No necesito que me salves! No necesito que me rescates, Jessie».

Aprieto los ojos y me acerco a él con los brazos rodeándole. Duerme. Solo duerme. Bloquea los recuerdos y desmáyate.

«No tienes nada que hacer a mi lado».

¿Y si quiero estar a tu lado?

Incluso cuando da miedo.

Incluso si está realmente maldito.

Entonces estamos definitivamente en camino. La consciencia se ve sacudida por la imagen de Justin golpeando los puños en la cara de su hermano. La sangre salpica el suelo y la camisa de Justin. Su rostro se contorsiona de rabia. Y la fuerza con la que golpeó... Juraría que estaba dispuesto a acabar con él allí mismo. Allí mismo, delante de su madre.

«¿Cómo puedes vivir bajo el mismo techo quien asesina a Sandra? ¡Hijo de puta!».

—Dios... Me giré sobre la espalda y aspiré aire con una respiración pesada.

Mi cerebro estalla de información incomprensible. Mi cabeza estalla con los acontecimientos. Me duele el cuerpo por las huellas de Justin. Están por todas partes.

Ni siquiera los horribles recuerdos me ayudan a convencerme de que estuvo mal. Parecía tan correcto cuando me besaba. Cuando acariciaba mi cuerpo. Cuando estaba dentro de mí.

«Dios...» —exhalé hacia el techo y agarré el borde de la manta con las manos.

—El segundo 'Dios' en un minuto, —gruñó John y se tumbó también sobre su espalda.

—¿Estás despierto? —Frunzo el ceño—. ¡Estabas roncando!

—Estaba fingiendo.

—Estoy harta de vosotros.

—¿Quién es «nosotros»? —John se frotó los ojos e inclinó la cabeza en mi dirección.

—Idiotas.

—¿Así que Justin y yo estamos ahora en la misma categoría?

—¡Dios mío!

Me volví bruscamente de espaldas a John y me tapé con la manta.

—Ya van tres.

—Diez —dije, envolviéndome hasta los ojos.

—Jessie, ¿estás bien? El tono ligeramente preocupado de John hizo que me calmara.

—No sé...

John se arrastra más hacia mí y me abraza por detrás.

Me relajo en su abrazo y cubro su palma con mi mano.

—Siento no haberte escuchado en la casa White.

—Sabía que no podía retenerte. Vi cómo le mirabas.

—¿Cómo te estoy mirando? —Resoplé y me acurruqué más cerca de mi amigo.

Sus brazos son como un cálido capullo en este momento. Siempre ayudan.

—Como Jamie miraba a Landon —sonríe— y le doy una patada en las costillas con el codo. —¡Ay! Vale. Estabas dispuesta a llorar por él.

—¿Cómo?

—Sí, exacto. Puede que él fuera el agresor, pero tú intentabas ayudarle. Y estoy seguro de que si los guardias hubieran empezado a pegarle, no habrías dudado en coger el cuchillo para liberar a Justin.

—¿Hablas en serio? —resoplo.

—¿Es así como me veía desde fuera?

—Ajá. Como una hembra desesperada dispuesta a luchar por su macho.

—Es la influencia de tus películas idiotas en tu cerebro.

Yo no tenía ese aspecto.

—Claro que sí. Sobre todo cuando se le tiró al cuello delante de todos.

—Ya basta.

Me quito el brazo de John de los hombros y me alejo arrastrándome unos centímetros.

—Ven aquí —me levantó y me acercó de nuevo a su pecho—. —No pasa nada por enamorarse, Jessie.

—Yo no...

—Deja ya de negarlo. Fuiste un cobarde cuando se presentó en tu casa. Cuando me echaste solo para estar a solas con él. En ese momento me di cuenta.

—No es verdad —apreté los labios.

—¿Es realmente cierto?

—Es un gilipollas.

—A todas las chicas les encantan los chicos malos, ¿recuerdas?

—No puede gustarme. No me gusta.

—No tiene que caer bien para generar amor.

Algo hizo clic en mi corazón. O tal vez fue un trozo de hielo que se rompió. No importaba, porque tenía muchas ganas de ver a Justin y explicárselo todo.

No debería haber huido. No esta vez y no de él. Y Corey puede irse al infierno. Justin no es así. John deja de hablar. Yo tampoco digo ni una palabra más. Nos dormimos abrazados y tenía calor. Pero había más calor en los brazos de Justin.



Capítulo 14. Jessie

Sheila me despedirá, sin duda. Y tendría toda la razón para hacerlo. Yo en su lugar me despediría. ¿Quién quiere a una empleada que no hace su trabajo y engaña a la dirección? Exacto, nadie. Así que me dirijo al bar a la hora de comer, convencida de que será la última vez que haga mi turno.

—Hola, mentirosilla —dijo Sheila, con la campanilla tintineando sobre mi cabeza.

—Sheila... —Admito plenamente mi culpabilidad —logré arrastrarme hasta el mostrador con mirada culpable—. —Y tienes todo el derecho a despedirme.

—Por desgracia, últimamente Justin lo hace exclusivamente —tarareó, y siguió evitando mi mirada.

—Entonces, definitivamente, debería abrigarme... Me quito la capa y paso detrás del mostrador. —Lo siento. Anoche fue una noche de locos.

—Te perdonaré si me lo cuentas —siguió fingiendo no reparar en mí, pero pude ver que entrecerraba los ojos en mi dirección—. —Y espero que tu historia tenga algo que ver con esas manchas moradas de mi cuello.

—¡Mierda! Me llevo las manos al cuello. ¡Esta mañana no me he dado cuenta de nada!

—Venga ya. Lo he visto todo. ¿Las secuelas de una noche loca? —sonrió.

—¡Eso no es lo que quería decir! Qué vergüenza. No puedo creer que no lo viera.

Somos chicas mayores. Y no tenemos nada de que avergonzarnos —dijo Sheila, mirándome por fin.

—Vamos, estoy esperando.

—No sé ni por dónde empezar...

—En resumen.

—Estaba trabajando el banquete de los White cuando Justin borracho irrumpió en su casa...

—Dios mío… La toalla cae de las manos de Sheila y sus ojos se abren como dos platos.

Parece que, después de todo, empezar por el núcleo no merecía la pena.

—Esto no...

—Sheila, no entiendo de qué va esto. Golpeó a su hermano. ¡Estaba tan enfadado! Ojalá hubieras podido verlo. Yo... no sabía qué hacer —me apoyé en la barra y puse la cara entre las manos—. —No entiendo nada. Su madre es muy grosera. La Sra. White es la madre de Justin, ¿no? ¿Lo estoy entendiendo bien?

—Um... Sí.

—Entonces estoy totalmente confusa. ¿Por qué se preocupa tanto por Jonathan y le importa un bledo Justin? ¿Y Ángelo? ¿No se preocupa en absoluto por su hermano pequeño?

—Guau. ¿Qué?

Sheila me agarra de la muñeca.

—¿Qué tiene que ver Ángelo con esto? ¿Cómo sabes de él?

—Bueno, yo... una vez bebí demasiado.

Sheila entornó los ojos, pero no dijo nada.

—Y Justin me llevó a su casa... —Sheila no ocultó en absoluto su derrota, pero siguió callada. —Y aquella mañana conocí a su hermano pequeño, Ángelo. Fue un accidente.

—Espera, no. Sheila sacude la cabeza—. —Ángelo no es en absoluto...

—Hola, guapas —la frase de Sheila es interrumpida por John.

Estaba segura de que hoy aparecería por aquí. Incluso pensé que vendría directamente conmigo.

—Oh, no —suspiró Sheila.

—Sé fuerte, te animé.

—La presión va a ser seria.

—¿Por qué tan poca gente? —John sonríe y mira a los visitantes esporádicos.

—Porque es de día —reprendió Sheila y puso los ojos en blanco.

No le gusta. Lástima que a John eso no lo importa. Mi amigo se quita la chaqueta y se sienta en el mostrador frente a Sheila. Su sonrisa es deslumbrante y su expresión es de gran felicidad, como si le hubiera tocado el gordo.

—¿Qué es lo que quieres?

La mirada de Sheila es impenetrable.

—Me encantaría tomar un café. Y yo podría invitarte a uno.

—Aquí todo es gratis para mí. No te molestes —resopló, pero luego vaciló, mirando fijamente a la puerta principal: el timbre había sonado y parecía ahuyentar a Sheila.

Entra en el bar una chica con el pelo rosado y un abrigo gris brillante y botas altas de plataforma. Agita su pelo rizado como a cámara lenta, levanta la barbilla y camina con paso seguro hacia nosotros. Sheila se queda paralizada a mi lado como si hubiera visto un fantasma.

—Hola —la voz de la rosa señorita es demasiado dulce y su sonrisa es tan agradable que parece haber conocido a sus mejores amigos.

—¿Qué haces aquí? —siseó Sheila— y me di cuenta de que nada de la amabilidad de la pelirroja era necesario.

—Quería felicitarte la Navidad... y ver cómo estabas. Te echo de menos, Shei —dijo, sonriendo a la chica, a la que John ya estaba mirando de los pies a la cabeza.

—Estoy bien, Diana. —Sheila se puso tensa y ni siquiera intentó devolverle la sonrisa—. Incluso mejor de lo que puedes imaginar.

—¿De verdad? —dijo, entornando los ojos y poniendo la mano en la barra para inclinarse sobre ella, más cerca de la cara de Sheila.

—De verdad —intervino John, y Sheila y yo le miramos un momento.

«¡Por qué ha abierto la boca!».

También llamó la atención de Diana, que por fin se fijó en el enorme cuerpo que había la misma barra, cerca de nosotros. Antes de eso, parecía que la chica solo había visto a Sheila.

—Sheila y yo nos disfrutamos muy bien. No tienes que preocuparte por Sheila Di... —John está sonriendo.

¿Qué pasa? —yo no puedo entender a qué clase de juego está jugando.

—Diana —tarareó la chica, y se arregló los rizos rosas.

Luego se volvió hacia Sheila:

—¿En serio? ¿Has vuelto con los chicos? No me lo puedo creer. ¿De verdad te he hecho tanto daño?

Joder. Así que esta es la exnovia de Sheila. La misma zorra que la dejó con esas palabras:

—Las relaciones reales son poligámicas. Asúmelo, cariño. Toma y da. Disfrútalo. No duramos para siempre.

Perra. Ahora comprendo perfectamente la frustración de Sheila. Tenemos que sacarla de aquí. Y John parece pensar más rápido que yo, salvo que no se avergüenza de sus conjeturas.

En lugar de eso, John rodeó desafiante el brazo de Sheila con una expresión de desconcierto en los ojos.

Cerré los ojos por un momento, anticipando la bofetada que estaba a punto de darle en la cara.

O peor aún, un puñetazo en la nariz. De una mujer luchadora como Sheila te esperarías cualquier cosa.

"Que la fuerza te acompañe, John. Ahora tienes problemas."

—Tendré que creerte, Diana —John acaricia el dorso de la mano de Sheila, que Diana mira furiosa.

Esa zorra está celosa. Bravo, John. Mis respetos.

—Por cierto, encantado de conocerte. Sheila me ha hablado mucho de ti. Y de tu habilidad para desaparecer de su vida. Así que hazme un favor y úsala de nuevo: desaparece.

«¡¿Qué?! ¡Mierda!»

Se me cae la mandíbula. Se me van a salir los ojos de las órbitas. ¡No puedo creer que esté oyendo esto de mi amigo John! Juro que nunca le había visto tan valiente.

¿Dónde aprendió a hacerlo? ¿Cuándo lo hizo?

Sheila está tan impresionada como yo.

Ella agita las pestañas, pero no suelta la mano de John. Parece congelada para siempre.

Los ojos verdes de Diana chisporrotean en John. Luego entrecierra los ojos, ríe entre dientes y le lanza a Sheila la mirada más despectiva de su arsenal:

—Nunca va a estar tan feliz con él como lo fuiste conmigo. Recuerda mis palabras, Shei.

Arruga aún más la nariz, se revuelve el rizado pelo rojo y sale del bar, casi arrancando viva a la pobre campana. Su ruidosa salida va acompañada de las miradas contrariadas de los clientes, que han venido aquí a relajarse y beber cerveza, no a ver una sentida tragedia en dos actos.

El timbre se calma, los perturbados hombres vuelven a sus copas y solo entonces Sheila retira la mano de la palma de John.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Pensé que te vendría bien mi ayuda.

—¿En serio? ¿Puedes pensar? ¡¿Quién te ha pedido que te ocupes de tus asuntos?!

Sheila está furiosa. Y si no fuera por el respeto que siente por sus clientes, ya habrían estallado las bombillas de toda la sala. Prefiero no involucrarme (solo un idiota se metería bajo la mano caliente de Sheila) y observar desde la barrera.

—A nadie. Solo lo sentí. Bueno, como tu ex ya no te arruina el humor, puedes sonreír y tener una cita conmigo en vez de darme las gracias.

Inquebrantable. Ni siquiera la ira de Sheila puede socavar sus intenciones. Solamente puedo compadecerme de ella y desearle que tenga nervios de acero.

—¿Qué? ¿Estás loco? —gruñe.

—Te enviaré las coordenadas por mensaje de texto mañana. ¿O quieres que te recoja?

—¡Lárgate de aquí!

John me guiña un ojo y se aleja, iluminando su camino con una sonrisa brillante y victoriosa.

—Si le das mi número, no te lo perdonaré ni después de muerta —me fulminó Sheila con la mirada.

—Mierda... Lo siento. Ayer me rogó que le diera mi número —me mordí el labio y me aparté por si acaso.

—¡Maldito seas, Jessie! ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Ten una cita con él —murmuró y esbozó una sonrisa tan bonita que me dolieron las mejillas —. John es muy bueno, de verdad.

—Y un idiota raro— dijo, y se rindió tirando la toalla en un cajón bajo la barra—. Necesito una copa.

Sheila me echa la barra sobre los hombros para el resto de la velada. Y lo entiendo: la presión de John es mucha para digerir, pero no va a ir a ninguna parte.

Mi jefa vuelve a las diez, cuando la afluencia de clientes aumenta considerablemente. Probablemente, pensó que no podría hacerlo sola. Ha descansado un poco y ahora parece más relajada. Esperemos que su estado emocional no empeore hoy.

En cualquier caso, estaré a su lado, dispuesto a pegarle un puñetazo a otro borracho gilipollas.

—¿No hablamos de eso? —pregunté de pasada, mientras mezclaba un ron doble Long Island para un cliente.

—No lo haremos —suspiró Sheila.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo si lo necesitas —sonreí, contestándole con la misma frase que ella me dijo una vez.

Sheila hizo un leve gesto con los labios y se sumergió en su trabajo. Menos mal que hoy no hay tanta gente, así que puedo trabajar a mis anchas. Incluso puedes soñar despierta.

Las manos de Justin... Las que me llevan al frenesí. Sus poderosos hombros y su fuerte torso me hacen gemir más a menudo. Su cuerpo tatuado que quiero tocar, apretar, besar. Mierda... sobre sus ojos. Como los de un perro. Son tan profundos. Tan amables. Un hombre con ojos así no podía ser un demonio. Qué equivocada estaba.

—Hola —mis fantasías aún no habían alcanzado su punto álgido, pero ya se vieron interrumpidas por la dulce voz de una rubia.

—Eh, estoy hablando contigo —volví a la realidad y mi vista se centró en un rostro contrariado con los labios color escarlata—. Quiero algo dulce con un toque de sabor a naranja, melocotón o frambuesa.

—Te has equivocado de sitio, Pamela —intervino Sheila. —Aquí no servimos té helado con sabor a fruta.

—Mmm... Sheila es un encanto, como siempre —sonrió falsamente Sheila—. —Bueno, ya que estás de buen humor, ¿puedes decirme dónde está Justin? Le necesito ya.

En ese momento me doy cuenta. Pamela.

—¿Eres Pamela?

—No, no soy Pamela. ¿Quién es Pamela? — Pamela empieza a estar como una muñeca ridícula.

—No lo sé. Justin no nos diga donde y cuando va a estar: nos visita a veces.

Se me retorció el corazón en el pecho y el estómago, se me hizo un nudo que me quería hacer explotar sobre la barra.

Su nombre resuena en mis sienes. Retumba y retumba, pero no es nada comparado con el dolor que siento cuando veo esos mismos ojos tristes en la puerta del bar.

La mirada de Justin se detiene en mí solo un segundo, luego sonríe a Pamela, maldita sea, y se dirige hacia ella. No hacia mí. No a mí, es cierto.

Lo demuestra el brazo que le rodea la cintura. Ella sonríe, le susurra algo al oído y se va. Se dirige a su despacho. Con las llaves en la mano. Con una sonrisa pintada en la cara. Su puto despacho, donde Justin me besó apasionadamente. Mi corazón está a punto de desmoronarse. Le quemo con la mirada, pero no me presta atención.

«Eso es lo que querías, Rodríguez, cuando saliste corriendo de su cama. Eso es lo que querías».

No lo hice. Más que nada, quería quedarme con él.

—Sí, por cierto... Me estremezco al oír su voz y clavo los dedos en la barra para que no me tiemblen las manos. —Toma, coge esto. Creo que es tuyo.

Las llaves del coche rechinan y caen cerca de mis manos, y apenas puedo contener las lágrimas: significa que ya no necesita una excusa para llevarme a su cama, significa que ya no me quiere. Ya no me necesita.

«¿Era necesario en absoluto?».

Quizá me esté inventando todo esto.

Quizá John tenga razón y a todos nos atraigan los chicos malos.

Pero solo que no estamos en una película. Y, en realidad, ninguno de ellos cambia. Cada uno de ellos es un gilipollas y siguen siéndolo. Justin acecha a la vuelta de la esquina y mis uñas «decoran» la barra con nuevos arañazos.

—Jessie... —La mano de Sheila se posó suavemente en mi hombro—. —Esa zorra no significa nada para él. Confía en mí.

—Lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos.

Cojo la cubitera, la lleno hasta arriba y salgo corriendo de detrás del mostrador. Mis piernas me llevan a través de la multitud. Tengo la respiración agitada. El corazón me late desbocado.

«Solo están hablando», resonó en la mente de Jessie la Jessie ingenua, la que casi había confiado sus secretos al demonio.

Lo sabía, pero no quería creer lo que le esperaba al otro lado de la puerta. No sé qué fue más rápido, sí que se cayera el cubo o que me fallaran las piernas al ver sus manos en sus pechos.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en el rostro de Pamela mientras permanece casi desnuda ante él, al que se había entregado la noche anterior. Al que se había entregado la noche anterior. Los ojos del ciervo son engañosos. El mismísimo diablo acecha tras ellos, alimentándose de mi alma.

Estuve a punto de creerlo. Casi puse mi corazón en sus manos. Pensé que él lo calentaría. Pensé que me salvaría. Y sentí otro puñetazo en el pecho. Solo estaba jugando conmigo. Yo quería confiar en él. Se aprovechó. Yo tenía tantas ganas de ayudarle. Le hice creer que era especial. Y nunca me había equivocado tanto en mi vida.



Capítulo 15. Justin - Cuidador de Elfas

Me imagino lo que habría pasado si nos hubiera pillado en una posición más agradable, —se ríe Pamela—. Qué niña tan mona. Tan vulnerable. Probablemente, ni siquiera sabe lo que es que te follen de verdad —soltó una risita, y la aparté de mí.

—Sal.

—¿Qué? —abre la boca como un pez y agita sus largas pestañas.

—Sube la cremallera de tu abrigo y lárgate.

—Pero... Tú eres quien me ha llamado aquí... —se envuelve el abrigo y lo acolcha con las manos bajo los pechos.

—Para hablar, no para follarte —me pasa la mano por el pelo.

—Joder.

He jugado a este juego para nada. Jessie se está volviendo loca ahora mismo.

—Sí, cuando hablábamos, Justin —el rostro de Pamela volvió a esbozar una sonrisa y se acercó más, poniéndome la mano en el pecho.

—Supe enseguida lo que querías decir —su dedo se deslizó hacia abajo, y agarré la muñeca de Pamela.

—¡No lo entiendes, joder! Estoy harto de todo este espectáculo. Sal ahora mismo.

—Justin —balbuceó desde la puerta, agarrándose el cuello del abrigo.

—¿Ya no me quieres?

—No. No tienes amor propio, Pamela. Y lo siento.

Cierro la puerta de golpe y no tengo ni idea de cómo explicárselo a la Elfa. Ni siquiera sé por qué tengo que explicarle nada. Fue ella quien huyó de mí. No quiso quedarse conmigo cuando yo quería quedarme con alguien.

Así que no voy tras ella. No me apresuro a consolarla. No intento hacerla cambiar de opinión. Nunca he perseguido a nadie. Y ella no es una excepción.

Ya la he dejado llegar demasiado lejos. Donde antes solo había sitio para Sandra. Espero a que cierre el bar antes de salir de mi despacho. Sheila está sola detrás de la barra, fregando vasos sucios.

—¿Qué tal el turno? —Me preguntó poniendo mi característica sonrisa en la cara, como si todo lo que había dentro de Justin Morris hubiera muerto hacía tiempo y no le importara que el frágil cuerpo de Jessie no se viera por aquí.

—Si hablas de dinero, está bien. Si te refieres a mi moral, es el peor turno que he tenido este año.

—Venga ya. Aún hay tiempo antes de que acabe el año. Puede que tengas un nuevo ganador en tu lista «top».

—Gracias—, me lanza una mirada contrariada y continúa su trabajo.

—Venga, vamos. Vamos a tomar algo.

Me senté frente a él y puse sobre la encimera una caja oblonga envuelta para regalo con un lazo verde brillante.

—¿Qué demonios es eso de la espiga?

—Tu regalo de Navidad. Cógelo o cambiaré de opinión.

—¿Un regalo de quién? Sheila se quedó perpleja y pasó el dedo por el contorno de la caja.

—Del hombre más guapo y sexy con el que, por desgracia para ti, aún no te has acostado.

Chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco, pero empezó a desembalar el papel de regalo.

—Te has cambiado, ¿verdad? —Sheila sonrió y arrancó el papel del regalo. —No me puedo creer que hayas decidido hacerme un regalo de Navidad, gilipollas —tartamudeó al darse cuenta de lo que había debajo del envoltorio, pero ahora estaba sonriendo.

—¡¿Un consolador, Justin?! ¿Hablas en serio? ¡Maldito imbécil! Empuja la caja a un lado y coge una toalla. —¡Idiota! —Me dio una bofetada en el cuello.

—¡Creía que echabas de menos los genitales masculinos! Me cubro y me doblo por la mitad de la risa. —Solo hay 25 para «saciarte a fondo».

—¡Idiota! —Vuelve a golpearme con la toalla. —Cretino.

—¿Tengo que devolver a Joe? —A duras penas consigo calmarme y dejar de reír.

—¿Quién? —grita Sheila.

—Joe o John. Decidí llamarle así. Pero, si no te gusta, puedes cambiarle el nombre. Dependiendo de lo que te resulte, más cómodo gritar cuando te da placer.

—¡Pedazo de imbécil! —me regaña Sheila y arroja la caja de John bajo la barra ante mi risa incontrolable—.

—Espero que te guste mucho. Ya me contarás.

—Eres el amigo más repugnante.

—Y tú eres la mejor amiga, Sheila.

Entrecierra los ojos y deja la toalla sobre la encimera, declarando una tregua.

—Y voy a hacer una petición —le empuja otra cajita rectangular.

—Si hay otro...

—¿Ese tamaño? ¿Quién la necesita? —Sheila pone los ojos en blanco y acepta el regalo.

—Es para Jessie. Dáselo. Y no digas que es de mi parte.

—¿Por qué? —Tararea e inclina la cabeza hacia un lado, evaluando mi reacción.

—Porque es imposible que ese duende inadecuado acepte un regalo mío.

—¿Qué hay ahí?

—No importa. —Entonces tampoco me importa por qué no lo acepta de ti —pone la caja sobre la mesa y me la devuelve.

—Vale —Sheila cubre el regalo con la mano y se lo acerca.

—Hay un iPhone. El suyo la tiró. Además, estaba roto. Y tú y yo lo necesitamos para estar en contacto.

—Sí —asiente Sheila y hace una mueca de lo más sentenciosa.

—Así que Jessica recibe un iPhone y yo un consolador gigante.

—Conozco a las chicas, ¿no?

Me dan otra bofetada con la toalla.

—No sé qué pasa entre vosotros dos, pero ella sigue aquí. Y definitivamente tenéis que hablar.

Se me hace un nudo en la garganta y toso.

—Sírveme un poco de whisky.

—Justin, hablo en serio. Lo veo todo. La veo flipando y te veo flipando.

—No participo en el análisis psicológico hasta después de la tercera pila.

Sheila coge la botella y nos sirve una ronda a los dos. Me bebo la primera de un trago, igual que ella. Le sigue la segunda.

—¿Dónde está? —pregunto cuando el tercer vaso está casi vacío.

—Fue al almacén por alguna razón, aunque yo no lo envié. Sigue allí. ¿Qué has hecho?

—O mejor dicho, lo que no hizo.

Sheila me mira de manera incomprensible.

—Me ha dejado, Sheila. La chica a la que quise por primera vez en todo este tiempo para algo más me abandonó. Se fue cuando yo quería que se quedara. Por un momento, pensé que era especial, ¿sabes?

El alcohol me da un golpe en la cabeza y me suelta la lengua.

—Vi algo en ella... Insólito. Había visto un fuego que nunca había visto en nadie más. Creí que yo también me había encendido. Creí que ella también lo sentía, y así fue.

—Ella lo siente, Justin. Lo siente. Y eres un tonto si no puedes verlo.

—¿De verdad? —Levantó la mirada y terminó mi vaso—. ¿Por qué has huido? Las mujeres estáis locas.

—Supongo que deberías preguntárselo. Jessie no es una chica fácil. Pero es obvio que siente algo por ti.

—¿Hablas en serio? —Sonríe.

—Sí. Y por eso me voy —, dijo Sheila escurriendo su vaso.

—No te olvides de cerrar el bar. —No voy a ir con ella. —Sí que irás, si ella significa algo para ti. Tu Pamela ha arruinado todo lo que hay que arruinar. Ya te lo he dicho, deshazte de ella.

—Me he deshecho de ella ya.

—Pero Jessie no lo sabe —Sheila se pone la chaqueta y me hace un gesto con la cabeza—. —Sé que no eres gilipollas— Sheila saca mi regalo de debajo del mostrador y lo esconde bajo su chaqueta—. —Aunque me lo hayas dado tú.

—Entonces déjalo.

—Oh, no.

—Entonces podrás decirme cómo funciona.

—¡De ninguna manera! —Se ríe—. Y esto para Jessie —empuja la caja de regalos por la barra —. Dáselo tú mismo.

Sheila se va y, por los sonidos del bar, se oye el leve tintineo de una campana y un salón muy silencioso. Hago girar el vaso bajo vacío entre mis dedos, lo aparto y recojo el regalo para Jessie.

¿Cómo voy a dárselo?

«Sostenía los pechos de Pamela y ahora sostengo tu regalo iPhone. Cógelo y perdóname».

—Dios, soy idiota...

Me levanto de detrás de la barra y apago las luces que quedan encendidas. Empezaba a ser demasiado agobiante. Ahora la habitación solo está iluminada por las tenues luces de la calle que asoman por las ventanas. La noche es preciosa. Incluso ahora que vuelve a llover.

La ciudad asusta a algunas personas, que tienen que correr con sus abrigos puestos, pero a mí no. Encuentro consuelo en la noche de esta ciudad. Por la noche me convierto en parte de ella y me siento más vivo que durante el día. Y la lluvia también suele traer paz a mi corazón. Suele hacerlo. Pero hoy no.

Ni siquiera el whisky podía apagar la amargura de mi pecho.

—Sheila, he arreglado el almacén. Te alegrarás —la voz de Jessie llenó la oscura habitación y me quedé paralizada contra la pared.

—Maldita sea, ¿por qué está tan oscuro? ¡Sheila! ¿Estás ahorrando electricidad? ¡Está tan oscuro como el culo de un cíclope!

Ahogo una risita y me muerdo el labio. Mis ojos están acostumbrados a la oscuridad, así que puedo ver los ojos de Jessie que sondean la puerta y, luego, sus manos se posan en la pared donde estoy de pie.

—Mierda, Sheila, ¿dónde estás?

Sus dedos se deslizan más allá y encuentran mi hombro antes de que la coja de la muñeca. Bruscamente, atraigo a Jessie hacia mí. Ella chilla y, sin pensarlo, me golpea en el pecho con su segundo puño. Supongo que le apuntaba a la cara.

—Me gusta esa Elfa luchadora —no me alejo ni un milímetro, solo la atraigo más contra mí.

—¿Justin? —exhala pesadamente.

—¿Cómo pudiste confundirme con otra persona? —Podía sentir su aliento hirviente justo debajo de mi cuello.

—Maníaco —me empuja más fuerte contra su pecho que contra la pared y se libera de mi agarre.

—Y te encanta.

—En absoluto. ¿Dónde está Sheila?

—Se fue a casa.

—Entonces yo también me voy.

—Espera —la alcanzo en la barra y la agarro por debajo del codo.

—Tengo algo para ti —Jessie se queda desconcertada un momento y yo meto la mano en la caja de regalo y se la doy.

—Ábrelo. Te gustará. No está roto. No es de la basura. Y definitivamente se puede llamar.

—¡Métete esa mierda por el culo y llama tres veces! —me sacude la mano.

—Me alegro de que tengas fantasías con mi culo. El tuyo, por cierto, también me ha estado llamando atención de encanto.

—¿Ah, sí? —resopló. —Creo que cualquier culo en un radio de 60 centímetros te hace llamar atención. Sobre todo, si lleva lencería de encaje.

Jessie se dio la vuelta e intentó alejarse de nuevo.

—¡Estoy hasta los cojones de ti!

—¡Para un momento, loca! —La agarré por el hombro y tiré de ella hacia mí.

—¿Para qué? —me grita en la cara—. No llevo un sujetador transparente rojo para llamar tu atención. Te lo estás creyendo, ¿verdad? ¿Como un toro que se lanza a por un trapo rojo? Solo son instintos animales, ¿verdad, Justin? Eso es todo lo que quieres: ¡un cuerpo hermoso en un caparazón, pechos perfectos y piel impecable!

Vuelve a golpearme en el pecho y se libera de mis brazos.

—¡Esto! ¡Quieres esa maldita foto! ¡Y pensabas que yo era igual! ¡Solo por eso me follaste! —solloza.

La luz de las farolas refleja débilmente el resplandor de su rostro y puedo ver que está llorando.

No esperaba este giro.

No esperaba que Jessie fuera brusca.

No esperaba que no dijera nada y se fuera corriendo a casa, pero no que me lo soltara a la cara.

—¿Qué quieres de mí ahora? Ya has hecho tu asunto.

—¿Qué coño es «asunto mío»? —Ya estoy que me salgo.

Esa loca está fuera de sí. La apreté contra la barra y la bloqueé con ambas manos.

—¡Lo mismo que le hiciste a Pamela! ¡No te importa a quién te folles! ¡Mientras tengas un buen cuerpo! ¿Por eso me diste la espalda? ¿Por eso te fuiste con ella? ¿Lo has visto todo? —grita entre lágrimas— y yo no tengo ni idea de lo que está hablando.

—¿De qué estás hablando?

—¿Lo viste bien? ¿Lo sentiste? ¿Fue suficiente? ¿O debo enseñarte más para asegurarme de que te apartes de mí y dejes de tocarme?

—¿De verdad estás enferma? Me inclino hacia su cara y la rodeo con la palma de la mano—. ¿Me oyes? ¡No entiendo una puta palabra de lo que dices!

Aprieta los dientes, me empuja y se quita la sudadera.

—Mira —jadeó entre sollozos, pero se desabrochó los vaqueros. —Mira y recuerda.

Se los quitó de las piernas con fervor y se los entregó a Pamela para cubrir la fea imagen con algo hermoso.

En las desvaídas luces de la noche de Los Ángeles, puedo ver el frecuente agitarse de sus pechos y el crisparse de su vientre, donde, cerca de la línea inferior de sus bragas, unas ásperas

cicatrices cortan la delicada piel. Bajan también hasta sus piernas, por el interior, y le cubren el cuerpo casi hasta la mitad de los muslos. Son muchas. Y cómo pude no verlo. Cómo pude no sentirlo. Cómo pude...

Por eso no me dejaba bajar más.

Por eso me besaba constantemente, apartando mis labios de las caricias prohibidas.

Por eso están prohibidas.

Dios... ¿Y ella cree que esas cicatrices son la razón por la que dejé ella y he llamado a Harber?

— Jessie... Quiero acercarme y abrazarla, pero las piernas no me obedecen y me quedo paralizada en el sitio, aturdida.

—¡No necesito tu puta compasión! —Vuelve a ponerse los vaqueros.

—¡No necesito nada de eso! ¡No te necesito! ¡Sé lo que soy! ¡Sé que alguien con tantos defectos como yo no pertenece a alguien como tú!

Se mete bruscamente la cabeza en el jersey y corre hacia el mostrador a por su capa verde, enredándoselo en las mangas, pero la intercepto a medio camino.

—¿Lo hizo él?

—Vete al infierno, Justin— rompe a llorar e intenta pasar a mi lado, pero la agarro por los hombros.

—No sabía nada. No lo sabía, Jessie. ¿Por eso huiste? ¿Pensaste que me alejaría?

—Sé que nunca volverás a quererme. ¿Quién quiere a alguien tan defectuoso? ¿Quién quiere a alguien a quien solo se puede follar en la oscuridad? — Sollozó y me apartó las manos.

—¡Suéltame! —y golpeándome el pecho con los puños—. ¡Suéltame, Justin!

—Pero no quiero, Jessie. Mírame.

—¡No! —le supliqué a Jessie—. ¡Déjame en paz!

Me empuja de nuevo y pasa rozándome; aun así, esta vez no la retengo. Porque necesita tiempo para calmarse. Sin mí. Necesita tiempo para escuchar mis palabras. Y aún más para creer que realmente no me importan sus heridas. Estoy dispuesto a besar todas sus cicatrices. Y lo haré en cuanto se calme. En cuanto me deje tocarla de nuevo.

Y seguro que mato a ese bastardo. Estoy seguro de que fue él quien hizo todo esto. El malnacido de Corey Rodríguez, que nunca llegará a sheriff de la ciudad porque morirá antes que yo (sí, no pude soportarlo y empecé a cavar debajo de él).

Pero ahora mismo necesito calmarme y replantearme las cosas. Y ella necesita calmarse y replantearse las cosas.

Tengo que ser paciente y esperarla.

Tengo que darle tiempo.

Tengo que dejar que decida por sí misma si una tonta como yo es digna de sus revelaciones.

Ha sido un día muy largo y muy difícil para los dos.

Los dos estamos emocionados y abrumados. Además, voy a tener que esforzarme mucho para no volar ahora mismo a .

No para enterrar vivo a su hermano muerto. La idea de estar a 400 millas de la retribución me corroe el cerebro como un gusano. Pero siempre se me ha dado bien esperar el mejor momento. Y esta vez no es una excepción. Corey Rodríguez va a recibir su merecido. Te lo juro. Si no fuera Justin Morris.



Capítulo 16. Jessie

Llorando e histérica, luché por encontrar mi coche y me amontoné en la cabina. Tenía frío, pero más por lo que había hecho.

¿Cómo podría haber hecho eso?

¿De dónde saqué el valor?

¿Fui yo quien se quitó los vaqueros delante de Justin?

¿Yo, que exhibí mi vientre?

¿Y Jessie, que se bajó los vaqueros y mostró al hombre que la traicionó su alma llena de cicatrices?

Después de todo, vendí mi alma a un demonio. No había otra forma de explicarlo. Aún me temblaba el labio inferior y me corrían lágrimas por las mejillas. Confié en la persona equivocada. Debería haber huido para siempre.

No habría problemas.

No habría frustración ni desesperación.

No habría putas rabietas ni un dolor punzante en el pecho.

¿Por qué lo siento? ¿Por qué me duele como si me estuvieran pasando el corazón por una picadora de carne? Y quiero llorar hasta que mis ojos, mi alma y toda la inutilidad de Jessie Rodríguez salgan con mis lágrimas.

Necesito un lugar donde ponerme. Algún sitio donde no esté sola. Algún sitio donde no me miren los ojos asustados de John y me interroguen.

Vuelvo al bar cuando Justin ha abandonado definitivamente sus confines. No sé si seré capaz siquiera de mirarle a los ojos. Pero por muy idiota que suene ahora mismo, necesito su regalo. Solo por esta vez.

Desembalo mi iPhone de última generación y, nada más resoplar por la banalidad, cae de debajo de la funda una tarjeta con una nota manuscrita: «Mi número aparece en "Favoritos", aún quedan los de Sheila y tu John».

No la borres hasta que te la hayas aprendido de memoria. “Cuidador de Elfa”. Las lágrimas que habían desaparecido volvieron a filtrarse. Cerré los puños con fuerza y apreté los ojos. No, esto no es más que otra de sus burlas.

Me dominé y cogí el teléfono superdotado para marcar el número de Sheila.

—Me has dado un susto de muerte, nena —dijo Sheila, arrastrándome literalmente a su piso del brazo.

—Espero no haber despertado.

—¡A la mierda este sueño! Pasa.

No es habitual ver a Sheila con el pelo recogido en una coleta y una bata de lana hecha en casa, pero es agradable. Como su pequeño piso, que me recuerda a mi diminuto espacio en Compton. Solo que es más grande y no tiene grietas en el techo. Y sin paredes amarillentas. Y sin suelos de parqué que crujen. Es todo muy luminoso y nuevo, pero bastante acogedor.

Nunca me había dado cuenta de que a Sheila le gustaban los tonos beige. Igual que a John.

—¿Vino o ron? —grita Sheila desde la cocina— mientras yo miro alrededor del salón.

—No creo que sea necesario beber.

—Pues vete a casa —me cortó.

—El vino.

—Solo hay ginebra —dijo Sheila entrando en el salón con la botella en las manos.

—Entonces, ¿por qué preguntaste?

—Era interesante que reconocieras el nivel de tu estado emocional.

—¿Y?

—Algo más fuerte que el vino servirá. Además, Sheila tiene unos pechos enormes para sollozar —sonrió—.

—No me refiero al tamaño de los pechos en sentido literal.

Se hunde en la amplia repisa junto a la ventana acolchada, cruza las piernas y me hace señas para que me una a ella. Asiento con la cabeza y me acerco a ella mientras Sheila nos sirve a cada uno un trago de whisky y le exprime una rodaja de lima.

—¿Y el hielo? —pregunto, tomando asiento enfrente, en una montaña de mullidos cojines—.

—Justin te mataría por decir eso —sonrió.

—Jesús... Está en todas partes, —suspira en voz alta antes de darse cuenta.

—Porque no me había dado cuenta —una leve sonrisa se dibujó en sus mejillas.

—Cuéntame de iPhone, vamos. Me ha regalado un consolador.

—¿De verdad?

Mejillas encendidas involuntariamente.

—Sí. Dijo que le puso John.

—Dios mío —me río y soplo por la nariz el sorbo de ginebra que acabo de tomar.

—¿No le has dicho nada? —Sheila le mira con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo habría tenido tiempo? —Me limpio la nariz con la palma de la mano y la miro seriamente.

—Ah, vale. Hoy no se trata de eso. Y más al grano: Sheila empuja mi vaso con el suyo. —Hasta el fondo—, da un trago y me espera. Arrugo la nariz, pero la sigo.

—Jessie, ¿qué tienes contra él?

—Nada. Ya viste con quién se fue hoy. Y vi cómo sus pechos, con el sujetador de rejilla, apenas cabían en la palma de su mano.

—La dejó, Jessie.

—Oh, no —sonreí—. —No puede ser.

—Le dejó plantada, Jessie —interrumpió Sheila con firmeza—. —Dejó plantada a Pamela, a quien, lo siento, se tiró durante seis meses. ¿Acaso eso no importa?

—No, es que no me lo creo.

—¿Y el hecho de que estuvieras en su casa y de que durmieras en ella? ¿Tampoco importa? ¿Y el hecho de que conozcas a su hijo? ¿Eso no significa nada para ti? Nadie sabía nada de Ángelo. Nadie.

O es el efecto de la vieja en la lengua de Sheila o en su imaginación.

¿Qué hijo?

—¿De qué estás hablando? Estoy desconcertado. —¿Ángelo? ¿El niño de diez años? ¿Te refieres a él?

—Sí, sobre él. —Sheila me mira con confianza y ni siquiera pestañea.

—Y es... —murmure.

—El hijo de Justin.

—¿El hijo de Justin?

La actividad cerebral es nula. Me gustaría achacarlo a los efectos del alcohol. ¿Pero el hijo de Justin? ¿Un hijo? ¿El padre de Justin?

Justin, ¿quién es un demonio, quién es un asqueroso, quién es el padre de alguien? Y no de cualquiera, sino del niño de diez años que vive con él. Un niño de diez años.

El padre de Justin ni un año, ni siquiera dos. Diez veces al año. Durante casi la mitad de mi vida, un hombre que yo creía que ni siquiera podía cuidar de sí mismo ha estado criando a un niño. Y lo está haciendo solo.

Pero, ¿dónde está la madre?

¿Les había abandonado?

O... Oh, Dios... Me alcanza un rayo aleccionador.

—De Sandra… Pero no le llama padre, le llama por nombre - Justin —sale de mi boca.

—¿Te ha hablado también de Sandra? —Sheila se le cae el vaso de las manos y el resto de la bebida salpica el suelo, pero no parece importarle.

—No. Oí ese nombre cuando golpeaba a Jonathan.

—¡Madre de Dios! —Sheila coge el vaso.

El puzle empieza a encajar.

—Sheila... Decía que Sandra había sido asesinada. Gritó que Jonathan vivía en una casa con un asesino —digo en voz baja, como si esto fuera un gran secreto y pudieran oírnos.

También siento que estoy husmeando en secretos que no debería conocer.

— Jessie, ojalá pudiera aclarar tus ideas, pero no puedo. Lo siento. Esta conversación no tiene por qué ser conmigo. Además, yo tampoco conozco los detalles de la historia. Deberías hablar con Justin.

«No querrá hablar conmigo».

La amargura se me arruga en la garganta, e intento atravesarla con otro sorbo de alcohol.

—Ya ni siquiera querrá verme. Y probablemente debería dejarlo antes de que lo haga.

—No seas tonta —le dijo Sheila con un gesto—. Los dos sois igual de cabezotas y no veis lo evidente. ¿No ves lo que siente por ti? ¿No sientes lo mismo? Admite que estás celoso de él. Admítelo ante ti misma, no ante mí: «Justin, gilipollas, te quiero, te quiero, joder». Hiciste que me diera vueltas la cabeza. Me robaste el corazón. Tú y tú otra vez. Me vuelves loca con tu comportamiento. Así que dejemos de hacer esta idiotez por separado y empecemos a hacerla juntos».

—No, no, mierda. No puedo.

—Sí que puedes. Ahora te toca a ti.

Un momento nos come el silencio.

—Estoy enamorada, Sheila —exhaló en voz baja y bajó la vista—. Y eso apesta. Porque ahora no sé cómo mirarle a los ojos. Después de lo que hice.

—Sé que os acostasteis. Y sé que huiste de él después.

—¿Te lo ha dicho? —me pregunté.

No puedo creer que Justin hablara de mí con Sheila.

No puedo creer que lo que hice le afectara.

No puedo creer que mi escapada de su apartamento.

¿Fue mi marcha del bar la razón de este comportamiento indiferente? Pensé que le había herido el ego, pero nada más. No creía haberle herido los sentimientos. No creía que pudiera sentir algo por alguien como yo.

Dios, qué idiota soy. ¿Qué he hecho? He expuesto mi propia fealdad. Se la he echado en cara a Justin. Con tanta fuerza que ya no podrá mirarme como antes. Si es que quiere mirarme.

—Lo hice. Y no tienes ni idea del daño que le hiciste al hacerlo. Le hiciste daño en el corazón, Jessie. Y te lo advertí. Te dije que tuvieras cuidado con él. Pero no me creíste. Sabes, da igual que sea Justin, da igual lo gilipollas y arrogante que parezca, sigue siendo tan vulnerable como hace diez años. Y ahora que lo sabes, depende de ti decidir si tienes miedo y huyes de nuevo o si te detienes e intentas tener una maldita conversación.

—Tengo que pensarlo... Me temo que ya la he liado.

—Me temo que no lo sabrás a menos que lo compruebes —sonrió Sheila.

—Ah, y por cierto, si mañana no recoges tu iPhone del bar, me lo quedo. Tenlo en cuenta.

—Vale, vale, te entiendo.

—¿Puedo darte el número de Justin? —jugó con sus cejas.

—Ya lo ha puesto ahí.

Pienso en los contactos de teléfono, y un débil escalofrío me recorre el cuerpo. Está en mis favoritos. Y no solo en los contactos de mi teléfono.

—Maldita sea, Elfa, ¡puedes hacer que sea el más feliz de todos los tiempos! —exclamó, como si hubiera pronunciado un discurso solemne.

—Y tú, por cierto, también puedes hacer un poco más feliz a una persona —entrecierro los ojos —. Un tipo muy romántico y vulnerable al que se le rompería el corazón si le rechazaras.

—No, no, no, no —agita los brazos y la cabeza. —No, no y no otra vez. No seas complaciente. No te conviene.

—Una cita.

—¡No!

—¡Solo una! ¿Cuánto vale para ti? John es un tipo muy majo.

—No cumple ninguno de mis criterios.

Miro fijamente a Sheila, que se termina el chupito y pone los ojos en blanco.

—Bueno, en primer lugar, es un tío.

—Es decir, has salido con chicos —sonreí.

—Fue hace mucho tiempo y fue muy triste. Ojalá pudiera borrar esa experiencia de mi vida, pero por desgracia...

—No todos los tíos son iguales.

—Ah, en segundo lugar —interrumpió Sheila—. —Es más joven que yo. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintidós? ¿Veintitrés?

—Veinticinco. ¡Y la edad no importa!

—No salgo con imbéciles.

—Nadie te obliga a salir con él. Simplemente ten una cita. Dale una oportunidad. Deja que te distraiga de Diana...

Al mencionar el nombre de su ex, Sheila se estremece y me lanza una mirada furiosa que al instante se llena de tristeza.

—Zorra —exhaló Sheila.

—Y, por cierto, gracias a él, ella ha salido muy rápido del bar.

—Vale —resopló Sheila, entornando los ojos—. Una cita. No más.

—Una cita.

—Dile que me recoja el jueves a las siete.

—Se hará.

—¡Y tú estás trabajando conmigo en Nochevieja por eso!

—Haré.

—Y piensa en Justin.

Ahora me apretaba la mano.

«No paró ni un minuto».

Si la cita de Sheila y John había salido bien, y ella incluso le había dejado venir al bar esta noche, ¿por qué no iba a probar suerte? Sobre todo en Nochevieja. Quizá el universo me diera el valor para hablar con Justin esa noche.

Durante cinco días mantuvo mi mente ocupada. Cinco putos días repitiendo cada palabra que decía en mi cabeza. Repasándolas, repitiéndolas, repensándolas. Eso me hizo darme cuenta una vez más de lo idiota, histérica y débil que soy.

Intenté marcar su número cien veces. Cien veces leí el nombre del contacto, «Elf-keeper», y cien veces sonreí y marqué. Y cien veces lo había dejado antes del primer tono. Cien veces ignoró las miradas lascivas y los suspiros de John mientras se cernía sobre el teléfono.

Y exactamente cien veces mandé a mi amigo al infierno cuando sonrió radiante y dijo que todo el mundo tenía derecho a una oportunidad. Lo tengo. Y probablemente incluso yo. Así que, cuando John suspiró por enésima vez mientras se probaba su mejor camisa, no pude soportarlo.

—¿Adónde vas? —Me sorprende cuando apenas me levanto del asiento.

—Ya has conseguido lo que querías. Me voy a casa de Justin.

Pero no puedo aparecer así, sin más.

No puedo llamar a su puerta tras cinco días de silencio como si nada hubiera pasado.

No puedo iniciar una conversación de la nada.

No puedo, ¿verdad?

Necesito una razón.

«Promoción de Año Nuevo: todos los árboles de Navidad con un 80 % de descuento», leí sin darme cuenta en el brillante cartel, mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde en el cruce.

La razón ha venido enseguida.

El Universo parece estar de mi lado, después de todo, y no tengo una nueva excusa para escapar. Todo parece funcionar a mi favor. Solo espero que Justin no me cierre la puerta en las narices.



Capítulo 17. Justin

Cinco días de silencio.

Cinco jodidos días de silencio.

Cinco malditos días de mi paciencia angelical a punto de estallar.

Y yo a punto de volar al puto San Pedro justo a sus pies. No me importa que me prometiera que le daría libertad para elegir. Me da igual.

Vendré y haré que me escuche. Ni siquiera me distrae el trabajo. No me distraen las llamadas de Ángelo ni las de mi padre, que admira cada día que paso en las montañas. Ni me distraen los cigarrillos ni la música. Me he empapado los pulmones. Ya he puesto varias veces todos mis discos favoritos, pero ni una sola vez me he relajado.

Y no podía deshacerse de la imagen de Jessie en su cabeza. ¿Cuánto dolor había soportado?

«Mierda...», exhalé en el alto techo y estiré los brazos sobre el respaldo del sofá de cuero. Una voz llena el salón con el sonido del jazz y puedo escuchar lo increíble que suena en vinilo.

Es impresionante. Cierro los ojos y dejo que cada palabra, cada sonido, cada transición me atraviesen. Imagino una aguja afilada que toca el disco y da vueltas y vueltas, calmándome.

¿Cuándo me ha importado? —exhalé pesadamente en el vacío de la habitación y bebí un sorbo de whisky del vaso que había sobre la mesita. Treinta y uno de diciembre. La luna ha vuelto entre las densas nubes sobre Los Ángeles. Es casi un puto año nuevo, y no va a ser bueno. Como todos los anteriores. Completamente solo.

¿Y desde cuándo dejó de gustarme estar solo?

A la mierda. Me levanto del sofá y me quito la camiseta. Me cambio y voy a casa de Jessie. Está decidido. Pero mi decisión se ve interrumpida por unos débiles golpes en la puerta, que no habría oído si no hubiera terminado la grabación.

—¿Quién coño está ahí? —Abro la puerta y la expresión de fastidio de mi cara cambia inmediatamente a una de asombro.

—¡¿Jessie?!

No puede ser. Estoy alucinando.

—Hola —dice.

Sí, ella. La Elfa con la capa verde. Y con un árbol de Navidad en su mano.

—¿Es alguna clase de broma? —La miro por encima, luego al árbol, luego a ella, boca abajo otra vez, y me quedo inmóvil ante sus ojos confusos.

—Tu casa es muy acogedora, pero... La última vez, pensé que faltaba un árbol de Navidad.

—¿Así que notaste la falta de un árbol de Navidad la última vez?

—Sí, eso, me acerqué entonces solo para traerlo —afirma con seriedad, y yo no puedo contener una sonrisa.

Una pequeña bastarda. Al que estoy dispuesto a besar hasta el frenesí ahora mismo.

—Pues como es así, me siento ofendido y ni siquiera te ayudaré —me hago a un lado para que pueda pasarse en la abertura con ese árbol de Navidad—. ¿Y de dónde lo has sacado?

—He cortado por el camino. Me pasa el árbol a mi mano.

—¿Siempre llevando un hacha y dañando la naturaleza?

Entrecierro los ojos y miro su cara.

—¿Siempre te paseas medio desnudo por la casa y recibes así a los invitados? —empieza a quitarse la capa.

—No, te estaba esperando y no miento. Lo siento, no he tenido tiempo de quitarme los pantalones. Te lo compensaré.

Ella pone los ojos en blanco y me arrebata el árbol de Navidad de las manos.

—¿Dónde está Ángelo? A lo mejor no es como tú y quiere ayudarme.

—Sí, cuando conquistará la última salida en Big Bear [1] y luego te ayudará. Siéntate, espera un poco.

—¡Vaya! —La admiración relampaguea en sus ojos—. ¿Sabe esquiar?

—No digas eso delante de él. Me dijo que era demasiado viejo para esquiar, así que iba a hacer snowboard.

—Es una locura —soltó una risita—. Es tan valiente. Le he comprado un regalo. Ojalá Ángelo estuviera aquí.

—¿Le has visto una vez en tu vida y ya le estás mimando con regalos?

Desde luego, no me lo esperaba. Los dos se gustaron mutuamente, inexplicablemente, a primera vista. Ángelo parecía mucho más listo que yo: enseguida vio algo especial en Jessica.

—Es una baratija —sonríe avergonzada—. —Es un kit para experimentos químicos que puedes hacer en casa. Pensé que a Ángelo le gustaría. No para de decir que tiene cerebro —dijo Jessie, sonriendo—. Y parece que le gusta moverlo.

Es su frase favorita. Y me asombra la conciencia de mi... Ángelo.

Menudo gilipollas. Casi se quema. Por supuesto, no voy a ocultarle a Jessie para siempre que soy "padre". Algún día se lo diré. Pero antes de hacerlo, hay muchas cosas complicadas de las que tenemos que hablar.

Aun así, me pregunto si se da cuenta de que Ángelo es mi hijo. No creo que lo sepa. No creo que me creyera aunque se lo dijera. Estoy segura de que Jessie no piensa que alguien como yo sea capaz de criar a un niño sola. Y tiene razón en algunas cosas. Pero compensaré todos mis errores. Ya he empezado.

—Um... Vale, ¿dónde vamos a poner el árbol?

Ella me mira con sus ojos azules y yo finjo no darme cuenta de que le tiemblan las manos.

Los míos tiemblan de la misma manera. Ella está lo más torpe posible y yo estoy nerviosísima, pero, aun así, aguanto bastante bien.

—Tú lo has traído, depende de ti.

—Creo que... —entra en el salón, arrastrando tras de sí el puto árbol de Navidad.

Mira por la habitación como si no fuera una camarera, sino una famosa diseñadora de interiores de Europa, y se da por vencida:

—... Quedará bien aquí, entre las ventanas, entre la esquina grande en salón. Es perfecto.

—¿Con tu testarudez? —me río a sus espaldas—. Si quisieras, podrías arrastrar hasta aquí una secuoya de cien metros.

Jessie se vuelve y me lanza una mirada severa.

—Ponte la camiseta y no me distraigas.

—Después de decir eso, ni hablar.

Me acerco a ella y pongo la palma de la mano sobre la que tiene agarrada al tronco del árbol. Jessie contiene la respiración, y yo acaricio su hermoso rostro con la otra mano y paso el pulgar por su pómulo cincelado.

—¿Quieres poner un árbol de Navidad? —respira con dificultad, y me mira.

—¿Ahora mismo? —Le paso el dedo por la mejilla hasta los labios. Dios, es preciosa.

—Sí —jadea, y yo trago saliva, nervioso, tocándole el labio inferior con la yema del dedo.

—¿Por eso has venido? —Apretó mis labios contra los suyos y se inclinó hacia ella.

Oh, dioses, quiero besarla. Pero aún no es el momento.

«Ten paciencia, Justin. Controla tu temperamento. Si no, volverás a asustarla con tus empujones».

—No... Acabas de quitarme la otra razón.

—Nunca necesitas una excusa. Recuérdalo, Jessie —le digo, mientras apenas consigo apartar las manos de su cara y me alejo.

---

1. **Big Bear Mountain Resort** es uno de los resorts de esquí más populares cerca de Los Ángeles, ubicado a aproximadamente 2-2.5 horas en coche. El resort incluye dos áreas principales de esquí: **Bear Mountain** y **Snow Summit**. Aquí se ofrecen pistas de diversos niveles de dificultad, desde principiantes hasta avanzados, así como otras actividades invernales, como snowboard, tubing y caminatas con raquetas de nieve. Este destino es ideal para disfrutar de la nieve y de diversas actividades al aire libre durante la temporada invernal.



Capítulo 18. Justin

Respiro aire y me arreglo el pelo. Ahora es muy difícil no tocarla. Tengo que desviar mi atención hacia otra cosa. Apartar la mirada de sus labios seductores.

—No tengo nada con lo que vestir a esta belleza —digo, señalando con la cabeza el abeto que vuelve a estar en mi campo de visión y alejándome un paso de Jessie.

De lo contrario, estallaré, y entonces el árbol y su maldita ropa irán al infierno. Y lo deseo con todas mis fuerzas. Pero ahora no es el momento. Hace tiempo que Justin Morris se ha convertido en un dechado de castidad.

—Ah... Um... He comprado guirnaldas.

—Pues empieza. Nos serviré una copa y pondré música. ¿Podemos acabar a medianoche? Solo faltan dos horas.

—Por supuesto.

Después de todo, me pongo una camiseta para no avergonzarla demasiado e incluso ayudo a colgar la maldita guirnalda enredada. La sostengo y espero a que Jessie deje de hacer círculos alrededor del árbol para poder extenderla uniformemente por las ramas.

—Me encanta el jazz —dice en voz baja mientras termina de acariciarme la cabeza—. Y en vinilo, su música llega hasta la médula.

—Nunca pensé que escucharía algo así...

—Eso sí que ha sonado insultante —dije indignada.

—Perdona. Es que nunca pensé que tú y yo tuviéramos los mismos gustos.

—¿Está Three Days Grace en el coche? ¿Se te ha olvidado?

Enchufo las luces en el enchufe y brillan con lucecitas cálidas.

—Es precioso, Justin —dijo ella, y yo no miraba el árbol—.

Pero para mí es más bonito que esas luces en sus ojos.

—Una locura —observé su sonrisa.

Ella tan genuina y pura, como si realmente hubiera visto algún tipo de milagro.

—Era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Jessie se vuelve hacia mí y el resplandor de la guirnalda incandescente sigue recorriendo su mejilla.

—Gracias —le dije directamente a los ojos—. Por traer alegrías y el humor de fiesta a mi casa.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Me alegro de que hayas venido.

Respira hondo y está a punto de decir algo. ¿Estoy preparado para oírlo ahora? Se siente tan bien. Es como si nunca hubiera estado conmigo. Y, por primera vez, tengo miedo de estropear algo. Miedo de perderme un momento mágico con ella.

—Justin...

—Jessie —abrimos la boca al mismo tiempo y me siento como una especie de imbécil juvenil. —Está a punto de ser medianoche. Voy a descorchar el champán.

—De acuerdo. Se muerde los labios donde yo debería morder yo y vuelve al mueble de los discos, mientras yo me cubro mentalmente de blasfemias y me dirijo a la nevera a por champán. El indeciso Justin, de dieciséis años, me estaba poniendo de los nervios.

—Tienes una colección increíble —dijo su voz desde el salón—. ¡Me encanta! Y quiero escucharlos todos, ¡sin excepción!

—Se diría que lo sabes todo —tarareé, volviendo a la habitación con dos copas y una botella de champán. No tengo ni idea de dónde ha salido ni bajo qué estaba cuando la compré, pero, por extraño que parezca, ahora me está viniendo muy bien.

—¿Lo probamos? —dejé caer el contenido de mis manos sobre la mesita—. Pongo un disco y tú adivinas el artista, la canción y el álbum.

—Puff —pone los ojos en blanco—. Así de sencillo.

—Pues siéntate. Aún tendrás tiempo de perder antes de Nochevieja —la cojo de la mano y la siento en el sofá—. —Estamos jugando por un deseo.

—Estoy de acuerdo —dice, aceptando el reto con gusto.

—Y no te atrevas a mirar. Si haces trampas tienes su castigo. Igual que el primer error.

—Qué normas tan estrictas.

—¿Y pensabas que solo sabía hacer bromas?

—¿Cuál es la multa? —Sonrió, y yo me cerní sobre ella, apoyando las manos en el respaldo del sofá, a ambos lados de sus hombros.

Empujando mi rodilla entre sus piernas, me incliné cerca de su oreja. Jessie soltó un suspiro apenas audible.

—Voy a empezar a quitarte una cosa cada vez. Los calcetines no cuentan. Ya te los quité en el otro día.

Recorro su rostro con la mirada y observo cómo se le arruga el labio inferior entre los dientes. Después, su cuello, por donde se marca una vena. Más tarde, sus pechos, que ahora se inflaman con demasiada frecuencia. Luego miro su vientre, donde están las malditas cicatrices. Joder. Quiero desnudarla aquí mismo para demostrarle que esas cosas no me importan. Que no significan nada. No significan nada, excepto que me dan ganas de matar a otro ser humano. Pero tengo el control. Mi dureza solo la ahuyentará.

—Empecemos —rozo mis labios con los suyos a propósito y vuelvo al tocadiscos.

—¿Antes de tus dos derrotas? ¿Tan segura estás de ti misma? —Tragó saliva, intentando normalizar su respiración.

—Absolutamente —me doy la vuelta y le envío una sonrisa socarrona.

—Así que primer asalto —dejo el disco y me siento a su lado—. Y otra cosa. Si reconoces una canción, cántala.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Solías dar clases de canto. Quiero —toqué con el dorso de la mano, su muslo y lo acaricié ligeramente—. Quiero oír tu voz.

Jessie observa los movimientos de mis dedos y asiente con la cabeza. La música llena la habitación y veo cómo la cabeza de Jessie se sacude al escuchar las primeras notas.

¿De verdad ha adivinado tan rápido?

«Impecable», dice cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

—*No me duele* —empieza a cantar.

Su voz. Es algo como cristal. Algo etéreo y tan bello. Ya estoy bajo su hechizo. No puedo dejar de mirar a la criatura deslumbrante que tengo a mi lado.

Ni siquiera podía moverme: el vacío invisible de su voz me envolvía por completo, enviando un agradable escalofrío por mi piel y levantando medio centímetro cada vello de mi cuerpo. Era un efecto increíble que nunca había experimentado.

Y estoy seguro de que nunca lo experimentaré con nadie más. Solo Jessie es capaz de hacer tales trucos con mi cuerpo y, creo, también con mi corazón. Sigue cantando suavemente.

Jessie deja de hablar y abre los ojos, enfrentándose a mi mirada, que se clava en la suya.

—Ya lo tengo. Dame el siguiente.

—Tienes una voz increíble. ¿Lo sabías?

No puedo dejar de admirarla.

—¿Un cumplido de Justin? ¿Estoy en una realidad alternativa?

—Tal vez —sonreí, dirigiéndome al armario. Tendría que elegir algo más duro para sacar a Jessie de aquella sudadera blanca que ocultaba todos los encantos de su impecable figura.

Y, en cuanto aparece el disco que he estado poniendo toda la noche, pensé en él. Esa canción en concreto es la primera de la lista. Bajo la aguja y dejo que... Llena la habitación suavemente, cada nota envía a mi corazón una emoción sin precedentes.

Miro a Jessie, apoyada en el armario, y me doy cuenta de que no conoce al artista. Tampoco conoce la canción. Pero, desde luego, le gusta lo que oye.

—No lo sabe —afirmo con seguridad.

—Shh —siseó—. Déjame oírla. Qué canción más bonita, Justin. Has conseguido sorprenderme... ¿Quién es?

—Es una chica irlandesa con mucho talento. Esta canción es muy especial.

—¿A qué? Me recuerda a ti.

¿Qué podría hacer si se apoderara de mi cerebro? ¿Se metiera ahí y expulsara todos los demás pensamientos? Como si tuviera dieciséis años otra vez. Y otra vez. Más aún con la llegada de Jessie. Escucha atentamente cada palabra e incluso la pronuncia en voz baja para Imelda May. Sabía que podía asombrarla.

—Entonces —me mira, como si intentara ver dentro de mi alma.

—Puesto que asocias esta canción conmigo, ¿tampoco te cansarás nunca de pensar en mí?

—Supongo que sí —estudié detenidamente su reacción—. Y realmente quiero ser alguien a quien siempre puedas acudir. Pase lo que pase, Jessie. Siempre.

Está estupefacta por mi confesión. Y yo estoy estupefacto por haberla pronunciado. Está claro que estoy loco o realmente hechizado. No creo que esto sea una broma. Jessie hunde los dedos en su sudadera y arruga los bordes. No sabe dónde mirar o si simplemente no puede creerse que esté hablando en serio.

—Quítatelo —exigí. Es hora de aligerar el ambiente o voy a decir muchas cosas innecesarias a este paso.

—¿Qué? —exclamó asombrado.

—Deshazte de eso o lo haré yo.

—¿Tienes valor? ¿Cuál es esa canción?

—No pudiste adivinar la canción. Te dije que no bromeaba sobre las reglas. Quítatelo.

Me acerqué al sofá, apoyé la cabeza en el reposabrazos y me puse sobre ella. Su respiración se aceleró al instante.

—¿O necesitas mi ayuda?

Le toqué la barbilla con el dedo y se la pasé por el cuello.

—¿Sabes? Siempre estoy dispuesto a ayudarte.

La empujé hacia abajo y apreté sus hombros contra el respaldo del sofá, pero apoyé la rodilla en el muslo de Jessie y me acerqué a su cara respingona. Jessie suelta un jadeo involuntario y se separa sus labios húmedos.

—Pero no me detendré en el jersey. Ya me conoces, —mi palma se desliza sobre su ropa y traza el contorno de la curva de su cintura. —

—Es Lágrimas negras de Imelda May, una sensual balada grabada con Jeff Beck.

—Lo haré yo misma —respiró contra mis labios mientras mis dedos tiraban de la parte inferior de la maldita sudadera. —Apuesta la tercera. Aún no he perdido.

—No sabía que las Elfas fueran tan jugadoras —sonrió al borde de sus labios y apenas los rozó con la punta de la lengua antes de enderezarme.

Cambio el disco por uno que ella reconocerá en un segundo, pero lo pongo solo para oír a Jessie cantarlo. Estoy segura de que estoy a punto de presenciar el comienzo de un dúo único.

De fondo se oye un bonito y triste tema de piano y la voz de Sarah McLachlan, que comienza a cantar la canción Ángel. En lugar de poner voz al título de la canción, Jessie empieza a cantar junto con la vocalista.

Soy un gilipollas. Me quedo inmóvil ante el tocadiscos y miro fijamente su cara, de cuyos ojos cerrados empiezan a brotar lágrimas. Soy gilipollas.

Su voz derrumba todos mis muros. Todas las actitudes. Todas las actitudes que me he dado. Todo se va al infierno y pierdo el control. Me abalanzo sobre sus labios, salados de nuevo, tan rápido que no me doy cuenta de que he acortado la distancia entre el tocadiscos y el sofá.

—No te atrevas —murmuré a través del beso y apreté las palmas de las manos contra sus mejillas húmedas—. No te atrevas a pensar que voy a darte la espalda, ¿me oyes? No te atrevas a pensar que eso cambia nada. No te atrevas. ¿Me entiendes?

Hundo más la lengua en su boca.

Estoy temblando. Tengo tanta fiebre que podría abrumarla. Jessie me clava los dedos en las costillas y me devuelve el beso con tantas ganas como si fuera el último día que viviéramos.



Capítulo 19. Justin

Nos arrastra un huracán. Se lleva por delante todos los principios tambaleantes que nos mantenían erguidos y nos derriba sobre la superficie de cuero del sofá.

Rápidamente, le quito la puta sudadera a Jessie y la acurruco sobre sus omóplatos, apretando mi cuerpo contra el sofá, besando sus labios, su cuello, sus clavículas, como un hombre hambriento que se dirige a sus pechos.

Estoy hambriento. Una bestia que no puede saciarse de ella. Enrosco la boca en un pezón a través de la fina tela de su sujetador, lo aprieto con los dientes y oigo un gemido ronco y prolongado. Jessie se arquea debajo de mí y suplica más. Pero no necesito que me lo pidan. Yo mismo quiero más de ella. Me arranco la camiseta y le despojo los pechos del sujetador, mordisqueando el pezón hinchado.

—Justin… —gime ella, y yo presiono con los dedos la piel de sus costillas, y sigo mordiendo la tierna carne.

Mis manos se deslizan por mi cuerpo hasta los muslos, que se presionan contra mi ingle y responden a cada empuje indirecto. Mi lengua vuelve a lamer el pezón y baja hasta su vientre, que se contrae por la respiración frecuente de Jessie. Beso cada centímetro de su piel. Absorbiendo cada aliento. Alcanzo el botón de la cintura alta de sus vaqueros y Jessie deja de respirar. Pero ahora lo entiendo.

—Apaga la luz —le tiembla la voz.

—No.

—Justin, por favor.

—Tengo una idea mejor. Dejo un beso en sus labios antes de separarme y encuentro rápidamente mi camiseta en el suelo.

—¿Qué haces? Ella se quedó perpleja cuando la senté en el sofá y le hice levantar las manos.

—No te resistas —tiró de su cuerpo hacia mi camiseta e hice que Jessie se pusiera en pie. La tela cae y le cubre los muslos.

—No entiendo nada...

—Y no tienes por qué hacerlo —mis labios volvieron a poseer los suyos y mis manos volvieron a buscar el botón de sus vaqueros.

—Justin... —se sobresaltó e interrumpió mi mano.

—No pasa nada. Déjame —su agarre se afloja y deslizo los vaqueros por sus muslos.

Los bajo con suavidad y cuidado, y me pongo en cuclillas, descubriendo sus torneadas piernas.

—Eres tan guapa... —suspiro— confía en mí.

Me bajo los vaqueros hasta el fondo y los tiro a un lado. Luego rozo con mis labios el interior de su pierna, acaricio la piel con las manos y busco sus muslos.

—Justin —vuelve a decir y me clava las uñas en los hombros, apenas dejando que mis dedos se escabullan bajo la camiseta.

Está totalmente temblorosa. Pero no tiene por qué avergonzarse de mí. Y voy a demostrárselo.

Haré lo que sea para que Jessie deje de tener miedo.

Haré cualquier cosa para ganarme su confianza.

Haré cualquier cosa para que se olvide de su discapacidad a mi lado.

Cubriré cada cicatriz con un beso.

Convertiré su complejo en un activo. Puedo hacerlo. Le haré ver lo hermoso que es cada centímetro de su cuerpo. Lo hermosa que es en su conjunto.

—No veré nada —le digo, y la cojo en brazos, y le rodeo la cintura con las piernas, tirando de ella para besarla—.

Gime más fuerte cuando la llevo a la mesa de la cocina y me abraza con más fuerza. Aquí está más oscuro y estará más cómoda. La siento en la encimera y abro más sus piernas, acomodándome entre ellas.

—Ahora no digas nada.

La miro a los ojos, asustada, y le insto mentalmente a que me crea, a que confíe en mis actos. Jessie contiene la respiración y yo deslizo los dedos bajo la camiseta que cubre sus muslos y toco ligeramente donde empiezan las cicatrices. Ella aprieta los bordes del tablero con los dedos y cierra los ojos, pero yo no me detengo.

Siento su serenidad.

Mis manos empiezan a temblar como las de Jessie. Pero no porque me sienta incómodo. No, es que siento su dolor pasado y el corazón se me encoge en el pecho. Así que me arrodillo frente a

ella y apoyo los labios en el interior de su muslo. Donde se detienen mis dedos.

Su temblor se intensifica, pero sigo besándola. Sin retirar el borde de su camiseta, beso su piel y deslizo sus bragas por los muslos.

Jessie no respira, pero no le importa cuando le quito suavemente el trozo de tela de los tobillos. Me tomo un momento para mirarla. Es tan inocente. Y tan tensa. Sigue insegura y luchando contra el miedo.

—Yo también tengo cicatrices bajo la piel —susurro—. Solo que no puedes verlas. Pero por ti, desnudaré cada una de ellas.

Jessie abre los ojos cerrados y vuelvo a besar sus piernas, abriéndolas más y escondiendo la cara bajo la tela de su larga camiseta. Beso sus muslos, cada corte que no puedo ver, pero sí sentir, y finalmente deslizo la lengua a lo largo de su clítoris.

—Justin— dijo su cuerpo al instante, arqueando la espalda y las caderas para recibir mis caricias.

—Oh, Jessie, solo estoy empezando.

Me lamo el clítoris y me lo llevo a la boca, rodeándolo con los labios. Chupo la carne sensible y aumento los movimientos de mi lengua.

—Jesús, Justin… —su voz es ronca y eso me excita aún más.

—Joder, qué dulce eres, Jessie —le separé, la entrepierna con los dedos y metí la lengua más adentro—. Tan jugosa.

Mi pene palpita y está a punto de reventar a través de los vaqueros. Deslizo un dedo en su interior y, con un fuerte gemido de Jessie, me desabrocho la bragueta con la otra mano.

—Joder… Estoy dispuesto a lamerte sin parar.

Deslizo la lengua sobre su clítoris hinchado y le meto un segundo dedo.

—Justin... —gimió ella, empezando a menear las caderas al compás de mis dedos.

Mi lengua describe movimientos circulares alrededor de su clítoris, mientras mi mano libre saca mi pene de los bóxers y lo agarra con fuerza.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeó, y me agarró fuertemente el hombro con la palma de la mano.

—Dios— sus gemidos hacen que mis dos manos se aceleren.

—Nunca en mi vida había experimentado nada como esto. Estoy en medio de algo.

Echa la cabeza hacia atrás y me agarra con fuerza el hombro.

—Córrete para mí —me muevo en ella más deprisa, hundiéndome todo lo que puedo, alcanzando el punto deseado—. Vamos, mi nena. No te contengas —le tapo la entrepierna con la

boca y saboreo su orgasmo en la lengua.

—¡Justin! —su sollozo rompe el silencio de la cocina y queda amortiguado por la explosión de los fuegos artificiales de fuera.

Saco la cabeza de debajo de la camiseta y veo que el cielo negro del exterior de la ventana panorámica arde con cientos de luces multicolores que iluminan el rostro relajado de Jessie. Destellos rojos y verdes rebotan en sus mejillas y se reflejan en sus ojos azul oscuro.

—Feliz Año Nuevo, Elfa —me levanté de las rodillas y me acurruqué sobre ella, apoyado entre sus piernas—. Espero que hayas cumplido tu deseo —me relamí los labios y deslicé mi mirada hambrienta por su cuerpo.

—Yo haré la mía.

La agarro por las caderas y tiro de ella para acercarla a mí. Jessie se apoya en la encimera, con la camisa ligeramente levantada.

—Aún no he terminado contigo —me inclino hacia sus labios entreabiertos—. Y lo siento si esto va a ser rápido. Tus gemidos casi hacen que me corra.

Irrumpo en Jessie con un beso y, de un empujón, la hundo hasta el fondo. Está tan mojada que me deslizo fácilmente en su interior y exhalo ruidosamente en su boca:

—Joder, qué apretada estás, Jessie —le digo con más fuerza, apretándole las nalgas desnudas con los dedos.

Tengo que ir más despacio. He ido demasiado rápido. Pero, joder, no puedes contenerte con ella. No puedo controlar mi cuerpo. Me obligo a ir más despacio y aflojo el agarre de sus caderas.

—¿Te encuentras bien?

Me hundo en ella más lentamente y trago el aire que ya tiembla dentro de mis pulmones. Esto es una tortura.

—No —susurra mientras mi polla se desliza hasta la mitad de su interior y vuelve a entrar suavemente—. No quiero que te contengas conmigo.

Sus dedos presionan mis costillas y Jessie empuja bruscamente sus caderas hacia mí, forzándome a entrar en ella hasta el fondo.

—Joder… —gruñó, dejando escapar un gemido ronco.

—No tienes que fingir conmigo, ¿me oyes? Conmigo no.

Corto su susurro con un beso furioso. Le arranco el labio inferior, mordiéndolo y chupándolo. Me trago su sollozo lujurioso en los labios e introduzco mi lengua en su boca, entrelazándola con la suya.

—¿Es eso lo que querías? Le aprieto la barbilla con los dedos y empiezo a moverme más deprisa dentro de ella—. ¿Es eso, Jessie?

El golpeteo de nuestros cuerpos entre sí se hizo más frecuente y potente.

—Sí… No pares, Justin —me clava las uñas en los hombros.

Y yo le rodeo el cuello con la palma de la mano y hundo mis labios en los suyos, mordiendo la piel húmeda. Jessie echa la cabeza hacia atrás y gime largo y tendido.

Con cada embestida, mi pene empieza a palpitar con más fuerza. Y con cada embestida, siento que se aprieta más contra mí. Le aprieto las nalgas con la mano libre y acelero el ritmo. Es perfecta para mí. Es como si su cuerpo, todo Jessie Rodríguez, estuviera hecho para mí. No me lo creería y me retorcería la cabeza si no lo hubiera probado por mí mismo. Si no me hubiera asegurado de que cada célula de su cuerpo respondiera a mi impulso.

No habría oído latir su corazón al compás del mío.

—Justin, más... Más... Más... Por favor…

Apoyó la cabeza en la dura encimera y frotó sus pechos contra mi torso sudoroso.

—Mi Elfa exigente.

Me la follo aún más fuerte, llegando hasta el fondo cada vez. Me encanta que le guste duro. Que quiera más. Que es tan insaciable como yo. Y no se avergüenza de demostrarlo.

—No te contengas —respiró Jessie con fuerza—. Dame tu verdadero yo.

—Joder…

Aprieto su cuello entre los dientes y deslizo la lengua sobre la piel húmeda.

—Dime cuánto me deseas. Cuánto deseas que te haga correrte otra vez.

—Quiero... —susurró, y empujó las caderas hacia delante—. —Haz que me corra.

—Lo haré —lo apreté por el cuello y le mordí los labios.

—Solo tú... —gimió ella a través del beso. —Solo tú me haces estas cosas... Solo tú me haces así...

—Solo yo y solo yo, Jessie. Sólo yo.

En ese momento, no necesitas que los fuegos artificiales estallen en llamas por sí solos. Sus palabras son suficientes.

Grita mi nombre.

Me corro con tanta fuerza que, por un momento, la oscuridad me cubre los ojos y mis piernas ceden, y aprieto a Jessie contra mi torso, respirando agitadamente.

—Eres perfecta —le besé los labios—. Y no voy a dejarte marchar esta noche. ¿Lo has entendido? No te atrevas a huir.

—¿Qué?

—Reuniré a los Elfas. Después los castigaré severamente.

Se ríe, y no puedo creer que no hace tanto estuviera temblando ante mi contacto, temerosa de confiar en mí. Creo que lo he conseguido. Creo que se ha relajado. Pero no parece ser suficiente.

—¿Champán y mi cama? ¿O nos quedamos en el salón? ¿Cómo lo quieres?

La beso en la sien y la ayudo a levantarse de la mesa.

—Quiero más música —sonríe Jessie y aprieta más los bordes de su larga camiseta.

Supongo que, después de todo, no lo he conseguido. Pero es un comienzo. No soy de los que se paren al principio.

—También necesito ducharme.

—Hay uno en la planta. Te lo enseñaré. Y ten en cuenta que esta vez no vas a huir.

—Esta vez no me escaparé —dije, tocándome tímidamente la mejilla y mirándolo directamente a los ojos—. No voy a huir de ti.

Una sacudida de electricidad recorrió mi cuerpo y me sacudió hasta la médula. Justin, creo que estás hecho un lío. Pelotas, orejas y un trozo de alma que parece estar creciendo como un hígado, si no, ¿por qué estoy sintiendo algo otra vez?

Nunca habría pensado que abrazar a Jessie contra mi pecho, tumbada entre los pliegues de la tela escocesa en el suelo de mi piso, sería más hermoso que cualquier cosa que me hubiera ocurrido en los últimos diez años. Solo nos iluminan el tenue resplandor de las luces del árbol de Navidad y las tenues luces de la noche de Los Ángeles, y ella es tan hermosa en esas luces, tan perfecta sobre mi pecho, como si perteneciera a ese lugar.

Se oye un leve crujido de vinilo y el ronco timbre de Louis Armstrong procedente de los altavoces de la sombría sala de estar, porque es imposible discutir con el persistente y persuasivo Rodríguez, aunque esta vez ni siquiera lo intenté.

—Por cierto —doy un sorbo a mi vaso y paso la palma de la mano por su suave pelo—. Me debes un deseo.

—¿Qué deseo? —Se resiente, e inmediatamente adopta una posición sentada, liberándose de mi abrazo.

—No has ganado la discusión.

—¡Pero solo me he perdido una canción!

—No importa.

—¡No es justo! ¡No hemos terminado! —me empuja en el hombro—.¡Te has aprovechado de mi debilidad!

—Me alegro de ser tu debilidad —le digo, y tiro de su mano para volver a acercarla a mí.

—Pero, aun así, perdiste. Así que me debes un deseo.

—Demonio astuto —resopla, pero sigue apoyando la cabeza en mi pecho.

Me habría reído, pero la petición tácita me aguó la fiesta. Las palabras se me asientan en la garganta, arañando sus paredes como si la repentina hinchazón les impidiera atravesarlas.

—Jessie... —Me humedezco la garganta con un sorbo de champán, sintiéndome ya culpable por preguntar—. —Cuéntame todo de eso.

Se estremece y se tensa visiblemente bajo mis manos.

—Sé que fue él. Sé que fue Corey quien te torturó —dije en voz tan baja que apenas podía oír mi propia voz.

Pero es suficiente para que ella lo oiga.

—Justin... —Jessie se zafó de mi abrazo, alejándose de mí a gatas y empujando las rodillas hacia el pecho, tirando de mi amplia camiseta sobre ellas—. Él... Yo... No puedo... —Se cubrió la cara con las manos y apoyó la frente en el regazo—. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a John... —susurra entre las palmas de las manos—. A nadie. Ni siquiera en la confesión de la iglesia.

«Ni un alma viviente... ¿Cuántos años lleva callada? ¿Cuánto dolor guarda en su interior?».

Hoy Jessie parece tan frágil y tan vulnerable que, si la abrazara ahora, me parecería que se desmorona bajo mis brazos. Y ella siempre me ha parecido fuerte. Insoportable y dura. Como yo misma. Ruda y decidida.

Como siempre he intentado aparentar. Pero en esta habitación había dos vidas destrozadas. Dos personas maltrechas, pero no rotas, que un día tomaron la decisión de callarse. De ahogar su pasado en sí mismas. La miro fijamente, al largo cabello que se derrama por sus piernas dobladas.

Observo las cálidas luces que brillan sobre sus suaves rizos y tocan suavemente sus manos en el regazo, y sé que tengo que protegerla. No dejaré que los demonios del pasado la alcancen. No dejaré que le hagan más daño.

—Espera —me levanto del suelo y Jessie me mira inmediatamente.

—¿Qué haces? —susurró, observando mis acciones.

Me acerco al árbol y desenchufo las luces, sumiendo el salón en una oscuridad total, con su silueta apenas visible.

Luego vuelvo junto a Jessica, me hundo en el suelo a sus pies y me tumbo a su lado sobre la tela escocesa.

—¿Por qué...? Podía encontrar palabras en la oscuridad. Y no miente —la cogí de la mano.

Jessie dudó solo un segundo, luego se deslizó y se acomodó a mi lado, mirando al techo. Respira hondo.

Enrollo mis brazos alrededor de sus delgados dedos.

—Cuando era pequeña, Corey era mi caballero... Pero a los doce años aprendí que los caballeros no existen. Todo es un engaño. No soy la princesa de un cuento de hadas y él nunca me protegerá. A los doce años, aprendí lo que significaba ser traicionada por alguien cercano a mí. Alguien a quien yo quería. Alguien a quien amaba con todo mi corazón. Sobre todo cuando papá se fuera. Él siempre prometió protegerme. Dijo que sería mi roca. Y lo fue. Él era el muro que aún no puedo traspasar.



Capítulo 20. Jessie

No sabía que fuera posible encontrar cosas en la oscuridad. Sobre todo, palabras. Pero en cuanto Justin apagó la luz y se tumbó a mi lado, de mi interior brotó la historia de una muchacha ingenua y un caballero poco valeroso.

Mientras las lágrimas fluían. No podía verlas, pero sabía que Justin podía oírme llorar. Era el temblor traicionero de mi voz y la ronquera que la coloreaba. Pero gracias a Justin por no dejar que se notara.

Gracias por no interrumpirme, por no pedirme que me calmara ni que me consolara. Lo único que hizo fue apretarme la mano con más fuerza y pasar sus dedos fríos por su mano caliente. Algún día dejaré de llorar. Pero en este minuto, siento que hoy, aquí en el suelo y junto a su pecho, con el corazón latiendo con demasiado ímpetu, puedo ser yo misma.

Puedo soltarme y ablandarme. Por el más mínimo momento que nunca antes me había permitido con nadie. Todos los demás están de fiesta en Nochevieja, cantando canciones y lanzando fuegos artificiales, mientras el loco Jessie Rodríguez llora y se confiesa con el Diablo tatuado. No se podría pensar en un escenario mejor para psicópatas como nosotros.

—Jessie —Justin se pone de lado.

No puedo ver, pero puedo sentir que me mira. Porque estoy metida bajo su brazo en alguna parte.

—No me mires a mí.

—De todas formas, no veo nada.

—No mientas. El diablo puede ver incluso en la oscuridad —dije, haciendo bromas idiotas cuando aún tenía las pestañas húmedas de llorar. Oh, dioses, creo que sí nos parecemos.

—Y sigues siendo un coñazo, incluso en la oscuridad —se deslizó bruscamente hacia abajo para mirarme—. Ven aquí.

No pregunta, pero me atrae hacia su duro pecho y me rodea los hombros con los brazos. Hundo la nariz en su cuello e inhalo profundamente, tapándome los ojos húmedos.

«Aquí es donde puedo calmarme», susurra mi corazón, y ya no tengo ganas de defenderme con bromas estúpidas. Creo que estoy preparada para sus preguntas.

—¿Por qué tu madre no hizo nada? ¿Cómo pudo permitirlo? ¿

Justin no me soltaba y oía su corazón tamborilear en su pecho.

—Puedes hacer la vista gorda ante cualquier cosa con tal de que tu hijo predilecto no resulte ser un auténtico sádico.

—¡Pero si es un puto sádico!

Justin no pudo soportarlo más y saltó del suelo, adoptando una posición sentada. Ya llevaba demasiado tiempo soportando en silencio su confesión.

—¡En aquella época deberían haberle encerrado en un psiquiátrico!

—Pero se sentía más cómoda pensando que yo era mentalmente inestable que admitiendo que su hijo era un pervertido.

—¿Y los demás? Fuiste a la escuela. ¡¿No pensaban todos allí que eras una psicópata que se cortaba?! ¡¿No lo vio nadie?! —gruñó Justin, pero dejó de hablar, aspirando aire—. Mierda... Lo siento. Jessie, lo siento —me rodeó los hombros con los brazos y me subió a su regazo como si fuera una muñeca de trapo—. Lo siento —besó mis labios salados—. Lo siento... No sé cómo lo guardas todo. No sé cómo tienes tanta fuerza en un cuerpo tan frágil.

Jadeó Justin con demasiada frecuencia, y sus manos temblaban, pero me sujetaban con más fuerza que unos grilletes.

—Quiero partirle el cráneo en dos con mis propias manos. Ahora mismo.

Por lo que te hizo.

Por atreverse a tocarte.

Por quedar impune.

Sus labios tocan los míos una vez más y hundo las palmas de mis manos en sus hombros tensos. Sus labios vuelven a tocar los míos y vuelvo a hundir las palmas de mis manos en sus hombros tensos.

—No entiendo cómo… —susurra intermitentemente.

—Dijo que no podía aceptar la muerte de mi padre. Incluso después de siete años. Dijo que me llevaba a consejeros, pero yo solo empeoraba.

—¿Y todos lo creían?

—Claro que sí. Incluso los servicios sociales. Linda Rodríguez siempre supo fingir pena y contar una buena mentira. Definitivamente, heredé eso de ella.

—No, ahora mismo no te estás mintiendo —su nariz roza mi pómulo y traza un camino a lo largo de mi mejilla.

«No estoy mintiendo...» un escalofrío le recorre la columna vertebral y sus dedos se clavan con más fuerza en su cuello.

—Gracias—, apenas me roza los labios, y yo abro la boca por reflejo.

—¿De qué?

—Por ser la única alma viviente a la que se lo contaste.

—¿Tienes alma?

—Me temo que ahora eres la única que lo sabe.

Justin me muerde el labio inferior, me lame y mete su lengua en mi boca. Respondo con avidez al beso, aún asombrada por la reacción de mi cuerpo ante este hombre. Me está volviendo loca. Me confunde. Él despierta mi locura. Con él me enfurezco, lloro y grito de placer. Y todo esto sucede en solo unos minutos.

Soy salvaje con él.

Soy sincera con él.

Con él, casi ni me avergüenzo de mí misma.

No da miedo y estoy dispuesta a llegar hasta el final.

Mi corazón está en manos del Diablo, pero creo que ahora tengo su alma en las mías.

—Eres increíblemente fuerte, Jessie —me aprieta las costillas con las palmas de las manos y me coloca sobre sus muslos de un tirón.

Tengo que abrir las piernas para montar a Justin.

—Mantente tan fuerte como siempre has sido, ¿vale?

Me rodeó las mejillas con las manos y me acercó a su cara.

—Sé —nuestras miradas ardieron a través de la oscuridad y se encontraron—. —Sé débil. Pero solo aquí, conmigo, en mi casa, en mi cama.

—Justin…

—Siempre puedes contar conmigo, ¿me oyes? Quiero ser esa persona para ti. Recuérdalo.

—¿Incluso después de todo lo que he contado hoy?

Me temblaban los labios y mi cuerpo no obedecía mis órdenes. Podía sentir cómo las lágrimas empezaban a rodar por mis mejillas.

—Después de todo lo que... ¿Viste?

Sentí que ser rechazada por él era como recibir un disparo en el pecho.

«No dispares. Te lo ruego».

—Estúpida Elfa —tensó cada músculo de su cuerpo y Justin contuvo a la débil yo que tenía entre sus brazos—. Sobre todo después de lo que he visto. ¿No te lo crees? —Le miré a la cara —. ¿Qué tengo que hacer para que cambies de opinión?

—No hay nada que hacer —tosí la espinosa barba incipiente y todos mis nervios se crisparon placenteramente—. Creo que la loca de Jessie empezó a creer cada palabra que decías.

—¿Y la normal todavía tiene dudas?

Yo también quiero convencerla.

Sus fuertes manos me agarran las nalgas y tiran con fuerza de mí hacia él. Mis rodillas se separan y la entrepierna presiona contra su ingle. La tela de mis bragas es demasiado fina para sentir su dureza. Mis caderas se balancean involuntariamente a lo largo del bulto de sus vaqueros y exhalo sobre los labios de Justin.

Joder... Quiero sentirle por todas partes. Quiero tocar su piel caliente y sentir su erección sin barreras.

«No había más una Jessie normal, Justin. Me volvías totalmente loca».

Aprieto todo mi peso contra la ingle de Justin y me arqueo bajo sus manos que se deslizan por mi espalda por debajo de la camiseta.

—Supongo que era yo quien tenía que convencerte —me acarició el cuello y lo cubrió de besos voraces.

Sus palmas viajaron exigentes desde mi cintura hasta mis costillas, y mi cuerpo empezó a arder.

Justin me quita la camiseta sin preguntar y me atrae con fuerza contra su pecho, tomando mis labios entre los suyos. Mis pezones rozan sus pectorales tensos y no puedo contener un gemido. Se derrite en la lengua de Justin y se cuece en su gruñido.

—Convénceme... —susurro contra sus labios, aunque hace tiempo que me he rendido y sigo frotándole la polla a través de los vaqueros.

Me aprieta la entrepierna y me clava los dedos en las nalgas, como si me tirara encima de él.

Su otra mano me cubre el pecho y suelto un sollozo intermitente cuando su pezón cae en el agarre de sus dedos. Lo hace rodar entre sus nudillos, haciéndome arquear la espalda, y muerde la carne con los dientes.

—Dios mío —eché la cabeza hacia atrás y exhalé sobre el techo.

—Estás muy sensible, Jessie —su lengua lamió el pezón—. Seguro que estás toda mojada ahí abajo.

Justin me muerde el pecho y la mano que acababa de apretarme el culo se desliza más profundamente. Sus dedos tocan mi clítoris a través del tejido de mis bragas y el palpitar entre mis piernas se intensifica. Necesito más. Su pulgar se retuerce en movimientos circulares sobre mi clítoris hasta que empiezo a retorcerme sobre sus caderas como una loca. Estoy segura de que le excita mi reacción.

—Justin...

Me moví hacia delante para sentir un contacto más estrecho.

—¿Soy lo bastante convincente?

Masajeo el clítoris, pero no elimino el tejido sobrante.

—¿O no?

Me rodeó el pezón con los labios y se lo metió en la boca.

—Mierda—gemí.

—No es suficiente. Al instante, Justin mete la mano bajo mis bragas e introduce un dedo dentro de mí.

—Dios —sollocé, apoyando los codos en sus hombros.

Su espalda se arquea, al igual que su cuello. Levanta las caderas un segundo y vuelve a hundirse en el dedo de Justin.

—¿Y ahora? Me penetra más profundamente, sin dejar de presionar su pulgar contra mi clítoris hinchado.

—¿Convincente?

—No... Todavía no.

Un segundo dedo me penetra y los movimientos de Justin se aceleran.

—¿Qué te parece esto?

Ritma mis caderas con la otra mano y hunde sus labios en mi cuello.

—Justin…

—¿Aún no es suficiente? ¿Quieres más?

—Quiero más.

Busco su bragueta con manos temblorosas y finalmente libero su dura polla. Está tan caliente en la palma de mi mano que no puedo evitar recorrerla con los dedos.

—Oh, h... mierda. Rodríguez. ¿Quieres que me corra antes? —interrumpe bruscamente mis caricias dentro de mí y me agarra las nalgas, acercándome más.

Siento el calor de su erección entre mis piernas y empujo contra él para amortiguar el palpitar de mi clítoris.

—Joder, Jessie —gruñe Justin y me pone en pie—. Te quiero completamente desnuda.

No me doy cuenta de que mis bragas salen volando de mis piernas y Justin me agarra de la mano, atrayéndome hacia él.

—Me estás volviendo loca— el ronco susurro me abrasó el oído y una gran palma me rozó el cuello. La mano se deslizó imperiosamente hasta la barbilla, clavando los dedos en ella.

—Me haces perder el control.

Dios mío.

¿A mi lado? ¿Es a Jessie a quien Justin está perdiendo el control? ¿Y soy yo quien le está volviendo loco?

Oh, dioses... ¿Esto es una especie de milagro de Año Nuevo o el universo ha empezado a cumplir mi deseo secreto: ser amada por él?

—¿Aún no me crees?

Su otra mano me apretó el pecho y bajó por mi cintura hasta la cadera.

Una polla dura me presiona la espalda y me levanto sobre las puntas de los pies para que se deslice por mi entrepierna. Justin gime roncamente en mi oído y me muerde el lóbulo, guiando la cabeza entre mis piernas. Me tambaleo hacia atrás y Justin me empuja contra la pared más cercana.

Consigo apoyar los brazos contra ella antes de que su poderosa embestida me llene hasta la mitad.

—¡Justin! —chillé, clavando las uñas en la áspera mampostería.

—Sí, gime mi nombre. Más alto, Jessie, más alto. No te contengas. Déjate llevar.

Su torso caliente me presiona contra la pared. Con cada embestida, me empuja más profundamente. Sus manos recorren insaciablemente mi cuerpo y desearía que tuviera tantas manos como para estar en todas partes a la vez. Para cubrirme todo el cuerpo. Cada centímetro de piel inflamada. Justin se abalanza sobre mí con más frecuencia, y todos los pensamientos secundarios vuelven a desaparecer de mi cabeza.

Me olvido de mí misma con él.

Con él, solo siento placer.

Me envuelve y olvido cómo respirar. Todo lo que siento es él. Un demonio con forma humana que se había apoderado no solo de mi cuerpo, sino también de mi alma.

Está destruyendo todo lo que yo represento. Y me encanta.

Rompe mis principios. Y yo estoy loca.

Él cubre mis complejos. Los esparce y los convierte en polvo.

¿Cómo lo hace?

No lo sé, pero estoy dispuesta a gritar de placer. Me tapo los ojos y me derrito en sus caricias. Me tiemblan las piernas, pero Justin me sujeta con fuerza entre sus brazos mientras da los últimos empujones. Siento su polla palpitando dentro de mí y clavo las uñas en los firmes muslos de Justin. Él acelera y se hunde en mí hasta el fondo.

—Jessie... —Un gemido grave me abrasó el pómulo y me salpicaron la parte baja de la espalda, unas gotas calientes. —Joder... —Justin dejó caer la cabeza sobre mi hombro y lo besó, jadeando —. Follarte hasta el amanecer no fue ninguna broma. No estoy segura de poder dejarte sola esta noche. Y si vuelves a no creer en mis palabras, con mucho gusto intentaré hacerte cambiar de opinión.

—Me gustan tus formas de tranquilizarme —me alejé para poder besarle en los labios.

—Y aún no he utilizado ninguna de las técnicas prohibidas.

—¿Prohibido? ¿Quieres hablarme de ello?

—No, prefiero enseñártelo algún día. Soy practicante, como te habrás dado cuenta.

—Sí —dije sonriendo—. —Y por culpa de tus "prácticas" tengo que volver a...

—Dúchate— terminó Justin—. Ya conoces la ruta. ¿O quieres que la enseñe? Entonces no puedo prometerte que salgamos de allí lo bastante rápido.

Aprieta deliberadamente su entrepierna contra mi culo y me muerde el hombro. Justin juguetón... Tengo que recordar este fenómeno. Espero que ahora sea algo habitual. Sonrío, recojo la camiseta del suelo y cubro mi cuerpo desnudo con la tela. Después, me quedo inmóvil, dándome la vuelta para mirar a Justin. Miro fijamente su silueta oscura y me doy cuenta de que este hombre me está haciendo cosas increíbles que ayer creía imposibles.

Me da esperanza.

Él me da fe y fuerza y me muestra el camino correcto, y si tropiezo, seguro que me sostiene y me salva de caer.

Yo creo que sí.

—Mi vida —los pensamientos de mi cabeza tomaron forma e hicieron que Justin se girara al oír mi voz.

Como el efecto de un hombre volando montaña abajo. Cayendo, volando hacia abajo, con el corazón palpitando, pero no hay vuelta atrás. Lo único que puedes hacer es caer y ver las

imágenes de toda tu inútil vida. Y cuando no encuentras nada con sentido, encuentras la humildad. Conmigo siempre es así. Siempre estoy cayendo y esperando a que algo me detuve.

Justin me cubre la mano con su ancha palma y me tira de la cintura hacia él.

—Nunca he oído una declaración de amor más hermosa —sentí que una leve sonrisa rozaba sus mejillas.

«Dios mío, ¿realmente era así? ¿Realmente he dicho eso?».

—No es una declaración de amor, Justin —me rehabilité y chasqueé la lengua—.

—¿Yo? —sonrió débilmente e intenté zafarme de su agarre, pero no me dejó—. Vamos, te llevaré a la ducha —me dio un ligero codazo en el culo.

—Recuerdo el camino y puedo arreglármelas sola —resoplé y aparté su mano con un gesto.

—Oh, no, se está arrastrando. —¿Y si tropiezas? ¿O resbalas? ¿Te tuerces el tobillo? ¿O simplemente no puedes mantenerte en pie? ¿Y si te vuelves a caer?

—No exageres —entramos en el cuarto de baño y me giro para mirarle—. —Tu misión está cumplida, Sr. ¿Cómo te llamas?

—Morris —sonrió Justin.

—Sr. Morris, puede salir de aquí.

Quiero cerrar la puerta, pero Justin consigue rodearme con los brazos y tirar de mí contra él.

—Siempre te cogeré, Jessie —me besa los labios y se hunde mi corazón—. Puedes estar segura de eso. Aunque resbales en las baldosas mojadas. Estaré ahí para ti.

«Te creo».

Sentía como si Justin me estuviera esperando a propósito desde la ducha del salón para que no me colara por la puerta principal.

¿Aún cree que puedo escapar?

¿Después de todo lo que pasó entre nosotros?

¿Después de todo lo que he dicho?

Él tiene más problemas de confianza que yo. Está sentado en el sofá, en calzoncillos, bebiendo el resto del champán. Sus poderosos hombros y brazos tatuados están extendidos sobre el respaldo de cuero, y los dibujos negros de su pecho suben y bajan suavemente, al ritmo de su respiración.

Justin está tranquilo. Pero sus abdominales siguen perfectamente definidos, incluso en esa postura relajada. Está tan guapo y sereno que no puedo evitar sonreír. Justin bebe un sorbo y echa la cabeza hacia atrás, lamiéndose los labios. Es un espectáculo precioso y totalmente atípico en él.

Me río entre dientes y pienso en voz alta, porque él se da la vuelta inmediatamente.

—He estado buscando en Google y no he encontrado ninguna información que diga que las Elfas son las criaturas más amantes del agua.

—Debes de tener malas fuentes si no puedes encontrar una información tan sencilla —me acerqué y me senté en el reposabrazos del sofá. —Espero que no te importe que lleve puesta esta bata —dijo, y yo miré hacia otro lado.

De alguna manera me da vergüenza preguntarle eso. Primero su camiseta. Ahora esta bata... Es como si yo fuera su novia y él mi novio y estuviéramos juntos, una típica pareja feliz de las películas favoritas de John. Pero no lo estamos. Justin deja el móvil a un lado y me mira de los pies a la cabeza.

—Te queda bien. Pero prefiero que tú estás desnuda.

Pongo los ojos en blanco y chasqueo la lengua. Es incorregible. Y está claro que nunca seremos una pareja típica.

—Vaya —alejé la mirada del rostro de Justin y me quedé mirando por la ventana panorámica —. Qué vista... Creo que puedo sentir las nubes de todo Los Ángeles.

—Nunca he visto el amanecer aquí —Justin me rodea la cintura con los brazos y me saca del reposabrazos para meterme en su regazo.

—¿Cómo has podido? Mira qué bonito es.

—Solo es un cielo gris ordinario, Jessie. No tiene nada de hermoso.

—No quieres darte cuenta de que se despierta. Se despertará y dejará de llover.

—Me encanta la lluvia. Ahora mismo, deseo especialmente que llueva.

Justin me mira de una forma tan intensa, como si intentara leerme la mente, y tengo que apartar la mirada del horizonte cada vez más claro y de las cimas de las casas en penumbra.

—¿Lluvia, entonces? —Inclina la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos. —¿Y el sol?

—Me encanta todo tipo de clima. La naturaleza es bella en todas sus formas. Incluso en las nubes grises de invierno de Los Ángeles.

—En ese caso, no creo que los eches mucho de menos en dos días en Nevada.

—¿Qué Nevada? —Le pongo las manos en los hombros y me alejo.

Le miro a la cara, pero no encuentro ninguna ironía.

—El del oeste es Jessie.

—¡Sé dónde está Nevada! Soy de allí. —Golpeé a Justin en el pecho, pero se limitó a sonreír. —¿De qué estás hablando?

—Haz la maleta, mañana volaremos a Reno e iremos a Carlson City. Ya te he comprado un billete.



Capítulo 21. Justin

Cambiar la opinión de Jessie Rodríguez está claramente escrito en alguna parte de mi ADN. Si no, no me explico mi superpoder para dominar su fervor. Parece que a ninguna chica le gustaría la oferta de volar un par de días para disfrutar de unas vacaciones. ¡A ninguna!

Excepto la Elfa testarudo.

—¡No voy a ninguna parte! —chilla y salta de mi regazo—.

—¿Por qué?

—Porque... —se asustó.

Seguro que por no encontrar una razón objetiva.

—Sheila me va a matar. Ya he perdido bastantes turnos.

—Creo que olvidas que soy tu jefe —le dije entrecerrando los ojos—. Y si haces lo que has estado haciendo con los muslos en el suelo, te dejaré ir el fin de semana.

—Pervertido.

—Y a ti ¿te gusta? —extendí la mano, agarro el borde de su bata y vuelvo a atraerla hacia mi regazo—.

—¿Por qué iba a volar hasta allí? —Se tranquiliza y habla más bajo.

—Porque tengo que volar hasta allí, y no me gusta volar solo.

—En ese caso, ¡consíguete una mascota! —Intenta apartarse de mí, pero la estrecho entre mis brazos, sabiendo de antemano cómo reaccionará a mis palabras.

Es muy graciosa.

—De acuerdo. En realidad, necesito tu ayuda. —Jessie se calmó visiblemente y me miró incrédulo a los ojos—. Tengo algunos asuntos en Carson City. Y creo que podrías seguirme la corriente.

—¿Me sigues la corriente? —dijo, frunciendo las cejas negras.

Involuntariamente, recordé a la misma Jessie descontenta que había conocido hacía un mes.

¿Quién iba a imaginar que este encuentro sacudiría mi mundo? Quién me iba a decir que esta chica me pondría patas arriba.

—Exacto. Creo que serías una actriz de talento —le toco la cara y le paso un rizo húmedo por detrás de la oreja.

—¿Qué?

—Una curiosa y meticulosa estudiante de periodismo criminal.

—¿Qué tengo que hacer?

—Volveré a ser tu jefe, Elfa —alcancé sus labios—. Y te recuerdo que la oferta sobre tus fabulosos empujes de cadera sigue en pie. Pero no le cuentes a Sheila tus privilegios, se morirá de celos.

—Dios, no, no voy a ir —se asustó Jessie por enésima vez.

—¿Qué tiene de malo? —Vuelvo a cogerla de la mano—. Volamos en primera clase. Si pides lo que quieras, te lo traerán. Quieres estirar las piernas. Quieres simplemente dormir.

—¿Una hora y media? —explota.

Y me dijeron que no se podían llevar bombas a bordo.

—Jessie, créeme, ni siquiera notarás que el tiempo pasa volando.

—Estimados pasajeros, por favor, abróchense los cinturones —nos dice la amable azafata con una sonrisa de trabajo.

—¿Qué? Jessie está flipando.

—No se preocupe, señorita, es solo para el despegue. En cuanto el avión alcance altura, podrás desabrocharte el cinturón.

—Gracias —dije, y la joven azafata volvió a sonreírnos.

—¡Jesús! ¡Justin! ¿Por qué me he metido en esto?

Jessie seguía aterrorizada y yo empezaba a cabrearme de verdad por no entender una mierda.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no te calmarás?

—¡No lo sé! —gritó, y jugueteó con los dos extremos de la correa. —Tengo miedo a volar. Nunca he volado, Justin. En mi vida adulta.

—Maldita sea, Elfa, me has dado un susto de muerte. Empezaba a pensar que había algo, que yo tengo culpa.

—Pomposo ególatra narcisista —siseó, y de ninguna manera iba a dejar el cinturón de seguridad en paz.

—Eh... —Le cubrí las manos con las palmas y conseguí manejar el cinturón—. No pasa nada. Estamos en primera clase. Relájate y disfruta del vuelo.

—¿Desde cuándo la primera clase tiene seguro de accidentes?

El miedo en sus ojos es tan real que yo también tengo miedo, aunque he volado por toda América.

El avión empieza a moverse y Jessie se hunde inmediatamente en el respaldo del asiento. No, esto no va a funcionar. Necesito distraerla. Tengo que enseñarle lo divertido que es volar.

Apenas hay gente a nuestro alrededor, solo un señor mayor con traje gris que ni siquiera ha reaccionado ante las azafatas desde que está en la cabina. Está demasiado absorto en una transacción en su ordenador portátil. Así que supongo que tampoco reaccionará ante nosotros. E incluso si lo hace, no verá nada. Cubro las piernas de Jessie con una manta y capturo su mirada penetrante.

—Creo que necesitas entrar en calor —paso la mano por debajo de la tela escocesa y la deslizo por su muslo.

—¿Estás enfermo?

Se resiste, incapaz de encontrar su sitio. Puedo ver lo preocupada que está. Puedo ver el miedo que la abruma. Así que no retrocedo.

—¿No lo sabías? Soy esquizofrénico. Y loco —me incliné hacia su oído y continué en un lánguido susurro—, también soy el Diablo... ¿Recuerdas? El tentador que no parará hasta tenerte.

Mi palma ya había trepado por debajo de su amplio y largo jersey y ahora perfilaba la ajustada banda elástica de sus mallas, rozando apenas su vientre plano. Buena elección de ropa. Si hubiera llevado vaqueros, mis dedos no habrían podido entrar tan fácilmente en sus bragas.

«Justin, para...», exhala pesadamente y apoya la cabeza en el respaldo de la silla.

—Aquí hay gente.

—¿A quién? —Dos dedos empiezan a acariciarle el clítoris—. ¿Ese viejo?

No puede ver nada más allá de su portátil. Y mucho menos ponerse los auriculares. Aprieto más fuerte entre sus piernas y veo cómo Jessie baja los párpados temblorosos. Se lame los labios y traga nerviosamente. La reacción de su cuerpo me excita al instante. La sangre corre hacia mi pene y empieza a palpitar en los pantalones.

—¿Y las azafatas? —le tiembla la voz mientras trazo círculos en su clítoris—.

—También tienen que abrocharse el cinturón para el despegue —le susurro al oído y noto que se moja con mis movimientos de masaje.

—Así que no nos molestarán durante los diez minutos previos al despegue.

Le introduje el dedo con confianza y justo a tiempo para taparle la boca con la palma de la mano libre y amortiguar su gemido incontenible.

—Claro, si no vas a gritar.

—Justin... No deberíamos. Está mal —exhaló, moviendo débilmente las caderas al compás de mis dedos.

—Me encanta romper las reglas —deslicé la lengua por la curva de su cuello y penetré a Jessie con dos dedos.

—Jesús... Eres un pervertido...

—Bienvenida a primera clase, señorita. Justin Morris a tu servicio. Aumento el ritmo y profundizo en las embestidas de mis dedos. Jessie se muerde el labio y arquea la espalda. El avión acelera y se eleva del suelo.

—Justin —apenas tuve tiempo de amortiguar sus sollozos con la palma de la mano.

—Shh, cariño... Relájate.

Clava los dedos en los reposabrazos de la silla, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. La penetro más profundamente, buscando un punto sensible.

Aparté la mirada de su rostro solo un segundo para ver si el viejo empresario entrecerraba los ojos en nuestra dirección. No quiero testigos cuando llegue Jessie. Cuando estoy seguro de que solo le interesa la información de la pantalla del portátil, vuelvo a centrarme en su rostro.

Se tensa, se le forma una arruga entre las cejas y se muerde los labios hasta hacerse marcas blancas. Es muy sexy. Y me pregunto si debería darme placer con los suaves gemidos de Jessie.

«*¡Mierda!*» Presiono el pulgar sobre su clítoris, sin dejar de acariciarla con los dos dedos por dentro.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando ahora mismo.

—Dime —exigió, sus caderas respondiendo a mi penetración.

—Quiero que me bajes...

—Dios...

Me sacó la polla y la rodeó con su mano.

—¿Y ahora? —lo apretaba más fuerte y empezaba a mover la palma de la mano arriba y abajo.

—Estás loco —su respiración se volvió entrecortada—.

Palabras ininteligibles. Mi pecho se agitaba con más frecuencia.

—Y entonces me correría contigo.

—Justin… —Se engancha a mi muñeca y se retuerce hacia delante todo lo que puede.

—Me encanta cuando gime mi nombre. Vamos, nena... Acelero al máximo y cubro sus labios con los míos antes de que pueda gemir su orgasmo.

Un icono verde se ilumina sobre nuestras cabezas, alertándonos de que podemos desabrocharnos los arneses.

—¿Y tenías miedo?

Beso a Jessie en la sien, saco la mano de las mallas y me llevo los dedos húmedos a los labios.

—Tan deliciosos... —le lamí los jugos.

—Pervertido —exhala confusa y me mira con los ojos muy abiertos, llenos de vergüenza.

—Me pregunto qué dirás cuando luego te folle en el baño.

Sus mejillas se ruborizan y no puedo contener la sonrisa.

Mi tímida Elfa que acaba de correrse a seis mil kilómetros de altitud y sigue avergonzada.

—¿Comemos algo? —pregunté después de ayudarla a quitarse el arnés.

Jessie se había calmado considerablemente y ya ni siquiera miraba por la ventana.

—Tengo un hambre de mil demonios —añadí, entrecerrando los ojos—. ¿Y tú? ¿Tú también tienes un apetito voraz?

—Tengo unas ganas terribles de montarte en la cara —resopló, se movió en la silla y se ajustó las mallas; luego se quitó la tela escocesa de los muslos y dijo—: Tengo que ir al baño.

—¿Es una indirecta? Eso sí, estoy dispuesto a acompañarte en primera clase. Y seguir a tu servicio.

—Será mejor que nos pidas algo de comer.

Rodea mi silla y acompaño su marcha con una ligera palmada en el culo. Mierda, mi erección seguía en pie, y tuve que aspirar aire audiblemente en lugar de seguir a Jessie de inmediato.

Aterrizamos en Reno sobre las 19:00. Jessie todavía tiene pánico a los aterrizajes y ya me ha puesto de los nervios a la hora de coger el autobús de vuelta. En serio. Me lo ha sugerido totalmente en serio. Me sorprende que no fuera en bici.

—Nos registraremos en el hotel, cenaremos y mañana iremos a Carlson City [1], —le informo mientras subimos al taxi.

—¿Tienes alguna preferencia?

—¿Pizza? —responde Jessie con inseguridad, y su sencillez me resulta entrañable.

—Te recomiendo un restaurante. Aquí hay uno que tiene carne increíble. Además, tiene unas vistas estupendas... Lo agradecerás, ya que los techos grises de Los Ángeles te impresionaron.

—¿Has estado antes en Reno?

—Una o dos veces. Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Y el marisco?

Jessie desvió la mirada y bajó la cabeza, empezando a rascarse la piel de los pulgares.

—Oye —le empujé suavemente la barbilla con el dedo para que volviera a mirarme.

—¿No te gusta la carne? Entonces vamos a otro sitio.

—No es eso, no tengo la ropa adecuada para ir a un restaurante, Justin —susurró y evitó mi mirada.

—Tonterías —le pasé el dorso de la mano por la mejilla, obligándola a mirarme—. Nadie nos dirá nada. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con tristeza.

—Entonces es un trato. —¿Qué pasa con tu negocio por el que me has hecho pasar por todo este estrés del vuelo?

—Y orgasmo —corrigió—. Tendré que recordarlo.

Jessie me da un codazo y mira al conductor del traje negro, pero él sigue haciéndose el sordo y el mudo.

—Relájate —le sugiero. —¿O te ayudo otra vez con eso?

—¡Justin! —se sonroja.

—Siempre estoy dispuesta. Solo tienes que pedírmelo o insinuármelo. Basta una palabra y estoy a tus pies. O entre... Puse la mano en el muslo de Jessica, pero la aparté de un manotazo.

—¿Puedes parar? —siseó, mirando de nuevo al conductor.

—Tienes demasiadas cosas en tu plato, Duende.

—Siento no ser tan desvergonzado como tú.

—Desvergonzado...

Saboreé cada letra en mi lengua, me remangué la camisa vaquera y puse sus dedos sobre mi tatuado Diablo en los Detalles.

—Me encanta esa palabra.

Jessie pone los ojos en blanco y, por enésima vez ese día, no puedo dejar de sonreír.

Esta Elfa parece ser mágica: no solo es divertidísima, sino que calienta mi corazón helado.

—¿Me responderías si te preguntara cómo has conseguido toda esa pasta?

Jessie deja caer su bolso al suelo de la suite de uno de los hoteles más caros de la ciudad.

—No puedo creer que un bar dé tanto dinero —se quita los zapatos por alguna razón y camina lentamente hacia el fondo de la habitación.

—¿Estás atracando bancos?

—Ya no —sonríe al ver la precisión con que ha dado en el blanco.

—¿Qué se supone que significa eso? —Una mirada severa me mira fijamente a la cara—. ¿Has atracado bancos?

—Lo intenté, pero una vez me pillaron —recogí su bolso y seguí a Jessie hasta el vestíbulo de la enorme suite.

—¿Me tomas el pelo?

—Sorprendentemente, no —dejó nuestras cosas en el sofá y por fin me estiré.

El cansancio después de un vuelo pasa factura. No importa en qué clase vueles.

—¿Qué haces, Justin?

—¿Podemos hablar de esto durante la cena? Ahora quiero ducharme —me acerqué a ella y la rodeé la cintura con los brazos—. Y preferiblemente contigo.

—No me tocarás hasta que me digas la verdad —dice con severidad—. Si eres un tipo de mafioso que vende mujeres como si fueran esclavas.

No pude evitar reírme.

—¿Parezco un mafioso?

—Ya no sé...

—Entonces ten cuidado —me incliné sobre Jessie y tiré de su cara hacia abajo para que sus labios apenas se rozaran—. Puede que te haya secuestrado. Y nunca te traeré a casa —le pasé el pulgar por el labio inferior y la presioné ligeramente—. Te esposaré a la cama de esta habitación y te miraré fijamente para siempre.

Exhala contra mis labios y puedo sentir cómo su corazón empieza a acelerarse. Le ha gustado la idea.

—Voy a ducharme —tragó saliva Jessie y se zafó de mi abrazo.

Pequeña mentirosa. Seguro que cambiaría una ducha por lo que he dicho. Pero bueno, vamos. Tendré el tiempo justo para hacer una cosa sencilla. Eso es lo que pensé hasta que me encontré en la boutique en medio de una abundancia de vestidos de noche, zapatos y bolsos. Creo que estoy en el infierno.

Y Jessie bromearía diciendo que es aquí donde pertenezco.

---

1. La capital del estado de Nevada es **Carson City**.



Capítulo 22. Jessie

El agua caliente llevaba quince minutos calentándome el cuerpo, pero no podía dejar de temblar. En solo dos días, la aburrida y ordinaria vida de Jessie Rodríguez había dado un vuelco. En esas veinticuatro horas, había experimentado un espectro de emociones que siempre me habían parecido insondables.

Volé. Despegué sin saltar del avión. Incluso aterricé sin entrar en pánico porque Justin no me soltaba de sus brazos. Jessie Rodríguez vivió su bautismo de fuego en el aire. También se corrió en el avión.

—Dios —exhalé y metí la cara en el agua caliente.

No soy yo misma con él. Es como si me hubieran cambiado. Es como si otro Rodríguez saliera y empujara al tímido más adentro.

Justin despierta mis demonios y me hace demasiado valiente. Y me encanta, pero temo que mi corazón falle. La ola de euforia alcanzará el tamaño de un huracán y lo partirá en dos.

¿Cómo se supone que voy a sobrevivir entonces?

Porque a una raya blanca siempre le sigue una negra. Porque no existe la felicidad infinita. Nunca he tenido suerte. Entonces, ¿dónde está el truco esta vez? Sí, voy a volar con él. Pero, ¿y si mi avión falla de golpe cuando estoy cogiendo altura o se desprenden las alas? Y caigo muerta sin posibilidad de rescate.

«Relájate, Jessie», susurró Justin, y su voz baja envolvió el cuerpo de Jessie, que tuvo que respirar hondo.

«Está fingiendo. No va a quererte», la voz de Corey llenó mi mente y cerré bruscamente el grifo.

—Justin no miente —siseó, cogiendo una toalla limpia de la estantería—. Cualquiera menos él —me paralizo frente al espejo y capto mi reflejo.

No me he mirado desnuda desde los doce años. Nunca. Nunca me había mirado los hombros. Nunca toqué mis pechos en crecimiento. Nunca observé cómo cambiaba mi cuerpo. Me daba asco.

Sabía que era la culpable de lo que Corey me hacía. Odiaba mi cuerpo tanto como todas las cicatrices que Corey le había infligido. Y preferí no mirar. Pero ahora el espejo empañado me llamaba.

Dice: *«Muéstramelo. No hay nada que temer»*.

Y me quedo inmóvil, mirando fijamente a los ojos de la misma valiente Jessica que resurgió de las cenizas.

Ella dice: *«Vamos, echa un vistazo. Tira la toalla. No pasa nada»*.

Y la suelto, permaneciendo de pie en línea recta. No me muevo. Solo observo. Puedo ver la concentración en mi rostro. La forma en que mi pecho empieza a agitarse. Las costillas asomando bajo la piel pálida.

¿Cómo puede gustarle eso a Justin? Mi cintura es demasiado estrecha y mis muslos están muy lejos de la exuberante forma de Pamela. Yo no inspiro ningún apetito, salvo si miras hacia abajo. Sobre todo si miras hacia abajo. Me inclino bruscamente hacia el suelo y cojo una toalla. Un punto para mí. Y ya es suficiente, aunque no mire por debajo de la cintura. Me envuelvo en el paño de rizo y salgo dando tumbos del cuarto de baño, tomando una bocanada de aire fresco.

Estoy loca si pienso que podría.

—¿Justin?

Piso descalza la mullida alfombra y salgo del dormitorio al espacioso vestíbulo. Esta suite es tres veces más grande que el piso de John, lo juro. Entre los sofás beises con respaldos tallados hay un carrito con un cubo de acero lleno de hielo.

Una botella de champán descorchada me mira fijamente. Me acerco a la nota que hay sobre la mesita de cristal.

«Aprovecha el tiempo. Seré rápido.

P. D.: Eso es lo que bebimos en Nochevieja. Recuérdalo mientras me esperas. No te vistas. Tócate».

—Gilipollas —sonreí y guardé la tarjeta en la maleta, pero decidí vestirme de todos modos.

Me sequé el pelo e incluso me maquillé los ojos por primera vez en mucho tiempo. Sinceramente, no recuerdo la última vez que me puse algo más que máscara de pestañas. Pero hoy me apetecía.

Encontré algún canal de música en el televisor que no se parecía en nada al reproductor de Justin. Metí las piernas debajo de mí y me senté en el ancho y redondo puf. Me sentía como una mortadela de pura raza. Alcancé una copa de champán, levanté la barbilla teatralmente, bebí un sorbo y entonces ya no era un perro manso, sino una auténtica niña rica.

"Chica rica, Jessie", —sonreí para mis adentros.

"Ese es el tipo de palabra que solo usa la gente pobre. Nunca cambiarás lo que eres", —di otro sorbo y sonreí agradablemente.

"Quién me iba a decir que un día volaría de vuelta al estado, donde crecí y acabaría en uno de los hoteles más caros de Reno."

Tendremos que decírselo a John y ver cómo reacciona. No se lo creerá. Dirá que me lo estoy inventando. Así que me hago unos selfis con un vaso en la mano y tuerzo la cara en una mueca divertida para demostrarlo. Que después intente acusarme de mentir. Se oye un chirrido y la puerta principal se abre de golpe. Me pongo en pie de un salto y derramo champán sobre la camiseta.

—Saca las manos del culo —me reprendí en voz baja, contenta de no haber dejado caer el teléfono.

—Justin, ¿eres tú?

Dejé el iPhone sobre la mesa y exhalé un suspiro de alivio cuando Justin entró por la parte trasera de la habitación.

—¿Esperabas a alguien más? —Sonríe y deja en el suelo unas bolsas rojas brillantes con un letrero dorado de «Prado».

—Y, de hecho, te dije que no te vistieras —se quita la camisa vaquera y luego la camiseta, dejándome desnuda de cintura para abajo.

Inmediatamente, aspiré una bocanada de aire.

—¿No leyó mi nota? ¿Para quién he trabajado tanto? Escribiendo cada letra.

Un Justin semidesnudo se acerca a mí y me arranca el vaso de las manos. Y ni siquiera me di cuenta de que lo había estado sujetando todo el rato. Es decir, apretándolo.

—Lo he leído —exhalo casi contra sus labios mientras se inclina sobre mí y me rodea la cintura con los brazos.

—¿Otra vez te estás portando mal, Elfa? —Sus dedos se clavan en mi piel, incluso a través de la tela de mi camiseta.

—¿Dónde has estado? —soltó lo primero que se le ocurrió, intentando no despertarse y besarle antes de tiempo.

—En el infierno —sonrió Justin, y me soltó del abrazo—. Y te he traído algunos recuerdos —me señala las bolsas de marca que hay en el suelo—. Espero que puedas ordenarlas sin mí mientras me doy una ducha.

—¿Qué se supone que debo hacer al respecto?

Miré la cara de Justin con incredulidad.

Recuerdo que le regaló a Sheila un pene artificial por Navidad. Aunque dudo que Prado fabrique uno de esos.

—Póntelo, —me volvió a hablar al oído—. Vamos al restaurante, Elfa.

Una sonrisa socarrona se dibuja en su rostro, y Justin se retira a la ducha, mientras yo entrecierro los ojos ante todas las bolsas de papel y no puedo creer que lleve ropa del gusto del Diablo.

Un sabor endiabladamente incomparable. Nunca había oído hablar de él, pero ahora me lo apunto. El vestido es maravilloso. La capa inferior de fina gasa gris está tachonada en la parte superior con trenza beige y cuentas. Brillan y evitan que se vea el vestido.

Tiene bolsillos profundos a los lados y el dobladillo cae suavemente por debajo de la rodilla. Llevo un fino cinturón bordado con cuentas rosas y no me reconozco en el espejo.

Parezco una especie de tercera Jessie Rodríguez. Elegante y probablemente incluso guapa. Y junto a Justin otra vez. Está claro que tiene talento para sacar a relucir nuevas personalidades en mí.

—Soy todo tuyo —oí detrás de mí, y aparté la vista de mi reflejo en el espejo.

—Joder...

Justin se quedó inmóvil en la puerta, vestido con unos pantalones grises oscuros y una camisa negra. Eso es lo que quería decir. Le sienta tan bien ese estilo.

—Jessie... —Sonrió y lo miró—. Lo siento, pero voy a tener que follarte primero antes de que podamos ir al restaurante.

Me alcanza en tres enormes zancadas y me pega un beso en los labios.

—No —le pongo las manos en los hombros—. Nada de sexo hasta que esté segura de que no eres un traficante de esclavos de la mafia.

—No tengo pelotas de acero —susurra a lo largo de mis labios—. Me provocas a propósito.

—Por cierto, tú misma elegiste ese vestido.

—Y ya quién estoy decidido a destrozarlo.

—Mejor ayuda con el cinturón.

Me quito sus dedos del culo y me pongo en ellos la cinturilla del vestido. Me volví hacia Justin, rodeando su espalda con mi pelo y echándomelo por encima del hombro.

—Aquí también hay un escote... Apoya el torso contra mi espalda desnuda y se inclina sobre la parte desnuda de mi cuello.

—¿Seguro que necesitamos ese maldito cinturón?

Los labios de Justin bajaron más y me tapé los ojos.

Una agradable vibración se extiende por mi bajo vientre y ya no estoy segura de si necesitamos el maldito cinturón. Me besa a lo largo de la columna vertebral. Desciende hasta mis omóplatos y presiona sus manos paralelas a mi cintura.

—Dios, Rodríguez, eres perfecta...

Sus labios y su nariz tocan justo por encima de la cintura y contengo la respiración. Las manos de Justin ya están en mis muslos, acariciándolos.

—Has elegido el vestido perfecto —exclamo avergonzada, cubriendo la parte superior de sus palmas con las mías.

—No se trata del vestido.

Justin se endereza bruscamente y me hace girar para mirarle.

—Eres perfecta. Por todas partes. A lo ancho. En diagonal. Toda tú.

Tengo frío y luego calor. Estoy frente a sus ojos, pero me he desviado al espacio exterior. Sus palabras derriban el suelo bajo mis pies. Me empujan y vuelo. No me importa adónde voy. No me preocupa estar en un avión. No tengo miedo.

—Justin, yo...

«Te quiero», dijo, y dio un fuerte golpe en la puerta, y Justin me soltó.

La nave espacial de Jessie Rodríguez ha vuelto a la Tierra. Pero no tengo ganas de exhalar un suspiro de alivio.

—Señor, ha pedido un coche para las nueve de la noche— se oyó desde la puerta.

—Sí, vamos para abajo. Gracias.

Justin vuelve hacia mí, se ata el cinturón y me besa el cuello.

—¿Puedes encargarte tú misma de las botas?

—¿Qué? —Me sobresalto al instante—. ¿Qué botas? ¿Sin tacones, espero? ¿En las que nunca me he parado?

—Botas, Elfa —sonrió.

Me ajusté el vestido con torpeza. Dios, soy ridícula. ¿Adónde voy con estas botas tan caras?

—Nunca me he puesto unas botas así, e incluso con tacones... —Supongo que el champán que bebí antes provocó mi revelación.

Sí, sin duda. Justo lo que iba a decir antes. Menos mal que no lo hice.

—Te cogeré de la mano.

Justin me pasa un rizo por detrás de la oreja y se detiene un segundo, mirándome a la cara. Hay tanta ternura en su mirada, tan inusitadamente tierna, que empiezo a pensar que este hombre es capaz de tener sentimientos reales y sinceros. Creo que sabe amar.

—Afloja el agarre, Elfa. Me vas a arrancar el brazo —sonrió Justin mientras bajábamos del coche delante del restaurante frente al mar con el letrero “Skyline Kitchen & Vine”.

—Eres tú quien me ha hecho llevar zapatos a los que no estoy acostumbrada.

—No me conviertas en un tirano. Te gustaban.

—¿A quién no le gustarían?

Clavé los dedos en el codo de Justin e intenté caminar con paso firme.

—Lo has hecho a propósito para hacerme sentir incómodo. Reconócelo.

—Dios, eres insoportable —Justin me puso la mano en la cintura y me acercó a él—. Relájate. Caminas muy bien. Créeme, me di cuenta en el hotel. Deberías ver cómo te rebota el culo con cada paso...

—Cállate —le frunzo el ceño y le pellizco por encima del codo.

—Eh… —se detiene en la misma entrada y me tira de la mano para acercarme.

—Eres guapísima —me empuja suavemente la barbilla para que le mire a los ojos—. Pero si estás incómoda, puedes soltar las botas aquí mismo. Te llevaré en brazos.

Justin sonríe y se inclina hacia abajo, dejándome un beso fugaz en los labios.

—Te volverás loca cuando veas la vista desde nuestra mesa. Cuando Justin dijo «vista», me imaginé montañas y paisajes tranquilos, pero no todo Reno, brillando con luces nocturnas en la palma de mi mano.

La ciudad resplandeciente se ahoga en el lujo del fuego. Y el restaurante, situado en lo alto de una colina, también tiene vistas a las montañas circundantes. Todo arde con tanta intensidad que dan ganas de taparse los ojos.

Pero no cierro para no perderme ni el más mínimo momento de este cuadro mágico.

—No son las nubes grises de Los Ángeles, ¿verdad? —Justin me sienta a la mesa caballerosamente y se sienta frente a mí.

—No siempre. No me digas que ahora echas de menos la lluvia.

—Mmmm... No, hay mucho sol, pero, por alguna razón, me encanta la lluvia.

Ante esas palabras, sonrío.

—No lo echo de menos en absoluto —capté su sonrisa y añadí—: Esto es increíble, Justin. Gracias...

"Nunca había visto nada igual. Nunca había sido huésped en un lugar como este. Nunca me había visto... Así... Preciosa. Nunca me había sentido tan hermosa…"

Bajo la mirada hacia el mantel y entrelazo las manos.

Me empieza a picar la piel de los dedos y quiero rascármelos como antes. Estoy demasiado nerviosa.

—No ves lo guapa que eres todos los días. Con o sin ese vestido. Eres preciosa, Jessie. Sobre todo cuando estás desnuda y gimiendo mi nombre.

—Eres incorregible —chasqueé la lengua y puse los ojos en blanco. Todo esto estaba empezando muy bien.

—Y tú eres insufrible. Pero me gustas igualmente —me cogió la mano y pasó el dedo por las líneas de la palma.

Me estremezco. Un gesto tan amable acompañado de su penetrante mirada, hace que mi cuerpo se estremezca.

—¿Listos para pedir? —nos sonríe amistosamente el hombre del esmoquin negro.

—Sí, queremos un cóctel de marisco. Más ostras y erizos de mar. Falanges de cangrejo separadas.

—¿Qué vas a beber?

—Jessie. —Justin se vuelve hacia mí y olvido cómo hablar. Estoy a punto de volver a decir algo equivocado y arruinar toda la velada.

—¿Puedo ver la carta de vinos?

Me aclaro la garganta y miro a Justin:

—¿Has cambiado de opinión sobre la carne?

—Ahora mismo necesitamos más marisco.

Y le guiña un ojo al camarero. Pervertido.

—Sí, claro, señora. Un momento.

—Elige algo español —le aconsejó.

—Perfecto para nuestra velada.

Es nuestra noche. Y es verdaderamente nuestra. Este mundo es nuestro esta noche. Esta ciudad también es nuestra, como toda la luz que hay en ella y toda la noche, y soy más feliz que nunca

en mi vida. Me quedaba allí sentada, mirando fijamente sus ojos oscuros, saboreando un momento que probablemente nunca volverá a repetirse.

Pero Justin me devuelve a la realidad:

—No soy un mafioso, Jessie. Pero también soy un hombre peligroso. Y deberías saber dónde te metes.



Capítulo 23. Jessie

Soy un hombre peligroso».

«No sé cuántas veces pasé esa frase por mi cabeza antes de empezar a respirar.

¿Trafica con drogas? ¿Mata a gente?

Sospechaba que el bar no era la principal fuente de ingresos de Justin, pero nunca había pensado en ello. Pero ahora, mientras estaba sentado frente a mí, esperando algún tipo de reacción, mi mente decidió hacerme estallar el cerebro.

—Tú... —murmuré, tomando un sorbo de vino de la copa que lo acompañaba. He entendido el español, tal como él dijo. —¿Haces daño a la gente?

—Hasta cierto punto —sonrió Justin.

—¿Físicamente? —pregunté insegura, y sentí que mi rodilla empezaba a crisparse nerviosamente bajo la mesa.

—Eso no lo sé. El caso es que soy un intermediario. Consigo información sobre tíos malos para otros tíos malos.

—No me hables como si fuera una niña —dije, molesta. No solo estaba ya de los nervios, sino que iba a regañarme como a un niño de cinco años.

—Perdona. Solo intento explicártelo con lenguaje sencillo.

—Dijiste que habías intentado robar bancos.

—Sucedió una vez. Hace mucho tiempo. Por eso fui a la cárcel en mis dieciocho años de inexperiencia.

—¿Fuiste en la cárcel? —chillé involuntariamente y me tapé la boca con la mano—. Dios mío, ¿qué más me esconderá?

—Pongamos carteles por toda la ciudad. Aunque ya has avisado a todo el mundo.

Justin sorbió su vino con calma, y me sorprendió su moderación—. Lo siento... es que no me lo esperaba.

—Lo siento, es que no me lo esperaba.

—No tengas miedo. No he hecho nada terrorífico. No soy un maníaco en serie ni hago compost de cadáveres en barriles. Mi padre y yo teníamos dificultades económicas después de que mi madre se fuera. Así que caí en la estúpida oferta de entrar en la base de datos de un banco. Pero no me di cuenta de que me estaban tendiendo una trampa.

Entonces... ¿Él es uno de esos genios? Estoy intentando elegir mis palabras porque no sé nada de este «campo».

—¿Como un hacker?

—Una especie de hacker —sonrió Justin—. Te dije que podía encontrar cualquier cosa y cualquier persona en muy poco tiempo.

—¿Sabes que eso es un delito?

—Oh… —Sonrió y dio un sorbo de vino—. Gracias por la aclaración.

—¿Así que te parece bien y sigues haciéndolo, aunque ya te hayan pillado una vez?

—He dicho que fue hace mucho tiempo. Ya no me pillarán más.

—Como siempre, con la mayor confianza posible —resoplé, haciendo que Justin volviera a reírse.

Actúa de manera tan directa, ¡como si hablara de una oficina! Me molesta su despreocupación.

—Conozco mi trabajo, Jessie —dijo, como si percibiera mi indignación, y su tono se volvió serio al instante—. No me subestimes. Soy consciente de los riesgos y conozco las consecuencias si fracaso. Pero confío en mí mismo y en lo que hago.

—¿Y qué haces exactamente?

—Estoy ensuciando el objetivo a petición del cliente.

—¿Quieres decir que le estás siguiendo?

—No. Eso es lo que hacen los investigadores privados. Indago en los entresijos electrónicos. Cuentas, transferencias, actividad transaccional, ocultar la actividad en línea... Todo ello puedo rastrearlo y piratearlo. Incluso puedo limpiarlo, pero ese no es uno de mis servicios.

—¿Para qué haces todo esto?

Tantas palabras que no conozco. Tanta información... Y no sé si considerar a Justin un genio o un transgresor de la ley.

—Los ricos, Jessie, que poseen grandes bloques de acciones y tienen miles de millones en sus cuentas, suelen querer tener aún más y no soportan a los competidores. Así que luchan contra

ellos como pueden. Una vez muertos, accidentes simulados, pero todo eso es inseguro y aburrido. Es mucho más interesante tener en tus manos el comprometer e influir en el competidor que simplemente derribarlo. Al fin y al cabo, vivo aún puede reportarte beneficios. Lo principal es mover los hilos adecuados.

—Y estás consiguiendo lo mismo.

-Sí.

—Proporcionar al cliente «propias cuerdas»...

—Eso es, Elfa sabelotodo —me guiña un ojo.

—Y por eso estamos aquí. Estás buscando un nuevo objetivo.

—Así es. Me encanta tu cabeza inteligente.

—Pero, ¿por qué iba a viajar un genio hacker a otro estado para obtener información? ¿No se puede conseguir todo por internet? Um...

—Necesito datos a los que no se pueda acceder a distancia. Datos de hace 20 años, Jessie.

—¿Quieres robarlos?

—Comprobarlos —sonrió Justin.

—Robarlos, —entrecerré los ojos.

—No estoy robando nada, Elfa. Si fueran más listos, esconderían sus secretos. Pero, en este caso, vale, sí, voy a tener que prestar algo. Solo una cosita - información. ¿Me estás juzgando? —da un sorbo a su vino y se lame los labios.

Sorprendentemente, no lo juzgo. Probablemente, porque, después de sus palabras sobre un hombre peligroso, ya me había pintado la imagen de un matón desesperado, pero resultó ser un ciberdelincuente brillante. Aunque uno brillante.

—Aún no lo sé —le miré entrecerrando los ojos—. ¿Pero por qué me necesitas?

—Como distracción. El hombre a cuya casa iremos mañana ya está muerto. Su mujer vive allí. Tiene unos 60 años. Tienes que hacerle creer que somos admiradores locos de los méritos de su difunto marido. Es un antiguo periodista escandaloso. Así que, Elfa, sé persuasivo y distrae bien a la señora Allen mientras yo busco información y luego la presto. Además... —nos sirve vino y levanta su copa en el aire—. Y la otra cosa: no quería separarse de ti ni un solo día.

Me da un vuelco el corazón. Dios mío, ¿es verdad?

¿De verdad me quiere a su lado?

¿De verdad confía en mí lo suficiente como para llevarme con él y no temer que lo estropee todo?

¿De verdad está tan seguro de mí?

—Buen provecho.

Nos sirven en la mesa un plato de hielo plateado de tres pisos lleno de una sobreabundancia de langostinos, vieiras, pescado cortado por la mitad y ostras.

Lo he visto todo en un restaurante, incluso lo he servido, pero nunca he probado ninguna de estas delicias.

—Una acumulación de afrodisíacos, no de comida —sonríe Justin socarronamente, y me quedo helada con el vaso en los labios—. Sobre todo ostras. Pues adelante, cómete algunas. Me pondrán tan cachondo que me moriré de ganas de follarte aquí mismo, en el baño.

Mis mejillas se sonrojan y se ponen rojas como la grana, y aprieto la espalda contra la silla. Parece que lleva pantalones en vez de vaqueros y una camisa cara sobre el torso tatuado: el mismísimo Sr. Elegancia, si no supieras lo que hay debajo de la coraza. Pero esa es la cuestión, el atuendo lujoso no cambia a Justin. Y creo que en realidad está dispuesto a follarme en el baño de este restaurante. Y ni siquiera va a impedir que me vista como una dama con clase.

—Así que... cojo la ostra y la agito suavemente en mi mano—. ¿Trabajas para hombres peligrosos?

—Espera, un poco de zumo de limón —Justin acerca la rodaja a mi ostra y salta sobre ella—. Ahora chupa todo el contenido de una vez.

—¿Todo? No me cabría en la boca.

Justin reprimió una risita.

—Eres un pervertido —siseé, dándome cuenta de lo que estaba pensando.

—¿A quién no le gustaría ver lo que haces con esa ostra?

—Eres un psicópata.

—Oh, sí, nena —él también coge una ostra, la rocía con zumo de limón y se traga el contenido de la boca, pasando la lengua por la áspera concha.

—Dios mío.

Eso es terrible. Estamos en un restaurante. ¿Por qué sus acciones siempre me hacen sentir mal a mí, pero no a él? Supongo que realmente tengo demasiadas cosas en mi plato, a diferencia de Justin.

—Es tu turno. Pruébalo.

Miro incrédula el lavabo, el fango que cuelga de él, dispuesta a escupirlo sin ni siquiera lamerme la lengua.

—Ánimo, Elfa. Se secará mientras lo miras.

—No se secará.

Miro incrédula el fregadero, la bazofia que cuelga de él, dispuesta a escupirla sin ni siquiera lamerme la lengua.

—Vamos, Elfa.

—No se secará.

—Claro que no. Date prisa y cómetelo.

Justin me puse nerviosa con sus palabras. Toqué el bicho con la lengua y me lo metí por la garganta. La sustancia viscosa se arrastra hacia abajo y el reflejo nauseoso me la devuelve a la boca.

—Maldita sea, Justin, ¡qué asco!

Vuelvo a escupir la ostra en la servilleta y me abalanzo sobre el vino para bloquear ese asqueroso sabor.

Justin empieza a reír a pleno pulmón. No puede parar de reír, y yo me enfado.

—¿Pero qué coño...? ¿Me estás tomando el pelo?

Me levanto bruscamente y empujo la silla hacia atrás.

—¿Te hace gracia verme? Lo haces a propósito, ¿verdad? ¿Me tomas el pelo? ¡¿Poniéndome este vestido tan caro, haciéndome subir a unos tacones para burlarte de mí?! ¡Vete al infierno! ¡No necesito nada de esto!

Tiro la servilleta sobre la mesa y me voy corriendo al baño. No puedo creer que haya encontrado algo con lo que bromear. Sí, no soy sociable. Sí, nunca he probado las ostras. Sí, no sé cómo comportarme cuando la comida me sube por la garganta. Pero, ¿es eso motivo para burlarse de mí?

Me siento ofendida. Intenté ser sofisticada para él y se burló de mí. Nada más. Este vestido, estos zapatos, todo lo de Rodríguez esta noche es una farsa y una burla. Y una velada elegante debería acabar igual: llorando en el baño, no en la mesa de un restaurante elegante. Aquí es donde debo estar.

¿Qué esperaba?

¿Qué pretendía?

No soy una princesa. Nunca seré una princesa. No importa con qué me disfracen. Me seco las lágrimas con una toalla de papel y abro el grifo.

¿Cómo pude creer que este mundo me dejaría entrar?

Aquí soy una desgraciada. Una mala hierba en una plantación de rosas exquisitas. Y no encajaría, aunque adoptara una forma hermosa. La puerta del lavabo se abre de golpe y balancea.

Justin irrumpe en el espacio.

—Antes de que me des una bofetada, te contaré la reacción más bonita que he visto nunca ante las ostras —cierra la puerta de golpe y gira la cerradura.

—Espero haberte hecho disfrutar —digo mientras cierro el grifo, hago una bola con la toalla de papel y la tiro a la papelera.

—No era mi intención, de verdad. Y no es lo que piensas. Simplemente, me gustó tu sinceridad.

Le dirijo una mirada interrogante.

¿De qué está hablando?

¿Qué clase de sinceridad es esa?

—Verás —se me acerca un paso más y, por reflejo, yo retrocedo y apoyo el culo en la repisa de piedra con los lavabos.

—Cuando no te gusta, lo escupes. No te obligas a masticar. No sufres para parecer amanerado. Y eso me gusta. Yo haría lo mismo. Nunca toleraría ni fingiría que me gusta algo que me diera ganas de vomitar.

—Pero te comiste esa ostra.

—Sí, porque me encantan, Jessie.

Se está acercando y no tengo ningún lugar al que retirarme. Inspiro una bocanada de aire y arqueo la espalda sobre los lavabos para evitar el contacto con su cuerpo, pero Justin me agarra por la cintura y me tira con fuerza contra él. Casi choque con su torso antes de poder levantar la cabeza, pero en su lugar me encuentro con la mirada de unos ojos ennegrecidos.

—Nunca me reiría de ti. Porque cada acción que realizas, cada reacción que tienes, me fascina. No tienes ni idea de lo hipnotizante que eres. No tienes ni idea de lo hermosa que eres.

Es precioso. Eres tan real. No finges. No pretendes ser alguien que no eres. No intentas ser mejor. Eres quien eres. Escúpelo, Jessie. Sin preocuparte de que no me guste. Cuando haces algo ridículo, se me pone un puto globo dentro. Explota, joder. Y cada vez que haces algo ridículo, solo quiero besarte más y más.

Se retuerce por dentro. Explota. Y quiero besarle más fuerte. Me olvido de que llevo tacones y me pongo de puntillas. Le rodeo la nuca con las manos y acerco su cara a la mía. Palpitan. Los restos de la explosión están en ellos.

Y necesito besarle. Los restos de la explosión en ellos. Y necesito besarle. Más.

Más profundo. Necesito sentirle en mis labios.

Después de lo que dijo.

Después de verlo.

Cuando me di cuenta de que él sentía lo mismo que yo. Justin no duda. Me mete la lengua en la boca y se entrelaza con la mía. Me aprieta el culo con las manos y oigo un gruñido ahogado que atraviesa el beso.

—¿Funcionaron las ostras? —exhalo.

—Has funcionado —rompe el beso y me gira bruscamente sobre mi trasero.

Jadeo y apoyo las palmas de las manos en el lavabo. Justin tira de mis caderas hacia su ingle y empuja su dura polla contra mi culo. Luego me rodea el cuello con la palma de la mano y se abalanza sobre mí como una bestia depredadora.

—Eres mi afrodisíaco —me susurra roncamente al oído, mirándome fijamente en el reflejo del espejo—. Tú, Jessie-

Veo que sus ojos se oscurecen y yo solo me aprieto más contra el cuerpo de Justin, arqueándome bajo sus poderosas manos.

—Tú —me sube rápidamente el vestido y me baja las bragas por debajo de las caderas—. Todo de ti, el tintineo de la hebilla de mi cinturón rebota en las paredes de azulejos—. Hasta el último centímetro—, siento el roce de su cabeza contra mi entrepierna y me muerdo el labio.

—Mi perfección.

—¡Justin!

Una potente embestida me llena hasta el borde. Grito, pero la palma de la mano de Justin me tapa la boca justo a tiempo. Tengo que callarme. Estamos en un puto restaurante. En su baño. Estamos follando mientras otras personas comen su cena proteica. Echo un vistazo a Justin en el espejo y, oh Dios, es salvaje. Hermoso. Apasionado. Jodidamente increíble.

Nos miramos fijamente mientras empieza a penetrarme con más fuerza. Su mano se desliza desde mi boca hasta rodearme el cuello. Aprieto los dientes y apoyo la parte superior de la cabeza en su hombro.

—Mira —jadea Justin y empuja sus dedos tatuados por mi piel, moviéndose hasta mi barbilla.

—Somos perfectos el uno para el otro.

Siento su profundo tirón dentro de mí y agarro los bordes de la palangana con las manos.

—Eres perfecta —me levanta la barbilla y me hunde sus labios en los míos.

Arrogante. Beligerante. Como yo quiera. No somos normales. Somos perfectos el uno para el otro. El uno para el otro. Lo sabemos sin palabras. El ritmo se acelera. Llega al límite. Agudo. Duro.

Siento palpitar mi clítoris. La otra mano de Justin se desliza bajo mi sujetador y encuentra un pezón duro. Lo hace rodar entre sus dedos y lo aprieta con fuerza. Quiero gemir, pero me callo y

me muerdo el labio.

—Shh, cariño. Puedes gritar en el hotel —me apretó el pezón entre los nudillos y me atrajo hacia sí para darme un beso.

Mi bajo vientre sufre espasmos. Estoy a punto de romper el puto lavabo. Clavo los dedos en él y arqueo la espalda al compás de la aguda intrusión de Justin. Dios mío.

Estoy en un restaurante elegante. Me estoy dando un lujo. Y me estoy follando al hombre más elegante del mundo en el baño. Y estoy teniendo el orgasmo más increíble de mi vida.

—¡Justin!

Me estremezco, mordiéndome el labio inferior con sangre.

Vuelvo a captar su mirada en mi reflejo. Es más oscura que los bosques quemados. Está más loco que esas llamas. Y me encuentro en él.

Justin me empuja hasta el fondo y noto su polla palpitando en mi interior. Apenas tiene tiempo de sacarla antes de que su semen explote sobre mis nalgas desnudas. Respira agitadamente y me besa el cuello.

—No muevas el vestido. Hay que limpiar aquí.

Justin desenrolla las toallitas de papel y me limpia suavemente el muslo.

—Qué considerado —sonrío.

—Soy el cuidador de las Elfas, o más bien de una Elfa —me besa en los labios.

—Ahora tengo que darte de comer.

—No, las ostras no.

—¿Estás segura? Estoy dispuesto a hacerlo todo de nuevo.



Capítulo 24. Justin

Ni siquiera mi padre sabe a qué me dedico en mi trabajo diario. Sheila no lo sabe. Nadie lo sabe, excepto Garner. Pero ahora Jessie sí lo sabe. Me asombra la facilidad con la que me he abierto a ella.

No lo pensé ni un segundo cuando le compré un billete a Reno. No lo pensé ni un segundo cuando dejé que Jessie se enterara de mis asuntos. Estoy encantada. El veredicto está echado. Y, joder, eso solo hace que mi corazón rebote con más fuerza. Me encanta, joder. Es como si compartiera mi locura, aunque no le gustaran las ostras. Pero lo más importante es que a los dos nos divierte.

Lo vi en sus ojos en el reflejo del espejo. He visto ese fuego envolviéndome. Y ahora, mientras caminamos de vuelta al hotel y la sonrisa más hermosa ilumina su rostro, soy jodidamente feliz en este pedazo de mierda de Tierra. Jessie. El ingrediente principal de la euforia loca. Ni siquiera tienes que meterte coca. Me siento como un yonqui.

—¡No quiero volver a subirme a esos tacones! —exclamó Jessie nada más cruzar el umbral de la habitación. —¡No puede ser! ¿Cómo pueden caminar con ellos?

—¿Así qué lo tiro? —Cojo con los dedos un par de las batilanas Prado y les doy vueltas entre las manos.

—¡No! —grita inmediatamente y le arrebata las botas—. ¡De ninguna manera! Son tan bonitos.

—Vosotras no sois normales —le hago soltar los zapatos en el suelo y tiro de ella hacia mí por la cintura—. No eres normal y eres la criatura más hermosa. Y te quiero en la cama —aprieto su jugoso culo y la atraigo aún más hacia mí.

—¿Tienes un frenesí sexual? —Esquiva mi beso.

—Llámalo como quieras, pero llevo demasiado tiempo masturbándome pensando en ti.

—¿Qué? —se sobresalta y me empuja en el pecho—. ¿Qué estabas haciendo?

—Pajeándome, Jessie. Ya sabes... Te metes en la ducha, te imaginas desnuda en mi regazo con el culo en alto y mi pene entre tus manos. Y luego hacia arriba y hacia abajo.

—¡Eres repugnante! —Se libera de mi abrazo, lo que solo me hace reír. —Tú... Entonces se detiene y me mira fijamente con ese vestido tan bonito y demasiado sexy que quería arrancarme en el cuarto de baño. En esta habitación, antes de ir al restaurante.

—¿Lo has hecho de verdad?

—Oh, sí, Elfa —la vuelvo a abrazar como es debido—.

—Tú... —bajó los ojos tímidamente hacia el suelo—. —Imaginaba... ¿A mí?

—Te lo dice la misma chica que gemía debajo de mí en el baño del restaurante. Que aulló a mis ojos en el reflejo del espejo y lo último que vi allí fue vergüenza. Entonces no estabas allí. ¿Por qué reaparece ahora? No debería avergonzarse de mí. Solo te he imaginado un puto millar de veces. Sobre mí, debajo de mí. Tumbada, de pie o sentada. Sobre la mesa, en la cama, en el suelo, contra la pared, en mi coche. Te imaginé gimiendo mi nombre. Como arqueabas la espalda y yo te agarraba del pelo con el puño y tiraba de ti hacia mí. Cada vez que te cruzabas conmigo, me imaginaba follándote. Cada vez que escupías, pensaba en castigarte por cada palabra. Solo te deseaba a ti cuando estabas cerca de mí. Todo de ti —le rodeé la nuca con la palma de la mano, incliné su cabeza hacia atrás y la miré directamente a los ojos.

La vergüenza aún se refleja en tu rostro, pero ya ha empezado a ser eclipsada por la pasión. Un deseo que también me llena a mí.

—Joder, Elfa... —aspiré aire entre los dientes—. ¿De verdad no sabes lo sexy que eres o solo estás jugando conmigo? ¿Quieres pruebas? Créeme, nunca me cansaré de convencerte. Estoy disfrutando demasiado con esto.

La empujé contra la pared y apreté mi torso contra ella para que ni siquiera pudiera moverse. Me puse a horcajadas sobre su culo y apoyé su delgada pierna en mi muslo.

—¿Lo notas? —susurró contra sus labios y empujó mi erección entre sus piernas—. Me pongo cachondo solo de pensar en ti. Siempre es así. Solo contigo me siento como un adolescente, dominado por instintos animales. Exclusivamente contigo, mi autocontrol se va al infierno. ¿Te das cuenta de lo que me haces, diablillo? —Le aprieto las nalgas por debajo del vestido y vuelvo a tirar de ella contra mí.

Jessie exhala audiblemente y me coge la camiseta con los pechos.

—Si es así, ¿puedes explicarme cómo conseguiste el poder sobre mí? ¿Cómo lo hiciste, Jessie? ¿Cómo es que olvido quién soy cuando estás cerca?

—Te equivocas, Justin —susurra, sin apartar los ojos de mí, y puedo sentir cómo tiembla. —No tengo ningún poder. Mucho menos sobre ti.

—Si me lo dices, haré todo lo que me pidas —le susurro, y le paso el pulgar por el pómulo—. Solo tienes que decirlo. Y verás que no miento —mi otra mano se desliza bajo sus bragas y Jessie deja escapar un débil gemido—. Lo que quieras, Jessie. Dilo en voz alta y cumpliré todos tus deseos.

Paso los dedos por su entrada húmeda y aprieto el más grande contra su clítoris. Jessie se acurruca aún más contra mí.

—¿Qué deseas? Dímelo. —empiezo a masajearle la entrepierna, apretando más a Jessie contra la pared.

Quiero que diga lo que piensa.

Quiero que se abra.

Quiero que se dé cuenta del control que tengo sobre ella.

Quiero que no se avergüence de sí misma, de sus fantasías, de sus pensamientos, de sus actos.

Quiero que se dé cuenta de que haría cualquier cosa para que se sintiera bien.

En todo. Siempre. Ya le había dado las riendas en la cocina de John una vez. Pero supongo que ella pensó que era una broma. Ahora quiero que sepa que no bromeaba entonces, ni lo hago ahora. Estoy dispuesta a estar bajo su control. Siempre que ella tenga el valor de exigirme más.

—Jessie —rozo mis labios con los suyos—. ¿Debería seguir?

Mi dedo se deslizó a lo largo de su clítoris y se detuvo en la entrada.

—Sí —sentí su aliento entrecortado en mis labios. —Pero quero tu lengua.

Hundió los dientes en mi labio inferior y lo apartó.

Joder. No sé si han sido sus palabras o sus actos los que han hecho que mi polla palpite con tanta fuerza. Pero la mezcla me está minando por dentro. Me arrodillo ante ella y le paso la pierna por encima del hombro.

—Te gustó en Nochevieja, ¿verdad?

Le subo el vestido, a punto de dejar al descubierto las cicatrices, pero Jessie exhala pesadamente y me quita la pierna del hombro.

—No...

El vestido vuelve a caer a lo largo de sus esbeltas piernas y yo me enderezo lentamente delante de ella.

—¿Qué ocurre?

Estaba seguro de que ya habíamos cruzado esa línea.

Estaba seguro de que confiaba en mí. ¿Me equivocaba?

—No puedo hacer esto... Jessie se baja aún más el vestido y camina enérgicamente hacia el dormitorio.

—¿Cómo? —Voy corriendo tras ella. No voy a terminar esta conversación con esa nota.

—¿No lo entiendes? —grita, y se da la vuelta para mirarme—. Estaba oscuro, tú estabas debajo de la camiseta. No podías ver nada. ¡Y yo no veía nada! Si no puedo mirarme a mí misma, ¡¿cómo voy a dejarte a ti?! Los ojos de Jessie se llenan de lágrimas.

—Jesús... La alcancé en dos zancadas y la atraje contra mi pecho. Volvía a temblar, pero no por mis caricias.

—Te juro que voy a matar a ese capullo.

—Justin —sollozó y me miró—. Lo hecho, hecho está. No puedes cambiar lo que Corey me hizo, aunque lo mates. Su muerte no me cambiará. No cambiará mi fealdad.

—¿Qué fealdad? Rodeé sus mejillas con mis brazos. —No vi ninguna fealdad en ti. Me di cuenta de que era feo. Pero no vi ninguna fealdad en ti. ¿Quieres saber lo que veo ahí?

—Justin... —dice con la mano, pero no la suelto de mis brazos.

—No, escucha. No vi ninguna fealdad en tus muslos. No vi nada en tu estómago.

—Justin —empezó a llorar.

—Solo he visto tu fuerza. Una tenacidad que incluso yo envidio, sus lágrimas calientes resbalan por mis dedos, pero sigo mirándola a los ojos.

—Y mientras te besaba allí, me preguntaba por qué me había ganado tu confianza. Por qué soy el único al que dejas que te toque. Por qué soy el elegido, al que se le permite estar cerca de alguien como tú. Permitido conocer tus secretos. Permitido tocarlos. Para sentir el valor que solo tienen unas pocas personas en este planeta.

—Justin...

Siento que se tira hacia mí.

Realmente empezaba a considerarme la elegida.

—Gracias a ti. Gracias a tu confianza. Y si crees que veo otra cosa que no sean tus virtudes, será mejor que me pegues un tiro en la cabeza. Así que dejaré de pensar así.

Los ojos azules, aún llenos de lágrimas, me miran con tanta sinceridad. Son tan claros y puros que podrías ahogarte en ellos. Sumérgete en ellos. Olvídate de ti misma. Piérdete. Enamórate.

«Justin, no te calles», me dijo el cerebro.

Pero, en lugar de palabras, me abalanzo sobre sus labios. La beso tan fervientemente, tan salvajemente, como no la había besado en toda mi vida. Me quito la camiseta. Empujo a Jessie

sobre la cama y me ciño sobre ella, apoyando los codos.

—Dijiste que no podías mirar —le toqué la cara con los dedos, respirando con dificultad—. Al menos, déjame mirar.

No se da cuenta de lo que hago, pero asiente de forma confusa. Le desato el cinturón del vestido y se lo acerco a la cara.

—Quizá así sea más fácil decidir. —Busco una respuesta en sus ojos—. Vamos a intentarlo.

Siento a Jessie y le vendo los ojos. En cuanto el material del cinturón toca su cara, ella contiene la respiración.

—Intenta relajarte —le pasé el dorso de la mano por la mejilla y bajé hasta su cuello. Le rocé el hombro desnudo con los labios y le quité suavemente los tirantes del vestido.

—¿Te sientes bien? —Le besé la clavícula, moviéndome suavemente hacia su pecho, y volví a meter a Jessie en la cama.

—Sí...

—Te quitaré el vestido.

—De acuerdo.

Desabroché el fino broche lateral y tiré del vestido hacia abajo. Lo desabrocho por su cintura, sus caderas y sus largas piernas. Dios, es realmente perfecta. Y cómo me gustaría que viera lo que yo veo. Me deshago también del sujetador y, luego, le toco los bordes de las bragas. Jessie se estremece bajo mis manos.

—Estás impecable…

Me arrodillo entre sus piernas y las abro más.

Se muerde el labio y arquea la espalda, arrugando la manta con las manos. Le quito de las piernas el trozo de tela que le queda. Me paralizo.

¿Cómo pudo hacerle esto aquel bastardo?

¿Cómo subió la mano?

¿Cómo pudiste torturar a esta frágil criatura?

¿Cómo pudiste estropear una belleza perfecta?

¿Cuánto gritó?

¿Cuánto dolor sentía?

¿Cómo ha aguantado todo esto?

Me invade una oleada de rabia y aprieto los labios contra su piel llena de cicatrices. Besándola. Beso cada cicatriz. Empujo cada corte con fiereza. Pero no es suficiente para demostrarle cuánto lo siento. No es suficiente para hacerle saber cuánto la deseo.

Jessie intenta involuntariamente apretar los muslos para protegerse de mí, pero yo los separo con las manos y le paso la lengua por el clítoris. Se sacude y arquea la espalda, apretando más fuerte la manta con las palmas de las manos. Me pongo a horcajadas sobre sus caderas y empiezo a mover la lengua con más intensidad.

—¿Te gusta? Puse mis labios sobre su clítoris y lo succioné en mi boca.

—Dios... Sí…

Veo cómo presiona la cabeza contra el colchón y Jessie respira profundamente.

—¿Te gustaría verme en esta postura?

Chupo tu clítoris y meto un dedo dentro de ti.

—¡Jesús! —aulló Jessie y apretó sus caderas contra mí.

—¿Quieres un poco? —Deslizo la lengua más deprisa y añado un segundo dedo. —¿Quieres verme entre tus hermosas piernas? ¿Quieres ver cómo te saboreo? ¿Cómo te acaricia mi lengua?

—Mierda... Sí… —gimió.

Lo hago.

—Luego quítate la venda.

—No puedo…

—Así no verás nada —le dije, y la penetré más profundamente, y cubrí su clítoris con la boca, apretando los labios contra él.

Jessie duda unos segundos. Vacila, pero se decide. Su mano se congela sobre el cinturón que tiene delante de los ojos, pero lo quita y me mira.

—Sabes tan bien...—dice, y pasa lentamente la lengua por su clítoris mientras me mira a los ojos. Paso lentamente la lengua por su clítoris y la miro fijamente a los ojos.

—Mi hermosa Elfa. ¿Te gusta lo que ves? ¿Has estado fantaseando?

—Oh, sí…

Sus manos se clavaron en mis hombros y mis dedos empezaron a moverse con más fuerza dentro de ella.

—Justin —un segundo de miedo parpadeó en sus ojos cuando rompió nuestro contacto visual y no me miró a mí, sino a su cuerpo.

Al instante, me incorporé sobre mis brazos y la cubrí con mi torso. Sellé mis labios con un beso y me quité los pantalones.

—Te deseo, joder —le mordí la barbilla y entré tan bruscamente que gritó.

—Lo siento.

—No te atrevas a disculparte —me empujó hacia él y me rodeó los hombros con los brazos—. Yo también quiero tu verdadero yo. Siempre.

Me hundo más en ella y la beso en el cuello. La muerdo, chupo su piel y no puedo apartarme. Es demasiado dulce. Tengo tanta hambre que estoy dispuesto a devorarla. Le levanto la pierna y pongo a Jessie de lado. Me arrodillo entre sus piernas y la penetro tan profundamente como puedo.

Gime tan fuerte que no puedo contenerme y acelero el ritmo. Agarro su nalga con la mano y la abofeteo, liberando a mi demonio interior.

—Más —sollozó Jessie, moviéndose al compás de mis embestidas.

¿Le gustaba? Volví a azotarla y ella gimió de nuevo, arqueando la espalda contra mi cuerpo.

«Sí, más», pide y se acurruca a mi alrededor.

Aprieto la palma de la mano contra su muslo y la empujo con tanta fuerza que apenas consigo sacar la polla antes de correrme en la parte baja de su espalda.

—Estás loca —dije mientras deslizaba dos dedos dentro de ella, me inclinaba y masticaba su jugosa nalga.

—Oh, Dios… —arqueó el trasero y se acercó a mis dedos.

—Justin.

—Sí, nena... Vamos.

La penetro más deprisa.

—Vamos.

Apenas aguantaba. Jessie cae de pecho sobre el colchón y grita contra la almohada, acunándola entre las manos. Su cuerpo se estremece debajo de mí y saco los dedos de su interior.

—Parece que no soy capaz de levantarme...

¿Podría haber algo mejor que esta foto?

Jessie respira entrecortadamente. Tiene el pelo largo y despeinado, y se le ha caído por los hombros. Está húmedo y se le pega a la espalda, pero no se lo aparta porque sus manos temblorosas siguen aferradas a la almohada.

Lo vería siempre. Cada noche. Cada mañana. Mientras se despierte conmigo. Le limpio el cuerpo y no la dejo ir a la ducha porque tengo muchas ganas de abrazarla antes contra mi pecho. La cama es muy grande, pero estaríamos bien en un colchón individual porque nos abrazamos demasiado fuerte.

Jessie recorre con el dedo el contorno del tatuaje en forma de corazón que tengo en el pecho y dice:

—¿Dijiste que harías todo lo que te pidiera?

—Sí.

Apaga las luces, luego me rodea con los brazos y me besa justo en el corazón tatuado.

—Háblame de Sandra. Y recuerda, no hay mentiras en la oscuridad.



Capítulo 25. Justin

Bajo el corazón tatuado, el corazón vivo se enfría.

—Sandra.

Es la primera vez en diez años que ese nombre no sale de mi boca. Mi primera reacción es levantarme de un salto, quitarle las manos de encima, gritar y mandarla a la mierda. Pero estoy gritando dentro de mí. Y no son las manos de otra persona las que están sobre mí, son las de Jessie.

Así que me contengo por primera vez, apretando más fuerte la sábana en mis puños para que Jessie no se dé cuenta. Pero soy estúpida, porque no son solo mis manos las que se tensan. Soy toda yo, y ella puede sentirlo.

—Justin, sé que Ángelo es tu hijo —susurra y hunde la nariz en mi pecho.

Si no fuera por ella, estaría gritando. Si no fuera por Jessie, habría destrozado esta habitación. Habría destrozado las ventanas, tirado los muebles, prendido fuego a los restos y me habría quedado mirando las llamas. Las mismas que arden dentro de mí ahora mismo. Me está devorando.

Pero me tumbo y no me muevo. Estoy ardiendo por dentro. Aun así, no lo demuestro, porque Jessie no se merece que esté histérica. Se merece mi mente abierta.

—Y dijiste que tenías cicatrices... —Toca con sus labios mis costillas—. Yo también las tengo. Es solo que yo no puedo ver las tuyas, pero tú...

—Estoy dispuesto a desnudarte cada una de ellas —mi voz es ronca, y cada palabra me corta la garganta como una cuchilla al salir—.

—¿La querías? —pregunta Jessie tímidamente, y creo que se aparta un poco de mí o se hace un ovillo.

—Todo el mundo la quería. Sandra irradiaba tal energía que era imposible no quererla.

Sonrío con tristeza al recordar la sonrisa sincera que Sandra solía dedicar a todo el mundo. A todo el mundo. Siempre estaba sonriendo.

—Yo tenía quince años. La relación de mi madre y mi padre parecía normal. Jonathan y yo parecíamos vivir en una familia normal, con unos ingresos medios normales, en un barrio normal de Los Ángeles, y asistíamos a un colegio normal.

Sandra también fue trasladada allí gracias al favorable sistema de matrícula. Tenía una nota media alta y le concedieron una beca. Era dos años más joven que yo y la colocaron en la clase de Jonathan. Sandra enseguida se hizo amiga suya. Recuerdo la primera vez que la trajo a casa para que le explicara matemáticas. Ya entonces me di cuenta de que estaba colado por ella. Hasta entonces le había estado ayudando con las matemáticas.

Pero Sandra siempre tenía curiosidad. Se preguntaba qué estaría haciendo yo en la habitación de al lado. Cuesta creerlo, pero yo era un tipo callado. Muy reservado. Pasaba todo el tiempo delante del ordenador, e incluso entonces, estaba haciendo algo. Sandra siempre estaba realmente interesada en lo que yo hacía. Me llamaba genio. Y se reía mucho. Fue entonces cuando caí en la trampa.

Crecimos y seguimos siendo amigos. Nosotros tres. Yo, Jonathan y Sandra. Nada cambió entre nosotros, ni siquiera cuando mi madre se marchó. Cuando se lo llevó y casi me pisotea. Los tres mantuvimos el contacto. Sandra nos ayudó a mi hermano y a mí a conectar. A no pelearnos. A no enfadarnos. Y a no culparnos mutuamente por los errores de los adultos.

Ella siempre estaba ahí para nosotros.

Ella era nuestra conexión.

Ella fue mi apoyo, incluso cuando yo estaba en la cárcel.

Era la única que venía a verme cada semana. Y después.

Mi corazón. Siento como si ya no latiera. Se encoge hasta convertirse en una bola diminuta y se congela en mi pecho.

—Estaba en la cárcel. Sandra se quedó embarazada. Y murió en un accidente de coche.

Jessie se tumba a mi lado y no se mueve. Se queda en silencio. Creo que ni siquiera respira. Quiero un cigarrillo, o mejor aún, una copa.

Emborracharme hasta perder el conocimiento y desmayarme hasta la mañana siguiente, pero en lugar de eso sigo adelante:

—El bebé de siete meses se salvó. A Sandra siempre le gustó ponerle un nombre fuerte... Y Garner, una persona muy cercana a mí, sugirió que le llamáramos Ángelo.

—¿Ángelo sabe lo de su madre? —susurra Jessie vacilante.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

«Porque miento».

—¿Tiene esto algo que ver con el asesinato de Sandra?

La pregunta de Jessie me golpea en el estómago. Se me corta la respiración. El terror me invade. Me cubre todo el cuerpo un hormigueo y me sume en un aturdimiento.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo lo sabía?

—El otro día te oí gritar en la Casa Blanca. Le decías a Jonathan que estabas viviendo bajo el mismo tejado que el asesino de Sandra.

—Entonces exageré:

—No tiene por qué saberlo.

—Justin... Tú mismo has dicho que no mientes en la oscuridad. Pero lo haces. ¿Por qué?

—Porque nadie sabe la verdad. No puedes decirla en voz alta. Ni siquiera en la oscuridad.

Salgo arrastrándome de debajo de Jessie y me siento en el borde de la cama. Esto pesa. Joder. Esto es muy duro. Apoyo los codos en las rodillas y pongo la cara entre las manos. Siento el corazón como una piedra en el pecho y el cuello como otra roca antes de arrojarme al océano.

—Tampoco nadie conoce mi verdad —dice Jessie, que se sienta detrás de mí, pero no me toca —. Solo a ti.

Estoy temblando. Yo, Justin Morris, estoy temblando de pies a cabeza. Tengo tanto miedo que me tiemblan todos los órganos. Y no sé qué hacer.

¿Debo mentirle como todo el mundo? ¿O dejo que el secreto se asiente en esta habitación? ¿Permitir que Jessica descubra lo que juré que nunca contaría a nadie en esta vida?

—Justin —me tocó el hombro tímidamente—. Sé que te han hecho daño. Muchas... Muchas veces. Pero estaré a tu lado, digas lo que digas. No me voy a ir. Te lo dije una vez el día de Navidad. Quizá no lo recuerdes.

—Me acuerdo de todo. ¡Estoy maldito! ¡Largo! Vete de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¡Yo soy igual! ¡Yo también estoy maldita! ¡A lo mejor quieres hacer una competición!

—¡No sabes de lo que hablas! ¡No me conoces!

—igual que hiciste conmigo. Pero sigo aquí. Igual que tú estabas en la puerta de John. Y no me iré de aquí, igual que tú.

Recuerdo cada palabra, y Jessie repite que no se va. Todavía no. No hasta que sepa la verdad.

Y, conociéndola, saltará de la habitación y caminará en pies hacia Los Ángeles en cuanto termine de hablar o incluso antes.

—Intenta comprenderme —suspiré pesadamente.

—Lo entenderé —dice en voz baja a mis espaldas, y luego se calla.

—Un día de junio, cuando me quedaban unos meses para encerrado en prisión, Sandra llegó con una cita llorando —la mano de Jessie seguía apoyada en mi hombro mientras se acercaba—. Estaba llorando y no sabía qué hacer. Buscaba mi consejo. El apoyo de alguien que también estaba perdido. Sandra aún no había cumplido los dieciocho años y ya llevaba un bebé en el corazón.

—¿Qué? Sentí que Jessie se estremecía y su mano se apartó de mi hombro—. ¿Estaba... embarazada?

—Yo también me quedé de piedra en ese momento.

—Pero... pensé...

—Yo no era el amor de su vida, Jessie. Ese lugar siempre lo había ocupado Jonathan. Desde el principio, desde el primer día que se conocieron, entonces ya estaba todo claro. Parecía que estaban hechos el uno para el otro. Solo que mi madre no lo veía así. No soportaba a Sandra. No le gustaba. Pensaba que era escoria. Incluso antes de que Victoria y mi hermano adoptaran el caro apellido White, Sandra no era rival para ellos. Aunque solo fuera porque era una niña de orfanato en una casa de acogida. Una familia falsa. Eso pensaba Victoria.

Además, su «falsa» familia era pobre. Más pobre que nosotros. Vivían en un barrio barato de Los Ángeles y nos despreciaban, sentimiento que aumentó cuando la Sra. Morris media se convirtió en la Sra. White de la alta sociedad. Entonces solo empeoró. No quería ni oír hablar de Sandra.

Cuando Victoria acogió a Jonathan en la acaudalada familia White, esperaba borrar el pasado. Deshacerse de él. Empezar de cero. Sin el perdedor que era su padre. Sin mí. Sin la «indigna» Sandra, que no cumplía los criterios de una novia para el futuro heredero del imperio. Así es exactamente como ella veía a Jonathan. Por eso lo tomó bajo su protección. Porque Kenny White no puede tener hijos. Y Jonathan sería mucho más fácil de moldear para convertirlo en un heredero digno que ella, tan meticulosa.

Victoria sabía que nunca dejaría a mi padre. Y Jonathan siempre fue su favorito. Un niño al que su madre sacaba partido, que honraba cada una de sus palabras y la miraba a la boca. Así que Victoria pensó que podría limpiar fácilmente la mancha de Sandra.

Pero Jonathan se enamoró. Fue como si le hubieran sustituido. Pero no por mucho tiempo. Tras el divorcio de sus padres, empezó a distanciarse y a cambiar, pero seguía viendo a Sandra en secreto. Yo seguía enfadándome. Entonces hice algunas tonterías por falta de dinero. Me creía un genio y la cagué. Cumplí 18 años y dejé solos a Sandra y a Jonathan. Durante dos años enteros.

Durante ese tiempo, Jonathan consiguió tener un hijo con Sandra. Y el hijo de puta también se escapó de miedo tener un hijo. Así que en junio, cuando faltaban un par de meses para que me pusieran en libertad, Sandra vino a la cárcel. Venía llorando y diciendo que no sabía qué hacer con el embarazo.

Contó que fue a casa de los White, pero Jonathan no se reunió con ella. En cambio, mantuvo una conversación muy «agradable» con la Sra. White, que le dio dinero para un aborto y la instó a que se alejara de su hijo.

Le prohibí a Sandra que se deshiciera del bebé. Dije que lo criaríamos juntos. Como si fuera nuestro hijo. Mientras Jonathan no se enterara nunca. Sandra estuvo de acuerdo. Y cuando terminé mi condena, se mudó conmigo.

Al padre no le importó y le convencí para que se callara. Todos esperábamos el nacimiento del bebé. Papá incluso compró algunas cosas, y yo estaba feliz. Aunque Sandra nunca me consideró más que una amiga. Pero a mí eso me parecía bien. Solo quería ayudarla. Solo quería estar a su lado.

Pero un día de Navidad recibió un mensaje de Jonathan diciéndole que sabía que estaba embarazada y que quería hablar con ella. Quiere decirle a su madre lo mucho que desea ese bebé. Escribió que enviaría un coche a recogerla, y Sandra sintió que había perdido la cabeza. Lo tomó como un milagro. No respondió a mis inhibiciones, a mis súplicas. No me hizo caso. Y se metió en el maldito coche. Que nunca llegó a la mansión White.

—Dios mío... —susurró Jessie, y por fin me volví hacia ella.

—La versión oficial es que el niño murió con Sandra.

—¡¿Qué?! Puedo ver el terror en los ojos de Jessie incluso a través de la oscuridad—. ¿Estás hablando de Ángelo?

—Sí.

—¿Él, el hijo de Sandra?

—Sí. Informes médicos, policiales, todo. Lo falsifiqué todo. Y mi jefe me ayudó a hacerlo. La historia oficial es que Ángelo es mi hijo, nacido seis meses después de la tragedia.

Salí de la cárcel, me follé a una, se quedó preñada y me dejó un bebé. Y el bebé de Sandra no sobrevivió. El bebé de Sandra y Jonathan no existe.

—Pero no funciona así. No puedes ocultar el nacimiento de una persona... Cambiárselo a otra, Justin. No funciona así.

—Ocurre. Y no es fácil. No es fácil arreglar las cosas cuando no estás seguro de querer hacerlo. No es fácil mirar a un niño de siete meses y ver en él solo la razón por la que murió la persona a la que amabas.

No es fácil gritar de dolor sobre su cuerpo.

No es jodidamente fácil salvar a alguien que no quieres.

No es jodidamente fácil, Jessie. ¡

Me pasé año tras año viendo a Ángelo como la razón por la que Sandra murió! —Grito y la agarro por los hombros—. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que quiero parecer un monstruo a sus ojos.

—¡Sé lo duro que esto es para ti! —solloza.

—¡No entiendes una mierda! ¡Nadie lo entiende! ¡Me rompía todos los días! ¡Lo miraba y lo odiaba! ¡No sabía para qué le estaba salvando, Jessie! ¡Le culpaba de la muerte de Sandra! ¡A él, a Jonathan, a Victoria! Ellos son la razón por la que Sandra se fue. Ellos son la razón por la que se metió en ese coche y nunca salió. ¡Yo estuve fuera un año! Neil, mi padre, cuidaba del pequeño Ángel y yo ni siquiera podía mirarle. ¡Tenía tanto dolor, Jessie! —Salté de la cama y grité tan fuerte como pude—. ¡No entendía nada!

—Justin, por favor —se puso en pie y me abrazó con fuerza—. No digas eso. Por favor, no digas eso —sus delgados brazos intentan retenerme, y su cara se apoya en mi pecho.

—Si no fuera por Garner, si no fuera por él, Ángelo podría no existir. ¿Lo entiendes? ¿Te das cuenta de lo que soy ahora?

La quito de encima y la sacudo delante de mí.

—No soy nada. Diez años criando a un niño y no vi en él más que dolor. Ni siquiera quería salvarlo, Jessie. No quise.

—Pero eso era antes. Ahora eres diferente. Le quieres. Llamas a Ángelo tu hijo.

—Es mi hijo. Tomé esa decisión cuando aún estaba dentro de Sandra. Solo por eso he mantenido mi palabra.

—¿Y no ha cambiado nada?

Jessie todavía se siente halagada por mí. Después de todo lo que dije.

Todo ha cambiado.

—¿No le quieres como a un hijo?

Se aparta a distancia para mirarme.

—No. Le quiero porque es mi hijo. Solo mío. Siempre lo será.

—Justin —se apresuró a decir Jessie, y me pasó el brazo por los hombros—. Lo que hiciste... por Ángelo. Por Sandra... Es increíble —me abrazó tan fuerte y susurró en mi pecho, apoyando la frente en el pecho de él—. Siento que te quiero aún más...

Me hace cosquillas por dentro. Mis brazos no se mueven y yacen en las costuras. No respiro. ¿Me quiere más? ¿Más fuerte? ¿Me quiere? Mi corazón late más despacio y luego se detiene.

Solo puedo oír su ruido en los oídos. Cuento el ritmo: uno. El mundo enmudece. Dos. Sus lágrimas se imprimen en mi pecho. Tres. Le rodeo los hombros con los brazos. Cuatro. La estrecho contra mí. Cinco. Inhalo. Seis. Me tapo los ojos. Siete. Me armo de valor para dejar salir mis sentimientos. Ocho:

—Te quiero, Jessie.



Capítulo 26. Justin

Incluso he podido dormir esta noche. Desnudé mi alma, descubrí mi corazón, lo desgarré, confesé mi amor y, aun así, me dormí. Y dormí tan dulcemente como nunca en mi vida, abrazando a Jessie contra mi pecho.

Es un milagro, ¿verdad?

Si no, ¿cómo se explica la curación de las heridas?

Pero lo mejor es que hoy me he despertado con ella.

Por fin, mi lado izquierdo no estaba frío.

Por fin estaba allí.

Y no huyó cuando descubrió mi secreto. Me dijo que me quería.

—¡Levántate, pequeña Elfa llorona!

La ataqué desde arriba, mordiéndole el hombro y dándole codazos en el estómago.

—Madre mía.

—No hace falta que me sorprendas mientras duermo — bosteza y le beso el cuello.

—Deberíamos irnos. Levántate y ponte los vaqueros. El café está en la mesa.

—¿Lo has hecho tú?

Salió de entre los pliegues de la manta, bostezando de nuevo y alborotando su ya desgreñado y largo pelo. Es un verdadero milagro que me hace sonreír como una idiota.

—Vamos —le dije entre dientes.

—Seguro que sí —se estiró, y la manta se cayó, dejando al descubierto sus pechos, que volvió a tapar inmediatamente.

—Espero que no me quieras menos. Me subo encima de ella y la empujo hacia el colchón, sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

—No lo harás, ¿verdad?

Me inclino hacia su cara y me quedo a un palmo de sus labios.

—No me beses, que aún no me he lavado los dientes— esquiva Jessie, y yo no puedo contener una risita.

Como si su frase fuera a impedirme hacer algo que quería hacer. No parecía darse cuenta del todo de con quién se había topado y en qué se había metido.

—Ahora solo tengo que besarte por todas partes —solté un gruñido despiadado y ataqué su cuello.

Jessie chilla y se retuerce debajo de mí, intentando zafarse, pero yo solo aprieto más su torso contra la cama.

—Nena, tus movimientos son inútiles. Ríndete y pon tus labios aquí. Te lo ordeno.

—¿Estás dando órdenes? —Jessie se ríe—. Pensaba que dar órdenes era mi privilegio, no se da por vencida y sigue escurriéndose.

—Eso fue ayer. Es hora de cambiar —sonreí, apretándole las muñecas con una mano y, con la otra, alrededor de la mandíbula para fijar sus labios contra los míos—. Ven aquí, Elfa esquivo. Ahora mismo. Empujo mi entrepierna entre sus piernas y me arrepiento de haberme puesto los vaqueros antes de tiempo. No pasa nada si llegamos media hora tarde y le doy a mi chica otro orgasmo.

Apreté su labio inferior con los dientes, lo mordí débilmente e hice que mi lengua entrara en su boca justo cuando Jessie dejó escapar un lánguido gemido. Hace un segundo estaba forcejeando, pero ahora está blanda y pegada a mí, arqueando la espalda. Me encanta su reacción a mis caricias. No importa lo que salga de su boca, solo su cuerpo dirá la verdad.

Aflojo el agarre de sus muñecas y deslizo la palma con avidez por su hombro hasta sus pechos redondeados, tirando de la manta cada vez más abajo. Presiono con la palma la suave piel, siguiendo la curva de su cintura y llegando hasta sus caderas.

—¿Qué coño hacen unos pantalones cortos sobre ti y cuándo han puesto?

Me acerqué a sus labios y la miré a los ojos azules.

—No voy a dormir desnuda, Justin —sonrió.

—Tengo que hacerlo. De lo contrario, quemaré tus calzoncillos nuevos todas las noches hasta que te quedes sin ellos. ¿Entendido?

—Deja de darme órdenes. De todas formas, lo haré a mi manera —resopló Jessie y me rozó los labios con la punta de la lengua.

—¿De verdad? —Le arranco la manta del cuerpo y meto mi erección entre sus piernas.

—¿Y si quiero acurrucarme detrás de ti por la noche? —le susurré al oído y roce su piel con mis labios—. ¿Y si quiero sentirte? —Doy un suave empujón con la ingle y siento su respiración intermitente en el cuello—. ¿Y si quiero entrar en tu húmedo coño mientras aún duermes, pero inconscientemente me deseas? ¿Eh, Jessie?

Deslizo la mano por sus costillas y le acaricio los pechos.

—¿Vamos a necesitar esos putos calzoncillos? ¿No quieres que pueda penetrarte sin obstrucciones?

Su cara se sonroja y yo le agarro el pezón con los dedos y se lo pellizco suavemente.

—Jesús, Justin —gimió Jessie, y se arqueó debajo de mí.

—Maldita sea... Odio estas bragas —siseó, agarrando la gruesa banda elástica que rodeaba sus caderas—.

—Y odio tus vaqueros.

Jessie me tira del cinturón y me atrae con fuerza contra ella, rodeándome la cintura con las piernas. Sus manos tirotean de mis hombros y cae insaciable sobre mis labios. Joder, por primera vez en mi vida, me excita que una chica tome la iniciativa. Cuando toma la iniciativa y no se avergüenza de mostrar su hambre.

Por primera vez en mi vida, deseo a alguien hasta el punto de estar a punto de correrme antes de tiempo solo por frotarme contra ella. Hola, Justin de 16 años.

Parece que cada vez lo veré más con Rodríguez. Profundizo en el beso y estoy tan absorta que no me doy cuenta de que Jessie me pone bocarriba y encima de mí. Me ensarta las caderas y me sujeta las muñecas por encima de la cabeza, igual que yo hice con ella hace unos minutos.

Una Elfa astuto, mezquino y esquivo al que nunca dejaré de admirar.

—Me rindo —sonrió, y admiré su cara de satisfacción.

—Débil —sonrió Jessie y se inclinó para morderme un momento el hombro—.

—Solo ante tu belleza.

Se endereza de nuevo y me mira fijamente, con las palmas de las manos apretadas contra mi pecho. Sus largos mechones negros cubren sus pezones pellizcados y casi me llegan a las costillas. No rompe el contacto visual y desliza suavemente los dedos por el corazón tatuado entre mis músculos pectorales, trazando su contorno como solía hacer cuando creía que estaba dormida, y baja hasta las costillas.

—El diablo está en los detalles —susurra y describe cada letra con el dedo—. No se trata de ti.

—Tienes razón —puse mi mano sobre la suya y me la llevé a los labios—. Este tatuaje está dedicado a Victoria White, la antigua Morris. Mi madre —toco sus nudillos y los beso.

—¿Por qué? —susurra Jessie vacilante, y puedo ver el dolor en sus ojos.

Su corazón está dolido por mí en este momento y quiero que sea feliz. Excepto que eso no va a funcionar con ella. Ella quiere mi verdadero yo. Quiere saberlo todo. Quiere mi alma, y el alma no existe sin dolor. Y, por primera vez, estoy dispuesto a compartir eso con alguien.

—Para recordar y no olvidar nunca más lo monstruosa que es mi madre. Jessie se hunde en mi torso, apoya la cabeza en mi pecho y me rodea con los brazos, y yo le paso los dedos por el pelo.

—El mensaje para Sandra que Jonathan envió el día de Navidad no era de Jonathan. Me enteré más tarde. Jonathan no sabía nada. Y sigue sin saberlo. Y nunca lo sabrá —exhalo con fuerza, pero Jessie sigue apoyado en mi pecho.

—El mensaje, el coche, el accidente simulado...

—Todo era obra de Victoria. Y podría haberlo demostrado si lo hubiera descubierto desde el principio. Si no me hubiera dejado llevar por mis emociones. Pero llegué demasiado tarde para empezar a indagar. Demasiado tarde. Ya lo habían limpiado y ni siquiera lo trataron como un asesinato premeditado. Fue solo un accidente. Y no pude aportar ninguna prueba. Llegué demasiado tarde.

—Justin... lo siento…

Sus labios me tocan la piel de las costillas, donde está tatuada la escritura.

—¿Pero sabes qué es lo peor?

Jessie no se mueve, pero puedo sentir sus dedos presionando más fuerte en mi cuerpo.

—Yo mismo conté a ella. Después de salir de la cárcel. Acudí a Victoria, con la esperanza de que le quedara un poco de sentimiento maternal.

Le pedí que dejara en paz a Sandra.

Le rogué que la dejara en paz.

Le prometí que Jonathan nunca sabría lo del bebé. Que nunca le afectaría. A él no.

Ni a ella.

Ni a su familia.

Ni a su estatus, ni a su reputación, ni a su bienestar.

Juré que este bebé y Sandra nunca les harían daño. Era joven y tenía miedo. Temía por Sandra. Y acabé empujándola yo mismo por un acantilado. Soy responsable de su muerte, Jessie. Yo y mi maldita estupidez.

—Jesús, Justin... —Jessie se levanta de un salto y me rodea las mejillas con las palmas de las manos.

—¿De qué estás hablando?

—Abre los ojos. Mira lo que has hecho en realidad.

Por favor, ve lo que yo veo.

Por favor.

Por favor, abre los ojos. Nunca he visto un corazón tan grande como el de tu pecho en ningún hombre de este mundo. Quizá solo en mi padre. Eres un caballero, Justin. Uno de verdad. Valiente y con el corazón más bondadoso.

—Jessie...

Ella no puede pensar eso. ¿Qué clase de caballero soy? ¿Qué clase de buen corazón tengo? Nunca ha existido. Preferiría que siguiera llamándome Diablo.

—Ayer yo era el Diablo. Satán. Demonio... Podría seguir eternamente. Siempre describías mi naturaleza de formas pintorescas.

—Te amaré como sea. Incluso en la forma del Diablo. Siempre que me ames tanto como amas a tu infierno.

—Maldita sea —la estrecho contra mí y la apoyo sobre sus omóplatos. Voy a tatuar esa frase justa debajo de mi corazón.

—Pero antes, dime que me quieres —me toca la mejilla con la palma de la mano y baja hasta mi cuello—.

—Te quiero —jadeo contra mis labios—. Y que caigan los nueve círculos infernales. Estoy a tus pies.



Capítulo 27. Justin

Antes de salir de la habitación, estaba a sus pies dos veces más. O, mejor dicho, entre ellos. Y si Jessie no me hubiera detenido, habría hecho un tercer viaje justo en el ascensor. Es culpa suya. No puedes escapar de ella.

—Entonces —le apreté la mano en el taxi. —Una vez más. Tú...

—Kelly Taylor. Soy estudiante de tercer curso de periodismo criminal. Soy una ávida admiradora de la obra de Gregori Allen y estoy escribiendo un trabajo trimestral sobre su biografía. Haría cualquier cosa por una historia exclusiva. Soy un empollón por aparecer en casa de la viuda con mi profesor.

—De acuerdo, pero no seamos tan agresivos. Calma un momento tu mezcla de sangre caliente, ¿vale? Y sé amable.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Hazlo lo mejor que puedas.

—E intentaré no pensar que mientras tanto estarás robando el piso de una anciana solitaria.

—No puedo más —exhalé y puse los ojos en blanco—. Solo necesito encontrar la información.

—De otra persona —dijo.

—Y cópialo.

—Robar.

—Qué más da si Gregori ya está muerto.

—No importa.

—Eres insoportable —apreté los dientes y tiré de ella hacia mí—. Y tengo tantas ganas de castigarte.

—No me extraña, eres un pervertido.

—Deberías hablar, Jessie —le susurré al oído, con la mano en su muslo—. Seguro que te empapas solo con oírme decir eso. ¿Quieres que lo compruebe?

—¡No! —me quitó la mano de encima y apretó las piernas. —Necesito calmarme. Estoy demasiado excitada sin tu acoso.

—¿En un acoso? —sonreí—. Suenas como un mafioso y haces que yo lo parezca. ¿Seguro que tu padre no fue un mafioso mexicano en su día?

—No, era médico —resopló Jessie, poniendo los ojos en blanco—. —¿Cómo llamarías sino a esta locura a la que me has arrastrado? Ni siquiera sé cómo me metí en este farol en primer lugar.

—Es muy sencillo: te conquisté con mi encanto y mi carisma —sonrió satisfecho—. No tenías ninguna posibilidad de escapar. No habrías sido capaz de resistirte y decirme que no.

—Lucifer narcisista —chasqueó la lengua y movió las cejas divertidas.

—Tu tentador personal— me acerqué a su cara y le soplé aliento caliente en la oreja, haciendo que Jessie se retorciera en el respaldo del sillón de cuero.

—La que no dejará de empujarte a hacer todo tipo de cosas malas, asquerosas, repugnantes, desvergonzadas, lascivas y muy sucias —me mordí el lóbulo y susurré roncamente—: ojalá pudiera decirte que tienes una oportunidad de escapar, pero es demasiado tarde. No te dejaré ir a ninguna parte, Rodríguez.

—Ya hemos llegado— anuncia el conductor en cuanto nos detenemos delante de una casa de dos plantas de color marfil con rosales esquilados en lugar de la típica valla blanca.

—Esta vez has tenido suerte —le doy un beso en la sien a Jessie y salgo de la cabina.

—No olvides tu carné falso de estudiante, Kelly Taylor, las viudas de periodistas muertos pueden ser muy poco de fiar.

—¿Quién vas a ser? —Jessie me alcanza en la puerta blanca y se detiene detrás de mi hombro.

—John Martínez— dije con orgullo.

—Vas a fastidiar toda la operación —me empujó débilmente por detrás. —Pero me hizo gracia. Yo también soy fan de los apellidos españoles y del guapo Oliver Martínez.

—Pero sigue sin ser rival para mí, ¿no te parece?

Juro que puedo sentir cómo pone los ojos en blanco, pero se calla, dejando que finalmente llame a esa puerta blanca.

—¿Qué puedo hacer por Ustedes? —La Sra. Allen, una mujer canosa con un corte de pelo corto y pulcro de los años setenta, se ajusta las gafas y nos mira fijamente a la cara, a Jessie y a mí.

Unos grandes pendientes tirotean de sus lóbulos y parece como si la piel estuviera a punto de desgarrarse y la anciana fuera a perder la última de sus joyas. Intento no mirar y centro mi mirada en el pintalabios rosa pálido que hace juego con su abrigo.

—Siento molestarla, señora Allen —puse mi sonrisa más encantadora e involuntariamente escondí los dedos tatuados en los bolsillos del pantalón.

Por si acaso. Esa es la misma razón por la que llevo unos malditos pantalones en vez de vaqueros. Se supone que tengo que estar presentable.

—Soy el profesor Martínez, de la Universidad de Los Ángeles —oí que Jessie intentaba contener la tos sobre mi hombro, y sonreí aún más para no echarme a reír. Realmente pensaba que estaba bromeando, ¿verdad? —Escuela de Periodismo. Especializada en periodismo criminal. Y esta joven es la mejor estudiante del departamento, Kelly Taylor.

—Es un placer —sonrió amablemente. —Pero aún no sé qué puedo hacer por ti.

—Sra. Allen —la atención de la mujer se desvía hacia Jessie. Una suave sonrisa se dibuja en sus labios y me mira por encima del hombro. —Le pido disculpas por nuestra indiscreción. Quizá deberíamos haberte informado de tu llegada con antelación. Por favor, perdóname a mí y al profesor Martínez. Todo ha sido culpa mía. Discúlpanos. Estaba tan absorta recopilando información sobre el señor Allen que salté en cuanto tuve tu dirección. Y el profesor no podía dejarme ir sola.

Giré los ojos hacia Jessie y me maravillé de lo rápido que se había metido en el personaje. Es una actriz nata. Está claro que tiene talento. Estoy tan contenta que me aseguraré de enseñárselo en cuanto salgamos de los suburbios de Carson City.

—¿Así que te interesa Gregori? Una expresión de tristeza cruzó por un momento el rostro de la mujer.

—Sí —respondió Jessie, con una nota de pesar en la voz—. —El caso es que siempre he admirado el trabajo de tu marido. Creo que es el mejor periodista. El mejor en su campo. Aún no he encontrado a nadie que lo supere. Por eso estoy haciendo un trabajo sobre la biografía del Sr. Allen.

—Oh… Querida Kelly —sonrió tristemente la señora—. Me temo que no tengo ninguna información nueva para ti y no puedo hacer nada para ayudarte.

—Señora Allen, no le quitaremos mucho tiempo. Le estaría muy agradecida si nos concediera unos minutos para saciar el interés de la ardiente admiradora de su marido —dijo con seguridad, pero yo la rechacé.

Una tímida sonrisa se dibujó en el rostro de Jessie y me entraron ganas de abofetear su dulce trasero por su inteligente cabeza. Si supiera lo salvajemente excitado que estoy en este momento. Solo espero que mi erección no esté asomando por detrás de mis manos en los bolsillos, y que la señora Allen no vea mi erección a través de sus gafas.

No me gustaría sufrir un infarto. Nuestra señora de los lóbulos caídos es lenta, y ya es hora de que yo entre en el juego.

—Te prometo que me encargaré de que esta curiosa joven no te aburra con preguntas. Se rompe la última barrera de duda y la Sra. Allen nos conduce al modesto salón de color beige.

—Por favor, perdónanos otra vez. Jessie se sienta en la silla que señala la señora de la casa. —Os habremos interrumpido en asuntos importantes.

«De ganchillo o del club de jardinería», añado mentalmente, y capto la mirada de desaprobación de Jessie. Esa Elfa mágica también puede leerme la mente. Me voy a volver loca con ella.

—No te preocupes, cariño —dijo la mujer—. Voy a prepararos un té. Debes de estar cansado del camino. Siéntate, profesor. Solo tardaré un minuto.

—Puedo ayudarte —ofreció Jessie, pero ella rechazó su ayuda, que habría sido muy útil para mi investigación. Supongo que tendré que armarme de paciencia.

Pasó una hora de charla fácil sobre la juventud de la familia Allen y de la boca de la viuda no salió ni una palabra valiosa. Era hora de tomar cartas en el asunto y mover ficha, o moriría de aburrimiento antes de poder dar a Garner algún tipo de informe provisional.

Me di cuenta de que Jessie era una gran conversadora, así que era hora de dejar solas a las dos señoras y ensuciarme las manos con la ropa interior sucia de Gregori Allen. Y cuando digo ropa interior, estoy realmente dispuesta a meterme en el armario con su ropa interior, guardada por la Sra. Allen para un largo recuerdo. Pero espero no tener que hacerlo.

—¿Estás diciendo que el Sr. Allen no compartió contigo los detalles de sus investigaciones? —preguntó Jessie mientras yo intentaba averiguar cómo y por dónde empezar a buscar la información que necesitaba.

Seguro que está en algún lugar de esta casa. La gente como Gregori Allen siempre tiene escondites cerca y los mantiene a salvo. Siempre que los escondites no hayan sido saqueados mucho antes de que yo llegara. Confío en la extraordinaria mente de un periodista escandaloso. Descansa en paz. Incluso me tomaré una copa o dos en su memoria si encuentro algo esta noche.

—Gregori nunca me dejaba entrar en sus asuntos. Incluso se encerraba en su habitación cuando trabajaba. A veces se quedaba allí hasta altas horas de la madrugada. Incluso rechazaba su plato

favorito, la ternera con salsa de arándanos rojos. Y la hacía tan buena. A Gregori le chupaba los dedos y siempre pedía más. Recuerdo que los sábados por la mañana temprano iba al mercado.

—Supongo que el Sr. Allen trabajaba mucho desde casa—.

Intervengo en el diálogo, porque mis nervios ya están crispados y no quiero oír la receta secreta de la ternera casera.

Jessie me lanza una mirada crítica.

«Lo siento, cariño. Tenemos que actuar rápido, y creo que tengo la dirección».

—Ah, sí, el profesor Martínez. Gregori tenía toda una habitación preparada como despacho. Y adivina qué, ni siquiera me dejó entrar. Ni siquiera para quitar el polvo. Lo hacía todo él. Aunque nunca fue de mucha ayuda en casa. Ahora casi nunca entro allí. Solo de vez en cuando, para recordar a mi marido... Para secarme una lágrima. Para mirar sus cosas. O lo que queda de ellas. Tras la muerte de Gregori, la policía se llevó incluso los cuadernos vacíos de su despacho. Después vinieron unos agentes especiales con sus extraños instrumentos y estudiaron las cosas durante mucho tiempo.

¡Maldita sea! Por supuesto, la policía y los hombres de Gray han registrado cada rincón de este lugar. No tenía ninguna duda. Pero tengo que verlo por mí misma, Garner, al menos una vez. Solo para tranquilizarme y poder empezar a buscar en otra parte.

—Lamento su pérdida, señora Allen —bajó la voz con pena y bajó la mirada al suelo—. Um... Kelly... Apunta la receta de ternera con salsa de arándanos rojos para mi mujer. Creo que la señora Allen no exageraba cuando dijo que estaba tan buena que su marido se chupaba los dedos —se anima nuestra señora de labios caídos, e incluso veo un brillo en sus ojos azules.

—Voy a buscar el baño.

—Por el pasillo, profesor Martínez, dos puertas a la derecha.

—Y toma buena nota, Kelly. Así, la señora Martínez podrá reproducir el plato exactamente. Yo también quiero chuparme los dedos —añado, entrecerrando los ojos.

—De acuerdo, profesor Martínez, —la mirada de Jessie era furiosa y su tono, demasiado frío para contener una sonrisa.

Resulta que es muy fácil poner celosa a mi Elfa. Incluso tener un cónyuge inexistente, la cabrea. Lo admito, lo hice a propósito para cabrearla. Para ver ese bonito pliegue entre sus cejas y sentir esa mirada penetrante que me hiela la sangre en las venas y me acelera la ingle.

Parece que el viaje de vuelta al hotel será muy interesante.

Me acerqué sigilosamente y, en cuanto la voz de la Sra. Allen se apagó a mis espaldas, me deslice hasta la habitación contigua al cuarto de baño. Si yo fuera Gregori, habría elegido un

despacho en la planta baja para mantenerme alejada del dormitorio familiar, ya que estaba acostumbrado a trabajar de noche. También tendría su propia cerradura, por el hecho de que estaba acostumbrado a encerrarse.

Basándome en estos argumentos, adiviné la habitación a la primera. Es diferente del resto del interior de la casa. No hay tonos beige ni crema, y los muebles son de color caoba. Las paredes de color azul oscuro están colgadas con marcos de artículos de periódico colocados bajo cristal. Probablemente, sean las obras más destacadas de Gregori. Y ninguna sobre el misterio de su vida: Douglas y Gray.

De nuevo, ninguna sorpresa. Limpió sus actos. Solo que no se había dado cuenta de que Justin Morris tenía la capacidad de ver el pasado. Y esa capacidad le vendría muy bien ahora, porque no hay ningún ordenador antiguo, por supuesto, ni cámaras, ni objetivos, ni almacenamiento de ningún tipo. Solo hay cortinas amarillentas, parqué oscuro descolorido, polvo y una vieja colección de discos de vinilo que la Sra. Allen guardaba como recuerdo.

—Vamos, Justin, piensa. Usa tu cerebro.

Para concentrarme, empiezo a contar las portadas de los discos de la estantería. Los más valiosos aún están envueltos en celofán. Las toco con el dedo y las volteo con cuidado de una a otra, levantando polvo.

Si yo fuera un periodista sensacionalista y me sintiera en peligro, ¿dónde guardaría mi información más importante? ¿Dónde guardaría los principales trapos sucios de un tipo poderoso y aterrador que me borraría fácilmente de la faz de la Tierra? Lo haría.

Porque estoy jodida si voy a provocar a un hombre así. Las conocidas portadas de Queen empiezan a pasar ante mis ojos y no puedo evitar darme cuenta de que el puto Gregori Allen tiene un gusto musical de puta madre.

Incluso hay algunos discos antiguos. No me extraña que haya estado aquí hasta altas horas de la madrugada.

Ojalá pudiera enseñarle este tesoro a Jessica. Seguro que apreciaría cada álbum.

Aparte de eso... Voy más despacio y saco uno de los discos.

¿Beatles 15? ¿Qué demonios es esta tontería?

Entrecierro los ojos y sacudo la cabeza, pero el título del álbum que tengo en las manos no cambia.

—Beatles no tenía un álbum de los 15. Tonterías totales. Después del álbum 12, de 1970, tenían una grabación de 1967 que luego incorporaron a un «Magical Mystery Tour» completo. Desde luego, no tenían 15 álbumes.

Y un ávido coleccionista como Gregori Allen nunca compraría un defecto tan evidente para los entendidos. A menos que... saque lentamente el vinilo de la funda y lo palpe con los dedos. El disco es demasiado grueso.

—Si no lo que creó él. ¡Entendido!



Capítulo 28. Jessie

Justin lleva fuera demasiado tiempo y empiezo a ponerme nerviosa. No podía dejar de cabrearme por sus chistes idiotas sobre la Sra. Martínez, para quien había escrito aquella maldita receta de ternera con salsa de arándanos rojos. También escuché toda la rutina de los sábados de la Sra. Allen. Antes de que muriera su marido, claro.

«—Ya lo sabes —suspiró la mujer—. Cuando Gregori murió, todo el mundo se olvidó de él. Así que me alegró mucho saber que alguien más recordaba los méritos de mi marido. Sobre todo la generación más joven. Murió hace veintidós años... Probablemente, tú ni siquiera nacías, entonces —sonrió cálidamente.

—Sí, tienes razón. Yo acababa de nacer.

—Tan joven... —me mira a la cara—. Y tan hermosa. No es por nada que el profesor no te quita los ojos de encima.

—¿Qué? —Estoy empezando a sudar—. Um... El Sr. Martínez... Acaba de...

—No es fácil, cariño. Créeme. Soy vieja y casi ciega, pero en su mirada vi algo más que un interés casual por su alumna. Fíjate bien. Es muy simpático —sonrió y guiñó un ojo.

—Sra. Allen.

Puedo sentir el calor de mis mejillas sin siquiera tocarme.

—Creo que deberíamos dar gracias, Kelly —dijo Justin, apareciendo detrás de la señora Allen, y yo exhalé aliviada—. Ya has aburrido bastante a esa encantadora mujer.

—No, profesor Martínez. Fue un placer charlar con Kelly. Es una conversadora muy agradable y no se ha aburrido lo más mínimo.

—Gracias, señora Allen —dije, sonriendo y levantándome del sofá—. Por tu hospitalidad y tu valiosa información. Y de nuevo, le pido disculpas por nuestra visita poco delicada.

La casera nos acompaña hasta la puerta y no olvida susurrarme al oído que debería echar un vistazo más de cerca al profesor.

«Es demasiado tarde para mirar, Sra. Allen. Ya me ha robado el corazón».

Justin no dice una palabra hasta que estamos sentados en el coche. Le pide al conductor que cierre la persiana de cristal para que no pueda oírnos, baja la cortina negra de arriba y, sin previo aviso, se abalanza sobre mis labios.

—Eres muy lista, Elfa —me besó con avidez, y lo único que pude hacer fue esquivar sus ataques.

—¡¿Estás enfermo?! ¡Basta ya!

—No podría haberlo hecho sin ti —me atrajo contra su pecho y pude sentir cómo se le aceleraba el corazón—. —Y no tienes ni idea de lo salvajemente que deseaba follarte cuando estabas interpretando tu papel a la perfección —las llamas ardían en sus ojos negros—. —Ven aquí.

—¡No! ¡Estás loco!

—Estoy fuera. Me has vuelto loca. Y tú serás la única culpable de lo que haga ahora. Justin me desabrocha los vaqueros bruscamente. No tengo tiempo de objetar antes de que su mano se sumerja descaradamente en mis bragas, sin ningún juego previo.

—Oh, Dios… —exhalo, desesperada porque mi cuerpo es demasiado flexible para él.

Responde en el acto, le sigue la corriente e ignora por completo las instrucciones del cerebro.

—Sí, también soy yo. Te deseo mucho —me cubre el cuello de besos y me mete rápidamente un dedo.

—¡Justin! —sollocé antes de que pusiera sus labios sobre los míos.

—No... Aquí no... No deberíamos…

Intenté apartarlo con manos débiles, pero su presión era demasiado fuerte.

—¿Quién nos va a parar?

—¡Estamos en un taxi!

—Un taxi de alta gama. Y el conductor no oye nada —me muerde el labio inferior e introduce dos dedos en mí—. Y no ve nada.

—Oh, joder... —gime y le clavé las uñas en el cuello.

—Como aquella vez en el avión, ¿recuerdas? Te prometí que nadie se fijaría en nosotros. Y te gustó.

Sus penetraciones son cada vez más profundas, y yo ardo por dentro. Me siento tan bien. Me siento tan bien. Y, joder, quiero más. Noto el calor entre mis piernas, que se intensifica con sus

embestidas. Estoy ardiendo. Justin saca los dedos de mí y frota mi humedad a lo largo de mi clítoris, presionándolo.

Se disipa toda la vergüenza y gimo contra los labios de Justin. Me hace cosas imposibles. Día tras día, está revelando un nuevo yo. Y ese Jessie da miedo, pero no puedo evitar que me guste.

—Me resistí, pero me empapé en un segundo —susurra Justin, lamiéndome la oreja—. ¿Quieres que te deje correrte?

—Sí.

—¿Quieres correrte aquí mismo, en este maldito coche? —me mordisquea el lóbulo.

—Joder, sí —gimoteo, sintiendo cómo mi clítoris palpita con fuerza.

—Esa es mi chica.

Arqueo las caderas hacia sus dedos y le saco el cinturón de la hebilla. Justin se queda inmóvil un segundo y deja de besarme. Aprovecho su estupor y le desabrocho la bragueta, liberando apresuradamente su dura polla de los bóxers. No puedo creer que esté haciendo esto, pero lo estoy haciendo.

—Quiero que corras conmigo.

Le pongo la mano en la polla y le aprieto la cabeza. Justin echa la cabeza hacia atrás y su ronco gemido resuena en la cabina. Agarro con más fuerza su carne caliente y me deslizo hacia abajo, sintiendo el fuerte empuje de sus dedos dentro de mí. Me penetra más a menudo y con más fuerza, y yo hago lo mismo. Froto las gotas de su humedad alrededor de la cabeza y empiezo a mover la mano más deprisa.

Lo siento palpitar en mi palma y me arqueo con más fuerza, haciendo rechinar mis caderas contra sus dedos. Me siento tan bien. Y no me importa que estemos en un taxi. Ni siquiera me importa que el conductor no haya cerrado del todo la persiana y pueda oírnos. Me da igual. Lo único que quiero es a Justin, sus caricias. Y antes quiero llevarlo al orgasmo. Así que saco de un tirón su mano de mis vaqueros.

Capto su mirada perpleja y decido hacer una locura que nunca he hecho. Si no lo hago ahora, nunca lo haré. Me lamo los labios y me inclino sobre su polla. Seguro que estoy loca, pero estoy desesperada por aprender algo nuevo con él.

—Jessie...

Justin toma aire y se queda paralizado.

Ahora. Lo deseo, lo hago. Sueño con saborearlo. Y temo no atreverme en otro momento.

Justin sigue todos mis movimientos y yo desciendo aún más. Toco la con la lengua y pruebo su sabor salado. Su pene se retuerce en su agarre y deslizo la palma de la mano arriba y abajo sobre

él. Justin se estremece involuntariamente y gime suavemente.

—Jessie, si no estás preparado... —resolló.

No le dejé terminar y atrapé su pene con mis labios, deslizándome hacia abajo.

—Joder... Jessie…

Su mano se posa en mi cabeza y agarra mechones de pelo con el puño.

—No te detengas.

No sé cómo hacerlo bien. No sé qué le dará más placer. No tengo experiencia con esta caricia. Le miro, lamiéndole la polla desde la base hasta la cabeza.

—Jessie…

—¿Te gusta? ¿Te gusta?

—Estoy a punto de correrme si te la metes en la boca una vez más y sigues mirándome así.

Vuelvo a cubrirme la polla con los labios, sin dejar de mirar a Justin. Algo me dice que debo relajar la garganta y consigo llevarla hasta la base de la boca. Luego vuelvo a la cabeza y repito la acción, solo que más fuerte y más rápido. Justin me agarra el pelo con fuerza. Empuja sus caderas hacia mí y empieza a respirar con más frecuencia.

—Jessie... Voy a...

Me tira del pelo, pero yo sigo hundiéndolo más.

—Jessie. Voy a correrme... Ahora...

Vuelve a tirar de mí, pero quiero terminarlo con la boca. Quiero conocer su sabor como él conoce el mío. Así que aprieto la base de su pene con la mano y hago movimientos lentos con la boca, tragándomelo entero.

—Oh, sí... Sí... Joder —gruñe entre dientes y mi garganta se llena de esperma caliente.

Era una sensación extraña que hacía que todo mi cuerpo se estremeciera y provocaba una potente vibración en mi bajo vientre. Un poco más y me habría corrido de lo que estaba haciendo mi boca.

No puedo creer que haya decidido hacer esto.

No puedo creer que fuera capaz de hacerlo.

No puedo creer que fuera capaz de darle placer de esa manera.

E incluso le llevé al orgasmo.

Justin me tira del cuello hacia su cara y me besa con avidez en los labios.

—¿Qué me estás haciendo, Rodríguez? —Dímelo tú —murmura.

—Dímelo tú —exhaló confusa contra sus labios.

—Me estás volviendo loca. Ya lo has hecho, porque quiero seguir diciendo lo mucho que te quiero.

—¿Le quieres? Envuelvo con mis brazos su hermoso rostro.

—Demasiado, joder. ¿Y sabes qué es lo más estúpido? Me rodeó la cintura con los brazos y me estrechó contra su cuerpo. —Me costó decirlo la primera vez, aunque llevaba mucho tiempo sintiéndolo. Y ahora no puedo callarme y quiero decírselo sin parar.

—Pues dilo otra vez —me tumba aún más cerca de él y no puedo creerme mi felicidad.

—Te quiero —me besa el cuello—. Te quiero. Te quiero incluso cuando eres molesta—, se recuesta sobre mis labios y me mira directamente a los ojos—.

Me sella los labios con un beso y me levanta del suelo. Me elevo. A mi corazón le crecen alas y me lleva al cielo. Revoloteando y elevándome por encima de las estrellas. Por encima de las estrellas. Por encima del puto mundo. Si la felicidad pudiera medirse, Justin sería la unidad. Si me pidieran que midiera un grado, diría que no existe tal cosa en este mundo.



Capítulo 29. Jessie

¿Has encontrado lo que buscabas? —pregunté, entrando en nuestra habitación.

—¿Quieres decir a ti?

Justin me abraza por detrás y desliza las manos por mi cintura hasta mis caderas.

—No estaba mirando. Este milagro con una capa verde loca cayó sobre mí como por arte de magia. Y este, como tú dices, milagro quiere saber el resultado de nuestro caso —me zafo de su abrazo y me siento en el sofá—. He encontrado el alijo de Gregori —dijo Justin, sacando un disco del bolsillo de su chaqueta. Podré juzgar el resultado de nuestro caso cuando averigüe qué hay aquí.

—¿Cómo le has encontrado? —Me pongo en pie de un salto.

—Suerte e ingenio. Más conocimiento de la discografía de los Beatles. Oh, Elfa, no tienes ni idea del trabajo que hemos hecho. Seguro que es justo lo que necesito.

—¿Qué quieres? ¿A quién buscas? ¿Y por qué?

—No entraré en detalles. Mi jefe firma el contrato. Todo lo que hago es cumplir mi parte del trato: conseguir la suciedad. Se la entrego personalmente al cliente. No es necesario, es solo un capricho mío.

—¿De qué? ¿No tienes miedo?

—¿Tú crees así? En absoluto. Me gusta mirarles a los ojos. Me gusta ver las caras de los que harían cualquier cosa por destruir a la competencia. Cuando te encontré seca de río, estaba con un cliente mi allí.

—Pero eres tú quien ayuda a esa gente despreciable a destruir a sus competidores.

—También son malos. El mundo está podrido, Jessie. Hace tiempo que el honor y la dignidad han sido sustituidos por la codicia y la bestialidad. Y cuanto más dinero, antes se vuelve la gente animal. Por eso espero que estén todos a la greña. Y seré yo quien les tire un hueso.

—Tu miente está claro para mí. Pero no lo apruebo —observé cómo Justin descorchaba la botella de champán y la servía en dos vasos.

—No tienes por qué hacerlo. Es mi elección —se quitó la chaqueta, se subió las mangas de la camisa hasta los codos, dejando al descubierto sus brazos tatuados, cogió las gafas y se acercó a mí, tendiéndome una.

—¿Pero por qué? Eres increíblemente inteligente. Podrías conseguir un trabajo en el Servicio Secreto, por ejemplo. No tendrías que violar la ley.

—¿Ir a la gente que me encerró? Buena decisión, Elfa. Además, no se puede beber en el trabajo. —Guiña un ojo y bebe un sorbo de champán—. No es para mí.

—Buena excusa. Siempre he dicho que eres alcohólico.

—Sí, soy Justin Morris. Tengo 30 años. Y soy alcohólico. —Hola, Justin —alargó la última frase y la dijo con voz chillona.

Yo me limité a poner los ojos en blanco.

—Me siento como si aún tuvieras dieciséis años, no treinta.

—Me haces parecer un crío —me puso la mano en el hombro y me atrajo hacia su pecho—. ¿Lista para volver a Los Ángeles?

Quiero preguntar mucho más sobre su trabajo, pero me doy cuenta de que Justin no me dirá ni una palabra. Por mi propia seguridad. Al fin y al cabo, trabaja para gente seria cuya información preferiría no conocer.

Lo entiendo, así que alejo mi curiosidad y respondo a la pregunta:

—Sinceramente, no. Me temo que arruinaría nuestro cuento de hadas.

Apoyo la cabeza en su hombro y suspiro pesadamente. Sinceramente, tengo miedo. Aquí, en este otro lugar, con él y conmigo, es como si estuviera separada del mundo exterior. Los problemas se olvidan, los miedos se disipan y no quiero huir. Por primera vez en mi vida, quiero quedarme.

Para acurrucarme más contra él y dormirme sobre su pecho tatuado donde latía su verdadero corazón. Creo que le he calentado. Y él parece haber derretido el mío. Y no quiero que el frío vuelva a helarlo todo.

Aunque este mundo esté podrido y esté lleno de ególatras narcisistas, nuestro cuento de hadas no ha terminado. Aún está por llegar. Porque encontrarte en medio de toda esta mierda es un milagro —Justin me frotó el hombro con la palma de la mano y me dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—Me ocuparé de este encargo y luego me retiraré. Prepararé un currículum para la CIA. ¿Me ayudarás? —se ríe entre dientes.

Está bien que bromeemos, pero no le contesto nada. Solo rezo mentalmente para que todo salga como él planea. No podría soportar que le pasara algo.



Capítulo 30. Jessie

Al día siguiente, Los Ángeles nos recibe con un breve chaparrón. John se desploma con el café caliente e incluso cena.

Justin insistió en que fuera a su casa, pero yo tenía muchas ganas de hablar con mi amigo. Me di cuenta de que iba a estar en la ciudad y sentí que Justin necesitaba un tiempo a solas con su hijo.

Y tengo mucho que contarle a John sobre Carson City y él sobre una cita con Sheila. La tercera, por cierto, en 5 días. Y eso es una apuesta por una relación seria. Por la pintoresca historia de John, sé que, en primer lugar, está enamorado hasta los huesos. En segundo lugar, le va a pedir matrimonio a Sheila de verdad. Ya tiene el anillo familiar de su abuela. Y, en tercer lugar, es más feliz que cualquier hombre de este planeta.

Quizá solo yo pueda competir con él, pero no lo haré, porque me alegro mucho por él. Sin embargo, decidí volver a consultarlo con Sheila. Conozco a esa romántica. Puede ver cosas que no existen y entonces tendré que volver a pegarle el corazón.

Voy a llegar pronto a mi turno dentro de un par de días para poder cotillear con Sheila. Y tengo muchas ganas de ver a Justin. Le he echado mucho de menos y quiero decírselo. Espero que haya ordenado los archivos que encontró y que aparezca por el bar al menos esta noche. Creo que me voy a abalanzar sobre él en cuanto entre por la puerta.

—¿Qué tal tu romántico viaje en invierno?

Sheila frunce las cejas y da un sorbo a su café.

—¿Te ha estado molestando Justin estos días?

—No, no lo era —sonreí—. Era un encanto.

—¿Cariño? —Sheila se ríe. —¿Cuándo se convirtió el Diablo en una dulzura? Así solías llamarle tú.

Sí, lo recordé, y no pude ocultar mi sonrisa.

—Nada había cambiado en ese sentido. Pero tenías razón. No es lo que parece. Y me alegro de que me dejara verlo. Y tiene corazón. Y es enorme —digo yo, y Sheila aparta la taza y me abraza.

—Me alegro tanto. Me alegro tanto de que las dos estamos enamoradas.

—¿Qué? ¿Las dos?

Me aparto de ella para asegurarme, por la expresión de su cara, de que no se está burlando de mí. ¿John no estaba exagerando?

—Claro que sí. ¡Ese mamón me tiene en ascuas! Al principio me enfadaba con sus llamadas frecuentes, sus mensajes interminables, sus apariciones en el bar. Me fastidiaba con los regalos banales, las rosas, las notas de amor. Y, en un momento dado, me relajé tanto que no me di cuenta de que empezaba a excitarme. Nunca me habían cortejado así, Jessie. Al principio pensé que era una especie de ligue. Pero no, John es de verdad.

—Sí, John es exactamente así.

—Y a mí me encanta —se iluminó Sheila, y en sus ojos estallaron pequeños fuegos artificiales.

Está realmente enamorada.

—Nunca pensé que diría esto, pero estoy en el séptimo cielo. Y es mérito de un tal John. ¿Te lo puedes creer?

—Espero que mi amigo y no el que te dio Justin.

—Zorra —me empujó en el hombro—. Igual que tú, Diablo - estáis hechos el uno para el otro. Y llamáis casi igual - Jessica y Justin.

-Sí, de acuerdo.

—Enséñame fotos de Reno y Carson City. Quiero babear y sentir celos.

—Ahora vuelvo —sonreí—. Me he dejado el móvil en el coche. Salgo corriendo y vuelvo.

Salí volando del bar sin la capa puesta. Sonreí como una niña al que le hubieran dado una piruleta gigante. Voy a enseñarle a Sheila las fotos de la habitación y del restaurante, y una vez más recordaré los copos de nieve volando por el aire. Es una pena que no se puedan capturar ni con un teléfono tan chulo. Se estaba tan bien en Reno y Carson City.

Estaba rebosante de alegría y quería enviarle un mensaje de texto a Justin y decirle lo mucho que le echaba de menos. Cogí el iPhone y me quedé paralizada junto al coche, empezando a escribir un mensaje. Quiero verle.

Las mariposas revolotean en mi estómago, pero una sola frase a mis espaldas rompe todas sus alas:

—Hola, princesa mía.

Un escalofrío me recorre la espalda y me quedo helada con el teléfono en las manos.

No puede ser.

—Y estaba seguro de que volverías a huir de mí.

Tengo sangre fría en las venas. Mi corazón no late desde hace un minuto. Y me atenaza un miedo familiar. Corey.

—Creía que ya habrías cambiado de ciudad, como hiciste en Nueva York. Te di ventaja, princesa. ¿Por qué te quedaste?

Me agarra de la mano y el teléfono vuela bajo las ruedas del coche. Corey me levanta de un tirón y me gira para que quede frente a él, apretando mi cuerpo contra el coche.

—¿Ya no jugamos?

Me clava los dedos en las mejillas y me las aprieta.

—¿Por qué ya no? Me encantaba nuestro escondite. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, voy a buscarte. ¿Te acuerdas? La mueca bestial que había adquirido su sonrisa a mis doce años vuelve a su rostro y empiezo a estremecerme.

—¿Por qué no huiste, Jessica? Estaba tan emocionado cuando encontré tu piso vacío. Estaba tan emocionado con el nuevo juego. Y lo arruinaste. ¿Por qué? —me empujaste contra el coche y te cerniste sobre mi cara.

—¿Por culpa de ese capullo tatuado? ¿Es él la razón por la que sigues aquí?

—¡Vete al infierno!

Le empujo en el pecho e intento alejarme, pero Corey me agarra por los hombros con renovado vigor y me estampa contra la puerta del coche.

Siento crujir cada vértebra, pero no voy a complacer a Corey con mi dolor. Aguanto y solo aprieto los ojos un momento, luego vuelvo a mirarle a los ojos. Ahí hay solo ira. Está ardiendo e intenta quemarme. Y la Jessie de doce años ardería. Pero esta no. Ahora no.

«Mantente así de fuerte siempre, ¿vale?»

Las palabras de Justin laten en mi cerebro y muerdo la mano de Corey.

—¡Oh, cabrona!

Me aprieta la mano un momento, es demasiado poco para que pueda escabullirme y salir corriendo.

—¡No tan deprisa! Me agarra del hombro y me empuja de vuelta al coche.

—¡Me haces daño!

Grito, pero ninguno de los transeúntes reacciona. Dejan que Corey haga su maldad.

—¡Imagina lo doloroso que fue para mí enterarme de que mi inocente princesa era una zorra! —me grita en la cara, me clava los dedos en los hombros y me sacude, aparentemente, encima de mí—. —¿Te abres de piernas para él? ¿Dejar que te folle, como una puta asquerosa? ¿Es eso lo que te enseñé? ¡¿Te protegí de eso?!

—¡Dejadme en paz! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Mis gritos resuenan en el barrio, pero a nadie le importa.

—¿Prometió amarte? —Se inclina tan cerca de mi cara que puedo oler ese aroma que odio desde que era niña. El olor del cedro. Me dan ganas de vomitar.

—Te mintió, Jessie. Ningún hombre te amará de verdad. Yo soy el único que te quiere, ¿me oyes? ¿Cuándo lo olvidaste? ¿Cuándo te abriste de piernas por él? ¿Cuándo creíste en sus palabras vacías? ¿Esperabas un milagro? No hay milagros, princesa. Te has convertido en una puta vulgar. Y no creo que hayas aprendido la lección.

—Corey me agarra por debajo del brazo y me arrastra hasta su Toyota.

—¡No! ¡No! ¡Suéltame! —Le di un puñetazo en la espalda¡— ¡Suéltame! ¡Ayudadme! ¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Justin!

Se me llenan los ojos de lágrimas y las fuerzas empiezan a abandonar mi cuerpo. Grito. Grito con una voz que no es la mía, pero nadie responde.

Me va a meter en su Toyota.

Me va a llevar lejos de aquí.

Me va a abusar de nuevo. Y nadie me salvará.

Mi corazón late a mil por hora. Mis botas rozan el pavimento, pero Corey sigue arrastrándome de todos modos. Me rindo. No me quedan fuerzas para resistirme. Me convierto de nuevo en la pequeña Jessie, que solo puede ahogar sus lágrimas bajo la firme palma de la mano de su hermano, y rezo para que esta vez no le duela tanto como la anterior. Que no corte demasiado fuerte. Para que la herida no supure. Que no se deje llevar y todo acabe antes de que recupere el sentido.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? ¡Suéltala! ¿Me oyes?

Alguien se interpone entre nosotros y me saca del agarre de Corey, pero no puedo ver la cara porque estoy llorando a moco tendido.

—¡Esto no es asunto tuyo! —grita Corey y empuja al desconocido en el pecho. —¡Fuera de aquí!

—He llamado a la policía. Llegarán en cualquier momento —el hombre me zafó del agarre de Corey y me pasó el brazo por el hombro.

—Yo también soy policía. Así que lárgate de aquí.

—Y tengo grandes contactos en el FBI, así que quítale las manos de encima, capullo.

Corey parece darse por vencido y desaparece bajo la lluvia tan rápidamente como apareció. No lo sé, porque sigo sollozando y ahogando las lágrimas. Lo único que oigo es el rugido del Toyota y el silbido de los neumáticos sobre el asfalto mojado. Y el sonido de mi corazón latiendo en mi pecho.

—¿Te encuentras bien? El hombre se vuelve hacia mí y me pone las manos suavemente sobre los hombros. —¿Te ha hecho daño?

Se inclina para mirarme a los ojos. Levanto los párpados y creo reconocerle.

—¿Jonathan?

—¿Jessie?

Todo se desvanece ante mis ojos. Las viejas cicatrices se agudizan de nuevo con nuevos dolores. Grito y me doblo por la mitad. Y lo siguiente que sé es que soy una fracasada.



Capítulo 31. Jessie

Todo está en pedazos. Veo ojos marrones como los de Justin delante de mis propios ojos. Después, un dolor agudo en el bajo vientre. Me rodeo con los brazos y empiezo a gritar. Fracasada.

Entonces, el abrigo me rodea los hombros. Jonathan lo sostiene con las manos y me ayuda a sentarme en su coche. Conducimos y no puedo dejar de sollozar. Tiemblo y me agarro con las manos. Jonathan se sienta a mi lado e intenta hacerme entrar en razón.

Me sacude por los hombros y dice algo, pero lo dice tan despacio que no puedo entenderlo. Solo veo sus ojos.

Hermosa. Oscura y tan amable... Como la de un perro abandonado.

—Justin —soltó.

—No, pero me alegro de que hayas hablado.

¿Y si Jonathan no hubiera aparecido?

¿Y si resultaba ser tan indiferente como el resto de la gente de la calle?

¿Y si él también hubiera cerrado los ojos?

Corey me arrastraba con él. Me metió en su Toyota. Me volvió a mutilar. Y me rendí tan rápido. Dejé que volviera a sacar lo mejor de mí, como cuando era niña. Pero ya he crecido. Tengo que luchar. Tengo que luchar.

¿Por qué sigo congelada cuando le veo?

La convulsión disminuye gradualmente. El dolor se atenúa y por fin puedo ver la mirada preocupada de Jonathan centrada en mi rostro.

—¿Cómo te encuentras?

Me toca suavemente el hombro.

—Creo que ya lo terminé.

—¿Ese hombre no te hizo daño?

—No, no lo ha conseguido. Gracias.

—No tienes que darme las gracias. Cualquiera lo haría en mi lugar.

Su palma seguía apoyada en mi hombro y me acariciaba suavemente.

—Ninguno. Ni una sola persona reaccionó a mi grito. Empezaba a pensar que...

Me mira de una forma tan fija que no puedo apartar los ojos de él.

—Que estoy condenada.

Se parece mucho a Justin. Solo que está bien afeitado y tiene el pelo más largo y rizado. Jonathan se lo mete detrás de las orejas. Y no veo ni una pizca de tatuajes bajos, la ajustada chaqueta de cuadros escoceses y la camisa gris. Dudo que la Sra. White lo aprobara.

—Me alegro de haber estado en el lugar adecuado en el momento adecuado y haberte salvado. Me salvaste cuando llamé a Justin.

El universo es una broma y me envió a otro hermano.

—¿Adónde vamos?

De repente, me doy cuenta de que estoy en su coche.

—Espero que no te importe tomar un café. Estabas temblando. Pensé que estaría bien calentarte un poco.

—Mierda, no —le recordé a Sheila—. Tengo que volver al bar enseguida.

—Un café y un trozo de esa deliciosa tarta de queso, y luego te llevaré al bar, ¿vale?

—Odio la tarta de queso —solté, y luego aparté la mirada, avergonzada.

—Vale, solo café.

—No tengo tiempo para esto. Lo siento —no le miré a los ojos porque me sorprendió mi propia insolencia.

Un hombre me ha salvado, me ha dado su abrigo, me ha metido en su coche y yo dicto las normas.

—De acuerdo —sonrió Jonathan. —Te volveré al bar, pero me debes un café. ¿De acuerdo?

—Lo haré si me dices qué hacías en el bar.

—No te lo vas a creer, pero iba a ver a mi hermano. Tengo unas preguntas sobre la nariz rota.

—Bueno, ya no se ve nada. Se ha curado muy bien.

—Gracias. Pero eso no cambia el hecho de que no entiendo su comportamiento. Estoy cansado. Y es hora de llegar al fondo de esto. Justin no es el único que sabe montar una escena. Y esta vez va a tener que escucharme, aunque no quiera.

Jonathan no parece conocer a Justin en absoluto. Después de todo, nunca le escucharía si no quisiera. Me temo que la acción de Jonathan no hará más que escribirse otro billete para el hospital. Esperemos que no a la morgue.

—Tu nariz apenas está curada. Es mejor esperar un poco más.

—Esperé diez años. Soporté sus crisis ocasionales. —Basta —Jonathan apretó la mandíbula y dejó de mirarme—. Yo tampoco soy de hierro. Toda paciencia tiene un límite. Y la pelea en la reunión familiar fue la gota que colmó el vaso. Apenas había conseguido convencer a mi madre de que no acudiera a la policía.

—Jonathan —le toqué el brazo tentativamente para llamar su atención—.

Reaccionó al instante, volviendo a encontrar mi mirada.

—No es un buen momento. Confía en mí.

—¿Tú crees?

Entrecerró los ojos y pude ver claramente a Justin delante de mí.

Solo un segundo. Pero fue suficiente para provocarme escalofríos.

—Sí —tragó saliva.

Me siento incómoda. No debería hablar con él. A Justin no le gustará.

—Me encantaría oír tu opinión al respecto mañana durante la cena —sonrió Jonathan.

—Subes hasta el restaurante. No... —me quedé perpleja—. Solo había aceptado tomar un café. Algún día. Quizá...

—Allí el café es impecable. El dueño del restaurante es un buen amigo mío. Se asegurará de que tomemos el mejor café de la ciudad. Dame tu número.

—No —frunzo el ceño.

—¿No? —se ríe entre dientes—. —Entonces yo también tendré que venir mañana al bar.

—No, no lo hagas.

No quiero que Justin lo vea.

—Lo estoy apuntando —sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta—. No te preocupes, solo quiero hablar contigo. ¿No merezco un poco de atención por haberte salvado?

—De acuerdo.

Que le den. Una reunión no va a solucionar nada. Y quizá pueda hacer algo para reconciliar a los hermanos. Quiero decir, Jonathan realmente no sabe nada. Creo que Justin y él tienen que hablar y arreglar las cosas. No es como si él hubiera tenido algo que ver con la muerte de Sandra.

Y todo el mundo tiene derecho al perdón. Jonathan se va con mi número y yo me quedo en el bar con su abrigo. Mierda. Tengo que esconderlo en el coche. Vuelvo a mi coche y saco el

teléfono de debajo del asiento. Aún funciona, pero la pantalla está agrietada. En él aún hay un mensaje sin enviar de Justin.

Suspiro con fuerza. Lo que más deseo ahora es que me abrace. Pero por dentro me siento tan mal, como si le hubiera traicionado. Aunque no haya hecho nada. Borro el mensaje y me guardo el teléfono en el bolsillo.

Me quito el abrigo. Huele muy bien. A especias orientales. Enrollo el mensaje rápidamente y lo meto en el maletero. Supongo que tendré que reunirme con Jonathan. Al menos para devolver este objeto tan caro.

—¡Jessie! —grita Sheila en cuanto cruzo el umbral—. ¿Dónde coño has estado? ¡Casi pierdo la cabeza!

—No pasa nada, Sheila, no te preocupes.

—¡Ya, Justin ha llamado a ti!

Mierda. No.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Lo suficiente para que viera de qué coche salías.

Estoy temblando. Un escalofrío me recorre el cuerpo de la cabeza a los pies. No, otra vez no. No, por favor. Debería darme la vuelta, pero tengo miedo. Necesito mirarle a los ojos, pero los bajo al suelo. Debería decir algo, pero siento la boca llena de barro.

—¿Has tenido un buen viaje? —Justin no se acerca más y mi corazón se hace pedazos.

No, por favor, no es lo que piensas.

—Jonathan conduce muy bien. Sobre todo por las orejas, ¿no crees?

—Justin, yo no...

Me doy la vuelta para mirarle y me encuentro con su gélida mirada.

No tiene la calidez de Carson City. Ya no existe el amor del que hablaba. Ya no queda nada de nuestro cuento de hadas.

—Y se te da muy bien cabalgar el corazón.

Los fragmentos de mi alma se derrumbaron al suelo y mis ojos se llenaron de lágrimas.

No. Esto no puede acabar así.

—Estás despedida. Recoge tus cosas y, por favor, no vuelvas nunca más por aquí.

—Justin, ¡no! —Sheila intervino desde detrás de la barra.

Pero Justin no le presta atención. Se da la vuelta y entra en su despacho, y me invade una oleada de lágrimas.

—¡Yo no he hecho nada! ¿Por qué me hace esto? ¿Al corazón?

Rujo y apenas me mantengo en pie, pero Sheila me levanta a tiempo.

—Jesús, cariño... ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? Me abraza con fuerza y empiezo a sollozar con más fuerza.

—¡No he hecho nada, Sheila! Contengo las lágrimas. —¡Ha sido un accidente! ¡No fue mi intención! No tiene derecho a pensar así de mí.

—Shh... Shh... Cálmate. Él también se calmará y hablaréis. Ya conoces a Justin. Tiene mal genio, pero es resistente.

—¡No!

Me libero de su abrazo.

—No, ahora tiene que escucharme. Me dijo que confiaba en mí. ¡Confié en él con todo mi ser! ¡No puede darme la espalda por una gilipollez!

—Dios mío. Jessie... Cariño. Esto no es una gilipollez para él. ¿Sabes? No puedo ni imaginar lo que tiene en la cabeza ahora mismo. Y, por favor, no te vayas. No te vayas ahora. Deja que se calme. No cometas otro error.

—¡Dijo que me quería! —gimí.

¡No puede hacerme esto! ¡Yo no he hecho nada!

Hago un gesto a Sheila para que se vaya y corro hacia su puto despacho. La puerta está cerrada y empiezo a golpearla con los puños.

—¡Abre, Justin! ¡Ábreme la maldita puerta! ¡No es culpa mía!

Mis latidos se aceleran cada vez más, igual que mi corazón. Estoy furiosa.

—¡Abre la puerta o te doy una puta patada! ¡No tienes derecho a hacerme esto!

—¿Y tú?

La puerta se abrió de golpe delante de mí y el golpe final le habría alcanzado en el pecho, pero me agarró las manos.

—¡¿Tienes derecho a hacer esto después de todo lo que te he confiado?! ¡Me has traicionado! ¡Me has mentido!

Me arrastra a su despacho como si fuera un cachorro.

—¡Y lo heredaste de tu madre! Yo lo he visto en prácticas.

Sin pensarlo, me giro y le doy una sonora bofetada en la cara.

—¡Cretino! ¡Se acabó lo nuestro!

—¡Se acabó lo nuestro! Nunca ocurrió “nuestro”.

Me agarré el codo y lo sacudí con tanta fuerza que me mareé.

—Eres igual que los demás. Y yo soy un completo imbécil por pensar que eres especial —me soltó de sus brazos y me apartó de él—. Fuera de aquí. Vete de aquí. La puerta de Jonathan siempre está abierta. A diferencia de la mía.

—Eres un gilipollas, Justin.

Le tiembla el labio inferior.

Las lágrimas brotan de sus ojos. Y el odio en su mirada arde hasta el suelo.

¿Dónde está el Justin que estaba en Reno?

¿Dónde está la de Nochevieja?

¿Dónde está el que prometió estar a mi lado y hablar de amor?

¿Dónde está aquel con quien me tumbé en el suelo y conté mis secretos?

Ya no los necesita. Está dispuesto a rechazarme por un asunto trivial que ni siquiera ha resuelto. Las alas de mi avión se rompieron. Cuatro mil millas arriba. Y voy a caer.

Estoy destrozada. Preferiría estar muerta. No voy a responder ante alguien que no lo necesita. Él se deleita con su ira. Y yo voy a recrearme en la mía lejos de él. Salgo corriendo del despacho, agarro mi capa por el camino y ni siquiera me despido de Sheila. No oigo los pasos de Justin detrás de mí. Nunca volverá a seguirme. Dijo que nuestro cuento de hadas acababa de empezar. A menos que sea un cuento de hadas en el que todos sufren y mueren al final.

Me duele todo. No puedo respirar. Hay un nudo en mi interior que me impide respirar. Y cada vez que lo intento, me ahoga con más fuerza. Necesitaba tanto sus brazos. Le necesitaba tanto. Pero es demasiado orgulloso incluso para mí. Y me descartó tan fácilmente. Me descartó como si yo no existiera. Como si todo ese tiempo juntos no hubiera pasado. Soy una tonta por abrirme a él.

Una tonta que vendió su corazón por la esperanza de alcanzar la felicidad humana. ¿Podría haberlo obtenido del Diablo? No. Olvidé por un momento que él mismo no tenía alma. Lo que significaba que no tenía corazón. Y que lo que latía bajo el tatuaje era mentira.

«¿Prometió amarte? Te mintió, Jessie. Nadie, ningún hombre, te amará nunca de verdad».

Supongo que Corey tenía razón otra vez. No se renuncia al amor así como así. Sobre todo cuando ya estás volando por encima de las estrellas. Yo estaba volando. Me elevaba por encima de las nubes grises con destellos del sol de Los Ángeles. Y era hermoso.

Solo que Justin no compartió el vuelo conmigo. Ni siquiera me avisó de que sería un aterrizaje de emergencia.

—¡Jesús, Jessie!

—John ha quedado conmigo en el piso. Yo esperaba que estuviera trabajando y no le pillara en casa. Otra vez no tengo suerte.

—¿Estás llorando?

—No, no en absoluto —dije, sonriendo incrédula—. —Volvió a llover. Así que... estoy empapada —gimoteó y se frotó los ojos—. No te preocupes. No, no pasa nada.

—¿De verdad?

Entrecierra los ojos.

—Sí —dije riendo nerviosamente, mordiéndome el labio para que no me temblara. Traidor.

No importa. Voy a darme un baño y a entrar en calor.

—Ah... Cierto. Todo es culpa del frío cuando brilla el sol con fuerza por segundo día. Jessie, deja de mentir. ¿Qué te pasa? ¿Te ha hecho daño? ¿Qué te ha hecho? Juro que le mataré. Y me da igual que ese capullo sea amigo de mi Sheila.

—John... Me echo a su cuello y aprieto la cara contra su pecho.

Las lágrimas vuelven a salir de mis ojos. Parece que no puedo parar. No veo la hora de desvanecerme.

—Ven aquí. Eso es. No te aguantes.

John está ahí. Me rodea con sus enormes brazos y me aprieta con tanta fuerza que me levanto del suelo.

Es lo que necesitaba. Siempre ha funcionado. Ahora parece que ayuda. Pero no puedo dejar de llorar. Porque estoy en los brazos de John en vez de en los de Justin. Porque ya no pueden abrazarme.

—Llamaré a Edna y le diré que no saldré esta noche —susurra mi amigo, sin soltarme de sus brazos.

—No. No lo hagas. No tienes que hacerlo —sollocé y me alejé de él—. No tienes que sacrificarte por mí. Puedo soportarlo. Vuelve y entonces hablaremos, ¿vale?

—¿Estás segura? No quiero dejarte —me miró a la cara con ansiedad.

—Sí, John, está bien. Ya soy mayorcita. Y puedo soportarlo.

Es como si no fuera la primera vez que me rompen el corazón. Sonreí como una idiota.

—Prométeme que te quedarás aquí. Y me esperarás.

—Sí, te lo prometo. ¿A dónde puedo ir?

Vuelvo a mentir. Porque ya sé dónde puedo ir.

Y sé dónde encontrar al menos algo de paz temporal. Pero John cree y se va a trabajar, con el corazón encogido. Y yo cojo mi guitarra y me voy a mi rincón secreto junto al río.

Por el camino, recibo un mensaje de Jonathan:

«Bestia». Mañana a las siete. La mesa está reservada a mi nombre. ¿Te parece bien? ¿Dónde quieres que te recoja? P. D.: Espero que no hayas cambiado de opinión».

—Perfecto.

Golpeo el volante y aprieto los dientes. Y el restaurante en el que trabajaba. Es estupendo. ¡No me sorprendería que John nos sirviera la cena!

Estoy pisando el acelerador y estoy enfadado. Tanto que me he arrancado la piel de los pulgares. Me voy a ir. Para fastidiar a Justin. Me pondré el vestido que me regaló y luego lo quemaré junto con las batilanas.

Para no volver a pensar en aquella hermosa noche en Reno, en la que unas manos tatuadas me ataron cuidadosamente una faja de cuentas a la cintura y me cubrieron más tarde los ojos con la misma faja para que pudiera confiar en un demonio sin alma.

«Estaré», —escribí como respuesta rápida y dejé el teléfono en el asiento del copiloto, exhalando con fuerza.

Creo que estoy cometiendo una estupidez. El mensaje se ha enviado hace un segundo y ya me estoy arrepintiendo de lo que he hecho. Quiero llamar a Justin y explicárselo. El pensamiento me asalta por un momento, pero me encojo de hombros.

No quiso mis explicaciones. No dudó en echarme del bar y en no dejarme decir ni una palabra en mi defensa. También me echó de su corazón. Tan fácilmente y sin esfuerzo, como si yo solo fuera una invitada más. Así que no voy a explicar nada. Ya lo he intentado.

El viento frío silba y aúlla entre las torres de viejos contenedores de hojalata. Las olas del río están agitadas, y yo también. El cielo está nublado y soy completamente invisible bajo la luz parpadeante de la linterna.

Toqueteo ligeramente las cuerdas de la guitarra, y gimen como mi corazón. Me pregunto si ahora encontrará la paz.

Me aprendí la letra de la canción de [1] al día siguiente de Nochevieja. La escuché repetidamente con los auriculares en casa, de camino al trabajo, en el bar. Esta canción es especial para Justin.

En su opinión, estas líneas me ocultan a mí y a sus sentimientos hacia mí.

"Lágrimas negras cayendo por mi cara,

Lágrimas negras manchando mi piel.

Las lágrimas negras dicen más que las palabras.

Lágrimas negras, que empiece la lluvia."

Canto y siento el sabor salado en los labios. Vuelvo a llorar.

"Este dolor está vivo. Nunca se apaga y quema. Ojalá nunca hubiera amado."

No soy yo quien canta. Tengo los labios cerrados. Y mi voz es demasiado áspera para mi susurro. Pongo la mano sobre las cuerdas y miro fijamente hacia la oscuridad, donde una silueta negra se separa lentamente de mí.

---

1. Imelda May incluye en sus canciones elementos de jazz, blues y soul. Aquí tienes algunas de sus populares canciones donde se pueden escuchar estos estilos musicales:

1. **"Mayhem"**
2. **"Tainted Love"**
3. **"It's Good to Be Alive"**
4. **"Big Bad Handsome Man"**
5. **"Psycho"**

Estas composiciones muestran su estilo único y su capacidad para mezclar diversos géneros musicales, creando temas memorables y emocionales.



Capítulo 32. Justin

Eres un gilipollas, Justin.

Jessie ahoga las lágrimas y sale corriendo de mi despacho, y el demonio que hay en mí se despierta. Empujo la silla con todas mis fuerzas. Choca contra el mueble, que tiembla. Grito con fuerza y barro todo lo que hay en el escritorio. Ordenador, teclado, botella de whisky, vasos, bolígrafos, cuadernos... todo se va al infierno bajo mi grito salvaje.

No me calmo y doy una patada al armario con el pie, rompiendo su puerta.

¡Me ha traicionado!

¡Ha estado yendo a mis espaldas con Jonathan todo este tiempo!

La ira domina mi cuerpo y golpeo la pared con el puño, haciéndola añicos.

¡Me mintió desde la primera noche que estuvimos juntos!

Mentí todos los días después de Navidad.

¿Cómo pude ser tan estúpido?

—¡Jesús, Justin!

Sheila entra volando en el despacho, demasiado tarde, y yo doy un segundo puñetazo a la pared y creo que me rompo el brazo, pero no siento ningún dolor. Está todo ahí, en mi corazón.

—Justin, ¡para! Me rodea los hombros con los brazos y me retuerce las manos a la espalda. —Justin, por favor, ¡para!

—¡Me ha traicionado, Sheila! ¡Jessie me ha traicionado!

—No, Justin. No es así. Mira... —Sheila me sujeta las manos con más fuerza por la espalda para que no rompa la pared ni me destroce los huesos.

—¡Al diablo a ella! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Se metió con Jonathan! No solo me apuñaló por la espalda, ¡me arrancó el corazón! ¡Me traicionó, joder!

Apartó a Sheila y barrió del armario los dibujos de Ángelo que solía traerme del colegio.

—Le hablé de mi hijo y ella fingió ser una pobre infeliz y me traicionó.

—Justin... Sheila me tocó suavemente el hombro. —Ella no podría hacerte eso.

—Es como todo el mundo —exhaló pesadamente, dejando caer mis manos rotas.

La rabia se disipa. La ira sale de sus puños sangrantes. La ira se convierte en desesperación. Le confié mi posesión más preciada. Y acaba de subirse al coche de Jonathan. No es mejor que Pamela. No tiene amor propio ni honor.

—Sabes que eso no es cierto —me dice Sheila, que se sienta en la única silla que queda y se reclina a mi lado en el reposabrazos. —Jessie nunca te traicionaría. Sé que no lo haría. Lo vi en sus ojos. Te quiere.

—Es una maestra de la mentira —apoyé los codos en las rodillas y me pusé la cara entre las manos—. Conseguía engañarme incluso a mí. Era la única que podía ganarse mi confianza después de todo lo que había pasado.

—Justin —la mano de Sheila me rodeó el hombro—. Sé que te resulta difícil confiar en alguien. Imagino lo que debió de ser para ti abrirte a ella. Pero créeme, lo hiciste por una razón. No la culpes antes de saberlo. Si estaba en el coche de Jonathan, es por alguna razón. Estoy segura de eso.

«Después de lo que le dije, no debería tener motivos para estar en el mismo coche que él».

—Justin —suspiró Sheila con fuerza—. Por favor… habla con ella. No te desquites con ella. Veo lo mucho que le duele. Y veo cómo te duele a ti.

—No estoy acostumbrado —apreté los dientes y cerré los ojos para mitigar el dolor punzante que sentía en el pecho.

—Ella no es Sandra, Justin. No la pierdas.

Los dedos de Sheila tocan mi barbilla y se deslizan por ella antes de salir silenciosamente del despacho en ruinas. Está en ruinas. Y yo también. Y el recuerdo de Sandra socava lo que podría haber sobrevivido.

Media botella de ron hace su trabajo, y el borracho Justin exige un arrebato de emoción. Pero su mente está completamente ocupada con la maldita Elfa traidora.

¿Cómo podría?

Me miraba y hablaba de amor, pero se metió en el coche de Jonathan cuando yo no estaba.

¿Dónde aprendió a mentir tan hábilmente?

Me llevó de vuelta a ese maldito lugar, por alguna razón sentí pena por ella. Ahí fue donde estuvo mi error. Es adonde, me llevan ahora mis pies. Cojo mi botella de ron medio borracho y me meto en Honda. Pero pienso en Ángelo y pido un taxi. No quiero dejar a mi hijo sin padre.

El taxi me lleva a mi destino y desaparece rápidamente en la noche, apenas el tiempo suficiente para que pague el trayecto. Y comprendo su prisa: a nadie le gusta este barrio, salvo a Jessie. Porque está mal de la cabeza.

Deambulo de memoria en busca del decrépito sofá y espero no tener que dispersar allí a los borrachos sin techo del lugar. Esta noche no estoy en forma. Me pongo una botella en la garganta y oigo el débil sonido de una guitarra.

Oh, no. Estoy alucinando. Otra vez. Definitivamente, debería dejar de beber. Pero bebo otro sorbo y me pongo a escuchar música. Jessie. Me hace señas. Maldita sea. Y está cantando nuestra canción. Canta en voz muy baja.

Creo que está llorando. Me inmovilizo contra la pared del contenedor, igual que la primera vez que nos vimos aquí, y observo a Jessie desde las sombras hasta que se calla. La tenue luz parpadeante de la linterna apenas ilumina su silueta, pero es suficiente para que la vea enjugarse las lágrimas.

Jessie se estremece y aprieta la guitarra contra sí, igual que la primera vez. Salgo tranquilamente de las sombras y me dirijo hacia ella.

—¿Qué haces aquí?

Su miedo se convierte instantáneamente en ira.

¡Mierda! ¿Además, está enfadada? Voy a demostrarle quién está realmente enfadado. Quién es la víctima de los putos trucos de la zorra astuta. Quién está realmente equivocada.

—He venido a quemar este maldito lugar hasta los cimientos. Es una guarida de viles traidores. Ya lo sabes. —Doy un sorbo a la botella. —Conocí a una. Sentí lástima por ella. La acogí en mi pecho. Incluso le di mi corazón. ¿Qué hizo ella a cambio? Me cantó sobre el amor, masticó mi corazón y lo escupió de una puta vez. Escupiste lo que no te gustaba, Jessie. ¿Cómo te sentiste? ¿Mi corazón? ¿Tan asqueroso como las ostras? ¿Te dio ganas de vomitar?

Hiervo con cada palabra, con cada frase que le arrojas a la cara. Mis sentimientos son el mismo lodo asqueroso en el fregadero áspero que ella nunca quiere probar. Me giro y tiro la botella al contenedor de hojalata más cercano. Jessie chilla, y yo saco un mechero del bolsillo y avanzo rápidamente hacia el sofá.

Jessie se levanta de un salto. Tira su guitarra al sofá y me da un fuerte puñetazo en el pecho.

—¡Maldito lunático! ¿Te has vuelto loco? —dice, dejando caer el mechero en el charco y agarrando a Jessie por las muñecas.

—¡Vete al infierno!

La aparto de mí y me agacho para encontrar lo que se me había caído.

—¡Estoy justo a su lado! —gritó Jessie, lanzándose sobre mí y tirándome en este sofá apestoso.

—¡Idiota! ¿Qué haces?

—¡Estoy exterminando una guarida de tu especie!

La agarré por los hombros, le di la vuelta, le presioné los omóplatos contra el sofá y me cerní sobre ella.

Aunque estoy borracho, aún tengo suficiente poder como para inmovilizarla. Demasiada ira.

—¿Qué te parece, mi hermanito? ¿Te lo has follado ya?

Apreté los dientes contra su cara.

—¡No! —siseó, sin dejar de patalear. —¡Pero mañana te lo compensaré!

—¡Y mañana le arrancaré su pequeña polla!

—¡Eh! ¡No te muevas! —Nos apuntan con una linterna y yo me ciño sobre Jess. —¡Policía!

—¡Joder!

Me pongo en pie de un salto al darme cuenta del tipo de imagen que estaba mirando este policía.

—Vamos. —Coge la mano de Jessie.

—¡Mi guitarra! —grita.

—¡Por el amor de Dios! —Agarré el diapasón y me levanté de un salto, arrastrando a Jessie conmigo.

—¡Alto! —Nos gritan por la espalda, pero yo no escucho.

No sé cómo demonios voy a salir de esta, así que será mejor que me vaya rápido. Además, solo hay un policía.

—Vale —exhalé—. Nos separaremos. Tú corre delante y yo atraeré su atención hacia mí. ¿Entendido? —Le solté la mano.

—No.

Jessie frenó y volvió a clavarse en mi palma.

—¡Juntos! Conozco el lugar.

Se precipita hacia delante y ahora me arrastra con ella. Casi me caigo, casi me enredo en sus piernas, pero conseguimos escondernos de la luz de la linterna. Deambulamos entre las filas de contenedores y nos deslizamos dentro de uno de ellos.

Nos acurrucamos en un rincón, y yo estoy de espaldas a Jessie, con las manos a ambos lados de sus hombros. El aire está viciado y huele a hierro oxidado, pero ahora mismo no me importa, aunque acabe accidentalmente en un montón de mierda de rata, siempre que Jessie no salga herida.

«Jesús...» Le temblaba la voz.

—Calla —le tapé la boca con la palma de la mano.

—¡Eh! ¡Fuera! —grita un policía desde fuera— y la luz de su linterna pasa por encima de nuestro contenedor.

—Justin... Estaba empapada de miedo y la apreté más contra la pared de hojalata, protegiéndola de mí.

—No tengas miedo. No te ocurrirá nada. No lo permitiré. Siempre puedo matarlo en un apuro —tembló bajo mi mano y sonreí débilmente. —Es broma, claro.

Respiramos mucho. Jessie está asustada y se mueve debajo de mí. Agarra la guitarra con una mano y me aprieta las costillas bajo la chaqueta con los dedos de la otra. Empieza a lloverle encima y una débil lluvia empieza a tamborilear sobre el tejado. Nos quedamos helados cuando la luz vuelve a caer sobre las paredes interiores del contenedor y exhalamos simultáneamente cuando el policía pasa de largo. No me ha oído y nunca me había alegrado tanto de que lloviera.

—¿Te encuentras bien? —susurré en la oscuridad, tocándole la cara con la palma de la mano.

—No —exhaló en algún punto a la altura de mi cuello y me estremecí ante su aliento caliente —. Hoy me habían abandonado y ni siquiera me habían escuchado. ¿Cómo podía estar bien?

Si no hubiera sido por ese policía que seguía merodeando, habría vuelto a gritar. Ni siquiera un chaparrón me habría salvado. Vuelve a haber rabia dentro de mí y necesito encontrar una salida para ella. Pero no puedo. Lo único que puedo hacer es agarrarla por los hombros y empujar a Jessie contra la pared del contenedor.

—Por favor, deja de hablar —dije apretando los dientes.

—No te he traicionado, Justin —susurró ella. —Y me duele profundamente que pienses eso de mí. ¿Cómo podría ser? ¿Crees que tus palabras no significan nada para mí? ¿Dejo que todo el mundo se acerque a mí tanto como lo haces tú? —sollozó suavemente.

¡Mierda! Algo hace clic en mi corazón.

¿Realmente soy gilipollas?

No, no puede ser. Lo vi todo con mis propios ojos.

—Entonces, ¿qué hacías en su coche? ¿Cómo te metiste en él? No sabía que estabas tan unida a Jonathan como para que de pluriempleada como tu chófer personal.

—¡Ha sido un accidente! —Grita Jessie y, inmediatamente, le tapo la boca con la palma de la mano.

—¡Estás loco! ¿Echas de menos la compañía de un policía? ¡Llamémosle aquí! Eh, honorable policía, ¿te gustaría unirte a nosotros con tu bonito uniforme temático? ¿Harás de poli bueno y

yo seré el poli malo? ¿O al revés?

—Eres idiota— me quita la mano de los labios.

—Y sigues sin callarte.

—Porque no oyes la primera vez. —Pues claro que sí. ¡Me encantaría ver con qué entusiasmo me escucharías si me pillaras en el mismo coche que Pamela!

—¡Te la has follado! —Me empuja en el pecho, pero yo me quedo lo más cerca que puedo, abrazándola. —¿Sientes la diferencia?

—¿Cómo sé que no te estabas tirando a Jonathan a mis espaldas?

Jessie giró en redondo y me abofeteó con fuerza, haciéndome tambalear hacia atrás.

—Te odio. Y todo lo que representas. Agarra una guitarra y pasa zumbando a mi lado.

—¡Jessie, espera!

Tras una pausa de un segundo, la seguí hacia la lluvia. Ya no me importa el maldito policía, solo quiero atraparla. Es la segunda vez que la ofendo e insulté. Soy el mayor gilipollas del mundo. Es Jessie. La que temblaba debajo de mí. La que lloró y huyó ante mi contacto. La que solo me dejó amarla a ella.

Dios mío. Soy un bicho raro. ¿Por qué las epifanías siempre llegan tan tarde?

—¡Para, Jessie, para!

Apenas puedo seguir su sinuosa huida y la alcanzo casi al salir de este lugar.

—No lo entiendo, ¿eres mañoco? —Chilla mientras la agarro del codo y le doy la vuelta. —¿Te gusta que te peguen? ¿O no has tenido bastante? ¡Déjame en paz!

—No la dejaré —la acerco más.

Joder, me equivoqué. ¿Cómo pude olvidar que ella era diferente? ¿Que no era otra persona, sino mi Jessie? Mi perfección.

—Tengo que hacerlo. Me muero por follarme con tu hermano —siseó entre dientes.

—No te creo.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Por qué no hacemos un trío? ¿Qué te parece? ¿Te enfadarías o te excitarías? ¿Lo comprobamos? ¿Llamamos a Jonathan?

—Si quieres ver su cráneo fracturado, llámame —le puse las palmas de las manos alrededor de las mejillas húmedas.

Ella provoca. Es exasperante. Y estoy dispuesta a matar a mi hermano por unas palabras. Pero ahora sé que va de farol.

La miro a los ojos. Azules y tan enfadados. No puedo evitar encontrarlo fascinante. Las gotas de lluvia ruedan por mis dedos y por su cara. Estoy completamente empapado, pero me da igual

aunque me pongo enfermo.

—¿Quién está ahí? —viene de detrás de nosotros.

Los ojos de Jessie brillaron de miedo.

La atraje hacia mí y la besé sin vacilar. Sin demora, introduje mi lengua en su boca y la entrelacé con la suya. No importa lo que diga ni lo enfadada que se ponga conmigo, siempre responde a mi impulso.

—Lo siento —susurró contra mis labios. —He vuelto a equivocarme. Otra vez soy gilipollas. Siento haber dudado de ti.

—¡Vosotros dos! ¡Quietos! La luz de la linterna vuelve a chocar contra nuestras siluetas y agarro el brazo de Jessie.

—Es hora de correr.

No está lejos, mi coche —responde, y echamos a correr.

Jessie pisa el acelerador en cuanto nos deslizamos en el habitáculo de su pequeño Ford. Los dos tenemos fiebre, pero no por el frío.

La adrenalina corre por mis venas y solo alimenta la excitación. No llegaremos a casa. Sé que no lo haremos. Y me aseguraré de que ella tampoco lo haga, hasta que se corra y grite mi nombre en mis labios, y entonces le suplicaré que me perdone.

Jessie coge el volante sin hacer preguntas. Está tan nerviosa como yo. Se detiene en la esquina más alejada, saca la llave y nos abalanzamos el uno sobre el otro como demonios.

La agarro por la cintura y la tiro desde el asiento del conductor a mi regazo. Me quita rápidamente la chaqueta y el jersey mojados, dejando al descubierto mi cintura. Luego envío su impermeable y su jersey, siguiendo mi ropa al asiento trasero.

—Malditos vaqueros, Jessie —le muerdo la nuca, metiendo la mano en sus bragas.

Ella gime y se levanta de mala gana para quitarse los vaqueros. Al mismo tiempo, yo me bajo los míos hasta las rodillas junto con los bóxers y la cojo por la espalda, ya completamente duro y desnudo. Menea las caderas y frota su húmeda entrepierna contra mi polla, arqueándose sobre mí.

—Nena… —gimo roncamente en su cuello. —Estoy muy cachondo, así que puedo... ¡Joder! —No esperó a que acabara la frase; guio la cabeza hacia sí y se deslizó hasta ella.

—¡Oh, sí! —chilló Jessie, clavándome las uñas en el cuello—.

¡Mierda! Qué grande eres... —gimió y empezó a mover las caderas más deprisa.

—Sí, Jessie, fóllame. Como a ti te gusta —bajé la copa del sujetador y acerqué mis labios al pezón endurecido—. Fóllame más fuerte.

—Dios mío —mis palabras y mis acciones la excitaron aún más, arqueando la espalda y arañándome los hombros tensos con las uñas.

—Cuéntame más.

—¿Te digo que me folles? —Agarré sus nalgas con las palmas y me moví con más fuerza contra sus sacudidas.

—Sí —echa la cabeza hacia atrás y me hace cosquillas en el regazo con las puntas de su pelo mojado. Me caen gotas por las piernas e imagino lo increíble que sería follarla en el océano.

—Fóllame, nena. Domíname. Gime más fuerte.

—Dios... Sí...

—Dios... Sí... Hasta que te di la vuelta y te hice gemir debajo de mí.

Le agarro el culo con las manos y la empujo con más fuerza, poniéndola encima de mí. Jessie acelera, su ritmo es salvaje. Se echa hacia atrás y apoya las manos en el techo de la carretilla. Joder, es sexy. Está tan caliente. Yo también estoy al límite. Deslizo con avidez la palma de la mano por su cintura y le acaricio el pecho, dejando que el duro pezón se deslice entre mis dedos.

—Justin... —Se está poniendo muy tensa y aprieta alrededor de mi polla cada vez más fuerte con cada empujón.

Mi amorcito está listo para correrse. Y quiero escuchar mi nombre en nuestros labios.

—Ven aquí.

Le rodeo la espalda con las dos manos y atraigo a Jessie contra mí, empujándome dentro de ella hasta el suelo. Mi polla palpita y yo mismo estoy a punto de explotar. Me siento tan jodidamente bien con ella. Tiro de ella por el cuello y le doy un beso feroz en sus labios carnosos.

—Justin... —gimió fuerte e intermitentemente—. —Te quiero...

Agarro su frágil cuerpo entre mis brazos y me corro dentro de ella con tanta fuerza que un gruñido incontenible me desgarra la garganta. Mi agarre no se aflojó y seguí abrazando a Jessie, respirando entrecortadamente contra su cuello.

Estoy mareado. Las ventanillas del coche están empañadas. Las gotas de lluvia caen desde fuera, pero no oigo el estruendo, solo su respiración entrecortada y el latido irregular de su corazón. Es toda mía. Nunca me traicionaría. Ella me ama.

Está divinamente guapa después de un orgasmo. Quizá sea hora de que Jessica deje de maquillarse. Voy a hacer que se corra una y otra vez.

—Diablillo —le arranco el labio inferior y lo muerdo débilmente—.

—No crees que deberíamos... Bueno... Deberías... salirte... Um... —se sonroja, sentándose desnuda sobre mi pene.

Una criatura asombrosa que nunca deja de hacerme sonreír.

—¿Quieres que salga de ti?

—Jesús, Justin.

—Sácalo tú mismo. Me parece bien. Es cálido y acogedor y no quiero cambiar nada.

—¡Justin! —Da una palmada en el hombro.

—Vale —la ayudé con cuidado a sentarse en el asiento del conductor. —Ella era la que me había montado y no me soltaba, la Elfa insaciable.

—Cállate —me lanza una mirada furiosa, pero luego vuelve a sonreír y se pone las bragas y los vaqueros. Me agacho hasta el suelo y hago lo mismo, fijándome en mi teléfono sobre la alfombrilla.

—¿Estás tirando mis regalos? Lo cojo.

Se enciende la pantalla del iPhone y se me hunde el corazón. Y no ha sido porque se haya vuelto a romper el cristal.

—Estaba pensando en quemar uno —sonrió Jessie, pero yo no me reí. —¿Qué le pasa?

Probablemente, se da cuenta del repentino cambio en mi estado de ánimo y se acerca a mí, inclinando la cabeza sobre el teléfono, lo que hace que el bloqueo de pantalla se libere al instante. Y ahora puedo ver algo más que el remitente del mensaje. Puedo ver el texto.

—Jonathan dice que está deseando que llegue la reunión de mañana. Está entusiasmado. Se alegra de que hayas aceptado su invitación.

Me tiemblan las manos y el iPhone vuelve a caer al suelo, y ahora tiemblan aún más que mis manos. Tiemblo por todas partes. La ira me recorre el cuerpo en una nueva oleada.

—Justin, por favor —Jessie me rodeó el hombro con los brazos, pero yo me aparté—. ¡Escúchame esta vez!

Esta vez no voy a escucharte más. ¡Maldito seas!

Salgo de la cabaña bajo un aguacero torrencial. Pero no me importa. No me importa que solo haya conseguido coger mi jersey y me haya dejado la chaqueta en el salón.

De todas formas, no estoy vivo. Ella acabó conmigo. Me disparó dos veces en un día. Me disparó. Me curó. Recargado. Me disparó. Y dos veces justo en el corazón.

Adiós, Jessie. ¡Destruiste todo!



Parte III



Capítulo 1. Jessie

Ya se ha acabado para siempre. El camino de vuelta a casa es un borrón. La indignación de John ha desaparecido. Estoy bajo la cúpula y no puedo oír sus palabras. No puedo ver su cara. No siento nada más que un dolor abrasador. Ni siquiera la bañera caliente, que podría haber dejado sin llenar; la habría llenado hasta el borde con mis lágrimas. Creo que este es el final. Creo que ya no hay nada que me retenga aquí. Y es hora de quemar puentes. Es hora de hacer lo que mejor se me da: huir. Solo que esta vez voy a ir sola.

No me atrevería a arrastrar a John conmigo. Él tiene a Sheila. No puedo quitarles su felicidad. Vuelvo al punto de partida. Vuelvo a estar sola y rota. Así que mañana volveré a hacer la maleta y construiré un nuevo itinerario de la noche a la mañana.

¿Qué te parece Reno? Sentir la presencia de Justin.

Me despierto por la mañana con la sensación de que alguien me mira y grito al encontrar dos pares de ojos sobre mí.

—¿Estás loca?

Me incorporo y me froto los ojos, hinchados por las lágrimas de anoche.

—Solo estamos preocupados —explica Sheila y se sienta en el borde de la cama.

—¡Ayer, casi me provocas un infarto! —John se llevó las manos a los costados y me miró amenazador.

—Qué amables somos — cacareó e intentó arrastrarse de nuevo bajo la manta, pero Sheila se la arrancó al instante del cuerpo.

—¡Eh! —me ordena y levanta la barbilla—. —Tenemos mucho de qué hablar.

—No hay nada que discutir —dije enfadada—. ¿Y por qué demonios no estás en el bar?

—Oh —Sheila me mira entrecerrando los ojos. —Me alegro mucho de que preguntes. —El bar está cerrado por reformas.

—¿Qué?

Me pongo en pie de un salto.

—Imagínatelo. Justin no solo destrozó su despacho cuando te fuiste, ¡también lo hizo con todo el bar cuando volvió, mojado y frenético!

—¡Destrozó!

—Si no lo hubiera visto, ¡habría pensado que nos habían robado!

—Dios —me callo y me paso la mano por el pelo.

—Oh, no —suspiró Sheila—. —Él no, Jessie Rodríguez. —Nunca había visto a Justin así en mi vida. No sé qué está pasando, pero estoy segura de que tú eres la única que puede explicárnoslo.

—No puedo explicarte por qué tu jefe está loco. Llevo mucho tiempo diciendo que necesita tratamiento —me doy la vuelta para escapar del interrogatorio en el baño, pero Sheila me impide el paso.

—Jessie, queremos ayudar —se une a ella John, y me doy cuenta de que no hay forma de evitar esta montaña. —Déjanos a nosotros.

—Me temo que se ha acabado —exhalo pesadamente, y mi pecho empieza a gemir de nuevo.

Se me aprieta el corazón y quiero sacudirlo, darle una patada y tirarlo por la ventana para que se lo coman los perros callejeros. Quizá entonces me sentiría aliviada. Quizá entonces la culpa dejaría de roerme.

—Dos ovejas testarudas —siseó Sheila. —Te lo dije —se volvió hacia John, y él asintió, apoyando a su novia—. —Jessie, ¿sabéis siquiera hablar con normalidad o solo sabéis gritar y enfadaros el uno con el otro?

—Lo intentamos, pero no funcionó. Solo empeoró.

Y ahora no quiere escuchar mi versión de los hechos. Ya no la necesita, intenté cortar esta ridícula conversación yendo a la cocina, pero la pareja siguió arrastrándose detrás de mí. No van a soltarme. Ya me he dado cuenta.

—Así que haz que se te escuche.

John saca tazas del armario de la pared y empieza a prepararnos café.

—En primer lugar, es básicamente imposible conseguir que Justin haga algo. ¿Qué dices, Sheila? Sheila puso los ojos en blanco, pero asintió afirmativamente. —Y en segundo lugar, ¿por qué tengo que demostrarle nada a alguien que no me cree?

—Jessie te vio en el coche con su hermano, al que odia —suspiró Sheila—. —Cualquiera se quedaría pasmado.

—¿Con quién la vio? —John se indignó y estuvo a punto de echarse agua hirviendo por encima. —¿Con ese tipo de la casa de los ricos, al que le partiera la cara?

—Jessie, ¿estás loca?

—¡Salió sin querer!

No pude soportarlo y, tras un grito agudo, se hizo el silencio en la sala.

Todo el mundo está callado y congelado en silencio. Lo único que oigo es mi corazón latiendo, desbocado y mi respiración acelerada. Mis brazos y piernas empiezan a temblar y me agarro a la encimera para mantener el equilibrio. Me enfada que incluso John me haya culpado sin antes averiguar la verdad.

¿De verdad cree que soy capaz de semejante traición?

¿Ambos creen que yo podría hacerle eso a Justin?

—Ah, aunque, ya sabes —aprieto los puños y los dientes—. —No tengo que responder ante nadie, ¿de acuerdo? Ya has sacado tus conclusiones. No me interpondré en tu camino.

— Jessie, ¡espera! —Oí la voz de John detrás de mí, pero le cerré la puerta de la habitación del baño en las narices.

Estoy demasiado enfadada y cabreada. Si hasta John pensaba que había mentido a Justin, ¿cómo puedo hacer que Justin me crea? Es inútil. Necesito irme de aquí. Es lo mejor para todos. Es posible que John y Sheila estén disgustados, pero pronto olvidarán su amor. Y Justin no tendrá que maldecir esta ciudad conmigo.

Cuando John y Sheila salieron, me acciono rápido. Me pongo rápidamente unos vaqueros y un jersey ancho, me recojo el pelo en una coleta baja y meto todas mis pertenencias en la maleta. No son muchas cosas, así que puedo hacerlo en media hora. Pero tengo miedo. No tengo ningún plan, ni dinero, ni ningún amigo en quien apoyarme.

Es como si volviera a ser la misma Jessie que se escapó de casa con treinta dólares en el bolsillo cuando apenas tenía dieciocho años. Vuelvo a estar rota y asustada.

Una vez más, no sé qué hacer ni adónde huir. Pero es la única salida. No conozco otro camino. No creo que pudiera hacerlo de otra forma, aunque quisiera. Creía que había encontrado la paz aquí, que tenía protección y había dejado de tener miedo, que quería quedarme, que podía quedarme, que había encontrado mi razón de ser, que creía en mí misma, que creía en Justin, que estaba a salvo con él, que me quería.

Él es la razón por la que me enfrenté al monstruo, por la que no huía ante la primera amenaza. Todo se debe a Justin. Todo cambió gracias a él. Pero todo se vino abajo. Una vez más, el

destino demuestra que no hay lugar en este mundo para Jessie Rodríguez. Ningún lugar seguro. Ni siquiera en amor.

Corey siempre tenía razón. Nadie podría amarme de verdad. Ni siquiera mi propia madre. Así que el destino de Jessie es huir. Lejos. Sin mirar atrás. Sin detenerse. Y lo mejor es no acostumbrarse a nadie por el camino.

Necesito salir del piso sin que se den cuenta. Escucho los ruidos fuera de la puerta de la habitación y no reconozco ningún crujido. Me pregunto si habrán decidido dejarme en paz después de todo.

Para confirmar mis pensamientos, John envía un mensaje:

«Llevaré a Sheila a casa y volveré. Por favor, espérame. Tenemos que hablar».

¿Qué es esto, si no otra señal del cielo?

Debería marcharme de aquí. Y lo hago, aprovechando el momento. Arrastro la pesada maleta y la bolsa de viaje escaleras abajo, dejo las llaves en el buzón y me quedo inmóvil un segundo.

—Lo siento, hermano mayor... —susurro, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Te echaré de menos.

Me muerdo el labio inferior tembloroso y pruebo el sabor salado. Estoy llorando. Voy a echar de menos a este gran romántico con un corazón enorme. Espero que pueda perdonarme. Fuera hace un frío horrible. El viento frío aúlla y sacude la lana de mi abrigo, que necesita un lavado.



Capítulo 2. Jessie

El cielo vuelve a estar nublado y ya no parece tan hermoso como desde las ventanas panorámicas de Justin. Está tan apagado y sin vida como antes de conocerle. Ahora todo está apagado y sin vida. Incluida yo.

Abro el maletero para meter mis cosas y... ¡Mierda! El puto abrigo de Jonathan White me hace maldecir por toda la calle.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Empujo la maleta con el pie y gruño con fuerza. —¡Maldita sea! Me he olvidado por completo. Ese abrigo. El abrigo. El maldito restaurante.

Ayer decidí que no voy a ir a ninguna parte. Me alejaré de estos dos hermanos y dejaré que hagan lo que quieran. No me importa si se matan entre ellos. Me mentalizo, meto la maleta en el maletero y al cabo de cinco minutos me calmo sentada en el coche.

El abrigo de Jonathan está en el asiento trasero, junto a la chaqueta de cuero olvidada de Justin. Ambos objetos me dan ganas de quemarlos hasta los cimientos. No les costaría nada a ninguno de los dos, así que no me pareció tan mala idea.

Me echo a una de las chaquetas y no me contengo: lo cojo y me lo acerco a la cara. Aprieto el cuero y respiro hondo, enterrando la nariz en él.

Justin...

Está aquí.

Como si estuviera sentado a mi lado. El agradable olor a menta, mezclado con el aroma de su perfume, impregna mis pulmones. Cierro los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas. Se ha alojado demasiado dentro de mí y no podré olvidarle jamás. El Diablo tatuado. Un alcohólico. Un psicópata y un esquizofrénico. A quien amo.

¿Pero a quién le importa ahora?

Jonathan ignora todos mis mensajes. Ni siquiera coge el teléfono, al parecer está jodidamente ocupado hasta las siete de la puta noche. No tengo más remedio que ir al maldito restaurante, porque no quiero parecer una ladrona que de un abrigo caro.

Me estoy vistiendo de Prado en el baño de un centro comercial, porque no me dejan acercarme a "Bestia" en vaqueros. Y no voy a permitir que me presenten así delante de la zorra de Edna.

El vestido del Prado es otra cosa. Deja que esa malvada se muera de envidia. Deja que se vuelva loca por el aspecto que podría tener Jessie Rodríguez, a quien una vez ella echó y renunció orgullosa, y que ahora estaría sentada con un hombre guapo, con un vestido elegante y bebiendo vino caro delante de sus ojos. Pero sin ostras. No puedo soportarlo una segunda vez.

Voy a restregarle la nariz a esa zorra como siempre he soñado. No me importa si llevo un Prado en un cubículo de un aseo público. Me da igual. Edna nunca lo sabrá. El dobladillo del vestido es ajustable con una fina banda a los lados y cubre perfectamente mis zapatos, así que parecerá que acabo de llegar con tacones. No estoy preparada para llevar estos botines de invierno.

Aparco en la esquina del restaurante para que nadie vea mi decrépito Ford, que no encaja en absoluto con mi aspecto actual. Me arreglo el maquillaje que mi ayudante me ayudó a aplicarme en el centro comercial. Me cepillo el pelo y me pongo la chaqueta de Justin sobre los hombros. Parezco más cara y limpia que mi desgastado abrigo verde. Echo un último vistazo por el retrovisor y respiro hondo.

Si puedo, esta noche haré unas cosas, a la vez, más importantes: cabrear a Edna e intentar dar sentido a la disputa de los dos hermanos, pues no la he entendido bien.

Creo que necesitan hablar. Y puede que yo pueda ayudar con eso. Para ello, necesito conocer la versión de Jonathan sobre la muerte de Sandra. Asegúrate de que no digo nada sobre Ángelo. De lo contrario, Justin me encontrará y me matará. Y acabará de forma más dramática de lo que imaginaba.

Mentiría si dijera que no disfruto entrando en este restaurante como invitada y no como camarera. Mi espalda se enderezó, levanté un poco la barbilla y anduve más erguida, con la ligera excitación. Sin embargo, no pude evitar pensar que Justin me llevaba de la mano para que no me cayera de aquellos tacones.

Me deshago de la chaqueta que me envuelve en el aroma del hombre que amo y me dirijo hacia la azafata, que no me reconoce.

—¿Tiene una reserva, señorita?

Sonríe.

—Sí, Marie, con el apellido White—. Marie me mira desconcertada y entrecierra los ojos un momento.

—¿Jessie? —Ella levanta las cejas, sin dar crédito a lo que ven sus ojos. —Me alegro de verte. —Dios... ¡Qué guapa eres!

Te juro que, si estuviera permitido, me abrazaría. Pero lo comprendo, y ya he tenido bastante con su mirada arrebatadora.

—¡Es una locura! —vitoreó en voz baja para no llamar la atención.

—Le haré saber a John que estás aquí. ¡Que vea lo guapísima que estás!

—¿Qué? Se me hace un nudo en la garganta y tengo que toser. —¿Está aquí - John?

—Ah, sí. Está sustituyendo a Pablo. ¿No lo sabías?

—Se me olvidaba.

—Ya veo —volvió a mirarme asombrada—. —Ahora debes de tener una vida muy diferente.

—Um... —Le devuelvo la sonrisa torpemente. —En cierto modo.

—Estás guapísima. Ese vestido es increíble. Te sienta realmente bien. ¿Es de Valentino?

—Sí —sentí que me sonrojaba. No quería presumir, así que accedí a todo. Es hora de poner fin a este diálogo.

—Me alegro mucho por ti —volvió a sonreír Marie.

—Um... Entonces... ¿Qué pasa con la mesa? —Me río entre dientes.

—Jonathan... Oh... ¿Ha llegado ya el Sr. White? —Sí. Hace unos quince minutos. Te está esperando en la sala blanca. La mesa cinco. ¿Te acuerdas? —Marie responde, no sin cierta envidia, pero con una dulce sonrisa en la cara, y suspira en voz baja.

Claro que le gustaba Jonathan. Y yo, por supuesto, me acordé de aquella maldita quinta mesa odiosa que Edna deseaba poder meterse por el talón.

Le envío una tímida sonrisa a Marie y me dirijo hacia el fondo del restaurante, sujetándome el vestido para que no se me vean los zapatos. Pensarán que estoy loca por entrar en zapatillas con un vestido así.

Pero la gente no me mira las piernas, sino la figura y la cara, y nunca me había sentido tan incómoda. La última vez que había caminado del brazo con Justin en Carson City, solo había pensado en él y no me había dado cuenta de si alguien nos miraba.

Y ahora quiero caer por este suelo brillante. Hay demasiada atención, sonrisas ambiguas de hombres y miradas furibundas de mujeres arregladas que lucen sus mejores vestidos de las últimas colecciones de diseñadores famosos. No estoy acostumbrada y no me gustaría, así que sueño con llegar antes a la quinta mesa y sentarme por fin.

—Jessie— dice Jonathan mientras se levanta de la silla y roza la mesa con el muslo.

Los vasos pulidos tiemblan, la servilleta blanca con el emblema dorado del restaurante cae al suelo y él sujeta el tablero redondo de la mesa con las manos, confuso. Algunas personas se vuelven hacia nosotros, pero a Jonathan no parece importarle. Su mirada sorprendida recorre mi cuerpo y se le hace un nudo en la garganta.

—Estás increíble...

—Gracias —sonrío torpemente y me acerco a la silla frente a Jonathan, frotándome las palmas sudorosas de las manos contra los muslos. Estoy nerviosa.

—Déjame —empuja su silla hacia atrás, como hizo Justin, y me sorprendo pensando que ya es hora de dejar de recordar.

Nunca volverá a ocurrir, así que ¿por qué voy a torturarme? Jonathan no me quita ojo y se acomoda frente a mí. Sus ojos parecen aún más oscuros en la penumbra de la sala, donde la cálida luz solo procede de las luces de posición de las paredes blancas y de las velas flotantes de las mesas. Sus ojos son iguales que los de Justin. Para. ¡Para! He decidido parar. Pero es una lástima.

—Me tomé la libertad de pedirnos aperitivos y platos llenos de ostras. Espero que no te importe.

«Dios, ¿por qué?».

—Y elegí un vino blanco. Espero que te guste.

—Espero poder elegir al menos un postre por mi cuenta— mi lengua volvía a correr más rápido que mis pensamientos. Me odio por esto.

—¿Te quedarás conmigo hasta el postre? Estoy gratamente sorprendido. Sonrió Jonathan. —Y me alegra mucho que hayas venido.

—No me has dado opción. Te he estado mandando mensajes todo el día. Quería cancelarlo.

—Por eso no he contestado —entrecerró los ojos socarronamente—.

El típico gilipollas de Justin.

Mierda… Apenas pude contenerme y me mordí el labio a tiempo.

Este no es Justin delante de mí. Este hombre es agradable. Tiene buenos modales y lleva trajes caros que no esconden sarcasmos, blasfemias ni tatuajes. Así que debería calmarme y mantener la calma. Todo esto acabará pronto.

—¿Querías llamarme gilipollas? —Jonathan arquea las cejas y sonríe. —No eres del tipo tímido. No me extraña que mi hermano esté sometido.

—¿Qué?

Me he quedado sin aliento y tengo la boca demasiado seca.

—Justin, ¿no eres su novia?

—Um… No, en realidad, no. No...

—No te molestes —interrumpió Jonathan en voz baja—. Lo entiendo. Vuelve a echar de menos la belleza que le rodea.

Estallo en llamas. Mis mejillas se sonrojan. Necesito un trago. De lo contrario, arderé como una cerilla y no dejaré tras de mí un montón de ceniza. En el momento justo, un camarero se acerca a la mesa y lo único que puedo hacer es levantar la vista para encontrarme con un par de ojos familiares.

John. Eso me faltaba.

—¿Jessie? —En su rostro, sorpresa, enfado, fastidio y absoluto desconcierto.

Y eso es justo lo que pude ver antes de bajar la vista al escritorio. Que me aspen.

—¿Qué pasa?

—¿Qué está pasando? —Jonathan se puso tenso.

—Soy yo quien quiere saber qué está pasando aquí. —John nos mira furioso a Jonathan y a mí, y aprieta los puños con más fuerza delante de él.

—Jonathan, este es mi amigo John —susurré.

—Oh... Lo siento. —Encantado de conocerte —sonríe Jonathan, pero John no obtiene ninguna reacción positiva.

—Es especialmente desagradable que mi mejor amiga no considerara oportuno explicarme nada, hiciera las maletas y huyera de casa.

—¿Quieres parar?

—Estoy que me retiro.

—¡Tráenos otro camarero!

—¿El otro camarero?

—Sí, ¡exactamente! ¿Quién no lleva su vida personal al trabajo?

—¿Es así? —Sus ojos se llenan de rabia.

Es la primera vez que veo a John así, y estoy terriblemente avergonzada, pero no puedo evitarlo. No quería despedirme de él así.

—Como desees. Que tenga una velada de lo más desagradable, Srta. Rodríguez. Comoquiera que te llames. No importa. Me marcho.

John se da la vuelta y se aleja, y yo deseo estar muerta. He hecho daño a mi mejor amigo. Confirmé sus pensamientos equivocados sobre mí. No puedo olvidarlo. No hay excusas. No

puedo enmendarme. Bajo la cabeza y exhalo pesadamente. Me he comportado como la zorra definitiva. No se merece que lo trate de esta forma.

—Podemos salir de aquí —me informa Jonathan en voz baja, y siento su mirada penetrante en mi rostro.

—En realidad, solo he venido a devolverte el abrigo —dije bruscamente.

—¿Lo has hecho? —Le llamo la atención, y siento que yo también le he ofendido.

Rodríguez está que arde esa noche. Tiene un don para soltarse.

—Ahora yo también me siento mal —sonrió Jonathan débilmente.

—¿Por qué? ¿No debería importarte? —Me estoy volviendo más audaz. Al parecer, ya no tengo nada que perder. —Ni siquiera sé qué hago aquí. ¿Por qué me has invitado? No soy una chica de tu sociedad. No tengo un gran nombre. No formo parte de una familia de élite. No soy de la alta sociedad. Odio las ostras —le sigo a la camarera mientras coloca sonriente la comida en nuestra mesa—. —¿Qué hago aquí, Jonathan?

—Pensé que podríamos hablar. —Explica con calma y sigue mirándome directamente a los ojos—. —Me pareces interesante. Y real... Ya sabes, como un soplo de aire fresco. En mi sociedad, como tú dices, es demasiado difícil mantener una simple conversación con todo el mundo. Real.

Me tapo los ojos involuntariamente.

«No tienes ni idea de lo hipnotizante que eres. No tienes ni idea de lo hermosa que eres. «De lo real que eres. Eres real. No finges. No intentas ser alguien que no eres. No intentas ser mejor. Eres quien eres».

Me estremezco al recordarlo. Un escalofrío me recorre la espalda y trago saliva.

—¿Y Sandra era así?

Jonathan se estremece. Está visiblemente tenso y no sabe dónde poner sus manos inquietas.

—¿Te ha hablado de Sandra? —Jonathan se ajusta la corbata y se aclara la garganta. Veo que le tiemblan los dedos.

—Quizá deberíamos tomar algo.



Capítulo 3. Jessie

Jonathan estaba muy nervioso, y a mí me hace mucha ilusión que el vino llegue a nuestra mesa justo a tiempo. Pero siento una doble emoción cuando veo quién trae la botella. Muestro mi sonrisa más deslumbrante y no puedo ocultar mi regodeo. Ni siquiera lo intento. Sobre todo cuando se desliza lentamente por mi rostro la sonrisa característica de Edna.

—Buenas noches —me espetó, y pude ver cómo las comisuras de sus labios se crispaban nerviosamente.

Sigue siendo la misma. Sigue llevando la misma coleta roja, el mismo uniforme, los mismos tacones de aguja y la misma mirada de zorra inmutable que ahora muestra claramente confusión. Y, oh, sí, sabe mejor que la venganza servida fría. Enderezo aún más la espalda y sonrío aún más, mirándola directamente a los ojos.

«Chúpamela, zorra malvada», creo que se lee en mi frente, y Edna puede verlo claramente.

—Quería ver si se encontraba bien, Sr. White —estira falsamente las mejillas—. —Has pedido un cambio de camarero. ¿Quizá hubo algún problema y no quedaste satisfecho?

—Era el deseo de mi compañera —explicó Jonathan con calma, y pude ver la irritación en los ojos de Edna.

—Jessie, ¿va todo bien?

—Ah, sí —dije sonriendo—. —Es tan agradable que nuestra mesa sea atendida por el administrador del restaurante.

—Oh... yo no... Edna se perdió.

—¿Tú qué? —Jonathan frunció el ceño.

—Será un honor. Siempre será bienvenido, señor White. Y tu acompañante —dijo con dificultad.

—Muchas gracias. —Ahora, por favor, déjanos solos —sonrió Jonathan débilmente—. —No tenemos nada que decir sobre el trabajo del camarero anterior. Y, por favor, que eso no afecte en modo alguno a sus ingresos.

—Ya le he oído. —Que pases buena noche —Edna me lanzó otra mirada desdeñosa y se marchó, y yo no pude contener la risa.

—¿Por qué te diviertes tanto? —Jonathan entorna los ojos.

—Es mi exjefa ridícula, y una zorra de cola, —no elegí mi expresión, lo que hizo reír a Jonathan.

—Aunque tendría que escrutar cada plato en busca de veneno, merecía la pena.

—¿Así que tú también te regodeas?

—Claro que sí —afirmé con orgullo, y Jonathan se echó a reír.

—Eres rara. Pero me gustas mucho —dijo la última frase en voz más baja y tranquila.

Empiezo a sentirme incómoda. Es como si volviera a estar delante de Justin en lugar de Jonathan. Y mentiría si dijera que no quiero eso.

Creo que se ha matado una liebre de cada tres. Ya es hora de que empiece con la segunda. Bebo un sorbo de vino y miro con determinación a los ojos de Jonathan. Son de un color más claro que los de Justin. Es el tono exacto que he visto en los de Ángelo. Café con leche. Ahora noto esa ligera diferencia de color.

—¿Qué ha pasado entre Justin y tú? Te odia con toda su alma y no entiendo por qué. No es que tuvierais nada que ver con...

—La muerte de Sandra —termina Jonathan por mí, mientras yo miro hacia otro lado—. —Nadie tuvo nada que ver con su muerte. Fue un accidente. Pero Justin piensa lo contrario. Se inventó su propia versión de los hechos. Para él era más fácil aceptar que ella se había ido. Es más fácil culpar a alguien que asumir que un ser querido ha muerto en un extraño accidente. Un ser querido... —añadió Jonathan con nostalgia—. —Siempre supe y sentí que él también la quería.

—¿Cómo tú? —susurró tímidamente.

—A veces creo que es incluso más fuerte que eso.

Se me apretó el corazón en el pecho. ¿Y si Justin nunca amara a nadie más como amaba a Sandra? Probablemente sí lo hará. Después de todo, no me quiso lo suficiente como para darme su palabra. Habría escuchado a Sandra. No habría echado a Sandra. Estoy amargada. Bebo un sorbo de vino, intentando no llorar.

—Verás —continuó Jonathan—. —Entonces yo era demasiado joven. Nosotros dos éramos tan jóvenes. Estábamos tan enamorados. Incluso quería casarme con ella cuando cumplimos dieciocho años. Pero Sandra... Ella es el viento. Siempre hacía lo que quería. Daba vueltas sin parar y, de repente, podía desaparecer. Eso fue lo que pasó aquel día. Me abandonó sin explicarme nada. Escribió una carta y la metió entre mis cosas.

—¿La carta?

«Esta versión no se ajusta en absoluto a la versión de Justin».

—Sí, siempre ha sido una romántica —sonrió Jonathan con tristeza—. Decía que ella y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Que el amor que nos inventamos era infantil. Que ella quería marcharse y ver mundo. Y yo necesitaba ir a la universidad para convertirme en el hombre que soy ahora. Ella no quería interponerse.

—Jonathan...

Hay tanta amargura en su voz que me incomoda.

—No quería creerlo. Me sentí ofendido. Pero seguía decidido a exigirle una explicación, pero entonces resultó que mis ahorros, que había estado ahorrando para nuestra vida con Sandra, habían desaparecido. Después de todo, mi madre nunca la había aceptado. Sabía que tendría que renunciar a la buena vida en la mansión para quedarme con Sandra, así que empecé a ahorrar. Y ese dinero. Todo. Hasta el último céntimo. Ha desaparecido. Sandra ha elegido a él. Y mi madre siempre me dijo que tuviera cuidado. Siempre decía que Sandra solo estaba conmigo por el dinero. Y que en cuanto tuviera la oportunidad, huiría. Se fue con Justin. Y eso fue lo que pasó. Salió de la cárcel y ella corrió hacia él. Sé lo que quiere mi corazón, lo comprendo. Pero entonces yo estaba destrozado.

—No, Jonathan, no es así.

—Y entonces... Un par de meses después, el día de Navidad... Justin irrumpió entre nosotros. Igual que esta vez. Es como un déjà vu. Estaba destrozando la casa. Gritando y llorando. Aquella noche me enteré de que Sandra había muerto.

Y a ti. Y a Justin.

—Justin culpaba a nuestra madre. Aún lo hace. Pero no lo es. Para él es más fácil.

Es más fácil vivir con eso.

Es más fácil odiar a alguien que aceptar la pérdida.

Es más fácil vivir con odio en el corazón que aceptarlo.

Él me odia por aceptarlo. Excepto que debería odiarme a mí. Por no mantenerla a salvo.

—Jonathan…

Me entraron ganas de llorar.

—Ella te quería. Solo a ti... Ella y Justin nunca tuvieron nada...

Mi mirada se desliza más allá del rostro de Jonathan, más allá de la gente sentada detrás de él, hacia la entrada de la sala blanca. Me quedo paralizada con la boca abierta y no termino. Justin.

Mi corazón se estremece y empieza a latir a un ritmo frenético. Lleva un traje gris y una camisa negra, los botones superiores desabrochados, dejando al descubierto su cuello tatuado y su cadera afilada. Está guapísimo. Siempre lo es. Loco. El auténtico Diablo Tentador.

Lleva el pelo perfectamente recogido y la barba incipiente recortada como con una regla. Es irresistible. Entra en el vestíbulo con confianza. Su pecho firme se agita uniformemente. Es magnífico. Y le abre paso a Pamela. Me da un vuelco el corazón. Cae bajo la mesa con un silbido. Y yo también quiero estar allí.

—¿Qué te pasa? —Jonathan se da la vuelta y se enfrenta a la mirada de su hermano mayor.

Juro que veo saltar chispas. Justin aprieta los puños, pero aparta la mirada y pega una sonrisa cínica a su rostro, invitando a Pamela a sentarse en una mesa cercana.

Aparta una silla para ella. Hija de puta. Sonríe lujuriosamente. Se sienta frente a ella, justo detrás de Jonathan, para que yo pueda ver sus ojos, su rostro, cada uno de sus movimientos, como si estuviera sentado frente a mí, no con ella. Pamela endereza la espalda y se arregla el pelo rubio, y Justin endereza su silla para poder verme mejor. No puedo soportarlo.

La mirada de sus ojos negros quema. Mi piel arde de calor. Me duele la garganta, pero ni siquiera puedo levantar el vaso porque me tiemblan mucho las manos. Me muerdo los labios resecos y me los lamo.

—Está aquí por ti —oí la voz de Jonathan y por fin me separé de Justin.

—No —intento sonreír, pero es más bien un tic nervioso.

—No es una pregunta. Sé que está aquí por ti. ¿Vas a seguir negando que no eres su chica?

—No soy su chica —siseé y lave mi rabia con vino.

El vaso apenas se mueve, lo agarro con demasiada fuerza.

—Es una respuesta —Jonathan se frotó la barbilla—. —Nunca vendría donde estoy yo.

—Un accidente —sonreí nerviosa, lanzando miradas a Jonathan y a Justin, que estaban detrás de él.

Sigue mirándome fijamente y siento que una gota de sudor me recorre la espalda.

—No creo en los accidentes.

—A mí también.

—Y entonces fuiste tú quien se lo llevó de la gala a tu casa, ¿no?

—Sí, eso sí.

Mis manos empezaron a temblar con más fuerza y terminé el vaso.

—Te quiere, ¿verdad? La mirada de Jonathan era intensa, y la de Justin me estaba poniendo febril. El vino está en el fondo de mi garganta y a punto de salir.

—Perdona. Tengo que ir al baño.

Se oyen crujir las patas de la silla en el suelo y corro literalmente al baño, enredándome en el dobladillo del vestido. Voy a vomitar. Entro corriendo en la habitación y cierro la puerta para asegurarme. Abro el grifo del agua fría y me inclino sobre el lavabo, respirando con dificultad.

Ha traído aquí a esa puta barata con el cuerpo perfecto. El nudo de mi estómago se hace más fuerte y me doblo por la mitad. Me tiemblan las manos. Con tal de que no lo clave a Jonathan allí mismo. Mis dedos temblorosos se sumergen bajo el agua, pero no puedo dejar de respirar con demasiada frecuencia. Algo hace clic detrás de mí y la puerta se abre de golpe. Me giro bruscamente y me encuentro con la mirada de unos ojos marrones frenéticos.

—¿Qué demonios? —¡Me he encerrado! —grito.

—Esta cerradura se puede abrir incluso con un cuchillo de mesa —Justin me muestra su arma y la tira a la papelera.

—¿Por qué estás aquí? ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Tu Apple es más fácil de piratear que este maldito candado —canturreó, entrecerrando los ojos, y recordándome que era un genio de la tecnología innovadora.

—¡Vaya! Qué vestido tan bonito... Déjame adivinar... ¿Te lo regalé yo? Y te lo pusiste para la cita de tu otro hermano... ¿Quizá también estabas esperándole en el baño? He visto la vajilla que has elegido. —Justin sonrió malvadamente y volvió a cerrar la puerta.

—Sí —levanté la barbilla.

No debería tenerle miedo.

—Así que es hora de que salgas de aquí. Espero que las ostras tengan el mismo efecto en ti y que Jonathan no me haga esperar mucho.

Justin frunce el ceño, pero continúa:

—Recuerdo que me sugeriste que probáramos a hacer un trío. Me apetece. Solo para ver si me excito o si me clavo a Jonathan hasta el infierno, —podía ver la vena de su cuello palpitando y la tormenta en sus ojos—. Definitivamente, ganará la segunda opción.

—He cambiado de opinión.

Justin se acerca lentamente y yo intento no parecer asustada.

—Él es suficiente para mí.

—¿De verdad?

Está demasiado cerca y, una vez más, no tengo dónde retirarme, la pared detrás de mí.

—Sí —miro fijamente y apoyo los omóplatos desnudos contra la baldosa.

—Pero solo corres conmigo. Estoy seguro de eso.

—Las mujeres lo tienen en la cabeza. Así que no cantemos alabanzas en honor a tu pene. Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. A Jonathan aún le queda mucho camino por aprender. Creo que esto es el colmo.

Justin no aguanta más y me agarra por los hombros, estampándome contra la pared.

—¡Voy a gritar! —Le miro a los ojos, enloquecida.

No debería haber empezado esto.

—Me da igual. ¿Cuál es tu problema con él? —me mira desde su altura— sin dejarme ninguna vía de escape.

Estoy atrapada entre cuatro paredes, inmovilizada contra una de ellas, y no tengo tanta fuerza para liberarme.

—Lo sabes todo. ¿Por qué quieres mi versión? ¿Por qué has venido aquí? Fóllate a tu puta en la parte trasera de un coche en vez de arrastrarla a un restaurante.

—Ya me la follé en la parte de atrás de mi coche. Y me la follé toda la noche después de follarte a ti. Me la follé toda la mañana. Todo el día hasta esta noche —siento su aliento caliente en mis labios—. —Me la follé. La hice correrse una y otra vez. Y entre medias, no me soltaba la polla.

Se inclina aún más, se cierne sobre mí como un depredador y aprieta el torso contra la pared.

—Y cuando salgamos de aquí, volveré a hacerlo. Y empezaré en orden inverso, con mi coche. A ella siempre le encantó ese lugar.

Me quema por dentro. Un dolor abrasador me recorre el pecho. Me escuecen los ojos de lágrimas y mis manos empiezan a temblar de nuevo, pero las cierro en puños.

—¡Cabrón! Le dio una bofetada que le golpeó en la cara y lo empujó con fuerza en el pecho. —¡Te odio! ¡Sal de mi vida!

Justin me agarra las manos, me las enrolla encima de la cabeza, me sujeta las muñecas y me vuelve a sellar contra la pared.

—¡Suéltame! ¡Ya! ¡Suéltame!

—¡Me estás poniendo de los nervios!

—¡Necesitas terapia! —Intento soltarme, pero es inútil.

Justin me sujeta con demasiada fuerza.

—¡Eh! ¡Jessie! ¡Abre la puerta! —Oí la voz de Jonathan y vi que una nueva oleada de ira se encendía en los ojos de Justin.

—Definitivamente, ¡esta noche voy a matarlo! —Justin me gruñó al oído y no aflojó su agarre.

—¡No sabe nada, Justin! No sabe nada. ¡Cree que fue entonces cuando Sandra te dejó! No la dejó. No sabía que estaba embarazada. ¡A día de hoy no sabe nada!

—¡Cállate! —me suelta las manos y retrocede.

—Tienes que hablar. Jonathan no conoce la verdad que le he contado. Sigue pensando que Sandra le traicionó.

—¡Cállate!

Justin da un puñetazo al espejo y los fragmentos caen en el lavabo y la sangre le resbala instantáneamente por el brazo. Grito y empiezo a llorar. Jonathan golpea la puerta con más fuerza, pero no se mueve.

—Nunca me querrás como la querías a ella, ¿verdad? —Las lágrimas ruedan por mis mejillas. —¿Verdad? —grito, y me ahogo en mis propios sollozos.

—¡Idiota! —Justin me agarra del hombro, me tira de mí hacia él y me zarandea. —¡Eres idiota por decir eso! Nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti. Sandra está en mi corazón y siempre lo estará. Pero tú... Te has apoderado de él por completo. Te lo di con todos sus agujeros e imperfecciones y ¡lo has tirado! ¡No lo necesitas!

—¡Entonces tú también eres idiota, si no te das cuenta de que solo te quiero a ti!

La respiración de Justin es agitada. Su pecho se agita con demasiada frecuencia y me aprieta cada vez más fuerte. El calor de su aliento me abrasa los labios. Me rodea las mejillas con sus manos ensangrentadas y me obliga a ponerme de puntillas, acercando mi cara a la suya.

—Soy el único con el que te irás de aquí, ¿lo entiendes? Dijo roncamente y rozó sus labios con los míos. —No dejaré que te vayas a ninguna parte. Nunca más.

—¡Abre, Justin! ¡Dios te libre de hacerle algo! —grita Jonathan, y la puerta se abre de golpe.

Me apreté contra Justin y, por reflejo, él me rodeó con los brazos y me cubrió. John, que debía de ser quien había abierto la puerta, y un nervioso Jonathan, irrumpen en el baño. John gruñe y se abalanza sobre Justin sin mediar palabra. Grito e intento bloquearlo conmigo.

—¡Para! ¡John, no! ¡Estoy bien! —solloza.

—¡Dios mío, Jessie! —Jonathan viene corriendo hacia mí.

—¡Estás sangrando!

John sonríe y golpea de nuevo, pero Justin esquiva, empujándome a un lado, y el golpe da contra la pared. Vuelvo volando a los brazos de Jonathan, que me rodea con los suyos.

—¡Quítale las manos de encima! —grita Justin— y arremete contra su hermano, pero John le cierra el paso.

Le empuja en el pecho. Este resbala y cae al suelo. John se pone encima de mí y yo me suelto del abrazo de Jonathan y me echo sobre los hombros de mi amigo.

—¡No! ¡John, no! ¡No le toques! ¡No le toques! ¡No me ha hecho nada!

Me agarré a su puño y le impedí golpear, mientras Justin se levantaba y golpeaba con la frente el puente de la nariz de John.

—¡Justin!

—Vámonos de aquí —dijo Jonathan mientras intentaba apartarme, pero le hice señas para que se fuera.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Pamela entra corriendo en el lavabo y empieza a gritar con voz incontrolable.

—¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Llama a la policía!

Zorra estúpida.

—¡Justin! —Me lanzo entre él, ya de pie, y John, cuya nariz sangra, y me da un golpe en la nuca en vez de en la de Justin.

—¡Jessie! Caigo en brazos de Justin ante los gritos de Pamela y Jonathan, y lo siguiente que sé es que soy una fracasada.

Me desmayo, pero lo importante es que sus manos vuelven a atraparme.



Capítulo 4. Jessie

Tengo la cabeza peor que una resaca. Me siento como si me hubiera atropellado un camión. Ni siquiera puedo levantar los párpados. Gruño y entonces siento el contacto de la mano de alguien en mi hombro.

«Dios mío», me sacudo y me golpeo la parte superior de la cabeza, creo que contra el cabecero de la cama.

—Suavemente —me ayudan a volver a mi posición original sobre la almohada y consigo abrir los ojos.

—¿Ángelo?

—Hola, Elfa.

—No soy una Elfa. No hagas caso a Justin.

—No me lo dijo. Fue decisión mía.

—Creo que es cosa de familia— intenté girar la cabeza, pero al instante me encogí de dolor.

—¿Te duele mucho? —me escruta la expresión de la cara, demasiado penetrante para un niño de diez años.

De color café. Como el de Jonathan. Ahora lo veo claramente.

—No consigo entenderlo... ¿Dónde estoy?

—La cama de Justin. Seguro que te ha gustado dormir aquí.

—¿Qué? —Estoy asombrada—. ¡Dios mío!

—Entonces, ¿por qué has dormido tanto tiempo?

—¿Cuánto tiempo estuve dormida? Me levanto suavemente sobre los codos. Ángelo me ayuda sujetándome el brazo.

—Toda la noche y todo el día. No se despertó ni una sola vez. Yo estaba preocupado. Y Justin también estaba preocupado.

—No debiste hacerlo —sonreí débilmente, sintiendo el enorme chichón en la nuca.

—Justin me dijo que no te encontrabas bien —Ángelo se sentó con cuidado en el borde de la cama—. —Me dijo que no te molestara, pero temí que te murieras. Así que me colé aquí.

—Ejem... —me atraganté con mi propia saliva ante la brusquedad del chico.

—Um… No, no voy a morir. Todavía no —sonreí nerviosa, pero él siguió mirándome demasiado serio.

—¿Estás realmente enferma? ¿Qué te pasa?

—No recuerdo nada —fruncí el ceño—. Ni siquiera recuerdo cómo llegué aquí.

—Justin te trajo en brazos. Y luego vino el médico. Pero no pude oírle. Así que no sé lo que dijo.

—Ya veo. Es como si fuera un apagón.

Recuerdo el escándalo en el baño, a Justin y a John peleándose. Y luego estoy aquí.

—Elfa —me susurró Ángelo al oído—. —¿Por qué Justin tiene los puños rotos? ¿Te protegía de la gente mala?

—Está...

Me pierdo. Mi mirada revolotea nerviosa sobre el rostro del chico, que no transmite ninguna emoción.

—Sí... Sí, me defendió. Y, como puedes ver, salió victorioso. ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes. El médico también le examinó. Le vendó el brazo.

—¡Ángelo! —chilló a mi izquierda— y levanté bruscamente la cabeza al oír la voz, pero enseguida cerré los ojos contra el dolor palpitante. Siento mi mano que me cubrió con la pequeña palma de la mano.

—Está despierta— informa Ángelo y se levanta de la cama, ajustándose la camisa negra, y yo le sonrío suavemente y le susurro con los labios: “Gracias.”

Será un hombre increíble y cariñoso. Con suerte, igual que... Justin.

—Necesita paz. ¿Recuerdas lo que te dije?

Me acuerdo. Solo he venido a comprobarlo, que no está muerta.

—¿Te aburrió, Jessie?

—¡No la he aburrido! —objetó Ángelo, y miró con hosquedad a Justin.

—No, Justin. Ángelo fue muy considerado.

Se volvió al oír mis palabras y noté la débil media sonrisa en su rostro.

—¿Lo ves? —Ángelo vuelve a mirar a Justin—. ¿Entonces puedo quedarme?

—No, no puedes. Jessica necesita descansar.

—¡Esto es muy injusto! Es la primera vez que oigo a Ángelo levantar la voz.

—¿Por qué a ti se te permite quedarte y a mí no?

—Porque el abuelo vendrá pronto a recogerte. Y Jessica y yo tenemos que hablar. Pero asegúrate de despedirte de ella.

—No quiero ir a casa de Neil. Quiero estar aquí con Elfa. Quiero enseñarle los experimentos que aprendí a hacer. Ella que me los regaló. ¿No quiere ver los resultados?

—L.A. — Justin empieza a estar enfadado.

—Tengo muchas ganas —intervine, y capté la mirada penetrante de Justin.

Era una mirada que Ángelo había heredado de él. Da igual del color que sean los ojos de Jhonatan.

—¿Lo has oído? —Aparece Ángelo—. La Elfa quiere echar un vistazo.

—La va a ver. Cuando Elfa esté mejor, ¿vale? —Justin sonrió, y yo no pude evitar devolverle la sonrisa.

Ángelo mira mi cuerpo tendido en la cama y asiente con tristeza, dándole la razón a Justin.

—Ahora ve a recoger tus cosas.

—Vale —Ángelo bajó la cabeza y salió del dormitorio, y la mirada de Justin se clavó en mí.

Lleva una camiseta gris oscura con cuello en V que deja ver tatuajes en el cuello y el pecho, y vaqueros negros. Tiene la mano derecha vendada. En sus ojos se puede ver una mirada de arrepentimiento.

—¿Te encuentras bien? —Se sienta a mi lado y me pasa suavemente el dorso de la mano por la mejilla—.

—¿Y tú?

Puse la palma de mi mano sobre la suya y nuestros dedos se entrelazaron.

—Físicamente, sí. Mentalmente, estoy destrozado.

—Estoy rota en todos los sentidos —sonreí, pero la sonrisa se desvaneció en cuanto le miré a los ojos.

Hay en ellos una desesperación tan desesperada que podrías ahogarte en ella.

—Dios —Justin se inclinó y apoyó la frente en mi hombro, besándolo—. —Tenía tanto miedo... —susurró, y yo apreté los ojos, conteniendo las lágrimas.

Me aprieta los dedos entre las manos y sigue respirando agitadamente sin levantar la cabeza.

—Lo siento… Te puse en peligro.

—No recuerdo lo que ha pasado... ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y por qué me duele tanto la cabeza?

—Te interpusiste entre John y yo. Y cogiste accidentalmente el puñetazo que iba dirigido a mí. —Justin se enderezó, pero mantuvo su mano en la mía y me besó los dedos—.

—Dios mío, —me estremezco—. —¡Pobre John! Ahora estará hecho un lío.

—Le prometí que hablarías con él en cuanto volvieras en consciente.

—¿Cómo has conseguido llegar a un acuerdo? No tengo ni idea.

—Jonathan se ocupó del asunto. Y yo te llevé a casa.

—Dios... También Jonathan. Tengo que pedirle disculpas.

—¡Pide disculpas a Pamela! —Justin se asustó y me soltó la mano.

—¡No te atrevas a mencionar su nombre! ¡Ya es bastante malo que la hayas traído al restaurante! —Le empujó en los hombros y miró hacia otro lado.

—Lo hice para fastidiarte —admite Justin en voz baja.

—¿Y se la folló para fastidiarme? —Solo imaginármelo me clava una aguja afilada en el corazón, pero sé que Justin no lo hizo. Solo quiero oírselo decir.

—Mentí. No tenía nada que ver con ella. Ni siquiera en mi mente. Y fue con el taxi quien la llevó al restaurante, no yo. —Bajó la mirada, culpable—. —No podría haberlo hecho, Jessie. Nunca te traicionaría. Solo quería enfadarte. Te pido perdón.

—Lo sé. Y has hecho un gran trabajo.

—Así que uno es uno...

—No, Justin, no lo entiendes... No lo entiendes... No hay puntuación. No estoy jugando. Y no intentaba hacerte daño a propósito.

—Pero lo hice.

—Te has hecho daño porque ni siquiera me has escuchado. Suspiró pesadamente y se pasó una mano por el pelo. —Sé que soy impulsiva, loca y una psicópata desquiciada, pero... Estabas dispuesto a renunciar a mí tan fácilmente... —se me apretó el corazón y me mordí el labio. Me duele recordarlo.

—Creía que me habías traicionado… —volvió a apartar la mirada.

—¿Cómo podría? ¿Después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Después de todo lo que tenemos en común?

—No podría... —Se aparta de mí y deja caer la cara entre las manos—. Pero Jonathan...

—Y lo siento. Quería explicártelo todo. Quería contarte cómo me salvó de Corey, pero no me escuchaste.

—¿Qué? —Justin dio un brinco y me agarró bruscamente de los hombros. —¡¿Ha vuelto a aparecer ese cabrón?! ¡¿Se ha atrevido a acercarse a ti?!

—¡Casi me secuestra!

Empiezo a temblar.

—¡Joder! —¡Joder! —Justin se pone en pie de un salto y se da golpecitos en la cabeza—. ¡Mierda! —grita, cerrando los puños. —¡Mierda! —grita, cerrando las manos en puños—.

—Jonathan iba hacia ti. Estaba allí por casualidad. Me defendió sin saber siquiera a quién estaba salvando —me incorporé sobre las manos y me senté—. —Si no hubiera sido por él, no sé dónde estaría ahora... Y en vez de estar enfadada, deberías estar agradecida.

—Dios... Debería haber estado ahí. Debería haberte mantenido a salvo. ¡Mierda!

—No puedes estar siempre a mi lado. Tengo que aprender a defenderme sola.

Justin se detiene y me mira.

—Y aprenderás en cuanto recuperes el sentido común.

Al cabo de una hora, Ángelo se despide de mí a regañadientes y se lo lleva Neil, y Justin y yo volvemos a quedarnos solos. Me da de comer sopa caliente, me cubre con una manta y me cambia las compresas frías de la cabeza. Y entra en el dormitorio con otra mientras término de hablar con Jonathan. Justin se estremece visiblemente, pero se contiene.

—Te cambiaré la venda —se sienta a mi lado y me toca la cara sin mirarme a los ojos.

—Tienes que hablar.

—Jessie.

—Tienes que hablar.

—Cuando uno de nosotros muera, entonces hablaremos en el funeral. Pero será más un monólogo que un diálogo... Y lo principal es que la conversación tendrá lugar.

—Justin —le miró con severidad.

—Jessie, no me cabrees.

—Cree que Sandra le robó el dinero y se escapó. Cree que estaba con él por el dinero y que se fue contigo en cuanto saliste.

—¿Qué? —grita Justin.

—Dijo que ella le dejó una especie de carta en la que le decía que se iban de viaje. Y luego ella desapareció. Después se enteró de que se había ido… Contigo. Y fue tu madre quien le puso a eso.

Las manos de Justin empiezan a temblar. Deja caer la venda y salta de la cama.

—Tienes mucho de qué hablar, Justin...

—La última vez que discutimos algo, Jonathan no me creyó. Creyó a Victoria.

—Compréndelo, es duro para él... Es su madre.

—¡Ella y mi madre! Que mató a Sandra por no abortar y salvar a un heredero no deseado. Pero no tengo pruebas porque no tuve tiempo. Ella trabajaba más rápido que yo, mientras yo sufría. Y a la palabra de Jonathan, que no me creía.

Entonces no podía oírte. Pero nosotros dos podemos contárselo todo.

—No habrá historias. No quiero que veas a él.

—Puede que tú no quieras nada, pero yo seguiré haciendo lo que me parezca correcto.

—Jessie.

Justin se coloca encima de mí en un instante, presionando mi espalda contra el colchón. Tiene las rodillas muy separadas y su entrepierna impide que mis muslos se muevan.

—Deja de interrumpirme —siseó, inclinándose sobre mi cara.

—¿Me tomas el pelo? ¿No te bastaron mis emociones cuando te burlaste de mí con Jonathan?

—¿Y si no? —Sonreí, mordiéndome el labio inferior, y sentí un salvaje estremecimiento en el bajo vientre, donde la polla de Justin se apoyaba ahora contra mí.

—Basta —gruñó, apretándome el cuello con la palma de la mano.

—¿Y si todo lo que decía era verdad? ¿Y si le deseaba? ¿Y si me tocaba? ¿Me acariciaba? En diferentes lugares.

—¡Joder! —Justin me rodea la mandíbula con los brazos y me aprieta contra la almohada, pero luego se separa bruscamente de mí y se hace a un lado.

—Hablaremos más tarde. Cuando te sientas mejor.

—Ahora me siento mejor. Y puedo hablar de cómo me tocó Jonathan. O de cómo yo toqué a Jonathan. Me levanté de la cama y ni siquiera sentí el dolor. Solo sentía el calor de la lujuria corriendo por mis venas. Creo que he perdido la cabeza. O quizá sean los analgésicos.

—Jessie —jadeó Justin, retrocediendo hacia la pared, y pude ver cómo se le agitaba el pecho.

Cada vez más a medida que me acercaba.

Estoy al mando. Y el juego se jugará según mis reglas. Es un juego inofensivo. Es fácil, pero divertido. Solo quiero darle una pequeña lección.

—Ya sabes...

Me acerco a él y no sé por qué soy tan valiente. Es el golpe en la cabeza. Es la separación de él. Estoy tan cachonda que noto la humedad que rezuma entre mis piernas.

—Cuando estaba con Jonathan en el coche, le bajé la bragueta, como hice contigo en el taxi de Carson City.

—Rodríguez, te lo advierto, será mejor que cierres la boca…

Las fosas nasales de Justin se encendieron, su mandíbula se cerró con fuerza y pude oír el rechinar de sus dientes. Lo empujo contra la pared y le clavo las uñas en los músculos pectorales. Justin gimió quedamente.

—Luego se bajó los bóxers.

—Jessie —jadeó Justin nerviosamente.

—Rodeé su pene grande, duro y caliente con la mano, que descansaba sobre la erección de Justin, y él aspiró aire audiblemente. —Palpitaba tan fuerte en mi mano que podía sentir cómo se hinchaban todas las venas.

—Tú no le has hecho nada de esto —gruñó.

Le desabrochó los vaqueros y se los bajó bruscamente junto con los bóxers. Su pene es enorme y hermoso. Y no puedo resistirme a rodearla con la palma de la mano.

—¿No lo has hecho?

—Aprieto la polla, me deslizo por toda la longitud y vuelvo a subir.

—No lo hice —exhaló Justin con voz ronca.

—¿Estás seguro?

Me relamo los labios y miro a Justin a los ojos. Allí hay oscuridad. Y hay un fuego salvaje en sus ojos.

—Yo no...

Inclina la cabeza y observa atentamente todos mis movimientos.

—Joder, Jessie... Métetela en la boca de una vez». Justin echa la cabeza hacia atrás y exhala por lo bajo.

—¿Seguro que era la única que tenías en la boca? —Seguí provocando el cuello con movimientos circulares de la lengua.

—Estoy seguro —me mira de nuevo y empuja sus caderas hacia delante con impaciencia—. —Estoy jodidamente seguro de que eres solo mía.

—¿Soy tuya?

Paso la mano por la carne firme y aprieto en la base.

Aumenté la velocidad de mi mano y mantuve la mirada fija en Justin.

—¡Mierda! Lo siento. Y deja ya de torturarme.

—Oh... Solo estoy empezando —sonreí, lamiéndome los labios y cubriendo mi polla con ellos, empujándola bruscamente hacia su garganta.

—¡Dios mío! —gritó Justin con fuerza, apretándome el pelo en un puño.

Con la misma brusquedad con la que había empezado, la solté de mi boca y luego volví a hundirla, pero esta vez más profundamente.

—Dios... Cariño... No pares.

—Entonces, pregunta —cambié el movimiento de mis labios con la mano y miré a Justin a través de las pestañas.

—¿Qué? —Se le iluminan los ojos y me alegro. ¿De verdad había conseguido avergonzar al mismísimo Justin Morris?

—Pide —toqué la cabeza húmeda con la punta de la lengua y lame unas gotas. —Si quieres que siga haciendo lo que tanto te gusta.

—Jessie, estás jugando con fuego.

—¿O sí? —Mi lengua volvió a rozar su carne, y él se estremeció entre mis manos.

Justin me levanta de un tirón y me arroja inmediatamente sobre la cama, amontonándose encima de mí. Me bloqueó los brazos con las rodillas y clavó su mirada furiosa en la oscuridad de la habitación.

—Métetela en la boca —me ordena y su tono hace que se me contraigan las entrañas.

Se está poniendo muy caliente y húmedo entre mis piernas. Mi clítoris empieza a palpitar.

—Pregunta —repitió y se lamió los labios, deseando que preguntara antes, porque estaba a punto de romper las reglas del juego que había establecido.

—Jessie... No provoques.

Atrapar mi pene con los labios y volver a burlarme de él con la lengua sin dejar que entre en mi boca.

—Jessie... —Mi voz tembló. Justin está tenso al máximo y apenas se contiene.

Justin está tenso al máximo y apenas se contiene.

—Estoy a punto de estallar... Ruega... Y eso me basta para hundirlo en mí hasta el suelo de un solo movimiento.

—Dios —gimió Justin, empujando su ingle contra mí.

Apoyo la cabeza en la manta y empiezo a chupar con más fuerza. Suelto las manos y las envuelvo alrededor de las nalgas desnudas de Justin, que se contraen cada vez más a medida que se desliza más profundamente en mi garganta. Nunca había imaginado que el proceso pudiera ser tan excitante como para empaparme las bragas.

—Joder, te deseo tanto —jadea Justin, cubriéndome la boca con un beso.

Se quita la camiseta, luego hace lo mismo conmigo y posa sus manos en mis pechos. Lame el pezón hinchado y lo aparta con los dientes. No puedo contener un gemido.

—¿Ya te has metido bastante conmigo?

Suelta el pezón y luego vuelve a poner los labios sobre él y lo chupa.

—¿Satisfecha?

Desliza su lengua hasta la línea de mis bragas y me mira a los ojos.

—¿Te ha gustado que te domine? —Me quita bruscamente la ropa interior y jadeo. —Entonces, sigue.

Justin se tumba en la cama y me tira del brazo hacia él.

Lanzo la pierna sobre sus caderas y siento la carne caliente contra mi entrepierna. Un deseo salvaje me invadió de pies a cabeza e inmediatamente, guíe su pene con la mano y lo empujé dentro de mí, apretando mi peso contra él.

Gritamos simultáneamente ante el tan esperado contacto. Arqueo la espalda y las palmas de las manos de Justin cubren mis pechos. Empiezo a mover las caderas, sintiendo toda su longitud dentro de mí.

Está tan dentro que no puedo contener mis gemidos. Salen de la boca gritos de uno tras otro y empiezo a empujarle más deprisa. Las embestidas de Justin son potentes. Me penetra hasta el fondo. Sus abdominales se tensan con cada embestida. El sudor se desliza por ellos. No puedo resistirme y clavo las uñas en su cuerpo.

Rascándome, deslizándome hasta donde me penetra, gimo aún más fuerte. Estoy al límite.

—Delicioso —Justin me rodea la espalda con un brazo y me atrae contra su pecho húmedo, mientras me da palmadas en las nalgas con el otro.

—Voy a correrme… —me besó con avidez y volvió a presionar su palma contra mi culo. —¿Ves lo que me has hecho hacer?

—Más —gimo contra sus labios y sentí la huella de su mano arder en mi piel.

Estoy lista para aullar de placer. Los dos aceleramos el ritmo. Mis pezones rozan su pecho. Me arde el vientre. Estoy a punto de desgarrarme. Muerdo el labio inferior de Justin y me aplasto sobre él en un potente orgasmo.

—¡Jessie! —pulsa tan fuerte, da el empujón final— y el calor se derrama dentro de mí.

Estamos sin aliento. Estamos mojados de sudor. Pero ninguno de nosotros quiere ir a la ducha ahora mismo.

—¡Deja de burlarte de mí, Elfa! —me besa la parte superior de la cabeza—. —Sí, soy una psicópata inestable. Pero confío en ti. Y no volveré a dejar que mis emociones me dominen. Perdóname, amor mío.

Amor mío.

Me paralizo y dejo de respirar. Es tan desconocido. Tan tierno. Nunca me han amado. Ahora estoy oyendo las palabras del psicópata más hermoso del mundo. No voy a ninguna parte. Ya no quiero huir. He encontrado mi lugar. Y está justo a su lado. Vuelvo a volar. Más de 8000 millas.



Capítulo 5. Dr. Justin

¿Te mudarás conmigo?

Jessie se atraganta con el café de la mañana y empieza a toser, y a mí me tiemblan las manos. Por primera vez en mi vida, tengo miedo al rechazo y estoy muy nervioso.

—¿Qué has dicho? —Se tapa la boca y sigue tosiendo.

Está muy graciosa con mi camiseta ancha en ese taburete alto detrás de la barra. Una pierna cuelga paralela al suelo y la otra está doblada por la rodilla y metida bajo el pecho, haciendo que la camiseta se suba y dejando al descubierto su muslo. Es tan mona. Es tan mía. Y no quiero dejarla ir ni un minuto. Me acerco a Jessica y le paso los dedos suavemente por el muslo hasta la rodilla, moviendo la mano con delicadeza hasta su pómulo, obligándola a mirarme a los ojos.

—Quiero que vivas conmigo. Con nosotros. Con Ángelo y conmigo. Quiero que te moleste con sus estúpidos experimentos. Quiero que duermas y despiertes en mi cama. No me importa si hablas en sueños.

—¡Yo no hablo en sueños! —Frunce el ceño y me da una palmada en el brazo. —Eres insoportable, ¿sabes?

La cojo en brazos y la siento en la encimera, colocándome entre sus largas piernas.

—Te pedí que viviéramos juntos.

—Vivir... ¿Aquí?

Es tímida.

—No, nos mudaremos todos al cuchitril de John. Claro que está aquí, Jessie. De momento. Tendrás todo el piso para ti. Podrás hacer lo que quieras. Puedes poner tus estúpidos árboles de Navidad en todas las habitaciones. Pero nada de cojines decorativos. Y enséñame a preparar la comida para Ángelo.

—El árbol lo recogeré yo misma o junto con Ángelo —sonríe.

Una piña estalla dentro de mí. Estoy lleno de espumillón y caramelos. Joder, soy más feliz que cualquier otra persona en este planeta y sonrío como un loco.

—¿Eso es un sí? Apenas pude contenerme y besé a Jessie de pies a cabeza.

«Sí», sonríe, y yo ardo de euforia.

Tiré de sus caderas hacia mí y besé sus dulces labios. Jessie me rodeó la cintura con las piernas y se apretó mucho contra mí, como si no hubiéramos pasado toda la noche abrazados.

—Te quiero, Elfa, ¿sabes? —Apoyo la mano en la encimera y me cierno sobre ella.

—Lo sé —se ríe mientras le muerdo el cuello.

—¿Y tú? Dime cuánto me quieres.

—Más que su capa de color verde.

—Dios, voy a follarte aquí mismo —la aprieto contra la encimera y empiezo a besarle el cuello, las clavículas, los pechos, el vientre. Jessie chilla y se ríe, y yo no puedo parar. No quiero hacerlo.

—Hijo, ¡te presento a los invitados! — vino del fondo del pasillo, y Jessie me apartó de un empujón.

—Oh, mierda, ¡Justin! —saltó del taburete y se apretó más la camiseta—. —¡Joder! —siseó en voz baja, alisándose el pelo revuelto. —¿Es tu padre?

—Eso parece.

—¡Mierda! —repite. —¡No estoy vestida! YO... —¡YO..!

—Eres guapa, deja de asustarte.

—¡Pongo la camiseta!

—Se hace tarde.

—Justin —Oh. No estás solo.

Mi padre se quedó congelado contra la pared y Ángelo miró por detrás de él.

—¡Elfa! —Ángelo sonríe. —¡Sigues aquí!

Nunca le había visto tan feliz. No le había visto sonreír así. Jessie debe de ser una bruja, para tener algún don mágico, para encantar a la gente.

—Bueno, prometiste enseñarme tus experimentos. ¿Cómo podría irme sin verlo? —Jessie sonríe y se baja aún más la camiseta.

Si no la tranquilizo, se la bajará hasta los talones. Así que la cojo suavemente de la mano y le hago saber en silencio que no pasa nada.

—¿Debía de ser la misma Elfa que Ángelo estaba tan ansioso por ver? —Su padre entrecerró los ojos y miró a Jessie, que se movía de un pie a otro.

—Jessie, Sr. Neil Morris.

—Encantada de conocerte —suelta e, inmediatamente, se sonroja.

—Solo Neil —sonrió su padre, y Jessie pareció exhalar aliviada—. —Ángelo dijo que no te encontrabas bien. Espero que todo esté bien ahora.

—Um... Sí, señor... —Jessie está avergonzada, y es bastante mono. Esta noche no he visto nada de vergüenza en ella. Todo lo contrario.

—Me siento muy bien. Y si esperas un poco, nos prepararé el desayuno —sonríe, y yo también resplandezco como un imbécil. Hace quince años que nadie me prepara el desayuno.

—Ángelo, ¿me ayudas?

Él acepta encantado y yo subo a llevarle los calzoncillos a Jessica. Al pasar junto a mi padre, me toca el hombro y me susurra:

—Es maravillosa.

«Oh, papá, es mil millones de veces mejor».

Pues ahora él también está encantado. Jessie Rodríguez ha conquistado oficialmente el corazón de todos los miembros masculinos de la familia Morris. Sonrío de camino al dormitorio, pero en las escaleras que llevan al primer piso, una llamada telefónica me frena. Ojalá no tuviera que contestar, pero no puedo.

—Hola, Garner.

—El informe provisional es débil. No estoy satisfecho con el trabajo realizado.

—Eso es todo lo que hay —digo con los dientes apretados.

—Sigue investigando. Hay algo en estas fotos de Gray embarazada. Quiero saber más. Tienes dos días.

—¡No me incrimines! —grito. —Trabajo todo lo que puedo.

—Exacto. Y si dedicaras menos tiempo al drama del corazón, estarías haciendo bien tu trabajo. Tienes dos días. La llamada se corta y apenas me contengo para no golpear el teléfono contra la pared.

—¿Va todo bien? —pregunta Jessie, que está de pie al pie de la escalera.

—La verdad es que no. Tengo trabajo que hacer.

—¿Te puedo ayudar? Ella asiente comprensivamente.

—Asegúrate de que mi padre y Ángelo no me distraigan.

—De acuerdo.

Puedes percibir el disgusto en su voz, pero ella no da ninguna señal de eso, solo se toma un momento para subir al dormitorio conmigo y coger mis calzoncillos.

Descifré el disco de Gregori Allen, oculto entre dos discos pegados, hace un par de días, pero solo hay fotos de lo que parece ser la joven esposa de Douglas Gray, Wendy, que sí estaba embarazada. Y ahora Garner quiere saber adónde fue ese bebé. La información que he encontrado indica que el bebé murió con su madre en un accidente de coche, sin llegar a nacer.

Después de eso, dejé el caso a un lado durante unos días: no puedo indagar en algo que me hace daño. Es como si volviera a escarbar en la muerte de Sandra. Pero Garner me hace volver. Y solo vuelvo para coger mi pasta y sacar a todos de aquí. Papá, Ángelo y Jessie.

En cuanto acabe este caso, nos iremos todos volando y viviremos felices sin necesitar nada el resto de nuestras vidas. Estoy investigando los registros del hospital donde ingresaron a Wendy aquella noche. Es el mismo hospital donde, hace diez años, golpeé el suelo con las rodillas y aullé de loca agonía cuando el médico anunció la muerte de Sandra.

Mi universo siempre hace bromas, pero ahora mismo no me río. Y si creyera en las señales del destino, pensaría que se trata de una advertencia mística y que ya es hora de que salga de la carretera. Pero, ¿cuándo he creído en el destino? Y para demostrarle que se equivoca, abro la base de datos del hospital como si fuera una lata de refresco.

Pero los archivos pirateados no contienen la información que necesito de hace veinte años, lo que significa que tengo que volver a hacer de espía. Y tengo que darme prisa, porque Garner odia incumplir los plazos. He visto a los afortunados que desafiaron su paciencia. Los has visto. Pero solo una vez cada uno.

Cuando bajo al salón, oigo el sonido apagado de un tocadiscos y veo a Jessie sentada sola en el sofá. Tiene las piernas recogidas y mira por la ventana, hacia las luces nocturnas de Los Ángeles.

«Joder, no me había dado cuenta de que la había dejado sola todo el día. ¿Y después de eso sigo esperando que acepte vivir conmigo? No creo. Probablemente, esté aquí sentada esperando a que me despida».

Aparto esos pensamientos idiotas, pero, aun así, me acerco tímidamente a ella por detrás y le paso el brazo por los hombros, inclinándome sobre su cara. Jessie sonríe y mi corazón empieza a latir con más uniformidad. No creo que esté enfadada y solo me estoy dando cuerda a mí mismo.

—Siento haber tardado tanto. Le doy un beso en la sien.

—Ángelo ya se ha ido a la cama. Mañana hay colegio. Le prometí que le llevarías, pero no pienso que me creyera —sonrió Jessie, y su misma sonrisa cálida se extendió por mi cara.

Inclino su cabeza hacia atrás, quedándome detrás de ella, y atraigo su cara hacia mis labios.

—Te he echado de menos.

—¿De verdad? —Jessie arqueó la espalda para recibir otro beso mío, forzándome a acercarme a ella por el respaldo del sofá.

—En realidad, había una norma de evitarlo.

—En esta casa no hay normas —la empujo hacia atrás y le aprieto los omóplatos contra el sofá, cerniéndome sobre ella—.

—Tampoco hay que avergonzarse —frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Me dejaste sola con tu padre, así —señala con las manos su aspecto actual.

—¿Cuál es el problema? —me río entre dientes.

—Solo porque la primera impresión que tengo de mí es que soy una piltrafa que solo sabe llevar la ropa de su novio.

—¿Así que soy tu novio?

No puedo quitarme la estúpida sonrisa de la cara. Es tan infantil, pero, por alguna razón, me hace cosquillas agradables en el pecho.

—Justin, no empieces. Y no te andes con rodeos —frunció el ceño y me dio una palmada en el hombro.

—No, vamos a resolver esto —le digo, incorporándome y tirando de ella para que se siente y de sus brazos para que se siente a mi lado. —Ya que te mudas conmigo... Entrecierro los ojos y miro su rostro imperturbable. —Sí, ¿verdad? —me palpita el corazón—. —¿No habrás cambiado de opinión?

—No, no he cambiado de opinión.

—Estupendo —sonreí, intentando ocultar el alivio que sentía en mi interior—. —Mañana recogeremos tus cosas del piso de John, pero ahora vamos a enderezar esto.

—No hace falta recoger —dijo Jessie, apartando la mirada—. Aquí pasa algo.

—¿Quieres que te compre unas nuevas? —La estoy provocando a propósito.

—Justin, ¿eres estúpido? —Se enfada inmediatamente.

—¿Qué pasa, Jessie? Si no quieres ver a John después del accidente, lo entiendo. Pero solo te diré que no fue culpa suya. Puedes enfadarte con él, pero tendrás que hablar con él.

—No, no estoy enfadada con él. No, no es eso. Me da vergüenza mirarle a los ojos.

—¿Avergonzado? —Ahora no entiendo nada.

—El caso es que... Continuó Jessie, inseguro, sin mirarme. —Todas mis cosas están en el maletero de mi coche, no en el piso de John. Y él lo sabe...

—Tú...

No quiero creer lo que está a punto de decir.

—Sí, has acertado, iba a huir otra vez. Otra vez. —¿Y dejarme? —La ira y la desesperación chocan entre sí, y empiezo a temblar.

¿De verdad iba a huir así de mí?

—En realidad, fuiste tú quien me dejó —eleva ligeramente el tono—. —¿Hace falta que te lo recuerde? En el bar. ¡Me despediste y me dijiste que no volviera allí nunca más!

—¡Sabes que estoy loco! —Me vuelvo loco. —¡Tengo mal genio! Soy agresivo. Pero, maldita sea, nunca me rendiría contigo. ¡Y tú estabas dispuesta a huir! ¡Incluso preparaste una maleta!

—¡No tenía elección! —Ella también saltó. —¿Qué se suponía que tenía que hacer? No me creías. Ni siquiera me escuchaste. Sheila me juzgó. ¡Incluso John! Incluso él, John, me juzgó sin saber la verdad. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Cualquiera de nosotros te habría escuchado, Jessie. Especialmente Sheila y John. Yo solo necesitaba calmarme. Me he arrepentido y me he disculpado cientos de veces por mi comportamiento. Pero tú... Estaba dispuesta a dejarme.

Me dolía el pecho.

—No conozco otro camino, Justin. Lo único que he aprendido en toda mi vida es a huir.

—Pero, ¿por qué?

Me acerqué a ella y le puse las palmas de las manos en las mejillas. Vuelven a estar húmedas.

—No te prometo tranquilidad. No. Eso nunca lo tendremos. Pero te prometo que te querré cada día. No puedo hacer ninguna de las dos cosas; aun así, haré todo lo posible por hacerte feliz, ¿me oyes?

—Oigo... Jessie solloza suavemente y apoya la mano en mi dorso.

—Y quemaré tu maleta si vuelves a hacerla sin mí. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Lo prometes?

Ella asiente débilmente, y yo la atraigo más hacia mí y beso sus labios salados. Parece que el sabor de nuestro beso siempre será ese. Siempre en el océano.

Aquella noche no dormimos. Primero condujimos el coche de Jessie hasta mi casa, sacamos su maleta del maletero y pusimos sus cosas en mi dormitorio. Luego la llevé a casa de John. Tenían mucho de qué hablar.

Espero que Jessie encuentre la fuerza para decirle la verdad. Ya llevaba demasiado tiempo callada. Esta mañana, Ángelo se sorprendió cuando le preparé el almuerzo e incluso le llevé al colegio.

Después fue al lugar al que no iría en cien años. El último lugar donde se creía que Sandra estaba viva. El hospital general que había evitado todos estos años.

No tengo ningún problema en ponerme una bata blanca y transformarme en un nuevo anestesista al que han enviado aquí directamente desde la Facultad de Medicina de Harvard (incluso me afeité la cabeza hasta dejarla limpia). Esta era la leyenda que había urdido para la joven ayudante de cirugía, que, tras unas cuantas sonrisas mías, estaba dispuesta a abrirse de piernas en la habitación del residente más cercano.

Y si estuviera libre, probablemente aprovecharía su disponibilidad, pero ahora ni siquiera me interesa flirtear con ella, porque soy el novio de la Elfa; y ella es más increíble del mundo. No podría ser mejor. La chica me da una vuelta por la sala de buena gana, sonriendo a menudo y bajando los ojos al suelo, avergonzada, cada vez que la miro.

Dice mucho, pero lo principal para llegar a donde me propongo es el archivo. Y los archivos de Wendy Gray me están esperando.



Capítulo 6. Justin

La información que he encontrado en el archivo me apetece más que nunca acompañarla con unos vasos de whisky y recapacitar. Por alguna razón, me recuerda a Steven Rodríguez, el padre de Jessie, que ayudó a Wendy Gray a sobrevivir aquella noche. Wendy y su bebé. Pero, según los documentos, no lo hizo.

Y me habría parecido bien si no hubiera leído que esa misma noche nació la pequeña Jessie Rodríguez. En esta misma clínica, esta misma noche, a la misma hora, Linda Rodríguez, la mujer de Steven Rodríguez, se puso de parto.

Y esto es lo extraño: el historial de Linda en el ambulatorio es claramente falso, porque en un principio ingresó en el hospital con amenaza de aborto, pero según los siguientes historiales, todo transcurrió sin complicaciones. Un milagro universal. O la obra de un hábil artesano como yo.

Mientras mi novia se dedica por entero a reconciliarse con su amiga, yo me bebo el whisky de hoy y me marcho a Virginia City [1] por la mañana. Te juro que no es así como quería conocer a la madre de Jessie. Y voy a tener que agarrarme muy fuerte para no destruirla en el acto. Le digo a Elfa que estaré fuera un rato para que no la pierda sin entrar en detalles.

—Buenas tardes —digo con severidad mientras Linda abre la puerta delante de mí.

—Hola —su expresión es altiva.

Me mira de los pies a la cabeza antes de establecer contacto visual.

—¿Quién eres y qué quieres?

—Agente Martínez, del FBI. ¿Puedo pasar? —Rápidamente le sacudo el carné falso en la cara y me lo vuelvo a meter en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué ocurre? Ella se resiste y clava los dedos con más fuerza en la puerta.

—Tengo algunas preguntas sobre tu marido.

—¿Steven? —se preguntó.

—Exacto. Trabajó como anestesista en el Hospital General de Los Ángeles, ¿verdad?

—Sí, vivimos allí un tiempo —responde incrédula.

—¿Puedo entrar?

—Vale —Linda me deja entrar a regañadientes y me lleva al salón. —Me gustaría llamar a mi hijo. Es ayudante del sheriff —dice orgullosa.

—No merece la pena —dije, intentando controlar mi tono—. —Me aseguraré de visitarlo después.

—No lo entiendo, ¿qué pasa? —Esta mujer debía de ser muy guapa antes —dijo sentándose en la silla frente a mí.

Llevaba el pelo negro, aun sin canas, recogido en un moño alto en lo alto de la cabeza, y su mirada era penetrante. Y si no bebiera, como puedes ver por la hinchazón de su cara, aparentaría unos cuarenta años y competiría con mi madre en belleza. Pero parece que lleva bebiendo más de un año o dos, lo que la ha hecho arrugarse y engordar, y sus manos empezaron a temblar.

Vuelvo la mirada hacia las paredes manchadas. Este lugar no se ha renovado en diez años. Los muebles están viejos y sucios. Probablemente, las cortinas no se han lavado nunca. Hay una capa de polvo en la cómoda y los armarios. Y aquí es donde vivía mi Jessie. No vivía, sobrevivía. Cada día. Aprieto los puños involuntariamente.

—Douglas Gray —dije con voz mesurada—. —¿Te dice algo ese nombre?

—No —responde con demasiada brusquedad y aparta la mirada. Está mintiendo.

—¿Y Wendy Gray? ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Ya veo —me contengo.

—¿Trabajó su marido, Steven Rodríguez, por las noches a principios de diciembre, concretamente el 3 de diciembre de 1995?

—¿Cómo puedo recordar algo así? —Linda estaba indignada.

—Creo que sí puedes. Porque esa misma noche estuviste presente en el hospital donde trabajaba tu marido. Porque esa fue la noche en que nació tu hija Jessie. Y sería extraño que lo olvidaras.

El rostro de Linda se ensombrece. Las pupilas de sus ojos se mueven de un lado a otro y sus manos empiezan a raspar los reposabrazos de la silla. Traga saliva a menudo, y me doy cuenta de que he dado en el clavo. He acertado. Pero eso no me hace sentir mejor.

—No veo por qué son necesarias estas preguntas —resopla Linda, y oigo cómo aprieta la mandíbula.

—Esa Jessie Rodríguez no es tu hija. Y que tú y tu marido encubristeis el cambio. Lo cual es un delito grave.

—¡Yo no quería esto! —grita. —¡Todo esto es culpa de Steven! ¡No quería criar al bebé de otra persona! ¡Nuestra niña murió en mi vientre! ¡Y él intentó reemplazarla! ¡Le quitó dinero a Gray! ¡Trajo el bebé de otra persona a nuestra casa! —grita Linda. —¡No fue culpa mía! ¡No quería llevármela! ¡Y no voy a ir a la cárcel por el error de mi marido!

Creo que esto es lo que he estado buscando. Parece que esta es la verdad que he estado buscando, pero me siento tan asqueroso, como si me hubieran sumergido en una cuba de bazofia. Mi Jessie. Mi pobre chica. Esa mujer la odiaba desde el primer día de su vida.

Se me hace un nudo en la garganta y se me acelera el corazón. Apenas puedo evitar aferrarme al dolor. Clavo los dedos en las piernas para evitar que me tiemblen las manos y me muerdo el labio inferior.

—Tranquilízate. No irás a la cárcel —dije, apretando los dientes—. —Si cooperas con la investigación y mantienes la información totalmente confidencial, ¿quién más sabe del cambio?

—Nadie. Solo mi marido lo sabía.

—¿Y tu hijo?

—No, Corey no sabe nada. Cree que Jessie es su hermana.

—Así que solo estáis tu marido muerto, tú y... el propio Sr. Gray.

—Sí.

—Necesito los detalles de aquella noche.

Saco un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y vuelvo a sentarme, temblando por dentro.

—No sé casi nada —se ha perdido y solo asoma un destello de pánico en su mirada, antes severa—. Dime lo que sabes.

—Dime lo que sabes. Te ayudará en el juicio.

—¿En el tribunal? —se estremece.

—No se puede evitar. Pero el resultado depende de lo que me digas ahora.

Traga saliva, baja los ojos al suelo y empieza:

—Yo no quería un segundo hijo. Steven insistió. Realmente quería una hija. Y cuando me quedé embarazada, se puso muy contento. Y cuando supimos que era una niña, Steven se volvió loco. Hacía todo por mí. Se aseguraba de que no me esforzara demasiado. No me dejaba hacer ninguna tarea doméstica. Él mismo supervisó el embarazo. Se le ocurrió un nombre. Jessica. Vivía por y para ese niño. Tenía tantas ganas de tenerla. Pero mi cuerpo decidió otra cosa. Steven

estaba destrozado. Pero aquella noche, dice, ocurrió el verdadero milagro. La joven murió, pero el bebé sobrevivió. Inexplicablemente. Una niña con raíces españolas como las mías.

Él pensó que era una señal del destino. Dios nos había quitado un hijo, pero nos había dado otro. Y Steven lo aceptó. Pero yo no podía.

Raíces españolas, como Wendy, su mujer.

—Pero mi marido no robó a ese niño —objetó Linda, y su mirada recobró la severidad de antes —. —Ese Douglas tuyo fue quien propuso el trato. Negoció con Steven. Pagó mucho dinero. Y sigue pagándome para que guarde su secreto. Me prometió que nadie lo descubriría jamás.

—Así son las cosas —mi cara es imperturbable, pero ardo en mi interior.

Estoy que ardo.

Por Jessie.

Por lo que está a punto de descubrir.

Por toda la injusticia que ha ocurrido en su vida.

Sentada frente a mí está su madre adoptiva, que no ha querido a su hija ni un solo día en toda su existencia.

Una madre que hizo la vista gorda ante lo que su hermano le hacía a Jessie.

Una madre a la que no le importaba su hija, a la que no le importaba que no fuera suyo.

Una madre a la que ni siquiera podía llamarse madre.

¿Cómo demonios iba a poder?

—¿Así que Douglas Grey te vendió el bebé él mismo?

—Sí. Se puso de acuerdo con mi marido. No conozco los detalles. Pero Steven dijo que la chica estaba en peligro. Y que esa era nuestra forma de salvarla. Pero creo que mentía.

—¿Qué quieres decir? —Entornó los ojos hacia ella.

—Steven se enamoró de Jessica en cuanto la salvó. Y mientras estuvo vivo, me aseguré de ello. La quería más que a su propio hijo.

—Pero tú no.

Linda me mira severamente, coge un paquete de cigarrillos, saca uno y enciende el mechero.

—No necesitaba un segundo niño— aprieta el filtro de sus arrugados labios y da una calada.

—Entonces, ¿por qué no metieron a Jessie en un orfanato tras la muerte de su marido? ¿Se lo devolvieron a su padre biológico?

—Ya te dije que el Sr. Gray paga bien. Todavía lo hace.

—¿Cómo?

—En efectivo. Me envía a su hombre una vez al año.

«Por eso no he encontrado ni una sola transferencia de cuenta cuestionable».

—Paga el misterio, ¿no?

—Bueno, como nos la dio, probablemente no le importe mucho el bebé. Nunca preguntó por ella.

—Me pregunto —me guardé el cuaderno en el bolsillo y me froté la barbilla con los dedos—. Si el señor Gray descubriera en qué condiciones había crecido su descendiente, ¿se preocuparía?

—¿De qué estás hablando? Linda Rodríguez se levanta de un salto, suelta el cigarrillo y aprieta los puños sin darse cuenta.

Me levanto de la silla y me acerco a ella.

—Y créeme, me aseguraré de que se vuelva contra ti en los tribunales. Por ti, Linda. Te lo prometo. Cada cicatriz será por ti. Y a tu maldito bastardo.

Ella se traga mis últimas palabras, apoyándose en el respaldo del sofá. Me alejo sin siquiera captar su mirada: está encadenada al suelo. Es una maldita zorra que no merece la oportunidad de una existencia pacífica. Pero no seré yo quien le restriegue las manos por encima. Me contendré, aunque sea la primera vez que deseo golpear a una mujer.

---

1. **Virginia City** es un pueblo histórico que en el siglo XIX fue el centro de la fiebre del oro y la plata. Hoy en día, Virginia City conserva la atmósfera del Viejo Oeste, con edificios antiguos, aceras de madera y numerosos museos que narran la época de su prosperidad. Se dice que la ciudad está llena de historias sobre fantasmas y fenómenos paranormales, lo que la convierte en uno de los lugares históricos más "extraños" de Nevada.



Capítulo 7. Justin

Vuelo de vuelta a Los Ángeles. Reno no parece una ciudad tan mágica sin Elfa. Y tengo miedo, miedo por nuestro cuento de hadas, por sus secretos. Estoy febril todo el viaje, como un paciente en agonía.

Jessie no se merece esto.

No sé cómo decírselo.

No sé si debo.

No sé si debería.

No sé cómo vivir con esa información, porque eso es lo que quiere Garner para White.

Según él, el niño es el punto débil de Douglas Gray. Jessie es su punto principal. Es un compromiso. Una parte u otra están destruyéndolo. Y soy yo quien lo ha descubierto. Soy el que siempre ha disfrutado enfrentando a un bando contra el otro.

Destruir. Pero, por primera vez, el riesgo es demasiado grande. Nunca sacrificaría a Jessie. Nunca la pondría en peligro. Giro el volante con demasiada fuerza y me desvío hacia la mansión Garner. Voy a abandonar este caso. Y el dinero no me importa.

La grava vuela bajo las ruedas de mi Honda y tomo la curva demasiado bruscamente en la fuente gris de tres niveles de la entrada. Freno y salgo del coche, despertando el vivo interés de la multitud de guardias.

—Georgi, ¡hola! Te he echado de menos. Sonrío antinaturalmente alegre al ver una cara conocida entre los matones calvos y vestidos de negro. —Aún recuerdo tu última recepción. Cuento contigo para que esta vez me lleves al orgasmo.

Sus compañeros entrecierran los ojos al oír la palabra «Georgi», pero permanecen imperturbables.

—No me digas que lo has olvidado, cariño. No puedo sacarte de mi cabeza. Eres la razón por la que he venido aquí.

—Soy Kevin —responde Georgi con voz grave mientras paso junto a él.

—Espérame aquí, Georgi. Enseguida vuelvo. Mis tobillos necesitan seguir adelante. Y esta vez, completar. Espero que no me decepciones como la última vez.

Mientras un par de hombres corpulentos me fulminaban con la mirada, entré en la casa dando saltitos. Cuadré los hombros y caminé por el ancho pasillo de madera oscura. El techo tallado es del mismo color.

Las enormes lámparas de araña no aportan luz: no están encendidas. Las estrechas ventanas, que van del suelo al techo, no están en el lado soleado, así que la luz no entra. Las largas cortinas de color verde oscuro caen sobre el parqué estampado y se juntan en la parte inferior formando un montón de pliegues, junto a los cuales hay alineadas esculturas de piedra de criaturas desconocidas de alguna mitología antigua. Griegos, supongo; o, si no, ¿por qué Antoni siente una fascinación tan extraña?

En la pared de enfrente cuelgan las mismas dulces pinturas, donde un ejército de «ángeles» se prepara para un ataque, pero no está claro de qué tipo, y en la otra pared, los mismos «ángeles» mezclados con vikingos a caballo se están hundiendo en la garganta de alguien.

Es colorido. Y yo nunca pondría algo así en mi casa. Como estas lámparas de araña antiguas. Abro las enormes puertas dobles y entro en el salón, donde Garner suele sentarse en su sillón de cuero favorito. Las enormes ventanas, de dos pisos de altura, están, como de costumbre, bien tapadas con cortinas.

La luz solo entra por los estrechos huecos entre las juntas y se puede ver el polvo flotando en el aire. La habitación está fría, pero la chimenea sigue apagada. Garner está sentado en una silla junto a ella, con un dóberman negro con una ancha cadena de plata en lugar del viejo perro.

—¿Tienes un chucho nuevo? —Sonreí y me dejé caer en el sofá frente a Garner; el dóberman levantó la cabeza y sonrió, pero Garner hizo un gesto con la mano y el perro volvió a recostar la cabeza sobre sus patas.

—No le gusta que le llamen chucho —explicó Garner, apretando un grueso puro entre los dientes—. —A ti tampoco.

—A ti tampoco. Y deja de fumar.

—Voy a morir con un puro entre los dientes, hijo.

—Y cuanto más a menudo aparezca en tu boca, más rápido ocurrirá.

Los arrugados labios de Garner se estiran en una leve sonrisa, y expulsa una bocanada de humo espeso que se enreda en su barba gris. Parece haber envejecido aún más desde la última vez que lo vi, pero sigue teniendo un aspecto muy señorial con su caro traje.

—Todos encontraremos la paz algún día.

—Suena filosófico, pero no es por eso por lo que estoy aquí.

—Supongo que quieres abandonar el caso Gray, ¿eh? —Garner acaricia la cabeza del perro y no me mira. Maldito viejo. ¿Cómo sabía mis intenciones? —Se complicó demasiado, ¿verdad, hijo? —Los dedos arrugados frotan la oreja del dóberman, y los ojos azul claro están fijos en el animal, no en mí.

—No. No puedo darte lo que necesitas. No hay nada sobre Douglas. Y aunque lo hubiera, lo limpió muy bien.

—Entonces, ¿qué hacías hoy en Virginia City?

—¿Qué? ¿Qué coño? —¿Me estás siguiendo?

—Observo a todo el mundo. Y es raro que solo te des cuenta ahora.

—¡Creía que confiabas en mí!

Estoy llena de ira. Siempre le he sido leal, siempre he hecho mi trabajo fielmente. ¡No me jodas! ¡Le debo la vida Ángelo a Garner!

Y después de todo lo que teníamos en común, ¿tengo que seguir con la correa corta? Como un chucho.

—No confío en nadie, Justin. Por eso sigo vivo.

—Salgo de los casos. He terminado.

Me pongo en pie de un salto y me giro para marcharme, pero Garner me detiene con una sola frase:

—Me pregunto cómo reaccionará Victoria White ante la existencia de un nieto ilegítimo...

Se me hiela la sangre en las venas. Mis piernas se marean en un segundo y no puedo dar un paso. Estoy helado y siento frío en todo el cuerpo, como si me hubieran echado encima un cubo de agua fresca y luego me lo hubieran clavado en la columna vertebral para que nunca más pudiera moverme.

—No te atreverías —resoplo.

—¿Estás seguro? Yo di, yo tomé. Tengo derecho.

—¡No es nada! ¡Es mi hijo!

—Que mañana puede que no sea tu hijo ni el hijo de nadie. Igual que tu dulce Jessie.

Explosión. La ira estalla en mi interior, me doy la vuelta y arremeto contra Garner. Agarro su cuello flácido con las manos y empiezo a apretar. El dóberman se levanta de un salto y me hunde los dientes en el brazo, pero no me importa. Aprieto más fuerte y rujo como un animal de verdad. Más fuerte que el rugido del puto perro al que empujo con el pie.

—Adelante, mátame —ríe Garner entre carcajadas—. —Entonces mis guardias te matarán a ti. Y dentro de media hora, a todos los que estén cerca de ti. Y créeme, sufrirán antes de morir. Te lo prometo.

Lo suelto de mi agarre y lo empujo de nuevo a la silla, pero retrocedo un par de pasos, respirando con dificultad.

—Te daré dos días para presentar tu informe. Y no olvides poner los datos de tu dulce Jessica.

—No —le digo. —No tiene por qué salir herida.

—Te compadezco. Siempre elegías a la chica equivocada. Y te hacen débil.

—Yo elegí a esa. Y no voy a dejar que le hagas daño.

—Bueno —se aclaró la garganta Garner—. Entonces te enfrentas a una elección muy difícil, hijo: o tu novia o tu hijo. Depende de ti. No estoy disgustado contigo. Estoy decepcionado. Y espero que vuelvas a ganarte mi autoridad.

Apreté los puños, dispuesta a arremeter contra él de nuevo.

—Dos días, Justin. Y si tomas la decisión correcta, te aceptaré como mi heredero. No seas tonto, no te hago esa oferta dos veces.

Una oleada de ira me invade desde la mansión Garner.

Contra él.

Contra el mundo.

Contra mí mismo.

¿Dónde coño me metí hace diez años?

¿A quién he creído?

¿Y ahora cómo limpiamos este montón de mierda?

Estoy atrapado en la jaula de una prisión. Mi mente está bloqueada, en punto muerto. He defraudado a todo el mundo. La defensa puede estar en el atacante. Jessie tenía razón.



Capítulo 8. Jessie

El corazón de John es inmenso. Es enorme, y se puede ver desde el espacio. Después de todo lo que había hecho —los gritos, la huida, la insolencia en el restaurante—, me perdonó. Incluso aprobó que me fuera a vivir con Justin, pero no de inmediato, no hasta después de la cuarta copa de vino, cuando por fin se le había descongelado el corazón y creía mucho en el amor que Justin me profesaba.

También al fin le pude contar a John lo de Corey. Solo contárselo, no mostrarlo, pero fue suficiente para que me apretujara en un abrazo tan fuerte que mis huesos crujieron y sus lágrimas quedaron impresas en mis mejillas. Mi bro estaba llorando. No podía verlo, pero podía sentirlo. Ojalá me hubiera sincerado con él en Nueva York.

Ahora lo sabe todo. Ahora comprende la razón por la que siempre huía. Y ahora es mi caballero. No fui yo quien lo dijo: John lo decidió él mismo en uno de sus brindis, y a mí no me importó. Al fin y al cabo, los caballeros deben ser honorables, y quién mejor que John para desempeñar ese papel.

Prometí no volver a escaparme y John prometió no volver a arremeter contra Justin. Incluso accedió a ayudar con la cena de cumpleaños de Justin, que yo organizaría en secreto al día siguiente.

Gracias a Neil por la oportuna información: se chivó el día que nos conocimos, pero Justin no lo sabe. Así que va a ser una auténtica sorpresa. Espero que a Justin le gusten las sorpresas. Y si no le gustan, le perdonaré una.

—Justin odia las sorpresas —dice Sheila cuando la llamo para pedirle que distraiga a Justin—. Primero me matará por ayudarle. Y luego te matará a ti por ser creativa en su vida gris.

—Yo no sé nada. Neil y Ángelo pensaron que era una idea genial —dije con orgullo.

—No va a salvarnos.

—No seas pesada, Sheila. Tienes que llevarlo al piso antes de las 7 de la tarde. Mantenlo ocupado. Por ejemplo... Reparaciones en el bar... No sé... Ocúpale con algo.

—Incluso has puesto nervioso a mi prometido.

—Novio... Qué te parece... ¿Puedo ver el anillo? Dicen que es un anillo familiar —sonreí.

—Vale, adiós.

Estoy seguro de que ahora mismo Sheila puso los ojos en blanco, pero sonrió de todos modos.

Creo que estoy preocupada. He comprobado diez veces el montaje de la mesa, la comida, la decoración y el whisky favorito de Justin. Parece una simple cena familiar para siete personas, pero estoy muy nerviosa.

«¿Y si a Justin realmente no le gusta?».

Voy a desmayarme.

—Elfa, relájate —me tiró del brazo Ángelo, que se había arreglado y accedió a ponerse una pajarita en la camisa negra—. Es todo muy bonito.

—¿De verdad? —Me muerdo el labio y vuelvo a mirar por el salón—. No estoy segura.

—Sí, y eres muy guapa —dijo Ángelo, y luego apartó la mirada—. —Ponte vestidos más a menudo.

—Um... Gracias, Ángelo.

Sonreí y alisé con las manos los pliegues de la falda de satén verde oscuro. Es de talle alto, abullonado por las enaguas y escalonado. Por delante me llega hasta las rodillas y por detrás me llega hasta los tobillos. John dijo que me quedaba muy bien cuando lo compramos. Y más excusas para llamarme Elfa.

—Jessie, estás estupenda —Neil se acercó a mí y me dedicó una cálida sonrisa—. Tiene unos ojos muy bonitos. Tienen el mismo tono que los de Justin. Como el chocolate amargo derretido. Solo que a Justin el color le da un aire misterioso, y a su padre, cierta bondad especial en la mirada. No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Gracias.

—Gracias a ti. Nunca lo había visto tan feliz.

Soy tímida. Me muerdo el labio y me sonrojo. Dios mío... Hago feliz a Justin. Yo, Jessie Rodríguez. Y su padre lo ve.

—No te preocupes. Todo va bien. —Neil me rodeó los hombros con el brazo.

Ese gesto me recordó al cálido abrazo de mi padre cuando tenía cinco años. Le echo mucho de menos.

—Y si Justin empieza a estar resentido contigo, me apresuraré a ponerle fin —río Neil, y yo le devolví la risita, pero sentí un extraño escalofrío en el cuerpo.

Neil se lleva a Ángelo a tomar aperitivos, y yo cojo mi iPhone para mirar la hora y encuentro un mensaje de Justin:

«Estoy al tanto de tus travesuras, Duende Astuto. Y te seguiré el juego. Pero no te atrevas a comprarme un regalo. Quiero elegirlo yo. Estaremos allí a las siete. Y, para futuras referencias, cascarte a Sheila es como cascarte una manzana».

Es un demonio. Y un maldito genio. Nunca le engañaré. Pero me alegro de que haya dicho que sí. Exhalo aliviada y ahora incluso puedo sonreír relajadamente. Y puedo beber media copa de vino. O uno entero para que no me tiemblen las rodillas, seguro.

Son las siete. Deberían llegar en cualquier momento. Y todavía falta un invitado. O quizá decidió no arriesgarse después de todo... No lo sé. Estoy demasiado nerviosa y ya me he pelado la cutícula de los pulgares.

Llaman a la puerta y me pongo en pie de un salto. Dios mío. Que esto salga bien. Abro la puerta y me encuentro con la radiante sonrisa de Sheila.



Capítulo 9. Jessie

Somos nosotros, nosotros, nosotros, nosotros —se estira. —¡El hombre de honor y yo!

—¡El hombre de honor y yo! —gruñe Justin a sus espaldas, pero se queda inmóvil cuando me ve. Traga saliva audiblemente. —Sheila, ¿podrías llevarte a todos los invitados a otro sitio? Necesito estar a solas con esta hermosa dama Elfa. Ahora mismo.

Da un paso adelante y me rodea la cintura con los brazos, acercándome a él.

—Mi perfección... —me susurra al oído y me besa el cuello.

Después, más arriba. Más alto... Y aún más alto, subiendo hasta mis labios. Dios... Me empiezan a temblar las rodillas.

«No pares y llévame al dormitorio», quiero decir. ¿Pero qué he estado haciendo el día entero para nada?

—Feliz cumpleaños, Diablo —le digo suavemente contra sus labios—. Y esta noche estoy a tus pies.

—Oh, mierda… Justin me acerca aún más y me aprieta en un fuerte abrazo que me impide respirar.

—¿Seguro que necesitamos esta cena? Puedo comer algo mucho más dulce —acerca sus labios a mi oído y susurra roncamente—: Entre las piernas...

Madre de Dios... Mi clítoris empieza a palpitar y aprieto las piernas. Si alguien no interviene ahora, voy a arrastrarlo yo misma al dormitorio.

—Feliz cumpleaños, hijo —Neil dio un paso hacia nosotros y Justin tuvo que soltarme de sus brazos—. Deja en paz a Jessie un momento y dale un abrazo a tu padre.

Justin acepta el abrazo de Neil y este le da unas palmadas en el hombro. Justin sonríe. Es tan hermoso. Es tan genuino. Ojalá pudiera verle siempre así.

—Cuídala —oigo susurrar a Neil.

Justin me mira por encima del hombro y dice: *«siempre»* con un labio, de modo que solo yo me doy cuenta.

Una agradable sensación de tirón se extiende por mi pecho, dándome ganas de brillar y flotar en el aire. ¿No es eso la felicidad?

—Feliz cumpleaños, Justin —dijo Ángelo con tono uniforme, y Justin se separó de Neil.

Sin más preámbulos, Ángelo le entregó un regalo envuelto con un colorido envoltorio y un lazo rojo y brillante.

—He estado ahorrando por mi cuenta —añade. —Y creo que lo necesitas.

Justin lo miró, luego a mí, pero yo me encogí de hombros, preguntándome qué estaría tramando Ángelo. Por la expresión de Neil, él tampoco sabía lo del regalo. Justin arrancó con cuidado el envoltorio y ahora sostenía un marco de fotos vacío. Era bonito, pulcro, de ébano.

—He visto esa... —dice el chico. —De tu cajón junto a la cama. Es antigua. Y esa foto parece significar mucho para ti. Es hora de cambiar el marco.

Las manos de Justin empiezan a temblar. Y creo que puedo adivinar de qué foto de la mesilla de noche estamos hablando. Sandra. No me doy cuenta de que me muerdo el labio y dejo que una lágrima ruede por mi mejilla, pero me la seco.

Justin mira a Ángelo de forma confusa. Después, me mira a mí. Luego mira a Neil. A mí. Veo que se le llenan los ojos de lágrimas. No sabe qué decir. Los Ángeles ha dado en el blanco. Ha encontrado su tesoro, que ni siquiera yo conocía. Encontró el recuerdo de Sandra que Justin conserva hasta hoy.

Los niños siempre son muy curiosos. Son muy directos y siempre conmovedores hasta la médula.

—Gracias... —susurra Justin y se agacha para estrechar a su hijo entre sus fuertes brazos—. —Has elegido el regalo perfecto.

Ángelo rodea los hombros de Justin con los brazos y se tapa los ojos, y mi corazón da un vuelco. Miro a Neil y veo lágrimas en sus ojos. Sheila estaba sonrojada y metida en el momento, y John me miraba con expresión perpleja.

El timbre de la puerta interrumpe nuestra larga pausa, y le indico en silencio a Sheila que es hora de llevar a todo el mundo al salón, porque sé quién está aquí. Y más vale que Justin se reúna a solas conmigo.

—¿Otra sorpresa? —Justin deja el marco sobre la cómoda y me rodea la cintura con el brazo. —Creo que has decidido volverme loco esta noche.

—Por favor, no te enfades —cubrí sus mejillas con las manos y lo atraje hacia mis labios.

—¿Por qué iba a enfadarme? —Sonrió y me dio un beso ingrávido en los labios.

—Sí, odio las sorpresas. Pero es tu sorpresa. Y te quiero.

—Recuérdalo cuando abra la puerta.

Jonathan está de pie en la puerta. Estaba segura de que no vendría. De que no se decidiría. Que no lo superaría porque también está enfadado con Justin. Pero está aquí. Viene con su característico traje azul marino y el abrigo que cogió del maletero de mi coche. Está aquí. De pie, incluso intentando sonreír, con una botella de whisky de colección como regalo en la mano. Justin aprieta los puños.

—Pero, ¡qué demonios! —gruñe—, pero lo sujeto bajo el brazo, impidiendo que estalle.

—Respira —le susurro al oído, sin llegar apenas a él. —Por favor. Por favor. Le invité.

—Um... Felices fiestas... Hermano —Jonathan cruza con cuidado el umbral y se queda inmóvil, mirando a Justin a los ojos.

—No eres mi hermano —dijo Justin con voz firme—.

—Sí… —suspiró Jonathan. —Era una mala idea.

—Asqueroso —añade Justin—. Sal.

—No —intervine y agarré a Jonathan del codo, que estaba a punto de darse la vuelta y marcharse—. Quédate. Quédate, por favor.

—Jessie, ¿qué coño estás haciendo? —Justin está enfadado.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Neil apareció por detrás del hombro de Justin y se quedó inmóvil, desconcertado.

—¡¿Jonathan?!

—Hola, papá.

Jonathan vuelve a entrar en el piso, y yo cierro la puerta tras él y vuelvo a clavarle los dedos en el codo. Por si acaso. Para que no saliera corriendo.

—Pensaba que...

—No sé en qué estaba pensando. Fue Jessie. Me convenció para que viniera.

Los ojos de Justin y Neil se centran en mí, esperando una respuesta. ¿Qué puedo decir?

Sí, animé a Jonathan a venir aquí.

Sí, mentí al decir que Justin sabe y estaba dispuesto a verle.

Sí, hice algo estúpido.

Pero necesitan hablar.

Y aquí, con Ángelo y Neil cerca, Justin no iba a estallar y provocar otro escándalo. Espero que no lo haga.

—No te vas a quedar aquí —siseó Justin, volviéndose hacia Jonathan—. Y desde luego no vas a comer en mi mesa.

—¿Quién eres tú?

Nadie se da cuenta de que Ángelo aparece en el pasillo y humilla a Jonathan con una mirada interesada.

Dios mío. Le he dicho a Shaila que lleve a todo el mundo a la mesa. Jonathan se queda inmóvil y mira fijamente al niño. Su hijo. El suyo y el de Sandra. Del que no tiene ni idea. Se me corta la respiración. Justin se tensa momentáneamente. Pero está confuso y no sabe qué hacer.

—Es tu... tío —explica Neil en voz baja.

—¿Por qué no lo he visto nunca? —insiste Ángelo—. ¿A Justin no le gusta?

Jonathan traga saliva, nervioso, sobresaltado por la pregunta de Ángelo, y yo le rodeo el antebrazo con los brazos. Siento la dura mirada de Justin clavada en mí. Oigo su respiración entre jadeos rápidos y profundos. Está dispuesto a destrozarme. A hacerme pedazos. Yo estoy febril de miedo.

—No, es que el tío Jonathan es un hombre muy ocupado —continúa Neil para salvar la situación.

—Y ahora está deseando conocerte, ¿verdad, Jonathan?

Neil desplaza la mirada de Ángelo a Jonathan y asiente en silencio para que confirme sus palabras.

—Así es —la voz de Jonathan sonaba nerviosa—. —¿Me dejas pasar?

Se hace una pausa. Justin está tenso, pero Neil le pone la mano en el hombro y se la aprieta.

Miro a Justin suplicante, rogándole mentalmente que ceda, que se rinda, pero él no aguanta:

—Da las gracias a Jessica.

Exhalo aliviada. Sentí como si me hubieran quitado una tonelada de peso de encima. Justin desaparece en el salón y ayudo a Jonathan a quitarse el abrigo.

—Me mentiste —dice cuando estamos solos—. —Dijiste que habías avisado a Justin.

—Perdona. No pasa nada.

—Si lo hubiera sabido, no habría venido.

—Por eso mentí.

—Jessie... —suspiró Jonathan—. Es demasiado complicado. Si crees que puedes reconciliarnos, te equivocas. Justin y yo llevamos diez años luchando en silencio. Diez años de silencio y odio mutuo. No va a desaparecer. No va a dejar de odiarme de la noche a la mañana.

—Lo comprendo. Por eso me arriesgué. No intento reconciliaros. Intento llevar esta vieja discusión hacia delante. Al menos empieza a hablar en vez de lanzar puñetazos. Tanto tú como él tenéis algo que decir. Creo que ahora sería un buen momento.

—Espero que sepas lo que haces —la mirada seria de Jonathan se posó en mis ojos.

—Conozco a Justin... Es un hombre complicado. Pero lo entenderá. Haz que te escuche.

—¿Estarás ahí para mí? —sus palmas cubren mis hombros.

—Sin mí, os mataréis los unos a los otros —sonreí, captando la suave sonrisa de Jonathan.

Amable. Cálida. Como la de su padre.

—Vamos. —No sabía que Justin tuviera un hijo tan mayor —susurró Jonathan mientras lo acompañaba al salón.

—Tiene diez años. Y es increíblemente brillante.

Se parece mucho a Justin.

Me quedo congelada un instante. *«Y a ti»*.

Justin se sienta en el cabecero de la mesa, conmigo a su derecha, seguido de John y Sheila. Frente a él están Ángelo, Neil y Jonathan.

La tensa pausa se estaba haciendo larga. El repiqueteo de los instrumentos contra los platos era molesto. No era menos molesto que el tintineo de los vasos y los sorbos audibles que no podían ocultarse en silencio.

Justin corta un trozo de filete chamuscado y lo mastica como si hundiera los dientes, no en la carne, sino en el cuello de Jonathan. Lo mira fijamente. Le abrasa con la mirada. Y es un milagro que la comida no haya bajado por la garganta de Jonathan.

Neil rompe esta enloquecedora calma tensa y se aclara la garganta. Luego, se levanta y coge su vaso de whisky.

—Justin... —Neil le mira directamente a los ojos—. —Nunca te lo he dicho, pero tenía que decírtelo todos los días. Estoy muy orgulloso de ti. Tienes un espíritu increíblemente fuerte. Tienes un buen corazón. Y lo sé tan bien como cualquiera. Sí, eres testaruda. Sí, tienes mal genio. Pero eres un buen hombre. Me alegro de haber podido criar a un hombre como tú. Estoy orgulloso de tener un hijo tan mayor. Te equivocaste. Todos cometemos errores, pero… Somos Humanos. Estoy orgulloso de todo lo que has hecho, Justin —los ojos de Neil se llenaron de lágrimas, y Justin agarró con más fuerza el vaso con poco alcohol en la mano, pero no apartó los ojos de su padre—. Y gracias por Ángelo. Te quiero con todo mi corazón. A ti. Mi nieto. Y... Mi hijo pequeño. La mirada de Justin se desvía hacia su hermano durante una fracción de segundo y ambos se tensan. —Somos familia —añade Neil—. Y siempre podemos contar los unos con los

otros. Incluso cuando parece que el vínculo entre nosotros se ha perdido... —Neil mira detenidamente a Jonathan—. —Solo lo parece —Neil dirige la mirada a Justin—. —Por ti, Justin. Por mi hijo. Por mi orgullo. Al que no me dejó caer cuando las cosas se pusieron difíciles. Te quiero.

—Y yo a ti... —susurra Justin—. Papá.

Noto que Sheila vuelve a llorar en silencio y solo entonces me doy cuenta de que las lágrimas también ruedan por mis mejillas.

—Por ti, Justin —la voz de Jonathan salió antes de que Justin pudiera dar un sorbo al whisky —. Por quién eras. Mi hermano mayor, el que dio la cara por mí. Que me ayudó con las matemáticas y me enseñó a jugar a la consola. El que me tapaba los oídos por la noche y evitaba que mis padres se pelearan. Lo recuerdo todo.

—¡Basta ya! —Justin aprieta los dientes y yo apoyo la palma de la mano en su rodilla, debajo de la mesa.

Lo apreté y recé mentalmente para que Jonathan dejara de hablar. Ahora no es el momento. Tenemos que ir despacio. Justin no puede soportarlo.

—Por tu valor. Por tu paciencia —continuó Jonathan—. Por Sandra.

—¡Cállate! —Justin se levanta de la silla y se pone en pie de un salto, soltando el vaso con fuerza. —¡Cierra el pico!

—¡Justin!

Neil también se levanta. Yo también me levanto por reflejo.

—Creo que era feliz contigo— dijo Jonathan sin inmutarse.

Oh, Dios.

—Por favor. Cállate de una vez.

—Y quiero que sepas que no te guardo rencor.

—¿Qué coño? —grita Justin y golpea la mesa con el puño.

Ángelo se sobresalta y se cae sobre el respaldo de su silla.

—Justin... —interviene Sheila—. —Hay un niño aquí.

Doy un paso alrededor de Justin y rodeo a Ángelo con los brazos, acercándolo a mí.

—No quiero que se peleen —me susurra al oído. Justin nos mira y aprieta los puños, aun respirando agitadamente.

—Salgamos —cortó Jonathan, volviéndose hacia mí y saliendo de detrás de la mesa.

Jonathan acepta el reto y le sigue escaleras arriba hasta el primer piso.

—Ahora vuelvo —le susurré al chico y le di un beso en la mejilla.

Se van a matar. Subo rápidamente las escaleras, tropezando con el dobladillo de mi vestido. Oigo gritos al final del pasillo, en la habitación de invitados. Corro hacia ella. Abro la puerta de un tirón, jadeando. Las manos de Justin agarran la garganta de Jonathan, y los dedos de Jonathan se clavan en el cuello de la camisa de Justin.

—¡Para! —estoy gritando—. —¡Basta! Me lanzo entre ellos. —¡Calmaos, los dos! —Los empujo para separarlos.

Justin respira agitadamente y aprieta la mandíbula. Su pecho se agita febrilmente. Jonathan mantiene el puño cerrado y se limpia la sangre de la comisura de los labios con el pulgar de la mano libre. Al parecer, Justin había conseguido golpearle después de todo.

—Simplemente hablad. ¡Escuchaos, joder! —Estoy gritando.

—¡Sandra no se escapó con Justin, no tenían nada! —Apenas puedo recuperar el aliento. —Y Jonathan no la dejó —le miré a él—. —No la dejó, Justin. Ella le dejó a él... Ella se fue.

—Ella le quería... —susurró Justin, sin aliento. —No podía marcharse.

—Me escribió una carta —dijo Jonathan—. Me dejó. Y luego me enteré de que vivía contigo.

—Solo acudió a mí porque... Justin vacila. No está preparado para revelar el secreto sobre Ángelo. Y lo entiendo. —Estaba perdida. No tenía a nadie más a quien compartir.

—No parecía perdida en la carta —Jonathan podía percibir la tristeza y la desesperación en su voz.

—¿Guardaste la carta? —pregunta Justin.

—Sí.

—Dámela. No creo que Sandra te haya podido dejar por su propia voluntad.

—Ya estás otra vez con lo mismo, ¿verdad?

—Si no quieres acabar otra vez en el hospital, cállate y trae la carta aquí —dijo Justin, que apretó los puños. Yo le pasé el brazo por los hombros.

Jonathan se acercó más a Justin y yo le agarré los hombros con más fuerza, poniendo las manos detrás de su espalda. Sé que no puedo sujetar a Justin si quiere pegarme, pero lo intento de todos modos.

—Solo estoy aquí por Jessica. Y traigo la carta porque ella intenta ayudarte. ¿De acuerdo? No por ti. No por tus amenazas. Solo por ella. Y, si quieres pegarle, pégale. Me da igual. Pero espero que no seas tan estúpido.

Justin se abalanza sobre él, pero se detiene. Mira a Jonathan. Solo los separa un par de centímetros. Ambos respiran agitadamente y están listos para abalanzarse el uno sobre el otro en un segundo. Pero no lo hacen.

—Tráeme mañana —siseó Justin.



Capítulo 10. Justin

Los invitados se separan. John se lleva a Sheila, Neil se lleva a Ángelo y Jonathan se marcha justo después de nuestra conversación. Por fin puedo respirar libremente.

Tengo treinta años y no soy más sabio. Hoy me he dado cuenta. Nunca seré tan reservado y tranquillo como mi padre. Pero él sigue estando orgulloso de mí, a pesar de todos los errores que he cometido.

Sea lo que sea. Y Jessie aún me quiere y no se ha ido a ninguna parte.

—Justin...

Jessie se acerca sigilosamente por detrás y me rodea con los brazos, deslizando las manos por mi cintura y ahuecando las palmas sobre mis pechos. Apoya la frente entre mis omóplatos y me besa el cuerpo a través de la tela de la camisa.

Cubro su mano con la mía, agito el whisky en la otra, bebo un sorbo y sigo mirando por las ventanas panorámicas del piso hacia la oscuridad de la noche de Los Ángeles.

Es realmente hermoso. Jessie tenía razón. Nunca me había fijado en eso antes.

—¿Estás enfadado conmigo? —dijo suavemente, con la nariz pegada a mi espalda. —Lo siento... Supongo que debería haberte avisado...

—Deberías haberme avisado.

—Lo siento... Quería decir algo distinto.

—Sí, lo sé. Y sí, sigo enfadado.

Terminé mi whisky y me tapé los ojos.

Jessie es revoltosa. Siempre hace y hará cosas que me cabrean, pero ¿no es eso lo que me encanto de ella? Es como yo. Hace cosas. Actúa. Y si cree que es por un bien mayor, no se detendrá. Aunque exista la posibilidad de que mate a mi hermano.

—Lo siento… —exhala, poniéndose de puntillas y besándome el hombro.

—Quiero mi regalo.

—Me dijiste que no comprara nada.

—Vale —dejé el vaso sobre la mesita y me volví hacia ella—. —Porque sé lo que quiero. Y este regalo no tiene precio.

Me mira a la cara con interés y se muerde el labio inferior. Le aprieto bruscamente la barbilla con los dedos, inclino su cabeza hacia atrás para que me mire directamente a los ojos, me inclino cerca de su boca y hablo contra sus labios:

—Quiero que subas al dormitorio. Quítate toda la ropa. Luego, ponte solo mi camisa sobre el cuerpo desnudo, sin abotonarla. Siéntate en la cama. Separa las piernas. Y espérame.

—Dios... Justin —exhaló Jessie, apretando las caderas contra mí. Se había excitado solo con mis palabras.

—Ahora —le aprieto el culo y le doy una palmada, atrapando con los labios el gemido incontenible de Jessie. —Tienes cinco minutos. Y yo te seguiré.

Me desabrocho la camisa, me la quito y se la doy a Jessica. Ella baja la mirada y me sigue hasta nuestro dormitorio. Hoy es mi día. Es una excepción. Y hoy será una sumisa.

La casa está llena de penumbra. La escalera al primer piso solo está iluminada por la luz de los Ángeles que entra por las ventanas panorámicas. Subo lentamente las escaleras, anticipando la imagen que llevo mucho tiempo imaginando. Y espero que Jessie sea lo bastante valiente esta noche para darnos placer a los dos. Me relamo los labios y siento que mi pene se tensa antes de entrar en el dormitorio.

Esta fantasía es demasiado excitante. Estoy demasiado ansioso por ver lo que voy a obligarla a hacer.

—Jessie... —la llamo en voz baja, asegurándome de que está en la habitación y cumple mis deseos—. Ya estoy aquí.

El resplandor de la ciudad nocturna ilumina su silueta. Lleva puesta mi camisa negra. Está sentada en medio de la cama con las piernas dobladas por las rodillas. Los bordes de la camisa y largos mechones de pelo cubren sus pechos. Caen más abajo y se juntan en pliegues a lo largo de su entrepierna. Mi pene se hincha dentro de los pantalones y apenas puedo contenerme para follármela ahora mismo. No. Tendré que ser paciente si quiero ver lo que he deseado durante tanto tiempo.

—Buena chica —cojo una silla y la pongo delante de Jessie. Me siento en ella y me apoyo en el respaldo.

—¿Qué haces? Su mirada recorre mi cara y mi cuerpo desnudo hasta la cintura. —Pon la mano en el colchón y apóyate en la cama —mi voz era ronca.

—Justin...

—Hazlo —me lamió los labios.

Jessie obedece mi orden. El pelo le cae por encima de los hombros y ahora puedo ver sus pezones asomando bajo la tela de la camisa. Quiero apretarlos con los dientes. Pero eso ya lo haré más tarde.

—Bien —trago. —Ahora abre más las piernas —lo hace—. —Más. Quiero verte. Toda tú.

—Justin... No puedo...

—Puedes hacerlo.

Ella duda, pero accede. Abre las piernas tímidamente, suspirando, y se muerde el labio inferior.

—Recorre su cuerpo con la mano. Desde el pecho hasta el vientre —le ordeno, sintiendo palpitar mi polla.

Ya soy demasiado firme. Jessie sigue mis instrucciones. Lentamente, se toca con los dedos y los desliza entre sus pechos, a lo largo de su vientre plano hasta el ombligo y baja hasta su punto más íntimo. Su respiración se acelera. Vacila. Es tan tímida, tan suave. Apenas se toca la piel, apenas se toca a sí misma, y yo estoy a punto de estallar de excitación.

—No te detengas. Y abre aún más las piernas —susurro en voz baja. El corazón me late más rápido de lo que suena mi voz.

—Justin... Yo... No puedo —su timbre tiembla—.

—Jessie, no te lo estoy pidiendo. Quiero mi regalo. Dámelo. Baja los dedos y quiérete... Por mí.

Está luchando contra sí misma. Lo veo en su expresión. Pero tomará la decisión correcta. Lo superará. Los dos lo necesitamos.

—Más abajo, nena... Tócate el coño. Empieza a masajearlo. Enséñame cómo lo haces cuando yo no estoy.

—Nunca he hecho eso, Justin —dice secamente.

Joder. ¿Jessie nunca se ha masturbado? ¿Cómo es posible?

Me viene a la mente su frase de Carson City, y me estremezco mientras vuelvo a sentarme en esta maldita silla. Maldita sea. Tenemos que cambiar de táctica. Tiene que quererse a sí misma. Como yo la amo.

—Haz como si fueran mis manos —susurro—. —No te estás tocando. Lo estoy haciendo yo. Bajo más. Te masajeo el clítoris. Lo rodeo con dos dedos y lo froto suavemente. Haz lo mismo...

Hazlo, Jessie. Hazlo, por favor. Sus dedos temblorosos bajan hasta su entrepierna. Se los pasa por el clítoris y exhala lánguidamente, echando la cabeza hacia atrás.

—Dios... Eso es... —jadeó con la boca. —Apriétalo... Cariño... Empuja más fuerte con los dedos.

—Justin… —empieza a acariciarse con más fuerza. Se frota con los dedos y gime cada vez más. —¿Estás mirando?

Mierda... Sí... Mi polla palpitaba y estaba a punto de reventar a través de los pantalones si no la soltaba.

—Continúa. Ven dentro de ti. Más rápido.

Jessie obedece e introduce un dedo en su vagina. Ella gime largo y tendido.

—Imagina que son mis dedos los que te acarician —me desabrocho el cinturón y vuelo, dejando salir mi polla petrificada. —Son mis manos las que te hacen sentir bien.

—Tuyos... Jessie entra en sí misma con más brusquedad y arquea la espalda, contoneando las caderas. —Quiero lo tuyo... Te quiero... En mí —sus párpados se cierran y sus pestañas se agitan.

—Joder… Rodeé mi pene con los brazos y la apreté con las palmas. —Ábreme más el coño. Enséñamelo…

Respiré agitadamente, acariciándome la polla.

Desliza el dedo corazón hacia dentro y separa los labios con los dedos índice y anular. Dios mío. Es tan sexy. Está tan húmeda. Y quiero meterle la lengua. Me pongo de rodillas delante de la cama, tiro de sus tobillos hasta el borde y le paso la boca por el clítoris con avidez. Dioses... Es tan dulce.

—Justin —gimió Jessie, pasándome la mano por el pelo—. —Me voy a correr. Cómeme —me dijo, y me puso la mano en el pelo—.

—Quiero estar contigo... Te quiero dentro de mí. Por favor.

Me quito los pantalones y los bóxers, me amontono encima de ella y la penetro hasta el fondo.

—Joder… —jadeo, sintiendo cómo me penetra. Está tan húmeda y caliente. Tan mía.

—Jesús, Justin —sollozó Jessie en voz alta.

Me muevo más rápido. Con más fuerza. La presiono contra el colchón. Follándomela. Presiono mi torso húmedo contra ella. La penetro con más fuerza. Más profundo. Más. Más y más.

—Yo... yo... —aulló Jessie. —Dios... Sí... Justin... —gemía más alto. Más alto. Mi nombre. —¡Justin!

Se estremece debajo de mí. Se aprieta a mi alrededor y desencadena mi orgasmo. La empujo unas cuantas veces más y me corro dentro de ella, mordiéndole los labios. Es perfecto. Ella es perfecta. Y es mía.

—Nadie ha cautivado mi corazón como tú —le susurré en la frente—.

Nadie ha capturado mi alma como tú —cierro los ojos y siento su aliento—. A nadie. A nadie he querido tanto como a ti. Por favor, no huyas de mí... No me dejes... Cerré los ojos con tanta fuerza que sentí que empezaban a llorarme.

Sin ella, no soy nada. Sin ella, no veo ningún sentido. Sin ella, ya no soy yo. Dios... Te amo, maldita sea. Tengo miedo. Dejaré mi cuerpo, pero nadie podrá apartarla de mí. Ni su familia ni Garner. Ni el puto Douglas Gray.



Capítulo 11. Justin

He pirateado la aplicación Gray's Bank. He filtrado los inicios de sesión. Fui a las cuentas administrativas e incluso me reí cuando descubrí que Douglas utilizaba su propio nombre para iniciar sesión. Sin espacios, sin guiones bajos, sin mayúsculas.

Solo «Douglas Gray», en una palabra, «arroba», «gmail.com». Después de eso, fue más fácil entrar en su ID de Apple que en la cuenta de Jessie. Tenía que lograr que me recibiera. Tenía que conseguir que se interesara con una sola pregunta y tenía que hacerlo bien. Y, al mismo tiempo, tenía que evitar que me atraparan los hombres de Garner, que, me di cuenta, ahora me estaban observando todos mis movimientos.

Creé un «evento» en su calendario y fijé un recordatorio para que lo avisaran de una cita importante:

«Intersección de Hollywood y Vine». Hoy a las 16:45. Preséntate en el Bentley. No bloquees las puertas».

Y adjunté una foto de Jessie. Tiene que seguir mis instrucciones. Eso creo. Pero pierdo la esperanza cada minuto que paso en la encrucijada. Miro a mi alrededor, buscando entre la multitud a personas sospechosas que puedan estar trabajando para Garner.

Ahora no puedo confiar en nadie en absoluto. La luz roja está encendida. El Bentley debería estar aquí ahora mismo. Es la única oportunidad que tengo. Me meto las manos en los bolsillos y aprieto los dientes. Odio esperar. Odio no estar seguro de nada.

Pero cuando el coche adecuado dobla la esquina, me relajo y exhalo. Lo más difícil está por llegar. El Bentley frena en el semáforo, abro rápidamente la puerta y me «zambullo» en el habitáculo, encontrándome en el punto de mira de tres pistolas. No me sorprende.

—¿Quién eres tú? —Frente a mí, entre los guardias que me apuntan con sus armas, está sentado Douglas Gray.

Es viejo. Tiene canas por toda la cabeza y su rostro moreno está sembrado de arrugas. Parece cansado. Pero su mirada es fría y despiadada, como la de los ojos azules de Jessie. Esa es la mirada de los ojos azules de Jessie. Parece fruncir el ceño igual que ella bajo sus pobladas cejas. No puedes evitar darte cuenta del parecido.

—Sería más cómodo que tus chicos bajaran las armas —sonrío, pero nadie se mueve.

Todavía hay dos bozales que me miran fijamente (el tercero está amartillado hacia un lado), listos para destrozar mi cuerpo con solo chasquear los dedos de Douglas.

—¿Quién eres tú? —repite Douglas.

—Mediador. Y, a menos que fuera absolutamente necesario, no me arriesgaría. Créeme. Vendería la información y me importaría un bledo tu intento de asesinato. O lo que fuera. Sí, has recibido un encargo, señor Gray. Y soy yo quien ha encontrado los trapos sucios.

—¿Qué haces aquí, entonces? —pregunta con calma, juntando las manos. —O eres un temerario o... Me mira directamente a los ojos—. —Un idiota suicida. ¿Por qué no voy a ordenar que te fusilen aquí y ahora?

—Por la misma razón por la que acabasteis en el cruce de Hollywood y Vine a la hora acordada. Jessie Rodríguez.

Solo un músculo de Garner se tuerce en su cara durante una fracción de segundo. Pero me doy cuenta. Basta con ver la preocupación en el rostro impasible de Gray.

—Está en peligro.

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señor... —le susurró algo al oído el guardia que tenía a su izquierda. —Morris... —las comisuras de sus envejecidos labios se levantaron débilmente— —No eres el único que sabe cómo conseguir información.

—Simplemente no intenté ocultarlo. ¿Van a bajar sus armas tus grandullones? No soy una amenaza.

Gray asiente, y los guardias de hombros anchos se meten las pistolas en los pantalones.

—Podría haberte matado —me miró con dureza. —El hombre que encontró una supuesta suciedad importante sobre mi vino a mí en persona. ¿Qué te impide acabar con él sin más?

—El nombre del cliente. Solo soy un peón en este juego. Y tú quieres un rey.

—¿Qué necesitas? ¿Dinero? ¿Crees que pagaría más?

—Necesito a Jessie. Su seguridad. No puede salir herida. —¿Y consideras esto comprometedor?

Douglas se frota la barbilla y se apoya en el respaldo de la silla.

—Oh, sí, créeme, Jessie Rodríguez, o más concretamente, Gray, es una tierra valiosa.

—He apreciado su broma, pero no su sentido del humor, señor Morris.

—Es tu hija.

—Afortunadamente, no tengo hijos, Sr. Morris. Has cometido un gran error. Lo lamento. Hasta los mejores cometen errores.

—Nunca me equivoco. Y tu presencia aquí no hace, sino confirmar lo acertado de mi juicio.

—Pirateaste mis cuentas. Esa es la única razón por la que estoy aquí, no por la estúpida foto de una chica.

—A tu hija. Podrían matarla. No puedo protegerla solo. Es demasiado grave.

—Sr. Morris —suspiró, y el Bentley se detuvo en el puerto. —Hemos dado un buen paseo. Me has divertido, así que esta noche no habrá una bala entre tus ojos. Pero si me molestas, no seré tan comedido.

El hombretón que estaba sentado a mi lado me agarró por los hombros y me empujó fuera del coche. Caí al sucio asfalto, me puse de rodillas y me levanté en un santiamén.

—¡La torturaron durante toda su infancia! ¡La maltrataron! —grité mientras la puerta del coche se cerraba de golpe. —¡No se merecía esto! —grité con todas mis fuerzas, siguiendo el polvo levantado por el chirrido de los neumáticos. No se lo merece...

Jessie no se lo merece. No sé cómo decírselo. La verdad la destrozará. Pero tiene que oírla de mí. Y tengo que averiguar cómo protegerla de todos los problemas que se avecinan. Aún no tengo un plan, pero sé que siempre la protegeré.



Capítulo 12. Jessie

Justin ha estado fuera todo el día y este marco, un regalo de Ángelo, me molesta. Sigue en la cómoda del pasillo, susurrando:

«Mira en el cajón de la mesilla de noche. Solo un vistazo».

¡No! No lo haré. Si Justin quiere enseñármelo, me lo enseñará. ¿Y si no? Explotaré de curiosidad. Además, cuando vino por primera vez a mi piso en Compton, metió la mano en mis fotos sin permiso.

Así que yo también tengo derecho. Antes de darme cuenta, estaba en el dormitorio, junto a la cama de Justin, al lado de la mesilla de noche. Incluso apoyo la rodilla derecha en la cama. Maldita sea. No debería hacerlo. Mis dedos golpean la superficie de madera y bajan lentamente hasta el pomo metálico. Un ojo. No, esto no está bien. Tiro del cajón hacia mí y observo el marco invertido en la parte inferior. En efecto, está destartalado, con los bordes deshilachados y a punto de caerse a pedazos.

Agarro la «pata» del marco con mano temblorosa, contengo la respiración y le doy la vuelta lentamente, encontrando mi mirada con los ojos brillantes de la chica rubia. Sonríe tan alegremente. Parece que si cierro los ojos, puedo incluso imaginar su risa. Es sonora. Seguramente, en el momento en que se hizo la foto, estaba muy contenta.

Sandra aparenta unos dieciséis años. Es muy guapa. Tiene rasgos finos y elegantes. Parece amable. Le brillan los ojos. Está radiante. Me tapo la boca con la mano y me cubro la nariz para no llorar, pero las lágrimas siguen acumulándose en las comisuras de mis ojos.

¿Y si estuviera viva? Le habría dado un amor loco a Ángelo. Seguramente, con el tiempo, Justin y Jonathan se habrían entendido y habrían hecho las paces. Ella no les habría dejado pelear. De alguna manera, lo siento así. Cada uno a su manera. Habrían sido felices... Y Sandra y yo habríamos sido amigos, seguro.

—Sabía que no podrías resistirte.

Me sobresalté al oír la voz detrás de mí y casi dejo caer el marco al suelo.

—Dios, ¿por qué tienes que acercarte así? —Me volví hacia Justin, que estaba congelado en la puerta.

—En realidad, te llamé, pero no contestaste. Ya veo por qué.

—Lo siento.

Desvío la mirada, culpable. Estoy muy avergonzada.

—No te disculpes por tu curiosidad —dijo, dirigiéndose al fondo de la habitación y quitándose el jersey, dejándose la cintura al descubierto—. Al fin y al cabo, yo también he visto tus fotos.

—Me justifico de la misma manera —sonrío débilmente y exhalo mentalmente, sin encontrar ningún signo de ira en su rostro. Al contrario, parecía muy relajado y cansado.

—¿Cambiamos el marco? —Justin se acerca lentamente y se sienta a mi lado en el borde de la cama.

—Si eso es lo que quieres... Me siento incómoda.

—Solo si me ayudas.

Levanto la vista y me enfrento a sus ojos castaño oscuro, opuestos a los míos.

—Formas parte de mi vida, Jessie. Eso significa que formas parte de mis secretos. Mi corazón es tuyo, con todas sus imperfecciones. Ya te lo he dicho antes. Y depende de ti aceptarlo o no.

Me tiende un marco nuevo. Me estremezco, pero lo acepto, lo coloco sobre mi regazo y suelto suavemente la foto de Sandra del viejo marco.

—Es preciosa —susurró. —Y tenías razón: era imposible que no me gustara.

Justin se ríe afectuosamente.

—Le gustarías —me toca el brazo y me ayuda a sacar una foto.

—¿Tú crees?

—Absolutamente. Sandra siempre ha apreciado la sinceridad en las personas y tú eres la más sincera que he conocido.

Se me calienta la cara, pero me estremezco. Me alegra oírlo. Me siento bien. Y es entonces cuando empiezo a sentir el anhelo. Ojalá Sandra estuviera aquí. Que viviera su vida con las personas que tanto la quieren.

—¿No le hablaste de ella a Ángelo? —susurró.

—No —noté que Justin se tensaba.

—¿Por qué? ¿Nunca te lo ha preguntado?

—Hace mucho tiempo que Ángelo y yo no nos llevábamos bien. Probablemente por eso nunca me hizo preguntas. —Justin suspiró con pesadez—. —Estoy avergonzado. Soy un mal padre.

—Lo importante es que ahora te des cuenta de tus errores —le tocó con la palma de la mano su mejilla espinosa, instándole a que me mirara a los ojos—. —No eres un mal padre. Solo estabas confundido. Y ahora veo los cambios. Puedo sentirlo. Y Ángelo también lo siente. Sé que lo siente. Y creo que tienes que hablarle de Sandra. El hecho de que no pregunte no significa que no se interesa. Se da cuenta de todo. Voy a poner la foto en un marco nuevo. —Y aquí tienes la prueba. Incluso acertó con el marco.

—Jessie... —Justin bajó la cabeza y se quedó sin fuerzas, apoyando los codos en las rodillas. —Es demasiado complicado...

—Sí, lo sé. Y sé que es difícil empezar a hablar. —Le pasé el brazo por los hombros y apoyé la frente en su sien—. —Un demonio me susurró al oído que es más fácil abrir el corazón en la oscuridad. Así que... Te sugiero que apagues primero las luces.

El cuerpo de Justin se estremeció débilmente en una risa silenciosa.

—Te adoro, ¿sabes? —Susurra, quitándome de las manos la foto enmarcada de Sandra y dejándola sobre la mesilla auxiliar. —¿Te importa que se quede aquí un rato? Hasta que hable con Ángelo. Y luego, si la quiere, la llevaré a su habitación.

—Dios, Justin… —le dije, rodeándole el cuello con los brazos y subiéndome encima de él. Justin me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a su pecho.

Le rodeé el cuello con los brazos y me subí encima de él. Justin me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a su pecho.

—Sacas lo mejor de mí.

—Y haces resucitar a los muertos que hay en mí.

Lo beso con tanta avidez, con tanta ansia, que no me doy cuenta de que lo estoy acurrucando sobre su espalda y presionando mi cuerpo sobre el suyo. Beso cada centímetro de su cuerpo. La línea de su barbilla. Su cuello. Cada dibujo de su cuerpo. Su pecho firme. Bajando. Siente cómo baja por sus abdominales tensos y cómo respira. Más abajo aún. Hasta la fina franja de vello que se extiende desde el ombligo hasta la ingle. Hasta los músculos oblicuos. Hasta los vaqueros, bajo los cuales ya se le está endureciendo la polla.

Justin me coge de la mano y me arrastra al extremo opuesto de la habitación, directamente hacia el espejo. Se sienta en el banco de madera, de espaldas al espejo, y me gira para que quede frente a él. Mis muslos están a la altura de su cara. Dios mío.

¿Qué está tramando?

Me mira como un depredador y, sin previo aviso, me baja los calzoncillos junto con las bragas. Jadeo y quiero cubrirme, pero Justin no me deja y cubre al instante mi entrepierna con su boca.

—Pon las manos en el espejo —me ordena— y, sin esperar, me echa la pierna por encima del hombro.

Justin está hurgando con avidez en mi clítoris. Lo chupa, lo presiona entre sus labios y vuelve a metérselo en la boca. Suelto un largo gemido y presiono el espejo con las palmas de las manos. Ojalá no se hiciera añicos por el esfuerzo. Pero a la mierda. Su lengua caliente me acaricia con insistencia y se abre paso en mi interior, arrancándome otro gemido.

—Mírate en el espejo— sus dedos se unen a su lengua e involuntariamente empujo mis caderas hacia delante, hacia su boca. —Mira cómo te acaricio.

—Justin…

Empiezo a contonearme débilmente al ritmo del movimiento de sus dedos dentro de mí.

—Mira cómo te follan, mi lengua y mis dedos— me chupa el clítoris y me penetra más profundamente.

—Dios...

Me miro en el espejo, en mi reflejo, y no me reconozco.

Mis mejillas están rojas. Ardo de excitación. Tengo los labios húmedos porque no puedo dejar de lamérmelos. Tengo la mano en el pelo de Justin y me balanceo adelante y atrás contra sus caricias. Esta Jessie no tiene vergüenza. Está liberada y quiere más. Es salvaje y ya no tiene miedo. Se mira a sí misma y le parece increíble.

—Ven dentro de mí —gimo mientras las manos de Justin aprietan mis muslos y su lengua lame mis jugos. Me bajó la pierna y saltó del banco.

—Sabes que no tienes que pedírmelo —me empuja hacia delante, obligándome a apoyar las rodillas en el banco. Mantengo el equilibrio, apoyando las palmas de las manos en el espejo, y siento la penetración desenfrenada de Justin.

—Oh, sí… —gimió, penetrándome hasta el fondo. Mi pecho húmedo lo aceptó con facilidad.

—Sí, nena... Está tan caliente dentro de mí. Tan grande. Y me penetra tan profundamente que cada chorro me lleva a la cima del placer. Estaba a punto de correrme solo con su lengua dentro de mí y ahora estoy destrozada. Nos miramos en el reflejo del espejo.

Veo la misma mirada animal que vi en el baño del restaurante de Reno, pero ahora es aún más dura. Estamos desnudos. No estamos contenidos. Somos apasionados. Y es delicioso. Puedo vernos de cuerpo entero. Puedo ver cada movimiento de Justin. Le veo poseyéndome con avidez. Mi cuerpo. Y es jodidamente caliente.

Me está follando.

Me aprieta contra el puto espejo.

Me empuña el pelo.

Me atrae hacia él y me hunde los labios en el cuello.

Recorre insaciablemente mi cuerpo con la mano. Presiona mis costillas, mi cintura, mis caderas. Me echa la cabeza hacia atrás, me muerde los labios y me mira fijamente a los ojos. Observa cómo llego al orgasmo y me estremezco bajo él, cogiendo aire con la boca.

—Justin... Apenas hablo, me desplomo bajo su torso.

Aprieta más mi cuerpo contra su pecho y me penetra con más brusquedad, dando las últimas embestidas. Cierro los ojos y siento cómo se corre. Se siente caliente y demasiado bien dentro de mí. Justin me rodea con los brazos y me sostiene con las manos para que no nos desplomemos sobre el banco. Aún respiramos agitadamente. Justin se toma su tiempo para salir de mí. Me rodea el cuerpo con los brazos y me besa la sien.

—Solo puedes ser débil a mi lado... —susurra. —Solo a mi lado, Jessie. Por favor.

Cierra los ojos y vuelve a besarme el hombro, luego apoya la frente en él. ¿Está enfadado por algo? ¿O arrepentido? ¿O está preocupado por algo? No consigo entenderlo.

Por favor. Es como si supiera que hay algo delante que intentará romperme. Justin me suelta a regañadientes el abrazo y me pone los calzoncillos. Me ayuda a vestirme y no me quita ojo en ningún momento. No puedo evitar tener la sensación de que algo le preocupa.

—Justin, ¿qué pasa? Por favor, dime... —Me interrumpe el timbre de su teléfono.

—Espérame un momento —Justin se retira un poco y contesta a la llamada.

—Sí. Dile que iré dentro de cinco minutos. —Colgó, apretó el teléfono contra el oído y se volvió hacia mí—. —La ducha tendrá que esperar. Nos espera un invitado muy desagradable.



Capítulo 13. Justin

¿Aplastarle otra vez la nariz, romperle la mandíbula o las piernas para que solo pueda desplazarse en silla de ruedas?

¿Cuál es la mejor manera de conocer a un hermano esta vez?

Es algo en lo que habría pensado hace dos días. Pero hoy no.

Mientras bajamos de la habitación al vestíbulo, Jessie sonríe y saluda con la mano a Jonathan. Este salta inmediatamente de su silla y se dirige hacia nosotros, pero solo tiene ojos para Jessie.

¿No deberíamos al menos estrangularle?

Solo un poco. Algo para ocupar esas manos tensas.

—Hola— Jonathan sonrió y dejó entrar a Jessie en el ascensor. Le empujé con el hombro y la seguí dentro, y entonces Jonathan ya estaba dentro.

—¿Qué has estado haciendo?

—Intentando ser amable.

Jessie abre la boca, pero le interrumpo:

—Joder.

Jonathan tosió y miró hacia otro lado, y a mí me dieron un puñetazo en la espalda.

«Siempre hace bromas idiotas cuando está nervioso», explica Jessie.

—No estoy nervioso —respondí.

¿Qué quieres decir con «estoy nervioso»? ¿Qué es esta tontería?

Oí que Jonathan se reía débilmente y me irrité. ¿Por qué demonios le divertía tanto Jessie?

Sí, es divertida e ingeniosa. Pero no para él.

—¿Cómo está papá y Ángelo? —Es evidente que está hablando conmigo.

Me inflamo como una cerilla. Agarro a Jonathan por el cuello de su abrigo y lo estampo contra la pared de acero del ascensor.

—¡Justin! —chilla Jessie e intenta apartarme de un hombro, pero no lo consigue.

—Escúchame —me acerqué a la cara de mi hermano y apreté los dientes—. —Tú y yo nunca vamos a tener una conversación agradable sobre mi familia. No formas parte de ella. Nunca lo serás. Me has minado la confianza. Una cena familiar no va a arreglar eso. ¿Lo entiendes?

Jonathan me empuja en el pecho, me endereza los hombros y me ajusta bruscamente el abrigo.

—No era mi intención —sus labios se curvaron en una línea apretada y unos mechones de pelo le asomaron por detrás de la oreja, pero se pasó una mano por ellos, recogiéndolos. El ascensor se abrió y Jonathan fue el primero en salir, dirigiéndose a la puerta de mi apartamento.

—Deja de hacer el imbécil —susurró Jessie con gesto serio, y luego añadió—:

—De nada. Tampoco fue fácil para él venir aquí. «Mierda», exhaló pesadamente.

—Tal vez —dice él.

—Tengo que cambiarme —dice Jessie en cuanto entramos en el salón.

—Será rápido. Intentad no mataros mientras tanto...

Justin me lanza una mirada severa.

—¿Por qué Justin? —Me ofende. —Soy una persona comedida, por si no te habías dado cuenta.

Jonathan sonríe detrás de mí y me vuelvo bruscamente hacia él, pero se limita a poner los ojos en blanco, como si estuviera cansado de mis amenazas, incluso silenciosas.

—¿Has traído la carta? —Me dirijo al fondo de la cocina y enciendo la luz que hay sobre la barra.

Jonathan me sigue sin prisa.

—Aquí está —sacó un viejo sobre del bolsillo interior de su abrigo, que antaño debió de ser blanco o rosa suave. A Sandra le encantaba ese color.

—Hace más de una década que no lo abro... Coloca sobre la mesa y ambos lo miramos fijamente. El silencio empieza a aplastarme y a resonar en mis oídos.

El espacio de la enorme habitación se reduce a un metro. Luego a un palmo. No respiro. En este trozo de papel está lo que no sé de Sandra. Pero ella dijo que me lo había contado todo.

¿Qué puedo encontrar ahí?

¿Lo quiero?

¿Necesito lo que contiene la carta?

No estoy seguro.

¿Y si lo que descubra empañara su recuerdo?

¿Y si hay algo ahí que deseaba tanto hace diez años, pero que no tenía derecho a exigir?

¿Y si me quería de verdad?

¿Quiero saberlo ahora?

A la mierda. Me lanzo hacia el armario con mi colección de whisky, saco mi botella favorita y me rocío con el ron.

—¿Quieres un poco? —pregunté sin darme la vuelta.

—¿No leerás la carta?

—Léelo tú —dijo Jonathan en voz baja, y yo saqué otro vaso bajo, volví a la barra y le puse un vaso lleno delante.

Jonathan bebe un sorbo e imprime la carta.

Le tiemblan las manos. Las mías también. Agarro el vaso con más fuerza y me alejo un par de pasos del mostrador hacia las ventanas panorámicas. Fijo la mirada en las borrosas luces de Los Ángeles de noche. Vuelve a llover.

—"Mi dulce Jonathan —bebo un sorbo y cierro los ojos al oír la voz de mi hermano—. —He escrito tantas cartas y esta no sé cómo empezar. Es una tontería, ¿verdad? Probablemente, porque lo que hago sería igual de estúpido. Y nunca me lo perdonarás. Pero no puedo evitarlo. Me falta el aliento. Todo se ha vuelto demasiado complicado. Ya no puedo respirar. Nuestro amor ya no me eleva. Ya no vuelo. Y cada día siento más que nada es algo que nos hemos inventado. Somos demasiado jóvenes. Nos queda mucho por ver, sentir y experimentar. Todos los caminos están abiertos para nosotros, solo tienes que ir. Elige cualquier camino: da un paso adelante. Explora. Yo he elegido el mío. Pero está lejos de ti, Jonathan. Lo siento. Sandra".

Jonathan se calla y no me doy cuenta de que he vaciado el vaso. Creo que ni siquiera he respirado en todo el rato. No parpadeé. No me moví. Estaba atrapada en el pasado y podía oír literalmente su voz. Dios... Cierro los ojos e intento apartar las lágrimas que se me acumulan en las comisuras.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Jonathan en voz baja, y capté la vivacidad de su voz.

—Léelo otra vez.

—¿Me tomas el pelo?

—¡Vuelve a leer la maldita cosa! Me doy la vuelta para mirarle y le alcanzo en un par de amplias zancadas.

Golpeo con fuerza el vaso contra el tablero de la mesa y me quedo inmóvil junto a Jonathan, cuyos ojos brillan claramente por las lágrimas.

—No voy a volver a leerlo —se calma bruscamente.

—Puedes quedarte la carta si quieres. No la necesito. No sé por qué la he guardado todo este tiempo. Deja el whisky a medias y se vuelve para marcharse.

Tomo la carta en mi mano. Mi corazón está frío. El papel está arrugado y con ampollas en algunas partes. La tinta está descolorida. Miro fijamente las letras familiares. Algunas están borrosas. Pero no puedo encontrar a Sandra en ellas.

—¡Jonathan, espera! Le estoy alcanzando en el vestíbulo.

—Ya te lo he dicho, puedes quedártelo. No quiero ese recuerdo. Solo me hace daño.

—No fue Sandra quien lo escribió.

—Estás loco —se vuelve de nuevo hacia la puerta, pero le doy un tirón y le fuerzo a retroceder.

—Fíjate en esto. Su firma: «Sandra». «Sandra». ¿Lo ves? Nunca firmaba así sus cartas. Siempre escribía «Liau», como el miau de su apellido. Y dibujaba un corazón en vez de una «y». Siempre.

—¿Cómo lo sabes?

Vacilé un segundo. Lo sé.

—Me escribió en la cárcel. Muy a menudo.

—Bien —Jonathan me quita la mano del antebrazo.

—Así que esas son las «muchas letras» de las que habla al principio de su mensaje.

—¡Maldito infierno! Jodido White, ¿puedes calmarte un momento y escuchar lo que te digo? —Le estoy empujando en el pecho.

—¡Sandra no escribió así! ¡Ni siquiera es su puta letra! ¡Lo sé de buena tinta!

—Por supuesto. —Jonathan explota. —Sabías una mierda de ella, ¿verdad? Su alma. Su corazón. ¡Lo sabía todo de ella! ¿Sabías cuánto la quería? ¿Cómo estuve dispuesto a matarte e ir a la cárcel por ello cuando me enteré de que se quedaba contigo? ¿Sabías cuánto tuve que contenerme? —Ahora me empuja en el pecho y yo me tambaleo hacia atrás, sorprendido.

—¿Sabía lo que pasaba dentro de mí? ¿Sabía lo que me había hecho para olvidarla? Me empuja de nuevo y mi espalda queda contra la pared.

Jonathan me agarra por los hombros y me sacude, y yo me entumezco y no puedo mover ni un dedo.

—No sabías una mierda. Solo querías apartarla de mí, ¡desde el principio! —me grita a la cara y se abalanza sobre mí, pero le intercepto el brazo—.

—¡Cálmate, joder! —Le rodeo el cuello con los brazos.

—¡Nunca tuve nada con Sandra! ¡Jamás! Solo acudió a mí porque la dejaste embarazada, ¡imbécil!

Jonathan se pone rígido y me suelta el agarre.

—¿Qué has dicho?

Le empujo más lejos e intento recuperar el aliento, mientras Jonathan se debilita visiblemente ante mis ojos y apenas se mantiene en pie.

—¡No te hagas el tonto conmigo! —Respiro con dificultad.

—Sabías que estaba embarazada. Lo sabías y ni siquiera te atreviste a romper con ella en persona, ¡enviaste a Victoria, que intentó sobornarla para que abortara! —Grito y siento que se me arde el corazón.

Se han abierto viejas heridas. Sangran y arden con las llamas del infierno.

—No... —le responde Jonathan. —¿De qué estás hablando? No sabía nada. ¡Dios mío! —Retrocede contra la pared y se golpea la espalda contra ella.

—No me mientas —siseó, apretando los dientes. —Tenía diecisiete años. Y Victoria y tú sabíais perfectamente el escándalo que provocaría el nacimiento de aquel niño.

—¡Cállate! —rugió Jonathan y se clavó los dedos en la cabeza como si quisiera impedir que le explotara. —¡Cállate! ¡No sabía nada! ¡Es la primera vez que oigo esto!

Le agarré del cuello de la camisa, apreté el puño y lo tiré hacia mi cara. Mi hermano tiene lágrimas en los ojos. Y son de verdad.

—Júrame que no lo sabías —respiró con celo—.

—Te lo juro. No sabía... Jesús... No sabía nada. Pensé que me había dejado por tu culpa. Creí que ya no me necesitaba... Justin... ¿Cómo pudo? Su cuerpo se afloja y lo recojo bajo el brazo. —¿Por qué no me lo dijo? Ella... Llevaba a mi bebé dentro.

No sabía qué hacer. Mi ira se apaga. El fuego se apaga y solo siento la amargura de la pérdida.

Arrepentimiento por palabras no dichas. Palabras no dichas. Rencores vacíos. Él no sabía nada.

—¿Ha abortado? —pregunta Jonathan con la cabeza agachada.

Ni siquiera tiene fuerzas para mirarme a los ojos.

—Te quería demasiado como para deshacerse del bebé.

No…

Finalmente, me mira, con los ojos llenos de desesperación.

—Estás mintiendo. No puede ser verdad.

—Espera aquí un momento, ¿vale?

Jonathan asiente despacio y se apoya en la cómoda, hundiendo la mano en el pelo. Yo subo corriendo a mi despacho y vuelvo un par de minutos después con una pila de cartas de Sandra que me había enviado a la cárcel.

—Ésta es mi memoria —le tiendo a Jonathan.

—Pero ahora lo necesitas más —acepta la pila sin comprender y me mira incrédulo—. —Está todo ahí. Todas las cartas que me envió "Liau". Son tuyas. Léelas y luego volveremos a hablar. A Jonathan le tiemblan las manos, pero agarra las cartas con fuerza y se traga saliva, secándose la cara con la palma libre.

—Podría haber tenido un hijo como tú —susurra sin levantar la vista.

Mi corazón se hunde. No. Ángelo es mío.

—Si no hubiera muerto... —respondí con dolor en el pecho.

Jonathan aferra las cartas con ambas manos y cierra los ojos con fuerza. Puedo ver los latidos, pero él está tan sereno como siempre, a diferencia de mí.

—Llámame cuando estés listo —abrí la puerta principal. —O a Jessica... O a mí.

Jonathan se va sin decir una palabra. Y no las necesita. Se han dicho demasiadas cosas. Ambos necesitamos replantearnos lo que hemos oído. Además, necesito otra copa.

Hago girar el vaso entre mis dedos, deslizando la mano a lo largo del muslo. La lluvia golpea los cristales de las ventanas, pero parece que me da en los hombros. Estoy muy cansado. Hay demasiados problemas amontonándose sobre mí y no sé cómo ordenar todo este montón de mierda.

Mi pasado en forma de Sandra. Mi hermano, al que odié todo el tiempo y no sé si lo hago ahora. Mi madre, que claramente tuvo algo que ver en todo esto. El niño Ángelo, al que hay que explicárselo todo en algún momento. Garner, que me presiona y me matará en cuanto tenga ocasión porque no voy a cumplir sus condiciones. También matará a Jessie, si White le da dinero extra por la orden de Gray.

Douglas Gray, a quien tampoco le importaría deshacerse de mí. Es el padre biológico de Jessie. Y Jessie, a quien amo más que a la vida. A quien temo perder. Y que no puede soportar la verdad.

—Dios... —exhalé en la oscuridad de la habitación y me presioné el puente de la nariz con los dedos.

Estoy jodido.

—Nunca he oído del Diablo llamar al Dios —dijo una voz a mis espaldas, y sonreí débilmente.

Es un milagro. Y tengo tanto miedo de romperla.

—¿Espiándonos a Jonathan y a mí?

—Sí —Jessie se pone a mi lado y apoya suavemente la sien en mi hombro.

Inhalo su aroma con todo el pecho. Huele tan bien. Mi gel de ducha y su champú con un toque de alguna flor exótica.

—¿Qué te parece?

—Es un buen comienzo. No os habéis matado, lo cual es bueno. Sonrío y doy un sorbo a mi whisky. —¿Vas a contarle lo de Ángelo? Dice en voz baja, pero es suficiente para hacerme estremecer.

—Ángelo es mi hijo. No se lo voy a compartir con nadie.

—Lo comprendo. Pero...

Deja de hablar de repente, y desvío la mirada de la ventana a su rostro pensativo.

—Continúa.

—Si yo fuera Ángelo, querría saber la verdad. No te miraría peor a sus ojos —suspiró profundamente y me rodeó el hombro con ambos brazos—. —Pero crecer con un hombre y no saber que es tu padre... Yo no querría eso. La verdad siempre sale a la luz. Y entonces me sentiría engañada.

Me quedo inmóvil y me armo de valor. Mi corazón rebota con tanta fuerza que está a punto de estallarme en el pecho. Ahora mismo le estoy mintiendo. Miento sin decir una palabra y ella ni siquiera lo sabe.

—Jessie... Empiezo a temblar. —Hay algo que tengo que decirte.



Capítulo 14. Justin

Por fin —coge mi vaso y lo deja sobre la mesita, luego vuelve y me pone las manos en su cintura, acercándome a su cuerpo.

—Veo que algo te preocupa. Me di cuenta en cuanto llegaste a casa.

—Qué Elfa tan perspicaz —me inclino para besarle la coronilla. Siento su sonrisa a lo largo de mi pecho y, entonces, echa la cabeza hacia atrás y me mira directamente a los ojos.

—Dime qué te preocupa. Lo comprenderé.

No dudo de que lo entenderá. Dudo que lo soporte. Toda su vida será una mentira en un instante. ¿Puedo hacerle eso?

—Justin, me toca la mejilla.

—Tu silencio me asusta. ¿Pasa algo? ¿Es por el trabajo? ¿Estás en peligro? Que le den a todo el mundo. No necesitas ese dinero.

—Ya no se trata del dinero. No puedo rendirme porque estés en peligro.

Se queda paralizada y yo la estrecho más contra mi cuerpo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

—No lo sabía hasta hace poco. Pero, según he sabido, estás directamente relacionada con el hombre que estoy desenterrando.

—¿Qué? ¿Cómo?

Se zafa de mi abrazo y da un paso atrás.

—Eres la cosa que buscaba.

Jessie me lanza una mirada severa y luego sonríe.

—Muy gracioso, Justin.

De repente, un tal Jessie Rodríguez se convierte en un jodido y valioso pedazo de mierda de un tipo grande.

—Es un chiste muy bueno. Me ha encantado.

—No eres Rodríguez.

Se desata un huracán en mi interior. Aprieto los puños y cierro los ojos. Prefiero que se entere por mí.

—Ahora te estás pasando, Sr. Morris. Si no quieres decir la verdad, no lo hagas. Esperaré a que encuentres las palabras adecuadas. Ahora, vamos a la cama, ¿vale? Es casi medianoche.

Me coge de la mano e intenta arrastrarme hacia las escaleras, pero yo la giro bruscamente para que me mire y la agarro por los hombros.

—No bromeo, Jessie. Tu verdadero apellido es Gray. Jessica Juanita Gray de Molina, para ser exactos. De Molina por parte de madre, Gray por parte de padre.

—¿De qué estáis hablando? ¿Quiénes son esas personas? —Arquea las cejas indignada y me quita las manos de encima. —No tiene gracia, Justin. Mis padres son Steven y Linda Rodríguez. Además, estoy parecida de madre.

—Los padres que te entregaron el día que naciste. En el hospital. Tu madre biológica murió en un accidente de coche, pero te salvaron...

—¡Dios, no! ¡Cállate! ¡No quiero oír nada de esta mierda!

Se da la vuelta y corre hacia el dormitorio, pero la intercepto en las escaleras y tiro de ella hacia mí por el brazo.

—Escúchame. Escúchame, por favor.

—¡No quiero oír tus cuentos de hadas! — Jessie no se da cuenta de que está empezando a llorar—. —¡No quiero entrar en todas esas tonterías! ¡No es verdad! ¡Todo lo que has dicho son tonterías!

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y la estreché contra mi pecho.

—¡Suéltame! —Jessie intenta apartarse, pero yo no la suelto, solo la estrecho más entre mis brazos.

Aprieto su cuerpo tembloroso y aprieto tan fuerte como puedo. Mi pobre niña. Perdóname. Lo siento por cada palabra que duele.

—No estoy mintiendo. Jessie, por favor. Tienes que saberlo porque estás en peligro. Te ruego que me escuches.

—¡Soy Rodríguez! —grita, y me da puñetazos en la espalda.

Puedo soportarlo. Que me pegue más fuerte.

—¡Soy su hija! Mi padre… —se ahoga en sollozos. —Steven. ¡Él me quería!

—Te quería mucho. Mucho, es verdad.

—¡Estás haciendo esa broma a propósito porque he dicho sobre Ángelo!

—No, Jessie, no. Cariño. Nunca te haría algo así si no estuviera seguro.

Empieza a sollozar. Sus golpes contra mis costillas disminuyen y Jessie se desploma. La cojo en brazos y la llevo al dormitorio. Sin soltarla de mis brazos, la tumbo en la cama y me acomodo a su lado. Aprieto su cuerpo y siento cómo se estremece debajo de mí.

—Lo siento —besé su rostro húmedo—. —Por favor, lo siento. No debería haberme involucrado. Pero no sabía lo que buscaba. No sabía en qué se convertiría. Quería trapos sucios sobre Douglas Gray. Y yo... Mierda... Jessie... Por favor.

Siento sus débiles dedos aferrándose a mi hombro y me tapo los ojos. Siento dolor. Mi corazón está desgarrado y sangra. Pero ahora está peor y no sé qué hacer para ayudarla.

—Jessie...

Apoyo los labios en la parte superior de su cabeza, pero no contesta.

Al cabo de media hora, sus sollozos se calman y parece que se queda dormida. Yo no noto que me duermo.

—¡Jessie!

Me levanto de un salto, sudando frío. Echo un vistazo rápido a mi alrededor: estoy en mi dormitorio. La habitación sigue a oscuras. He soñado que tenía un accidente con Jessie. Exhalo con alivio.

— Jessie... —Vuelvo a bajar la cabeza sobre la almohada.

Vuelvo a bajar la cabeza sobre la almohada. Espero no haberla despertado. Me pongo de lado y quiero rodearla con los brazos, atraerla hacia mí y abrazarla hasta que amanezca, pero la cama está vacía.

—¿Jessie? —Me apoyo en los codos.

—¡Jessie!

Me levanto de la cama y echo un vistazo al dormitorio.

—Jessie, ¿dónde coño estás?

Dios, no. Garner no. No podía haber actuado tan rápido. No podía apartarla de mí. Mi corazón empieza a acelerarse. Mis manos empiezan a temblar. Salgo corriendo del dormitorio y bajo las escaleras. No la encuentro por ninguna parte.

—¡Jessie! —estoy gritando como una loca.

—¡Jessie!

No podía huir de mí.

No, pero no hay señales de allanamiento en el piso y su abrigo no está en el vestidor. Tampoco hay zapatos. Los hombres de Garner no hicieron esto. Jessie escapó por ella misma. Y no se llevó nada más.



Capítulo 15. Jessie

No eres Rodríguez».

«Cada sonido en tu cabeza equivale a una bala. No eres Rodríguez. Tienes una bala en el corazón. Está perforado por una bala y duele. Pero, de algún modo, no me estoy muriendo. Siento un dolor punzante y no puedo ver la carretera que tengo delante a causa de las lágrimas interminables. Me froto los ojos, intentando no sollozar, y agarro el volante con más fuerza.

No soy Rodríguez. Llevo veintidós años mintiendo. En una familia que no me quería y ahora sé por qué. Yo no era de la familia. A diferencia de Corey. Me metieron ahí como a un cachorro callejero. Si no te gusta, tíralo a la basura. Paso otro semáforo en rojo. Piso el acelerador a fondo y aúllo al compás del rugido del motor. Ya no me siento yo. Mi vida es un simulacro.

Todos interpretaban algún papel en ella, leyendo un guion cuya trama no me iban a contar. También me estaban interpretando a mí. Todos mentían. Aparco en mi sitio junto al río y salgo a trompicones, cogiendo la guitarra del asiento trasero. Sigue lloviendo a cántaros. Se mezcla con las lágrimas y ya no me doy cuenta de que me la estoy quitando de la cara. A la mierda. Me limpio la nariz con el dorso de la mano y me envuelvo más en mi capa. Hoy hace demasiado frío. Espero morir congelada aquí fuera.

Cuando llego a mi sitio, deja de llover. La sustituye una espesa niebla. Envuelve el río, flotando entre los contenedores oxidados, a lo largo del asfalto decrépito procedente de las olas del océano Pacífico. Apenas se ven, pero se oyen al desmoronar el muelle. La niebla también me envuelve. Ciega el mundo. Nadie puede encontrarme aquí.

Me siento en el sofá mojado y toco las cuerdas de la guitarra con dedos temblorosos. Responde de inmediato. Siente mi alma y llora como yo.

—Papá, ¡yo también quiero tocar y cantar así!

—Ya crecerás y aprenderás, estrella.

Me pongo en pie de un salto y grito hasta hartarme. Dejo caer la guitarra al suelo y le doy una patada.

—¡Al infierno! ¡Al infierno! ¡A la mierda!

Me tiembla el cuerpo. Sollozo y desmenuzo la guitarra con el pie. La pisoteo. La rompo. No puedo parar. Me abruma el dolor. Me quema. Me abrasa. Me mutila. No puedo detenerlo. Solo puedo gritar. Agarro lo que queda de la guitarra, corro hacia la valla y la arrojo al agua. Se llevarán mi grito. Lo ahogarán, igual que a la guitarra. ¿Y si me ahogan a mí?

¿Quién soy? ¿Quién soy? —Aullé ante el rugido del océano y subí más alto, pisando los barrotes de hierro de la valla.

—¿Quién? En respuesta, el agua brilla tranquilamente contra la orilla. Esto no se parece en nada a mi estado de ánimo. Mezclado con lágrimas. Mis cabellos se ven agitados por el molesto viento. Se enredan y azotan mis mejillas manchadas de lágrimas y ni siquiera tengo fuerzas para apartarlos.

Me deslizo fuera del sofá, doblo las rodillas y me pongo en cuclillas, rodeándome con los brazos. Estoy perdida. Las escasas gotas de lluvia caen del cielo e inclino la cabeza hacia arriba, poniendo la cara baja ellas. Ojalá pudiera ahogarme y morir. O al menos enfermar lo suficiente para pasar los bajos días agonizando e inconsciente. De lo contrario, no podré soportarlo.

—¿Quién soy ahora?

—Fuiste y serás siempre una Elfa.

¿Qué?

—¿Ángelo?

Me limpio los ojos y veo una silueta que avanza hacia mí a través de la niebla.

—¿Qué haces aquí?

Creo que estoy alucinando.

—¿Por qué has huido?

Se acerca y se detiene a un palmo de mí.

—Te mojarás —resoplé, secándome las lágrimas y poniéndome en pie. —Vete —le ordené, apretando los bordes de la capa mojada que probablemente al día siguiente tendría que tirar a la basura, junto con mi alma.

—Ya estás empapada —dijo, arrastrándose detrás de mí hasta el sofá.

—¿Cuál es la diferencia?

Su voz es tan tranquila y fría como siempre. Como si no tuviera diez años y ya nada en su vida le sorprendiera.

—¿Está Justin aquí?

Me siento en el borde del sofá y miro hacia otro lado.

—Está escondido —dice Ángelo, que se acomoda a mi lado—. —No te preocupes, no saldrá de su escondite hasta que le haga una señal. Y no nos oirá.

—Vale —me limpio las lágrimas restantes—. —Me ha contado lo que pasó. Y lo entiendo, Elfa.

—No lo creo.

—Yo también me siento triste a veces cuando estoy solo. Sé que mi madre ha muerto. Justin no me lo dijo, pero empecé a sospecharlo y luego me lo dijo Neil. Sé que es ella la de la foto.

Me da un vuelco el corazón.

¿Cómo se las arregla?

¿Cómo hace este niño de diez años para mantener la compostura?

No tiene por qué. Le miro y me asombro.

—Ángelo... ¿Pero por qué te lo callas?

—Porque si hiciera preguntas, Justin saldría herido. Y no quiero que salga herido. Ya le he visto llorar antes en su habitación. Y eso no me gusta. Me gustaría que siempre estuviera sonriendo, como contigo. Yo también sonrío con él.

—Pero no puedes guardarte tus preocupaciones para ti. Justin es un adulto, es tu padre, se supone que debe ayudarte. Que te escuche.

—No soy reservado, Elfa —se desabrocha la chaqueta y saca un libro verde oscuro de un bolsillo interior—. —Aquí está todo.

Cuando me siento muy triste y quiero llorar, escribo aquí.

Me entrega el diario y no sé qué hacer con él. Es lo más íntimo que existe. Hay cosas ahí que Ángelo nunca enseñó a nadie. Ni siquiera se lo dijo a nadie.

—¿Y me lo estás regalando?

—Puedes escribir allí.

—¿Puedo leerlo? —Elijo cuidadosamente mis palabras y toco las páginas ajadas.

Ángelo duda. Se queda mirando la niebla que nos envuelve y se muerde el labio.

—Pero no se lo digas a Justin. Pensará que soy débil.

—Ángelo... Las lágrimas volvieron a agolparse en mis ojos. —Justin te quiere tanto... Es... El nudo en la garganta.

Trago saliva. Miré a Ángelo y comprendí cuánto necesitaba amor.

—¿Por eso no le llamas papá?

—No lo sé —responde con calma.

Sollocé, incapaz de contenerme, y abracé al chico tan fuerte como pude. Lo estrecho contra mí y él apoya su cara en mi pecho.

—Justin conoce sus errores. Perdónalo. —Susurré. —Le costó tanto quedarse contigo... Los dos.

—Lo sé... Los brazos de Ángelo me envuelven.

—Elfa, no creas que no tienes a nadie. Ya nos tienes a nosotros. Y no vamos a ir a ninguna parte.

—No voy a ir a ninguna parte —apreté al chico más fuerte entre mis brazos y le besé la parte superior de la cabeza.

—Tú nos necesitas. Y nosotros te necesitamos a ti.

—¿Y tú?

—Y a mí. Y a Justin. Le necesitas de verdad. Sigue ahí de pie, muerto de frío, esperando una señal —se lamentó Ángelo.

—Ángelo... ¿Estás llorando?

—No —se echa hacia atrás—. Los hombres no lloran. Es la lluvia.

Echo la cabeza hacia atrás y miro al cielo gris nublado.

—Pero volverá a llover.

Ángelo guarda silencio y me mira con los ojos enrojecidos. Sonrío suavemente.

—No se lo diremos a nadie. ¿De acuerdo?

—Lo hará si antes te limpias las lágrimas.

Me río y vuelvo a tirar de él hacia mí. Con fuerza. Para que pueda sentir los latidos de mi corazón. Se ha descongelado. Y ya no siento frío. Llueve sobre nuestras cabezas, lavando la amargura de nuestra pérdida. Cada vez es más pesado. Gota a gota, limpiando nuestros corazones.

Es como si el cielo se hubiera cansado de contenerlo todo y hubiera decidido derramar toda su belleza sobre nosotros.

—¿Puedo venirme ya? —Oigo la voz de Justin, pero no le veo. —Hace frío. Y me he congelado las pelotas.

Ángelo se ríe, y yo también estallo en carcajadas. Empezamos a reírnos más fuerte, los dos, riéndonos a carcajadas.

—Me alegro de que os divirtáis, pero yo solo estoy empapado como un retrasado —dice Justin, acercándose a nosotros.

—Ángelo, entra en el coche con el abuelo.

—¿Neil también está aquí? —Estoy ardiendo en llamas. ¿A cuánta gente he molestado hoy?

—Por supuesto. ¿Quién si no podría habernos traído aquí? He estado bebiendo... —los ojos de Justin se cruzan con los míos—. Es más duro que la escarcha y no puedo soportarlo. Hay demasiado dolor. Y yo lo he causado.

—Ángelo, ¿has oído eso? Sube al coche. No queremos que te resfríes.

—De acuerdo. —Solo ahora Ángelo deja de abrazarme y se levanta del sofá.

—No hagas daño a la Elfa.

—Esa Elfa haría daño a cualquiera —sonrió débilmente Justin, pero su mirada seguía siendo seria.

—Gracias —deten a Ángelo—. —Lo has hecho mejor que yo. Estoy orgulloso de ti, luchador.

Ángelo mira torpemente a Justin, luego a mí, y le rodea la cintura con el brazo, vacilante. Justin se queda paralizado un segundo, luego le devuelve el abrazo a su hijo y me mira. Incluso sin palabras, se le nota lo agradecido que está. Se le nota en la mirada.

Acompañamos al chico a su coche y él y Neil se marchan. Mi viejo Ford nos lleva a Justin y a mí a casa a las 7 de la mañana. Aún está oscuro. Algo nuevo y hermoso la ha sustituido. Quizá eso es lo que me está ocurriendo.

Ni Justin ni yo decimos una palabra en todo el camino. Seguramente se está conteniendo para no gritarme, y yo no sé qué decirle. Caminamos en silencio hasta el piso, cruzamos el umbral y, en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, Justin me agarra de la mano y me tira contra su pecho.

—Justin...

Solo me aprieta con más fuerza, y las lágrimas ruedan por mis ojos.

—Dios, Jessie, me has asustado.

Entierra la nariz en el cuello de mi abrigo y exhala pesadamente.

—Jesús, Elfa... Me atrae contra él con tanta fuerza que el agua se escurre por la capa de color verde. —Me vas a llevar a la tumba. Te dije que no huyeras...

—Lo necesitaba. Lo siento —le rodeé el cuello con los brazos—. —Nunca habría huido lejos de ti.

—¡Maldita sea! —Justin se aparta bruscamente. Se queda helado. Como si me estuviera mirando de los pies a la cabeza por primera vez. —¡Y estás empapada! ¡No quiero que te pongas enferma! Sin preguntar, me quita la capa y la tira al suelo. El libro rojo, del que me había olvidado, cae a su lado.

—¿Qué es esto? —Justin se agacha y coge el diario de Ángelo.

—¿Es tuyo? —Hace una pausa, dudando si abrir las páginas.

—No, es suyo.

—¿Él te dio esto?

—Sí. Dijo que me vendrían bien cuando tuviera dolores.

—Maldita sea…

Justin aprieta el diario entre las manos e inclina la cabeza hacia él para que no pueda verle los ojos.

—Mierda, mierda, mierda…

Veo que arquea las cejas en tensión y que una arruga le cruza la frente.

—Pero me parece —me agacho frente a él—. —Que tú necesitas estas páginas más que yo. Para responder a sus preguntas —toco la mejilla de Justin, instándole a que me mire a los ojos—. —Así os resultará más fácil a los dos empezar.

La mirada de sus ojos castaño-negros perdura en mi rostro solo un segundo, luego Justin tira bruscamente de mí hacia él y me abraza con fuerza:

—Ven a mí. Me arrodillo y le rodeo los hombros con los brazos.

—Gracias —susurra a lo largo de mi cuello—. —Por lo que haces. Por lo que eres.

—Justin me coge en brazos y grito involuntariamente. —Necesitas entrar en calor.

Justin me lleva al baño. Solo entonces me pone en pie. Me mira directamente a los ojos y me quita suavemente el jersey. Se queda a un palmo, no tan cerca como me gustaría, y sigue mirándome a la cara.

Luego, en silencio, toca con sus dedos la línea de mi mandíbula y se desliza hasta mi barbilla. Me toca los labios. Los perfila, observando atentamente el movimiento de sus dedos. Los toca suavemente. Abro la boca, pero los dedos de Justin se deslizan más abajo. Hasta mi cuello. Conduce lentamente, pero presiona contra la piel.

Exhalo reverentemente. Rastrea su tacto, que ya está quemando la línea entre mis pechos. Justin me desabrocha suavemente el sujetador y desliza los tirantes por mis hombros. Mi respiración se acelera. Siento una palpitación en las piernas. Me tapo los ojos. Dios, qué bien me sienta. Lo quiero más cerca.

Pero Justin no se acerca más. Sus manos tocan suavemente mis pezones hinchados. Respiro y mi pecho se levanta bajo las palmas calientes, buscando un contacto más firme. Los dedos de Justin no se detienen, bajan hasta mi vientre bajo la intensa mirada de sus ojos negros. Me olvido de cómo respirar. Me muerdo el labio inferior y siento cómo me tiemblan los párpados y las piernas. Me desabrocha los vaqueros mojados y se pone en cuclillas delante de mí.

—Justin...

Siento su aliento en mis muslos. El suave roce de su nariz y sus cálidos labios. Me baja suavemente las bragas y me besa, rozando apenas la piel del interior de mi muslo.

—Estoy loca por ti, Jessie —susurra, y su frase me hace cosquillas en las rodillas. —Estoy a tus pies. Siempre. Justin me baja los vaqueros por las piernas, me levanta uno y me besa el tobillo. Vuelve a besarme el tobillo y las lágrimas corren por mis mejillas. —No tengas miedo. Mataría a cualquiera por ti.

Abro los ojos y le miro a través de las lágrimas. Mi excelente Diablo. Que me entregó su corazón. Y ahora es mi deber mantenerlo a salvo.

—Más que el infierno, Justin —le digo, y me inclino para tocarle la cara. Se pone en pie, abre el agua para llenar la bañera y, finalmente, me rodea con los brazos.

—Necesitas un baño caliente y luego dormir bien. Ocho horas como mínimo. ¿Me entiendes?

—Sí —sonreí, pasándole las manos por el cuello—. Me complace tanto su preocupación. Su entusiasmo. Su amor. Eso es lo que realmente me hace sentir caliente.

—Relájate —me besó los labios—.

—Volveré pronto. Y no tengas miedo de dormirte: no me costará nada llevarte a la cama.

El agua caliente era envolvente y cada músculo de mi cuerpo se relajó. Lo necesitaba. Dejo de temblar. Me tumbo con los ojos cerrados y dejo que el día se vaya. Dejo que se vaya con la suciedad, con los pensamientos, con las cosas en las que no quiero pensar. En Rodríguez no.

—¡Maldita sea! —Aprieto los dientes y golpeo el agua con las palmas de las manos—. —¿Va todo bien?

Justin entra en el baño sin llamar.

—¿Estabas sentado debajo de la puerta?

—Sí —dijo la expresión de su cara—, ¿por qué te sorprendes?

—Se llama acoso, ¿sabes?

—No —se acercó y se puso encima de mí, apoyándose a ambos lados de la bañera—. —Solo soy un cuidador de Elfa.

—Tonto —le rodeé el cuello con los brazos y tiré de él hacia mí—.

—¡Jessie!

Las manos de Justin resbalan por el lado mojado y caen directamente en la bañera.

—¡Joder! —grita.

El agua salpica los bordes de la bañera. Me río y subo las rodillas. Justin, en vaqueros y camiseta de tirantes, se zambulle entre mis piernas. Se limpia la cara y tose, y yo me río aún más.

—Creo que está empapado, Sr. Morris —no puedo parar de reír—. —Empapado hasta los huesos. ¿Y tus bragas? ¿Están lo bastante mojadas?

—¿Ah, sí?

Me salpica agua en los ojos y se quita la camiseta. Entrecierro los ojos y me cubro la cara con las manos. Justin se deshace rápidamente también de sus vaqueros, los tira al suelo y me los arroja. Le doy una patada, pero me agarra las piernas con destreza.

—Te tengo, Elfa. Sois todos unos torpes.

Por algún milagro, me encuentro boca abajo, ya debajo de él, y con el agua hasta el cuello. Justin me presiona encima de él y ni siquiera tengo nada a lo que agarrarme. Araño el fondo de la bañera, pero está resbaladizo y no consigo agarrarme. Justin me acaricia el cuello con los dedos y me aprieta el pecho contra una de las paredes.

Siento su pene duro contra mi culo. Aún no ha hecho nada y yo ya estoy empujando mis caderas contra él.

—Jessie... —me susurra junto a la oreja.

—Es como si viviéramos nuestro último día.

He perdido la cabeza. Hoy he tenido mucho que hacer. ¿Y si no puedo soportarlo? Entonces quiero acordarme de él. El mío. Mi favorito. Quiero estar por encima de las 8000 millas, incluso en el límite.



Capítulo 16. Justin

Acuesto a Jessie y bajo las persianas del dormitorio para que la luz del día no le moleste. La envuelvo más con la manta y me tumbo a su lado, abrazándola y sin separarme de ella hasta que empieza a moquear. Me aprieta la mano con tanta fuerza que no quiero salir de la cama.

Me tumbaría así con ella para siempre. Abrazado. Como bajo una cúpula. Y nuestros problemas desaparecerían. Pero no es así. Están ahí. Están justo encima de nuestras cabezas y a punto de caer sobre los frágiles hombros de mi chica favorita. Y tengo que poner mis alas sobre ella a tiempo. Debo esconderla. Debo mantenerla a salvo.

—Puede que sea el Diablo —dijo—, pero soy su guardián.

Besé suavemente a Jessie en la parte superior de la cabeza, cerré bien la puerta del dormitorio, bajé a la planta baja y llamé a mi padre para disculparme de nuevo por molestarla a ella y a L.A. en mitad de la noche. Me aterrorizaba la idea de que pudiera haberle pasado algo a Jessie. Que ahora estuviera en peligro por mi culpa. Que fuera culpa mía haberla perdido. Mi padre me aseguró que todo iba bien y, tras mucho persuadirme, accedió a ir con Ángel a mi casita de campo cerca de San Diego, en el pueblito Del Mar.

Está desierta, es tranquila, apacible y muy hermosa. El océano es como la palma de tu mano y tiene magníficas puestas de sol.

Nadie sabe nada de la compra de esta casa, ni siquiera Garner. Se compró con mi dinero, pero está a nombre de Sheila. Así que papá y Ángelo estarán perfectamente seguros allí. Al menos hasta que pueda arreglar las cosas por aquí.

Me sirvo un whisky, pero no ayuda al temblor de mis manos. Temía por su vida. Ahora lo estoy doblemente, ya que cada hora cuenta. He estropeado el plazo de Garner. Y pronto vendrá a por mí o por Jessica. No me satisfacen ninguna de las dos opciones.

Así que estoy obligado a idear una alternativa para que Garner se vaya a tomar por culo y nos deje en paz a Jessie y a mí, o se le clave el último clavo en la tapa del ataúd. Podría acudir al FBI. Saltarían como caniches de circo para conseguirme lo que he desenterrado sobre Garner en los últimos diez años.

Les encantaría meterlo en una celda y que esta vez Anthony se pudriera en la cárcel, pero ¿de qué serviría? Incluso entre rejas, ese viejo puede influir en mí a través de sus chuchos flexibles. Y yo no soy un chivato. Estoy acostumbrada a resolver las cosas por mi cuenta y de manera justa. Así que prefiero meterle una bala en la sien que acudir a la policía.

Gray tampoco es una opción. Ya estoy convencido de ello. Su hija le importa un bledo. No moverá un dedo ni para mantener a Jessie a salvo ni para ayudarme a protegerla. No le importa una mierda. Maldito bastardo egoísta. También me ocuparé de él. Un poco más tarde.

Solo me queda Kenny White, el cliente. Puede o no puede abandonar el caso. Puede que cambie de opinión, que tenga remordimientos o algo así. La mente de un hombre con una pistola apuntándole a la frente.

Puede que no sea mi método, pero serviría en caso de que Kenny ignorara mis amenazas más humanas. Necesito concertar una reunión con él. Y conozco a alguien que puede ayudarme.

Esperé a Jonathan, que estaba dando vueltas por el salón y la cocina, fumando mi tercer cigarrillo seguido. Jessie me mataría cuando se despertara, odiaba el olor a tabaco y se me había acabado el chicle de cereza que tanto le gustaba. Mierda. Está todo por el culo. También tengo que presentar superficialmente a Jonathan. No quiero que me diga nada. Que lo intente. Hoy no estoy de muy buen humor y estrangularía con gusto a cualquier miembro de la maldita familia White.

—Apestas en todo el piso. Definitivamente, me mudo —me volví al oír a Jessie bajar las escaleras frotándose los ojos— y sonreí.

Sigue con mi camiseta larga, descalza y tan guapa que no me contengo, la cojo en brazos y la estrecho contra mí, besándole la parte superior de la cabeza.

—Uf— resopla. —Apestas a cigarrillo y a whisky.

—Así es, como un alcohólico. Y hueles a menta —atrapé sus labios y la besé contra su voluntad—.

—¡Suéltame! —se rio y se apartó, pero la sujeté con demasiada fuerza. —Morris, ¡suéltame ya!

—Vale, me rindo y la dejo en el suelo, pero no dejo de abrazarla. —¿Has dormido bien?

—No sé... —apartó la mirada.

—¿Estoy soñando todo esto?

—Por desgracia, no... La atraigo hacia mi pecho y siento que Jessie suspira pesadamente.

—Lo siento. Es culpa mía.

—¿Es culpa mía? —frunce el ceño y ahora me mira a los ojos—.

—¿Es que el día que nací mi padre biológico me abandonó? ¿O qué mi madre biológica murió? ¿O qué Linda nunca pudo quererme? ¿Cuál es exactamente tu culpa?

—Que yo te hice oírlo.

—Justin —suspiró Jessie—. —Me duele, pero te estoy agradecida. Agradecida porque no lo ocultaste. No me mentiste. Te agradezco que fueras tú quien me dijera la verdad. No podría haberlo hecho de otro modo. Si te hubieras callado, si me hubieras ocultado la verdad, me habría sentido decepcionado contigo. Me habría sentido traicionado por todos lados. Así que gracias por ser quien me mantiene a flote. —Gracias —se pone de puntillas y me atrae hacia sus labios.

—Eres la persona más fuerte que he conocido y esa es la verdad. Te mantendrás a flote en la peor tormenta. Haré todo lo posible para que así sea. Te lo prometo.

—Sé que lo haces. Me siento segura contigo. Ojalá yo también pudiera estar segura de eso.

Sonó el timbre y Jessie se sobresaltó por la sorpresa.

—¿Esperamos a alguien?

—Estoy esperando a Jonathan. Y será mejor que te vistas. No quiero que mi hermano vea esas piernas tan sexis.

—De acuerdo —respondió Jessie y empezó a subir las escaleras. —Ya que vais a celebrar otra fiesta de fraternidad, creo que iré a casa de John. Quiero contárselo todo.

— Jessie, no —tartamudeé al instante—. —Es peligroso.

—Basta —me hizo un gesto para que me fuera.

—No. ¡No entiendes que te pueden pegar un tiro en cualquier maldita esquina! —No me doy cuenta de que estoy levantando la voz. —No lo entiendes, ¿verdad? Pues piénsalo. —Me agarró del brazo y me estrechó contra su cuerpo.

—¡Eres la suciedad de un pez gordo! Te buscan. ¡Te buscan porque mandé a la mierda a mi jefe! Podrían secuestrarte. Podrían torturarte. ¡Podrían matarte! —La estrecho entre mis manos y Jessie me mira asustado. —¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes ahora?

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —grité—. —¿Encerrarme aquí para siempre? ¿Atrincherarme? ¿Encerrarme entre cuatro paredes? ¡¿Así ya no quiero vivir?!

—Jessie... —Frené el paso.

—¿Qué?

Está ganando.

—¿Qué? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme aquí y temblar de miedo?

—Te pido que no hagas ninguna estupidez. Aún estoy pensando qué hacer a continuación —me interrumpió otro timbrazo en la puerta.

—Abre tú para Jonathan y yo iré a cambiarme —me suelta las manos.

—Pero no irás a ninguna parte.

—¡No me hagas prisionera!

—¡Intento protegerte, maldita sea! El tercer timbrazo me molesta aún más. Jessie sube furioso las escaleras y yo arranco literalmente la puerta de sus goznes.

—Supongo que es un mal momento... Jonathan entorna los ojos, mirándome a la cara. —No pasa nada —le dejo entrar en el piso.

—¡Solo alguien que se niega a comprender lo evidente! —Levanto la voz a propósito y grito hacia las escaleras para que Jessie pueda oírme. Ella responde dando un fuerte portazo.

—¡Joder! —grité, enloqueciendo y golpeando con la palma de la mano la cómoda. —¡Una histérica incontrolable!

—Y me recuerda a alguien —intervino Jonathan.

—Será mejor que te calles —le dirigí una mirada furiosa.

—¿Una riña familiar? —Jonathan se sacude la lluvia de los hombros, se quita el abrigo, entra en el salón y lo tira sobre una silla. —¿Qué has hecho esta vez?

—¿Te has apuntado para ser un puto psicólogo? —Estoy sonriendo.

Jonathan sonríe. Maldito bastardo. Será mejor que no me provoque. Si cree que hemos hecho las paces y que ahora tiene derecho a criticarme, se equivoca.

No hicimos las paces. Y no tenía derecho a entrometerse en mi vida privada.

—Porque te conozco —dijo, y se sentó en el sofá y me miró fijamente a los ojos.

—Bueno, ya que es así, también sabes que normalmente es tu nariz la que se rompe después de decir eso.

—Y sabes qué, no me importan tus amenazas. Rómpelo. No creo que me hayas llamado por eso. ¿Qué te pasa? Cálmate y dilo.

—Necesito encontrar a tu padrastro. A solas. Y sin que Victoria se entere.

Las cejas de Jonathan se arquearon. Sus ojos se abren de par en par. Y su cuerpo se tensa visiblemente.

—¿Por qué lo harías?

La vida de Jessie depende de esta reunión. Yo... —titubeé, tragando nerviosamente, apretando los puños y encontrando fuerzas para continuar—, no podemos perderla a ella también.

Jonathan se hunde los dedos en el regazo. Estudia mi expresión y se da cuenta de que no estoy bromeando. Se da cuenta de que hablo muy en serio, de que no le llamaría por una tontería descabellada. No está en mi naturaleza.

—¿Qué relación tiene Jessie con Kenny? —Jonathan me mira con los ojos entrecerrados.

Abro la boca, pero me interrumpe Jessie bajando corriendo las escaleras. Entra corriendo en el camerino. Salto de mi asiento y corro tras ella.

—¡Rodríguez!

—¡No soy Rodríguez! ¡Déjame en paz! —La cojo por el codo y le doy la vuelta.

—¡Suéltame! ¡No soy tu mascota para que me mantengas encadenada aquí! — Jessie se sacude y me empuja el pecho con la mano libre, pero yo también la intercepto. —¡Suéltame ya! ¡No voy a quedarme aquí encerrada!

—Nadie te mantiene encarcelado aquí, ¡loca!

—Entonces, ¡déjame ir con mi amigo! —Intenta soltarse otra vez, pero le agarro las muñecas con más fuerza y la tiro hacia mí.

—¡¿Qué es lo que no entiendes de "es peligroso"? ¡¿No te das cuenta de que ahora eres un objetivo?! ¡No quiero perderte, joder! —Le grito en la cara.

Respira con dificultad. Las lágrimas se le acumulan en las comisuras de sus ojos azules. Jessie tiembla. Yo también tiemblo de rabia. La desesperanza. El miedo que me corroe las entrañas. No puedo perderla. ¿Cómo es posible que no lo entienda?

—Necesito ver a mi amigo. Justin —susurra. —Hace menos de veinticuatro horas, me perdí a mí misma. Confía en mí.

— Jessie... La atraigo contra mi pecho. Dios, el corazón me late muy deprisa. —No podemos correr ese riesgo. Deja que John venga aquí.

—Ya le he mandado un mensaje diciéndole que voy para allá.

—¡Jessie! —Le eché la cabeza hacia atrás para que me mirara a los ojos. Para que viera la rabia que corría por mis venas.

—Dame una hora. Volveré. No voy a ninguna parte. Por favor.

—Vale, me rindo. ¿Cómo puedes resistirte a esos ojos? ¿Puedes hacer cambiar de opinión a una Elfa testarudo? Por supuesto que no. Aunque la encierre, saltará por la ventana.

—Yo te llevaré.

—No me hace falta. Deberías hablar con Jonathan. Tienes muchos asuntos sin resolver.

«Y uno de ellos eres tú».

—Mantente en contacto, ¿vale? —Le pongo las manos en las mejillas. Maldita sea, no quiero dejarla marchar. Ni siquiera por esta maldita hora.

—Se lo prometo. Su respuesta no me tranquiliza. No consigue calmar la ansiedad que siento en mi interior. Siento que no debería dejarla marchar. Si pudiera, retendría a Jessie por la fuerza. Pero ella me lo perdonaría nunca.

—Una hora, Jessie.

—Una hora. Y estaré en casa.

Jessie se pone una chaqueta y una bufanda voluminosa, porque su gabardina verde ha sufrido muchos daños. La puerta principal se cierra tras ella y, solo entonces, Jonathan me dirige la palabra:

—¿Y vas a dejar que se vaya?

—Ni hablar. Haré la llamada y mis hombres seguirán la casa de John. Eso me dará tranquilidad.

—Voy a enviar a mi chófer a recogerle —añade Jonathan en cuanto término la llamada—. —Así estará segura y en la carretera.

—Es una gran idea. Es una idea realmente genial. Así no perderé de vista a Jessie ni un segundo. El chófer de Jonathan la seguirá desde mi casa hasta el piso de John y nos mantendrá informados de su ruta.

—Y Jonathan... —llamé a mi hermano cuando estaba a punto de volver al salón. —Gracias —se volvió y me miró perplejo—. Gracias por venir.

—Gracias, entonces. Si no hubiera sido por ti... —suspiró con fuerza. Me cuesta demasiado decirlo en voz alta.

—No quiero ni pensar en lo que habría pasado si no hubieras estado a mi lado en ese momento. Gracias, hermano.

Jonathan se congela. Yo también me quedo sin aliento.

Una pausa silenciosa entre nosotros, cuatro pasos y una disputa de diez putos años. El dolor que nos ha carcomido el alma. El dolor que nos ha impedido mirarnos a los ojos todo este tiempo. Y ahora mismo, se está apagando. Puedo verlo en sus ojos. Puedo sentirlo en mi corazón. No es culpa suya ni mía. No es culpa mía. Fuimos estúpidos. Nos invadió la emoción. Cada uno a lo suyo. Y estábamos perdidos. Fuimos débiles.

Y fue entonces cuando mi madre nos empujó, pero no hacia nosotros, sino en direcciones opuestas. No hacia nosotros, sino en direcciones opuestas. Jonathan da un paso adelante. Yo doy un paso en sentido contrario. Y uno más. Le rodeo los hombros con los brazos y le aprieto con

fuerza, como si estos años nunca hubieran pasado. Como si siempre hubiera tenido un hermano pequeño. Como si nunca nos hubiéramos perdido. Él me aprieta la camiseta con los puños. Le doy una palmada en la espalda y aprieto los ojos.

Maldita sea... Le echaba de menos. Y creo que hasta echaba de menos al cabroncito.

—He leído las cartas —dice Jonathan en cuanto separamos nuestro abrazo.

—Y tienes razón. Esto no se parece en nada a lo que Sandra me dejó. —Victoria. Ella escribió la carta. —Justin.

—Jonathan, escúchame. No me lo estoy inventando. No soy ningún chiflado.

—Ya lo sé —me interrumpe Jonathan.

—¿Cómo?

¿Estoy sorprendido? No. Estoy jodidamente sorprendido.

—Comparé la letra de mi carta con la de las invitaciones de Navidad que mi madre nunca enviaba. No hace falta ser grafólogo para darse cuenta de las similitudes.

—Jonathan... No sé qué decir. Todos estos años he sabido que Victoria estaba podrida hasta la médula. Pero ahora que los hechos salen a la luz, empiezo a temblar. Todo es cosa suya. No me lo he inventado. Siempre tuve razón.

Y fue ella quien mató a Sandra. Fue ella. El silencio se rompe con el timbre del teléfono de Jonathan. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla. Una sombra de alarma recorre el rostro de su hermano.

—¿Qué ocurre? —Mi corazón empieza a acelerarse, pero Jonathan me hace un gesto para que me calle y responde a la llamada.

En los escasos cinco segundos que tardo en sudar, observo cómo cambia su expresión.

—¿Qué le pasa? —No lo soporto y me acobardo en cuanto termina la llamada.

—Mi conductor perdió a Jessie. Vio la vigilancia y se largó.

—¿Qué? Llamé a mis chicos y me dijeron que su Ford no había aparecido en casa de John.

—¡Maldita sea! —Me tiemblan las manos. Mis dedos temblorosos encontraron el número de Sheila en la lista de llamadas salientes y pulsaron la llamada.

—Hola, persona desaparecida —se oye su voz por el altavoz. —¿Dónde estás?

—Um... Yo... John y yo estábamos en el bar. Hemos estado supervisando las reformas. Por cierto, van muy bien.

—Sheila, ¿dónde coño estás ahora?

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas? John y yo acabamos de hacer un pedido.

—¿Está Jessie contigo?

—¿Qué? Um... No. ¿Debería estar con nosotros?

—¡Joder!

Agarro el teléfono con la mano y le doy un golpe, pero me contengo para no estrellarlo contra la pared. En lugar de eso, estallo en un grito salvaje.

—Justin —había terror en los ojos de su hermano.

—Se escapó... —mi voz estaba ronca de fastidio.

El miedo por su vida me atenaza por dentro. No puedo respirar. Trago saliva. Se ha ido. Otra vez no. No puede ser. No puedo creerlo. Me lo prometió. Me miró a los ojos y me mintió. Maldita sea. Maldito Rodríguez. Seguro que me va a llevar a la tumba. Pero primero, una locura. ¿Por qué me hace esto?

Jonathan me pone la mano en el hombro y me aprieta con fuerza.

—El teléfono. ¿Se lo ha llevado? —pregunta.

—Rastrea su iPhone. Ya sabes cómo. Hablar de nuestra maldita madre puede esperar.



Capítulo 17. Jessie

«*Lo siento, Justin*» me pulsan en la cabeza mientras salgo de las afueras de Los Ángeles. Sí, le mentí. No iba a visitar a ningún John. Me decidí junto al río. Supe adónde iba y por qué en cuanto recobré el sentido. Necesitaba esto.

Y Justin nunca me lo permitiría. Así que tuve que mentir. Por última vez, lo juro. Necesito tranquilizarme. Hay una tormenta ahí fuera. Necesito poner mi mente en orden. Hay escombros ahí fuera. Necesito respuestas. Necesito encontrar algo de humildad. De lo contrario, voy a perder la cabeza.

Necesito verla.

Hacerle preguntas.

Mirarla a los ojos.

Asegurarme de que lo sabe.

Necesito asegurarme de que nunca me quiso, no porque sea una mala hija, sino porque no soy su hija. Y nunca lo seré. Llueve en forma de como enormes copos como nieve. Pero es lluvia. No se ve la carretera. Mi pequeño coche va de un lado a otro, pero no aminoro la marcha. La luz lejana rompe la visibilidad. Me froto las lágrimas que he derramado y me asomo a la oscuridad.

Ya me tranquilizó, 6 horas en el coche, con una parada en la gasolinera.

«Bienvenido a Virginia City», reza el cartel en el lado derecho. Pero la rabia vuelve cuando veo esos carteles.

—Maldito seas —siseo. Odio esta ciudad.

No he estado aquí desde que tenía dieciocho años, desde el día en que hui. Nunca volvería. Y nunca volveré. Me meto en una calle que me resulta familiar y los recuerdos me inundan.

Todo acabó en un día. Y nunca volví a mirar en la dirección de David. Y el colegio se convirtió en un lugar donde la gente no me creía. Allí empecé a encontrarme mal. Incluso recuerdo que la

gente susurraba a mis espaldas lo loca que estaba por cortarme. Ya nadie quería hablar conmigo. Ni siquiera Rick.

Incluso él empezó a pensar que estaba deprimida y que estaba loca y que mejor se alejara de mí. Odio esta ciudad. Cada calle. Y esa casa con el tejado rojo que dejaron de arreglar tras la muerte de mi padre. Ojalá se cayera. Odio cada baldosa. Cada ventana. Las paredes donde grité siendo niña. Las puertas que siempre estaban cerradas para que no pudiera escapar. Lo odio todo. La odio a ella. Por no amarla. Por saberlo y no decírselo.

Ahora sé que ella lo sabía todo. Ella sabía lo que Corey estaba haciendo. Pero él es su hijo. Y yo solo soy un cachorro abandonado que se hizo adulto y se convirtió en un animal. Que se hizo adulto y se convirtió en un animal. Ya no tengo miedo.

Sé dónde esconde la llave por si viene Corey y tiene problemas para bajar del primer piso. Nada ha cambiado desde entonces. Despejo el suelo y levanto la maceta. La llave sigue ahí, debajo de la tercera maceta, donde no ha crecido nada en mucho tiempo. Deslizo la llave en el ojo de la cerradura y me quedo inmóvil un segundo.

«Tienes que ser fuerte».

—Lo seré, Justin. Lo seré.

Respiro hondo y abro la puerta.

—¿Corey?

Creo que viene de la cocina.

—¿Por qué tan tarde? ¿Extrañaste a tu mamá, hijo? ¿Estás solo? ¿O trajiste al pequeño Eric?

Me estremezco.

Cierro la puerta y dudo en dar un paso más dentro de la habitación. Aquí dentro incluso huele igual que antes. A cigarrillos y vodka diluido en tónica. A polvo y moho. Papá odiaba la suciedad. Papá no habría permitido muchas cosas.

—Pasa, hijo. ¿Quieres un café? ¿O algo más fuerte? ¿Estás conduciendo?

—Conduciendo —contesté desde el pasillo y dejé allí la chaqueta y la bufanda.

—¿Jessica? —Linda se detiene en el umbral de la puerta y me mira sorprendida.

—Sí, soy yo. No, tus alucinaciones de borracho.

—¿Cómo te atreves? —Inmediatamente se irrita y aprieta la mandíbula. —¿Qué es lo que quieres? ¿Aparecer para insultarme? Entonces, piérdete.

Ya no me hace daño. Miro a esta mujer y ya no siento ningún deseo de complacerla. La miro y ya no me culpo. Nunca he hecho nada para herirla. No se trata de mí.

Estoy aquí para mirarte a los ojos, Linda Rodríguez. Camino con confianza hacia el salón.

—Quítate los zapatos.

—He venido a verte mentir —piso la alfombra y me acerco a ella.

—¡Qué fea eres! ¡Siempre has sido insufrible!

—Me gustaría decir que lo he heredado de ti, pero por desgracia tenemos distinta sangre. Solo no entiendo por qué mi pelo y mis cejas se parecen tanto a los tuyos.

Quiere objetar, pero en lugar de eso se limita a tragar aire. Y me sorprende lo fácil que ha sido decirlo en voz alta.

—¿De qué estás hablando? —Linda retrocede y yo entro en la cocina.

—Vamos, mamá. ¿Qué pasó con tus habilidades como maestra de la mentira? Has sido una gran mentirosa toda tu vida y ahora eres tan débil. Inténtalo de nuevo.

No sé por qué estoy tan enfadada. Es como si no fuera yo la que está aquí parada, es Justin. Es como si él me empujara y me hiciera fuerte. Dios, se siente tan bien, no tener más miedo.

—No eres tú misma —dice y aparta la mirada.

—¿Cómo eras en el instituto? ¿Demente? ¿Es así? ¿La loca que se cortaba? ¿Es esa? Me estoy acercando a ella. —Dime la verdad, mamá.

—Deja de llamarme así. —Linda no puede soportarlo y, por un momento, mi corazón se me encoge.

Por muy fuerte que sea ahora, me duele. Me hago a un lado y la miro a los ojos grises. Como los de Corey. Los de papá eran marrones. Como los de Justin. Los míos eran azules. Podría haberme dado cuenta hace mucho tiempo. Si solo lo hubiera pensado una vez.

—Tienes razón. No debería haberte llamado así. Jamás. No mereces esa palabra. No mereces ser mi madre.

Tienes que sentirte madre —dijo Ángelo.

—Y nunca te he sentido. Ni a ti. Ni cariño, ni apoyo. Ni apoyo. Ni comprensión.

—No te quería a ti. No quería un segundo hijo en absoluto. ¿Cómo crees que podría amar a un expósito?

Tengo ganas de darle un puñetazo. Aprieto los puños. Me clavo las uñas en las palmas. Y me contengo. Se me llenan los ojos de lágrimas. No es mi intención, pero no puedo controlarlo.

«Soy una niña abandonada», me estremezco por dentro y empiezo a llorar.

—Y tu hijo es un monstruo.

¡No te atrevas! Intenta escabullirse hacia el salón, pero la cojo del brazo y la tiro hacia atrás.

—No, mira.

Me desabrocho los vaqueros y me los bajo.

—Mira, Linda. Mira lo que ha hecho tu hijo. Cada corte es su marca. Cada corte es mi grito bajo su palma. Tú lo sabías. Lo oíste todo. Cada vez, en mi habitación. Oíste todo y bebiste, bebiste, bebiste. Aquí abajo, mientras allá arriba, un expósito era masacrado por tu degenerado.

Las lágrimas corren por mis mejillas. Sollozo y veo que sus ojos también se llenan de lágrimas. Pero no por mi dolor. No, ella no se compadece. Ella ve mis cicatrices como si fueran suyas. Y no quiere creerlo, como no ha querido creerlo en toda su vida. Porque es su culpa. Su culpa. Me vuelvo a poner los vaqueros y me seco las lágrimas. Soy fuerte. En cuerpo y en espíritu.

—¿Ibas a decirme que no soy tu hija? ¿Sabe Corey que no soy su hermana?

—¿Qué no soy…?

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Se me pone rígida y me paralizo. Una voz familiar me araña el cuello y me corta el oxígeno. Corey. Está aquí. Detrás de mí. Detrás de mí. Puedo oír el crujido de las decrépitas tablas del suelo. Oigo cada uno de sus pasos y no respiro. Se está acercando.

—Repite lo que has dicho —grita.

No sé a quién de los dos se dirige.

Cierro los ojos con fuerza. Cuerpo y espíritu.

«Dios, por favor. Tengo tanto miedo».

—¿Jessie no es mi hermana?

Se acerca a Linda.

No le miro, pero noto de reojo que Corey lleva su uniforme de trabajo. Debe de haber vuelto de la comisaría y ha visto mi coche. Soy idiota. Debería haber aparcado más lejos. Se quita el sombrero verde oscuro y la chaqueta del mismo color. Tira las cosas sobre la mesa y se deja puesta la camisa. De su grueso cinturón cuelga una pistolera y el miedo me pone rígidos todos los músculos del cuerpo.

—Corey, hijo... Yo... Yo... No tengo ni idea de lo que está hablando. Esta loca, tú sabes.

La mirada asustada de Linda recorre el rostro de Corey. Sus pupilas están dilatadas. Está aterrorizada. Corey la agarra bruscamente por el cuello y la tira de ella hacia él. Linda solloza y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Suéltala. —grito, y le clavo los dedos en el hombro, pero Corey me aparta con facilidad.

—¿Jessie no es mi hermana? —grita, y estampa a su madre contra la pared de un tirón—. —¡¿Jessie no es mi hermana?! ¡¿Y todo este tiempo lo sabías?! ¡¿Me lo ocultaste?! ¿Cómo pudiste? —Le sacude por los hombros y yo arremeto de nuevo contra él.

Corey aparta el codo y me lanza contra la mesa del comedor. Me doblo por la mitad y toso. Me ha dado en el plexo solar.

—¡¿Cómo has podido?! —grita, y golpea a su madre—. —¿Cómo has podido? ¡Todos estos años! ¡Toda mi vida! ¡Creía que estaba loco por sentirme atraído por mi propia hermana! ¡Creía que era un pervertido! ¡Un bicho raro! Año tras año, traté de suprimirlo. Intenté aceptarlo, pero no pude.

Corey balbucea y aprieta con más fuerza el cuello de su madre. Yo rujo y trato de enderezarme. Linda llora y se muerde los labios temblorosos.

—¡¿Por qué demonios no dijiste nada?! ¡La quería! ¡Solo a ella! ¡Tendrías que habérmelo dicho!

Sus dedos se ponen blancos y el rostro de Linda se enrojece.

—¡Me hiciste pensar que estaba enfermo! Me robaste la felicidad. Me robaste a mi princesa. Mía. Siempre fue mía. Podría haber sido mía todos los días. Todos los días. Podría haberla amado de verdad. De verdad. Todos los días.

- Corey... —Linda ahoga las lágrimas y lucha por respirar. —Suéltame...

—Es culpa tuya —se estremece de rabia.

—Corey, ¡suéltala! —gimo, pero él me ignora.

—Todos estos años... Yo... Jess y yo... Nosotros... Podríamos haber sido felices. Podríamos haber sido felices. Y habría sido lo correcto. La agarra por los hombros y la levanta en el aire. —Pero me lo quitaste todo. Me convertiste en un monstruo. Tú, mamá...

—¡Corey! —grito, y me tapo la boca con las manos mientras él arroja a Linda a un lado con todas sus fuerzas. Su débil cuerpo cae. Su cabeza choca contra la pared y no quiero pensar que ocurrió.

—¡No! —grito, cayendo de rodillas. —¡No!

Al instante se forma un charco de sangre alrededor de su hombro.

—No... Dios... —mis dedos presionan mi cara.

Imprimiendo y rasgando mi piel. Pero no siento dolor. Estoy temblando. Me arrastro bajo la mesa y lloro. Lloro. Me trago lágrimas que no cesan.

—¡Zorra! —grita Corey, cerniéndose sobre Linda—. —¡Escoria mentirosa!

Sus lágrimas, babas y gotas de sudor caen sobre su cuerpo inmovilizado, pero él sigue gritando:

—¡Me arruinaste la vida! Me... ¡¡¡me arruinaste la vida!!! ¡¡¡Tú me mataste!!! ¡¡¡Me convertiste en un monstruo!!! ¡¡¡La amaba tanto!!! ¡¡¡Y tú!!! ¡¡¡Tú!!! ¡Me hiciste creer que era

anormal! ¡¡¡Anormal!!!

Se agarra la cabeza y grita como un animal. Llora. Clava los dedos en las patas de la mesa y se da cuenta de que tiene que correr. Con las piernas temblorosas, me arrastro por debajo de la mesa, pero Corey me bloquea el paso.

Veo sus enormes botas. Retrocedo, pero de repente se agacha y me agarra por los codos. Chillo y Corey me saca de debajo de la mesa. Me levanta y me pone de pie. Me tiemblan las rodillas.

—Jessie...

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —grito y le golpeo el cuerpo con los puños.

No veo a dónde, tengo los ojos cerrados.

—Mi princesa... —tira de mí hacia él. El mismo olor a loción con olor a pino me llega a la nariz. Lo odio.

—Ahora seremos felices. Ahora podemos serlo. ¿Lo entiendes?

—¡Estás loco!

Le di en el pecho. Ahora necesito golpearlo en la ingle.

Corey retrocede, y no dudo en darle una patada en los testículos.

—Ojalá estuvieras muerto.

Lo empujo y corro hacia la salida. Tengo que salir de aquí pronto. Limpiarme. Olvidarme de eso. No sé. Pero primero tengo que salir de esta casa. Esta vez para siempre. Tiro de la manilla de la puerta principal y me doy cuenta de que está cerrada.

—¡Maldita sea!

Tiro y tiro, pero la puerta no se mueve.

—¡No! La pateo.

—¡Zorra! Mi chica... —oigo detrás de mí, y me quedo de piedra. —¿Adónde vas? ¿Por qué huyes? Hemos descubierto tanto hoy... Tenemos tanto de qué hablar, ¿no?

Ya viene. Un paso. Crujido. Un paso. Crujido. Cierro los ojos. Mi corazón se va hundiendo cada vez más. Está latiendo con mucha fuerza.

—Incluso haré la vista gorda al hecho de que te entregaste a otro. No es como si los dos supiéramos...

Está detrás de mí. A una pulgada de distancia. Puedo sentir ese cedro. Su aliento en mi nuca. Su tacto en mis hombros. Dedos finos cubriéndolos. Deslizándose más abajo. Me muerdo los labios hasta que sangran.

«—Corey, por favor… —me tiembla la voz.

—No sabes cuánto te he deseado. Todos estos años... —Apoya el pecho contra mi espalda—. —Solo he pensado en ti. Siempre. Eres tan guapa... —Su nariz se hunde en mi pelo y da un largo suspiro. Me aprieta los hombros con más fuerza. Respira entrecortadamente. —Siempre supe que eras mía. Y no estaba enfermo.

—No —susurro, liberando sus manos—. —Estás enfermo, Corey.

Me da la vuelta para mirarle y me encuentro con la mirada de una bestia.

Un depredador dispuesto a destrozarme. Acaba de matar a su propia madre. Pero no veo arrepentimiento en su mirada. Es fuego. Y me asusta muchísimo.

—No estoy enfermo —dijo mientras cubría mis mejillas con sus manos—. —Creía que estaba enferma. Pero resulta que no lo estoy. Se me permite amarte, mi princesa. Y a ti se te permite amarme. Tu caballero. ¿Lo comprendes? Ahora puedo. Tenemos sangre diferente, Jesse. Y nuestro vínculo es natural. Ahora no tenemos que ocultarlo.

«No hay conexión, Corey», susurré.

—¡Sí que la hay! —¡Sí que la hay! Su rostro se clava en el mío.

—Me quiere tanto como yo a él. Y ahora nadie se interpone en nuestro camino.

—Tienes una familia. —Aleja sus manos. —¡Esposa, hijo, despierta, vuelve a tus cabales, por el amor de Dios! Sí, te quería como a un hermano, incluso hasta que apareció la primera cicatriz en mi cuerpo.

—No es verdad, me empuja hacia la puerta. —No es verdad. Siempre has sentido algo más. Y te lo voy a demostrar.

Aprieta el torso contra mí. Me rodea la cara con las manos y me besa.

—¡No!

Intento resistirme, pero Corey es demasiado fuerte.

Sus labios son insistentes. Me devora. Insistentemente, empuja su lengua en mi boca.

—¡No, no, no, no!

Le muerdo y le doy otro rodillazo en la ingle.

—¡Vete al infierno!

Subo corriendo las escaleras. Quizá pueda salir de la casa por el tejado, desde la ventana de mi antiguo dormitorio. Aquí no ha cambiado nada. Mi cama con el dosel transparente blanco que me hizo mi padre. Porque quería una cama como la de una princesa. Un armario blanco y un escritorio. Y el dolor. También sigue aquí. En las paredes. En este dosel. En cada almohada que contuvo mi grito.

«Papá, ¿por qué me dejaste...?».

Me seco las lágrimas que brotan y corro hacia la ventana. Puedo con ella. La persiana es vieja y tengo que forzarla para que ceda. Empujo una y otra vez. Una y otra vez.

Aprieto los dientes y gruño:

"¡Vamos!"

El cerrojo se mueve. Agarro el marco, pero antes de que pueda levantarlo, me agarran unos brazos fuertes y me tiran a la cama.

—Como cuando era niña, princesa. Estamos de nuevo en tu habitación. En tu cama. Admítelo, ¿me atrajiste aquí a propósito?

Corey está encima de mí. Grito, pero me tapa la boca con la mano. Lo golpeo. Pataleo. Pero él separa mis piernas y empuja su ingle contra mí. Me aprieta las muñecas y me las ata por encima de la cabeza.

—¡Suéltame! —chillo en cuanto liberé la boca.

—Grita, mi pequeña. Grita. Nadie te oirá. Y si lo hacen, les diré que he venido a resolver el asesinato de tu madre. Me recorre el cuello con la nariz. —porque has descubierto que te has estado ocultando un secreto así toda la vida... Estás tan dolida... Estás tan enfadada... Y quieres vengarte, ¿verdad? Su lengua se desliza hasta mi barbilla y saliva.

Me aprieto contra el colchón y vuelvo la cara. Me da asco. Repugnante. Asqueroso.

—Grita Jessie. Nadie te va a oír esta noche. Como siempre.

Saca una navaja del bolsillo trasero de sus pantalones. Corey la desenfunda y expone la hoja. —¡Grito!

—No tengas miedo, princesa mía. Esta noche se usará de otra manera —me dice Corey mientras me bloquea las manos con las rodillas.

—Por favor… No... —Acerca la hoja a mi camisa. —Se lo ruego.

—Shh…

La punta pasa entre mis pechos y me deja al descubierto.

—Sé que quieres esto. Me has deseado durante mucho, mucho tiempo.

—No quiero…

Las lágrimas caen de mis ojos.

—Por favor, Corey. No quiero.

—Creo que sí. Solo estás acostumbrado a contener tus verdaderos deseos. Yo también. Pero ya no, se lame los labios y me come con una mirada hambrienta. Me devora. Corey tira el cuchillo y roza con sus labios mi cuerpo.

—Dios... Cómo he soñado con esto... Me lame. Me besa. Chupa mi piel. Y cierro los ojos y no puedo dejar de llorar.

—Te lo ruego, Corey. Para. Para, por favor.

—Mi princesa... —me baja el sujetador y me cubre de besos los pechos desnudos. —Míos. Míos. Míos. Te quiero tanto.

Sollozo y ahogo las lágrimas. Estoy indefensa. Soy débil. Su pene descansa entre mis piernas. La funda me roza el interior del muslo a través de los vaqueros. Corey se endereza para desabrocharse el cinturón y lo deja caer, junto con la funda, al suelo.

«Sé fuerte».

Respiro profundamente. Aprovecho el momento para buscar a tientas el cuchillo en el colchón y apuñalar a Corey en la pierna con él.

—¡Maldita zorra! —grita, y se desploma sobre un costado—. Yo salgo corriendo de la cama y bajo las escaleras.

La puerta principal sigue cerrada. Le doy una patada. Le doy otra patada. Y otra vez.

—Abre la maldita puerta.

Grito y pataleo, pataleo, pataleo.

—¡Abre!

La puerta cede. La derribo de una patada. Salgo a la calle en vaqueros y sujetador, ahogando las lágrimas y con un cuchillo ensangrentado en la mano. Me fallan las piernas, pero no caigo bajo la lluvia. Unos brazos fuertes me cogen.

—Jessie... Una voz que estoy dispuesta a idolatrar.

—¡Justin!

Estoy llorando a moco tendido. Suelto el cuchillo y caigo en sus brazos.

—¡Justin! No puedo respirar.

No puedo tomar aire.

—Justin... No puedo respirar. No puedo tomar aire. Trago oxígeno a borbotones y me aprieto contra su cuerpo.

Está aquí. Está cerca. Lo ha conseguido. Me aprieta con fuerza. Hasta que me crujen las costillas. Pero no es suficiente. Ahora quiero desaparecer dentro de él. Meterme bajo su piel. Esconderme allí. Esconderme bajo las alas de su corazón ardiente en mi pecho. El olor a menta.

Estoy a salvo.

Estoy en sus brazos.

Estoy protegida.



Capítulo 18. Justin

Más rápido, Dios, ¡más rápido!

El conductor de Jonathan está conduciendo. No me deja. No soy yo mismo. Y tiene razón. Me estoy destrozando. Me estoy desgarrando. Correría más rápido a la puta ciudad de Virginia de lo que este maldito coche puede llevarnos.

—¡Date prisa, joder! —Estoy golpeando el salpicadero. —¡Dale!

—¿Quieres llegar o no? —Jonathan siseó cerca de mí, pero su chofer pisó con más fuerza el acelerador. —Porque no vas a llegar muerto.

—No me cabrees más —apretó los dientes.

—Puede que todo vaya bien. Ha ido a casa de su madre.

—¡Jonathan! No soy alguien que piense que todo va a salir bien. Porque sé que lo único que puedes esperar de la vida es mierda. Y caerás en ella en el momento en que estés lo más relajado, feliz o amado posible. O amado.

—¿Están tus hombres en la carretera? —Jonathan cambia rápidamente de tema.

—Sí.

—También los míos. Si es tan grave como dices, nos vendrían bien un par de tipos duros más.

—Gracias —le digo a mi hermano entrecerrando los ojos.

—Ya me lo dirás cuando la saquemos de allí —sonrió Jonathan débilmente. Lo haremos. Lo haremos. Siempre que lleguemos a tiempo.

Mientras me equivoque y su hermano monstruo no llegue a Jessie antes que yo.

John y Sheila nos siguen, dos idiotas que no comprenden el peligro y que quieren demasiado a Jessie para mantenerse alejados. La lluvia cae a cántaros por la carretera, haciendo que Jonathan reduzca la velocidad en las curvas y que yo arda de rabia.

No quiero pensar en lo que puede estar pasando ahí fuera ahora mismo.

¿Por qué Jessie no me dijo la verdad?

¿Por qué fuiste sola?

¿Por qué fuiste tan poco agradecida con su vida?

No se da cuenta de que no soy nada sin ella. No oigo el ruido del motor, solo el frenético latido de mi corazón. Resuena en mis oídos y estoy sordo.

«Más rápido, más rápido, más rápido, más rápido».

Suplico. Aprieto los ojos y me muerdo las uñas. Quiero empujar este coche con los pies. Quiero ponerle un motor a reacción.

—¿Adónde vamos ahora? —Jonathan se detiene a la entrada de la ciudad y abro los ojos.

«Estoy cerca, Jessie».

Juro que la oigo gritar.

—¡Zorra!

Salgo del coche antes de que se pueda frenar. Primero mi corazón, luego yo. Corro.

No siento las piernas.

No veo nada a mi alrededor.

No oigo nada. Solo mi respiración entrecortada.

Un tirón, un suspiro.

Un tirón, un suspiro.

La lluvia me pega en la cara. Se me pega en los ojos. Me ahogo con ella. No puedo respirar. Jessie. Puedo sentir su miedo. El aire helado me oprime la garganta. Pero estoy cerca. Puedo ver la puerta. Por favor, aguanta. Puedo sentir su dolor.

Veo un coche de policía. Grito y acelero todo lo que puedo. Voy a matar a ese cabrón. Con mis putas manos. Saco la Glock de detrás de la espalda y me dispongo a disparar a la maldita puerta, pero se abre de golpe antes de que pueda quitarle el seguro. Jessie.

—¡Justin! —cae justo en mis manos y me quita la pistola de un golpe. Cae con el cuchillo en la mano y la lluvia se vuelve roja.

—Justin...

Está temblando. ¿O no? Está llorando. ¿O lloro yo?

Jesús.

—¿Estás bien?

—Sí... Sí —sollozó Jessie—. Dios mío, está bien. Cuando todo esto acabe, incluso iré a la iglesia. Jonathan corre hacia nosotros y cubre a Jessie con su abrigo.

—Él... —Jessie se traga las lágrimas. —Probablemente mató a mamá.

—¡¿Qué?! Linda puede ser estar muerta, Jessie está histérica. Tiene fiebre. Se ahoga con un torrente de lágrimas.

—Maldita sea... ¡Jonathan, quédate con ella! —Doy un tirón hacia la casa, pero el agarre de Jessie en mi pecho es tan fuerte que no puedo apartar sus brazos.

—No, por favor, no. No me dejes, Justin —rugió, y una vez más el volcán de mi interior entró en erupción. Estrangularé a ese cabrón.

—¡Quédate con ella! Chicos, vigilad el territorio. Ese monstruo no puede escapar.

Justo a tiempo, llegan John y Sheila y me ayudan a quitarme a Jessie de encima. Jonathan la abraza. Y John se precipita tras de mí.

—¡Justin! —grita Jessie, pero tengo que hacerlo.

Tengo que hacerlo. Tengo que vengarme de ese cabrón por todo.

Una vez dentro de la casa, observo señales de lucha. Llevan a las escaleras. Ahí es donde tengo que ir.

—Mira abajo —le dije a John. El cabrón podría estar al acecho en cualquier parte. No toques la mujer.

—No soy imbécil —gruñó John, pero obedeció obedientemente mis órdenes.

Cogí un atizador de la chimenea, por si acaso, y subí cautelosamente al primer piso, mirando a mi alrededor. Ni un solo crujido. Hijo de puta. Aquí no hay luces encendidas. Solo puedo ver algo gracias a las luces de la planta baja, pero sigo teniendo que orientarme con el tacto. Ojalá hubiera dejado mi Glock fuera. Me habría sido útil.

—Será mejor que me enseñes la cara.

Apreté los dientes y avancé en silencio por la pared. —El coño de mamá.

Antes de que pudiera mirar dentro de la habitación, un poderoso cuerpo se abalanzó sobre mí rugiendo desde arriba. Dejo caer el atizador, tropiezo con el dormitorio del otro lado del pasillo y caigo al suelo. Corey me apretó el torso mientras manoseaba mis brazos. Me retuerzo, intento zafarme y recibo un puñetazo directo en la cabeza. El maldito cabrón no duda y le lanza otro puñetazo a la cara de John.

—¡Escoria! —Le quito el brazo de encima y agarro a Corey por el cuello.

—¿Así que eres tú quien ha deshonrado a mi princesa? —Gruñe y ataca de nuevo.

Siento el sabor de la sangre en la boca, pero no suelto la mano que le rodea la garganta. Con la otra, le doy un puñetazo en las costillas. Bajo su aliento. Otra vez en las costillas. Cruje. Corey aúlla. Le doy un tirón y rodamos. Me pongo encima de él y ahora le doy un puñetazo en la cara. Corey ruge. Le gotea sangre de la nariz. Le golpeo de nuevo. Una y otra vez.

—¡Zorro!

Para Jessie, un puñetazo.

—Por su infancia, un golpe. —Por cada cicatriz que ha tenido, le daré tres más. —Por cada día que he vivido contigo le trituro la nariz hasta hacer la papilla.

Corey ya ni siquiera se defiende. Mi sangre gotea de sus labios rotos a su cara, se la limpio con el dorso de la mano y vuelvo a darle un puñetazo en la cara. Otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Hasta que se convierte en un amasijo de huesos destrozados, sangre y carne.

—Muere, hijo de puta.

—¡Justin, no!

Oigo el grito salvaje de Jessie detrás de mí, pero no puedo contenerme.

—Por favor, no, ¡Justin! ¡No le mates! ¡Tú no eres así! ¡Tiene un hijo!

Mi puño se cierne sobre la cara de Corey. Sobre lo que queda de él. Hijo. A través de la oscuridad, los ojos locos de Corey me miran fijamente. No está asustado. Está totalmente loco. Y este monstruo moral tiene un hijo. Lo está criando. Después de todo lo que le ha hecho a Jessica. Quiero acabar con él.

—Justin, por favor... No eres un asesino —le grita. Así es. No soy un asesino. Soy el demonio. Que te hará pagar por tus pecados.

—Vas a sentir lo que sintió ella.

Pasó las rodillas por encima de sus brazos débiles y sacó un mechero del bolsillo trasero.

—Sufrirás como ella sufrió.

—Justin…

Jessie sollozaba en voz baja a sus espaldas, pero John la retenía y le decía que se callara.

—Todos los días. Y tu hijo la verá. Y podrá inventarse la historia que quiera, pero sabrá por qué tiene la cicatriz.

Enciendo el fuego y lo pongo en la mejilla de Corey. Inmediatamente, se retuerce y empieza a gritar. Ha desaparecido la mirada de loco. Ahora solo veo miedo, y agarro más fuerte al bastardo.

—Ten paciencia. Como ella.

Le pico en la cara, le miro directamente a los ojos. Detrás de mí, Jessie está llorando, pero John la sujeta con fuerza. Él también está mirando.

—Recuerda: si vuelvo a verte, te quemaré vivo.

Apreté el mechero y hablé a un palmo de su cara. Corey aúlla como un animal apaleado. Llora y gruñe. Seguro que Jessie era más resistente cuando tenía doce años.

—Vas a caer, cabrón —Corey escupe sangre.

—No es mi primera vez. ¿No lo entiendes? Mataré por ella. Así que da un paso fuera de esta habitación. Por favor. Dame una razón.

Me acerco a ella y a John. Solo hay lágrimas en sus ojos.

—Salgamos de aquí— le digo primero al pasillo.

—Tenemos que solucionar esto —dice Jonathan, que está de pie en el salón y mirando el charco de sangre de la cocina. Jessie no entra; está sentada en una silla, envuelta en su chaqueta, mirando en dirección contraria, a la pared. Ni siquiera me mira.

—Los chicos lo solucionarán —susurré débilmente.

Estoy demasiado cansado. Y quiero que Jessie me mire de una vez, pero no lo hace.

Veo que Jessie se estremece. Tengo que hablar con ella.

—Necesito pensar —me acerco a Jessica, que sigue en brazos de Sheila—. Asiente comprensiva y se aparta hacia los brazos de John.

—Cariño... —me puse en cuclillas delante de ella.

Su mirada cansada se clava en mi rostro y se centra en mis ojos. Dios, hay tanto dolor ahí.

—Tienes sangre en la cara —la voz es monótona y mi corazón se aprieta.

—No pasa nada —le puse las manos en el regazo y la acaricié suavemente—. —Hay sangre por todas partes.

Una sola lágrima rueda por su mejilla y se posa en su barbilla. Yo la limpio con dedos temblorosos.

—Lo siento —no pude soportar, mirarla y dejé caer la cara sobre su regazo.

Nuestras frentes chocan, mis dedos temblorosos tocan su cara y, entonces, mi boca encuentra sus labios. Están otra vez salados. Temblorosos. Pero son los únicos que quiero besar el resto de mi vida. Todo parece detenerse por un momento. No oigo el ruido ni las voces que me rodean. Solo estamos ella y yo. Tan perdida y frágil en mis brazos. Pero ahora todo irá bien. Le daré un hogar. Le daré una familia. La envolveré en amor. Será feliz conmigo.



Capítulo 19. Jessie

Nada. Así es como me siento cuando veo acercarse a la casa, en la que viví dieciocho años, a las ambulancias y a la policía. Nunca llegamos a ser una familia. Ni yo ni él. No me importa tanto. Es decisión de Jonathan. Ya no me necesita allí.

Nos alejamos muy deprisa y no puedo apartar los ojos del espejo retrovisor, ni siquiera cuando giramos por otra calle. La casa está congelada en mi mente como un cuadro.

Ya no tengo miedo. Conducimos en silencio. Jonathan lanza miradas oblicuas desde el asiento del conductor al retrovisor. Justin no dice nada, pero sigue pasándome los dedos por la mano. Siento cómo tiembla.

—Lo siento —susurro, apartando la mirada del espejo y mirando por la ventana. No a Justin. —He vuelto a huir.

Él no contesta. Respira hondo y me aprieta los dedos con más fuerza.

—Esa fue la última vez. Te lo prometo —miro por el cristal las calles dormidas de Virginia City y me despido de ellas mentalmente—. Para siempre. Nunca más volveré aquí.

—Y no estaba huyendo de ti, Justin. Estaba huyendo de mi antigua yo. No volverá a ocurrir. Porque esa chica de pasado yo ya no existe.

Giro la cabeza y capto su mirada, sus ojos marrones. Triste. Cansados. Llenos de preocupación, compasión y amor.

—Y ahora sí que quiero irme a casa —cubro nuestros dedos entrelazados con la otra palma de la mano.

Justin me toca el cuello y me acerca a su cara. Tiene los labios entreabiertos. Le duele, pero me besa de todos modos.

—Ya estoy en casa —susurra—. —A tu lado.

Duermo hasta llegada.

Subimos al piso. Nos siguen Jonathan, John y Sheila. Y dos tipos calvos a los que no había visto nunca.

Pero esos dos no se quedan mucho tiempo. Justin ni siquiera les deja entrar en el piso. Les hace unos recados en el ascensor y se van.

—No sé tú, pero yo necesito un trago —dijo Sheila, metiendo la mano en el armario de Justin, donde guardaba su colección de whisky.

—¿Quién está conmigo?

John y Jonathan aceptan la oferta y se dirigen al bar. Yo me quedé con Justin.

—¿Quieres que se vayan todos? —me besa la frente.

—Un poco más tarde. Deja que se relajen un poco. Todos hemos pasado una noche muy difícil...

—Eres demasiado amable.

Me abraza aún más fuerte, apoya la barbilla en mi sien y respira hondo.

—Tranquilízame. Dime que no volverás a huir. No me ocultarás tus planes. No lo harás a mis espaldas. Sé que eres muy impulsiva y autosuficiente. Lo sé. Y es exasperante. Eso es lo que me gusta de ti. Pero, por favor, Jessie. No podría soportar que te pasara algo. No sobreviviría, ¿sabes?

Cada palabra hace que me duela el corazón. Y entiendo a Justin. Yo en su lugar me volvería loca. Casi me asusto cuando fue corriendo a casa a buscar a Corey. Tenía tanto miedo de que Justin resultara herido. Sabía que Corey estaba armado.

—Te lo prometo.

—Dejad de enrollaros —gritó Sheila desde el salón—. —Venid aquí los dos. Tú también necesitas una copa. No se discute.

—Será mejor que me escuche —sonrió Justin suavemente. —Si no, nos arrastrará al bar a la fuerza.

—Ya lo sé.

Bebemos en silencio. Nos miramos unos a otros, pero nadie se atreve a decir una palabra. Cada mirada, lanzada mansamente hacia mí, huele a lástima y condolencia. Pero no las necesito. No estoy de duelo. Siento dolor. Quiero llorar. Pero se me pasará, porque no lo siento.

El silencio es aplastante. Está empapado de empatía, y se lo agradezco. Aun así, me gustaría irme a la cama. Estoy demasiado agotada. Quiero una ducha, un dormitorio, una cama, meterme entre las sábanas y Justin. Cerca y para siempre. Cerrar los ojos y acabar en sus brazos.

Después de unas cuantas copas, frases de una sola palabra y miradas tristes, Justin y yo nos quedamos solos. Intercambia algunas palabras con Jonathan en la puerta, pero no le escucho. No tengo energía para eso. Ni siquiera tengo fuerzas para abrazar a John y despedirme.

Me quito la ropa sucia y pesada que nunca volveré a ponerme y me meto en la ducha. No puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. No puedo creer que sea verdad.

No soy Rodríguez.

¿Entonces quién soy? Un tal Gray. ¿Quién es?

—¿Puedo entrar? —Justin abre la puerta de la ducha y asoma la cabeza por el hueco.

—Por supuesto —sonrío débilmente. O lo intento. No sé si ha funcionado. Deja los calzoncillos en el suelo y entra. Se coloca bajo los chorros de agua caliente que caen del techo y me rodea la espalda con los brazos. Me abraza con tanta fuerza que puedo contar cada suspiro que da, cada aliento caliente que exhala.

Sus palmas se deslizan por mi cintura y me cubren el vientre. Sus labios tocan el pelo húmedo de la parte superior de mi cabeza. Me rodea con sus brazos y me siento aún más pequeña, aún más frágil, pero protegida. Cierro los ojos y permanecemos así durante unos minutos. Justin me acaricia las cicatrices que tengo debajo de la barriga, pasando las yemas de los dedos por encima. Y ahora me siento normal. Ya no me avergüenza.

Su aliento caliente y sus cálidos labios arden contra mi piel. Mis párpados empiezan a abrirse. Las palmas de las manos de Justin se deslizan por mi cuerpo, desde el estómago hasta el pecho, y respiro con más frecuencia. Pero Justin se aparta y se queda detrás de mí.

Coge el champú, se llena las palmas de las manos y me lo frota suavemente en el pelo. Me hace espuma. Me masajea el cuero cabelludo. No abro los ojos. Me siento tan bien. Siento su cuerpo detrás de mí. Oigo su respiración. Imagino sus tatuajes. Me siento bien. Sus dedos me acarician el pelo. Me enjuaga suavemente el champú y me acaricia el cuello.

—Esto no ha terminado, ¿verdad? Mi voz apenas se oía por encima del ruido del agua.

El agua le gotea del pelo a la cara y resbala por la barbilla, ya de color rojizo. Cojo la esponja y rozo suavemente mis labios con los suyos para limpiar la sangre. Justin arruga la nariz un momento.

—Me comprometí...

—Sí.

—Y estoy en peligro.

—Sí.

—Y estoy en peligro. Hoy ha sido un día muy duro.

—¿Y si me matan mañana?

—Jessie me levanta la mano con la esponja—. —Aquí no te matarán. Es seguro. Al menos por ahora. Mis hombres están abajo. Y si algo les parece extraño, me lo harán saber. Mañana te llevaré a San Diego. Allí está tu padre y Los Ángeles. Te quedarás con ellos hasta que arregle las cosas.

—No, tiro la esponja al suelo.

La sangre se mezcla con el agua jabonosa y tiñe la espuma de un rosa pálido.

—No se puede discutir.

—Es muy discutible. No voy a quedarme sentada en medio de la nada mientras arriesgas tu vida por mí.

—Lo harás.

—¡No! Le empujo en el pecho.

—Parece que no lo entiendes. No te lo estoy pidiendo. Esta vez no, Jessie. Esto es demasiado serio. Nuestro enemigo no es un ayudante del sheriff. Nuestro enemigo borra de la faz de la Tierra a gente como tú si le pagan por ello.

Justin me agarra del antebrazo y me tira hacia él.

—Y tú no eres estúpido para meterte con un hombre así.

—Así que te vas a San Diego esta noche. En cuanto amanezca.

—No voy a dejarte.

Nos miramos unos a otros. Luchamos en silencio.

—No voy a ir a San Diego.

No me despediré de él. No subiré sola al coche. No cerraré los ojos. No enjugaré ni una lágrima. No me despediré de él. No, no es mi guion. No se trata de mí. Y Justin es un idiota si no se ha dado cuenta ya.

—Jessie... —Se calla y trata de controlar su ira.

—Por favor —le toco con la palma de la mano su mejilla espinosa—. —Dime qué tengo que hacer. Haré lo que sea. Pero no me obligues a dejarte. Me supera. No puedo soportarlo.

Justin me rodea el brazo con la mano y me atrae hacia sus labios. —Estás fuera de control.

—Lo siento.

—Loco.

—Lo siento.

—Y loco —sus labios rozan los míos.

Puedo saborear el sabor salobre de la sangre.

—Y te quiero con locura.

—Y yo te quiero a ti. Lo superaremos, ¿verdad?

—Es verdad. Ya me las arreglaré.

—Lo solucionaremos.

Me pongo de puntillas, tomo el último centímetro entre nuestros labios y le beso suavemente.

Sus brazos alrededor de mi cintura son todo lo que tanto deseaba esa noche. Justin está dormido, apenas toca la almohada, y yo no puedo pegar ojo. Le toco las manos. Le toco suavemente los antebrazos. Paso las yemas de los dedos por la piel tatuada. Está caliente. Es tranquilo. Es como si me quitara el dolor sin hacer nada.

Le apreté la mano, me llevé sus nudillos destrozados a los labios y le besé. Nunca pensé que pudiera amar así. El teléfono de Justin vibra y se enciende, pero está demasiado dormido para reaccionar. Me levanto sobre el codo y veo una llamada perdida de Paul. Es extraño. No conozco a ningún Paul.

Vuelvo a tumbarme bajo los brazos de Justin, pero la pantalla del teléfono vuelve a encenderse. Es Paul llamando otra vez.

—Esperarás hasta mañana, Paul —susurré, acurrucándome más contra Justin.

Debería intentar dormir. Pero un ruido en la planta baja me hace levantarme de la cama.

«¿Qué demonios es eso? ¿Estoy alucinada?».

Me arrastro hasta la puerta del dormitorio y la abro suavemente. No hay ruido. Debo de haberlo imaginado. Me doy la vuelta para volver a la cama, pero oigo un rechinar. Salgo del dormitorio y me inclino sobre la barandilla de la escalera. El sonido procede de la puerta principal.

—¡Justin! Alguien está entrando en nuestro piso.

—¡Justin! La puerta se abre de golpe y algunas personas entran corriendo.

—¡Justin! —Me abalanzo sobre la cama y empiezo a aporrearle.

—¡Despierta, Justin! ¡Despierta!

Estoy temblando. Solo tenemos unos segundos.

¿Es este el peligro del que hablaba?

—¡Justin!

—¿Qué pasa? —Se levanta de un salto.

—Hay gente aquí dentro — sollocé y me tapé la boca con la palma de la mano—. Tengo miedo.

El pánico se apodera de mí de pies a cabeza. No sé qué hacer. Justin se levanta de un salto, se pone rápidamente los pantalones y saca una pistola de la mesilla de noche.

—¡Dios mío! —exclamé—, apenas tengo tiempo de gritar antes de que dos hombres con trajes negros entren a toda velocidad en el dormitorio. Justin dispara y hiere a uno en el hombro.

—¡Jessie, al suelo! ¡Ya! ¡Al suelo! —grita Justin y vuelve a disparar. Dos hombres más entran corriendo en la habitación.

—No les dispares —oigo una débil voz detrás de mí, como si saliera de un walkie-talkie—. —Los necesitamos vivos a los dos. A los dos.

Justin vuelve a disparar, pero otro hombre se le echa encima desde un lado. Grito y le clavo las uñas en la cara, pero él me lanza de nuevo contra la pared. Me golpeo el hombro y caigo al suelo.

—¡Jessie! —¡Jessie! —grita Justin. Le han quitado la pistola. Dos de ellos le rompen los brazos. Le golpean en el interior de las rodillas y queda colgado de los brazos.

«¡Tráela aquí!», la misma voz llena la habitación como un walkie-talkie, y Justin deja de resistirse.

Nos empujan a las dos escaleras abajo. La camiseta de Justin roza la mía, pero lo sujetan demasiado fuerte para arreglarla. Llevan primero al semidesnudo Justin, que se da la vuelta. No hay más que miedo en sus ojos. Ojalá hubiera ido a San Diego, como me dijo.

—Hijo… —la voz ronca y débil que procede del walkie-talkie suena ahora justo delante de mí.

Empujan a Justin hacia el hombre de la silla de ruedas y, luego, hacia mí. Cerca de él, hay un dóberman negro al que uno todavía amblador sujeta con una cadena. El perro empieza a cebarse en cuanto estamos delante del anciano. Él somete al perro con el movimiento de dos dedos y luego me lanza una mirada a través de sus ojos nublados.

Es muy viejo, pero eso no significa que no inspire miedo. Su mirada es aterradora. Llega hasta los huesos. Es como si intentara sacarme las entrañas. Entrar en mi cerebro. Mi corazón. Hasta mi alma. Aparto la mirada.

—Es realmente muy hermosa —concluyó el anciano, mirándome de pies a cabeza—. —Inimaginablemente hermosa. Y sus ojos... Un vasto océano. Ni siquiera necesita una prueba de ADN. Es como una pura sangre Gray.

—No te atreverías —siseó Justin.

—Has incumplido mi plazo —el viejo apartó de mala gana la mirada de mí y la dirigió a Justin —. —Y ya sabes cuánto odio que me incumplan los plazos. Pero a ti, Justin, incluso te di un día para entrar en razón. Pero no aprovechaste esa oportunidad. En lugar de eso, me menospreciaste.

—¿Y ahora qué? ¿Me vais a matar? —Justin intenta soltarse de las manos de los dos embajadores, pero es en vano: le siguen sujetando con mucha fuerza. —Haz lo que quieras. Pero no le hagas daño.

—Me temo que no funcionará así.

—¡White abandonará el caso! —grita Justin.

—¡Anulará el pedido! ¡Hoy mismo, Anthony! Te lo juro.

—Ya es demasiado tarde, hijo. Ya ha pasado demasiado —sonrió débilmente el anciano.

—Kevin, tráele a la chica algunas cosas. No somos animales para llevárnosla así.

—Garner, ¡no!

Justin se abalanza sobre él. Suelta una mano y le da un puñetazo en la cara al de la izquierda. Se oye el ladrido de un dóberman en el pasillo. Aprovecho el momento. Agarro con la mano el jarrón de la mesita y lo aplasto contra la cabeza del hombre que me ha estado sujetando todo el tiempo. Este se agarra la cabeza ensangrentada con las manos y se desploma en el suelo.

—Jessie, ¡corre! —grita Justin y asesta un puñetazo directo en la mandíbula del otro tipo.

La sangre mancha la pared de color claro. El hombre cae de rodillas y Justin le da una patada en la sien, dejándolo inconsciente.

—¡Corre! ¡Deprisa!

Me precipito hacia la puerta principal. Descalza y prácticamente desnuda. Oigo ladrar a un perro detrás de mí. Me está alcanzando. Agarro el pomo y tiro de él para abrir la puerta, pero alguien detrás de mí vuelve a cerrarla de golpe. El tipo grande del traje me agarra del cuello, me tira hacia atrás contra su pecho y me pone la boca de una pistola en la sien. El perro se sacude contra mi cuerpo tembloroso. Se levanta y se aprieta contra el suelo.

Puedo ver su nariz arrugada y tensa, sus enormes dientes. Sus babas. Está dispuesto a destrozarme. Dale la orden.

—Si me matas, Kevin disparará a tu chica delante de ti —desvié la mirada hacia Justin.

Agarra el cuello del anciano con ambas manos y este apenas resopla.

—O mi perro le frotará suavemente la cara. El perro percibe la amenaza en la voz de su amo y gruñe más fuerte. —O quizá mis chicos deberían empezar por follárselo aquí, de uno en uno. ¿Qué te parece? —prosigue cáusticamente el anciano.

—Justin... —susurré en voz baja, sofocando otro sollozo.

Tiemblo de miedo. Por él. Por mí. Por el hecho de que quizá ninguno de los dos sobrevivamos. Pero no quiero que él sea el primero en morir. Por favor, Dios.

Detrás de Justin se acerca uno de los guardias del anciano. Agarra a Justin, le retuerce las manos y lo arrastra lejos de la silla de ruedas. El perro reacciona de inmediato, corre hacia su amo y empieza a ladrar en dirección a Justin. El viejo le da una bofetada y el perro gimotea.

—Estoy decepcionado —susurra el anciano, y el perro se calla—. —Eras la mejor continuación de mí. Como muestra de mi pesar, no morirás hoy. Pero si tus manos tocan mi garganta por tercera vez, cerraré los ojos al pasado y haré que mueras en agonía.

Métela en el coche.

—¡No! —grita Justin e intenta liberarse del agarre de los dos hombres.

—¡No! ¡Jessie! No —me desgarra, y yo lloro e intento liberarme, pero soy demasiado débil.

—¡Georgi! ¡Suéltala! ¡Quítale las manos de encima! Otro imbécil me intercepta y me empuja por el umbral del piso.

Miro por encima del hombro. Veo al dóberman embistiendo a Justin, clavándose en su antebrazo.

—Soy Kevin —el que me sujetaba se acerca a Justin y le da un puñetazo en la cara.

Lo último que veo es a Justin cayendo en picado al suelo. Estoy gritando. Grito como una loca. Me ahogo en lágrimas. Pataleo y lanzo los brazos por todos lados. Veo la sangre goteando por el suelo de color claro. El perro es arrastrado por la cadena que lleva al cuello.

—¡Justin! ¡No! ¡Justin! Me cogen en brazos y me aprisionan la boca con la palma de la mano.

¡Justin! Te lo suplico.



Capítulo 20. Justin

No sé cuánto tiempo he tardado en volver en mí. Se me parte la cabeza. No siento la cara. Me duelen los huesos y los músculos. Me duelen los músculos. No me han jodido tanto. Jessie. Solo su nombre me parte el alma y me pongo en pie de un salto para seguirlo. Es un reflejo idiota, porque vuelvo a caer y apenas consigo sujetarme a la pared.

Malditos monstruos. Definitivamente, me golpearon después de desmayarme. Creo que me rompí un par de costillas. Y ese maldito perro me arrancó todo el brazo. Sigo sangrando.

—Bastardos… —siseo y me pongo en pie.

Esta vez sale. Apoyo la espalda contra la pared. Inclino la cabeza hacia atrás. Se han llevado a Jessie. Voy a matarlos a todos. No me importa lo que me pase. Lo único que importa es salvarla. Cueste lo que cueste. Cojo hielo del congelador, me lo pongo en las costillas y me arrastro hasta el baño. Me tomo unos analgésicos, bebo un trago de whisky para armarme de valor, me desinfecto la mano y empiezo a coserme la mordedura.

—¡Maldito perro! —gruño entre dientes, pero los pensamientos sobre Jessica me ayudan.

Cuando termino, me pongo una venda y me lavo la cara rota. Lo conseguiré. Sobreviviré. Por nosotros. Por Ángelo.

Por mi padre.

Por mi hermano.

Por el futuro que nos espera.

Merecemos ser felices. También Jessie. Incluso un gilipollas como yo merece amor. Su amor. Merece la pena luchar por él.

Vuelvo a llamar a Manuel, que, junto con Charles, debía estar controlando la situación, pero no ha hecho nada. No contesta. Me salta directamente el buzón de voz. Estoy seguro de que Garner se ha cargado a mis chicos.

—¡Puto pedazo de mierda! —grité y lancé el teléfono contra la pared. Garner contra mí, yo no soy nada. Sobre todo cuando tienen a Jessie. Tengo que llegar hasta White. Antes de que Garner lo haga y le entregue a Jessie. Recojo el teléfono del suelo y marco.

—Se llevaron a Jessie. Estaré en tu casa en media hora. Llama a los federales.

Cuando aparco de mi coche cerca de la entrada a la mansión White, Jonathan se desliza en el asiento, envuelto en su abrigo caro.

—Joder, Justin, pareces salido de un microondas. ¡Tienes que ir al hospital!

—¡Jonathan, joder! —Aprieto el volante hasta que se me ponen blancos los nudillos.

—Eso no es lo más importante ahora. Han secuestrado a Jessie.

—Mierda... ¿Cómo ha pasado esto?

—Mi jefe y sus hombres se la llevaron. Eso significa que muy pronto será entregada a tu padrastro. Orden cumplida. Compromiso alcanzado. Y ahora Kenny puede tenerla como quiera.

—No, para, —sacude la cabeza Jonathan—. —Kenny no juega sucio. Es el hombre más honesto que he conocido. Créeme, lo sé. Soy el heredero de su negocio. Estoy al tanto de todo lo que hace.

—Pues no todos. Y probablemente no es tan limpio en sus negocios como para acudir a mí en la búsqueda. La gente honrada no utiliza mis servicios, Jonathan, y no se mete con Garner.

—No, aquí hay algo que no funciona. Kenny compite con Gray, pero nunca actuaría así. Desaprueba esos métodos. No secuestraría a Jessie.

—Eso es lo que dijiste de Victoria.

—Justin... —suspiró pesadamente su hermano. —Ella falsificó la carta. Sí, pero eso no significa que esté implicada en el accidente. Eso no es posible.

—Que tú no quieras creerlo no significa que ella no tuviera nada que ver.

—Al diablo —exhaló Jonathan. —Primero Jessie. Primero tenemos que salvarla.

—Y vamos a necesitar tus contactos.

Jonathan y yo nos miramos, pero él no dice ni una palabra más. En el fondo de su mente también había dudas.

—¿Cuál es el plan? —pregunta mi hermano en voz baja tras un momento de silencio—.

—No sé...

Mi atención es interceptada por las puertas de la mansión White, que han iniciado su movimiento.

—¿Qué demonios es eso? —empujando a Jonathan y señalándoles.

—Cállate —le dice Jonathan entrecerrando los ojos—.

—Es el coche de Kenny. Son las 6 de la mañana. ¿Adónde va?

—¿Dices que es el hombre más honrado que has conocido? —Arranco el motor suavemente.

—Vamos a comprobarlo. Que tus hombres nos sigan.

—Y, por cierto, no hay nada malo en la casa en Virginia. La madrastra está en el hospital, recuperándose, pero probablemente necesite atención médica, ya no puede valerse por sí misma. Corey está en la cárcel, en juicio, y han salido a la luz más detalles de sus negocios profesionales.

—Gracias. Eso es estupendo. Mantén todo bajo control.

—Sí, lo intento, pero creo que hay alguien más involucrado. Pero creo que hay alguien más involucrado.

Perseguimos al Aston Martin tintado hasta el puerto, pero tenemos que dar marcha atrás para no delatarnos. Aparco más lejos y me abrocho la chaqueta hasta la garganta, porque Jonathan y yo tenemos que dar vueltas antes de encontrar el lugar donde entregarán Jessie a Kenny.

Seguro que por eso está aquí. Dudo que a White le guste la pesca fresca y prefiera conseguirla en persona. Compruebo el cargador de la Glock y lo deslizo a mi espalda, bajo el cinturón de mis vaqueros.

—Justin —Jonathan observó mis acciones con aprensión—. —No lo necesitarás, ¿verdad?

—Ojalá pudiera estar tan seguro como tú. —Saco la segunda pistola de la guantera y se la deslizo a Jonathan en el bolsillo del abrigo.

—¡No! Se está exagerando.

—Tranquilízate. Es solo por si acaso. No lo necesitarás.

No quiero involucrar a mi hermano en este mundo. Ya es bastante malo que yo esté involucrada en ese mundo.

—Jonathan... —Le miro a los ojos—. —No tienes por qué estar aquí. No tienes que ayudarme. Siempre has evitado esta vida.

—Y no quiero ser lo que fui para ti hace unos días —saca la mano del bolsillo y levanta la barbilla—. Estoy aquí para ti, hermano. Y ahora no te librarás de mí tan fácilmente.

Me encanta ese gilipollas. Siempre le he querido. Todos estos años, ni siquiera me había dado cuenta de cuánto le necesitaba.

—Vamos —le di una palmada en el hombro a mi hermano.

Estamos rodeando un montón de contenedores de transporte. Me castañetean los dientes de la tensión. El viento nos hace pasar desapercibidos hasta que oigo voces débiles.

—Silencio —ordené a Jonathan y le hice un gesto para que se quedara quieto.

—Ya están aquí.

Cautelosamente, me asomo por detrás del contenedor y veo la silla de Garner rodeada de sus matones.

Está hablando con alguien, pero esa persona no está dentro de mi campo de visión. Maldito Kenny White. Le dispararía entre los ojos ahora mismo. Los matones retroceden y la silueta de Jessie asoma entre ellos. Tiene la cara manchada de lágrimas, pero su mirada es severa. No se ha rendido. Jessie. Mi corazón se hunde. Pierde el ritmo. Está envuelta en el abrigo gris de alguien.

La sujeta Kevin.

—Despídete de tu vida, pequeña Georgi. Voy a disparar a través de tu pequeño cerebro.

Jonathan me agarra del hombro y, antes de que me dé cuenta, estoy avanzando como un cangrejo.

—No seas tonto —me dice—. Me voy por ahí. Quédate aquí hasta que te haga una señal. ¿Entendido?

—La idea es idiota.

—Mis hombres llegarán pronto. Necesito que oigan hasta la última palabra. Intenta provocarles. Y entonces Garner no será el único que vaya a la cárcel. ¡Podrían dispararte!

—Espero que mi cuerpo rechace las balas y no solo la familia White —sonrió.

—Espero que no te hagan un colador y volvamos a hablar de eso. Miro a mi hermano y me está abrazando como un loco.

—No te mueras, ¿vale? —pregunta Jonathan—. —Aún no he ligado con Jess. Quiero que lo veas.

—Te voy a pegar un tiro en la cara.

Nos estamos riendo. Y esa es la primera y última sonrisa que veo hoy.

Doy un paso. Siento el frío cañón a mis espaldas. Estoy listo para sacarlo y disparar. Recargo y disparo un cargador completo contra el cuerpo de White. Luego, a Garner. A todos sus hombres. Y pase lo que pase.

Pero me congelo al salir de detrás del contenedor de hojalata. Frente a Garner, White. ¡White! Pero no, Kenny. ¡Victoria! Madre de dos hijos. Jonathan y yo. Un monstruo. Un demonio que no duerme. Ni a las seis de la mañana. Nunca.

Lleva el pelo recogido en un moño apretado y el abrigo largo abotonado hasta arriba. Incluso ahora lleva tacones, unas botas altas de ante que se esconden bajo el dobladillo del abrigo. Y la oigo tintinear como cuando dejó a su padre. Como cuando era una niña.

—Tsk, tsk, tsk, tsk. Suelta. Segura. Firme.

Gira la cabeza y me ve.

—Más rápido de lo que pensaba —sonrió Victoria.

—Mira quién está aquí, papá.

«¿Papá?» Antes me quedaba helada. Ahora estoy petrificado.

—¿Papá?

¿A quién se lo ha dicho? ¿A quién? ¿Es una broma?

—Sabía que nos encontraría. No habría sido Justin —respondió Garner—. —Siempre ha sido muy inteligente. Ya te lo he dicho.

—¡Justin! —gritó Jessie, que fue inmediatamente cogida por los brazos por ambos lados.

—Calla, cariño —se acerca Victoria—. —Solo has estado fuera un par de horas. ¿La has echado de menos?

Le da unas palmaditas en la mejilla y apunta con una pistola a la nuca de Jessie.

—O quizá también prefieras a Jonathan. Piénsalo. Es más amable. Aunque... A juzgar por tus acciones, eres de los que les gusta más duro, ¿verdad?

No me doy cuenta de que estoy a tu lado.

—¡Quítale las manos de encima! —Tiro del arma sobre mi madre y quito el seguro a la Glock —. —Un movimiento más y tus sesos irán a parar a comida para peces.

—¿Matar a tu propia madre?

Victoria sonrió.

—No lo hará —responde Garner con calma—. —Simplemente, no se da cuenta de lo importante que has sido en su vida.

—No estaba en mi vida —aprieto los dientes y mantengo a mi madre en el punto de mira.

—Oh, hijo, lo estaba. Más de lo que te imaginas.

—¿Qué es esta tontería? ¿Y por qué te ha llamado «papá»?

Victoria sonríe. Jessie me mira emocionado.

Garner continúa:

—Garner, —pone énfasis en su apodo—. —Soy la paz. Soy la guerra. Según lo que desee. Pero mi única hija no me ha decepcionado. Me ha dado dos herederos. Poderosos, mejores, diferentes. Que conquistarán el mundo. Que tomarán todo el poder en sus manos. Mundos diferentes. Pero para ello, ambos teníais que endureceros. Sobre todo tú, Justin. Siempre has sido mi mejor postor. Estás cerca de mí. Me di cuenta antes de que estuvieras en la cárcel conmigo.

A la cárcel. Fui allí por estupidez. Me tendieron una trampa. Filtraron todos mis movimientos, como si alguien hubiera copiado los datos de mi ordenador y los hubiera enviado a la policía.

Fue mi madre. En aquel entonces. En aquella época. Cuando tenía 18 años. No fui a la cárcel por nada. Era su plan. Su plan.

Victoria observa divertida cómo me voy acercando poco a poco a la verdad mientras Garner continúa:

—Sé que odias darte cuenta de todo esto ahora —dijo—. —Pero era necesario. Eres el hombre que eres ahora gracias a nosotros. Victoria y yo.

—Y ahora tú y Jonathan podéis dominar el mundo —añade Victoria. —Él es el lado luminoso y tú el lado oscuro. Y así es como estaremos en todas partes. Somos el poder, Justin. Solo nosotros. Somos una familia. Y estamos preparados.

—Es mi chica —sonríe Garner.

Victoria ya es imparable: tiene su aprobación, está muy cachonda y sigue charlando:

—Tenemos los trapos sucios de nuestro mayor rival. Y ya he hecho todo lo posible para enfrentar a Gray con Kenny White. Se destruirán mutuamente. Y Jonathan se hará con el control de la empresa. Una empresa global. Y tú, Justin, heredarás el negocio de mi padre. Tú y Jonathan seréis los dueños del mundo. ¿Lo entiendes?

Sonríe como una loca.

Está loca. ¿Qué espera? ¿Que admita que fui un peón en manos de dos jugadores experimentados y lo acepte? Se equivoca. No soy un peón. Y ella no es una reina que protege al rey. Ya no lo es.

—Sandra... Me estremezco, y no miro a Jessie. Solo miro a Garner. —Te afligiste conmigo. Me ayudaste. Gracias a ti, pude proteger a Ángelo... ¿Sabe Victoria todo esto?

—Fue idea suya —explica Garner—. —Victoria sabía que el chico sería una palanca contra ti. Solo por eso está vivo.

—No le habrás hablado a Jonathan de él, ¿verdad? —interrumpió Victoria.

—Claro que no. Quieres demasiado a ese bebé. Por eso sigue de una pieza.

—Por eso mataste a Sandra. Y Antoni te ayudó a borrarlo todo... me viene a la cabeza.

—Sandra estaba interfiriendo en nuestro plan. Esa estúpida sin agallas estaba ablandando demasiado a Jonathan.

Victoria intenta acercarse, pero aprieto con más fuerza la boca de la Glock contra su sien.

Solo que ahora me tiemblan las manos.

—Tú la mataste. Tú la mataste. A los dos. Tú lo preparaste todo. Ese accidente... Por vuestra culpa, Sandra está muerta. Por vuestra culpa, Sandra no crio a su hijo. Por tu culpa, no la vio crecer. Por tu culpa, no tuvo la oportunidad de tener una familia feliz. Un amor.

—Hijo —Garner se aclaró la garganta—. —Las mujeres nos hacen débiles. Y una aún te hace débil a ti. Por eso tu Jessie va a morir hoy. Lo siento...

Antes de que pudiera gritar, sonó un disparo detrás de mí. Todo sucede en cámara lenta. Estruendo. Balas. Disparo a Kevin en la cara y luego le vuelvo a disparar. Me precipito hacia Jessica y la cubro con mi cuerpo. Garner cae junto a nosotros. Le rezuma sangre de un corte en la cabeza.

Los agentes del FBI están agarrando las manos de mi madre. Están gritando. Corren. Jonathan está a mi lado y está histérico.

—Todo va a salir bien —susurro, inmovilizando a Jessie contra el suelo—. —Todo acabará pronto.

—Justin, estás sangrando —rugió e intentó darme la vuelta, pero yo lo impedí presionando con mi peso.

—Tienes que ir al hospital —solloza y aprieta sus manos temblorosas contra mi cuerpo.

—Todo va a salir bien...

—¡Justin, no te desmayes! ¡Por favor! ¡Justin, no te atrevas, no me dejes!

Pesadumbre. Me pesan los párpados. Oigo la voz lejana de Jessie. Ya no suena como un grito. Es agradable. Tentadora. Me está llamando. Y me tiro por la borda. Nado. Ella canta cerca de nuestro sitio. Tan hermosa. Me sumerjo y me hundo en una oscuridad impenetrable. Hasta el fondo, donde no puedo oír su voz.



Capítulo 21. Papá Justin

Sé que me gustaría ser la persona a la que siempre pudiera acudir. Y si hemos llegado hasta aquí, ¿nos esperan demonios al final? Canta, Jessie. Por favor, canta otra vez. No dejes de cantar. Canta nuestra canción.

Es todo lo que quiero oír. Todo va sobre ti. Pero se le quiebra la voz. Nunca ha terminado una canción. Pero cada vez la termino yo en mi mente.

Siento el tacto de la mano de alguien. Es cálida. Cautelosa y muy tenue.

—Tengo novia —advierto y abro los ojos. Mis párpados se agitan. La luz es cortante. Entrecierro los ojos y quiero taparme la cara con la palma de la mano, pero no puedo por culpa de los cordones atascados en mi mano.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?».

Hago otro intento de abrir los ojos y veo una silueta borrosa. Ángelo. Es mi hijo. Está bien. Gracias, Dios. Espero no estar soñando y que esto no sea otro hermoso sueño.

—¡Papá! Corre hacia mí y me abraza tan fuerte como puede. —Estás vivo.

Su cara se apoya en mi hombro y la mía se humedece.

Papá.

Las lágrimas corren por mis mejillas. No me lo creo. Es la primera vez que lo oigo y no me lo creo. Simplemente no puedo.

¿Me lo merezco?

Definitivamente es un sueño.

—Ángelo...

Quiero poner mi mano sobre la suya, pero me duele demasiado para moverme.

—No te muevas —le ordena, levantándola y secándole las lágrimas—. —Los médicos dicen que aún no puedes moverte.

—Bueno, si lo dicen los médicos... —sonreí, pero aún podía sentir las lágrimas rodando por mis ojos.

Papá.

Dios mío. Ahora soy un padre de verdad. Por mi hijo. Mi amor. Mío y de Jonathan.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Giré la cabeza para poder mirar a mi hijo a los ojos.

—Lo trajo el abuelo.

—¿Abuelo?

Joder... ¿Me he muerto y he ido al cielo? No, eso no puede ser verdad. Estoy soñando. O estoy muerto.

Después de todo, estoy vivo. Y, joder, soy feliz como una lombriz porque soy padre. Un padre de verdad.

—Y tú y Elfa os hacéis las mismas preguntas.

Jessie, ¿estaba aquí? ¿No estaba soñando? Juro que sentí su presencia.

—¿Está bien? —Paso el brazo por la cintura de Ángelo.

—Sí —apretó mis dedos débilmente—. —Está un poco magullado, pero dice que se encuentra bien. Pero Sheila dice que el Duende miente.

—No me digas que están todos aquí.

—Están todos. El abuelo, Elfa, Sheila, su amigo, el gigante y el tío Jonathan. Solo Sheila y el gigante se han ido a dormir, pero volverán pronto. El tío Jonathan no ha querido volver a casa. Por cierto, es muy majo.

—Sí. ¿Por qué me lo has ocultado antes?

—Pero soy adulto. No quiero más secretos.

—Y no quiero hacerlo. Por eso leo tu diario.

Ángelo me mira inseguro e involuntariamente se echa un poco más hacia atrás, pero lo detengo.

—Ahora piensas que soy débil... Se da la vuelta y se huele la nariz.

—Ahora creo que eres tan fuerte como nuestra Elfa. No te avergüences de lo que hay en tu corazón. No te hace débil. Significa que tienes corazón.

Veo que las comisuras de los labios de Ángelo se estiran hacia arriba. Está sonriendo. Eso me hace sentir mejor.

—Lo siento... He estado callado demasiado tiempo. Pero ahora estoy dispuesto a responder a todas tus preguntas —le puse la mano en la rodilla.

Ahora quiero escuchar a mi hijo. No quiero dejarlas sin respuesta. Quiero ganarme su perdón.

—¿La chica de la foto es mi madre? —susurra Ángelo, temeroso de volver a mirarme.

—Sí. Se llamaba Sandra Lajas. Y era maravillosa. —Y ya no está... ¿No? Aprieto con más fuerza la rodilla de mi hijo. Veo que las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos. —Murió el día que naciste. Ángelo baja la cabeza. Una lágrima rueda por mi mejilla. Y también por la suya. —Pero te enseñaré dónde su tumba. Te lo prometo. En cuanto salga de aquí.

Ángelo levanta por fin la vista hacia mí. Tiene los ojos enrojecidos, pero veo en ellos un destello de alegría. La chispa que alimenta la esperanza de que me haya perdonado tras años de silencio.

—¿Me lo demostrarás?

Vuelvo la mirada hacia la puerta de la habitación y veo a Jonathan en el umbral. No sé cuánto tiempo lleva aquí ni lo que ha oído, pero ya es hora de que sepa la verdad. No quiero más mentiras.

—Papá, el tío Jonathan, también quiere verla. ¿Puede? ¿Puedes enseñárselo también? También quiere saber dónde está mi madre, Sandra.

Jonathan se tapa la boca con la palma de la mano. Reprime las lágrimas. Se ha dado cuenta de todo. Lo veo en sus ojos.

—Soldado, ve a ver al abuelo y a Elfa, ¿quieres? Jonathan y yo tenemos que hablar.

El chico asiente. Salta de la cama del hospital y se detiene. Se congela. Se da la vuelta y vuelve a abrazarme.

—Te quiero, papá— me susurra al oído.

Y todo mi interior se enfría y vuelve a ponerse en marcha con renovado vigor.

—Me alegro de que estés vivo.

—Seguiré tu ejemplo —le besé en la coronilla—. —Te quiero mucho.

Hay una pausa en la habitación. Jonathan no se mueve. Yo, por desgracia, tampoco. Solo le miro y espero a que me mire. Espero que me pegue. Lo entenderé si lo hace. Me lo merezco. Pero mi hermano suspira pesadamente y se limpia la cara con la palma de la mano.

—Me lo has ocultado durante diez años...

—Creía que no lo necesitabas. Los dos estábamos equivocados. Te pido disculpas.

Jonathan se echa hacia atrás en la silla y deja caer la cara entre las manos.

—Diez años, Justin... Diez años... He tenido un hijo todos estos años. Con Sandra. La chica a la que amaba. Creció a mi lado... Sin mí... ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo pude equivocarme tan profundamente?

—No eras estúpido. A los dos nos confundió nuestra madre.

—¿Quién mató a Sandra? —Jonathan volvió a suspirar—. —Todavía no me entra en la cabeza.

—Lo hicieron. Garner y Victoria. Padre e hija. Nuestro abuelo y nuestra madre. Dos monstruos locos que se creían ser dioses.

—Le disparé, Justin —Jonathan me miró a los ojos—. —Le metí una bala por la espalda a ese viejo. Ni siquiera estaba apuntando. No sé cómo. Simplemente, no pude soportarlo cuando dijo que Jessie va a morir. Mi dedo apretó el gatillo cuando imaginé que podrías perderla como yo perdí a Sandra. Y disparé.

—¿Y ahora está muerto?

—Está muerto... Y mucha gente también. Así que maté a un hombre.

—Mataste a un monstruo. Te defendiste. Protegiéndome a mí y a Jessie. Protegiendo a Jessie.

—Yo maté. Y ese hombre resultó ser mi propio abuelo…

Se pone en pie y camina hacia la ventana.

—Nuestro abuelo. —Al que nunca conocí. ¿Cómo era, Justin? Al menos tú tuviste contacto con él.

—Anthony siempre fue fuerte. Poderoso. Temible. Peligroso. Y una mierda rara, según parece. Jonathan volvió a sonreír.

—Un auténtico monstruo —dijo mientras miraba el oscuro paisaje que había fuera de la ventana.

—Supongo que no debería lamentarlo. Me arrepiento de haber confiado alguna vez en él, sin darme cuenta de que todo lo que le rodeaba era un juego de mentiras con la duración 30 años.

—Así que resulta que nos han educado para gobernar... Yo soy un «mundo» y tú eres otro. Jonathan cierra las persianas y se vuelve hacia mí.

—Supongo que sí. —Desde que éramos niños, teníamos nuestra vida planeada...

—Sí, y no decidimos nada.

—Pero lo hicimos. Llegamos a la final.

—Claro. Excepto Sandra... —Jonathan apartó la mirada involuntariamente—. Aún me duele. Siempre dolerá.

—Lo siento mucho...

Jonathan camina hacia mí y se detiene justo al lado de la litera.

—Me alegro de que la hayamos salvado —dice el hermano—. Jessie es maravillosa. Es un verdadero tesoro.

—Muchas gracias. No podría haberlo hecho sin ti.

Jonathan sonríe débilmente, se inclina y me abraza con suavidad. —Cuando tengas las costillas, la cabeza y el pecho arreglados y puedas ponerte de pie... Entonces podrás devolverme el abrazo.

—No me provoques —alcanzo su hombro, pero me retuerzo de dolor—.

—Tengo solo un hermano —dijo Jonathan, enderezándose. —Quédate agachado y no actúes como un héroe.

Me río entre dientes.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días. Los dos primeros estuviste en cuidados intensivos. Los mejores médicos lucharon por tu vida durante 24 horas.

Me frota la cabeza débilmente y se da la vuelta para marcharse, pero Jessie entra volando en la habitación. Entra corriendo y se queda paralizada en medio, mirándome fijamente. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Azules y sin fondo, y tan húmedos.

—Creo que os dejaré solos —dijo Jonathan, tocándole el hombro a Jessie, pero ella ni siquiera reaccionó—. Solo me miraba a mí.

—Jonathan —le llamé—. —Cuida de Ángelo, por favor. Él dice que eres genial.

Jonathan se muerde los labios. Es difícil para él. Es demasiado difícil decirlo. Pero asiente y sale de la habitación, que solo está llena de Jess.



Capítulo 22. Justin

Mi maldita niña. Mi Elfa. Está en todas partes. Aún no ha aparecido, pero ya está bajo mi piel. Tengo tantas ganas de abrazarla. Quiero sentir sus labios en los míos. Quiero asegurarme de que no es producto de mi alucinación. Se queda quieta solo un segundo, luego echa a correr y cae de rodillas delante de mi cama. Está llorando.

—Jessie, por favor... No —encuentro su mano y la cubro con la mía—. Cariño... Por favor. No llores.

Sube, se sienta en la litera y me pone las manos en la cara.

—Tenía tanto miedo de que murieras... Tenía tu sangre en las manos. Intenté presionar las heridas. Tenía tanto miedo. Recé a Dios para que no te alejara de mí. No he dejado de rezar. Cada día. Cada minuto. Nunca me cansé de pedir, —las lágrimas corrían por sus mejillas y goteaban por mi cara—. —No quiero vivir sin ti, Justin. No puedo seguir así.

—¡No seas tonta!

—¡Cállate! —sollozó. —Tú lo eres todo. ¿Lo entiendes? ¡Lo eres todo! Me has asustado, ¡imbécil, arrogante!

Jessie está llorando y ni siquiera puedo abrazarla. Intento levantarme, pero ella no me deja y me tira hacia la almohada.

—Idiota, ¡no te atrevas a moverte! —le ordena a través de sus lágrimas—. ¡Apenas te han sacado de ahí!

—Obedezco—, solo puedo sonreír.

Dios, es preciosa. Incluso con esos moratones, el ojo morado y el corte en la mejilla. Es preciosa. Es la criatura más maravillosa del planeta. Y no sabes cuánto la quiero.

—¿Te encuentras bien?

Cogí su mano y le cubrí los dedos.

—No, me resfrío y me mira.

—Llévame a casa. Ahora mismo. A nuestra cama.

Está llorando.

—Aún no...

Jessie se inclina sobre mi cara y me toca suavemente los labios. Con los suyos, otra vez, salados. Cierro los ojos. Es como volver al océano. El sabor de nuestro beso es como la brisa del océano. Es delicioso. Y no puedo parar. Me meto la lengua en la boca y la alcanzo, pero Jessie se aparta.

—Justin...

Se endereza y apoya la palma de la mano en mi pecho, justo debajo de la clavícula, donde no está vendada—.

La quiero a todos. En todas las posiciones. Ahora mismo. Joder, mira mi erección. Podrías romper losas de hormigón con ella.

—Pervertido, asqueroso —se ríe y se seca las lágrimas.

—Joder, ven aquí, ahora —doy un tirón hacia ella, pero siento mucho dolor y me retuerzo.

—El Sr. Pervertido tendrá que aguantarse —sonrió Jessie y volvió a tocarme los labios.

—No me provoques. Créeme, aguantaré el dolor, pero te follaré. Mi mano activa se desliza entre sus piernas.

—Justin— me halaga el hombro.

—¿De verdad? —Me presiona con los dedos en la entrepierna a través de los vaqueros. Presiono con más fuerza.

—Dios— exhaló.

—¿Desde cuándo clamas a Dios? —me burlé de él, como antes. —Creía que estabas a merced del Diablo.

Mis dedos se tensan y se clavan en ella con más fuerza.

—Quítate los vaqueros...

—No. No puedes... Su cuerpo contradijo las palabras, y Jessie empujó inconscientemente las caderas hacia los dedos.

—Quítate los malditos vaqueros. Los odio —le desabroché el botón y la bragueta del pantalón.

—Puede entrar una enfermera...

—Y mis dedos podrían correrse dentro de ti— mi palma se sumerge bruscamente en las bragas de Jessie y busca a tientas su clítoris.

—Justin…

Se agarra con las manos a las barandillas que hay a ambos lados de la cama del hospital.

—Te quiero —susurro contra sus labios, presionando su clítoris con el pulgar y penetrándola con el dedo corazón.

Jessie lanza un largo gemido, echando la cabeza hacia atrás. Inmediatamente, empiezo a moverme con más rudeza. Más fuerte. Más profundo. Veo cómo se retuerce ante mis insistentes caricias.

—Justin...

Me agarra el muslo con una mano y me quita la manta de encima.

—Sí, nena. Córrete para mí.

—Y tú córrete para mí.

Mete la mano por debajo de la larga camiseta del hospital, tira de ella y envuelve poderosamente mi dura polla con su mano.

—Mierda —apreté los dientes—. —¿Puedo correrme? Respiro un poco más, siguiendo los movimientos acelerados de su mano. —¿Los médicos no dijeron nada al respecto? Mis dedos la penetran cada vez más profundamente. El grande masajea su clítoris y Jessie no deja de gemir.

—Igual que no me dijeron que tenías un brazo derecho tan funcional —dijo Jessie, quien se agarró con más fuerza a la barandilla de la cama y pisó ella misma mis dedos.

El agarre de su mano alrededor de mi pene se intensifica. Se muerde el labio. Arqueó la espalda. Menea las caderas y me frota la cabeza. Aprieta. Se desliza hasta la base y sube bruscamente. Repite. Yo cogía aire con la boca.

Jessie gimió con fuerza.

—No hagas ruido, nena, o los médicos pensarán que soy un pervertido cachondo.

—Eres un pervertido cachondo.

—Pero no tienen por qué saberlo. Presiono dentro de ella y Jessie se estremece.

—Justin... —pone los ojos en blanco y me corro en la palma de su mano.

—Dios... Sí... Se inclina para besarme.

—¿Has venido? ¿Estás segura? Puedo continuar con la lengua. Solo que tendrías que ponerte tú también en mi cara.

—¡Justin! —Seguro que ya has tenido bastante, cariño. —Apreté los dientes contra su labio inferior.

—Sí —la lengua de Jessie me hace cosquillas en los labios.

Jessie se sube la cremallera de los vaqueros, se limpia las manos y me ajusta la manta. Luego se tumba cuidadosamente a mi lado, metiendo las rodillas.

—No me iré, aunque me echen —me besa suavemente el cuello, procurando no tocar mi cuerpo para no hacerme daño.

—Nadie volverá a alejarte de mí. Nadie volverá a alejarte de mí.

Llevamos más de una hora tumbados uno junto al otro. En silencio. Jessie me acaricia suavemente el pecho, trazando con el dedo el contorno del corazón tatuado y el vendaje que hay debajo. La bala pasó a un par de centímetros de mi corazón. Tanto el tatuado como el vivo. Estuve a punto de morir. Jessie me toca tan tímidamente... Prometió al médico que no me incomodaría y él la dejó dormir en mi habitación.

—Justin... Sus labios rozan suavemente mi hombro. —¿Estás dormido?

—No.

—Había otras personas allí... —susurra.

—¿A qué te refieres?

—En el puerto. El tiroteo del puerto. No eran solo agentes del FBI. Había otras personas allí. Y el hombre que estaba en la lejanía.

—¿Qué hombre? —mis músculos se tensan.

—No lo sé. Me estaba mirando. Solo me fijé en él cuando todo había terminado. Fue un accidente. Y su mirada... Era como si me estuviera abrasando y a punto de llorar al mismo tiempo.

Gray. Estoy seguro de que era él. Me sigue desde el día que subí a su coche. Lo sé. Y sé lo que le importa. Nunca lo ha hecho. Por mucho que lo finja. Yo tenía razón. Jessie sí importa. Solo que aún no entiendo por qué quiere tanto apartarla y negar su existencia.

—¿Este hombre es mi padre? —Jessie apenas puede hablar. —¿Biológico? ¿Te ayudó?

—No lo sé, pero creo que sí.

—¿Por qué? Nunca he oído hablar de él. No le conozco. Nunca estuvo en mi vida. ¿Por qué?

—Quizá era su forma de mantenerte a salvo... Jessie deja de moverse. Solo siento su aliento en mi hombro.

—¿Pero lo ha hecho?

—Jessie, está en los círculos equivocados, ¿vale? Su mujer, tu madre, fue asesinada. No apruebo sus actos, pero quizá no quería perder a nadie cercano.

—Y me regaló a las primeras personas que conocí.

—Te entregó a Steven. Todos estos años después, Gray nunca dejó de pagar a Linda.

—¿Linda? ¿Pagar? —se rio Jessie.

—¿Por secreto? Eso es lo que yo también pensé inmediatamente, pero... Tal vez... Lo hacía por otros motivos.

—No —dijo Jessie, saltando de la cama del hospital y empezando a dar vueltas por la habitación en círculos.

—Ni siquiera se presentó una vez. ¿No sentía al menos curiosidad por mí? ¿Cómo soy? ¿Qué aspecto tengo? ¿Qué ojos tenía?

—Sus ojos. Tienes sus ojos azules. Y si se hubiera mostrado, su interés podría haber valido demasiado. Podría haber afectado a tu vida.

Se detiene y me mira fijamente con sus húmedos ojos azules en la penumbra de la habitación. Su silueta solo está iluminada por la luz de la luna que se filtra a través de las persianas.

—No abandonaste a Ángelo cuando sabías que estaba en peligro. Y este Gray me abandonó a mí. A propia hija. Su propia carne y sangre.

—Jessie... Ven.

Vuelve a sollozar.

—¿Por qué no abandonaste al hijo de otro, mientras que mi propio padre me abandonó a mí?

Se tapa la boca con las manos para contener su histeria, pero no puede, las lágrimas rezuman por sus dedos.

—Salvaste a Ángelo. Le ayudaste. Le criaste como a tu hijo. Y me abandonaste como si yo fuera escoria.

—Por favor, vuelve a la cama conmigo —le tendí la mano, maldiciéndome por no poder levantarme y abrazarla ahora mismo—. Jessie, por favor.

—¿Por qué no es como tú? —suspiró, se secó las lágrimas y añadió—: Todo podría haber sido diferente.

—Todo podría haber sido diferente.

Podría haber sido. Y podría haber muchos otros «podría». Si no lo hubiera hecho... Si lo hubiera hecho. Si lo hubiera hecho. Muchos *«si»*. Muchas convenciones del pasado que no tienen ningún efecto en el presente. Sí, duele. Sí, es difícil de aceptar. Ya no existe. No puedes cambiarlo. Y superaré este dolor contigo.

—Vuelve a mi cama y no me dejes, ¿de acuerdo? Te prometo que nunca te dejaré.

Vuelve a llorar. Pero ahora sonríe.

—Eres mi familia, Jessie. Eres lo más parecido que tengo a una familia. Soy una idiota y no compré un anillo, pero... Maldita sea, te lo ruego, no digas que no a este hombre inmóvil y lleno de cicatrices y acéptalo como tu marido. Siento no poder arrodillarme.

—Justin... Se detiene ante la ventana. —¿Es otra broma? No me hace gracia...

—Jessie Rodríguez Gray, te vas a morir mientras lo dices, sé mi mujer. Te cambiaré el apellido por Morris y ninguno de los dos romperá la lengua. Compraré ese maldito anillo en cuanto me ponga en pie. Caeré de rodillas ante ti. Estoy a tus pies, Elfa. Te acuerdas, ¿verdad? Los besaré. Desde el muslo hasta los pies. Quédate conmigo. Incluso en el infierno.

—Justin...

Las lágrimas resbalan por sus mejillas. El corazón me late desbocado.

—Por favor, di que sí. —Y deja de llorar. No tenemos que casarnos ahora. Aunque me gustaría follarte.

No puedo dejar de llorar —, corre al sofá y me abraza.

—Te quiero tanto. Te quiero tanto. Te quiero.

—¿Es eso un sí?

—Sí, maldito idiota imposible. Soy tuya. Estoy contigo. En la tierra, en el infierno y todos los días aquí en el cielo. Te quiero. Más que al infierno, Justin, ¿recuerdas? Más que al maldito mundo entero.

—Ahora bésame. Ahora mismo.

Ella besa. Y ese sabor salado a brisa marina permanecerá en nosotros para siempre.



Capítulo 23. Jessica Gray

Le canté hasta la mañana. Nuestra canción. En repetición.

«Quiero ser para ti alguien a quien siempre puedas acudir». Repetido y repetido. Como una oración. Hasta que se durmió en mi hombro. Y realmente es él. Es él.

Mi diablo. El Sr. Morris.

Mi prometido.

Mi futuro marido.

Mi amor. Para siempre. Sueño con decírselo en la iglesia. Le arrastraré hasta allí. Espero que no se prenda fuego.

Voy a tomar un café. Mi teléfono vibra en el bolsillo. Debe de ser Sheila. Está muy preocupada. Contesto sin mirar la pantalla.

—Justin está bien. Ahora está durmiendo. No vengas. Quédate en la cama con el hombre al que amas y no te preocupes.

—Es una sugerencia interesante, pero no es exactamente a lo que estoy acostumbrado —la voz grave de barítono del altavoz me hace estremecer.

—¿Quién eres tú?

—Douglas.

—¿Te conozco? No te entiendo.

—Douglas Gray.

Gray.

Mi corazón se detiene. Mi corazón se ha detenido. O no lo oigo. A mi padre. Su voz me cala hasta los huesos. Me inmoviliza. Es mortal. No puedo respirar.

—Quiero verte —más bien una orden.

Vuelvo en mí.

—Nuestros deseos no son mutuos, señor Gray. Siempre te las has arreglado para estar ausente de mi vida. No cambies tus hábitos.

No sé cómo salió de mí. Oigo una leve risita en el altavoz.

—Dentro de una hora. Hollywood y Vine. Verás mi Bentley gris. Date prisa. No tienes mucho tiempo.

La llamada se está terminada.

—¡Maldito perro!

Apretando el teléfono con los dientes.

¿Por qué demonios pensaba que era tan fácil de manipular?

¿Por qué demonios pensó que yo quería esta reunión?

¿Y por qué coño estoy de pie en el puto Hollywood - Vine cincuenta minutos después de su llamada?

Y veo un puto Bentley gris. Me abren la puerta. Pero este hombre no sube al coche conmigo. Espera. Es extraño. Doy un paso dentro y la puerta del coche se cierra. El espacioso y tenue interior está vacío. No hay nadie más que yo y el hombre que tengo enfrente. El hombre que es mi padre.

—Debes de tener un montón de preguntas acumuladas —afirma, y trato de considerarle.

Lleva un traje perfectamente cortado. Le queda como un guante. Está hecho a medida y a la perfección. Mantiene las manos cerradas, entrelazadas sobre el pecho. El reloj Rolex brilla en su muñeca.

Manos cuidadas. Dedos largos. Piel pálida. Como la mía. Tengo miedo de levantar la vista. Tengo miedo de verle la cara. Pero la curiosidad empuja, vence, y deslizo la mirada por la barbilla bien afeitada. Pómulos cincelados. Un lunar en la mejilla. Igual que yo. Y sus ojos. Azules. Sin fondo. Los que veía cada día en el espejo. Mis ojos.

Le miro a mi padre y no puedo decir ni una palabra. Soy muda. Estúpida. Ni un pensamiento en la cabeza. Ni una palabra en la boca. Soy como un pez en un acuario. Tonta, tonta, tonta…

—Espero no haberte conocido nunca —digo, y una lágrima descarada rueda por mi mejilla, pero no tengo fuerzas para apartarla.

—Eres igual que Wendy. Te pareces a ella— noté que apretaba más los dedos. —Así que eso es lo que eres...

El hombre entrecierra los ojos. Me mira de pies a cabeza. Me estudia. Me examina.

—¿Qué te importa? —Mi voz suena como un chillido. —¿Por qué me ayudaste? Te vi en el puerto.

—Por amor... Es algo muy extraño —se apoya en su regazo y me coge la mano—. —Es hermoso. Nos anima. Nos hace sentir. También mata. Yo he amado. Una vez. Solo una vez. Y fue hermoso. Yo era feliz. Ella también lo era. Y nuestra felicidad tomó forma —dice mientras traga saliva y sostiene mi palma entre las suyas—. —Te esperábamos con tanta ilusión... Wendy estaba radiante de felicidad. Quería que tu segundo nombre fuera Juanita. Recuerdo su sonrisa. La recuerdo preguntándose si sería niño o niña. Yo sabía que era una niña. Era tan guapa que soñaba con tener una hija.

Estoy llorando. No quiero hacerlo. Pero las lágrimas ruedan por mis mejillas. Me acaricia los dedos y lloro.

—Y cuando ella se fue... Me suelta la mano. Cuando la mataron por mi culpa… —me mira a los ojos. Una mirada áspera y dura que me corroe por dentro. —Ya no podía permitirme perder lo que amaba. No podía permitirme encariñarme con nadie. No podía permitirme amar, y ser débil… —vuelve a dirigir su mirada hacia la ventana—. —Ni siquiera te miré cuando naciste. Cuando te sacaron de su cuerpo sin aliento... ni siquiera me acerqué. No podía permitirme ser débil. Garner se habría aprovechado de ello. Igual que estaba haciendo ahora.

Me atenaza el terror. La desesperación. El dolor. No debería sentir nada, pero me duele tanto que quiero gritar.

—Steven aceptó en cuanto se lo ofrecí. Ni siquiera quiso aceptar dinero. Un hombre decente. Antes de entregarte a él, le investigué. Investigué a todos los miembros de su familia. De la familia. Hasta la quinta generación. Estaba seguro de que estarías a salvo sin conocerme. Sin llevar mi apellido. Wendy de Molina murió casi tan pronto como se convirtió en una Grey. Como una maldición. Pero no me lo creo. Yo mismo soy malvado. Todo muere a mi alrededor.

Douglas deja de hablar. Apartó la mirada de la ventana y me miró a mí.

—No podía correr ese riesgo. Bastó con que me dejara debilitar una vez y permitiera que tu madre entrara en mi corazón. Y perdí lo más preciado del mundo. No podía permitir que eso volviera a ocurrir. No se me permite ser débil, Jessie.

Porque sus finales son siempre fatales. Me mira fijamente. Ojo a ojo. Azul con azul. Padre e hija. Pero no siento la conexión. Solo siento dolor.

—Tienes derecho a odiarme —continuó Gray—. No soy nada para ti. Y tú deberías ser nada para mí. Pero...

—Pero estabas allí —le interrumpí—. En el puerto. Me salvaste.

—Te salvé. ¿Cómo he podido dejarte morir?

Hay una pausa entre nosotros. Un silencio que me corroe las entrañas. Me araña las costillas. El alma. La conciencia. Me palpita en las sienes.

—No moriría —le miré—. Justin no me dejaría. Y no necesito su ayuda. Igual que no la he necesitado todos los días que he vivido. Sin ti, Mister Gray —las comisuras de sus labios se levantaron ligeramente en una sonrisa.

—Eres la verdadera, la verdadera Gray.

—Soy Rodríguez.

Le echo una última mirada y salgo del coche. Que le den. A él y a sus ojos azules. A él y a su sangre en mí. Tenía el mejor padre del mundo. Y no fue Douglas Gray. Me abandonó en lugar de protegerme. Se rindió sin arriesgarse. Tomó la salida fácil. Justin no abandonó a Ángelo.

Justin nunca haría eso.

Justin habría luchado.

Justin no se habría rendido.

Y Gray... Es un debilucho. No quiero tener nada que ver con él.

Justin recibió el alta del hospital al cabo de una semana y volvió a casa.



Capítulo 24. Jessie

Buenos días, mi amor —me hace cosquillas en el cuello con su barba dura y me río.

—Buenos días —me doy la vuelta y beso a Justin en los labios.

—¿Has dormido bien? —Me deja un beso en la mejilla y empieza a preparar café.

—Como volver a dormirme a tu lado es genial.

No puedo verlo, pero sé que Justin está sonriendo. Sigo observando a mi futuro marido, semidesnudo y con ese aspecto tan desenfadado y sexy que tiene con esos pantalones holgados, y no puedo creer que sea tan afortunada. Yo, no otro tipo. Yo, una perdedora perpetua, sin hogar ni familia, he conseguido robarle el corazón al hombre más increíble del mundo. Es como magia. Y aún sigo bajo su hechizo.

—Duende, deja de mirarme la espalda.

—Justin no se dio la vuelta, pero yo no podía dejar de mirar su cuerpo. No puedo evitar mirarle cuando es tan perfecto. La piel tatuada muestra las secuelas del tiroteo. Justin aún no se ha recuperado del todo.

Aún tenía vendas en las heridas, pero, caray, eso parecía aún más adorable. Mi valiente protector, que no dudó en protegerme de las balas con su cuerpo.

La vibración de mi teléfono en la barra me interrumpe. Cojo el iPhone entre las manos y me despierto del todo.

Ahora mismo. Sin esperar a tomar un sorbo de café. No creo que lo necesite ahora, porque mis ojos se redondean al instante, incluso sin cafeína. Y también mi cuenta bancaria, según el mensaje de la pantalla. Me han ingresado treinta millones de dólares. No puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Treinta? ¿Millón? ¿Existe esa cantidad de dinero?

—Gray —se rio Justin detrás de mí y me puso una taza de café en la mesa.

—No he pedido... no necesito. Treinta putos millones. Para mí, que hace un poco ni siquiera podía pagar el alquiler.

—¿Conciencia? —Justin me abraza por la espalda.

—No tiene conciencia. No quiero su dinero —le quito las manos de encima a Justin. ¿Cómo puedo devolverlos? —

Justin se acercó, me giró para que le mirara e inclinó mi cabeza para que le mirara a los ojos.

—No es dinero. Es una fortuna. Ni siquiera yo tengo tanto.

—No los necesito.

—Lo hacemos. Mira las cosas racionalmente. Solo un idiota rechazaría millones.

—¡Está intentando sobornarme!

Aparté las manos de Justin con un gesto.

—No, está intentando ayudarte. Se está arrepintiendo. Y los ricos saben arrepentirse de la única manera que se puede arrepentir. Con dinero. Tienes sus ojos.

Me quedo helada. ¿Está arrepentido? Sí, lo está.

—¿Treinta millones por mi perdón? —Apreté los dientes.

—Probablemente, para que empieces a hablar con él.

Justin dio un sorbo a su café y se alejó.

Y me quedé solo con mis pensamientos. Y con esos millones que me quedan en la cuenta bancaria. Creo que ahora puedo hacer lo que quiera.

Puedo permitirme cualquier cosa.

Puedo hacer realidad mis sueños.

Puedo ser libre.

Pero, por alguna razón, ahora mismo no siento alegría. No me siento tan feliz como hace unos minutos, cuando miraba al hombre que amo sin el peso de esos malditos ceros sobre mis hombros.

Me encuentro con Justin en el gimnasio. Está intentando ponerse en forma. Veo que aún le duele, pero es paciente y golpea el saco de boxeo con más fuerza, gruñendo ahogadamente.

—Llévame hasta él. Sé que sabes dónde encontrarle.

Justin coge la pera. La aprieta con sus manos enguantadas. Respira con dificultad. Se golpea la frente contra ella.

—Por favor.

—¿Qué le vas a decir?

—Le diré que no quiero su sucio dinero. No necesito sus remordimientos. Me abandonó. No se preocupó por mí en todos estos años. Igual que ahora, no me importan sus millones. No comprará mi perdón. Justin guarda silencio durante un minuto. No me mira.

Finalmente, suspirando pesadamente, responde:

—Vale, pero yo estaré aquí. No voy a dejar que estés a solas con él.

En media hora nos detenemos ante una alta verja de hierro con el bosque detrás. Justin frena y la verja se abre automáticamente.

El Honda entra suavemente en la propiedad de Douglas Gray por el camino de grava. Solo ahora me doy cuenta de que hay guardias apostados ante la verja. Los hombres van armados y nos miran fijamente. Es escalofriante.

—No tengas miedo —Justin puso la palma de la mano en mi muslo, como si percibiera mi pánico interior—. —Desde luego, no estás en peligro.

—¿Y tú?

¿Y si Douglas aceptó la reunión para eliminar a Justin? Está emparentado con Garner, el hombre que intentó matarle y ha matado mi madre. Y Douglas tiene antecedentes de ser un hombre peligroso y vengativo. No invitaría a alguien a su casa por nada.

Seguro que tiene sus propios planes. Y ahora mismo, estamos caminando hacia una trampa. Como dos ciervos ingenuos.

—Dale la vuelta —exigí. —Cambié de opinión.

—Tranquilízate.

—¡Date la vuelta! —Estoy empujando el hombro de Justin. —¡Aquí pasa algo! No me lo creo. No me creo que un hombre como él nos deje entrar en su casa.

—¡Basta ya! Un hombre como él no perdería treinta millones así como así.

—¡Eso es lo que estoy diciendo! Algo no va bien aquí. Nos ha traído hasta aquí, Justin.

—Pronto lo sabremos.

Pisó el acelerador y voló más allá de otro puesto de guardia, directo a otra puerta, más allá de la cual podía ver la cima de una enorme mansión de piedra blanca.

Estas puertas tampoco suponen un obstáculo para nosotros. Se abren y nos ofrecen la vista de un castillo muy real con un diseño moderno. Me quedo boquiabierta.

Nunca había visto nada igual.

Nunca había estado en una casa así. Ni siquiera he estado cerca de algo así. Solo la he visto en la tele y me he preguntado quién compra territorios tan vastos con palacios tan lujosos. Nos reciben los hombres de Gray cuando llegamos a la entrada principal.

—El señor Gray te está esperando —me informa uno de sus guardias, e inmediatamente lanza una mirada interrogativa a Justin.

—Viene conmigo —digo con firmeza.

El hombre se aparta y dice algo por unos auriculares conectados a su oreja. Luego, vuelve hacia nosotros y nos dice que podemos pasar. Estoy temblando. Justin me coge la mano y me aprieta los dedos.

Respiro aliviada. Con Justin, siempre sobreviviré. Y él sobrevivirá por mí. Todo irá bien si tengo a Justin a mi lado. Siempre.

Nos conducen a un amplio despacho situado en la tercera planta de la mansión. Contengo la respiración durante todo el trayecto, porque parece que incluso mi aliento puede dañar la belleza y la riqueza que me rodean.

—No toques nada aquí dentro —le susurro a Justin mientras la puerta se cierra detrás de nosotros.

Justin sonríe.

—Te lo digo en serio. No podemos pagarlo.

—Tienes 30 millones en tu cuenta, nena. Puedes hacer una hoguera en medio de esta habitación.

—¡Ese no es mi dinero! —siseé mientras una voz venía de detrás de nosotros:

—Puede hacerlo. Pero yo le pediría que no lo hiciera. Me gusta demasiado esta alfombra. La traje de Dubai. Es una pieza de coleccionista.

—Douglas —exhaló, apenas audible.

—Me alegro de verte, Jessie— incluso parece sonreír.

O intentándolo. Y es extraño. Ahora mismo no puedo distinguir lo que siento. Pero definitivamente ya no tengo miedo. El miedo desapareció en cuanto le miré a los ojos.

—Y el Sr. Morris.

—Señor Gray —sonríe Justin.

Pero noto su tensión exacerbada. No me suelta la mano. La aprieta con más fuerza.

—¿Queréis beber algo? —Douglas se acercó más, y yo solté la mano de Justin, dando un paso hacia él.

—Solo estoy aquí para recuperar tu dinero —mi voz es firme—. No quiero tus limosnas.

—¿Las donaciones limosnas? —sonrió Douglas. —Nunca había oído llamar limosna a semejante suma. Tienes gracia, Jessie.

Estoy enfadada. No solo se comporta siempre como un esnob, sino que se ríe de mí. Se está divirtiendo. ¡Joder!

—Puedo llamarlo como quiera —le digo acercándome a él.

Justin me coge la mano, pero yo la aparto. No tengo nada que temer. Aunque ahora mismo saque una pistola de su chaqueta de diseño y me dispare, me da igual.

—No quiero tu dinero, señor Gray.

Hay un pie entre nosotros.

—Para ti - Douglas, su expresión es indiferente. No hay ni frío ni calor. —Y no es mi dinero. Es todo tuyo. No te he dado nada más. Solo te he dado lo que te pertenecería por derecho si crecieras... Un millón por cada año de tu vida, más intereses. Son treinta. Es lo que pertenecía a tu madre.

—¡No es mi madre! —antes de darme cuenta de lo que acabo de decir.

Douglas traga saliva. Deja de hablar. Me mira de una forma tan fija que siento un escalofrío que me recorre la columna vertebral. Hay algo en esa mirada. Puedo sentirlo. Intento verlo. No aparto la mirada y lo veo. Juro que veo la ira. Desesperación. Y dolor.

—¡Cállate! —grité de repente.

Mi respiración se entrecortó. No puedo respirar. No me llega suficiente aire. No hay suficiente oxígeno. Mi corazón late frenético y muy rápido. Justin me rodea la cintura con el brazo y vuelve a acercarme a él, pero yo me aparto.

—Cállate —murmuré. —No tienes derecho —le mantuve la mirada, fija en Douglas—. —Podrías haberlo sabido todo. Solo que no quisiste.

—No podría, Jessie.

—Es divertido —le sonreí nerviosamente a la cara, pero por dentro soy un puto tornado. Estoy palpitando—. —¿Así que pudiste darle dinero a Linda todo este tiempo, pero ni siquiera intentaste averiguar qué me pasaba en esta familia?

Douglas lanza una suave mirada a Justin.

No quería que saliera de mi boca. Porque no estoy segura de querer hacerlo. Ahora mismo tengo rabia dentro de mí. Y quiero enfadarme con él. Quiero odiarle. Por eso aparto la mirada de sus ojos azules. Por eso no busco el dolor.

Nunca sintió nada. Si lo hubiera sentido, no habría renunciado. Si lo hubiera sentido, lo habría dado a conocer. Tuvo veintidós años y no se decidió. Ahora tengo treinta millones y no necesito su determinación.

Fue necesario cuando murió mi padre.

Cuando mi hermano empezó a acosarme.

Cuando me escapé de casa y me encontré sola.

Entonces lo necesitaba. Y ahora ni Douglas Gray ni sus matones cubrirían jamás la indiferencia que mostró hacia mi vida. Llegó demasiado tarde.

—Quiero irme —le digo a Justin.

Asiente, me coge de la mano y me acompaña hasta la puerta, pero Gray le llama.

—Sr. Morris, espere. Me gustaría hablar contigo a solas, si Jessie me lo permite.



Capítulo 25. Justin

Jessie se niega, quiere marcharse, pero la convenzo para que espere ante la puerta del despacho de Gray. A lo mejor a ella no le interesa, pero a mí me pica la curiosidad. Así que acepto y me quedo a solas con él.

—Así que, el vástago de Garner... —Douglas atraviesa lentamente su alfombra preferida, directo a la mesa de madera lacada con los recipientes de cristal. Salpica whisky en dos vasos y se los tiende a Garner. Me acerco y cojo el chopito de sus manos. —Como y tu hermano Jonathan.

—No lo sabíamos —explico y da un sorbo después de Douglas.

—Supongo que sí. Si no, no te esforzarías tanto por proteger a Jessie con mi ayuda —se acomoda en la silla y me hace un gesto para que me siente frente a él.

—Antoni era mi amigo cercano. —Un sorbo de whisky se me clava en la garganta.

—¡¿Qué coño?!

—¿Sorprendido? —Sonríe débilmente solo con la comisura de los labios.

—Íbamos a construir un imperio. Dos hombres fuertes, inteligentes y astutos, sin ataduras matrimoniales ni familiares. Estábamos dispuestos a mover montañas. Estábamos llenos de ambición. Estábamos dispuestos a ir a por todas. Solo que, al final, mis principios eran muy distintos a los de Antonio. Yo no estaba dispuesto a matar.

—Pero...

No lo entiendo. Douglas Gray es uno de los hombres más poderosos de Los Ángeles. Era alguien a quien todo el mundo temía. El que dejó casos sin resolver marcados como «personas desaparecidas». Aquí hay algo que no cuadra.

—Sí, señor Morris, todo lo que dicen de mí es mentira. Y ese periodista, Gregori, creo que trabajaba para Anthony. Sí, me espiaba y confieso que era bastante molesto, sobre todo para mi

difunta esposa, Wendy. Pero no averiguó nada. Y como usted sabe, señor Morris, a Anthony le disgustaban mucho los plazos incumplidos y los encargos no cumplidos.

Me trago la saliva. Qué estúpido y ciego fui, después de todo. Maldito astuto y viejo Antoni. Había estado jugando sus propios juegos a mis espaldas, juegos que no le habían llevado a una tumba prematura solo gracias a la paciencia de Gray. Douglas podría haberle destruido, pero no lo hizo. ¿Por qué no?

Gray da un sorbo a su whisky y continúa:

—Nunca he matado a un hombre en toda mi vida. Incluso en el incidente reciente del puerto. Fue la primera vez que ordené un disparo mortal. Porque Jessie.

Le miro fijamente a los ojos. Busco una respuesta en su mirada. Pero no la encuentro.

—Veo que estás confuso —Douglas bebe un sorbo—. —Deja que te lo explique. Cuando Antonio y yo tomamos caminos separados, él empezó a trabajar sucio. Se portó mal conmigo, a pesar de que hicimos un voto de no meternos nunca el uno en el camino del otro. Prometí mantenerme alejado de su territorio. Y fui fiel a mi palabra, a diferencia de él. Por eso tuve que apartar a Anthony la primera vez. Siempre he sido amigo de la ley, Sr. Morris. Sigo siéndolo. Por eso también está tranquilo el asunto de la casa de los Rodríguez. Lo tengo todo solucionado. Linda está en el hospital y Corey probablemente acabará en un psiquiátrico. No me des las gracias.

—No te lo he pedido. Soy capaz de arreglar solo, con Jonathan —apreté los dientes.

—Estoy dispuesto a creerlo. Pero me temo que, por razones fisiológicas, no has tenido tiempo de entrar en detalles. Así que he asumido esa responsabilidad. Y solo espero un breve «gracias».

—No va a estar allí, porque odio que alguien se meta en mis asuntos.

Douglas sonrió.

—Mi hija sabe elegir a los hombres.

— Jessie solo es biológicamente tuya. Nunca te llamará padre. Tienes que comprenderlo. Fue criada por Steven. Y le quiere.

—Steven merecía su amor, desde luego. A diferencia de mí. Y tú mereces el amor de Ángelo...

También sabe de Ángelo... La mención del nombre de mi hijo me pone tenso.

—Admiro lo que ha hecho, señor Morris —Douglas se levanta y se acerca a la mesa.

Se sirve otro trago de whisky y bebe un trago.

—¿Más? —me mira y yo niego con la cabeza. —Hace diez años tomaste una decisión muy difícil. Y resultó ser la correcta.

Gray se pasea por el despacho.

—Hace veintidós años, yo también pensé que había tomado la decisión correcta. La única que me pareció correcta en aquel momento. No puedes imaginarte cómo me dolía el corazón entonces. Cómo deseaba mirar, volverme, ver al menos el rostro de mi hija recién nacida. Pero sabía que si la veía, la amaría al instante. Y nunca sería capaz de devolvérsela. Sabía que ese momento, esa fracción de segundo, sería mi segunda debilidad. Y no me permití tenerla.

Clavo los dedos en los reposabrazos de la silla. No esperaba tal franqueza de Gray. De nadie más que de él.

—Habría muerta, señor Morris. Garner habría llegado hasta ella, igual que ahora... Y no me consuelo con eso. Lo sé a ciencia cierta. En aquel momento, Garner habría hecho cualquier cosa para acabar conmigo. Es un maestro organizando accidentes de coche, lo sabes. Y tu amiga de la infancia... Sandra, si no me equivoco, no es la primera persona a la que mata así Garner. Mi mujer, mi Wendy, fue la primera.

Todavía está de duelo. Sé que lo está. Habla con el mismo tono, la misma mirada, de la misma forma en que yo o Jonathan hablamos siempre de Sandra. El mismo dolor. El mismo pesar e impotencia. Los mismos restos de desesperación y rabia que nunca irán a ninguna parte. Tenemos que vivir con ellos. Y Douglas lo sabe tan bien como cualquiera.

—Y también pregunta por hermano de tu padre, que pasó.

—¿Tengo tío? No entiendo.

— Tenía tío. Accidente del coche. Su hijo Brian Moris, con un “r” tampoco crecía con su familia. Garner no quito totalmente, para que tu padre recuerda que hay otro Mor(R)is. Pero si preguntas a su padre, él no sabe detalles. Solo que tenía claro, que no meterse otra vez con tu madre… y buscar información.

—¿Para qué me cuentas todo esto?

Me pongo en pie. Estoy confundido totalmente.

—No voy a hacer cambiar de opinión a Jessie...

—No me lo esperaba —interrumpe él—. —Es demasiado testaruda. Y yo también. Así que lo único que puedo hacer es esperar a que algún día quiera oír mi historia.

—En ese caso, ¿puedo ir?

—En un minuto, Sr. Morris. Aún no lo he dicho todo.

Me detengo en medio de la habitación y entrecierro los ojos ante el rostro desapasionado de Douglas. Se toma su tiempo para terminarse el whisky, devuelve el vaso a la mesa y solo entonces se vuelve hacia mí.

—Tengo entendido que eres el único y directo heredero de Garner. Eres al que ha estado preparando como la gran continuación de sus «obras», ¿verdad?

—No voy a continuar con su negocio. Antes de que Garner muriera, le dije que yo me retiraba. No quiero tener nada que ver con los bajos fondos. Quiero la paz. Con la chica a la que amo.

—No dudé de tu respuesta, así que te haré una contraoferta.

—La división de ciberdelincuente del FBI carece gravemente de personal. Me he tomado la libertad de enviarles tu perfil. Están muy interesados en tus servicios, Sr. Morris.

—¿Qué demonios? —Estoy indignadísimo.

¿Qué coño se cree que está haciendo?

—Nunca trabajaré para los federales.

—No tienes que responder ahora mismo. No tienes por qué responderme. Pero si hay alguna parte de ti que quiera ayudar a la gente legalmente, llama a este número. Me ha dado un papel doblado por la mitad. —El país necesita gente como tú. Piénsalo. Que tengas un buen día.

Se da la vuelta y se dirige hacia la mesa con el whisky. Yo, estupefacta por el giro de los acontecimientos, por su insolencia y la dureza de su propuesta, me apresuro a marcharme.

—Y, Justin —me quedo inmóvil con la mano en el pomo de la puerta, pero no me doy la vuelta —. —Cuida de ella. Sé que está a salvo contigo. Estaré observando desde lejos. No cogeré el dinero. Sé que harás lo correcto con él.

No digo nada. Me callo y guardo silencio, incluso cuando Jessie y yo salimos de los dominios de Gray. Ella quiere preguntar, lo sé, pero agradezco que no lo haga. Después de todo, Douglas lo dijo bien: con suerte, algún día, ella encontrará la fuerza para escuchar su historia, que es lo que he oído hoy. Quiero encontrar esa información. Por ahora, deberíamos callarnos.

Jessie se quita los zapatos y la chaqueta, entra en el salón en silencio, se sirve un whisky y se coloca frente a la ventana panorámica desde la que suelo estar yo, contemplando el sombrío horizonte de Los Ángeles. Está frustrada, pensativa y tan hermosa. No me gustaría que su cabeza estuviera plagada de pensamientos dolorosos, pero me encanta observarla cuando está pensando.

En esos momentos, su rostro se tensa involuntariamente, se forma una leve arruga entre sus negras cejas y su mirada se vuelve tan concentrada que parece que estuviera resolviendo mentalmente un problema matemático de integrales.

Es increíble. ¿Cómo me gané su amor?

—Tengo un regalo para ti —dije, de pie en el pasillo. Jessie se volvió, dando un sorbo a su whisky.

—Quería entregarlo antes, incluso después de que Ángelo y yo te encontrásemos aquella noche junto al río.

Jessie asiente y me mira fijamente a los ojos.

—Pero las cosas han estado un poco revueltas desde aquella noche. Y, de todos modos... —Espera aquí un momento.

Subí a mi despacho, donde había guardado un regalo especial para mi Elfa, saqué del armario un enorme paquete alargado y bajé con él al salón de Jessica.

—¡Madre de Dios! —Jessie aparta al instante el vaso de whisky.

—¡Esta caja es más grande que mi primera habitación alquilada en el sórdido Brooklyn!

Sonrío. Tiene razón. El regalo es voluminoso, pero seguro que a ella le gustará. Estoy segura de que sí. Coloco la caja blanca sobre la barra y le hago un gesto a Jessie para que desate el lazo de grafito.

—¿No va a salir nada? —Entrecierra los ojos y, tímidamente, pasa los dedos por el contorno del regalo.

—¿Crees que soy idiota?

—Creo que eres un pervertido imprevisible. Y si es un disfraz BDSM de látex con mordazas en todos los sitios correctos e incorrectos, te juro, Justin, que te golpearé con ese jarrón de ahí.

—He visto lo hábil que eres con los jarrones, así que será mejor que lo guarde.

Tomo el jarrón de cristal en mis manos y me lo llevo lejos de la zona de la cocina. Jessie observa todos mis movimientos y espera pacientemente a que vuelva a la barra.

—Te lo advertí, Sr. Lucifer.

—Me gusta la idea del disfraz de látex... Me muerdo el labio y juego con las cejas, mirándola a los ojos. —Pasemos por el sex shop esta semana, ¿vale?

—Un pervertido. Total e incorregible —dijo.

—Y te gusta. Sé que te gusta. Ahora abre tu regalo.

Odio esperar. Me hace tragarme las pelotas. Jessie contiene a duras penas una risita y finalmente tira lentamente del extremo de la ancha cinta de grafito. Tan despacio que es como si se burlara de mí a propósito.

—Vamos —le digo, poniéndome frente a ella para poder verle la cara y no perderme ni un segundo de su reacción. —No me toques las pelotas. Ya se me están encogiendo y me voy a retraer por dentro. Y las vamos a necesitar.

—¡Eres insoportable! —pone los ojos en blanco—.

—Si no abres la caja ahora mismo, me bajaré los vaqueros y te lo enseñaré todo claramente.

—Jesús… —intenta mantenerse seria, pero veo lo difícil que le resulta contener la risa.

«Vamos, Elfa...». Me estaba impacientando. Por alguna razón, me sudan las palmas de las manos. Y sonrío como un loco.

—Ábrela. Jessie desliza los dedos bajo la tapa de la caja y la tira.

—Oh. Dios. Dios... Justin... —la capa se le cae de las manos porque Jessie se tapa la boca bruscamente con las manos. —¿Es... es verde, mi capa? —Tentativamente, se toca las manos y la cintura.

—Bueno, casi. Esa capa tuya ya no se podía salvar. Así que compré una nueva. Está hecha a medida. Es exclusiva. Como tú, mi Duende. Especial.

—Dios, Justin… —Jessie pasa la palma de la mano por la pila—. —¡Quiero ponérmelo! ¡Ahora mismo! —chilla, y mi corazón se calienta tanto que podría calentar todos los callejones de la fría Alaska.

—Ayúdame —le tira de la manga, pero enseguida se paraliza—. —Hay algo duro... dentro... —me mira. Qué gracia. —¿Justin?

—No tengas miedo. Definitivamente, no es un disfraz de látex. Desabrocha la cremallera de la capa. Jessie baja la fina cremallera y, al hacerlo, los ojos azules se abren de asombro.

—Veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Es algo que probablemente tiraste al río. Y es tuyo. ¿No lo tires más?

—Gracias.

Jessie se aferró a mi pecho y hundió aún más sus dedos en mi cuello. La levanté del suelo y la atraje hacia mis labios.

—Cumpliré todos tus deseos —le rozó los labios con la lengua. —Di la palabra. Haré cualquier cosa por ti.

Jessie rodeó mis caderas con las piernas y apoyó sus pechos contra mí. La subo por debajo de mis nalgas. Me besa el cuello y la barbilla, haciéndome inclinar la cabeza hacia atrás.

—Nena... Aprieto más fuerte su culo. Jessie me lame el lóbulo y me susurra al oído:

—Quiero que te quedes conmigo toda la noche.

Empujo hacia ella por última vez mientras el oscuro cielo de Los Ángeles adquiere un tono gris. Anuncia un nuevo día que saludaremos abrazados. Ahora y siempre.

—Fóllate hasta el amanecer… —murmuro, apoyándome en las sábanas frescas con la espalda mojada.

—¿Qué? —interviene Jessie, respirando agitadamente, y se acomoda a mi lado—.

—Siempre quise follarte hasta el amanecer. La primera vez no bromeaba, aunque estaba borracho.

—Yo también lo he deseado siempre. Te deseaba tanto... Y me daba miedo.

Se acomoda bajo mi brazo y le beso la parte superior de la cabeza.

—¿Siempre? —Me río entre dientes. —Me odiabas.

—Porque eras un gilipollas, —Jessie me muerde el pecho y me estremezco ante el impacto de su acción o de lo que estoy oyendo.

—Loco, supuse, ¡pero no estaba seguro!

La levanté por los hombros y apreté mis labios contra los suyos, aun comprendiendo y aceptando lo que había oído.

—Sí, reconozco que era un gilipollas. Pero también tenía miedo. Los sentimientos que me provocaste no podía permitírmelos. Y ahora me doy cuenta de lo idiota que fui y de lo que renuncié.

Le eché el pelo hacia atrás y le acomodé un largo mechón detrás de la oreja, pasando los dedos por su hermoso rostro.

—Me haces feliz.

—Te quiero. Jessie me besa. Me muerde los labios y entrelaza su lengua con la mía. Enrolla sus piernas alrededor de mis pies. Me toca con cada célula de su piel desnuda. Somos uno.

Lo he sentido desde el principio. No somos partes complementarias la una de la otra. Somos partes enteras e idénticas que forman algo unido e inquebrantable. Ya no podemos separarnos.

—Justin… —susurra cuando estoy a punto de dormirme.

—Sí.

—Una cosa.

—¿Qué «una cosa»? Vale, de acuerdo, iremos mañana a buscarte un disfraz de látex. O un disfraz sadomasoquista... Tienes tiempo para pensártelo —digo sin abrir los ojos, por lo que Jessie me da una palmada en el hombro. —¡Ay!

—Lo digo en serio.

—Sí, ya lo entiendo. Lo siento —abrí los ojos y le toqué la cara.

—¿Qué deseo?

—Dile la verdad a Ángelo. No esperes demasiado para empeorar las cosas. La verdad saldrá a la luz algún día. Yo soy un ejemplo. Y entonces nunca tendrás la oportunidad de explicarte.

Jessie me da un suave beso en los labios, me da la espalda y se envuelve en la manta. Y ahora yo no puedo pegar ojo.



Capítulo 26. Justin

Al día siguiente, a la hora de la comida, su padre lleva a Ángelo a casa. Le ha recogido antes del colegio porque Ángelo está impaciente por que empiece el fin de semana. Papá no puede decirle que no. Y ahora yo tampoco puedo, porque quiero que sonría más a menudo. Como ahora mismo.

—Papá, ¡el tío Jonathan se ha ofrecido a quedarse con él todo el fin de semana! —el chico entra volando en el salón con los brazos abiertos como alas de avión—. —Dice que tiene una piscina enorme. Justo en la casa, ¿te lo puedes creer? Y dijo que me dejaría hacer puenting.

—¿De verdad? —Sonríe.

Jessie me acaricia el hombro y se acurruca más cerca.

Anéjelo sigue dando vueltas a nuestro alrededor, imitando a un avión.

—¡También dijo que quería ver mis experimentos! ¡Elfa! ¿Te lo puedes creer? —me dice con una sonrisa.

Me alegro. Pero me duele. No quiero dejarle marchar. Pero soy consciente de que Jonathan se lo merece. Le quité diez años. Si yo fuera Jonathan, no me lo perdonaría. Ni siquiera me escucharía, a diferencia de él. Jonathan siempre fue más comprensivo. Evaluaba la situación con sensatez, mientras que yo sucumbía a mis emociones.

—Papá — Ángelo se detiene y me abraza—. —¿Me permites?

Dile la verdad a él. No lo dejes para más tarde, no sea que empeores las cosas.

Tengo miedo de decírtelo. No sé cómo, por dónde empezar, qué palabras elegir. Pero tengo aún más miedo de empeorarlo, como dijo Jessie.

—Tenemos que hablar, luchador —exhalo y miro a Jessie, y ella asiente, comprensiva.

—Hazle una foto —susurra tras de mí mientras acompaño a Ángelo escaleras arriba hasta su dormitorio.

Jessie tiene razón. Llevo mucho tiempo queriendo darle la foto de Sandra a Ángelo, pero no encontraba «el momento adecuado». Y ahora creo que ha llegado.

—¿Quieres hablar de mi madre? —pregunta Ángelo en cuanto cruzo el umbral de su habitación y cierro la puerta tras de mí.

Siempre ha sido un chico extremadamente perspicaz.

—Sí. Quiero hablar de tus padres, si no te importa.

—A mí no me importa. Acordamos que no habría más secretos.

—De acuerdo. Sonrío débilmente y me siento a su lado en la cama, apretando entre las manos la foto enmarcada de Sandra.

—¿Has traído mi marco? — Ángelo toca suavemente su esquina.

—Quiero dártelo.

Ángelo se queda paralizado. Mira atentamente la foto que tengo en las manos. Tiene miedo.

—Esta es tu madre. Sandra —le entregué el marco y se lo puse en manos.

—Es guapa y sonriente —dice Ángelo en voz baja, y mi corazón da un vuelco.

—Sí, mucho. Siempre estaba sonriendo.

—¿Puede quedarse aquí? —Ángelo coge la fotografía, despeja un espacio en la mesilla de noche y coloca allí el marco.

—Yo mismo iba a sugerirlo.

—¿La querías tanto como a Elfa?

Dios mío. Me tapé los ojos un momento. El corazón me latía como un loco. Se me humedecían las palmas de las manos.

¿Amaba a Sandra? Sí. Definitivamente, sí. Y aún la quiero, pero...

¿Quería a Sandra como quería a Jessie? No.

Nunca he querido a nadie así.

Nunca he sido más feliz con nadie en mi vida.

Nunca he sido tan feliz como con mi Jess.

Ella es lo único que ha hecho de mi mundo un lugar diferente. Y lo que siento por ella no tiene nada que ver con un enamoramiento de juventud. Es mucho más profundo. Y puedo ver, puedo sentir lo mucho que ella me corresponde.

Jonathan amaba a Sandra. Y él la amaba. Su mundo era diferente con ella. El suyo. No el mío.

—Amaba a tu madre. Pero había un hombre que la quería más que eso. Y ella lo amaba a él.

Ángelo me mira desconcertado.

—Su amor era tan fuerte que te trajo a ti.

No le gusta cuando no entiende algo. Temo que no le guste cuando lo haga.

—Y yo… Estuve ahí para tu madre cuando necesitó ayuda. Y estuve ahí para ti cuando necesitaste protección.

Los ojos de Ángelo se llenan de lágrimas. Me mira y le tiemblan los labios.

—Siempre te he querido— le tiendo la mano, pero el chico se aparta.

Mi corazón se hunde. Me agacho. Por favor, no me apartes. No puedo soportarlo.

—Ángelo... Hago otro intento de tocarle, pero vuelve a crisparse.

—¿Me has mentido? ¿No eres mi papá? —llora, y mi corazón llora con él.

—Tenía que hacerlo. Estabas en peligro... Yo... te estaba salvando.

—¿Quién es mi papá? —empieza a llorar más fuerte.

—Ángelo... —Le toco el brazo, pero se levanta de un salto de la cama.

Le toco el brazo, se levanta de un salto de la cama.

—¿Quién es mi papá?

—Tío Jonathan. Es tu verdadero padre. Él y tu madre se querían. Pero entonces ocurrieron demasiadas cosas complicadas... Cuando crezcas...

—¡Soy un adulto! —¡Soy un adulto! —¡Lo entiendo todo!

—Lo sé, luchador —me pongo en pie y me acerco a él, pero él… pone las manos delante.

—¡Me has mentido!

Dios mío.

Me tiembla todo el cuerpo y estoy a punto de aullar de dolor en el pecho.

—Ángelo, por favor, escúchame.

—¡No quiero! —Me está empujando. —¡No quiero! ¡Tú eres mi papá! —grita. —¡Tú lo eres! ¡No quiero otro! ¡No quiero otro!

—Dios, Ángelo... Siempre seré tu padre. Te quiero. Nunca dejaré de ser tu padre. Por favor, compréndelo.

Te abrazo tan fuerte como puedo. Lo estrecho contra mí, aunque él se resiste. Me empuja. Me da un puñetazo en la espalda. Como Jessie. Dejo que me pegue. No le soltaré.

—Te quiero, Ángelo, Ángel mío —susurro, apretándolo contra mi torso. —No voy a ir a ninguna parte. Nada cambiará. ¿Me oyes? Siempre estaré a tu lado, como antes.

Sus golpes han cesado. Ahora solo solloza entrecortadamente. Sus hombros tiemblan bajo mis brazos, pero mantengo los brazos alrededor de ella.

—Eres mi luchador. Eres fuerte. Y sé lo difícil que es para ti darte cuenta y aceptar lo que te he dicho, pero... Acordamos que no habría más secretos.

—No le caigo bien al tío Jonathan, ¿verdad?

—No —le limpié las lágrimas de sus mejillas—. Él no sabía nada de ti. Tu, igual que él, no sabías nada el uno del otro.

—¿Así que has estado mintiendo a todo el mundo?

Agaché las manos y la cabeza. Sí, he engañado a todo el mundo. Pero me he engañado a mí mismo. ¿Cómo puedo explicárselo al niño de diez años que llora frente a mí?

—Sí, mentí a todo el mundo —susurro, mirando al suelo. —Tenía que hacerlo.

—No puedes hacer trampas. Tú me lo enseñaste —sollozó Ángelo—. —¡Así que siempre has mentido!

—¡No!

Ángelo me empuja de nuevo y me pongo en pie.

—¡Quiero ir a casa del abuelo!

—¡Ángelo!

—¡Quiero a mi abuelo! —grita más fuerte y me aparta las manos—. —¡Dile que venga a buscarme! ¡No dormiré aquí! ¡Eres un mentiroso!

Soy un mentiroso. Espero que algún día me comprenda. Espero que algún día quiera oír toda mi historia. Que quiera conocer mis motivos. No hay excusa para ellos, pero, maldita sea, lo que más quiero es que mi hijo vuelva a llamarme papá.

Media hora más tarde, mi padre recoge a Ángelo. Me mira comprensivo y dice que intentará influir en la situación. También quiero hablar con él, pero encontramos el otro momento. Eso no facilita las cosas. La piedra que llevo dentro me oprime y me derriba. La culpa me aplasta. La conciencia me roe.

—Todo va a salir bien, Justin —me abraza papá y se lleva a Ángel al coche.

Todo irá bien. Si mi hijo me perdona... Estoy arrastrando los pies en la habitación. Me odio por hacer pasar a Ángelo por esto. Mi hijo ya ha pasado por suficiente mierda por mi culpa. Y ahora esto. Acaba de empezar a llamarme «papá». Entro en el dormitorio y veo a Jessie pasando el dedo por el lugar vacío de la mesilla de noche donde estaba la foto de Sandra.

Sé que está preocupada por mí y por el niño. Ambos somos muy importantes para ella. Se da la vuelta, se sienta en el borde de la cama y me mira a los ojos.

—Ven aquí —me tira de los brazos hacia sí.

—Ángelo me odia.

—No, no lo es —dice Jessie, y me abraza suavemente los hombros—. —Hiciste lo que tenías que hacer. Tanto entonces como ahora. Y estoy orgullosa de ti. Él lo entenderá. Lo aceptará.

—Está empezando a llamarme «papá».

Tengo ganas de llorar. Como un niño pequeño. Como Ángelo. Pero no puedo permitírmelo.

—Necesita tiempo… —Jessie me apretó más fuerte entre sus brazos—. —Deja que lo asimile todo.

—Quería irse con mi padre. No quería quedarse aquí. Conmigo.

—Porque respondiste a sus preguntas —me instó Jessie a mirarla a los ojos mientras me rodeaba el cuello con los brazos—. ¿Y Neil aún no lo ha hecho? —Y Jonathan aún no lo ha hecho. Es Ángelo. Quiere saberlo todo.

—No quiero perderle, Jessie —le clavo los dedos en la cintura—. —No puedo perderle.

—Nunca le perderás. Él te quiere. De verdad. Siempre lo hará. Tú le criaste. Estuviste a su lado. Nunca te abandonará. Ahora mismo solo está confuso y dolido. Dale tiempo. La aprieto contra mi torso. La aprieto demasiado fuerte porque tiemblo. Porque tengo los dientes apretados y los párpados temblorosos.

—Ángelo te quiere. Te quiere mucho. Siempre te querrá. Ahora dale la oportunidad de amar a Jonathan. Por favor. Ahora mismo es muy difícil para los dos. Igual que es difícil para ti.

Me abraza con más fuerza. Se pone de puntillas y se acerca a mi cuello. Me lo besa. Baja hasta mi clavícula. Besa con más fuerza. Baja hasta el hombro. Mi respiración se acelera. Jessie me agarra de los bordes de la camiseta y me la quita.

—Jessie... —susurré en las profundidades del dormitorio.

Sus labios acarician mis pechos firmes, mi torso... Cada vez más abajo... No puedo apartar los ojos de ella. Sus movimientos son hipnotizantes y hacen que se me agolpe la sangre en la ingle.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —susurra y se arrodilla delante de mí. Oh, dioses... Dime... ¿Qué puedo hacer?

La observo desde arriba, incapaz de moverme. Mi corazón se acelera. Estoy temblando. Estoy al borde de un ataque de nervios y ella está tan sexy contra mi entrepierna. Sus labios carnosos están entreabiertos. Los lame viciosamente, con un aspecto tan inocente y tentador al mismo tiempo, que me provoca para que la mime de inmediato.

Mi seductora gata infernal que me hace girar la cabeza y despierta mis demonios más salvajes.

—Dime —repitió Jessie, desabrochándome los vaqueros—. —¿Qué puedo hacer para aliviar tu alma? Me baja los bóxers hasta las rodillas. —¿Qué es lo que quieres?

Mi polla erecta se aprieta contra su cara y exhalo lánguidamente. Jessie rodea inmediatamente la cabeza con los labios. Chupa ligeramente y luego pasa la lengua por la carne sensible, lamiendo las gotitas.

—Jessie... —mi respiración se entrecorta— y Jessie continúa más activamente.

Se mete la polla bruscamente en la boca, rodeándola con los labios. Joder... Sabe exactamente cómo me gusta. Duro. Sin preliminares ni caricias suaves. Me estremezco. Cada nervio de mi cuerpo palpita. Jessie percibe mi reacción y me aprieta la polla con la mano en la base, empezando a moverse en sincronía con su boca.

—Joder... —jadeé, agarrándola del pelo. —Mírame —torcí los largos mechones en un puño y tiré de ella hacia arriba para poder verle la cara—. —Mírame. Mírame a los ojos.

Echa la cabeza hacia atrás y, sin apartar los ojos de los míos, deja que mi pene se deslice hasta su garganta. Suelto un gruñido largo y animal. Quiero más. La quiero toda.

—¿Me has preguntado qué quería? —Empujé mis caderas hacia delante, llenando su boca con toda mi longitud.

—Tú —volvió a decir bruscamente. —Tú —repito bruscamente—, recojo a Jessie bajo mis brazos y la levanto de mi regazo, y luego la empujo hacia la cama. —Y tú otra vez.

Le bajo los vaqueros, me tumbo encima de ella y separo sus torneadas piernas con las rodillas.

Mordiendo mis labios húmedos, invadí simultáneamente su vientre mojado.

—Justin —dijo Jessie echando la cabeza hacia atrás y apoyándola en el colchón de la cama.

Voy hasta el fondo. Llenándola por completo con cada embestida. Más y más. Hasta que sus gemidos se convierten en gritos.

—Justin... —me agarra del cuello y me atrae hacia sus labios—.

—Tú... —respira en su boca y me muerde el labio inferior—. Te deseo.

Más duro. Y ella acepta. Se rinde. Tiene hambre de más. Igual que yo.

—Pues tómalo —gimió Jessie, moviendo las caderas para recibir mis embestidas. —Tómalo. No te contengas. Tómame. Todo de mí. Soy tuya.

Aprieto los dientes, me apoyo en los codos y la penetro más bruscamente. Con fuerza. Fuerte. Desato mis demonios. Hasta el último de ellos. Y lo sé, siento que a ella le gusta. Y lo sé, siento que a ella le gusta. Es exactamente lo que necesitamos ahora mismo ella y nosotros. El sonido de nuestros cuerpos chocando con frecuencia llena el dormitorio. El sudor gotea por nuestra piel. Jessie apenas coge aire con la boca.

Ambos jadeamos, pero seguimos entregándonos a la pasión animal. Estamos demasiado hambrientos el uno del otro. Ya no podemos contenernos. Jessie me clava las uñas en los hombros. Me araña. Gruño, pero sonrío y me clavo en ella con un beso furioso. Es mía. Toda ella. Y me consume por completo.

—¿Quieres ser mi mujer? Tiré del pelo de Jessie hacia atrás para que me mirara a los ojos. —Para siempre.

Caigo sobre sus labios. La beso con tanta avidez. Con tanto fervor. Introduzco mi lengua en su boca y la entrelazo con la suya. Pero ella no se cansa. Jessie me clava las uñas en los hombros y me hace gruñir.

—Maldita sea—, le digo mientras me abalanzo sobre ella con más fuerza y le muerdo el cuello. —Venga, vamos.

Su espalda se arquea. Empuja las caderas hacia delante. Se aprieta tanto contra mí que apenas puedo contener mi orgasmo. Quiero que ella se corra primero.

—¡Justin! —grita Jessie, me pasa la mano por el pelo y la cierra en un puño.

Gimió y apretó sus pechos contra mí. Se estremeció y se detuvo un instante, agarrándose a mi cuello. Exploto tras ella. Le doy un último empujón, me corro dentro de ella y exploto. Estar dentro de ella... Estar con ella es un placer sobrenatural. Incomparable. Jodidamente increíble. La quiero para el resto de mi vida.

—No hace falta que preguntes. Mi alma se vendió al Diablo en cuanto entré en su bar.

—Te quiero —le dije mientras la besaba. —No quiero salir de ti.

Fuera de ti.

Fuera de mi corazón.

Fuera de mi cabeza.

Jessie, por favor, ámame.

—No hace falta que preguntes —repitió.

—Quiero tal como eres.



Capítulo 27. Justin

En este mes, se han terminado las reformas del bar, la fecha de la boda de Sheila y John se ha acercado muchísimo a mañana —el treinta y uno de marzo— y en la cuenta de Jessie aún no se ha cargado ni un céntimo. No es que lleve la cuenta, pero puedo verla agonizando como si la hubiera clavado el peso de una piedra, no treinta millones de dólares.

Sigo agonizando porque Ángelo no me habla y Jonathan tampoco.

No puedo disfrutar plenamente de la vida con Jessie. No es como me la imaginaba. Así que ha llegado el momento de tomar cartas en el asunto. En lugar de coordinar la disposición final de los asientos con Sheila, conduzco hasta la mansión White y escribo un mensaje a mi amiga:

«Me da igual quién se siente a mi mesa, Sheila. Pero no me pongas con John. Tiene debilidad por mí. No seas celosa.

P. S. Me refiero a tu prometido, no al consolador.

Por cierto, ¿sigues utilizándolo?

P. P. S.: Ahora sobre el consolador».

En cuanto doblo la esquina, obtengo mi respuesta:

«Vete al infierno. Te sentarás junto al retrete con mis tías sin amor que huelen a gato».

Sonreí y guardé el teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero. Sheila se va a ofender otra vez porque he estado eludiendo todas las cosas de la boda que quería compartir conmigo. Qué le voy a hacer, soy un amigo de mierda que va a hacerles a ella y a John un puto regalo de boda.

Así que espero que Sheila me perdone por haberme perdido muchas cosas, incluida la última prueba del vestido. Prefiero que lo haga Jessie.

—¿Justin? —Hola, Kenny, se sorprendió cuando aparecí en su puerta.

—Hola. ¿Está Jonathan en casa? No le dije que iba a venir. Así que aparecí sin invitación.

—En casa. Pasa.

—Gracias —lo sigo al interior.

—Mi última visita no fue feliz... —Pienso en las Navidades y en la paliza que me di aquí. —Lo siento, Kenny.

Kenny me mira sorprendido. Yo me habría mirado así hace unos meses. ¿Que Justin Morris se disculpara con un miembro de la familia White? ¿Que Justin Morris se disculpara con alguien? Nunca me había pasado en los últimos diez años de mi vida.

Bueno, qué puedo decir... Recientemente, mi Universo me dio una fuerte patada en el culo y lo puso todo patas arriba. Así que, que conste en acta. Esta es la primera disculpa al jefe de la familia White. Y la disculpa número dos llegará en breve.

—Lo siento, Kenny —volví a decir—. —Mi madre es una puta que nos ha jodido a todos. Por cierto, ¿cómo está? Espero que se haya colgado de su uniforme naranja en la celda de detención. ¿O aún respira?

—Aun respirando —una voz detrás de mí me hizo volverme.

—Hola, Jonathan —dije, sonriendo.

—Te dejo— me dio Kenny una palmada en el hombro—. —Siempre supe que eras un buen chico.

Los pasos de Kenny se apagan. El pasillo de su mansión ya no está impregnado de ningún sonido mientras Jonathan y yo callamos y nos miramos el uno al otro.

—Así que... —empiezo torpemente, metiéndome las manos en los bolsillos—.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada —Jonathan no se acerca más. —¿Cómo está Jessie?

—Normal...

Volvemos a estar en silencio. Nos miramos y luego apartamos la mirada. Es infantil. Es como si no fuéramos hombres adultos, sino niños a los que no se les ocurre qué decir.

—¿Estás conduciendo? —Jonathan no soporta la tensión. Asiento con la cabeza. —Vámonos.

—¿Adónde?

—A algún lugar al que no me atrevería a ir sin ti.

—No me lo digas.

Estaba a punto de girar el volante y dar media vuelta cuando me fijé en el contorno de la prisión donde Victoria cumplía condena.

—Por encima de mi cadáver.

—Yo tampoco he estado nunca allí —respondió Jonathan, y me interceptó el brazo, obligándome a conducir recto. —No desde aquel día en el puerto, Justin. No la he visto ni un segundo desde que se la llevaron los agentes.

—Me da igual.

—Eso no es verdad. La odias, pero te importa.

—¿Te importa después de todo lo que ha hecho?

Jonathan aparta la mirada. No, le importa. Después de todo, había vivido con esa mujer toda su vida. La amaba. Y ella le quería a él. A diferencia de su hijo mayor, al que podrían meter en la cárcel por adquirir una vara sólida. Será interesante ver si ahora consigue esa vara.

—Es raro que Kenny no haya pagado su fianza y que esa bruja tenga que esperar su juicio aquí —me reordeno en la línea correcta y sigo la ruta de Jonathan.

—Insistí en que no pagara la fianza. E insistí en que no consiguiera un abogado. Que se conformara con el de la defensoría del Estado.

Me asusté tanto que casi pierdo el control, pero Jonathan me empujó en el hombro y me hizo volver en mí.

—¿Privaste a Victoria de la posibilidad de salir bajo fianza y de un abogado que seguramente le habría sacado el culo? —No me entra en la cabeza. ¿Estoy seguro de que es Jonathan quien está delante de mí?

—Ella mató a Sandra —apretó los labios.

Y eso basta para que me calle. Ella mató a Sandra. Por su propio bien. Por su insana manía de poder, junto con su demente padre, que se creía Dios. Victoria no dudó en acabar con la vida de una hermosa joven que ahora podría tener un hermoso marido y criar a un hermoso hijo con él. Que ahora tiene diez años. Victoria ha arrebatado la felicidad a muchas personas. Es el diablo encarnado. Y esta noche, mi hermano y yo debemos enfrentarnos a ella. Y yo puedo hacerlo. Por Jonathan y con él.

Nos examinan y nos llevan a una habitación vacía con una mesa de hojalata en el centro. Garner una silla a un lado de la mesa y dos al otro. Jonathan y yo tomamos asiento. Un policía se queda de pie detrás de nosotros, contra la pared. Esperamos. El silencio es opresivo.

Oigo cómo el policía se huele la nariz. Ya era hora de que se sonara la nariz. Se me está acabando la paciencia. Odio esperar. El policía sigue olisqueando y olisqueando. Tirando de los mocos de un lado a otro, cabreándome. Tengo los nervios destrozados. Tamborileo con los dedos sobre la encimera de hojalata y me estremezco por dentro. Ahora voy a levantarme e irme. Es Jonathan, no yo, quien quiere verla. Soy yo quien la quiere muerta.

Pero, en contra de mis deseos, la puerta de la habitación se abre de golpe. Otro policía la mantiene abierta y Victoria entra con la cabeza bien alta. Si no, no sería ella. Incluso con ese uniforme naranja, consigue parecer escultural y que todos los demás parezcan gusanos. Incluso los polis.

—Muchachos —dijo, sonriendo solo por la comisura de los labios—, no podéis seguir, porque Dios quiera que aparezcan arrugas, y para ella son peores enemigos.

Victoria se sienta frente a nosotros, recogiendo sus rizos rubios en un moño apretado. Parece que nada ha cambiado para ella. Es la misma de siempre. Sigue siendo la misma escoria fea y arrogante, no una mujer desconsolada. Y eso es lo que más me cabrea.

—Me alegro mucho de verte —dijo. —A los dos —dijo, mirando de Jonathan a mí.

No tenéis ni idea.

—¡Está mal de la cabeza! —No pude soportarlo más e intenté levantarme de la silla, pero Jonathan me sujetó la mano. —No, ¿no lo ves, joder? Está mal de la cabeza.

Victoria sonríe, pero Jonathan hace que vuelva a sentarme. No le quita los ojos de encima. La mira fijamente. Ella capta su mirada.

—¿Cómo está Kenny? —Victoria le sonrió a Jonathan, aun conteniendo la sonrisa.

—Lo siento mucho...

Intentó fingir arrepentimiento, pero no pudo hacer nada.

—Nunca has querido a nadie —intervengo, y Victoria vuelve a centrar su atención en mí.

—Lo hice —sonrió, mirándome—. —Cuando era joven, y solo una vez. Con tu padre. Neil. Recuerdo que entonces me enamoré. Como una loca. Sus hermosos ojos marrones. Sus hermosos ojos marrones... Los que se oscurecían cuando me veía... Se echó hacia atrás en la silla y levantó la vista, frotándose el cuello de la camisa de preso—. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. Y yo era tan estúpida... Tan ingenua. Pero era tan feliz entonces. Supongo que solo un gran amor hace hijos tan hermosos. —Victoria nos miró a Jonathan y a mí—. —Pero, gracias a los dioses, mi padre apareció a tiempo para enderezarme —se rio entre dientes. —Y entonces me di cuenta de que estaba hecha para más. Y mis hijos también.

—No, ya está, voy a llamar al hospital psiquiátrico. ¿Le han hecho alguna revisión? —Estoy hablando con el guardia que está detrás de ella.

—Sabías cuánto la quería —Jonathan rompe su largo silencio.

No había pronunciado ni una palabra desde que entró aquí.

—Sabías que quería casarme con Sandra. Sabías que estaba embarazada, cosa que yo no sabía. Sabías la verdad sobre su muerte. Sabías que Justin estaba criando a mi propio hijo todo el

tiempo.

Veo los dedos de Jonathan clavándose en la mesa. Sus nudillos se vuelven blancos. Y no apartaba los ojos de su madre.

—Lo sabías todo. Estabas implicado en todo. Y mentías. Todos los días —grita y se abalanza hacia delante, pero yo agarro a mi hermano por el codo para retenerlo. —¡Has matado a mi Sandra! —le grita Jonathan, derramando lágrimas de sus ojos, y yo apenas puedo reprimir las mías. —Me hiciste creer que se había ido con Justin. ¡Me hiciste olvidarla! ¡Día tras día me decías que Sandra mentía! ¡Y la única que mentía eras tú!

—¡Te estaba debilitando! —le dice por fin Victoria con una expresión de emoción en el rostro.

—Estaba embarazada de mi bebé, ¡y tú la mataste!

—¡No teníamos otra opción!

Victoria se levanta de un salto de la silla, pero inmediatamente un policía la sujeta del brazo.

—Sincera, Sra. White.

—¿Qué? —Victoria se indigna.

—¡No! ¡No! ¡¿Dónde está mi abogado?!

—Llegará en cualquier momento, Sra. White. Se llevará una desagradable sorpresa. Se está volviendo loca. Toda su pomposa imagen se desvanece en un segundo. Está estallando, como toda su defensa, ante el tribunal. Solo necesitó una vez para ceder a la emoción.

«Te estás ahogando, Victoria. Tu salvavidas ha sido perforado. Toma tu último aliento. Toma tu último aliento de libertad. No vas a salir».

—Jonathan, ¡¿cómo has podido?! ¡Lo has hecho a propósito! Victoria se libera del agarre del policía y arremete contra Jonathan, pero yo la intercepto.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No! ¡Jonathan! Dos policías vuelven a coger a Victoria y la arrastran hacia la salida. —¡Sois mis hijos!

La esposan y la obligan a salir por la puerta. Tengo que admitir que es un espectáculo hipnotizador. Debe de ser salvaje ver a mi furiosa madre llevando brazaletes de hierro. Ahora, en lugar de brazaletes de oro, será lo único que lleve en las muñecas.

—Eres una asesina.

Sus palabras golpearon la puerta cerrada, pero ya no importaba. No se lo decía a ella. Nuestra madre es una asesina.

—Estoy cansadísimo y necesito un trago.

Vuelvo a mirar a mi hermano en el asiento del copiloto de mi Honda y me pregunto:

«¿Seguro que no he sido yo quien ha dicho eso?».

—Mañana nos lo vamos a pasar bomba en la boda de Sheila. No lo voy a conseguir yo solo. Jonathan sonrió.

—Mañana es la boda, joder. En medio de toda esta mierda, alguien es feliz.

—¡Eh! ¡Deja de hablar como yo! Vuelve a meterte un palo por el culo y pórtate bien.

—Joder, no —se rio Jonathan y me dio un puñetazo en el hombro—. —Me he portado de puta madre. Estoy cansado...

Hay una pausa en la cabina de Honda. Trago saliva nerviosamente.

—Se lo he contado todo a Ángelo... —Miro el parabrisas y los limpiaparabrisas que ahuyentan sin gotas de lluvia.

—Ya lo sé. Papá me lo dijo.

Claro, papá siempre quiere ayudar a todo el mundo.

—¿Has hablado con él? —Sigue sin mirar a mi hermano.

—No, nunca vino a verme. Y no sé si tengo derecho a...

—Lo sabes —interrumpe.

—Quiero hacerlo... Pero no sé cómo abordarlo. Soy un extraño para él.

—Te gusta. Y eso, créeme, es muy raro. En todos sus años, a Ángelo solo le ha gustado una persona con la que haya querido hablar. Y esa persona es Jessie. Así que, adelante.

—¿Y tú? —Jonathan por fin me mira.

—No me lo quitarás, ¿verdad? Si no, te mataré.

Jonathan se ríe entre dientes.

—De ninguna manera. Has sido su padre durante diez años. Sigues siéndolo.

—Joder, hermano, tengo tantas ganas de abrazarte, pero estoy conduciendo. Pero tengo una idea. Te va a encantar. Jonathan entrecierra los ojos, incrédulo ante la expresión de mi cara, pero asiente.

—Tendré que recoger a Jessie.

Giro por una calle conocida, paso por el paso de peatones donde una vez casi atropello al amor de mi vida. Ahora reduzco la velocidad, dejo pasar a la gente y avanzo con cuidado.

—Hola, Satanás— Jessie vuela hasta mi oído desde el asiento trasero y me toca la barba incipiente con la punta de las uñas. Ella también se acuerda.

—Tengo una erección... Ven aquí, maldita —le beso el dorso de la palma de la mano y atraigo a Jessie hacia mí—.

—Los dos sois unos locos pervertidos, ¿lo sabías? —declara Jonathan, que nos ha estado observando todo el tiempo desde el asiento del copiloto.

—Por eso nunca te elegiría a ti, gilipollas.

Jessie se ríe y se reclina en el asiento trasero, y yo sigo conduciendo hacia el aparcamiento. Hoy, en lugar de Neil, a Ángelo le espera otra sorpresa.

Jessie se queda de pie junto al capó y saluda con la mano a Ángelo, que se acerca vacilante al coche. Jonathan y yo nos sentamos en el habitáculo, aparentemente sin aliento.

Ángelo podría negarse. Podría montar una rabieta y no venir con nosotros. Pero, en lugar de eso, coge a Jessie de la mano y se dirige al coche. Jonathan y yo, como si fuera una señal, salimos y les dejamos entrar. Sin decir palabra. Sin contacto visual. Por alguna razón, tengo tanto miedo de mirar a los ojos del chico que, si lo hiciera, diría que ahí dentro hay odio.

Conducimos todo el camino en silencio. De vez en cuando miro por el retrovisor y me fijo en la mano de Jessie sobre la palma de Ángelo. Está mirando por la ventanilla.

—¿Adónde vamos? — pregunta Ángelo en voz baja cuando llegamos a las afueras de la ciudad.

—A ver tu madre —respondí, y oí a Jonathan exhalar pesadamente.

Él también iba por primera vez.

El cementerio de la ciudad nos recibe con el crujido de una vieja puerta y el aullido del viento primaveral entre las viejas tumbas. Alborota la hierba húmeda y se enreda en nuestros cabellos. Agita el dobladillo del abrigo de Jonathan y los largos rizos negros de Jessie. Nos empuja más lejos. Hacia lo profundo de la pena, las lágrimas y los recuerdos dolorosos. Nos dirigimos directos a la inscripción de la lápida:

«Descansa en paz, Sandra Lajas».

Nos detenemos. Hace más de un año que no vengo. La primera vez que me perdí el aniversario de su muerte. Primera vez que no cubrí su tumba con un ramo de lirios blancos. Primera vez que no derramo una lágrima. Para compartir mi dolor con Jonathan y Ángelo. Entregué el ramo de flores a Jonathan. Le tiemblan las manos. Ángelo se queda mirando las letras talladas de su nombre y no puede apartar la vista de ellas.

No suelta la palma de la mano de Jessie y mira la tumba de su madre.

—Hola, Sandra —susurra Jonathan, y el viento le arranca una lágrima de la mejilla.

Su hermano se inclina sobre una rodilla, despeja la losa con la mano y coloca allí las rosas blancas. Jonathan se paraliza y se cubre la cara con la palma de la mano. Baja los párpados y los aprieta con los dedos. Veo que le tiemblan los hombros. Está llorando. Jessie se muerde el labio y se seca las lágrimas. Ángelo le suelta la mano y se acerca vacilante a la tumba.

—Hola, mamá...

Me rindo. Los que dicen que los hombres no lloran mienten. Aquí somos tres. Y cada uno de nosotros está llorando. Lágrimas calientes ruedan por mis mejillas y ya no puedo contenerlas. Ya no quiero. Jessie me rodea con el brazo y se acurruca en mi hombro.

—Estoy contigo —susurra, y entrelazamos nuestros dedos.

Nos colocamos detrás de Jonathan y Ángelo. Permanecemos en silencio y dejamos que afloren nuestras emociones. Dejamos que las lágrimas caigan al suelo como las gotas de lluvia. Y dejamos que nuestros corazones gimoteen. El chico saca su diario del bolsillo interior de la chaqueta y lo deposita en la tumba de Sandra junto con un ramo de rosas blancas.

—Léelo, mamá. Escribí mucho sobre ti. Y sobre papá... sobre Justin. Lo siento, pero aún no sé mucho sobre Jonathan. Pero te lo contaré todo más tarde.

Se me hiela el corazón. Jessie apenas contiene un sollozo. Jonathan aparta los ojos de la lápida y vuelve la mirada hacia su hijo. Ángelo lo mira en silencio a los ojos, enjugándose las lágrimas. Él, igual de silenciosamente, acepta el abrazo de Jonathan. Los miro y ni siquiera intento quitarme el dolor que me duele en el pecho. Ahora me siento bien. Vamos.

—Vamos —susurro al oído de Jessica.

—Necesitan estar a solas con Sandra.

Ella asiente y me sigue en silencio, sin soltar mi mano de la suya.

—Creía que íbamos a volver al coche —murmura Jessie, que me mira de manera incomprensible mientras la conduzco detrás de la vieja capilla del cementerio.

—No del todo. Tendremos que echar otro vistazo.

—No me gusta, Justin.

—Estás a punto de cambiar de opinión.

Arrástrala de la mano para que miréis las lápidas. Todo está mal. No encuentro lo que busco, pero sigo la ruta.

—Justin —se asusta Jessie mientras volvemos a rodear la capilla.

—Espera. Está por aquí en alguna parte.

—¿Qué coño estamos buscando?

—Y creo que veo la tumba. Vamos —volví a cogerla de la mano y la conduje hasta el único ángel con forma femenina, pavimentado en piedra.

La silueta se perdía a lo lejos entre los troncos de los árboles, pero por fin divisé aquellas alas grises talladas.

—¡Justin! —Jessie apenas puede seguirme el ritmo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Se paraliza. Sus dedos, que acababan de clavarse en mi palma, se relajan y su brazo se debilita, cayendo a lo largo de mi torso. Bajo los pies del ángel se pavimenta un nombre: Wendy Juanita Gray de Molina.

Y Jessie empieza a sollozar. Toca el nombre de su madre con los dedos y cae al suelo. Me pongo en cuclillas detrás de ella y le paso el brazo por los hombros.

—Mi madre… —sollozó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Compartió Douglas.

Jessie aprieta la boca con las palmas de las manos y se inclina sobre el suelo, ante el monumento al ángel de luto. Se echa a llorar. Se ahoga en sus lágrimas y yo la rodeo con mis brazos. Pongo mis alas alrededor de sus hombros. Como las alas talladas de aquel ángel en la tumba de Wendy.

—Estoy contigo —le susurro al oído—. Estoy aquí.

Jessie sigue sollozando en silencio. Le aprieto las palmas de las manos mojadas en lágrimas y me las llevo a los labios.

—Douglas dijo que era tan hermosa como tú lo eres ahora —suspiré aliento caliente en sus dedos fríos y los besé—. —Dijo que era muy amable, pero también increíblemente fuerte. Como tú. Dijo que era especial. Y que ella era lo único que le hacía feliz. Igual que tú me hacías a mí.

—¿Qué más dijo? —Jessie se sorbe los mocos y observa la lápida de su madre. —Creo que sería mejor que te contara todo sobre ella.

Jessie se vuelve y veo que frunce el ceño. No está contenta con esa respuesta, así que continúo:

—Hoy, un niño de diez años ha encontrado la fuerza para perdonar a un viejo tramposo como yo. ¿No merece otro viejo con un pasado oscuro, al menos una oportunidad de ser escuchado por su única hija?

Jessie apoya la cabeza en mi hombro y se pone en pie, y yo le sacudo los vaqueros del suelo y tiro de ella hacia mí por la cintura.

—No lo sé, Justin.

Las lágrimas brotaron de mis ojos azules, mis mejillas se sonrojaron y las cubrí con las palmas de las manos.

—Dale una oportunidad. Solo una, Jessie, y Douglas no la desperdiciará. Escúchale. Ha estado callado demasiado tiempo y, créeme, lo siente. Sabe que cometió un error. Se desprecia a sí mismo por ello cada día. Vive con la idea de que su hija no está creciendo con él. La está criando

otro hombre, en otra familia. Su sonora risa resuena en las paredes de otra casa. Sus hermosos ojos azules miran amorosamente al mundo, pero no a él. Y él se atormenta hasta el día de hoy.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi todo en sus ojos.

—Tenía que darse a conocerme —vuelve a llorar Jessie, y yo le beso suavemente la mejilla por donde rueda una lágrima.

—¿Crees que no quería?

—Tenía muchas ganas de hacerlo —me llegó una voz baja y ronca desde detrás de mí, y Jessie se echó hacia atrás.

Le cojo la mano y me doy la vuelta.

—Gracias por escribir, Justin —dice Douglas y se acerca a nosotros.

No sé cuánto tiempo lleva aquí ni si ha oído lo que he dicho, pero no importa. He dicho la verdad. Dije lo que pensaba. Y por la forma en que Douglas me está mirando ahora, le he dado justo en el corazón. Tenía razón.

Jessie me lanza una mirada severa. Bien, puede pensar que soy un traidor, pero ya me lo agradecerá más tarde. Douglas se acerca, adelantando el brazo del paraguas para proteger la cabeza y los hombros de Jessie de la llovizna, y ella no se aparta.

—Tenéis mucho de qué hablar —le susurro al oído. —Ángelo podría hacerlo, y tú también —le dejo un ligero beso en la sien.

Jessie me suelta la mano de mala gana y yo le sonrío cálidamente.

—Estaré ahí para ti —le miro a los ojos y sé que mi chica fuerte puede soportarlo. Siempre lo hace. —Y, oye, Douglas, si algo sale mal, ni siquiera tus hombres podrán detenerme. Tenlo en cuenta.

Douglas se ríe suavemente y se acerca con cuidado a Jessica.

Sus acciones son inciertas, pero correctas. Va por buen camino. Me alejo, observando las siluetas del padre y la hija, y sonrío de nuevo al salir de los confines del cementerio. La expresión de mi rostro es completamente distinta a la que estoy acostumbrado a ver aquí. Pero no me importa. Soy jodidamente feliz. Ahora mismo.

Ni siquiera este lugar empañará la alegría que brota de mí.

—Hice lo correcto, Sandra. Estarías orgullosa de tu amigo.

Echo la cabeza hacia atrás y noto los débiles intentos del sol primaveral por atravesar las nubes grises. Los rayos vacilan al atravesar las nubes, pero puedo verlos. Incluso puedo sentir su calor en la cara. He hecho lo correcto.

El cementerio permanece detrás de mí, como la pesada carga que he estado arrastrando tras mis hombros todos estos años. Ahora hay espacio para que me crezcan alas entre los omóplatos. Para cubrir a Jessie con ellas, mantenerla caliente y llevarla a casa conmigo.



Capítulo 28. Justin

¡No, no me voy a poner la maldita pajarita! —Hice un gesto a Jessie para que se apartara mientras intentaba lanzarle ese pedazo de locura al cuello.

—Sheila dijo que todos los hombres, especialmente tú, deberían tener «mariposas». Así que no te resistas. El deseo de la novia es la ley.

—Se lo ha inventado a propósito para fastidiarme —le arrebato el trozo de tela negra a Jessie y se lo tiro al cuello—.

—Deja que te ayude —dijo Jessie al deshacerse de mis manos y empezar a anudar con cuidado la maldita pajarita.

—Parezco un retrasado.

—Estás tan condenadamente atractiva —me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia sus labios—.

—Y estás muy sexy con ese vestido tan ajustado. Tenemos quince minutos —agarré la mano de Jessie—.

—Vamos.

—¡No! —ella se ríe y se defiende. —Hay un coche esperándonos.

—Y Jessie tiene razón —añade Jonathan, bajando al primer piso de mi casa. —Qué corbata más fea —comento mientras Jonathan me ajusta al cuello exactamente la misma pajarita que también me oprime la garganta.

—Me gusta —dice Ángelo, que aparece detrás de Jonathan con el mismo esmoquin negro que llevamos Jonathan y yo.

—¡Dios! —sonrió Jessie y abrazó al chico. —¡Qué guapo eres! Pobres sobrinas de Sheila... Les vas a romper el corazón.

—Pero antes bailaré con ellos —afirma Ángelo con severidad.

Todos nos reímos.

Jonathan frota la cabeza de su hijo y sonríe. Yo también sonrío. Nunca pensé que sentiría tanto placer viéndolos a los dos. Jonathan va a ser un gran padre. Estoy segura de ello. Y si se confunde, siempre le ayudaré.

—¡Ya llegamos tarde! —grita Jessie.

—¡Fuera ya! ¡Jonathan! ¡Ángelo! ¡Vamos! Les está obligando a salir a la calle.

—¡Justin! ¿Por qué estás ahí de pie? El coche está esperando.

—No me canso de ti —la atraigo hacia mí por la cintura—. —Eres preciosa.

Jessie sonríe. Los dos lunares simétricos de sus mejillas se estiran ligeramente. Sus ojos azules brillan. Sus largos rizos negros me hacen cosquillas en los brazos, pero no hay forma de que la suelte de mi abrazo.

—Qué bien te sienta ese vestido— le aprieto el trasero y luego le doy una palmada. —Definitivamente, el verde es tu color, Elfa-girl.

—Y el negro te sienta muy bien, mi elegante Diablo.

—Hablando de negro, tengo una sorpresa para ti.

—¿Ese traje de látex? —Jessie se aparta—. De ninguna manera, Justin.

—No digas no enseguida.

—Puede que aún te guste lo que llevo debajo de la ropa.

—Siempre me ha gustado lo que llevas debajo de la ropa —se relamió Jessie. —A menos que sea un disfraz de látex —sonrió, empujándome en el hombro.

—Vámonos.

Sheila se pondrá furiosa si su dama de honor llega tarde a la ceremonia.

—Espero que seas tú el que está hablando de ti en este momento.

Todos lloraban de nuevo. Jessie, que se emocionó al ver a Sheila con su vestido de novia. Los padres y las tías de Sheila, que no habían esperado que se casara. Los familiares de John, que se emocionaron cuando le puso el anillo a su amante. Y el propio John cuando besó a Sheila en el altar. Hubo que repartir toallitas de papel en la entrada de la iglesia para detener la cascada de lágrimas.

—Sheila es tan guapa… —Jessie sonrió y observó hipnotizada a John y Sheila mientras bailaban juntos.

—Quién lo iba a decir... —No podía soportar su mirada—. La atraje hacia mí y besé su hombro desnudo. —Nadie tenía más odio que nosotros.

—Oh, sí —se volvió hacia mí y nuestros labios casi se tocaron—. —Eras un auténtico gilipollas.

—Y tú eres una bruta camionera —le froté la nariz contra la suya.

—Ejem... —Una tos delicada hace que Jessie y yo nos incorporemos en nuestras sillas.

—¿Quieres bailar conmigo? —Jonathan tiende la mano a mi Jessica, y ella acepta la invitación.

Jonathan la lleva a la pista de baile, se da la vuelta y me guiña un ojo. Ese es el verdadero gilipollas.

—Y a Jonathan le gusta Jessie… —Ángelo entrecierra los ojos y hace una pausa dramática, sorbiendo de su vaso de limonada.

—Deja de burlarte de mí.

—Entonces ve tú mismo a bailar con la Elfa.

—¿Por qué estás sentado ahí?

—Ya he bailado con todas las chicas —suspiró Ángelo. —Me pisaron los zapatos.

—Las chicas son así —sonreí.

—Pero una, Susanna, bailaba bien. Y huele bien.

—Entonces —me siento más cerca de mi hijo y le paso el brazo por los hombros. —Vuelve a bailar con ella.

—Quiero hacerlo con Jessie —, dice Ángelo, entrecerrando los ojos disimuladamente y jugando con las cejas.

—Oh, no, luchador, me temo que tendré que adelantarme a ti —le sigo el juego.

—Pues date prisa.

Le froto la cabeza y Ángelo, como de costumbre, le alisa el flequillo.

—Papá —me llamó, y me di la vuelta. Aún me dolía el corazón al oírlo. —¿Tú y Elfa también os vais a casar?

—Por supuesto —le guiñé un ojo.

—Estoy impaciente. Tengo muchas ganas de tener una hermanita.

Hermana.

Siento un extraño calor en el pecho. Y camino hacia Jessica, ardiendo en él. Hace mucho calor por dentro. Cojo a mi Elfa de los brazos de Jonathan y la atraigo hacia mi pecho. La abrazo.

Está tan hermosa.

Tan mía.

Tan querida.

Huele tan bien. Y está cerca. Me rodea el hombro con los brazos y me rodea el cuello con la mano que tiene libre. Mis manos se deslizan por su cintura y bajan por la fina tela de su vestido blanco.

—¿Qué llevas debajo de la ropa? —pregunta Jessie entrecerrando los ojos—. ¿Cuál es la sorpresa? —¿Cuál es la sorpresa?

—Tendrás que comprobarlo por tú misma.

—¿Desnudarte aquí mismo? ¿En medio de la pista de baile? ¿Con esa canción lenta de Bruno Mars?

—Tengo miedo de que esas chicas de Sheila que están ahí, en la mesa del fondo, me destrocen. Llevan toda la noche guiñándome el ojo coquetamente.

—Pues a correr.

Me coge de la mano y me arrastra hacia algún lugar entre las parejas que bailan. Por los pasillos. Jessie no se detiene. Y yo corro tras ella. Por las escaleras. Subiendo por algún sitio. Corremos por habitaciones oscuras y llegamos a un balcón con barandillas blancas talladas.

—Enséñamelo —respiró entrecortadamente, pero sus ojos se iluminaron.

—Desvísteme. —Me acerco a ella lentamente, quitándome la chaqueta.

El viento se cuela por debajo de mi camisa antes que las manos de Jessie, pero no tengo frío. Estoy ardiendo. Se abalanza sobre mí como una loca. Loca por mi cuerpo. Los botones vuelan, Jessie gruñe y deja al descubierto mis pechos, pero se congela en cuanto me desabrocha la camisa. Contiene la respiración. Lentamente, coloca su mano sobre mi caja torácica. En el centro. Sobre el corazón tatuado.

Y en un susurro, lee lo que hay justo debajo:

«Mi infierno es Elfa».

—Te dije que iba a escribir esa frase.

—Justin...

Sus dedos fríos tocan cada letra, las perfilan, y luego los labios de Jessie cubren el lugar de un tatuaje reciente cuyo significado solo conocemos nosotros. Un poder que solo nos importa a los dos. Jessie me besa el pecho y mi cuerpo se estremece. Los párpados me pesan en una fracción de segundo. Mis rodillas están a punto de doblarse ante el tímido roce de sus suaves labios. Me está volviendo loco.

—Te quiero, Diablo mío— el calor de su aliento me abrasa la piel y me obliga a respirar más a menudo.

Rodeo su cara con mis brazos y la atraigo hacia mí. Beso sus labios, siempre salados. Mi duende sentimental se conmueve de nuevo.

—Quiero una hija —le susurro—. —Una hija tan hermosa como tú.

—Justin... —arquea la espalda para mirarme a los ojos—.

—Y quiero hacerlo ahora mismo. Vámonos a casa.

—Pero... Tenemos que volver. Aún no hemos hecho el regalo...

—No será necesario. Le he dado a la nueva familia Maldonado mi bar. Lo sabrán en cuanto abran el sobre con nuestros nombres. No te preocupes —le dije a Jessie mientras la apretujaba contra mi torso.

—Vamos a casa. Te deseo tanto. Y Ángelo quiere muchísimo a su hermanita. ¿Cómo podemos decir que no a eso?

Mi Jessie cantó toda la noche. Cantaba la melodía más hermosa de sus gemidos bajo mi nombre. Y no me cansé de ponerla en «repetir» una y otra vez. Una y otra vez. Durante tres meses seguidos.

¿Me aburriré alguna vez?

No, es para siempre. Y es tan bonita.

Pero aún más hermosa es su canción cuando canta al unísono con las olas del océano.



Epílogo

Ángelo. Cuatro años después.

El abuelo Neil, papá Jonathan y yo volvimos ayer de España. Y nos trajimos a Los Ángeles a nuestros dos «españoles»: Elfa y papá Justin. De verdad, ellos son tres, para ser exactos, y contando el milagro que lleva ya casi ocho meses en la barriga de Jessie.

Nadie sabe de quién está embarazada la Elfa, ni siquiera ella, porque ella y Justin decidieron no averiguar el sexo del bebé antes de que naciera. Lo hicieron eso, pero supongo que no pensaron en mí. Así que durante el último mes he tenido que arder de curiosidad y suplicar mentalmente por una hermanita.

Jesús, por favor, que haya una hermanita. Para poder protegerla, llevarla en brazos y llamarla princesa.

En cuanto volvimos a Los Ángeles, todo el mundo tenía algo que hacer. Jonathan tenía demasiadas citas urgentes. Apenas se había escapado de unas vacaciones de dos semanas en España. Jessie fue a ocuparse de su fondo de caridad para huérfanos y niños desfavorecidos.

Creó la fundación hace tres años con el dinero que le dejó su padre. El señor Gray echaba mucho de menos a su hija y a su nieto o nieta por nacer.

Llamaron mi padre Justin del estado. Normalmente, trabajaba a distancia —esa era su condición cuando lo reclutaron como agente del FBI—, pero sus superiores no podían dejar pasar la extraña oportunidad de conocer a Justin en persona.

Así que me quedé solo en esta enorme mansión de la familia White. Resulta que hasta el abuelo Kenny se fue con Jonathan. Qué aburrimiento.

Estoy pegado al teléfono y ya echo de menos las tardes en España que pasábamos todos juntos. Nuestra gran familia. Solo faltaban Sheila y el gigante John, pero no pudieron ir por una buena razón: Sheila acababa de dar a luz a una niña y John se estaba haciendo cargo de la gestión de su

cadena de bares. Aun así, Justin les dio un gran impulso y un gran comienzo al negocio familiar. Ahora la familia Maldonado está prosperando.

Incluso se compraron una gran casa de campo. No tan grande como la del abuelo Kenny, pero igualmente acogedora. Me encanta. Y espero con ansia que llegue pronto la noche.

Además, tengo un tío más, Brian Moris, como yo, pero con una «r» en el apellido. Y tiene una mujer muy guapa que se llama Juliet. No sé exactamente qué pasó, pero ahora tenemos una familia muy grande. Y cuando yo quiera casarme, estoy seguro de que tendré también la chica más guapa del planeta.

No puedo esperar a las siete. Entonces recogeremos y nos iremos todos a casa de Sheila, John, el pequeño Lee, los gemelos Joseph y Jeffrey, y la mayor, Kimberly. Tiene tres años y es muy graciosa. Siempre quiere sentarse en mis brazos. Le encanta mi pelo y a mí me encantan sus rizos, iguales de tío John. Se ríe cuando le tiro de ellos.

Sheila había organizado una gran cena familiar para esta noche con motivo de la tan esperada llegada de Justin y Jessie. John va a cocinar una comida deliciosa, como de costumbre, y yo voy a estar tan lleno que me va a doler el estómago. Todo el mundo hablará mucho, papá Justin hará bromas sobre John, que se enfadará a veces, y Jessie y Sheila se reirán mucho, y papá Jonathan y yo sonreiremos.

Me encantan estas reuniones. Últimamente, he tenido menos, pero cada una de ellas sigue siendo como una auténtica segunda Navidad.

—Eh, luchador, ¿qué haces tumbado?

La voz de Justin me hizo levantarme de un salto del sofá.

—¿Ya has vuelto? ¿Tan pronto?

—Pensé que no te dejaría solo. Los malditos federales pueden esperar hasta mañana, ¿no? —sonrió y se dejó caer a mi lado en el sofá.

—De acuerdo —acepté su abrazo.

A veces es padre Justin al que realmente echo de menos. Su sentido del humor y su apoyo especial. Quizá sea porque llevo diez años con él y solo cuatro con papá Jonathan, y aún nos queda mucho camino por conocer. O quizá sea porque uno nunca sustituirá al otro. Y me encanta que ni siquiera lo intenten. Simplemente son los dos. Son tan diferentes, pero me quieren mucho. Y yo también les quiero.

—¿Qué vamos a hacer antes de que llegue el otro padre?

—¿Un segundo padre? —Justin arqueó las cejas, perplejo.

—Sí —no entendí su sorpresa—. Tú eres el primer padre y Jonathan es el segundo.

—Por favor, Ángelo, no digas eso en el colegio. Pensarán mal de Jonathan y de mí.

—¿Qué pensará el colegio de ti y de mí? —La voz de Jonathan llegó desde detrás de nosotros, y me volví para verle a él y al abuelo de Kenny caminando por el pasillo y entrando en el salón.

—Solo llevas aquí 24 horas, Justin, ¿y ya has hecho algo mal? ¿Y luego tengo que arreglar con una reunión de padres y profesores?

—Muy bonito —añade el abuelo Kenny, y me doy cuenta de lo que estaba insinuando Justin.

—De acuerdo, luchador, estoy dispuesto a ser gay a los ojos de tus compañeros de clase por ti. Solo tengo que ser más guapo y sexy que Jonathan en tus historias. —Justin me guiñó un ojo, y entonces Jonathan le dio un tirón de orejas.

—Aquí viene la primera pelea conyugal —sonrió Justin.

—¿Qué pasa, cariño?

—Cállate —Jonathan puso los ojos en blanco y yo me reí a carcajadas con Justin y Kenny. Me encanta cuando están juntos.

Los amo a los dos. Amo a mis dos padres y no me importa lo que parezca o suene. Nunca tuve una madre. No conocí su amor. Pero, en cambio, tuve dos de los mejores padres de la historia. Dos hombres de verdad a los que quiero admirar. Estoy seguro de que cada uno de ellos me enseñará mucho más. Y luego esa Elfa. Nunca se olvida de recordarme lo mucho que me quiere y yo nunca me olvido de devolverle el abrazo.

Qué bien han cambiado las cosas, ¿verdad? Qué felices nos hemos vuelto. Y creo que quien nazca pronto en nuestra familia será tan feliz con esta gente como yo.

Vamos, nena, sal pronto. Te gustará más aquí que en la barriga de Elfa.

Por fin, sobre las ocho nos sentamos todos a la mesa que nos ha preparado John. El padre de Justin y Jonatán aún no ha llegado. Llegó tarde, como de costumbre, y si no hubiera sido así, habría visto a John abrazando a Jessie por décima vez y le habría ordenado que dejara de besuquearse con su mujer. Pero eso no detendría a nuestro gigante amoroso, que muy pronto se convertiría no solo en el padre de sus cuatro hijos, sino también en el padrino del bebé de Jessie. Ella lo juró por su vida.

—¡Kimberly, Joseph y Jordan! —gritó Sheila, sosteniendo al bebé Lee contra su pecho—. —John, ¿dónde coño está nuestra niñera? ¡Mira lo que están haciendo nuestros hijos! Kimberly, ¡deja en paz los flecos de Ángelo!

—No me molesta —me río mientras Kimberly [1] intenta despeinarme, sentada en mi regazo—. Ya te dije que era graciosa. Y Sheila parece demasiado estresada después de tener al bebé Lee.

Jessie mira el bullicio que hay alrededor de la mesa y sonríe, acariciándose la enorme barriga. Espero que en el futuro no esté tan nerviosa como Sheila. No me gustaría que lo estuviera.

—¡No te preocupes, amor! —John coge a los gemelos Jordan y Joseph bajo ambos brazos. —No pasa nada. La niñera volverá en un momento. Ya la he llamado.

—Sí, claro —exhaló Sheila. —Me voy a volver loca —acarició la cabeza de la pequeña Lee, luego se puso dos dedos en la sien, imitando la boca de una pistola, y disparó. —No creas que los quiero, pero...

—Pero a veces puede ser muy difícil —sonrió Jessie.

—Cuarto, Jessie. ¿Se te ocurre algo así? ¿Yo y los niños? Algo etéreo e incongruente. Pero, maldita sea, los quiero muchísimo.

—Ya lo veo.

Sheila me mira de Jessie a mí con Kimberly en brazos y sonríe.

—Ángelo sería el hermano perfecto. Mira cómo se lleva con Kimberly. Mejor que nuestra niñera desaparecida. Por cierto, ¿dónde está? ¿Por qué no ha llegado todavía? ¡John Maldonado! ¿Dónde está la maldita niñera?

—¡Cálmate, cariño! —La voz de John procede de algún lugar de la otra habitación, y me divierte la situación. Supongo que al padre de Jonathan también.

—Vale, tengo que ir al baño —dijo Jessie, que se apoyó en la mesa e intentó levantarse, pero no podía hacerlo sola con semejante barriga.

—Te ayudaré —Jonathan le cogió el codo y le ofreció una mano para qué se apoyará en él—. —Cuidado, no te precipites. Ya te has movido demasiado en las últimas veinticuatro horas. Y luego está el vuelo. ¿Cómo ha podido dejarme Justin?

—No tenía elección. Y había un médico a bordo.

Me río. De todos modos, Justin siempre ha hecho lo que Elfa quería y, después de que se quedara embarazada, dejó de discutir con ella por completo. Porque es inútil discutir con alguien que tiene a otra persona creciendo dentro de ella. Eso es lo que dijo Elfa, y a Justin se le acabaron las discusiones.

—Eh, Shay, ¡ahora te ayudo! —John intenta ayudar. —Déjame llevar a estos dos gilipollas a la cama.

—¡Y Kimberly! —añade Sheila.

—No me pasa nada —responde Jessie. —Puedo arreglármelas sola. —Jonathan, gracias, pero no hace falta que me acompañes más.

Jessie sonríe y desaparece tras la puerta del cuarto de baño del primer piso. Sacudo a Kimberly en mi regazo, que empieza a bostezar y a frotarse los ojos.

—Creo que ya es hora de que ese ricito también se vaya a la cama —explicó Sheila. —Ángelo, ¿podrías llevarte ella a John?

Me pongo en pie cuando Kimberly apoya la cara en mi hombro y enreda sus deditos en mi pelo. Me siento bien y me gusta cómo huele.

—Cuando sea mayor —me susurra al oído—. —Me casaré contigo. Porque te pareces al poni mágico de mis dibujos animados favoritos de unicornio. Tiene los mismos flequillos.

Acaricio la cabeza de Kimberly y sonrío. Me gustaría ser caballero. Espero serlo algún día. Justo cuando paso a Kimberly a los brazos de John, oigo gemir a Jessie desde el baño.

—¡Jessie! ¿Qué ha pasado? —exclama Sheila, que corre hacia la puerta cerrada seguida de su padre, Jonathan.

—Oh… —suspiró Jessie, y Jonathan abrió la puerta sin esperar su respuesta.

—¿Qué ocurre?

Lo coge con preocupación del brazo, pero nada más continuar, un torrente de agua cae sobre sus pies.

—¡Dios mío, Jessie, las aguas! —gritó Sheila.

Miro el charco que hay bajo los pies de Jessie y no lo entiendo.

¿Le duele? ¿Le duele el bebé que lleva en el vientre?

—Ángelo, estoy bien —la Elfa se aferró al hombro de Jonathan y me miró con sus ojos azules asustados—. Es solo que tu hermano o hermana ha decidido aparecer antes de tiempo.

—¡Maldito vuelo, Jessie! ¡Te lo he dicho! Voy a matar a Justin por no cambiar de opinión, Elfa-loca —dijo Sheila, indignada, aún presa del pánico.

—¡John, llama a una ambulancia! ¡Jessie ha roto aguas! ¡Deprisa!

—Justin— gritó Jessie, agarrando con más fuerza los hombros de mi padre Jonatán—. Llama a Justin.

***

¡Ángelo!

—Ángelo... —dijo con el ceño fruncido—. Ven aquí.

Me acerqué lentamente. Creo que estoy temblando.

—Mira qué pequeñita es...

Jessie vuelve la mirada hacia su bebé y veo que una lágrima rueda por su mejilla.

—¿Ella? —me muerdo el labio y miro fijamente a esta maravillosa criatura en brazos de Jessie.

—Sí, luchadora —responde papá Justin y me da unas ligeras palmaditas en la espalda—. Ahora tienes una hermanita. Tal como habías soñado.

La miro y no me lo creo. Es real. Es tan pequeña... Con brazos y piernas. Tiene una nariz tan pequeña que no se puede tocar. Y sus ojos son tan grandes. Azules. Brillantes. Como los de nuestra Elfa.

—Bienvenida a nuestra familia —susurró, inclinándose más hacia su cara—. Te va a encantar estar aquí. Te lo prometo.

—Ángelo... —sollozó suavemente Jessie. —¿Está lloviendo otra vez? —sonrió, sin intentar dejar de llorar.

—No —me froté los ojos. —Esta vez eran lágrimas de verdad.

Sí, lloro. No me avergüenzo. Miro a papá Justin, que me coge en brazos y me abraza.

—Ejem— dice la voz de alguien al otro lado de la puerta. Todos nos damos la vuelta—. ¿Puedo pasar, Jessie?

Papá y yo miramos en silencio a la Elfa que sostiene a su hija contra su pecho y a la puerta en la que el señor Gray está dando pisotones.

—Por supuesto, papá —dijo Jessie en voz baja y le dedicó una amable sonrisa—. —Mira a tu nieta.

El señor Gray está muy preocupado. Se le humedecen los ojos. No se mueve durante unos segundos, pero se acerca a la cama de Jessie. Papá y yo le abrimos paso.

—¿Quieres sujetarlo? —pregunta Jessie.

¿Me dejas?

Besa suavemente a su hija en la frente y se la entrega con delicadeza a su padre. Se muerde los labios, pero tiende los brazos hacia Jessica. Abraza a nuestra princesa y ya no puede ocultar sus lágrimas.

Ya ha aguantado demasiado. Es asombroso. Una criatura tan diminuta ha conseguido hacer llorar a todo el mundo en un instante.

—Estaba pensando... Wendy —dice Jessie en voz baja, mirando a Justin—. —Wendy Juanita Morris Gray Rodríguez de Molina —dijo desvía la mirada hacia su padre y observa cómo se queda inmóvil un momento, devolviéndole la mirada.

Las lágrimas rodaron por las mejillas del señor Gray. Papá, Justin dijo una vez que era un hombre cruel.

Pero supongo que todo el mundo tiene corazón. Solo tiene que descongelarse en algún momento.

Epílogo del autor

Mis queridos corazones, gracias por leer y vivir conmigo y con los personajes, esta difícil y dolorosa historia de amor verdadero. Sí, es triste en algunos momentos, porque los personajes cometen errores y se hacen demasiado daño.

Y es verdad, en 2017, hubo una gran cantidad de lluvia en Los Ángeles. Este año se registraron precipitaciones excepcionales, que superaron los promedios anuales. Las lluvias intensas provocaron inundaciones en varias áreas de la ciudad, afectando el tráfico y causando deslizamientos de tierra en algunas zonas. Este fenómeno climático fue el resultado de una serie de tormentas invernales que trajeron humedad y condiciones climáticas inusuales a la región.

Y a veces, cuando crecemos, nos damos cuenta de cómo arreglar las cosas. La historia de amor de Justin y Jessie no termina aquí, ellos siempre estarán en nuestros corazones. Mucha lluvia de lágrimas que limpia nuestros corazones.

Esta es una de mis primeras historias y me siento muy feliz de la respuesta que ha recibido entre mis lectores. Espero que tú también la hayas disfrutado.

Dedicado a quien lloró para derretir un corazón helado.

Escribo para ti, tú eres mi inspiración.

¡Nos vemos en las páginas de nuevas historias!

Para comunicarte con el autor, informarte de las promociones y descuentos, expresar tu opinión sobre la historia y los personajes u obtener información sobre promociones en los canales oficiales de la autora:

En Telegram.

https://t.me/fans_linda_moon

en Facebook

https://www.facebook.com/lindamoonlibros

en Boletín de noticias

https://linda-moon.eu

---

1. La historia de Ángelo y Kimberly en la continuación en la serie "Las historias de amor en Los Ángeles."